ORIGENES

Contra Celso

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS



La BAC es el pan de nuestra cultura católica

VOLUMENES DE PROXIMA APARICION

LA PLEGARIA EUCARISTICA. *Estudio de teología bíblica y litúrgica sobre la misa,* por L. MALDONADO.

ESPIRITUALIDAD DE LOS SEGLARES, por A. ROYO MARÍN, O. P.

PENSADORES CRISTIANOS CONTEMPORANEOS, por A. LÓPEZ QUINTAS, O. de M.

•

EN PREPARACION

EUSEBIO DE CESAREA. *Historia eclesiástica.* Ed. preparada por A. VELASCO, O. P.

COMENTARIOS A LA CONSTITUCION CONCILIAR «DEI VERBUM» SOBRE LA DIVINA REVELACION. Ed. dirigida por L. ALONSO SCHÖCKEL, S. I.

BIOGRAFIA DE SANTA TERESA, por EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS, O. C. D., y OTGER STEGGINK, O. Carm.

(Véase en las últimas páginas de este tomo el catálogo completo de las obras publicadas)

Este volumen de la B. A. C. está editado por

LA EDITORIAL CATOLICA, S. A.

Mateo Inurria, 15. MADRID (16)

ORÍGENES

Contra Celso

La Biblioteca de Autores Cristianos ofrece a sus lectores en este nuevo volumen la primera versión castellana completa de los ocho libros *Contra Celso*, de Orígenes, la obra maestra de la apologética de la antigüedad cristiana antes de *La ciudad de Dios*, de San Agustín.

Es ésta la única obra de la producción del gran doctor alejandrino que ha llegado hasta nosotros en su texto original íntegro. Al refutar a Celso, enemigo encarnizado de Cristo, del cristianismo y de los cristianos, Orígenes ha dado respuesta adecuada, vigente aún hoy día, también a los sucesores de Celso de todos los tiempos. He aquí la razón de actualidad que justifica, en parte, la publicación del volumen.

Para la traducción castellana se han tenido a la vista los resultados de la crítica textual y las versiones más autorizadas hechas a las lenguas modernas. De la calidad de la traducción que presentamos al lector bastará proponer el nombre de su autor, el Dr. Daniel Ruiz Bueno, cuya competencia en lenguas clásicas y cuyo conocimiento de la lengua española están bien probados en los varios volúmenes por él publicados en esta misma colección.

En el esfuerzo patrístico que la BAC viene realizando, el *Contra Celso*, de Orígenes, se yergue como la cima máxima del movimiento apologético cristiano de los siglos II y III, puesta ahora por primera vez al alcance de los lectores de habla castellana.

ORÍGENES

CONTRA CELSO

BIBLIOTECA

DE

AUTORES CRISTIANOS

Declarada de interés nacional

LA EDITORIAL CATOLICA, S. A. — APARTADO 466

MADRID • MCMLXVII

ORÍGENES

CONTRA CELSO

INTRODUCCIÓN, VERSIÓN Y NOTAS POR

DANIEL RUIZ BUENO

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

MADRID · MCMLXVII

NIHIL OBSTAT: DR. FRANCISCO PINERO JIMÉNEZ, CENSOR. IMPRIMATUR: DR. RICARDO BLANCO, VIC. GEN. MADRID, 2 OCTUBRE 1967

Depósito legal M 19141-1967

INDICE GENERAL

I N T R O D U C C I O N

La primera versión española

Ofrezco a los leyentes de lengua española la primera versión de los ocho libros *Contra Celso*, de Orígenes, la obra maestra de la apologética de la antigüedad cristiana antes de *La ciudad de Dios*, de San Agustín. La primera, digo, mientras no se descubra otra anterior, cosa que yo no he logrado, y que hubiera aprovechado de buena gana en los no pocos pasajes difíciles con que he topado (y, como yo, mis antecesores en otras lenguas). Ni el padre Madoz en su ensayo, ya lejano, sobre *Traducciones españolas de Padres de la Iglesia* (Rev. de teol. esp. 11, 1951), ni Quasten en la edición española de la *Patrología* (BAC, 1961, p.353ss), nos dan noticia de versión alguna del *Contra Celso* (ni de otra obra alguna de Orígenes).

De la inmensa obra del maestro alejandrino [1], los ocho libros *Contra Celso* fueron de los que salieron mejor librados de la tormenta de pasiones—nobles algunas, otras no tanto—desencadenada poco después de su muerte contra su nombre y doctrina y que, con las alternativas que se saben, se prolongó durante siglos. Son de las pocas obras de Orígenes que nos han llegado en su texto griego íntegro.

Por ello hubiéramos querido—editores y trujimán—que la versión del *Contra Celso* hubiera ido acompañada del texto griego, continuando una buena tradición de la Biblioteca de Autores Cristianos. Los helenistas y cuantos gustan de beber en el hontanar primero *(ad fontes)* y no en los riachuelos, por fuerza turbios, de una versión, nos lo hubieran agradecido.

[1] La más reciente síntesis de la vida y obra de Orígenes la ofrece Quasten, *Patrología* (BAC, 1961) p.338-398, con bibliografía, hasta la fecha, exhaustiva. Puede verse también G. Bardy, *Origène*, DTC t.11 col. 1487-1565; el artículo *Orígenes*, en RGG, que firma Harnack. J. Daniélou, *Origène*, estudia la vida y doctrina. San Jerónimo, antes de las tristes luchas antiorigenistas, dedica al que fue su mayor maestro y modelo el artículo 54 del *De Viris illustribus*, donde habla *de inmortali eius ingenio* (cf. también 62), y carta 33 a Paula. De ésta tomo el pasaje que justifica el epíteto de inmensa que doy a la obra de Orígenes: "Ya veis cómo por el trabajo de un solo hombre fueron juntamente vencidos griegos y romanos. Porque ¿quién pudo jamás leer tanto cuanto escribió él solo?" *(Cartas de San Jerónimo*, ed. BAC [1962] I p.249). Lo mismo repite en *Epist.* 84,8 (BAC II p.21). Alguna vez lo llama "segundo maestro de las Iglesias después del Apóstol".

El texto griego

Sobre el texto griego del *Contra Celso*, de Orígenes, se viene trabajando desde hace siglos. La *editio princeps* se debe a David Hoeschel (Augsburgo 1605). Guillermo Spencer reprodujo el texto de Hoeschel (Cambridge 1658, 2.ª ed. 1677) y editó también la *Philocalia*, a la que siguen las *Annotationes Spenceri* al *Contra Celso* y a la *Philocalia* (más las "notae Hoeschelii et Tarini" reproducidas de sus respectivas ediciones).

Un hito por mucho tiempo definitivo marcó la edición del maurino C. Delarue *(Origenis opera omnia* t.1 [Parisiis 1703] p.315-799), que pasó a Migne (PG 11,642-1631).

La superioridad del texto de Delarue se debe, como nota Koetschau, a haber aprovechado las *notae et coniecturae ad textum Origenis* de Bohéreau que éste puso a su versión francesa de que más adelante haremos mérito. El mismo Delarue, al mentar las notas y conjeturas del erudito jesuita Francisco Guiet, añade: *tum aliae numero longe plures quas erudito orbi proposuit Elias Boherellus ad calcem eximiae suae gallicae interpretationis librorum Contra Celsum, anno 1700 Amstelodami in lucem editae* (PG t.11 p.27). El que, por gusto o necesidad, trabaje aún con el tomo undécimo de la *Patrologia graeca* de Migne, tropezará casi en cada página con los nombres generalmente latinizados de Hoeschel, Spencer, Guiet y Bohéreau, cuyas variantes y notas eruditas se reproducen. Nosotros los citamos aquí con alto honor y confesamos nuestra deuda respecto, señaladamente, de las breves anotaciones que acompañan la presente versión.

Pero el acontecimiento en la historia del texto origeniano del *Contra Celso* fue la edición en el *Corpus Berolinense*, o sea: "Die griechischen christlichen Schrifsteller der ersten drei Jahrhunderten, herausgegeben von der kirchenväter-Commision der königl. preusischen Academie der Wissenschaften: *Origenes* erster Band (Leipzig 1899)". En ese "erster Band" están los libros 1-4 del *Contra Celso*. En el tomo segundo, que lleva la misma fecha, los libros 5-8 (p.1-293). El sabio que llevó a cabo la magna hazaña fue el doctor Paul Koetschau, "Professor am grossherzogl. Gymnasium in Jena". ¡Gloria a su nombre! "Mi edición—dice con su tanto de legítimo orgullo el mismo Koetschau—se distingue de las anteriores en que ofrece por vez primera, en cuanto es posible, dada la tradición manuscrita de que disponemos, un texto críticamente establecido" (t.1 p.LXXIII).

Sin embargo, "el texto críticamente establecido" fue duramente atacado el mismo año de 1899 por P. Wendland en los *Göttinguische gelehrte Anzeigen* (p.276-304). A Wendland intentó replicar a Koetschau en sus *Kritische Bermerkungen zu meiner Ausgabe von Origenes.* El tono de la polémica hace su lectura poco edificante (Chadwick); lo que a nosotros nos interesa es que "de las conjeturas de Wendland son tan brillantes unas como absurdas otras" (Chadwick). Otro crítico que entró en la liza fue Franz Anton Winter, el cual llega a la conclusión de que el texto de la *Philocalia*—la antología de pasajes de las obras de Orígenes compuesta por San Basilio Magno y San Gregorio de Nacianzo, con extractos de los ocho libros *Contra Celso*—es superior al de la tradición directa.

A Koetschau no le pareció aún definitivamente resuelta por Winter la cuestión; sin embargo, he aquí el hecho notable: Por los años de 1926-27 apareció en la famosa—y preciosa—colección "Bibliothek der Kirchenväter" la traducción alemana de los ocho libros *Contra Celso* por obra del mismo doctor Paul Koetschau, y éste recoge ahora muchas conjeturas propuestas por Wendland que antes rechazara "scornfully" (Chadwick) en sus *Kritische Bemerkungen.* El hecho no cede, ni mucho menos, en mengua de Koetschau, que, como sabio, hubo de saber que *sapientis est mutare consilium.* "La necesidad—dice Chadwick (p.XXXI)—de dar una traducción inteligible de su propio texto le obligó a hacer más de cuatrocientos cambios, dos aproximadamente cada tres páginas del texto griego". Muchas de esas variantes las ha aceptado el mismo Chadwick.

Finalmente, el último que, competentemente, ha puesto mano en el texto del *Contra Celso* ha sido el profesor Alberto Wifstrand, de Lund[2]. La mayor parte de las sugestiones de Wifstrand han sido también recogidas por Chadwick y, a través de éste, las conocemos nosotros.

Y venimos adonde teníamos intento de venir a parar, a decirle al lector helenista o simplemente helenizante que aquí le ofrecemos el fruto maduro de la crítica textual desde Bohéreau (Boherellus) y Delarue hasta Wifstrand y el mismo Chadwick. Como éste ha recogido la mayor y mejor parte de las *Variae lectiones* de sus antecesores, así nosotros hemos tomado de él las que no nos han sido accesibles por otra vía, y se las ofrecemos al lector en las notas. Ello era forzoso por dos razones. Primero, porque, sea cual fuere el texto griego que se maneje—Delarue-Migne o Koetschau—, se llega a

[2] *Eikota* IV: Bull. Soc. Roy. Lund (1938-39) p.9-40 y *Die wahre Lehre des Celsos*: ibid. (1941-42) p.391-431.

atascos invencibles, de los que no es posible salir sin ayuda de la *emendatio*. Segundo, porque la variante o enmienda citada tiene que justificar nuestra traducción, que en ella se funda. El lector, pues, a quien interese la *acribia* crítica hallará en las notas los nombres, debidamente abreviados, de los críticos que acabamos de mentar (Bo. = Bohéreau; Del. = Delarue; K. tr. = Koetschau en la versión alemana; We. = Wendland; Wi. = Winter; Wif. = Wifstrand).

Versiones

Dicho esto del texto original de los ocho libros *Contra Celso*, digamos también algo de las traducciones varias que de él se han hecho. De la más vieja nos habla Delarue en la *Praefatio* a su propia edición: "La primera edición, en latin solo, de estos áureos libros vio la luz en Roma, año de 1481, dedicada a Sixto IV, romano pontífice, por el intérprete Cristóbal Persona, natural de Roma y prior de Santa Balbina..." (PG 11 p.26). Delarue desestima la traducción de Persona; Koetschau la tiene por valiosa por el hecho de haberse fundado en el *Cod. A*, cuya historia cuenta el mismo Koetschau en la introducción a su versión origeniana ya mentada (p. XIV). Con todas sus deficiencias, la versión de Persona fue ávidamente arrebatada (palabras de Delarue) por Merlinus, que la insertó íntegra en su edición de las obras de Orígenes, año de 1512. Mejor hubo de ser la de Segismundo Gelenio, que David Hoeschel opuso al texto griego de su *editio princeps* del año 1605, de suso mentada. Gelenio (1497, Praga; † 1554, Basilea), amigo de Erasmo, inició por su versión de las obras de Orígenes el movimiento humanista que puso en buen latin ciceroniano tantos tesoros de la patrística griega (el que esto escribe tuvo poco ha la fortuna de tener en la mano el tomo de obras de Orígenes traducido por Gelenio, con fecha de 1515, y el infortunio de no poderlo comprar).

Pero tampoco la interpretación de Gelenio, no obstante las altas loas que le tributan Valesius y Huet, plugo, a la larga, a Delarue, que encomendó nueva versión a su amigo Vicente Thuillier. Este superó todas las dificultades que la empresa le ofreciera, "gracias a la preclara sagacidad de su ingenio, a la suma pericia en las lenguas latina y griega y al ardiente deseo de aliviar el trabajo de su amigo" (PG 11,28). Las altas cualidades que Delarue atribuye a la labor de su amigo las puede comprobar quien quisiere en el tantas veces mentado tomo undécimo de la *Patrología griega* de Migne. Sin embargo, aun admitidas todas sus excelencias, dadas las

deficiencias del texto griego en que se funda, no puede ya servirnos de guía universal segura (como no puede servir ninguna traducción).

De las hechas a lenguas modernas, ya hemos aludido a la de Elias Bohéreau, que lleva por título: *Traité d'Origène contre Celse*, y apareció en Amsterdam, año de 1700 (de su autor no me ha dado noticia ninguno de los diccionarios eclesiásticos que he consultado; ello prueba lo poco que se reputa nuestro oficio de trujimanes, aunque tengamos que habérnoslas con un Orígenes). "La versión de Bohéreau—nota Chadwick—conserva su valor no sólo por sus notas y varias conjeturas, sino también para la inteligencia de algunos pasajes difíciles" (p.XXX). Debe de ser *rara avis* en alguna afortunada biblioteca.

Nada nos dice que la versión de Bohéreau fuera conocida y aprovechada por Migne en el tomo primero de sus *Démonstrations évangéliques,* que contiene las "demostraciones" de Tertuliano *(Apologético* y *De la prescripción de los herejes),* Orígenes *(Contra Celso)* y Eusebio de Cesarea *(Preparación evangélica).* De la obra total (18 fuertes tomos de textos, más dos preliminares: uno de introducción y otro de conclusión), dice el editor Migne "ser igualmente necesaria a los que creen, a los que no creen y a los que dudan". Mas para leer la obra entera haría falta una fe, no que traslade, sino que soporte encima montañas; para la versión del *Contra Celso,* condenarse, como me condeno yo, a leer toda versión anterior a la mía. Esta de las *Démonstrations évangéliques* está hecha con admirable facilidad, que sin duda permitían por aquellas fechas (1843) los cánones vigentes de *optimo genere interpretandi.* Hoy se nos pide (o nos imponemos) más rigor y una servidumbre a la letra que permite pocas brillanteces de estilo, con grave riesgo de aburrimiento del lector [3]. En fin, no desdeñemos la puntual noticia que nos da Migne al final de una

[3] El traductor francés del *Contra Celso* profesa, sin embargo, muy exactas ideas acerca del arte y oficio de traducir, que no me resigno a dejar de transcribir aquí:

"Quant à la traduction, voici les principes qui nous ont dirigé. Nous croyons qu'une bonne traduction doit rendre non seulement le sens principal et accessoire avec une religieuse exactitude, mais représenter encore l'esprit et la manière de l'original, en copier fidèlement l'ordennance, le dessein, le coloris même avec des couleurs semblables, quoi-qu'elles ne puissent être les mêmes. Nous nous sommes sans doute attaché principalement à la valeur des termes; nous pensons neanmoins qu'il est aussi à propos, si l'on vise à la perfection, de n'en multiplier le nombre qu'autant que le prescrit la difference des idiomes. On jugera si cette règle est praticable à la rigueur, dans la traduction d'un écrivain tel que le nôtre.

Nous croyons, en un mot, qu'il faut qu'une traduction réunisse à la fidélité d'une copie, l'aisance et la liberté d'un original. Nous concluons de là que, si une excellente traduction d'un excellent auteur n'est pas un ouvrage de génie, c'est du moins un chef d'oeuvre de goût, de patience et de connaissance de deux langues. Nous sommes bien éloigné de nous flatter d'avoir atteint un but si élevé; nous avons fait tous nos efforts pour en approcher".

muy breve "Vie d'Origène" (o.c., p.8): "Tenemos actualmente una edición completa de las obras de Orígenes en cuatro volúmenes en folio. Esta edición fue comenzada por el padre Charles Delarue, benedictino, muerto en 1739, y continuada por su sobrino dom Charles-Vincent Delarue, que publicó el cuarto y último volumen (París 1759), con notas sobre varios pasajes de los *Origeniana* de Huet". Confieso con harta pena mía no haber venido a mi conocimiento ninguna versión francesa moderna del *Contra Celso.* Para mí hubiera sido del mayor interés manejar la que, con alguna vaguedad, se cita en Quasten *(Patrologia,* ed. BAC, p.357) de A. GÉNOUDE, *Les Pères de l'Église.*

De las traducciones alemanas ya queda mentada la de Koetschau en la BKV (1926-1927). Koetschau tuvo antecesores de que hace mérito en la *Einleitung:* Johann Lorenz Mosheim (Hamburg 1745), y J. Röhm (1876-77), "buena y exacta en general, pero demasiado libre e infiel en pormenores". Y para legitimar la buena costumbre de apoyarnos en nuestros predecesores, he aquí las últimas frases de la *Einleitung* de Koetschau (p.XVI): "Para mi traducción he aprovechado especialmente la de Röhm, a par que he revisado una vez más cuidadosamente el texto y añadido un buen número de observaciones crítico-textuales, que sirvan para complemento y corrección de mi edición". Nobles palabras.

Los ingleses, confirmando su bien probado amor a los Padres de la Iglesia, poseen más de una traducción del *Contra Celso.* La más reciente—y supongo que la mejor—no la enumera aún Quasten (la *Patrología* es de 1951): ORIGEN, *Contra Celsum,* traslated with an introduction et notes by Henry Chadwick, Fellow and Dean of Queen's College, Cambridge (Cambridge, At the University Press, 1953). Juez tan competente como C. Andressen no sólo califica de excelente *(vorzügliche Übersetzung)* la traducción de Chadwick, sino que afirma que la importancia principal de su trabajo está en "la abundancia de observaciones científicas que tocan los múltiples problemas que plantea el estudio de Orígenes y de Celso" [4]. Efectivamente, tras una introducción de IX-XXIII páginas y una bibliografía de XXXV-XL, un simple vistazo basta para percatarse de la riqueza de anotación con cuantas referencias acertara a desear el más ingenioso en la materia. Ya hemos dicho que de él hemos tomado las *Variae lectiones* más recientes, que son hilo conductor necesario para quienquiera tome en sus manos el texto griego del *Contra Celso.* La anotación

[4] CARL ANDRESSEN, *Logos und nomos.* Die Polemik des Celsos wider das Christentum (Berlín 1955).

la hemos también aprovechado con frecuencia. Pero la ayuda principal nos la ha procurado la versión misma para penetrar el sentido, tantas veces difícil, del texto griego. Con ello no he hecho sino continuar mi vieja y elemental creencia de que es necio traducir mal en castellano lo que ya está bien traducido en cualquier otra lengua a nuestro alcance. Por lo demás, así he seguido el ejemplo de Koetschau, que se apoyó en Röhm, y del mismo Chadwick, que se apoya en Bohéreau y en Koetschau, como él mismo confiesa (p.XXII). En la república literaria vige el proverbio griego (que tan rara vez se cumple en la república de la vida): *koiná tá philōn.* Fundándome en él, quiero hacer mío—para deleite y orientación del lector—el primer párrafo de la introducción de Chadwick:

"Acaso haya pocas obras de la primitiva Iglesia que compitan en interés e importancia con la que aquí traducimos. El *Contra Celso* se destaca como la culminación de todo el movimiento apologético de los siglos II y III. La Iglesia apostólica no contó entre sus miembros muchos sabios ni muchos poderosos, y cuando la cristiandad se difundió, era natural se hiciera algún ensayo para convertir esta fe oriental, que no tenía tras sí el mérito de una gran antigüedad, en un credo que pudiera aparecer aceptable para mentes pensadoras. Los apologistas miraban a dos blancos estrechamente relacionados entre sí. Esperaban asegurar a las autoridades romanas que los cristianos no eran una minoría perniciosa y enemiga de la patria, de tendencias sediciosas y ritos inmorales; y deseaban presentar el cristianismo a las clases educadas como algo intelectualmente respetable. En la obra de Orígenes es primario y dominante este último deseo. Lo que nos da en el *Contra Celso* no es puramente la refutación punto por punto de un adversario notablemente bien informado. La apología nos ayuda también a comprender los argumentos o razones que usaría Orígenes en sus discusiones con gentiles cultos de Alejandría o Cesarea, y el modo con que él mismo hubo de convencerse, en su propia mente, de que el cristianismo no era una credulidad sin razón, sino una profunda filosofía".

Con todos estos adminículos, ¿no fuera bien afirmar que ofrezco a los leyentes de lengua española, no sólo la primera versión de los ocho libros de Orígenes *Contra Celso,* sino una versión perfecta y cabal? A ello hay que contestar primeramente que una traducción no es nunca perfecta, no está nunca acabada. Es esencialmente una interpretación que tiene, sin duda, límites objetivos, pero también ancho campo subjetivo, como la interpretación de una obra musical; tanto más ancho campo cuanto más genial sea la obra. Y, en segundo lugar,

mi experiencia justamente en el arte y oficio de trujimán me veda pareja afirmación. Chadwick achaca a Koetschau alguna "mistranslation" (p.386 n.5); yo creo haber encontrado también alguna, rarísima, en Chadwick (IV 3 *v. finem*, en que "blame" no me parece tener sentido)[5]; en la revisión de la mía he dado con más de una. ¿Quién me asegura que he dado con todas? *Errata tamen quis animadvertit?* Doy, pues, sólo unas primeras "pruebas", diligentemente compuestas, revisadas y vueltas a revisar; pero pruebas al cabo. A todo el que benévolamente me señale una *errata*, mi gratitud anticipada.

En mis *Apologistas griegos* del siglo II (BAC, 1954) tuve mi primer encuentro con Celso y, basándome en la reconstrucción de R. Bader (Berlín 1940), traduje casi íntegro su *Alēthēs lógos*[6]. Allí traté sólo de reproducir, por los textos más importantes del discurso de Celso, el ambiente de hostilidad de las clases cultas, que, unido al de burdas calumnias de las clases populares, formaba, en el siglo II, una atmósfera de tormenta que podía explotar—y de hecho explotó más de una vez—en persecución cruenta. Casi era deber mío, ya que entonces sólo hice hablar a Celso, oponerle ahora la refutación de Orígenes. "Flaca fuera la fe de quien se conmoviera por los argumentos de Celso", escribí entonces; pero grande es el fortalecimiento de nuestra fe al ponerse en contacto inmediato con el alma prócer y señera—por su fe inconmovible y su amor ardiente a Jesús—"del más grande cristiano del siglo III"[7]. Deber, desde luego; pero, sobre todo, deseo ardiente, que ahora cumplo.

[5] En III 57, *initio*, Koetschau lee θέας y traduce, consiguientemente, por "Schauspiele" (espectáculos); pero Chadwick hubo de leer θεάς y traduce por "Goddesses" (diosas). Migne (Delarue) está con Koetschau θέας = *spectacula*). Por lo menos había que haber advertido la variante. Yo seguí primero a Chadwick; luego, por respeto al texto, corregí mi versión según Koetschau. El caso es que me parece mejor el sentido de Chadwick.

[6] Tuve, pues, el honor, bien menguado por cierto, de ser "traductor de Celso". Ahora bien, en la obra de A. EHRHARD, *Urkirche und Fruhkatholizismus* (Bonn 1951) p.151, al hablar de Porfirio y sus quince libros "contra los cristianos", se recuerda que tuvo un antecedor literario, un siglo antes aproximadamente, en Celso. Y ahora nos dice el traductor español: "Pero mientras éste (Celso? disparate, pues *dieses*, neutro, se refiere a *Werk* = obra) podía ser reconstruido gracias a la traducción de Orígenes..." ¡Orígenes, pues, habría sido el traductor de Celso! ¿De qué lengua a cuál otra? He aquí el texto alemán: "Während aber dieses (= la obra de Celso) aus der Widerlegung des Origenes rekonstruiert werden konnte...". El dislate pudiera pasar por un lapsus si otros del mismo o parecido calibre no afearan casi cada página de la obra...

[7] W. S. BARNES, *The Thirt Century and its graeter Christian, Origen:* ExpT 44 (1932-33) 295-300. Por desgracia, el *Expository Time* sufre una interrupción (¡república española!) en la biblioteca de Oña y no me ha sido dado leer ese ensayo, cuyo título es la verdad misma.

CELSO

Oponer ahora los dos rivales que se enfrentan en esta liza de dos mundos, de dos concepciones distintas del mundo: de una filosofía teñida de religión y de una religión que se da por la más alta filosofía; entrar en un análisis a fondo de la obra de Celso y de la refutación de Orígenes requeriría volumen aparte y no de chica extensión [8]. Aquí sólo podemos permitirnos algunas indicaciones periféricas, unas vueltas en torno a la ciudad de Jericó, cuyas murallas, sin embargo, tendrá que asaltar por sí mismo el lector.

Y digamos ante todo del rival pagano.

De Celso sólo sabemos el nombre y su odio feroz a Cristo, al cristianismo y a los cristianos. El nombre (que no estará de más notar que es latino) era regularmente común. "Dos Celsos epicúreos sabemos haber vivido: uno, bajo Nerón, y éste, bajo Adriano y más adelante". A un Celso, epicúreo, "que escribió contra los magos", dedicó Luciano su *Alejandro o el falso profeta;* pero toda identificación del Celso rival de Orígenes con un epicúreo cae por su base [9]. Celso es platónico [10].

[8] Como tal puede considerarse la obra de C. ANDRESSEN, *Logos und nomos.* Die Polemik des Celsos wider das Christentum (Berlín 1955). Lo sustancial de la tesis de Andressen creo está recogido por Karl Baus en el tomo primero del *Manual de Historia de la Iglesia* (Herder, Barcelona 1966) p.262ss. Los cristianos, atajo de gentes necias que exaltan la locura, son ajenos al *lógos* griego; innovadores en materia religiosa contradicen al *nómos.* Merecen, pues, el exterminio. Una introducción excelente, sin la extensión de un libro, a la lectura del *Contra Celso* la ofrece P. de Labriolle en su hermosa obra *La Réaction païenne* (París [9]1950) p.111-169. De introducción puede servir también el ensayo de G. BARDY, *En lisant les Pères de l'Église. Le Contra Celsum d'Origène:* Rev. prat. d'Apol. 28 (1918) 751-762; 29 (1919) 39-54; 93-98. Pero justamente este ensayo, colección de notas y observaciones muy estimables, tomadas al hilo de la lectura, me ha hecho sentir la insuficiencia de toda introducción. Como no hay sustitutivo de la victoria —Mac Arthur *dixit*—, no lo hay tampoco de la lectura directa de un texto. Sólo él nos da el latido del alma que lo dictó, ¡y con qué pasión aquí de uno y otro lado! De todos modos, sobre Celso pueden verse los artículos correspondientes de BAREILLE, DTC, y el de RACh. Un amplio estudio le dedica también R. AUBÉ, *Histoire des persécutions de l'Église* (París 1878) p.158ss.

[9] Aubé (o.c., p.171) defiende la identificación del Celso origeniano con el amigo de Luciano: "Le Celse ami de Lucien et le Celse auteur du *Discours veritable* ne font pas deux personages, mais un seul". La demostración no convence. La caracterización de Celso anticristiano como hombre suave y enamorado de la verdad es falaz; la coincidencia en describir los templos egipcios magníficos por de fuera y con ridículos animales dentro como objetos de adoración es un lugar común que Celso no tuvo que tomar de Luciano (*Imagines* 11). Bareille (art. *Celso,* en DTC) admite también la identificación. Después de todo, el amigo de Luciano sigue siendo también una sombra.

[10] Sentada mi afirmación, fruto de la lectura directa de los fragmentos de Celso, la hallo posteriormente confirmada por P. de Labriolle (o.c., p.155): "Que Celse ait pour Platon un véritable culte, c'est ce que tout son livre proclame. Sa conception de Dieu est platonicienne, sa conception du monde l'est également: la démonstration a été faite de façon convaincante par M. O. GLÖCKNER, *Die Gottes-und Weltanschauung des Celsus,* dans le *Philologus,* Bd LXXXII (1926-1927) p.329-352. Il déclare p.329: "Celsus ist Platoniker in seiner ganzen physikalischen und metaphysischen Einstellung, auch

Todos los esfuerzos de Orígenes por hacerlo epicúreo fallan también [11]. Estos esfuerzos están inspirados por un interés polémico. Un epicúreo, negador de la Providencia y para quien el placer es el bien supremo, se refutaba por sí mismo. ¡Viva hubo de ser la lucha cuando un espíritu superior, como Orígenes, no se arredró ante la injusticia con el contrario! Sin embargo, aunque con gusto lo hubiera admitido, jamás lo afirma rotundamente, y la imputación de epicureísmo se va haciendo cada vez más rara según avanza la refutación. Orígenes se va percatando de que tiene ante sí a un platónico, aunque ponga, polémicamente, en duda la firmeza y fervor de su platonismo. En resolución, se puede afirmar que Orígenes no sabía a ciencia cierta quién fuera aquel enemigo feroz —"muerto ya hacía tiempo" (*Prólogo* 4)—de Cristo, del cristianismo y de los cristianos.

Enemigo de Cristo. No sé que se hayan pronunciado en los siglos posteriores blasfemias más atroces contra "nuestro Jesús", como dice Orígenes, que las que lanza Celso en su *Discurso de la verdad*. Esto hubo de hacérsele profundamente odioso a Orígenes, como se nos hace a nosotros, y el no haberlas omitido delata un temple de alma superior que no se espanta de los gritos de un energúmeno. Jesús nace—blasfema Celso—del adulterio de un soldado romano con la Virgen seducida, trabaja de jornalero en Egipto, donde aprende las artes mágicas, con cuyos trucos, vuelto a su patria, logra más adelante proclamarse Dios o Hijo de Dios. En su vida pública anda errante con una panda de marinos y alcabaleros, padrones de ignominia, mendigando ignominiosamente el sustento. Pero el gran escándalo fue su pasión, prueba patente de que nada divino había en él. Si era Dios, ¿por qué no aniquiló a los que lo fueron a prender? ¿Por qué se dejó clavar en la cruz y no desapareció súbitamente de ella? ¡Y su resurrección! Cuento puro—prosigue Celso—, al que pueden oponerse tantas y tantas resurrecciones de que nos habla la literatura griega. Su misma persona no fue tampoco irreprochable; fue un fanfarrón y, en todo caso, un puro hombre, sin nada que lo haga descollar entre tantos hombres de virtud superior entre quienes pudieran haber escogido los cristianos para adorarlos, y no a este hombre de sepulcro y ya ni hombre siquiera.

in seinen Spekulationen". Voir aussi p.338 et 349. Glöckner admet quelque influence du stoïcisme sur Celse; mais, pour l'essentiel, c'est à Platon qu'il se rattache. Eugène de Faye (*Origène* t.2 p.42) écrit: "A partir du IIe siècle de l'ère chrétienne, tout le monde, philosophes, gnostiques, savants, théologiens chrétiens reviennent au Dieu de Platon".

[11] Tomo de Aubé (o.c., p.163) esta lista de pasajes en que Orígenes llama epicúreo a su adversario: I 8.10.21; II 60; III 34.48.79; IV 54.75; V 3. Estas referencias confirman la impresión que doy en el texto.

Y ¿qué decir de éstos y su doctrina? Son, ante todo, un bando de gentes sediciosas, que se separan del resto de la sociedad en que viven. Se niegan a tomar parte en las fiestas y culto tradicional so pretexto de no contaminarse con el trato de los démones, como si éstos no lo llenaran todo, no lo gobernaran todo y no estuvieran benéficamente presentes en el pan que comemos, en el agua que bebemos y hasta en el aire que respiramos. Pero son, sobre todo, un hatajo de tontos, de necios, de ignorantes, bobalicones e incultos *(apaideutoi)*, hez de la peor sociedad, cardadores, zapateros y bataneros, que se infiltran por las casas a embaucar a gentes de su laya—niños y mujerzuelas insensatas—y tienen la avilantez de proclamar que sólo ellos conocen el misterio de la vida feliz aquí y en la eternidad, y alardean de haber descubierto lo que estuvo oculto a los más altos genios de la sabia antigüedad. Y es el caso que para ellos la sabiduría es abominable y la ignorancia un bien. El pecado parece ser también, para ellos y para su dios, una prerrogativa. Su culto, como el de Dioniso, es una serie de fantasmagorías para aterrar a los iniciados. Su enseñanza, tergiversaciones de antiguas y venerables tradiciones y, sobre todo, malas inteligencias de doctrinas platónicas. Si algo les queda, a ellos o a su maestro, es la rudeza de la expresión o estilo. Tal, cuando dice que, si te hieren en una mandíbula, presentes también la otra. ¡Qué contraste con el *Critón* platónico, en que bellamente se enseña que nunca debe volverse mal por mal! Sus predicadores mismos no se diferencian para nada de los charlatanes, que, en las públicas plazas, exhiben sus artes más abominables y así hacen su agosto entre el corro de bobos que se les acercan. Porque a bobos buscan como oyentes, y a malvados, para iniciarlos en sus misterios, como cualquier capitán de bandidos, que hace leva de gentes facinerosas...

Estamos citando de memoria y un poco al azar, sin referencia alguna, pues sólo queremos tener a mano material que nos permita formular la doble pregunta: Quien así piensa y habla, ¿puede calificarse de filósofo y hombre religioso? De filósofo, en modo alguno. Orígenes le echa con frecuencia en cara que sustituye las razones por insultos o blasfemias. Despachar los milagros de Jesús por simple magia es de una increíble ligereza. De unos trucos de charlatanes no pudo salir la transformación de infinitas almas, le replica Orígenes (aparte, observa también Orígenes, que mal podía salir de la magia una religión que prohíbe la magia). Un filósofo no puede negar ni afirmar nada sin prueba al canto; y Celso, que jamás se

detiene a probar, cae en lo que más repugna a la filosofía: la calumnia. Orígenes se lo echa con frecuencia en cara: *katapseúdetai*. Ligereza también imperdonable que pueda comparar la resurrección de Jesús, fundamento de la fe cristiana, con los cuentos de resurrecciones antiguas, en que pudo complacerse la labia irrestañable y deliciosa de un Heródoto. ¡Como si de las andanzas de un Aristeas de Proconneso se hubiera seguido nada que remotamente pudiera parangonarse con la obra de Jesús!

Celso profesaba, naturalmente, su filosofía, fundamentalmente platónica. El platonismo era por aquellas calendas un aire que se respiraba. En el *Alēthēs lógos* hay a veces destellos y fulguraciones que parecen venir del *lógos* platónico, como en este nos parece fulgurar, a veces el Logos "que ilumina a todo hombre que viene a este mundo". Pero las escuelas se aproximaban todas más o menos, y así ha podido tenerse a Celso por estoico, y un buen conocedor de la materia ha reconocido que Celso "está imbuido hasta la médula del espíritu de Epicuro" [12]. Orígenes le atribuye alguna vez que, para él, el placer es el bien y el dolor el mal supremo. No profesar entonces una filosofía hubiera sido juntar a la incultura el ateísmo, la barbarie pura. Pero la mente de Celso no es filosófica. Ante el hecho del cristianismo, que ya nadie podía eludir a mediados o fines del siglo II, tenía que haber interrogado, como interrogó Justino, filósofo también y futuro testigo cruento de su fe. Interrogar, no afirmar sin examen, y menos insultar y maldecir.

Tampoco lo podemos calificar de espíritu verdaderamente religioso [13]. El misterio de Jesús le estuvo de todo en todo velado. Si Jesús era verdadero Hijo de Dios, ¿cómo se dejó prender y clavar en la cruz y no desapareció de ella súbitamente? Nada más vulgar y superficial, y de superficialidad acusa a menudo Orígenes a su rival pagano. Pero nada tampoco más lógico (para una mentalidad vulgar). Ahora bien, lógico es sinónimo de racional, y lo lógico y racional es la supresión del misterio, y la supresión del misterio es la supresión de la religión. ¿Qué hay de adorable en un teorema matemático? ¡Pero en la cruz! La traducción de "misterio" a la lengua

[12] E. DE FAYE, *Origène, sa Vie, son Oeuvre, sa Pensée* t.2 (París 1927) p.186, citado por Labriolle, o.c., p.136.

[13] Mucho menos asentiremos a U. von Wilamowitz-Moellendorff, para quien Celso supera en "auténtica piedad" a los defensores del cristianismo. He aquí el texto alemán del famoso helenista: "Die erste antichristliche Polemik, die ein Platoniker Celsus in schilichter Form und versonlichem Sinne schrieb (die Zeit bleibt innerhalb 180-220 zu fixieren), war diesen Angriffen der Verteidigung in jeder Hinsicht überlegen, am meisten an echter Frömmigkeit".

de la razón es "locura", y a San Pablo le hicieron los griegos esa traducción: "Los judíos piden signos, y los griegos buscan sabiduría; mas nosotros predicamos un Mesías (Cristo) crucificado, escándalo que es para los judíos y locura para los griegos" (1 Cor 1,22-23). Celso no parece haber leído a San Pablo, y ello es un enigma para Orígenes. La mera lectura no nos autoriza a suponer le revelara el misterio de la muerte y resurrección del Señor, verdades primeras de la predicación cristiana *(en prōtois,* las predicaba San Pablo: 1 Cor 15,3). Pero pudiera haberle infundido alguna reverencia ante el misterio y no quererlo disolver en la sinrazón de la razón.

Ni filosófica ni religiosamente tenía derecho Celso a pronunciar aquel *panta oida,* "lo sé todo", que tantas veces le ridiculiza Orígenes como fanfarronada indigna de un filósofo —sobre todo de quien haya tenido algún trato con Sócrates, que tenía conciencia de no saber nada *(sabio,* a lo más, sería el sofista; Sócrates es puro *filósofo,* amador del saber)—. Orígenes, que era realmente un *philomathēs* y se había entregado de por vida al estudio del misterio y verdades cristianas, no se atrevía a decir que lo sabía todo. Y, religiosamente, del misterio no se sabe nunca nada. Al cabo de una larga indagación, con auténtico espíritu religioso, exclama Pablo: *¡Oh profundidad de riqueza y sabiduría y ciencia de Dios...!* (Rom 11,33). La exclamación es expresión de adoración, y la adoración es la auténtica actitud ante el misterio, la actitud religiosa.

¿Conciliación o exterminio?

¿Qué movió entonces a Celso al odio feroz contra el cristianismo? ¿Qué intentó en definitiva con su *Discurso de la verdad?* Bardy se hace esta misma pregunta al final del estudio antes citado [14]. El sabio patrólogo se responde que lo que a Celso inquietaba era la propagación incontenible del cristianismo. Ahí está Plinio, a comienzos del siglo II, que denunciaba a Trajano esa propagación, como un contagio, por la provincia del Ponto y Bitinia [15]. Ahí está, hacia fines del mismo siglo, la arrogante afirmación de Tertuliano, que es siempre grato releer: "Somos de ayer y hemos llenado todo lo vuestro *(hesterni sumus et vestra omnia implevimus):* ciudades, islas, guarniciones, municipios, aldeas, vuestros mismos campamentos, distritos, decurias, el palacio, senado y foro. Sólo os he-

[14] *En lisant les Pères. Le "Contra Celsum" d'Origène:* Rev. prat. d'Apol. 29 (1919) 92s.

[15] *Cf.* mis *Actas de los mártires* (BAC, 1951) p.244. La carta de Plinio es de 211-212.

mos dejado los templos" *(Apol.* 37,4). Por las mismas fechas, aproximadamente, hubieron de aparecer el *Alēthēs lógos* de Celso y el *Apologético* de Tertuliano. Celso habría buscado una componenda con el cristianismo, cuya fuerza no se podía ya desconocer. En el campo filosófico, el terreno estaba preparado por un eclecticismo que él practicaba lo mismo que la mayor parte de sus contemporáneos; en el político-religioso, por el sincretismo, que permitía la coexistencia pacífica de las más variadas divinidades, entre otras—¡de capital importancia!—la del *Kyrios kaisar,* cuyo culto era símbolo y garantía de la lealtad al imperio. A la postre, pues, el intento de Celso habría sido político: reducir a los cristianos al culto y servicio de la causa común del imperio, que era, en definitiva, la causa de la civilización y hasta de su propia religión. El final de la *Doctrina de la verdad* parece dar plenamente razón a esta explicación. Celso habría sido (así lo califican Aubé y Wilamowitz en textos citados) un espíritu de conciliación y paz. No hay sino leer el patético llamamiento que dirige el filósofo pagano a los cristianos (VIII 75; cf. 55.63.68).

Pero hay que suscribir plenamente el juicio de Labriolle: "Il n'est guère d'intelligence moins unifiée que l'intelligence de Celse" [16]. Digámoslo más claro: inteligencia incoherente y contradictoria. Ese deseo de conciliación, ese llamamiento a la colaboración política para sostener un imperio que se desmoronaba a ojos vistas, es de todo punto incompatible con el grito lanzado poco antes por que desaparezca, sin dejar rastro, de la haz de la tierra esa ralea de gentes. Era un claro llamamiento al poder romano a emprender o proseguir una persecución de exterminio. Y todo el empeño de su obra se dirigía a exterminarlos en el campo de las ideas. Celso comete aquí una enorme inconsecuencia consigo mismo. Quiere una avenencia en el terreno político con los mismos que ha tratado de desacreditar, no sólo con supuestas razones filosóficas, sino hasta con el insulto, la calumnia y la blasfemia, en todos los otros terrenos. Si la persecución había de hacer mártires (y en este sentido fecundaría con su sangre la semilla del cristianismo), Celso quiso hacer apóstatas, soñando (de sueño no puede pasar) en destruirlo.

No, la pluma (o estilo) de Celso está afilada principalmente por el orgullo herido de un intelectual antiguo. Siglos de altísima especulación intelectual sobre los más graves problemas que se plantea la mente humana, quedaban de pronto descalificados, anulados y hasta hechos objeto de mofa por un hatajo

[16] O.c., p.131.

de estúpidos que baladronan—a voz en cuello o tácitamente—saber más que Heráclito y Platón, más que cuantos sabios en el mundo fueron. La necedad se proclamaba un bien, y la ciencia un mal. ¡Ese era ahora el escándalo para los griegos! Religiosamente, el cristianismo (y su tronco o raíz, el judaísmo) era un amasijo de absurdos en pugna con la razón y la filosofía. Y todos esos absurdos había que aceptarlos a ciegas, bajo el imperativo "Cree y no indagues". Motivo de rechazar pareja religión era precisamente que a ella se precipitaran las masas ignaras, la hez de la sociedad [17]. Esto tenía que soliviantar tremendamente a aquella aristocracia intelectual, cuyo desprecio por el vulgo, por los *polloi*, de Platón acá, no conocía límites. Aristócrata del espíritu era también Orígenes; pero Orígenes era además cristiano, y, si bien distingue al creyente sencillo, que realmente se contenta con la fe y no indaga las razones o profundidades de ella, y al intelectual o inteligente (gnóstico, en la lengua de entonces) que se consagra a penetrar el misterio de su fe, su espíritu cristiano le veda despreciar a un hermano que, en su fe sencilla, esté acaso más cerca de Dios, por la pureza de su vida, que el intelectual. Históricamente, Celso y su *Alēthḗs lógos* pueden tomarse como ejemplar y símbolo de todos los griegos que pedían a Pablo—y siguieron pidiendo a la Iglesia—sabiduría, y Pablo y la Iglesia les predicaban un Mesías (¡con la pretensión nada menos de ser Dios, Hijo, Verbo y Sabiduría de Dios!) ignominiosamente crucificado. ¡Resucitado también! La resurrección trazaba la línea divisoria. Era el gran signo dado de antemano por Jesús mismo. Pero el orgulloso racionalista se desdeñaba de acercarse a la línea y de mirar al signo, y lo despachaba todo con un cuento tomado de Heródoto.

Ahora bien, que toda esa complejidad y lucha de ideas y sentimientos de un alma pagana ante el hecho del cristianismo casi en sus momentos aurorales, la podamos percibir en los mismos textos, con las mismas ideas y razonamientos, palpitantes de pasión, con que un día fueron escritos, se lo debemos al grande Orígenes, el rival cristiano del sañudo aborrecedor de Cristo, del cristianismo y de los cristianos.

[17] Aubé (o.c., p.309) cita aquí, sin referencia, el dicho de Séneca: *Argumentum pessimi turba*. La idea de Celso, en III 73.

ORIGENES

Eusebio de Cesarea dedica a Orígenes la mayor parte del libro sexto de su *Historia de la Iglesia*, y comienza diciendo que "de Orígenes parecen dignos de rememorarse los hechos aun de su infancia" (literalmente, "de sus pañales"). La frase no tiene por qué inquietarnos, pues es mera hipérbole de la admiración por su héroe; admiración que le venía del que fue su amo y maestro, el mártir Pánfilo. Nacido por los años de 184-185, probablemente en Alejandría, pudo vivir, a la edad de diecisiete, en su propia familia, la terrible y gloriosa constante que era entonces—y será siempre—en la Iglesia el martirio. En la persecución de Septimio Severo [18] fue decapitado su propio padre, Leónidas, aquel que iba a descubrirle, de niño, el pecho y se lo besaba reverentemente—*sebasmos*—como templo que era del Espíritu Santo. Su padre lo inició también en el conocimiento de la Sagrada Escritura, a cuyo estudio se entregó, ya de niño, con un ardor que turbaba a su propio progenitor y presagiaba al gran exégeta posterior, maestro (para bien o para mal) de todos los exégetas por venir. Al ser encarcelado su padre—que sin duda infringió el edicto de Septimio Severo de no hacer propaganda en favor del cristianismo—, un ardor arrebatado por el martirio se apoderó del joven Orígenes, y su madre hubo de apelar a la estratagema de ocultarle los vestidos y retenerlo así en casa. Entonces, el que más adelante, por los años de 235, en la persecución de Maximino Tracio, escribiría el *Protreptikós lógos pros martyrion*, la *Exhortación al martirio*, dirigida a sus amigos el diácono Ambrosio y el presbítero Teoctisto, redacta una carta en los más altos tonos de exhortación al martirio, de la que sólo nos ha conservado Eusebio esta frase escalofriante dicha a su padre: "Guárdate de sentir de otro modo (es decir, de apostatar) por causa nuestra". ¡Que ni mujer ni hijos pasaran por la mente del padre en el momento de confesar la fe! Muerto el padre o, dicho con el fuerte lenguaje cristiano de entonces, "llegado el padre a la perfección por el martirio", y confiscados sus bienes por el Estado, prosigue el martirio de la madre con los seis hijos, el mayor de los cuales era el mismo Orígenes. La Providencia le depara una noble señora que lo acoge en su casa; pero allí había antes acogido a un hereje, de buena labia por cierto, antioqueno de origen y

[18] Por edicto, cuya fecha se pone en 200-202, Septimio Severo prohibió hacerse judío o cristiano: *Iudaeos fieri sub graui poena uetuit; idem etiam de christianis sanxit* (SPARTIANUS, *Vita Seueri* XVII). Cf. *Actas de los mártires* (BAC) p.399.

de nombre Pablo. Eusebio aprovecha la ocasión—y nosotros la aprovechamos también—para notar la aversión que desde niño tuvo el maestro alejandrino por toda herejía: nada pudo hacer que el joven Orígenes tomara parte en las oraciones del hereje, cuya buena parla había incluso atraído algunos católicos ortodoxos. "De esta manera guardaba, ya desde niño, la regla de la Iglesia y abominaba, como él dice en alguna parte, las enseñanzas de los herejes" (EUS., *HE* VI, II 14). Digamos rápidamente, por si alguien lo necesita saber, que este espíritu de fidelidad a la regla de la Iglesia lo mantuvo Orígenes a lo largo de toda su vida. Pudo errar y erró—como maestro—; pero jamás fue rebelde a la Iglesia, que es lo que constituye al hereje. Dada la importancia de este punto y la niebla que aún envuelve el nombre de Orígenes en la mente de quienes no lo conocen, he aquí el autorizado testimonio del padre Daniélou:

"Orígenes es el primer pensador cristiano que intentó llevar el esfuerzo de la inteligencia humana a sus límites extremos en la investigación del misterio. Estos límites los pasó más de una vez; pero ello era tal vez necesario para que se los pudiera fijar exactamente. En una época en que no estaban aún determimados, probó de ver hasta dónde podía llegar la inteligencia humana. Ello constituye la grandeza de su tentativa. Por otra parte, lo hizo siempre con espíritu de obediencia a la regla de la fe y, si algunas de sus opiniones fueron posteriormente condenadas, él mismo no fue nunca formalmente hereje, pues se referían a cuestiones que la Iglesia no había aún zanjado" [19].

Proseguimos. Protegido por la noble señora y dedicándose a la enseñanza de la gramática (entendida en sentido mucho más amplio que el que ahora damos a la palabra griega), Orígenes subviene a las necesidades de su madre y hermanos. ¡Santa pobreza, hermana del martirio!

Un hecho decisivo ocurre ahora en la vida de Orígenes que marca para siempre el rumbo de ella. El obispo Demetrio lo pone al frente del didascaleo o escuela catequética de Alejandría. Orígenes se entrega en cuerpo y alma a su nueva fun-

[19] J. DANIÉLOU, *Origène* (París 1948) p.8. Aunque sin grandes esperanzas de que el interesado se entere de esta nota, contaré que allá por los alrededores de la noble villa de Cuéllar (Segovia), junto al santuario de la Virgen del Henar, me presentaron ante un buen párroco de aquellos contornos, al que, con suprema ironía, hubieron de decirle que yo era un sabiazo.

—La ciencia no vale para nada—me espetó inmediatamente el buen párroco.

—¡Hombre!—le dije—, lo mismo que decían en tiempo de Orígenes.

—¿Orígenes? ¿No fue un hereje?

Era todo lo que mi interlocutor, hombre por lo demás todo simpatía, sabía—y no muy a ciencia cierta—del gran alejandrino.

ción, vende incluso su preciosa biblioteca (¿cómo la adquirió y cómo la libró de las uñas de los confiscadores de los bienes paternos?) y abandona la enseñanza de las letras profanas, "como inútiles y contrarias a las enseñanzas sagradas" (*HE* VI, III 8).

La renuncia a las letras profanas va acompañada de una práctica heroica de la ascesis cristiana. No sólo cercena el sueño para consagrar las noches al estudio de las Escrituras divinas, sino que duerme sobre la dura tierra, ayuna, anda los pies descalzos y se reduce voluntariamente a la extrema pobreza: "Creía él que deben guardarse las enseñanzas evangélicas del Salvador sobre no tener dos túnicas ni preocuparse de lo por venir" (VI, III 10). Consagrado a la enseñanza cristiana, que era una forma de predicación, Orígenes, de acuerdo con el dicho antiguo: οἷος ὁ λόγος τοῖος ὁ βίος (cual la doctrina, tal la vida), quería predicar no sólo de palabra, sino también con el ejemplo. Y ésta fue también otra constante en la vida del gran alejandrino.

En otra racha de persecución contra los cristianos, el maestro dio pruebas temerarias de su amor a los testigos de la fe, y sólo una providencia especial lo libró del furor, mil veces excitado, de las turbas paganas. El mismo era un entrenador de mártires. Muchos de los que pasaron por su escuela sellaron con su sangre la profesión de su fe [20]. Y, volviendo a la ascesis heroica, hay que mentar el *tólmema* (acto audaz), hijo a par de inexperiencia y fervor, cometido por Orígenes al tomar a la letra (una letra que materialmente mata) el dicho evangélico de los eunucos que se castraran a sí mismos (Mt 19,12). El hecho tuvo graves consecuencias, pues más adelante el obispo Demetrio, a quien Eusebio marcó con un anticipado "humano, demasiado humano" ἀνθρώπινόν τι πεπονθώς en su trato con Orígenes, tomó de ahí pie para impugnar la ordenación presbiteral de Orígenes, lo excomulgó de la Iglesia alejandrina y lo depuso de su dignidad sacerdotal (deposición que sería una especie de *suspensio a divinis*). Pero estas flaquezas de la miseria humana, aun en los que ordenan y mandan en la Iglesia de Dios (a las que alguna vez alude Orígenes en el *Contra Celsum:* III 30), hubieran sido blanco del sarcasmo de un Celso, y nos parecen hoy minucias despreciables ante la grande obra de refutar a este temible adversario del cristianismo. Orígenes supo, sin duda, distinguir entre las personas y lo que representan, y ello mantuvo serena su alma y no embotó sus energías para el trabajo.

[20] *Actas de los mártires* (BAC, 1951) p.460ss.

A dicha grande obra se estaba providencialmente preparando. Se preparó, sin duda, en Alejandría con el estudio de la filosofía griega y de la cultura helenística en general. Seguramente se desengañó pronto de que las letras profanas fueran inútiles y hasta contrarias a las enseñanzas sagradas. De haberlo pensado así firme y definitivamente (lo que hubiera sido retroceder al sirio Taciano) no hubiera jamás abierto un diálogo platónico, que es una de las desgracias que en esta vida pueden acontecer a un *apaideutos,* a un inculto, aunque ande cargado de técnica. Pero no conocer a Platón, en su tiempo, hubiera sido tanto como no respirar la atmósfera espiritual en que alentaban las almas más nobles. En plena actividad docente de su parte, Orígenes frecuentó las lecciones de Ammonio Saccas, fundador del neoplatonismo [21].

Aquí no tratamos de estudiar *per se* la filosofía de Orígenes [22]. Sólo queremos dejar bien sentado que estaba bien apercibido para responder a quien creyó atacar victoriosamente al cristianismo en nombre de la filosofía platónica. Cuanto de bello y luminoso pudiera alegar Celso de diálogos o cartas platónicas se lo sabía Orígenes tan bien como él—y de primera mano—y podía mejor que Celso proclamarlo a los cristianos. Tanto o más que su rival había tenido el trato antiguo y constante con el común maestro, que lo era por igual, aunque por diversos títulos, de gentiles, judíos y cristianos. Sobre este trato constante con Platón (y con otros filósofos) hay un testimonio de primer orden de un sucesor justamente de Celso en su enemiga y ataque contra el cristianismo: aquel Porfirio que fue la pesadilla de los Padres de la Iglesia del siglo IV. Lo vamos a reproducir íntegro, por el solo placer de oír a un contemporáneo de Orígenes (relativamente más joven, pues la vida de Porfirio va de 233 a 305), sin entrar en los graves problemas que el texto ha planteado a los eruditos o éstos se

[21] Sobre Ammonio Saccas, maestro de Orígenes, había escrito ya en 1949 el P. ELEUTERIO ELORDUY, S.I., *Orígenes, discípulo de Ammonio:* Las Ciencias 12.4 (1949) 897-912. Fruto de nuevas y pacientes indagaciones es el libro, que formará época: *Ammonio Sakkas* I. La doctrina de la creación y del mal en Proclo y el Ps. Areopagita (Oña, Burgos). La firma del P. E. Elorduy lleva también el artículo *Neuplatonismus* de la nueva edición del LThK t.7 col.917-919. El que sólo conozca al P. Elorduy por sabios libros y eruditos y densos artículos no sabe que su persona es la bondad, amabilidad y sencillez encarnada. Yo no le hallo más flaco sino que se proclame a sí mismo celtíbero, y celtíberos haga a los más ilustres españoles que en la historia han sido, y entre ellos meta a un insignificante Ruiz Bueno. Nada me importaría de no haber conocido a celtíberos de cierta tierra, con qiuenes no quisiera tener ascendencia común alguna. ¡Antes seripio!

[22] El tema, por lo demás, ha sido recientemente tratado, en obra especial, por un conocedor eminente del maestro alejandrino: H. CROUZEL, *Origène et la philosophie* (Paris 1961). En su artículo *Origène,* en DTC t.11 col.1511-1514, trata Bardy de la filosofía de Orígenes y afirma la influencia fundamentalmente platónica: "Su enseñanza era cristiana, pero los términos en que se expresa son en muchos casos los que habían sido ya empleados en los diálogos platónicos". En su *Ammonio Sakkas* toca también el P. Elorduy el tema de la filosofía origeniana.

han inventado sobre el texto. Después de condenar la interpretación alegórica de las escrituras judaicas, prosigue Porfirio:

"Este método absurdo procede de un hombre con quien traté yo mismo de muy joven; hombre muy célebre en su tiempo y que lo sigue aún siendo por las obras que dejó. Se trata de Orígenes, cuya fama es grande entre los maestros de estas doctrinas. Y es así que, habiéndose hecho discípulo de Ammonio, el que tanto éxito en filosofía obtuvo en nuestro tiempo, Orígenes se aprovechó grandemente de su maestro en orden a la pericia en los discursos; respecto, empero, del recto propósito de la vida, echó por senda contraria a aquél. En efecto, Ammonio, educado como cristiano por padres cristianos, apenas gustó de la reflexión filosófica, retornó a una conducta de acuerdo con las leyes; Orígenes, en cambio, formado como griego en las letras griegas, vino a parar a la temeridad bárbara. Entregado a ella, traficó consigo mismo y su talento para las letras, viviendo, desde luego, en su vida como cristiano y contra la ley, pero helenizando en sus opiniones sobre las realidades y lo divino y aplicando fraudulentamente lo helénico a fábulas extrañas. Y es así que tenía trato continuo con Platón y frecuentaba también las obras de Numenio y Cronio, de Apolófanes, Longino y Moderato, de Nicómaco y los más ilustres pitagóricos. Tenía igualmente a mano los libros del estoico Queremón y Cornuto, de quienes aprendió la interpretación alegórica de los misterios griegos, adaptándola a las escrituras judaicas" (EUS., *HE* VI, XIX 5-8).

Eusebio corrige la plana a Porfirio respecto de la formación "griega" o pagana de Orígenes, de la que se habría pasado a la temeridad bárbara, no menos que los pasos inversos que habría dado Ammonio. Los modernos han achacado a Porfirio un *quid-pro-quo* más gordo, que sería haber confundido a un Orígenes pagano con el más grande cristiano del siglo III. Nosotros nos atenemos a la tesis del Orígenes único, victoriosamente defendida por el padre Elorduy [23]. El Orígenes que "convivía" *(synēn)* con Platón es el doctor cristiano que un día tendrá ante sus ojos bellos textos e ideas platónicas con que se pretendería impugnar la fe que había inspirado toda su vida e impulsado su titánico trabajo intelectual. No todo lo platónico es para él dogma de fe filosófica, ni menos de fe divina. No puede decirse sin exorbitancia que Orígenes sienta por Platón más entusiasmo que el que le inspira Moisés, los profetas y Jesús mismo [24]. También a Platón se le oponen de cuando en cuando

[23] E. ELORDUY, o.c., p.356ss.
[24] Es afirmación de M.me Miura-Stange, citada por Labriolle, o.c., p.155. "C'est beaucoup dire", apostilla Labriolle. No ha llegado a mis manos el

graves reparos; pero, si se comparan los ataques a las otras escuelas—la de Epicuro es, a todas luces, la más abominable—, la Academia sale, sin duda, la mejor parada.

Y, sin embargo, hay que dar la razón al padre Elorduy, que, *verbotenus*, me da la misma opinión que hallo confirmada en Crouzel: "Orígenes no es filósofo ni por su finalidad ni por su método. Un puro filósofo saca de su propia razón todas las respuestas a los problemas que se plantea; es decir, las saca de la experiencia más profunda que halla en sí mismo, la del ser, del pensar y del obrar" [25].

TEÓLOGO Y EXÉGETA

Ciertamente, no era la filosofía, es decir, el esfuerzo de la propia razón ante los problemas eternos, la experiencia más profunda que Orígenes hallaba en su alma. La raíz de su vida era la fe, que florecía en caridad y era sostén *(hypóstasis, substantia)* de su bienaventurada esperanza (y de su actual existencia). Una fe sin la más leve vacilación en su alma, pero, en su fondo y en sus fuentes mismas, envuelta en la densa nube del misterio, como aquella del Sinaí, escondrijo de Dios, a la que sólo fue dado entrar a Moisés [26]. Levantar tantico el velo del misterio o penetrar con Moisés en las tinieblas de la nube, morada de Dios, fue el empeño de toda la vida

libro de la señora Miura-Stange, "discípula de Harnack", *Celsus und Origenes, das Gemeinsame ihrer Weltanschauung* (Giessen 1926). El P. Daniélou (o.c., p.86) lo califica de "très curieux" y resume su tesis de la identidad de mentalidad de Celso y Orígenes. Luego el mismo Daniélou pone los puntos sobre las íes. Decir que ambos rivales tenían la mentalidad de su tiempo, o es no decir nada, o es decir una perogrullada. Todos respiramos el mismo aire y, sin embargo, ¡qué diferencia va de cara a cara o de pulmón a pulmón! El platonismo—ya lo hemos dicho—era atmósfera que todos respiraban; pero cada uno a su manera.

[25] H. CROUZEL, o.c., p.11. "Según E. de Faye y Hal Koch—escribe Crouzel—, Orígenes habría yuxtapuesto paradójicamente en sí mismo un filósofo griego a un cristiano ferviente, a un celoso hombre de Iglesia. Es un eco del juicio del neoplatónico Porfirio en su libro *Contra los cristianos*" (texto de Eusebio antes transcrito). Lo mismo viene a decir Wilamowitz-Moellendorff, en la página que dedica a Orígenes, a renglón seguido de Plotino, en su *Die griechische Literatur des Altertums* (p.271): "Al que una vez le haya llegado Plotino al corazón, sabe la locura y pecado que es dividir a los hombres de este tiempo en cabritos y ovejas, en cristianos y gentiles. Su contemporáneo, el cristiano Orígenes, demuestra lo mismo. A éste, ya en vida, el odio de la incultura cristiana lo desterró de su patria Alejandría: pero él creó en Cesarea, capital de Palestina, un foco de ciencia cristiana que irradió extensamente. También Jerusalén recibió una preciosa biblioteca... Para los filósofos helénicos de su tiempo, Orígenes era un colega estimado que sólo representaba una doctrina distinta. Entonces un cristiano podía muy bien ocupar una cátedra científica y ser oído no sólo de cristianos, como lo sabemos, por ejemplo, de Anotolio, discípulo de Orígenes". Habría sido, pues, una noche del espíritu, en que todos los gatos habrían sido pardos: pero el caso precisamente de Orígenes prueba que, dentro de la piel parda, las diferencias internas eran profundas e irreductibles.

[26] HANS VON BALTHASAR, *Le mystère d'Origène*: RScR 26 (1936) 514-562; 27 (1937) 38-64. "La introducción más penetrante para entender a nuestro autor" (DANIÉLOU, o.c., p.15).

de Orígenes, imposible, desde luego, pero cumplido con admirable fidelidad a una vocación interior. En mil partes de sus obras, y señaladamente a todo lo largo del *Contra Celso*, aparece la distinción de las dos categorías de cristianos: los sencillos, que pueden y deben contentarse con adherirse a la fe que se les predica—adhesión que lleva consigo la total entrega a Dios, esencia que es del cristianismo—, y los inteligentes (gnósticos, perfectos), que de la simple fe pasan a aquella sabiduría que San Pablo dice predicar entre los perfectos (1 Cor 1,6). No todos los creyentes pueden renunciar a todo negocio de la vida ni, aunque renunciaran, tendrían todos capacidad para consagrarse a profundizar los misterios de la fe; pero hay quienes renuncian a todo y se consagran a inquirir la razón de su fe, el *lógos* de lo que nos dijo el Logos. Uno de ellos, de manera eminente y ejemplar, fue Orígenes. Fuera o no un sistemático [27], él fue el fundador de la teología y exégesis bíblica, que, en su mente y en su obra, formaban una unidad indisoluble. Al servicio de esta inteligencia del misterio (o, si se prefiere, de su formulación inteligible) está puesta la filosofía y, en general, toda la cultura profana. Es la *ancilla theologiae*, como dirá tras él toda la Edad Media. A su antiguo descípulo Gregorio, que lleva en la posteridad el sobrenombre de Taumaturgo, lo exhorta a que prosiga el estudio de la Sagrada Escritura y sólo como de auxiliar o propedéutica se valga de la filosofía: "Tu talento natural puede hacer de ti un cabal jurisconsulto romano o un filósofo griego de cualquiera de las famosas escuelas. Mas yo quisiera que, como fin, emplearas toda la fuerza de tu talento natural en la inteligencia del cristianismo; como medio, empero, para ese fin haría votos por que tomaras de la filosofía griega las materias que pudieran ser como iniciaciones o propedéutica para el cristianismo; y de la geometría y astronomía, lo que fuere de provecho para la interpretación de las Escrituras Sagradas. De este modo, lo que dicen los profesores de la filosofía, que tienen la geometría y la música, la gramática y retórica y hasta la astronomía por auxiliares de la filosofía, lo podremos decir nosotros de la filosofía misma respecto del cristianismo" [28].

La actividad exegética y teológica de Orígenes, iniciada en sus años de docencia en Alejandría (de esta época es el *peri archòn* [*De principiis*], su obra teológica capital), se prolongó con crecida intensidad en el período de residencia en Cesarea

[27] El estudio de O. CROUZEL *Origène est-il systematique*, publicado en 1959 en "Bulletin de Litterature ecclésiastique" (Toulouse), está ahora reproducido en su obra citada: *Origène et la phylosophie* (p.179ss).

[28] PG 11,87. En apéndice damos esta carta de Orígenes.

de Palestina, que se inicia el año 230 y duró hasta su muerte. Si el mecenazgo de Ambrosio comenzó en Alejandría, es de suponer continuara en Palestina. Como quiera que sea, he aquí el importante texto de Eusebio de Cesarea:

"A partir de este momento, también Orígenes (ese *también* alude, sin duda, a la actividad exegética de Hipólito de Roma) comenzó a componer sus comentarios a las Escrituras divinas, por incitación de Ambrosio, que no sólo lo exhortaba y animaba de palabra, sino proveyéndole con la mayor liberalidad de todo lo necesario. Y así, cuando dictaba, tenía Orígenes a su disposición más de siete taquígrafos, que se relevaban a debido tiempo, otros tantos copistas, a par de muchachas diestras en caligrafía. A todos ellos proveía copiosamente Ambrosio de todo lo necesario a su subsistencia. Además, les inspiraba indecible fervor, y así, sobre todo, lo incitaba a la composición de los comentarios" (VI, XXIII 1-2).

Cualquier patrología nos dará la lista imponente de las obras exegéticas de Orígenes, que, aun después de tantas pérdidas, llenan gruesos volúmenes de Migne o del *Corpus* de Berlín [31]. No cabe decirse que esta ingente labor fuera, ni consciente ni inconscientemente, preparación para enfrentarse con su rival pagano, pues éste no lo iba a atacar en el campo, digamos, técnico de la exégesis. Celso no cree que las Escrituras judías y cristianas admitan siquiera la alegoría (el sistema de interpretación alegórica lo profesan uno y otro). Son un tejido de patrañas y absurdos. Celso ve bien que, desacreditado el judaísmo y sus Escrituras, cae por su base el cristianismo, que no niega ni reniega (como quería Marción) de sus orígenes; y, negada la veracidad de los evangelios, sobre todo en el punto capital de la resurrección de Jesús, los cristianos no pasarían de charlatanes que cuentan prodigiosas historias, como tantos otros que hacen de ello granjería en las públicas plazas. Pero su ataque es puramente negativo, brutal, pudiéramos decir, sin asomo de seriedad científica. Esto estaba reservado a sus sucesores modernos. Aun así, por cualquier página que se abra el *Contra Celso* nos delata al gran maestro de la ciencia bíblica, cuya letra llevaba en su memoria (de memoria parece citar aquí efectivamente) y cuyo espíritu nutría su espíritu. Orígenes remite con frecuencia a trabajos exegéticos anteriores (muchos de ellos perdidos) y parece sentir a veces como pena de que el tema y fin de su obra apologética no le permita entrar a fondo en la exégesis de pasajes torcidamente entendidos por su contrario.

[31] Remito nuevamente a la carta 33 de San Jerónimo y, como *Patrología*, a la de Quasten (BAC, 1961) p.347-353.

Un aspecto de la actividad de Orígenes en Cesarea que nos interesa también en esta introducción al *Contra Celso* es su predicación. El que a sí mismo se llamó (o lo llamamos nosotros) *homo ecclesiasticus* por su fidelidad en guardar la regla de fe de la Iglesia, lo es también por su amor al pueblo creyente, por humilde que sea, al que quiere transmitir el fruto de su trabajo científico, muy elaborado, desde luego, y acomodado al paladar de sus oyentes. El desprecio de un aristócrata de la inteligencia (o que por tal se tenía) por las masas populares que abrazaban el cristianismo era tal que—ya lo hemos dicho—esa mera afluencia era motivo para rechazarlo (como si fuera de rechazar la medicina porque todo el mundo la usa). Orígenes tiene contra ese desprecio palabras magníficas y serenas. La Iglesia se abre a todos; el maestro o predicador cristiano, como Pablo apóstol, se siente deudor de griegos y bárbaros, sabios e ignorantes. Ni en el orden moral tienen preferencia, como se imagina Celso, los pecadores, ni en el intelectual los tontos e ignorantes. Al pecador se lo llama para que se limpie de sus pecados y emprenda vida santa, y al ignorante para que deje de serlo por el conocimiento de la verdad. Orígenes predicaba todos los días, si bien la gente, ni en Cesarea ni en ninguna parte, está para sermón diario. El se queja de que sólo acudan a oírle los domingos, como si todos los días no fueran fiesta *(Hom. in Gen.* X 3)[30]. Según la cuenta de Bardy, se nos conservan sobre diversos libros sagrados un total de 204 discursos completos, a los que hay que añadir fragmentos más o menos extensos. Tanto más preciosos cuanto que nos dan la palabra viva del gran maestro alejandrino:

"Entonces (a la muerte de Heraclas y al tercer año de emperador Felipe el Arabe), cuando, como era natural, se multiplicaba la fe y nuestra doctrina se predicaba con libertad por todas partes, y Orígenes había pasado los sesenta años, dueño de un hábito grandísimo, adquirido por su larga preparación, dicen que permitió a los taquígrafos tomaran las homilías que predicaba al pueblo, cosa que no había consentido antes" (Eus., *HE* VI, XXXVI 1).

Bardy espiga una serie de textos interesantes para conocer el alma del predicador o la situación del pueblo a quien predica. Nosotros sólo recogeremos uno, que nos delata una actitud profunda de Orígenes: su ansia por el martirio. Se lamenta el predicador de cómo se ha enfriado la caridad y decaído la

[30] Sobre este tema, muy interesante para nuestros días posconciliares, de la predicación de Orígenes puede verse G. BARDY, *Un prédicateur populaire au IIIe siècle:* Rev. prat. d'Apol. 45 (1927) 513ss679ss; y la *Introduction* del P. de Lubac a las *Homilías sobre el Génesis:* Sources chrétiennes (1945). Noticia y copiosa bibliografía en QUASTEN, o.c., p.347ss.

fe en muchas iglesias, como si se cumplieran los signos de la consumación: "Cuando viniere el Hijo del hombre, ¿hallará fe sobre la tierra?" Y a fe que, si juzgamos las cosas por la verdad y no por las muchedumbres, si juzgamos por el espíritu y no por ver a muchos reunidos, veremos que ahora no somos creyentes. Entonces había creyentes, cuando se daban aquellos gloriosos martirios; cuando, después de acompañar a los mártires, volvíamos de los cementerios a nuestras reuniones y se juntaba, sin turbarse, toda la Iglesia, y los catecúmenos se instruían para dar testimonio de su fe y morir como los que confesaban la verdad hasta la muerte sin turbarse ni agitarse en su fe en el Dios vivo. Entonces había pocos fieles, pero eran fieles de verdad, que caminaban por la vía estrecha y angosta que lleva a la vida" [31].

"CONTRA CELSO"

A renglón seguido de la noticia que nos da Eusebio sobre la predicación de Orígenes añade que "por aquel tiempo compuso también los ocho libros contra el titulado *Discurso de la verdad* que escribió contra nosotros el epicúreo Celso".

Efectivamente, a un hombre así preparado, hijo de un mártir y entrenador de mártires, que aun en tiempos de paz vivió la mística del martirio, cuyo valor incitante y purificador echaba de menos; a un hombre que, como nadie en su siglo y como muy pocos en los por venir, vivió del misterio cristiano y trató de escrutarlo con todas las fuerzas de su mente poderosa y con todos los medios que su tiempo le ofrecía; a un hombre que vivió la mística de Jesús con tal intensidad que anuncia de lejos a los grandes amadores del Señor de siglos posteriores: a Agustín, Bernardo, Francisco de Asís y Buenaventura [32]; a un hombre, en fin, amador ardiente de la Iglesia y del pueblo creyente, a cuyo servicio consagró su vida; a un hombre así le llega un día, de Alejandría, el año 248, de parte de su amigo Ambrosio, un libro, no muy breve, con el arrogante título *Doctrina verdadera,* que apunta, por mero contraste, a que el cristianismo, en él ferozmente atacado, es doctrina falsa. Cuanto él había amado y venerado era allí objeto de insultos y blasfemias. Jesús quedaba rebajado a un hechicero; los mártires eran forajidos que no merecían ni compasión; los cristianos en general, una banda de sediciosos. La Iglesia, refugio de gentes estúpidas y de la peor calaña. Ambrosio pide a su amigo

[31] *Hom. in Ier.*, ed. E. Klostermann, p.25.
[32] Cf. F. BERTRAND, *Mystique de Jésus chez Origène* (París 1951). Introduction.

que refute el atroz libelo. Orígenes vacila en cumplir la orden de su amigo, pues tendrá que detenerse en aquella sarta de dislates y calumnias y responder despacio a la irrestañable rociada de improperios. Era mandarle respirar por largo trecho aire infecto de odio y mentira. La mejor refutación fuera el silencio. ¿No calló Jesús ante acusadores y calumniadores? Allí estaba su vida sin mácula como la mejor defensa; allí estaba también ahora la vida de los discípulos de Jesús, que vale por toda refutación de la calumnia. Recopiemos un texto de suprema verdad y belleza:

"Todavía se le siguen levantando a Jesús falsos testimonios, y mientras exista la maldad entre los hombres no habrá momento en que no se le acuse. Y, por lo que a El atañe, también ahora calla y no responde con su voz; pero es defendido por la vida de sus genuinos discípulos, que es el más fuerte clamor, más poderoso que todo falso testimonio para refutar y echar por tierra los falsos testimonios y acusaciones" *(Prólogo* 2)[33].

Ya que se decide a obedecer a la orden o ruego de su amigo, Orígenes se cree en el deber de advertir que, en la refutación de Celso, no mira a los fuertes, sino a los débiles en la fe, a los que sólo creen *pros kairón* (Lc 8,13) o a los que no han gustado en absoluto el cristianismo *(Prólogo* 4.6). ¡No quiera Dios haya nadie que, después de experimentar en sí tal amor como el que Dios nos ha mostrado en Cristo Jesús, pueda conmoverse por las palabras de un Celso (que ni siquiera vive ya la común vida humana) ni de ninguno de sus congéneres! Entre las muchas cosas que enumera Pablo (Rom 8,35) capaces de separar del amor de Cristo y del amor de Dios en Cristo Jesús no pone la razón o razonamiento *(lógos).* "Yo no sé en qué categoría habría que poner al que necesite de razonamientos escritos para deshacer las acusaciones de Celso contra los cristianos, reparar la sacudida que por ellas haya recibido en su fe y estar otra vez firme en ella" *(Prólogo* 4). No ya un cristiano perfecto que haya leído el escrito de Celso; un creyente cualquiera en Cristo despreciará cuanto en él se escribe; y lo despreciará con razón por la gra-

[33] Para la idea de que la mejor defensa es la vida intachable, pudo rondarle a Orígenes por la memoria lo que cuenta Jenofonte en la *Apología de Sócrates* (si es de Jenofonte este escrito). Viéndolo su amigo Hermógenes cómo hablaba de todo menos del juicio que le esperaba, le dijo que pensara en su defensa. A lo que contestó Sócrates: "¿No te parece que he estado toda mi vida estudiando mi defensa?" "¿Cómo?", insistió Hermógenes. "Porque jamás en mi vida he cometido acción injusta, y ésta me parece ser mi mejor defensa..."

Los atenienses, sin embargo, le condenaron a muerte (¡a sus setenta años!), con lo que le quitaron unos años de vida y le dieron la inmortalidad.

cia del Espíritu Santo que hay en él (*Prólogo* 6, v. *finem*).

Esta actitud del apologista cristiano es del más alto interés. No sólo está él seguro de su propia fe, sino también de la fe de sus hermanos firmes en la fe. Ninguna razón o razonamiento la podrá conmover. Las razones de Celso (caso que las diere) no le merecen más que desprecio. ¡Y no digamos sus calumnias, denuestos e injurias! ¡No digamos sus blasfemias contra Jesús! Contra las razones no se oponen ante todo y sobre otras razones (que las hay), ni menos se responde con insultos a los insultos ni con blasfemias a las blasfemias. A todo eso se opone la gracia del Espíritu Santo, la gracia misma de la fe. Atacar la fe por la razón, por las razones o razonamientos es (si se nos permite la imagen cinegética) disparar a una pieza que salta volviéndose de espaldas a ella. El estampido acelerará su carrera. La fe, como no es producto de la razón, no puede tampoco ser destruida por la razón. Ninguna de las profundas realidades humanas es producto de la razón. A una pareja de enamorados no habrá razón ni razonamiento que los convenza de que el amor es un absurdo (aunque, desaparecido el amor, así se lo parezca a la fría razón). Creemos movernos, al hablar así, dentro del pensamiento de Orígenes, siquiera no nos dirijamos ya a Celso, "de muy atrás muerto", sino a sus sucesores que aún viven y no morirán mientras haya maldad en el mundo. Los sucesores de Celso pudieran, sin embargo, ahorrarse el trabajo de disparar al aire (como cohetes en fiesta mayor de pueblo) razones contra la fe, que tiene su hontanar en la vida profunda del espíritu humano (fe natural) y en la del Espíritu divino, en el Espíritu de Jesús y del Padre, que se ha derramado en nuestros corazones.

Sin embargo, hay también débiles en la fe, por los que es bien miremos conforme al precepto del Apóstol (Rom 14,1); puede ser muy bien que, entre la muchedumbre de los creyentes o que parecen creer, haya quienes se conmuevan y hasta caigan derribados por los escritos de Celso y se recobren por su refutación (*Prólogo* 4); hay almas a las que pueden dañar las mentiras de Celso y a ellas hay que oponer razonamientos que las arranquen de raíz (IV 1); nada sería más grato al apologista que penetrar en las almas y curar la herida que el dardo envenenado de Celso ha podido producirles, por lo que han venido a perder la sanidad en la fe (V 1). Todo ello quiere decir que, si la razón no produce la fe, la sinrazón la puede dañar, debilitar y herir. Acaso no a ella directamente, pero sí a lo que pudiera fomentarla y for-

talecerla. Hay una absoluta solidaridad en las operaciones del alma. No hay en ella compartimientos estancos: aquí la fe; allí, pared en medio, la razón; más allá... lo que el discreto lector guste de poner. Orígenes hubo de ver, según avanzaba en su lectura, la malignidad del escrito de Celso y el mal que podía hacer, y toda vacilación sobre si refutarlo o no desapareció de su espíritu.

Eso respecto de los débiles en la fe. Respecto de los que no habían aún gustado en absoluto del cristianismo, el caso era aún más urgente. "Un pagano culto que, sin conocimiento personal del cristianismo, leyera el libro de Celso, en el que, con pretensiones de extensa erudición, se pintaba la amenaza a los bienes sagrados de la helenidad, difícilmente podía mostrar interés alguno positivo por religión de tan baja estofa. En muchos hubo de afianzarse más fuertemente la convicción de la necesidad de que el Estado interviniera duramente contra movimiento tan peligroso..." [31]

La última palabra

Al final de su obra, muy en armonía con su prólogo, dice Orígenes:

"Y aquí tienes, santo Ambrosio, cumplido, según mis fuerzas, lo que por ti me fue mandado. En ocho libros he comprendido todo lo que me ha parecido conveniente responder al que Celso tituló *Discurso de la verdad.* Al lector de su escrito y de nuestra réplica toca ahora juzgar cuál de los dos respira más del verdadero Dios, de la manera como haya de dársele culto y de la verdad de aquellas sanas doctrinas que inducen a los hombres al mejor género de vida" (VIII 76).

Ante su obra acabada (probablemente escrita de un tirón), el apologista afirma haber respondido al discurso o *Doctrina de la verdad,* presuntuosamente titulado así por su adversario; pero deja al juicio del lector que decida por dónde sopla el espíritu de Dios, dónde se le profesa culto más puro, dónde se enseña una verdad que conduzca a los hombres a una vida más alta. El lector es aquí la posteridad. La posteridad diría la última palabra. Y la posteridad ha dado la razón a Orígenes o, por mejor decir, a la causa defendida por Orígenes y,

[31] H. Jedin, *Manual de historia de la Iglesia* I: *De la Iglesia primitiva a los comienzos de la gran Iglesia,* por Karl Baus, p.266; páginas más adelante (p.349-357) se traza un bello retrato de Orígenes, se estudia su obra exegética y teológica, pero nada se dice de su apologética. La obra está traducida por mí, y sólo lamento la orgía ortológica por la que me hacen decir *protreptico* y *didascalo* y no digamos *exegeta,* del que me eliminan con rigor implacable el acento que yo pongo siempre, porque siempre he pronunciado exégeta (esdrújulo, por si aquí también me quitan el acento). "Escribo como hablo", dijo Juan de Valdés; yo acentúo como pronuncio.

más concretamente, a la Iglesia, que sigue impávida su marcha y cumple su misión de traer la vida divina a los hombres. No hay razón o razonamiento contra esta vida (ni contra ninguna vida). Ella se la da a sus mismos impugnadores. Sin la refutación de Orígenes y, sobre todo, sin su generoso método de refutarlo por sus mismas palabras (¡y hay que ver lo que cuesta transcribir algunas!), Celso y su *Alēthēs lógos* hubieran desaparecido sin dejar rastro. Escrito hacia 178, ningún autor del siglo II ó III lo menciona hasta el momento en que Ambrosio se lo manda (*èpempsas, Prólogo* 4) a su maestro y amigo Orígenes con ruego de que lo refute. La obra, empero, del maestro alejandrino, aunque escrita primeramente para sostener la fe de los sencillos, fue leída, como él mismo presintiera (V 28), por quienes eran capaces de estimar su valía. "Los ocho libros *Contra Celso*—dice Bardy, resumiendo la vida póstuma de la obra de Orígenes—fueron siempre leídos y estudiados con provecho por los autores cristianos. Los conoció Eusebio de Cesarea; los santos Basilio y Gregorio de Nacianzo insertaron largos extractos en su *Philocalia;* San Juan Crisóstomo y San Jerónimo citan por ellos lo que saben de Celso y su obra. Muchos otros los aprovecharon, y habría que emprender un estudio detallado para seguir la historia de la apología contra Celso a través de los siglos. A falta de otros argumentos, el gran número de manuscritos que nos quedan de ella es testimonio suficiente de la difusión y del favor que halló siempre en los círculos cristianos. Aun después que Orígenes fue condenado en el quinto concilio (año 553), aun después que dejó de copiarse el texto de la mayor parte de sus obras y se perdió en el polvo de las bibliotecas, se continuó leyendo los libros *Contra Celso*, que son hoy, entre las obras del gran doctor, los únicos que nos han llegado en su texto original íntegro" [35].

Ya que se ha aludido aquí a la pervivencia del *Contra Celso*, digamos, parentéticamente, que el haber llegado a Occidente se debe al papa Nicolás V, amante de las letras y fundador de la Biblioteca Vaticana. Por indicación de Teodoro Gaza, constantinopolitano, Nicolás V mandó a Constantinopla quien comprara el códice y se trajera a Roma el preciado tesoro. El hecho lo cuenta el propio Teodoro Gaza en carta al que fue primer traductor latino del *Contra Celso*, Cristóforo Persona (PG 11,25). El Papa dijo a Gaza (o Gazino): *Velle se ei quidvis praemii polliceri qui latinum hunc faceret*. Ya por las fechas en que escribe, afirma Gaza (por experiencia) no haber

[35] Rev. prat. d'Apol. 29 (1919) 98.

príncipes tan generosos como Nicolás V que ofrezcan premios a un traductor del griego... La obra, acaba diciendo, es difícil; pero tanto mayor será la gloria de haberla llevado a cabo: *Age Romanum virum et animo ingenti difficultates omnes pervade.* Son como voces de aliento que nos llegaran del fondo remoto de los siglos...

ULTIMO TESTIMONIO

Acabada la obra de refutación del *Alēthēs lógos* de Celso poco le quedaba ya a Orígenes para poder decir las palabras del Apóstol: *He acabado mi carrera, he guardado la fe* (2 Tim 4,7). Iba a acabar su carrera, había guardado y defendido la fe, y pronto se le ofrecería ocasión de confirmarla con el martirio, siquiera no consumado. Todavía escribe en los años de paz de que gozó la Iglesia bajo el mando del emperador cristiano Felipe el Arabe; pero Orígenes presiente que la paz puede acabar de un momento a otro, pues la estolidez pagana seguía atribuyendo a los cristianos la culpa de todas las calamidades del imperio. Ellos la tenían ahora de "la actual sedición que tanto se ha propagado" (III 15). Es decir, de que Fepipe el Arabe tuviera, por los años 248, no menos de tres rivales, de oscuros nombres para nosotros: Jotapianus, Pacatianus y Uranius Antoninus.

El año 250 estalla, en efecto, la persecución, sistemática y general, con la diabólica consigna de hacer antes apóstatas que mártires: *Maxime cum cupientibus mori non permittebatur occidi*[36]. Esta consigna explica una frase, aparentemente enigmática, del fragmento de Eusebio que vamos a transcribir, sobre el empeño que puso el juez en que se atormentara a Orígenes, pero sin quitarle la vida:

"Ahora bien: cuáles y cuántas cosas sucedieron a Orígenes en la persecución y qué fin tuvieron, dado caso que el demonio perverso había porfiadamente armado contra él a todo su ejército y cayó sobre él con más furia que sobre cuantos entonces combatía; cuánto tuviera que sufrir aquel gran hombre por la palabra de Cristo, cadenas y tormentos en su cuerpo, y torturas por el hierro y sufrimientos en los más hondos calabozos de la prisión; cómo pasó muchísimos días con los pies extendidos en el cepo hasta el cuarto agujero; las amenazas de quemarle vivo y todos los otros suplicios que los enemigos de la fe le infligieron, y cómo terminaron todos estos martirios, pues el juez puso particular empeño en que no se le

[36] Cf. *Actas de los mártires* (BAC, 1951) p.492.

quitara en modo alguno la vida; qué exhortaciones dejó después de todo esto, llenas de utilidad para quienes necesitan ayuda, todo se contiene en las numerosas cartas suyas, tan sinceras como exactas".

El verano de 251 murió Decio en el campo de batalla, e inmediatamente se abrieron las cárceles rebosantes de cristianos, a quienes no se quiso matar a pesar de su deseo de morir. Orígenes fue uno de ellos. No consumó el martirio. Su nimbo hubiera dejado en la sombra aspectos doctrinales que dividieron a la posteridad. Lo que dijo San Agustín de San Cipriano: "Si en esta viña feraz había algo que podar, el Padre celestial lo purificó por el martirio", se hubiera podido aplicar también al didáscalo alejandrino, su contemporáneo. Pero si mártir es el testigo, rubrique o no su testimonio con la sangre vertida, pocos testigos de fe tan honda, tan firme y fielmente vivida puede presentar la historia del cristianismo como este hijo de un mártir y educador de mártires. Pocos defensores tampoco tan ardientes de la fe como este debelador del primer adversario de talla intelectual que tuvo el cristianismo.

DANIEL RUIZ BUENO.

Oña (Burgos), 23 de octubre de 1966, fiesta de San Antonio María Claret.

[illegible]

[illegible] L S O

[illegible]

[illegible] y [illegible] cuando [illegible] la [illegible]

[illegible] que [illegible] y [illegible]

[illegible] que [illegible]

[illegible] que [illegible] todos [illegible]

[illegible] todos los [illegible]

[illegible]

P R Ó L O G O

1. Jesús callaba

Nuestro Señor y Salvador Jesucristo calló cuando se le levantaban falsos testimonios y nada respondió cuando era acusado, pues estaba persuadido que su vida entera y cuanto hiciera entre los judíos eran más fuertes que toda palabra para refutar el falso testimonio, más eficaz que todo discurso para defenderse de las acusaciones. Tú, empero, piadoso Ambrosio[1], no sé por qué razón has querido componga yo una apología contra los falsos testimonios que Celso ha levantado a los cristianos y contra las acusaciones a la fe de las iglesias que consigna en su libro. ¡Como si la realidad misma no ofreciera una clara refutación y razonamiento superior a todo lo escrito, que deshace todo falso testimonio y no deja a las acusaciones viso de probabilidad para que puedan lograr su intento! Ahora bien, sobre que Jesús callara al levantársele falsos testimonios, basta de momento citar el texto de Mateo, ya que Marcos escribió cosa equivalente. Helo aquí: *Mas el sumo sacerdote y el sanhedrín buscaban un falso testimonio contra Jesús, a fin de darle muerte; pero no lo encontraban, a pesar de haberse presentado muchos falsos testigos. Por fin, se presentaron dos que dijeron: Este dijo: Puedo destruir el templo de Dios y reedificarlo en tres días. Y levantándose el sumo sacerdote le dijo: ¿Nada respondes a lo que éstos atestiguan contra ti? Jesús, empero, callaba* (Mt 26,59-63) Y sobre que Jesús no respondiera al ser acusado, he aquí lo que está escrito: *Mas Jesús compareció delante del gobernador, que le interrogó diciendo: ¿Eres tú el rey de los judíos? Y Jesús le dijo: Tú lo dices. Y como le acusaran los príncipes*

[1] *Ambrosio:* Fue convertido por Orígenes de la secta valentiniana a la ortodoxia de la Iglesia (EUS., *HE* VI, XVIII 1); luego animó al maestro al trabajo y se hizo su mecenas generoso (EUS., *HE* VI, XXIII 1-2): "Desde entonces comenzó también Orígenes a componer sus comentarios a las divinas Escrituras, a lo que le incitaba Ambrosio no sólo con exhortaciones de discursos y palabras, sino proveyendo con la mayor liberalidad a todo lo necesario. Y es así que tenía a su disposición, cuando dictaba, no menos de siete taquígrafos, que se turnaban a sus tiempos; otros tantos copistas, amén de muchachas diestras en caligrafía. Para todo lo cual proveía Ambrosio copiosamente de los medios necesarios, y, lo que es más, con su estudio y fervor por oráculos divinos, le infundía a Orígenes un ánimo indecible, y así señaladamente lo incitó a la composición de los comentarios". A Ambrosio dedicó también Orígenes sus libros *Exhortación al martirio* (EUS., VI, XXVIII) y *De oratione*.

de los sacerdotes y los ancianos, nada respondió. Díjole entonces Pilato: ¿No oyes cuántas cosas atestiguan contra ti? Y no le respondió a palabra alguna, de manera que el gobernador quedó muy maravillado (Mt 27,11-14).

2. Jesús sigue callando

A la verdad, digno fuera de maravilla para quienes sean capaces de discurrir moderadamente que, pudiéndose defender y demostrar que no era reo de culpa alguna; pudiendo hacer un elogio de su propia vida y de los milagros que realizara como venidos de Dios, a fin de mostrar al juez el camino de una sentencia más benévola en su favor, nada de eso hiciera, sino que despreció a sus acusadores y magnánimamente los desdeñó. Ahora bien, que, de haberse Jesús defendido, lo hubiera puesto el juez sin demora en libertad, es evidente por lo que de él se escribe haber dicho: *¿A quién de los dos queréis que os suelte: a Barrabás o a Jesús, que es dicho el Cristo?* Y por lo que prosigue diciendo la Escritura: *Sabía, en efecto, que por envidia lo habían entregado* (Mt 27,17-18).

Todavía se le siguen levantando a Jesús falsos testimonios, y mientras exista la maldad entre los hombres, no habrá momento en que no se lo acuse. Y por lo que a El atañe, también ahora calla y no responde con su voz; pero es defendido por la vida de sus genuinos discípulos, que es el más fuerte clamor, más potente que todo falso testimonio, para refutar y echar por tierra falsos testimonios y acusaciones.

3. La razón no puede separar al creyente de su fe

Es más, me atrevería a decir que la defensa que me pides debilitará la apología de la realidad y oscurecerá el poder de Jesús, que salta a los ojos de quienes no sean insensatos. Sin embargo, para no dar la impresión de que rehuso cumplir lo que me mandas, he procurado responder, según mis fuerzas, a cada uno de los puntos que escribe Celso, lo que, a mi ver, echa por tierra sus razonamientos, incapaces ciertamente de conmover a ningún creyente. ¡No quiera Dios haya nadie que, después de recibir tal caridad de Dios en Cristo Jesús, se sienta sacudir en su propósito por lo que diga Celso o cualquiera de los de su laya! Y es así que Pablo traza una larga lista de cosas que suelen separar de la caridad de Cristo o de la caridad de Dios en Cristo Jesús, cosas todas que vence la caridad en El; pero no puso entre ellas la razón o

el discurso. Atiende, en efecto, que primeramente dice: *¿Quien nos separará de la caridad de Cristo?: La tribulación, la estrechez, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro o la espada?* Como está escrito: *Por causa tuya se nos mata cada día; hemos sido reputados como ovejas del matadero* (Ps 43,23). *Mas en todo esto vencemos con ventaja por Aquel que nos ha amado.* Y, en segundo lugar, pone otro orden de cosas que, por su naturaleza, separarían a los poco firmes en la religión, y dice: *Porque cierto estoy que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni las potestades, ni lo presente ni lo futuro, ni las virtudes, ni lo alto ni lo profundo, ni otra criatura alguna podrá separarnos de la caridad de Dios, que está en Cristo Jesús, Señor nuestro* (Rom 8,35-39).

4. Puede haber débiles en la fe

A la verdad, bien fuera que nosotros nos gloriáramos de que ni la tribulación ni todo lo demás que le sigue en la lista nos separe de la caridad; pero no Pablo, ni los apóstoles, ni quienquiera se parezca a ellos; pues el que dijo: *En todo esto vencemos con ventaja* (que es más que vencer simplemente) *por Aquel que nos ha amado,* está muy por encima de todas esas cosas. Mas si también los apóstoles hubieran de gloriarse de que no se separan de la caridad de Dios que está en Cristo Jesús, se gloriarían de que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los principados, ni nada de lo que sigue, los puede separar de la caridad de Dios, que está en Cristo Jesús, Señor nuestro. De ahí que no pueda yo sentir simpatía por quien, habiendo creído en Cristo, deja que su fe se conmueva por un Celso, que no vive ya siquiera la común vida humana, sino que está de muy atrás muerto; por un Celso, digo, o por cualquiera elocuencia de discurso. Y no sé en qué categoría haya de ponerse al que necesite de razonamientos consignados en un libro para deshacer las acusaciones de Celso contra los cristianos, reparar la sacudida que por ellas ha recibido en su fe y fortalecerle en ella. Sin embargo, pudieran darse entre la muchedumbre de los que se suponen creyentes algunos de fe tan débil que se dejan conmover y hasta derribar por los escritos de Celso y que pudieran ser curados por la apología contra ellos, caso que lo que digamos tenga fuerza para refutar a Celso y afirmar la verdad. De ahí que me decidiera a obedecer a tu mandato y refutar el escrito que me has mandado; escrito, por cierto, que nadie, por poco avanzado que esté en la filosofía, convendrá ser, como lo tituló Celso, "Doctrina verdadera".

5. Celso no merece nombre de filósofo

Ahora bien, Pablo, comprendiendo que en la filosofía griega hay cosas no despreciables, persuasivas para el vulgo, pero que presentan la mentira como verdad, dice sobre ellas: *Mirad no os seduzca nadie por medio de la filosofía y de un engaño vano, según la tradición de los hombres y los elementos de este mundo, y no según Cristo* (Col 2,8). Y viendo que en los discursos de la sabiduría del mundo aparece alguna grandeza, dijo que las razones de los filósofos son "conforme a los elementos del mundo". Pero nadie que tenga un adarme de inteligencia afirmará que la obra de Celso esté escrita "según los elementos de este mundo". Las doctrinas de la filosofía, por tener en sí algo engañoso, las llamó el Apóstol "engaño vano", acaso para distinguirlo de cierto engaño que no es vano, aquel que Jeremías tenía ante los ojos cuando se atrevió a decirle al Señor: *Me engañaste, Señor, y fui engañado; fuiste más fuerte y prevaleciste* (Ier 20,7). La obra, empero, de Celso es evidente para mí que no contiene engaño alguno y, por ende, tampoco engaño vano, como las doctrinas de quienes han fundado escuelas filosóficas y en ellas mostraron no vulgar inteligencia. Nadie llamará sofisma a cualquier disparate en los teoremas de la geometría, ni lo describiría para ejercicio de quienes en esto entienden; por modo semejante, para que una obra pudiera llamarse engaño vano según la tradición [2] y los elementos de este mundo, tendría que ser parecida a las ideas de quienes fundaron escuelas filosóficas.

6. Orígenes no escribe para cristianos de fe firme

Después de refutar punto por punto lo que Celso dice hasta el momento en que introduce a un judío que habla con Jesús (I 28ss), se me ocurrió anteponer al comienzo este proemio, a fin de que el futuro lector de mi refutación de Celso tropiece con él inmediatamente y se percate que mi libro no está escrito para quienes tienen fe cabal, sino para quienes no han gustado en absoluto la fe en Cristo o para aquellos que el Apóstol llamó "flacos en la fe", en el texto que dice: *Haceos cargo del débil en la fe* (Rom 14,1). Sírvame también de excusa este proemio de haber respondido a Celso por un método al comienzo y por otro en lo que sigue. Y es así

[2] Καί παράδοσιν M: κατά παράδοσιν Wi.

que primero había decidido notar sólo los puntos capitales y una breve refutación de ellos y dar luego cuerpo a mi razonamiento; pero luego, el tema mismo me sugirió ahorrar tiempo y, respecto del comienzo, contentarme con lo así respondido; pero, en lo que sigue, aprestarme a combatir en mi obra, según mis fuerzas, las acusaciones que lanza Celso contra nosotros. Por eso pedimos perdón, al comienzo, de lo que viene tras el proemio. Mas, si tampoco las refutaciones que siguen se mueven de manera cabal, por ellas te pido igualmente perdón; y, si todavía quieres tener resueltos por escrito los argumentos de Celso, te remito a los que son más sabios[3] que yo, y pueden, de palabra y por escrito, echar por tierra sus acusaciones contra nosotros. Sin embargo, mejor es quien, aun leído el libro de Celso, no necesita de apología contra él, sino que desprecia todo lo que contiene, como lo desprecia con razón cualquier creyente en Cristo, por obra del Espíritu que mora en él.

[3] δυνατους M: om. Bo.

LIBRO PRIMERO

1. Leyes de escitas

El primer capítulo con que Celso quiere calumniar[4] al cristianismo es que los cristianos forman entre sí asociaciones secretas, contra la ley; pues "de las asociaciones, dice, unas son públicas y se forman conforme a la ley; otras, secretas, que van contra lo legislado". Y quiere calumniar el amor de unos con otros, como lo llaman los cristianos, que, según él, "provendría del común peligro y es más fuerte que todo juramento"[5]. Ya, pues, que canta y discanta sobre la ley común y contra ésta afirma ser las asociaciones de los cristianos, respondamos a este punto. Si uno se encontrara entre los escitas, cuyas leyes van contra la ley divina, y no tuviera posibilidad de escapar, sino que se viera obligado a vivir entre ellos, con razón formaría por amor de la verdad, que, para los escitas, es ilegalidad, alianza con quienes sintieran como él contra lo que aquéllos tienen por ley; y así, ante el tribunal de la verdad, las leyes de los gentiles acerca de las estatuas y del impío politeísmo son leyes de escitas y, si cabe, más impías que de escitas. No es, consiguientemente, contra razón formar asociaciones que van contra la ley, pero son en favor de la verdad. Si unos cuantos se conjuraran secretamente para matar al tirano que se apoderó de la ciudad, obrarían lícitamente; así, ni más ni menos, los cristianos, cuando el que

[4] Calumniar: Celso prosigue la obra de tantos contemporáneos suyos que calumnian al cristianismo. La refutación de esas calumnias llena la apologética del siglo II (véanse mis *Apologistas griegos del siglo II*, BAC 1954). He aquí una refutación general dada por Justino Mártir: "Y es así que yo mismo, cuando seguía la doctrina de Platón, oía las calumnias contra los cristianos; pero, al ver cómo iban intrépidamente a la muerte y a todo lo que se tiene por espantoso, me puse a reflexionar ser imposible que tales hombres vivieran en la maldad y en el amor de los placeres. Porque ¿qué hombre amador del placer, qué intemperante y que tenga por cosa buena devorar carnes humanas, pudiera abrazar alegremente la muerte, que ha de privarle de sus bienes, y no trataría más bien por todos los medios de prolongar indefinidamente su vida presente y ocultarse a los gobernantes; cuánto menos, soñar en delatarse a sí mismo para ser muerto? (o.c., p.274s).

Sin embargo, hay que hacer honor a Celso de que en toda su "doctrina verdadera" no alude a las burdas calumnias populares que envenenaban el ambiente del siglo II y que Atenágoras resume así: "Tres son las acusaciones que se propalan contra nosotros: el ateísmo, los convites de Tiestes y las uniones edipeas" (ATHEN., *Leg. pro christianis* 3; o.c., p.651). Celso, en cambio, insiste, desde este primer "capítulo", sobre el carácter sedicioso del cristianismo, al que define como una *stasis* (sedición). La *agape* de los cristianos es para él forma de sedición (cf. TERTULL., *Apol.* 39,7).

[5] ὑπερόρκια M: ὑπὲρ ὅρκια Chadwick, que remite a HOM., *Ilíada* 3,299; 4,67. Así ya Bo.

llaman ellos el diablo y la mentira lo tiranizan todo, forman asociaciones contra el diablo, contraviniendo la ley del diablo, y las forman para salud de otros a quienes puedan persuadir que se aparten de la ley como de escitas y tiránica (cf. V 37; VIII 65).

2. El origen «bárbaro» del cristianismo

Luego dice que nuestra doctrina es, desde sus orígenes, "bárbara", aludiendo evidentemente al judaismo, del que depende el cristianismo. Y denota inteligencia al no recriminar a nuestra doctrina sus orígenes bárbaros, antes alaba a los bárbaros como capaces de inventar teorías; siquiera añada a renglón seguido que "valen más los griegos en orden a juzgar, confirmar y aplicar a la práctica de la virtud lo que inventan los bárbaros". Ahora bien, de esto que dice Celso resulta para nosotros una defensa de la verdad de lo que se afirma en el cristianismo, y es que, si uno se pasa de las doctrinas y prácticas helénicas al Evangelio, no sólo lo puede juzgar como verdadero [6], sino, al ponerlo en práctica, lo demostraría, supliendo lo que pudiera faltar a la demostración helénica. Lo cual sería una buena demostración del cristianismo. Pero hemos de decir además que hay otra demostración propia de nuestra doctrina, más divina que la que se toma de la dialéctica griega. Esta demostración más divina la llama el Apóstol *la demostración de espíritu y de fuerza* (1 Cor 2,4); de espíritu primeramente, por razón de las profecías capaces de persuadir a quienes las leen, señaladamente en lo que atañen a Cristo; de fuerza, en segundo lugar, por los milagros y prodigios que puede demostrarse haber sucedido, entre otros muchos argumentos, por el hecho de que aún se conservan rastros de ellos entre quienes viven conforme a la voluntad del Logos (cf. I 46; II 8; VII 8) [7].

[6] αὐτά M: αὐτόν K. tr.

[7] Uno de los rastros o huellas de los milagros que aún se daban entre los cristianos era la expulsión de los démones. Así dice Justino Mártir, *Apol.* II 5 (6) 5-6: "Porque, como antes dijimos, el Verbo se hizo hombre por designio de Dios Padre y nació para la salvación de los creyentes y destrucción de los demonios. Y esto lo podéis comprobar por lo que ahora mismo está sucediendo ante vuestros ojos. Porque por todo el mundo y en vuestra misma ciudad imperial, muchos de los nuestros, es decir, cristianos, conjurándolos por el nombre de Jesucristo, que fue crucificado bajo Poncio Pilato, han curado y siguen aún ahora curando a muchos endemoniados que no pudieron serlo por todos los otros exorcistas, encantadores y hechiceros, y así destruyen y arrojan a los demonios que poseen a los hombres" (o.c., p.267). Cf. también, en lenguaje muy enérgico, TERTULL., *Apol.* 23,4-6).

3. Los cristianos bajo amenaza de muerte

Luego habla de que "los cristianos practican sus ritos y enseñan sus doctrinas a sombra de tejado" y dice que "no sin razón lo hacen así, pues tratan de eludir la pena de muerte que les amenaza", y compara ese peligro "con los que hubieron de afrontar los filósofos, por ejemplo, Sócrates". Y pudiera haber añadido Pitágoras y otros filósofos. A esto hay que decir que, respecto de Sócrates, los atenienses se arrepintieron inmediatamente de su crimen (DIOG. LAERT., II 43) y no le guardaron en adelante ningún resentimiento; y lo mismo respecto de Pitágoras. Por lo menos, los pitagóricos siguieron manteniendo sus escuelas en Italia, en la llamada Magna Grecia. Los cristianos, en cambio, han sido combatidos por el senado romano, por los emperadores que se han ido sucediendo, por el ejército y el pueblo y hasta por los parientes de los fieles, y se hubiera suprimido su doctrina, vencida por tamaña conjura de asechanzas, de no haberla sostenido y levantado una virtud divina, hasta el punto de vencer al mundo entero conjurado contra ella.

4. El alma naturalmente cristiana

Veamos también cómo se trata de desacreditar nuestra doctrina moral por el hecho de ser "común" y que, "en parangón con los otros filósofos, nada tiene de enseñanza venerable y nueva" (II 5). A esto hay que decir que, para quienes admiten el justo juicio de Dios, quedaría cerrada la puerta para el castigo de los pecados, caso de que, en virtud de las nociones comunes, no tuvieran todos sano conocimiento previo de los principios morales. De ahí que no sea de maravillar que el mismo Dios haya sembrado en las almas de todos los hombres lo mismo que enseñó por los profetas y el Salvador. De este modo, nadie tiene excusa en el juicio divino, pues *tiene escrito en su propio corazón el sentido de la ley* (Rom 2,15). Es lo mismo que la palabra divina dio misteriosamente a entender en el relato que los griegos tienen por mítico, al hacer a Dios escribir con su propio dedo los mandamientos y dárselos a Moisés. Luego los hizo pedazos la maldad de los que fabricaron el becerro de oro (cf. Ex 32,19), que es como si dijera que los borró la inundación del pecado. Por

[8] Las "nociones comunes", κοιναὶ ἔννοιαι son una idea de la filosofía estoica; cf. CIC., *De leg.* 1,6,18; PHILO, *Quod omnis prob.* 46 (Chadwick). Orígenes percibe el parentesco de esta doctrina con la paulina sobre el sentido ingénito de la ley moral.

segunda vez, en piedras que labrara Moisés, los escribió Dios y se los dio de nuevo, como si la palabra profética hubiera dispuesto al alma, después del primer pecado, para recibir el segundo escrito de Dios.

5. «El que habla con las paredes»

En cuanto a la doctrina sobre la idolatría, la presenta como propia de los que siguen al Logos, y hasta la confirma diciendo: "No creen sean dioses lo que es obra de manos, pues no es razonable sea Dios lo que fabrican artífices misérrimos y de malas costumbres, hombres a menudo también inicuos" (cf. III 76). Pero, seguidamente, queriéndola reducir a lugar común y no hallada primeramente por el Logos, aduce el siguiente dicho de Heráclito: "Los que se acercan a cosas sin alma como si fueran dioses, obran como quien se pusiera a charlar con las paredes de su casa" (DIELS, frag.5; cf. *infra* VII 62-65). Ahora bien, también acerca de este punto hay que decir que, por modo semejante al resto de los principios morales, hay ingénitas en los hombres nociones, por las que Heráclito u otro cualquiera de entre griegos o bárbaros supo demostrar esa verdad. Porque todavía trae a cuento a los persas, que piensan lo mismo, alegando a Heródoto que lo narra (1,131). A todo lo cual añadiremos nosotros lo que dice Zenón de Citio en su *República:* "No hay necesidad alguna de construir templos, pues nada ha de tenerse por sagrado, ni por muy estimable y santo, como sea obra de albañiles y artesanos" *(Stoic. Vet.* frag.1,265). Síguese, pues, evidentemente que, también acerca de esta doctrina, está escrito en los corazones de los hombres con letras de Dios lo que deben hacer.

6. El tema de la magia

Luego, movido por no sé qué motivo, afirma Celso que la fuerza que parecen tener los cristianos la deben a ciertos nombres de démones y fórmulas de encantamiento (cf. VI 40; VIII 37). Con ello alude, según pienso, a los que conjuran y expulsan a los démones. Ahora bien, parece calumniar evidentemente nuestra doctrina, pues "la fuerza que parecen tener los cristianos" no la deben a encantamientos, sino al nombre de Jesús y a la recitación de las historias que de El hablan. Y es así que pronunciar ese nombre y recitar esas historias ha hecho con frecuencia alejarse a los démones de los hombres, señaladamente cuando los que las dicen lo hacen

con espíritu sano y fe sincera. Y es tanto el poder del nombre de Jesús contra los démones, que, a veces, logra su efecto aun pronunciado por hombres malos. Que es justamente lo que enseña Jesús mismo cuando dice: *Muchos me dirán aquel día: En tu nombre arrojamos a los demonios e hicimos milagros* (Mt 7,22). No sé si Celso omitió esto adrede y por malignidad, o porque lo ignoraba. Lo cierto es que, en lo que sigue, ataca también al Salvador, atribuyendo "a magia el poder con que parecía hacer sus milagros. Y como previó que otros habrían de conocer sus mismos trucos y hacer lo que El hacía, y que blasonarían de obrar por poder de Dios, Jesús los expulsa de su propia república" [9]. Y ahora lo acusa por este razonamiento: "Si los expulsa con justicia, siendo El mismo reo de lo mismo, es un malvado; mas si El no es un malvado al hacer eso, tampoco lo son los que hacen lo mismo que El". Sin embargo, aun cuando pareciera imposible demostrar cómo hizo Jesús sus milagros, lo evidente es que los cristianos no se valen de fórmulas mágicas de ninguna especie, sino del nombre de Jesús y de otros relatos en que se tiene fe en conformidad con la Escritura divina.

7. El cristianismo no es doctrina secreta

Luego, como Celso califica tan a menudo de "oculta" nuestra doctrina, también en este punto hay que refutarlo, como que casi el mundo entero conoce la predicación de los cristianos mejor que las sentencias de los filósofos. Pues ¿quién ignora que Jesús nació de una virgen, y fue crucificado, y resucitó—verdad en que creen muchos—y proclamó el juicio, en que se castigará a los pecadores según lo que merecen y se galardonará debidamente a los justos? Y el misterio mismo de su resurrección, por no ser entendido, es traído y llevado y objeto de mofa entre los incrédulos. Siendo esto así, llamar "oculta" nuestra doctrina es de todo punto absurdo. Por lo demás, que haya puntos más allá de lo exotérico, que no llegan a los oídos del vulgo, no es cosa exclusiva del cristianismo, sino corriente también entre filósofos, que tenían sus doctrinas exotéricas, pero otras esotéricas. Así, unos sólo oían sobre Pitágoras: "El lo dijo"; otros eran secretamente iniciados en doctrinas que no merecían llegar a oídos profanos y no aún purificados [10]. Y en cuanto a los misterios,

[9] "Expulsar de su república", puede aludir a Platón, que expulsa de la suya a Homero (Bader, Chadwick).

[10] Es interesante saber que del mismo Aristóteles había escritos exotéricos y esotéricos (cf. CLEM. ALEX., *Strom.* V 95,1). Entre los pitagóricos, los había *akoustikoi* (oyentes, los *legos* de la liga) y *mathematikoi* (discentes o científicos, los *padres*) (AULUS GELL., 1,9,3ss).

que se practican por toda Grecia y tierras bárbaras, con ser ocultos, no los ataca Celso; por eso en vano trata de desacreditar lo que hay de oculto en el cristianismo y que él no entiende puntualmente.

8. El martirio cristiano

Mas parece ser que Celso defiende con elocuencia, hasta cierto punto, a los que dan testimonio del cristianismo hasta morir por él, diciendo: "Y no es que yo diga que quien ha abrazado una doctrina buena, aunque por ella venga a correr peligros entre los hombres, haya de apostatar de ella, o fingir que ha apostatado, o negarla". Realmente, al decir que "quien profesa una doctrina no debe fingir que ha apostatado de ella ni negarla", condena a quienes abrazan la religión cristiana, pero fingen no profesarla o efectivamente lo niegan. Pero hay que demostrar que Celso se está contradiciendo a sí mismo. Efectivamente, por otros escritos suyos se halla haber sido epicúreo; aquí, empero, por parecerle sería más consecuente acusar nuestra doctrina no confesando la filosofía de Epicuro, finge creer que "hay en el hombre algo superior a lo terreno emparentado con Dios", y dice: "Quienes esta parte (es decir, el alma) conservan sana, tienden en todo a lo que les es congénito (es decir, a Dios) y siempre desean [11] oír algo y acordarse de Dios" (cf. VIII 63). Ahora bien, es de ver lo espurio de su alma, pues habiendo dicho que "quien ha abrazado una doctrina buena, aunque por ella corra peligro entre los hombres, no debe apostatar de ella ni fingir que apostata ni negarla", él cae en todo lo contrario. Sabía, en efecto, que, de confesarse epicúreo, no tendría crédito alguno su acusación contra quienes, de un modo u otro, introducen una providencia y atribuyen a Dios el gobierno de las cosas. Ahora bien, por tradición sabemos haber habido dos Celsos epicúreos: el primero, bajo Nerón, y éste, que vivió bajo Adriano y más adelante [12].

[11] ἐφίεται M: ἐφίενται Guiet. Sobre la afinidad del alma con Dios, cf. PLAT., *Tim.* 90a *et passim*.

[12] Dos Celsos: Por este importante pasaje se ve claro que ni el mismo Orígenes identifica ya con certeza a su adversario. La incertidumbre prosigue entre los modernos. De Celso, viene a decir Koetschau (prólogo a su versión del *Contra Celsum)*, no se conoce más que el nombre y, naturalmente, los fragmentos de su obra conservados por Orígenes. Filosóficamente éste lo tiene por epicúreo; pero "su filosofía, dice Chadwick, es la del platonismo medio y no delata afinidad alguna con el epicureísmo" (prólogo a su versión del *Contra Celsum* p.XXV).

9. La razón y la fe sencilla

Seguidamente nos exhorta a que sigamos, para aceptar doctrinas, "a la razón y a un guía racional", pues "quien de otro modo se adhiere al primero que topa, ha de caer de todo punto en el engaño". Y compara a los que irracionalmente creen "con los mendigantes de Cibele y agoreros, con los sacerdotes de Mitra y Sabacio y con cualquiera con quien uno se topa, que se dan por apariciones de Hécate o de otro demon o démones. Porque, "a la manera", dice, "que, entre gentes de esa laya, hombres malvados abusan de la idiotez de los crédulos y los traen y llevan donde quieren, así acontece también entre los cristianos". Y añade que algunos, que no quieren dar ni recibir razón de lo que creen, echan mano de su principio: "No inquieras, sino cree", y del otro: "Tu fe te salvará" (VI 11-12). Y afirma que dicen: "Mala cosa es la sabiduría del mundo; buena, la locura o necedad".

He aquí la respuesta a todo esto: Si fuera posible que todos abandonaran los negocios de la vida para vacar tranquilamente a la filosofía, no habría que seguir otro camino que ése, pues en el cristianismo no se hallará menor tarea —para no decir algo fuerte—que en otra parte alguna: el examen de las verdades de la fe, la interpretación de los enigmas de los profetas, de las parábolas evangélicas y de infinitas cosas más acontecidas o legisladas simbólicamente. Pero eso es imposible, ora por razón de las necesidades de la vida, ora también por la flaca inteligencia de los hombres, pocos de los cuales se entregan con ahínco a la reflexión. Y en este caso, ¿qué mejor camino pudiera hallarse para bien de las gentes que el enseñado por Jesús a las naciones? No hay sino preguntar sobre la muchedumbre de los creyentes, limpios ahora del aluvión de maldad en que antes se revolvían: ¿Qué es mejor para ellos: haber creído sin buscar la razón de su fe, haber ordenado comoquiera sus costumbres movidos de su creencia sobre el castigo de los pecados y el premio de las buenas obras, o dilatar su conversión por desnuda fe hasta entregarse al examen de las razones de la fe? Es evidente que, en tal caso, fuera de unos poquísimos, la mayoría no habrían recibido lo que han recibido por haber creído sencillamente y habrían permanecido en su pésima vida. Así, pues, si hay algo que prueba que la humanidad del Logos (Tit 3,4) no vino sin disposición divina a habitar entre los hombres, a esa prueba hay que juntar estotra. Un hombre piadoso no creerá que, sin disposición divina, venga

a una ciudad o nación un médico que devuelve la salud a muchos enfermos (I 26), pues ningún bien acaece entre los hombres sin disposición divina. Pues, si el que cura o mejora corporalmente a muchos no lo hace sin disposición divina, ¿cuánto más el que ha curado, convertido o mejorado las almas de muchos, y las ha unido con el Dios sumo y enseñádoles a dirigir toda acción al agrado del mismo y evitar cuanto le desagrade hasta en la más mínima palabra, acto y pensamiento?

10. Se nace platónico o peripatético

Mas ya que tanto se canta y discanta acerca de la fe, digamos que nosotros, porque la tenemos ciertamente por provechosa para las gentes, enseñamos a creer, aun sin inquirir la razón de la fe, a quienes no pueden abandonarlo todo y entregarse a la inquisición de tales razones; ellos, empero, aunque no lo confiesan, hacen lo mismo que nosotros. Efectivamente, el que se convierte a la filosofía y se mete, como por suerte, en una secta filosófica, o porque topó con un maestro de la misma, ¿por qué otra razón da ese paso sino porque cree que esa escuela es la mejor? El que se decide a ser estoico, platónico, peripatético o epicúreo, o de cualquier otra escuela filosófica, no espera a oír las doctrinas de todos los filósofos o de las distintas escuelas filosóficas, ni cómo se refutan unas y se demuestran otras; no, un impulso irracional—aunque no lo quieran confesar—los lleva a practicar, digamos, la doctrina estoica, dando de mano a las demás; o la platónica, desdeñando, por inferiores, las otras [13]; o la peripatética, como más humana y que en grado mayor que las otras escuelas valora inteligentemente los bienes humanos. Y hay quienes, turbados a su primer encuentro con el tema de la providencia, fundados en lo que sucede sobre la tierra a buenos y malos, se abalanzaron precipitadamente a decir que no hay en absoluto providencia y abrazaron la doctrina de Epicuro y Celso.

11. Todo pende de la fe

Ahora bien, si, como ha demostrado mi razonamiento, hay que creer a uno solo de los que, entre griegos o bárbaros, han fundado escuelas filosóficas, ¿cuánto más será razón crea-

[13] τούς λοιπούς, ἢ τὸν Πλατωνικὸν ὑπερφρονήσας, ὡς ταπεινότερον τῶν ἄλλων M: τοὺς λοιπούς, ἢ τὸν Πλατωνικὸν, ὑπερφρονήσαντες, ὡς ταπεινο τέρων τῶν ἄλλων (codex B de Θ, Wendland, inter, K. tr.).

mos al Dios sumo y al que nos enseñó que a El solo se debe adorar, y despreciar todo lo demás, como si no fuera, y, caso que sea, tenerlo desde luego por digno de estima, pero no de adoración y culto? El que no solamente crea todas estas cosas, sino que tenga también talento para contemplarlas teórica y racionalmente, nos dirá las demostraciones que de suyo se le ocurran y las que encuentre en su tenaz inquisición. Todo lo humano pende de la fe; ¿no será, pues, más razonable creer a Dios que a los fundadores de escuelas filosóficas? Porque ¿quién navega, o se casa, o engendra hijos, o arroja las semillas a la tierra, sino porque cree que las cosas saldrán bien, cuando es posible que salgan mal y de hecho han salido a veces mal? Sin embargo, la fe en que las cosas saldrán bien y a pedir de boca hace que los hombres se aventuren, y se abalancen a lo incierto que puede acaecer como no se espera. Pues si en toda acción de resultado incierto, la esperanza y la fe en un porvenir mejor sostienen la vida, ¿cuánto más razonable no será abrace esa fe—más que quien navega por la mar, o siembra la tierra, toma mujer, o emprende otro negocio humano—el que cree en Dios que todo eso ha creado, y en Aquel que, con tan superior alteza de espíritu y con divina magnanimidad, osó asentar esta doctrina por todo lo descubierto de la tierra, aun a costa de grandes peligros, y de una muerte tenida por ignominiosa, que El sufrió por amor de los hombres? El, que enseñó también a los que al comienzo se decidieron a ponerse al servicio de su enseñanza a que, despreciando todos los peligros y cualquier género de muerte que en todo momento les amenazaba, marcharan audazmente por todo lo descubierto de la tierra para la salud de los hombres.

12. «Todo lo sé»

Seguidamente, dice literalmente Celso: "Si quieren, por fin, responderme, no como a quien busca información, pues lo sé todo, sino como a quien se interesa por igual por uno y otro bando, la cosa iría de perlas; mas, si no quieren, sino que me vienen, como de costumbre, con su estribillo: "No inquieras", etc., "no tendrán otro remedio—dice—, sino explicarnos [14] qué es lo que dicen y de qué fuente manara", etc. A ese "lo sé todo" hay que decir ser una enorme fanfarro-

[14] Chadwick da una traducción fundado en Wifstrand, *Wahre Lehre* p.402, en que αὐτοὺς se entiende como complemento de διδάξαι. El sentido sería que Celso les va a enseñar a los cristianos cuál es su doctrina y de qué fuente manara. Por cierto que Chadwick, por inadvertencia, omite aquí la versión del inciso: ἀλλ'ὡς ἐξ ἴσου παντπν κηδομένῳ.

nada que se ha permitido Celso. Si hubiera leído señaladamente los profetas, que todo el mundo confiesa estar llenos de enigmas y de discursos oscuros para el vulgo; si hubiera pasado los ojos por las parábolas del Evangelio y por el resto de la Escritura, en que se contiene la ley y se narra la historia de los judíos, y hubiera prestado oído a las voces de los apóstoles; si, leyendo inteligentemente, hubiera querido penetrar en el sentido de las palabras, no se hubiera propasado de ese modo a decir: "Lo sé todo". Nosotros mismos, que nos hemos pasado la vida en estos estudios, no no atreveríamos a decir que lo sabemos todo, pues amamos la verdad (cf. III 15). Ninguno de nosotros dirá: "Sé todo lo que enseña Epicuro", ni osará afirmar que conoce enteramente la filosofía de Platón, cuando tamañas discrepancias existen entre quienes la interpretan. ¿Quién será tan petulante que diga: "Sé todo lo que enseñan los estoicos, o todo lo que dicen los peripatéticos"? A no ser que Celso oyera, por lo visto, ese "lo sé todo" de algunos de esos estúpidos que no se dan cuenta de su propia ignorancia, y creyera que, con tales maestros, se lo sabía todo. Paréceme haber hecho Celso como quien se va a Egipto, donde los sabios del país filosofan, según escritos tradicionales, largo y tendido sobre las cosas que entre ellos se tienen por divinas; el vulgo, empero, sólo oye unos cuantos mitos, cuyo sentido no entiende, lo que no impide blasonar de ellos. Celso, digo, hizo como quien creyera conocer todo lo referente a los egipcios por haberse hecho discípulo de esas gentes vulgares, sin haber tratado con sacerdote alguno ni aprendido de ninguno de ellos los misterios de los egipcios. Y lo que digo de sabios y vulgo entre los egipcios, cabe igualmente decirlo acerca de los persas, entre los cuales hay iniciaciones que sus eruditos interpretan racionalmente, pero que sólo como signos externos reciben los que entre ellos son vulgo y gentes superficiales. Y dígase lo mismo de los sirios e indios y de cuantos pueblos poseen mitos y, a par, escritos que los interpretan.

13. Sabiduría de Dios y sabiduría del mundo

Celso sentó como cosa dicha por muchos cristianos: "Mala es la sabiduría de la vida; buena, la necedad (o locura)". A esto hay que decir que falsea la palabra divina al no citar el texto tal como se encuentra en Pablo, que dice: *Si alguno se imagina entre vosotros ser sabio en este mundo, hágase necio para venir a ser sabio; porque la sabiduría de este mundo*

es necedad para Dios (1 Cor 3,18-19). Por donde se ve que el Apóstol no dice lisamente que "la sabiduría sea necedad delante de Dios", sino "la sabiduría de este mundo"; ni tampoco: "Si alguno se imagina entre vosotros ser sabio, *hágase,* sin más, *necio,* sino *hágase necio en este mundo para venir a ser sabio*". Ahora bien, llamamos sabiduría de este mundo, que, según las Escrituras, es destruida por Dios (1 Cor 2,6), a toda falsa filosofía; y decimos buena la necedad, no así absolutamente, sino cuando uno se hace necio para este siglo. Es como si dijéramos que un platónico, que cree en la inmortalidad del alma y en lo que se dice de su reencarnación, acepta una necesidad respecto de los estoicos, que se mofan de semejantes creencias; o de los peripatéticos, que no se cansan de hablar de los gorjeos de Platón (ARIST., *An. post.* 1,22; 83 a 33; II 12); o de los epícureos, que tachan de supersticiosos a los que introducen una providencia o atribuyen a Dios el gobierno del universo. Pero hay que añadir a todo esto que, según el beneplácito del Logos mismo, va mucha diferencia entre aceptar nuestros dogmas por razón y sabiduría o por desnuda fe; esto sólo por accidente lo quiso el Logos, a fin de no dejar de todo punto desamparados a los hombres, como lo pone de manifiesto Pablo, discípulo genuino de Jesús, diciendo: *Ya que el mundo no conoció, por la sabiduría, a Dios en la sabiduría de Dios, plúgole a Dios salvar a los creyentes por la necedad de la predicación* (1 Cor 1,21). Por aquí se pone evidentemente de manifiesto que debiera haberse conocido a Dios por la sabiduría de Dios; mas, como no sucedió así, plúgole a Dios, como segundo remedio, salvar a los creyentes, no simplemente por medio de la necedad, sino por la necedad en cuanto tiene por objeto la predicación. Se ve, efectivamente, al punto que predicar a Jesús como Mesías crucificado es la necedad de la predicación, como se dio bien de ello cuenta Pablo cuando dijo: *Nosotros, empero, predicamos a Jesús, Mesías crucificado, escándalo para los judíos y necedad para los griegos; mas para los llamados mismos, judíos y griegos, el Cristo, fuerza de Dios y sabiduría de Dios* (1 Cor 1,23-24).

14. Los judíos, excluidos por Celso del concierto de los pueblos sabios

Opina Celso que hay un parentesco entre muchos pueblos que profesan la misma doctrina; mas, al enumerar a todas las naciones que desde sus orígenes mantuvieron esa común doctrina, no sé por qué, sólo calumnia a los judíos, no poniendo

su nación en el catálogo de las restantes en el sentido de que hubiera colaborado y sentido como ellas o hubiera profesado en muchos casos dogmas parecidos. Vale, pues, la pena preguntarle por qué razón del mundo da fe a las historias de bárbaros y griegos acerca de las antigüedades de los pueblos que nombra, y sólo tacha de falsas las historias del pueblo judío. Si todos narraron sus cosas con amor a la verdad, ¿por qué sólo a los profetas de los judíos hemos de negarles fe? Y si Moisés y los profetas escribieron mucho acerca de lo que entre ellos acaeciera con intento de favorecer su propia doctrina, ¿por qué no decir cosa semejante de los escritores de las otras naciones? Cuando los egipcios, en sus propias historias, maldicen de los judíos, son fidedignos en lo que de ellos cuentan; ¿mentirán los judíos cuando dicen lo mismo de los egipcios y narran lo mucho que hubieron de sufrir injustamente de parte de ellos y cómo por eso fueron castigados por Dios? Y no digamos esto solamente respecto de los egipcios, pues también entre asirios y judíos hallaremos colisiones que se narran en las antigüedades de aquéllos; y, por modo semejante, los escritores de los judíos (escritores, digo, no parezca voy prevenido llamándolos profetas) narraron haber sido los asirios enemigos de su pueblo. He ahí, pues, la parcialidad de quien presta fe a unas naciones, que se imagina sabias, y condena a otras como de todo punto insensatas. Oigamos, en efecto, las propias palabras de Celso: "Hay una antigua tradición, desde los orígenes, en que han convenido siempre las naciones más sabias, las ciudades y los hombres sabios"; pero no quiso llamar a los judíos nación sapientísima, siquiera a semejanza de los "egipcios, asirios, indios, persas, odrisas, samotracios y eleusinios".

15. Juicios más benévolos

¡Cuánto más equitativo con los judíos es el pitagórico Numenio, que, por sus escritos, se ve haber sido doctísimo, y, habiendo examinado muchos sistemas, de ellos reunió lo que le pareció ser verdadero! Numenio, pues, en el libro primero *Sobre el bien*, hablando de las naciones que concibieron a Dios como incorpóreo, entre ellas contó a los judíos, y no vacila en alegar en su escrito palabras de los profetas, que él interpreta figuradamente [15]. Dícese también que Hermipo, en el libro primero *Sobre los legisladores*, cuenta cómo

[15] Fragm.9 a Thedinga; fragm.9B Leemans. Numenio fue probablemente contemporáneo de Marco Aurelio. Sobre su sincretismo, cf. Eus., *Praep. ev.* IX 7,411C, donde cita el pasaje a que alude probablemente Orígenes.

Pitágoras llevó a los griegos su filosofía tomada de los judíos [16]. Y del historiador Hecateo corre un libro *Sobre los judíos*, en que los exalta hasta punto tal como nación sabia, que Herennio Filón, en su escrito sobre los judíos, duda primero que la obra sea del historiador, y dice luego que, si es del mismo, es probable que se dejara arrastrar de la elocuencia propia de los judíos, y se adhirió a su doctrina [17].

16. Moisés, excluido del catálogo de los sabios

Yo me admiro de cómo Celso puso entre "las naciones sapientísimas y antiquísimas a odrisas y samotracios, eleusinios e hiperbóreos", y no se dignó contar a los judíos ni entre los pueblos simplemente sabios y antiguos. Y eso que, entre egipcios, fenicios y griegos, corren escritos que atestiguan su antigüedad. Por mi parte, tengo por superfluo citarlos, pues todo el que quiera puede leer lo que escribe Flavio Josefo en sus dos libros *Sobre la antigüedad de los judíos*, donde se alega gran copia de escritores que atestiguan esa antigüedad [18]. Y de Taciano [19], que vivió posteriormente, corre el *Discurso contra los griegos*, en que, con gran alarde de erudición, se cita a los historiadores que han hablado de la antigüedad de los judíos y de Moisés. Parece, pues, que, al hablar así, no se mueve Celso por amor de la verdad, sino por odio, apuntando a desacreditar los orígenes del cristianismo, que se enlazan con los judíos. Es más, "los mismos galactófagos de Homero (*Ilíada* 13,6), los druidas de los gálatas y los getas dice ser naciones sapientísimas antiguas que admiten doctrinas emparentadas con las de los judíos" (de las que yo no sé se conserven escritos); sólo los hebreos, en cuanto de él depende, quedan excluidos de la antigüedad y sabiduría. Y luego, una vez más, trazando el catálogo de hombres antiguos y sabios que fueron en vida útiles a

[16] JOSEPHUS, *Contra Ap.* 1,92,163-5 y 183ss.

[17] αὐτῷ τῷ λόγῳ M: αὐτῶν τῷ λόγῳ Bo. Herennio Filón, natural de Biblos, en Fenicia, vivió aproximadamente entre 50-130, sin que se lo pueda fechar más exactamente. De su *Historia fenicia* cita un fragm. EUS., *Praep. ev.* 1,10,42,40B. Hecateo de Abdera o de Teos fue contemporáneo de Alejandro Magno (cf. DIOD. SIC., XL 3).

[18] Son los llamados libros *Contra Apión*, que había escrito cinco libros de historia egipcia. Como nota Orígenes, los libros de Josefo contra Apión son de fácil lectura. Están editados modernamente en la colec. Budé.

[19] De Taciano dice EUS., *HE* IV, XXIX 7: "Este dejó un gran número de escritos, entre los que muchos citan el célebre discurso *Contra los griegos*. En éste, rememorando los tiempos antiguos, afirmó que Moisés y los profetas son más antiguos que todos los hombres famosos entre los griegos. Este discurso parece ser, de entre todos sus escritos, el más bello y útil". Nosotros lo comentamos y vertimos en *Los apologistas griegos del siglo II* (BAC) p.549-628.

sus contemporáneos y, por sus escritos, a la posteridad, de la lista de sabios excluyó a Moisés. A la cabeza de sus hombres antiguos y sabios puso Celso a Lino, de quien no se conservan leyes ni discursos que hayan convertido y curado a pueblo alguno; las leyes, empero, de Moisés las observa un pueblo entero esparcido por toda la tierra habitada. He ahí, pues, cómo fue malignidad pura haber excluido a Moisés del catálogo de los sabios y decir que Lino, y Museo, y Ferecides, y el persa Zoroastro y Pitágoras disertaron acerca de estas cosas y consignaron sus doctrinas en libros que se conservan hasta el día de hoy.

17. Moisés y la mitología

Y de industria pasó por alto el mito, compuesto principalmente por Orfeo, acerca de los supuestos dioses, a los que atribuye pasiones humanas [20]; mas seguidamente, tratando de desacreditar los libros de Moisés, acusa a los que los interpretan figurada y alegóricamente. Sería caso de preguntar a este excelentísimo señor, que rotuló su propio libro: *Doctrina verdadera:* ¿Cómo es, amigo, que tus dioses, que cayeron en las calamidades que describen tus sabios poetas y filósofos, practicaron uniones nefandas, hicieron la guerra a sus propios padres y les cortaron sus miembros viriles; cómo es, digo, que tienes por sagrados esos mitos que se escriben sobre audacias, acciones y sufrimientos de tus dioses, y pienses que Moisés extravía y engaña a los que se someten a su ley, siendo así que nada semejante cuenta él, no ya de Dios, pero ni de los santos ángeles, y cosas mucho menores de los hombres (nadie, en efecto, se atrevió, según él, a hacer lo que Crono contra Urano, ni lo que Zeus contra su padre, ni cohabitó nadie con su propia hija, como "el padre de los hombres y los dioses"? *(Ilíada* I 544 *et passim).* Paréceme hacer Celso algo parecido a lo del *Trasímaco,* de Platón, que no le permite a Sócrates definir, como quería, la justicia, sino que le dice: "Cuidado con decir que lo justo es lo útil o lo necesario o cosa por el estilo" (PLAT., *Pol.* 336CD). Así Celso, después de acusar, según él se imagina, las historias de Moisés y de censurar a los que las interpretan alegóricamente, siquiera lo haga tras tributarles alguna alabanza en el sentido de que son "los más moderados" (cf. IV 38), parece querer impedir [21], censurándolos a su talante, a los que son capaces de defenderlas, explicando las cosas como son.

[20] Wifstrand pone coma después de 'Ορφέως, para que siga la frase. Ello ha hecho modificar el comienzo del capítulo (Chadwick).
[21] κωλύεται M: κωλύει Guiet.

18. Comparar libros con libros

Bien pudiéramos provocar a Celso a que compare libros con libros, y decirle: Ea, amigo, trae aquí los poemas de Lino, Museo y Orfeo, y el escrito de Ferecides [22], y confróntalos con las leyes de Moisés, contraponiendo historias a historias, y preceptos morales a leyes y mandatos: ¿Cuáles tienen más fuerza para convertir, aun instantáneamente, a los oyentes, cuáles los corromperían? Y considera que tu escuadrón de escritores se preocupó muy poco de los lectores sencillos y, por lo visto, sólo compusieron esa que tú llamas su filosofía para quienes fueran capaces de entenderla figurada y alegóricamente. Moisés, empero, hizo en sus cinco libros a la manera de un excelente orador, que estudia cuidadosamente la forma y presenta dondequiera el doble sentido de la dicción; así, a la muchedumbre de los judíos que se puso bajo su ley, no les dio ocasión alguna de daño en materia moral, ni, por otra parte, dejó de ofrecer a los pocos que pueden leer con mayor inteligencia una escritura que se presta sobradamente a la especulación para quienes sean capaces de inquirir su sentido. Además, de esos tus sabios poetas no parece se hayan conservado siquiera los libros, que, a buen seguro, se conservaran de haber hallado en ellos provecho sus lectores; los escritos, empero, de Moisés han movido a muchos, aun ajenos a la educación judaica, a creer que, según consta en ellos mismos, fue Dios, creador del mundo, quien dio esas leyes y se las confió a Moisés. Y, a la verdad, cosa conveniente era que el creador del universo, que impuso leyes a todo el mundo, diera a sus preceptos fuerza capaz de dominar dondequiera. Y esto digo, sin entrar por ahora en la cuestión de Jesús; solamente hablo de Moisés, que está muy por bajo del Señor, pero que, como mi discurso demostrará, descuella mucho por encima de tus sabios poetas y filósofos.

19. ¿Mundo eterno o mundo creado?

Luego, queriendo disimuladamente atacar la cosmogonía de Moisés, según la cual el mundo no tendría aún diez mil años, sino muchos menos, se adhiere, aunque disimulando su propio sentir, a los que afirman ser el mundo increado. Efectivamente, afirmar que, "desde la eternidad, hubo muchas conflagraciones y diluvios y que el último de éstos fue el

[22] Cf. H. DIELS, *Fragmente der Vorsokratiter* I 1,27 (Orfeo y Museo); 43-51 (Ferecides).

acaecido bajo Deucalión poco menos que en nuestros días", claramente da a entender para quienes sepan entenderlo que, según Celso, el mundo es increado (cf. IV 79). Pues díganos ahora el que recrimina la fe de los cristianos qué argumentos apodícticos le forzaron a él a admitir haberse dado muchas conflagraciones y muchos diluvios, el último de los cuales habría acontecido bajo Deucalión y la última conflagración bajo Faetonte. Y si nos alega los diálogos de Platón que tratan de esto (cf. *Tim.* 22CD), le responderemos que también a nosotros nos es lícito creer que en el alma pura y piadosa de Moisés, que se levantó por encima de todo lo creado y se unió con el creador del universo, moró un espíritu divino, más lúcido que Platón y todos los sabios griegos y bárbaros, para darle a conocer las cosas de Dios. Y si Celso nos pide razones de esa fe, délas él primero acerca de lo que ha afirmado gratuitamente, y luego demostraremos nosotros ser así lo que decimos.

20. La antigüedad del mundo

Por lo demás, aun contra su voluntad, vino Celso a atestiguar que el mundo es más reciente y no tiene aún diez mil años, pues dice que, "si los griegos tienen eso por antiguo, es porque, a causa precisamente de las conflagraciones y cataclismos, no pudieron ser testigos de cosas anteriores ni las recuerdan" (PLAT., *Tim.* 23C). Pero sean enhorabuena maestros de Celso en ese mito de las conflagraciones e inundaciones los, según él, sapientísimos egipcios, que nos han dejado rastro de su sabiduría en el culto que dan a animales irracionales y en los discursos que tratan de presentar como razonable, recóndito y misterioso parejo culto de Dios. Y es el caso que, cuando los egipcios, muy orgullosos de sus animales, dan una razón de su teología, son unos sabios; mas, cuando un judío que sigue su ley y su legislador, lo refiere todo al Dios único, creador del universo, ese tal, para Celso y sus congéneres, es reputado muy por bajo de quien degrada la divinidad, no sólo a animales racionales y mortales, sino a los mismos irracionales; absurdo mayor que la fabulosa reencarnación del alma, que caería de las bóvedas del cielo y vendría a parar no sólo a animales mansos, sino también a los más salvajes (PLAT., *Phaidros* 246BD). Y es igualmente el caso que, cuando los egipcios narran o comentan sus mitos, se los cree estar filosofando por enigmas y misterios; mas cuando Moisés escribe historias y deja sus leyes a todo un pueblo, se trata de

"mitos vacuos, de discursos que no admiten ni la interpretación alegórica". Porque así le parece a Celso y a los epicúreos.

21. Moisés debería su gloria a doctrinas que no le pertenecen

"Ahora bien—dice Celso—, habiendo Moisés oído esta doctrina, que era corriente entre las naciones sabias y los hombres ilustres, adquirió un nombre divino"[23]. Digamos a esto que sí; concedido que Moisés oyó doctrina más antigua y se la transmitió a los hebreos. Si oyó doctrina falsa, y no sabia y venerable, la aceptó y enseñó a los suyos, fuera de culpar; mas si, como tú mismo dices, se adhirió a dogmas sabios y verdaderos y por ellos educó a los suyos, ¿qué hizo en eso, por tu vida, de que se le pueda acusar? ¡Ojalá hubieran oído esa doctrina un Epicuro y hasta un Aristóteles[24], que es poco menos impío que Epicuro contra la Providencia, y los estoicos que dicen ser Dios un cuerpo! No estaría el mundo lleno de una doctrina que destruye la providencia o la limita, ni de esotra que introduce un principio corporal corruptible, según el cual Dios mismo es para los estoicos un cuerpo. Estos no se empachan en decir que Dios es variable, que puede de todo punto cambiar y transformarse (cf. III 75) y ser sencillamente destruido si hubiera quien lo destruyera. Suerte tiene de no ser destruido, pues no hay nada que lo destruya. La doctrina, empero, de judíos y cristianos, que mantiene la invariabilidad e inmutabilidad de Dios, es reputada impía, por no entrar en el coro impío de los que impíamente sienten de Dios. Según ella, le decimos a Dios en nuestras oraciones: *Mas tú eres siempre el mismo* (Ps 101,28), y creemos haber dicho de sí: *Yo no me mudo* (Mal 3,6).

[23] ὄνομα δαιμόνιον: pudiera significar un nombre con poderes mágicos. Como mago era tenido Moisés entre griegos y romanos (cf. PLIN., *Nat. hist.* XXX 11; APUL., *Apol.* 90). Sobre su sabiduría, cf. STRABO, XVI 11,35 (p.760s).

[24] *Aristóteles:* El haber puesto Aristóteles límite a la providencia divina fue escándalo para la antigüedad cristiana. Así, Taciano, *Orat. contra Graecos* 2,1: "¿Qué habéis producido que merezca respeto? ¿Quién de los que pasan por más serios estuvo exento de arrogancia? ... Aristóteles, que puso neciamente límite a la providencia y definió la felicidad por las cosas de que él gustaba..." (o.c., p.574).

22. La circuncisión y Abrahán

Después de esto, si bien Celso no censura la circuncisión practicada entre los judíos, dice, sin embargo, que "les vino de los egipcios" [25]. Así da más crédito a los egipcios que a Moisés, que afirma haber sido Abrahán el primer hombre que se circuncidó (Gen 17,28). En cuanto al nombre de Abrahán, no es sólo Moisés quien lo escribe, haciéndolo amigo de Dios, sino que muchos conjuradores de démones emplean en sus fórmulas la frase: "El Dios de Abrahán", para lograr algún efecto mágico por el nombre y la familiaridad de Dios con aquel justo. Echan mano, digo, de la frase: "El Dios de Abrahán", sin saber quién sea Abrahán. Lo mismo se diga de los nombres de Isaac, Jacob e Israel, que, no obstante ser notoriamente hebreos, se insertan frecuentemente en conjuros egipcios para fines mágicos [26]. No es éste el momento de interpretar la razón de la circuncisión, que comenzó en Abrahán y fue prohibida por Jesús, pues no quiso que sus discípulos hicieran lo mismo. No tratamos ahora de eso, sino de impugnar y echar por tierra las acusaciones de Celso contra la doctrina de los judíos. Celso pensaba, efectivamente, que el camino más corto para demostrar la falsedad del cristianismo era atacar sus orígenes, que, por enlazarse con la doctrina judaica, quedaban, por el mismo caso, convictos de falsedad.

23. El monoteísmo de «cabreros y pastores»

Seguidamente dice Celso: "Un atajo de cabreros y pastores que siguieron a Moisés como a su caudillo, engañados por rústicos embustes, se imaginaron que Dios es uno" (cf. V 41). Pues si "unos cabreros y pastores se apartaron, sin razón—como él piensa—, del culto de muchos dioses", há-

[25] Los modernos dan la razón a Celso (cf. *Diccionario de la Biblia* (Herder, Barcelona 1963, s.v.): "La práctica de la circuncisión (que se da entre las razas primitivas africanas, americanas y australianas, pero no entre los indoeuropeos y mongoles) la tomaron probablemente los israelitas de los egipcios, entre quienes era ya conocida en el imperio antiguo..." (p.331). Celso sigue a Heródoto (II 104). Orígenes no desconocía la circuncisión egipcia (*Hom. in Ier.* V 14).

[26] Cf. también IV 33-34; V 45; JUSTINO, *Dial. con Trifón* 85: "Y, en efecto, todo demonio se somete y es vencido si se le conjura en el nombre de este mismo Hijo de Dios y primogénito de toda la creación, que nació de la Virgen y se hizo hombre pasible, fue crucificado por vuestro pueblo bajo Poncio Pilato y murió y resucitó de entre los muertos y subió al cielo. Mas si vosotros lo conjuráis en el nombre de cualquiera de vuestros reyes, justos, profetas o patriarcas, ninguno de los demonios se os someterá. Tal vez se os sometan si los conjuráis por el nombre del Dios de Abrahán, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob. Sin embargo—añadí—, ya vuestros exorcistas se valen de los mismos artificios que los gentiles y usan inciensos y amuletos" (o.c., p.453).

ganos ver Celso cómo es capaz de demostrar que lo son la muchedumbre de los que griegos y bárbaros tienen por tales. Háganos ver la existencia y realidad de Mnemosine, de la que Zeus engendró las musas; o de Temis, de la que nacieron las horas; o demuéstrenos que las Cárites (o gracias), siempre desnudas, pudieran tener alguna realidad. Mas, fundándose en la realidad, no será capaz de demostrar que son dioses las fantasías de los griegos, que parecen encarnar abstracciones. Porque ¿qué razón hay en el mundo para que los mitos de los griegos acerca de los dioses sean más verdaderos que, por ejemplo, los de los egipcios, que no conocen en su lengua a Mnemosine, madre de las nueve musas; ni a Temis, que lo es de las horas; ni a Eurínome, una de las gracias; ni los otros nombres de éstas? ¡Cuánto más luminoso, cuánto mejor también que todas esas fantasías es convencerse, por el espectáculo de las cosas visibles, del orden del mundo y dar culto al artífice de él, que es uno, como su obra es una! Todo en él conspira al todo, y por eso no pudo hacerse por muchos artífices, como tampoco puede el cielo entero conservarse por muchas almas que lo movieran. Una sola basta para mover, de oriente a occidente, la esfera fija, y comprender dentro de sí todo lo que el mundo necesita y no es en sí perfecto. Todo, en efecto, son partes del mundo, pero ninguna parte del todo es Dios, pues Dios no debe ser incompleto, como toda parte es incompleta. Y acaso un razonamiento más a fondo demostrará que Dios, propiamente, como no es parte, tampoco puede ser todo, pues el todo se compone de partes; y ninguna razón nos convencerá de que el Dios sumo se componga de partes, cada una de las cuales no puede lo que pueden las otras.

24. Sobre los nombres divinos

Después de esto dice: "Los cabreros y pastores creyeron en un solo Dios, ora le den nombre de Altísimo, de Adonai, de Celeste y Sabaoth; ora llamen como mejor gusten a este mundo [27]; y nada más lograron entender". Y seguidamente añade: "¿Qué más da llamar al Dios supremo por el nombre de Zeus, corriente entre los griegos, o por el que le dan, por ejemplo, los indios o egipcios?" Sobre esto hay que decir que

[27] Identificación del mundo con Dios; reminiscencia de PLAT., *Tim.* 28b (cf. *Epinomis* 977b; *Nomoi* 821a); SÉNECA, *Nat. Quaest.* II 45,3: "Vis illum (sc. Iovem) vocare mundum; non falleris, ipse enim est hoc quod vides totum, partibus suis inditus, et se sustinens et sua". Nuestro P. Granada, dependiendo de Séneca: "¿Qué cosa es Dios? Mente y razón del universo. ¿Qué cosa es Dios? Todo lo que vemos, porque en todas las cosas vemos su sabiduría y asistencia... Y si El solo es todas las cosas, El es el que dentro y fuera sustenta esta grande obra que hizo" (*Símbolo de la fe* c.1).

el tema de la naturaleza de los nombres es profundo y misterioso. ¿Se deben los nombres, como piensa Aristóteles *(De interpr.* 2,16-27), a la convención [28], o, como opinen los estoicos, a la naturaleza? Según los estoicos, las voces primigenias imitarían las cosas a que se refieren los nombres, y esto explica que introduzcan ciertos principios de etimología. ¿O se deben, como enseña Epicuro (si bien en sentido distinto que los estoicos), a la naturaleza, porque los primeros hombres habrían emitido determinados sonidos según las cosas? *(Ep.* fragm.334 Usener). Ahora bien, si pudiéramos exponer en un estudio especial la naturaleza de los nombres eficaces de que se valen los sabios de entre los egipcios, o los eruditos de entre los magos persas, o los bracmanes o samaneos, filósofos de la India, y así sucesivamente de las demás naciones; si lográramos demostrar que la llamada magia no es cosa de todo punto inconsistente, como opinan los secuaces de Epicuro y Aristóteles, sino, como demuestran los entendidos, algo muy coherente, pero cuyas razones alcanzan muy pocos; en ese caso habríamos de decir que los nombres de Sabaoth, de Adonai y otros que con gran reverencia se han transmitido [29] entre los hebreos, no se ponen a cualesquiera cosas creadas, sino a cierta teología misteriosa que se refiere al creador del universo. De ahí que estos nombres, dichos en cierto contexto que les es natural, pueden emplearse para determinados efectos; otros, pronunciados según la fonética egipcia, sobre ciertos démones que sólo pueden eso; otros, según la lengua de los persas, sobre otras potencias, y así sucesivamente conforme a cada una de las naciones. Y así se hallará que los nombres de los démones que moran en la tierra y a quienes han cabido en suerte distintos lugares se emplean en conformidad con las lenguas peculiares de lugares y naciones. En conclusión, quien haya adquirido en esta materia una inteligencia más excelente, siquiera sea en menor cuantía, se guardará bien de aplicar los nombres de unas cosas a otras, no le pase como a quienes dan erróneamente nombre de Dios a la materia inanimada, o trasladan la denominación de "bueno", de la causa primera o de la virtud y de lo bello, a la "ciega riqueza" (PLAT., *Leges* 631C), a la buena proporción de carnes, sangre y huesos que se da en la salud y bienestar, o a la supuesta nobleza de nacimiento.

[28] He aquí la definición de Aristóteles: "Nombre es una voz significativa, por convención (κατά συνθήκην), sin tiempo, ninguna de cuyas partes es significativa separadamente" *(De interpr.* I 2). Y poco después: "Lo de "por convención", porque, por naturaleza, ningún nombre existe sino cuando se hace signo (σύμβολον)". Platón trató el tema en el *Kratylos per totum*.

[29] Παραδιδομένα M: Παραδεδομένα Φ.

25. Poder evocador de un nombre. Los cristianos mueren antes que dar a Dios el nombre de Zeus

Y acaso no sea menor el peligro de aplicar el nombre de Dios o del bien a lo que no se debe, que el invertir los nombres que tienen una razón secreta, y aplicar los nombres de lo inferior a lo superior, y los de lo superior a lo inferior. Y nada digo ahora de que, al oír el nombre de Zeus, se nos sugiere inmediatamente que es el hijo de Crono y Rea, marido de Hera, hermano de Poseidón, padre de Atenea y Artemis, y que tuvo comercio carnal con su hija Perséfone (o Proserpina). Y al oír el nombre de Apolo se nos sugiere que fue hijo de Leto y Zeus *(Ilíada* I 9), hermano de Artemis y, por parte de padre, también de Hermes (cf. IV 48); y todo lo demás que traen los sabios padres de los dogmas de Celso y los antiguos teólogos de los griegos. Porque ¿qué distinción puede hacerse para que se diga propiamente el nombre de Zeus y no se piense que su padre fue Crono y su madre Rea? Y lo mismo ha de hacerse el nombrar a los otros dioses. Mas pareja culpa no toca para nada a quienes, por una razón misteriosa, aplican a Dios el nombre de *Sabaoth*, el de *Adonai* o cualquiera de los otros. Y quienquiera esté versado en la arcana filosofía de los nombres, hallará también seguramente mucho que especular sobre la denominación de los ángeles de Dios, de los que uno se llama Miguel *(Michael)*, otro Gabriel y otro Rafael, nombres que convienen a los ministerios que, por voluntad del Dios de todas las cosas, desempeñan en el universo [90]. Y la misma filosofía de los nombres hay que aplicar a nuestro Jesús, cuyo nombre se ha visto claramente que ha expulsado de almas y cuerpos a démones innumerables, obrando sobre aquellos de quienes fueron expulsados.

Y todavía hay que decir sobre este tema de los nombres lo que cuentan los entendidos en el uso de las fórmulas má-

[90] Cf. *De princ.* 1,8,1; *Hom. in Iesu Nave* XXIII 4; *Hom. in Num.* XIV 2. Según Orígenes, los ángeles no sólo guardan las almas de los hombres, sino que están también al frente de las cosas o fenómenos terrenos: "Yo, por lo que a mi opinión personal se refiere, pienso debe decirse decididamente también de los poderes que han recibido los ministerios de este mundo no haberlos recibido al azar. No es azar que uno de ellos presida a las germinaciones de la tierra o de los árboles; otro alimente abundantemente a las fuentes y ríos; otro, las lluvias; otro, los vientos; uno esté al frente de los animales marinos, otro se cuide de los terrestres, o de todo lo que puede producir la tierra; y que en todo esto hay misterios inefables de la dispensación divina, de suerte que todas las cosas, por su orden propio y conveniente, se administren por cada uno de aquellos poderes. Y es así que el mismo apóstol Pablo dice: *¿No son todos espíritus al servicio de Dios, enviados para ministerio de los que han de heredar la salud eterna?* (Hebr 1,14)" *(Hom. in Iesu Nave* XXIII 3; cf. *Contra C.* VIII 31). El texto es importante para compararlo con la demonología de Celso.

gicas; a saber: que el mismo conjuro dicho en la lengua propia puede producir el efecto que promete; mas si se traslada a otra lengua cualquiera, es de ver cómo pierde todo su vigor y fuerza (cf. V 45; VIII 37). Así, no es el sentido de las cosas, sino las cualidades y propiedades de las voces las que encierran en sí poder mágico para este o el otro efecto. Y por aquí podemos defender a los cristianos, que luchan hasta la muerte antes que dar a Zeus el nombre de Dios o nombrarlo en cualquier otra lengua. Y es así que o confiesan de modo indeterminado el nombre común de Dios o le añaden los títulos de artífice del universo, creador del cielo y de la tierra, que envió al género humano estos o los otros sabios. Y es de ver cómo, al juntar el nombre de Dios al de estos sabios, opera entre los hombres cierta virtud prodigiosa (cf. IV 33-34). Mucho más pudiera decirse sobre el tema de los nombres contra quienes piensan ser indiferente el uso que de ellos se haga. Y si se admira a Platón porque dijo *(Filebo* 12C): "Mi reverencia, ¡oh Protarco!, para con los nombres de los dioses no es pequeña" *(Conf.* IV 48), ya que Filebo, interlocutor de Sócrates, había llamado dios al placer, ¿cuánto más de loar no será la cautela de los cristianos en no tomar ninguno de los nombres que aparecen en la mitología para aplicárselo a Dios, creador del universo? Pero basta ya, por ahora, sobre este punto[31].

26. La obra de Jesús, prueba de su misión divina

Pues veamos ahora cómo este Celso, que alardea de saberlo todo, calumnia a los judíos diciendo que "dan culto a los ángeles y practican la magia en que los iniciara Moisés". Díganos el que blasona de saber todo lo que a cristianos y judíos atañe en qué pasaje de los escritos de Moisés enseñe el legislador el culto de los ángeles[32]. Y en cuanto a la magia, ¿cómo darse entre los que siguen la ley de Moisés, cuando en ella leen este mandato: *No acudáis a encantadores para no mancillaros con ellos?* (Lev 19,31). Luego promete hacer ver "cómo erraron los judíos engañados por su ignorancia". A la verdad, si hubiera descubierto la ignorancia de los judíos acerca de Jesús, el Mesías, por no haber entendido las pro-

[31] En la *Didascalia Ap.* 21 se prohibe recitar poemas paganos para evitar nombrar los dioses gentílicos

[32] Sobre el culto judío de los ángeles, cf. Col 2,18; CLEM. ALEX., *Strom.* VI 41.2; ORÍGEN., *Comment. in Ioh.* XIII 17; ARÍSTIDES, *Apol.* 14 (siríaco); *Apol. griegos del siglo II* p.144). Véase J. DANIÉLOU, *Théologie du Iudeochristianisme* (1958) p.167ss.

fecías que hablaban de El, hubiera hecho verdaderamente ver cómo erraron los judíos; pero en esto no quiere ni pensar, e imagina errores de los judíos que no son tales errores.

Pero, dejando para más adelante el tema de los judíos, se pone Celso a hablar primeramente de nuestro Salvador como fundador que fue de la sociedad por la que nosotros somos cristianos. Dice, pues, Celso que Jesús "introdujo esta doctrina hace muy pocos años (cf. II 4; VI 10; VIII 12), y es tenido por los cristianos como hijo de Dios". Sobre eso de que Jesús viviera hace pocos años quiero decir lo siguiente: En esos años quiso Jesús sembrar su doctrina y enseñanza, y ha mostrado tal poder, que, por muchas partes de la tierra que habitamos, a su religión se han convertido no pocos griegos y bárbaros, sabios e ignorantes, dispuestos a luchar por el cristianismo hasta la muerte antes que renegar de él, cosa que no se cuenta haya hecho nadie por otra doctrina alguna [33]. Ahora bien, ¿ha podido suceder eso sin disposición divina? Yo no trato de lisonjear mi propia religión, sino que intento examinar por pura razón las cosas, y digo que ni los mismos que curan los cuerpos enfermos logran, sin disposición divina, devolverles la salud (cf. I 9). Pues si alguien fuera capaz de sacar también a las almas de la ciénaga de la maldad, de sus disoluciones, iniquidades e indiferencia para lo divino y nos diera por prueba de tamaña hazaña haber mejorado a cien almas (baste como ejemplo este número), nadie afirmaría tampoco razonablemente que pudo ése, sin disposición divina, infundir en aquellas cien almas una doctrina que libera de tamaños males. Todo el que inteligentemente considere estas cosas convendrá en que nada superior acontece entre los hombres sin disposición divina. Pues ¿con cuánta mayor seguridad afirmará otro tanto acerca de Jesús quien compare la manera de vivir de muchos que han abrazado su doctrina antes y después que la abrazaran? Considérese en qué intemperancias, en qué iniquidades y avaricias vivía cada uno de ellos "antes de ser engañados", como dice Celso y los que piensan como él, y abrazar "una doctrina" que, según esos mismos, "corrompe la vida de los hombres" Mas desde el momento en que abrazaron la doctrina de Cristo es de ver cómo se hicie-

[33] Orígenes parece hacer suyo el pensamiento más concreto de Justino Mártir: "Porque a Sócrates nadie le creyó hasta dar su vida por esta doctrina; mas a Cristo, que en parte fue conocido por Sócrates—pues El era y es el Verbo que está en todo, y El fue quien por los profetas predijo lo por venir y quien, hecho de nuestra naturaleza, por sí mismo nos enseñó estas cosas—; a Cristo, decimos, no sólo le han creído filósofos y hombres cultos, sino también artesanos y gentes absolutamente ignorantes, que han sabido despreciar la opinión, el miedo y la muerte. Porque El es la virtud del Padre inefable y no vaso de humana razón" (*Apol. griegos del s. II* p.273).

ron más moderados y firmes, hasta el punto de que algunos de ellos, por amor de una más alta pureza y para dar más limpiamente culto a la divinidad, se abstienen aun de los placeres de la carne permitidos por la ley [34].

27. No por predominar entre los cristianos el vulgo, es su doctrina vulgar

Quienquiera examine estos hechos reconocerá que Jesús acometió cosas que están por encima de la naturaleza humana y lo que acometió lo llevó a cabo. Y es así que, desde los orígenes, todo se conjuró para que su doctrina no se diseminara por toda la tierra habitada: los emperadores que se fueron sucediendo, los prefectos y generales a las órdenes de ellos, todos, en una palabra, cuantos gozaban de alguna autoridad, amén de los gobernadores de las ciudades, soldados y plebe. Mas todo lo venció; pues, como palabra de Dios, no era tal que nada ni nadie pudiera impedir su carrera. Victoriosa, pues, de tan poderosos adversarios, ha dominado a toda Grecia y la mayor parte de las tierras bárbaras, y ha convertido a incontables almas a la religión que ella enseña. Ahora bien, dentro de la muchedumbre de los que han sido dominados por el Logos, como quiera [35] que entre ellos son más los vulgares y rústicos que los instruidos, era forzoso que los primeros predominaran numéricamente sobre los más inteligentes. Pero Celso no quiere reconocer este hecho, y piensa que la humanidad o amor a los hombres del Logos, que alcanza a toda alma de la salida del sol [36], es cosa vulgar y, por vulgar

[34] La castidad perfecta o virginidad, tema apologético; cf., por ejemplo, JUST., *Apol.* I 15,6: "Y entre nosotros hay muchos y muchas que, hechos discípulos de Cristo desde niños, permanecen incorruptos hasta los sesenta y setenta años, y yo me glorío de podéroslos mostrar de entre toda raza de hombres" (o.c., p.196). Un caso especial en *Apol.* I 29,2. ORÍGENES, *Hom.* 6 *in Num.:* Aun en el matrimonio legítimo, en el acto de la generación, no se da la presencia del Espíritu (ed. Sources chrét., p.130).

[35] ὧν M: ὡς Bo. (K. tr. y Bader proponen δσῳ).

[36] "... a toda alma de la salida del sol": El texto se me hace oscuro. ¿Limita Orígenes la humanidad o amor del Logos a los hombres de Oriente? Sobre la propagación del cristianismo primitivo, he aquí un texto de Tertuliano, no tan conocido como los del *Apologético* (37,4: *hesterni sumus et vestra omnia implevimus):* "Porque ¿en quién otro han creído todas las naciones sino en Cristo, que ya ha venido? Los partos y medos y elamitas, y los que habitan la Mesopotamia y Armenia, Capadocia, y los que viven en el Ponto y Asia, Frigia y Panfilia; los que ocupan Egipto y habitan las regiones de Africa, que está más allá de Cirene—romanos y forasteros—, además de los judíos de Jerusalén y las demás naciones: las variedades de los gétulos y muchos confines de los moros, y los términos todos de España, y las diversas naciones de las Galias, y los lugares de los britanos, inaccesibles a los romanos, pero sometidos a Cristo; los sármatas y dacios, y germanos y escitas, muchas gentes ocultas y provincias e islas para nosotros ignoradas, que no podemos enumerar" (*Adv. Iudaeos* VII 4: *Corpus Christ.* II 1347; cf. la nota preliminar sobre la autenticidad de la obra).

y que no tiene en modo alguno su fuerza en los razonamientos, sólo ha conquistado a gentes vulgares. Sin embargo, ni el mismo Celso afirma que sólo gentes del vulgo hayan sido ganados por el Logos para la religión enseñada por Jesús, pues confiesa haber entre ellos algunos "moderados, equilibrados e inteligentes, que están dispuestos a explicar sus creencias alegóricamente".

28. La prosopopeya del judío: ejercicio de chiquillo en clase de retórica

Ahora comete Celso una prosopopeya, imitando en cierto modo a un chiquillo que se ejercita en la clase de un retórico, e introduce a un judío que habla con Jesús verdaderas chiquillerías, indignas de las canas de un filósofo. Vamos, pues, a examinar también según nuestras fuerzas ese punto y arguyamos ante todo a Celso que ni siquiera mantiene siempre constante, en lo que dice, la persona del judío.

Después de esto introduce a un fingido judío [37], que habla con Jesús mismo, a quien arguye, según él se imagina, sobre muchas cosas. Y, en primer lugar, "de que se inventara el nacimiento de una virgen". Echale igualmente en cara que "proviniera de una aldea judaica, y de una mujer lugareña y mísera que se ganaba la vida hilando"; y añade que "ésta, convicta de adulterio, fue echada de casa por su marido, carpintero de oficio, anduvo ignominiosamente errante y, a sombra de tejado, dio a luz a Jesús". En cuanto a éste, "apremiado por la necesidad, se fue a trabajar de jornalero a Egipto, y allí se ejercitó en ciertas habilidades de que blasonan los egipcios [38]; vuelto a su patria, hizo alarde de esas mismas habilidades, y por ellas se proclamó a sí mismo por Dios". Yo no puedo dejar en el aire nada de lo que digan los incrédulos, sino que quiero examinar las cosas de raíz; así, todo eso me parece conspirar a demostrar que Jesús fue digno de la predicción según la cual era hijo de Dios.

29. Jesús, menos que un seripio

Efectivamente, la familia de padres ilustres y eminentes, la riqueza de quienes criaron al hijo y pudieron gastar a manos llenas para su educación, una patria, en fin, grande y

[37] El doble comienzo se debe sin duda a que Orígenes escribió el primero antes del prefacio general (cf. *Prefacio* 6) y olvidó luego que lo tenía ya escrito. Ello se explica porque dictaba.

[38] Sobre la magia egipcia, cf. LUCIANO, *Philopseudés* 31: "Tengo muchos libros egipcios sobre magia".

gloriosa, cosas son que contribuyen a que uno se haga famoso y conspicuo entre los hombres y a que sea celebrado su nombre. Pues demos que las circunstancias sean totalmente contrarias e imaginemos que uno, superando todos los obstáculos, se hace conocido y conmueve a sus oyentes y es celebrado y conspicuo por toda la tierra, que dice de él cosas sin igual; ¿cómo no admirar por el mero hecho a un carácter así y tenerlo por magnánimo y nacido para cosas grandes y dotado de no vulgar intrepidez? Y si examináramos aún más a fondo la vida de ese hombre, ¿cómo no inquirir de qué modo quien se criara en pobreza y miseria, sin haber recibido formación universitaria alguna, sin haber aprendido elocuencia y filosofía con que pudiera hablar elocuentemente a las muchedumbres y ponerse al frente del pueblo y atraerse a muchos oyentes, se lanza a predicar nuevos dogmas e introduce en el género humano una doctrina que, aun manteniendo la autoridad sagrada de los profetas, destruye las costumbres de los judíos y deroga las leyes de los griegos, señaladamente las que atañen a lo divino? ¿Cómo un hombre así, y así educado; un hombre que, como confiesan los que lo blasfeman, nada que valga la pena aprendió de los hombres, pudiera decir tales cosas acerca del juicio de Dios y de los castigos de lo malo y premios de lo bueno, y decirlas de forma no vulgar, de suerte que su palabra ha ganado no sólo a gentes rústicas e ignorantes, sino también a no pocos de superior inteligencia, capaces de penetrar en lo oculto de cosas que al parecer sólo prometen algo ordinario, pero contienen, en su interior, algo, digámoslo así, más misterioso?

Aquel seripio de que habla Platón *(Pol.* 329E) que le echaba en cara a Temístocles, el que se hizo famoso por su mando del ejército, no deber su gloria a sus propias dotes, sino a la fortuna de haber tenido la patria más gloriosa de toda Grecia, oyó de Temístocles, que era inteligente y comprendía que también su patria había contribuido lo suyo a su gloria, esta respuesta: "Ni yo, de haber sido seripio, hubiera venido a ser tan glorioso, ni tú, de haber tenido la fortuna de nacer ateniense, hubieras venido a ser Temístocles" [39]. Nuestro Jesús, empero, a quien se le echa en cara provenir de una aldea que ni siquiera es helénica, y de una nación que no está en predicamento entre las gentes; nuestro Jesús, a quien se quiere difamar de ser hijo de una mujer pobre, que se ganaba la vida hilando, y de haber tenido que abandonar por pobreza su pa-

[39] La anécdota se cuenta también en Cic., *De senectute* III 8; Plutarch., *Vita Themist.* XVIII 3; *Mor.* 185c. Aparece en versión algo distinta en Herod., VIII 125. *Seriphos* es una isla insignificante de las Cícladas.

tria y puéstose a trabajar de jornalero en Egipto; El, que (para seguir con nuestro ejemplo) no sólo fue seripio, oriundo de la isla más minúscula y desconocido, sino, digámoslo así, el más innoble de entre los seripios, ha sido capaz de conmover el orbe entero, no sólo más profundamente que el ateniense Temístocles, sino más también que Pitágoras y Platón y cuantos otros sabios, reyes y generales en el mundo han sido.

30. La gloria de Jesús, aun en lo humano, es única y señera

Así, pues, quien inquiera, y no de pasada, la naturaleza de las cosas, no podrá menos de admirar profundamente a Jesús que pudo vencer y saltar por encima de todo lo que pudiera convertir una gloria en infamia, y dejó atrás a cuantos gloriosos en el mundo han sido. Y es de notar haber sido raros entre los hombres gloriosos los que fueron capaces de ganar renombre por más de un concepto. Unos han sido admirados y se han hecho gloriosos por su ciencia; otros, por el arte de la guerra; algunos bárbaros, por los prodigios obrados en virtud de sus fórmulas mágicas; otros, en fin, por otros motivos que nunca han sido muchos a la vez; Jesús, empero, es admirado, entre otras cosas, por su sabiduría, por sus prodigios y por su don de mando. Y es así que no persuadió a los suyos, como persuade un tirano, a que, como él, se aparten de las leyes, ni como arma un forajido a sus bandas contra los hombres, ni como un ricachón que provee a cuantos se le acercan, ni como otro alguno de los que, por universal censura, merecen reprobación. No, Jesús habló como maestro de la doctrina acerca del Dios supremo, del culto que se le debe y de toda la materia moral, que puede unir con el Dios de todas las cosas a quienquiera viviera como El enseña. Y añadamos que, en Temístocles y demás hombres gloriosos, nada hubo que se opusiera a su gloria; Jesús, empero, aparte todo lo dicho, que bien pudiera oscurecer en la ignominia el alma del hombre mejor dotado, sufrió la muerte de cruz, que era tenida por infame y era capaz de desvanecer toda su gloria anterior y hacer que los antes por El engañados (como piensan los que no siguen su enseñanza) se desengañaran de todo en todo y condenaran al que los había engañado.

31. La predicación de los apóstoles, obra también maravillosa

Habría además que preguntar de dónde les vino a los discípulos de Jesús, que, según los que lo blasfeman, no lo vieron resucitado de entre los muertos ni estaban persuadidos hubiera en El nada de particularmente divino, que no temieran correr la misma suerte que su Maestro, sino que se lanzaran intrépidamente al peligro y abandonaran sus patrias para enseñar, conforme al mandato de Jesús, la doctrina que El les confiara. En mi opinión, nadie que examine inteligentemente las cosas [40] podrá decir que los apóstoles se entregaron a vida tan azarosa por razón de la doctrina de Jesús sin una profunda convicción que El les infundió, enseñándoles no sólo a conformarse ellos íntimamente con sus enseñanzas, sino a trabajar por que también se conformaran los otros; y se conformaran a sabiendas de que, por lo que a la vida humana atañe, todo el que dondequiera y entre quienesquiera se atreve a innovar, tiene la perdición al ojo y no puede contar con la amistad de quienes mantienen las viejas creencias y costumbres. ¿Acaso no vieron [41] eso los discípulos de Jesús cuando se atrevieron, no sólo a demostrar a los judíos por las profecías que El era el profetizado, sino también a proclamar entre las otras naciones que el que hacía, como quien dice, unos días había sido crucificado, aceptó voluntariamente ese género de muerte por la salvación del género humano, a la manera de quienes murieron por sus patrias para librarlas de una peste asoladora, de una mala cosecha o de una tormenta? Porque verosímil es haya en la naturaleza de las cosas, según razones secretas y difíciles de captar por el vulgo, no sabemos qué causas por las que un solo justo, muriendo voluntariamente por el común, aleja a los malos espíritus, que son los que producen las pestes y malas cosechas, tormentas y calamidades semejantes (cf. VIII 31). Dígannos, pues, los que se niegan a creer que Jesús muriera en la cruz por los hombres, si tampoco aceptarán las muchas historias que corren entre griegos y bárbaros sobre haber muerto algunos por el común a fin de librar a ciudades y pueblos de los males que les sobrevinieran. ¿O habrá que creer que sucedió eso, pero que no hay nada que persuada haber muerto el que era tenido por un hombre, para acabar con un gran demón y príncipe de los démones, que había subyugado todas las almas de los hombres venidas a este mundo?

[40] πράγματα M: τά πράγματα Winter.
[41] ἑώρων M: ἑώρων ταῦτα K. tr.

Viendo, pues, los discípulos de Jesús estas cosas, y muchas más que es probable oyeran secretamente de Jesús; llenos además de fuerza singular (pues no fue una fingida virgen la que les infundió ánimo y ardimiento, sino la verdadera inteligencia y sabiduría de Dios), se apresuraron "a descollar entre todos", no sólo entre los argivos, sino entre todos los griegos y bárbaros juntos, "y la más alta gloria conquistarse" (*Ilíada* 5,1-3).

32. El nacimiento de Jesús hubo de ser extraordinario

Mas volvamos a la prosopopeya del judío, en que éste cuenta cómo la madre de Jesús, encinta, fue echada de casa por el carpintero que la había desposado, convicta de adulterio, y cómo dio a luz un hijo habido de cierto soldado por nombre Pantira" [42]. Pues veamos si los que inventaron el cuento del adulterio de la Virgen con el Pantira, y del carpintero que la echa de casa, no se imaginaron todo eso a ciegas para destruir la concepción milagrosa por obra del Espíritu Santo. Pudieron, en efecto, haber forjado su mentira de otro modo, dado que la historia resulta demasiado prodigiosa y no, como sin querer, venir a confesar que Jesús no nació de casamiento corriente entre los hombres. Era, desde luego, lógico que quienes no aceptan el nacimiento milagroso de Jesús, se inventaran una mentira; pero no supieron mentir con habilidad. Por el hecho de mantener el punto de que la Virgen no concibió de José a Jesús, quedaba patente la mentira para quienes saben entender y argüir fantasías. ¿Era, en efecto, razonable que quien llevó a cabo tamaña hazaña en favor del género humano, como hacer, en cuanto de El dependía, que todos los griegos y bárbaros, ante la expectación del juicio divino, se apartaran del mal y lo ordenaran todo al agrado del creador del universo, no tuviera un nacimiento milagroso, sino el más ilegítimo y vergonzoso que cabe imaginar? Voy a hablar como quien habla a griegos y señaladamente a Celso, que, siéntalas o no, cita sentencias o ideas de Platón. El que

[42] Sobre este repugnante tema, v. la larga nota de Chadwick, p.31. Sobre toda la leyenda calumniosa de Jesús, forjada por la literatura judaica posterior al cristianismo, emite su veredicto el P. L. de Grandmaison: "Probatorios contra la hipótesis extravagante de un *mito de Cristo* (porque no se odia, no se desfigura, no se persigue por sistema a un ser legendario), e indispensables, por lo demás, para la inteligencia del mensaje de Jesús, los otros documentos de origen judío no tienen ningún derecho a figurar entre las fuentes de su vida" (*Jésus Christ* I p.8). El mismo P. Grandmaison cita el texto de San Justino Mártir en que acusa altivamente a los dirigentes judíos de que "sus sacerdotes y rabinos han hecho que el nombre de Jesús sea profanado y blasfemado por toda la tierra; sucias vestiduras—vuestras blasfemias—que vosotros echáis sobre todos los que del nombre de Jesús traen su origen de cristianos" (cf. *Apol. griegos del s. II* p.505s).

de lo alto envía las almas a los cuerpos de los hombres, ¿había de dar el origen más feo de todos al que tan altas cosas llevó a cabo, a tantos hombres enseñó y a tantos sacó de la ciénaga de la maldad? ¿No había siquiera de introducirlo en la vida humana por el legítimo matrimonio? ¿No es más razonable que cada alma, según ciertas secretas razones (y hablo ahora de acuerdo con Pitágoras, Platón y Empédocles, a quienes cita Celso con frecuencia), al ser infundida en el cuerpo, lo sea según su dignidad y anteriores costumbres? Luego verosímil es también que esta alma que, al venir al género humano, le fue más provechosa que otros muchos (y no digo "todos" para no parecer prevenido), necesitó de un cuerpo no sólo distinguido entre los cuerpos humanos, sino el mejor de todos los cuerpos (cf. VI 74).

33. Especulaciones fisionómicas

Puede darse el caso de que un alma no sea de todo punto merecedora de morar en el cuerpo de un irracional, pero tampoco puramente en el de un racional, y así entra en un cuerpo monstruoso, de suerte que quien así nace no puede realizar cumplidamente la función racional, por tener la cabeza desproporcionada con el resto del cuerpo y ser demasiado corta; otra asume un cuerpo que le permite ser un poco más racional que el otro; y otra todavía más, según la naturaleza del cuerpo corresponde más o menos a la función de la razón. Siendo esto así, ¿por qué no habrá un alma que tome un cuerpo de todo en todo prodigioso, que tenga desde luego algo de común con los hombres a fin de poder convivir con ellos, pero algo, a par, de excelente y señero, a fin de que el alma pueda permanecer sin mácula de maldad? Si son además exactas las teorías de los fisionomistas, trátese de un Zópiro[41], de Loxo o Polemón o de otro cualquiera que haya escrito sobre este tema y proclame saber cosas maravillosas, todos los cuerpos son acomodados a las costumbres de las almas. Ahora bien, a un alma que había de venir prodigiosamente al género humano y realizar tan altas cosas, ¿era bien se le diera un cuerpo nacido, como se imagina Celso, de un adúltero Pantira y de una virgen seducida? De parejas impúdicas uniones lo natural es que naciera algún insensato, pernicioso para los hombres y maestro de intemperancia, de injusticia y demás vicios; no un maestro de templanza, justicia y demás virtudes[43]. No, según lo predijeron los profetas, Jesús tenía que

[43] Un diálogo de Fedón, a quien inmortalizó Platón en el otro diálogo que lleva su nombre, se titulaba Zópiro (Diog. Laert., II 105). Cicerón (*Tusc. disp.*

nacer de una virgen, la cual, según la promesa del signo, daría a luz al que llevaba nombre conforme a la realidad y significaba que, a su nacimiento, Dios estaría con los hombres (cf. *infra).*

34. El signo de la virgen que concibe

A lo que dice el fingido judío paréceme oportuno oponer la profecía de Isaías, según la cual Emmanuel había de nacer de una virgen. Celso no la alegó, ora porque la ignorara—él que pretende saberlo todo—, ora porque, leída, la calló adrede, para no dar la impresión de que, aun sin querer, confirma lo que va contra su propósito. Como quiera que sea, he aquí el texto: *Y continuó el Señor hablando con Acaz y le dijo: Pide para ti un signo de parte del Señor, Dios tuyo, en lo profundo o en lo alto. Y respondió Acaz: No lo pediré, pues no quiero tentar al Señor. Y dijo: Escuchad ahora, casa de David: ¿Os parece poco contender con los hombres, que contendéis también con mi Dios? Por eso, el Señor mismo os dará un signo. Sabed que la virgen concebirá y dará a luz un hijo y le pondrás por nombre Emmanuel, que se interpreta "Dios con nosotros"* (Is 7,10ss). Ahora bien, que Celso no citara esta profecía por malignidad, me parece evidente por el hecho de que alega muchas cosas del evangelio de Mateo, como la estrella que saliera al nacer Jesús y otros milagros; de la profecía, empero, de Isaías (cf. Mt 1,23) no se acordó para nada. Mas si el judío nos viene con triquiñuelas sobre que el texto no dice: "Sabed que una virgen", sino: "Sabed que una muchacha joven", le responderemos que la palabra *aalma*, que los Setenta trasladaron por *parthénos* (virgen) y otros por *neanis* (muchacha joven), se halla, según dicen, también por "virgen", en el Deuteronomio, en este texto: *Si una joven virgen está desposada con un hombre, y, hallándola otro en la ciudad, yace con ella, los sacaréis a los dos a la puerta de la ciudad y los apedrearéis hasta matarlos: a la joven, porque no gritó estando en la ciudad; al hombre, porque deshonró la mujer de su prójimo.* Y prosigue: *Mas si el hombre halla a la joven desposada en el campo, y la fuerza y yace con ella, sólo mataréis al hombre que yació con la joven; a ésta, empero, no le haréis nada; no hay en ella crimen de muerte* (Deut 22,23-26) [44].

IV 37,80 y *De fato* V 10) cuenta que Zópiro, el fisiognómico, que profesaba conocer las costumbres y carácter de los hombres por su cuerpo, ojos, rostro, frente, dictaminó que Sócrates era un estúpido y lerdo...; añadió también que "mujeriego", "a lo que se dice haber soltado Alcibíades la carcajada".

[44] El texto masorético no favorece a Orígenes (Chadwick). El tema fue tratado también por San Justino Mártir, *Dial. cum Tryph.* 43.66s.

35. Engendrar una joven no sería signo

Mas no quisiéramos dar la impresión de que, por una expresión hebraica, queremos sugerir a los que no comprenden si deben o no aceptarla, dijera el profeta que nacería de una virgen Aquel a cuyo nacimiento se diría: "Dios con nosotros". Vamos, pues, a demostrar lo que decimos sobre el texto mismo. Dice la Escritura haber dicho el Señor a Acaz: *Pide para ti un signo de parte del Señor Dios tuyo en lo profundo o en lo alto.* Y seguidamente el signo dado: *Sabed que la virgen concebirá y dará a luz un hijo.* Ahora bien, ¿qué signo fuera que una muchacha no virgen dé a luz? [45] ¿Y a quién conviene más concebir al Emmanuel, es decir, al Dios con nosotros: a la mujer que ha tenido comercio carnal y ha concebido por pasión femenina, o a la que es aún virgen, pura y casta? A ésta, sin género de duda, le conviene engendrar un hijo, a cuyo nacimiento se dice: *Dios con nosotros.* Mas si el judío puntilleara aún diciendo habérsele dicho a Acaz: "Pide para ti un signo de parte del Señor Dios tuyo", nosotros preguntaremos: ¿Quién nació en tiempo de Acaz, a cuyo nacimiento se dijera: *Emmanuel,* es decir, *Dios con nosotros?* No se hallará a nadie; lo cual demuestra que lo dicho a Acaz fue dicho a la casa de David, como quiera que, como está escrito, *de la descendencia de David nació el Salvador según la carne* (Rom 1,3). Además, este signo se dice ser "en lo profundo o en lo alto", pues *el que bajó es el mismo que subió sobre todos los cielos para llenarlo todo* (Eph 4,10). Estoy hablando como cumple hablar con un judío que cree en las profecías. En cuanto a Celso o cualquiera de sus congéneres, díganos con qué espíritu dice el profeta acerca de lo porvenir estas y otras cosas que están escritas en las profecías. ¿Las dice con espíritu présago de lo futuro, o no? Si con espíritu présago de lo futuro, luego los profetas tenían espíritu divino. Si con espíritu no présago de lo futuro, explíquenos Celso el espíritu de quien así se atreve a hablar de lo por venir y tanta admiración se granjea entre los judíos por su profecía.

36. Los profetas judíos

Mas ya que hemos venido a hablar de los profetas, lo que vamos a añadir no sólo será de provecho para los judíos que creen haber aquéllos hablado por espíritu divino, sino

[45] El mismo razonamiento en JUSTIN., *Dial.* 84; cf. también TERTULL., *Adv. iud.* 9; *Adv. Marc.* III 13.

también para los griegos que juzguen discretamente. A éstos les diremos que, si los judíos habían de mantenerse en las leyes que se les habían dado, creer en el Creador, tal como se les enseñara y (en cuanto de la ley dependía) no habían de tener pretexto para pasarse al politeísmo de los gentiles, es menester admitir que también ellos tuvieron profetas. Tratemos de probar esta necesidad. *Las naciones,* como se escribe en la ley misma de los judíos, *consultan a hechiceros y adivinos* (Deut 18,14); pero a aquel pueblo se le dice: *Mas a ti nada de eso te permite el Señor Dios tuyo* (ibid.). Y luego se añade: *El Señor Dios tuyo te suscitará un profeta de entre tus hermanos* (18,15). El hecho es, pues, que los gentiles practicaban la adivinación ora por oráculos, augurios y auspicios, ora por medio de ventrílocuos, ora acudiendo a los que profesan la ciencia de los sacrificios, o a los caldeos que dan sus horóscopos; y todo eso les estaba vedado a los judíos. Ahora bien, si por ningún cabo les quedara el consuelo que trae el conocimiento de lo por venir, acuciados por el mismo apetito humano de saber lo futuro, hubieran despreciado a sus propios hombres, imaginando no haber en ellos nada de divino, y, después de Moisés, no hubieran prestado atención a ningún profeta ni hubieran consignado por escrito sus oráculos. Como tránsfugas de su religión, se hubieran pasado a los oráculos y templos de los gentiles, o hubieran intentado establecer algo parecido entre ellos mismos. De ahí que nada tenga de extraño que, para consuelo de quienes lo deseaban, profetizaran sus profetas acerca de cosas corrientes, como Samuel acerca de las pollinas perdidas (1 Reg 9,20), o el otro de quien se escribe en el libro tercero de los Reyes (14,1-18) sobre la enfermedad de un niño regio. ¿Cómo, en otro caso, pudieran reprender los representantes de la ley a quien quisiera acudir a la adivinación de los ídolos, como se ve haber reprendido Elías a Ocozías cuando le dijo: *¿Es que no hay Dios en Israel, para que vayáis a consultar a Baal, (señor de) las moscas, dios de Acarón?* (4 Reg 1,3).

37. Otros casos de partenogénesis

Paréceme, pues, queda suficientemente demostrado no sólo que nuestro Salvador nacería de una virgen, sino también que hubo profetas entre los judíos, los cuales predijeron, no sólo cosas generales, por ejemplo, lo referente a Cristo mismo, a los imperios del mundo, a los acontecimientos de Israel y a las naciones que creerían en nuestro Salvador y otras muchas cosas acerca del mismo, sino también sucesos particulares,

por ejemplo, cómo se encontrarían las pollinas perdidas de Cis o la enfermedad que aquejó al hijo del rey de Israel o algún otro caso semejante que esté escrito.

En cuanto a los griegos que no creen naciera Jesús de una virgen, hay que decirles, además, que en la generación de varios animales demostró el Creador que, si quería, le era posible hacer en los mismos hombres lo que hace en uno que otro animal. Se hallan, en efecto, algunas hembras de animales que no se cubren con los machos, como de los buitres [46] escriben los zoólogos; y, sin embargo, este animal, sin necesidad de unión sexual, conserva la sucesión de su especie. ¿Qué tiene, pues, de extraño que, queriendo Dios enviar al género humano un maestro divino, le hiciera nacer de modo distinto que el ordinario de transmitirse la razón seminal por la unión del varón con la mujer? Y aun según los mismos griegos, no todos los hombres han nacido de varón y mujer. En efecto, si el mundo es creado, como place incluso a muchos griegos, es forzoso que los primeros hombres no nacieran de comercio sexual, sino de la tierra, es decir, de ciertas razones seminales que existen en la tierra. Cosa por cierto que tengo yo por más prodigiosa que haber nacido Jesús sólo a medias como los demás hombres. Y, pues hablamos a griegos, no estaría fuera de lugar nos aprovechemos de historias griegas, porque no parezca ser nosotros los únicos que admitimos esta prodigiosa historia. Ha habido, en efecto, algunos—y aquí no se trata de cosas antiguas y del tiempo de los héroes, sino de acontecimientos, como quien dice, de ayer o anteayer—que creyeron poder consignar como posible que Platón nació, desde luego, de Anfictione, pero a Aristón se le prohibió acercarse a ella hasta que diera a luz al que fuera engendrado por Apolo (cf. VI 8). Mas éstos son verdaderamente cuentos que se forjaron sobre un hombre a quien, por su sabiduría y poder, se tenía por superior al común de los hombres y se supuso, consiguientemente, había de recibir el principio de la constitución de su cuerpo de gérmenes superiores y más divinos, como decía con sus dotes más que humanas.

Por lo demás, introducir Celso al judío que habla con Jesús y se burla de su pretensión (como él se imagina) de ha-

[46] Cf. TERTULL., *Adv. Valent.* 10; PLUTARCH., *Mor.* 286c. San Ambrosio (*Exahem.* 1.5 c.20) comparte esa creencia y argumenta como Orígenes: "Hemos hablado de la viudez de las aves y cómo de ellas tomó principio esta virtud. Ahora digamos de la integridad (o virginidad) que en muchísimas se afirma darse de forma que aun en los buitres se niegan a todo concúbito y a unirse por cierto uso conyugal y cópula nupcial... ¿Qué dicen los que suelen reírse de nuestros misterios cuando oyen que una virgen engendró, y tienen por imposible el parto de la innupta, a la que no manchó trato alguno con varón?..." Huelga advertir que la partenogénesis de los buitres es pura fábula.

ber nacido de una virgen, para lo que trae a cuento las fábulas sobre Dánae, Melanipa, Auge y Antíope, cosas son que dicen bien con un farsante, pero no con quien toma en serio el tema de que trata.

38. Magia y milagros

Además, aunque toma del evangelio de Mateo la historia que allí está escrita (1,13ss) sobre la marcha de Jesús a Egipto, no cree en los milagros que en este caso se dieron, ni que se debió al oráculo de un ángel, ni le pasa por las mientes qué misterio pudiera significar el hecho de que Jesús abandonara la Judea y se fuera a vivir a Egipto. Celso prefiere inventarse otro cuento, en que reconoce hasta cierto punto los milagros que Jesús obró y por los que persuadió a muchos a que lo siguieran como a Mesías, pero trata de desacreditarlos como hechos por arte de magia y no por virtud divina. Dice, en efecto, que, "criado a escondidas, se puso de jornalero en Egipto, y, después de ejercitarse en ciertas artes mágicas, volvió de allí, a su patria, y por ellas se proclamó a sí mismo Dios" *(ut supra* I 28). La verdad es que yo no comprendo cómo un mago pudiera tener empeño en predicar una doctrina que enseña a hacerlo todo pensando que Dios ha de juzgar a cada uno de cuanto hiciere, e inspirar [47] ese mismo espíritu a los discípulos de que había de valerse como ministros de su predicación. Porque, pregunto: ¿Aprendieron los discípulos de Jesús a hacer milagros como su maestro y convencían así a sus oyentes, o no hicieron tampoco ellos milagros? Decir que no hicieron milagro de ningún linaje, sino que, creyendo a ciegas, sin persuasión alguna de razonamiento a la manera de la ciencia dialéctica de los griegos, se entregaron a enseñar, por dondequiera viajaban, una doctrina nueva, es cosa de todo en todo absurda. Porque ¿qué les daba ánimo para enseñar una doctrina que era toda una novedad? Pero, si también ellos hicieron milagros, ¿en qué cabeza cabe que unos magos se abalanzaran a tantos peligros a trueque de implantar una doctrina que prohibe la magia?

39. Blasfemias de un escurra

No me parece valga la pena rebatir lo que seguidamente dice Celso, no ciertamente en serio, sino en son de fisga: "¿Es que era bella la madre de Jesús y, por bella, se unió Dios carnalmente con ella, Dios que, por su naturaleza, no

[47] διατιθέντα M: διατιθέναι K. tr.

puede enamorarse de un cuerpo corruptible? ¿No es más bien inverosímil se enamorara Dios de ella, pues no era rica ni de regia estirpe, ni la conocía nadie ni aun entre sus vecinos?" Y sigue bromeando cuando dice que, "aborrecida y echada de casa por el carpintero, no la salvó una potencia divina ni discurso elocuente. Nada de esto, por tanto, dice, tiene que ver con el reino de Dios" (cf. III 59; VI 17; VIII 11). ¿Qué diferencia va de este lenguaje al de quienes se insultan por las esquinas de las calles y no dicen cosa que merezca tomarse en serio?

40. Celso procede sin orden ni concierto

Luego toma del evangelio de Mateo (3,16 par.) y acaso también de los otros evangelios lo que se cuenta de la paloma que voló sobre nuestro Salvador al ser bautizado por Juan, y trata de desacreditarlo como una invención. Pero, después de burlarse, según él se imagina, del nacimiento virginal de nuestro Salvador, no expone lo que a éste se sigue por su orden, pues la ira y el odio no saben lo que es orden. Los que se aíran y odian lanzan contra los que odian todo lo que les viene a la boca, pues la pasión no les permite decir sus recriminaciones serenamente y en debido orden. De haber guardado Celso el orden, debiera haber tomado el evangelio, que se proponía impugnar, y, atacada la primera historia que cuenta, pasar por sus pasos contados a la segunda, y así sucesivamente a las otras. Pero este Celso, que blasona de saber todo lo nuestro, tras impugnar el nacimiento virginal, se mete con el Espíritu Santo, aparecido en figura de paloma en el bautismo de Jesús; luego niega que fuera profetizado el advenimiento de nuestro Salvador; y ahora se vuelve atrás, a lo que se escribe haber seguido al nacimiento de Jesús: la aparición de la estrella y la venida de los magos de Oriente a adorar al niño. Tú mismo, a poco que lo observes, puedes hallar muchas cosas dichas confusamente por Celso a lo largo de su libro; lo cual, para quienes saben guardar y buscar el orden, es un argumento más de haber sido harto audaz y arrogante al dar a su libro el título de *Doctrina verdadera*. Ninguno de los ilustres filósofos hizo nada semejante. Así Platón dice *(Phaidon,* 114D) no ser de hombre inteligente afirmar nada acerca de estas cosas y otras más oscuras; y Crisipo, que expone siempre las razones que a él lo mueven, nos remite a quienes halláremos que hablan mejor que él. Este, empero, que es más sabio que Platón y Crisipo y que el resto de los griegos, era lógico que, pues lo sabía todo, rotulara su libro: *Doctrina verdadera.*

41. La aparición del Espíritu Santo en figura de paloma (Mt 3,16ss)

Mas no queremos dar la impresión de que, por no tener a mano respuesta, nos saltamos de buena gana los puntos que opone Celso. Por eso hemos decidido resolver, según nuestras fuerzas, cada una de sus objeciones, sin preocuparnos del contexto y consecuencia natural de las cosas, sino tomándolas por el orden en que están escritas en su libro. Veamos, pues, lo que dice para desacreditar que el Salvador viera, como corporalmente, al Espíritu Santo en figura de paloma. Y sigue siendo el judío quien le dice a Jesús, a quien nosotros confesamos por Señor: "Cuando te bañabas—dice—junto a Juan, afirmas haber volado hacia ti, del aire, un fantasma de pájaro". Luego el fingido judío pregunta: "¿Qué testigo digno de crédito vio esa aparición, o quién oyó la voz del cielo que te adoptaba por hijo de Dios, si no es que tú lo dices y alegas a uno solo, de los que fueron, lo mismo que tú, castigados de muerte?"

42. Advertencias metodológicas

Digamos, antes de comenzar nuestra defensa, que el intentar demostrar como realmente sucedidas casi todas las historias, por más que sean verdaderas, de manera que se logre sobre ellas una certeza completa (VIII 43), es de las cosas más difíciles y, en algunos casos, imposible. Supongamos que alguien da en la flor de decir no haber existido la guerra de Troya, fundándose sobre todo en que con ella se entreteje la leyenda imposible de cierto Aquiles, que sería hijo de la diosa marina, Tetis, y del hombre Peleo, o Sarpedón de Zeus, Ascálafo y Jálmeno de Ares, y Eneas de Afrodita. ¿Cómo demostraríamos el hecho, apurados sobre todo por esa mezcla inextricable de fantasía con la opinión dominante entre todos de que hubo realmente, en Ilio, una guerra entre griegos y troyanos? Supongamos, por el mismo caso, que alguien no crea en la leyenda de Edipo y Yocasta y los dos hijos que nacieron de ellos, Eteocles y Polinices, pues también con ella se entreteje cierta esfinge semivirgen. ¿Cómo demostrar la historicidad de tal leyenda? Dígase lo mismo de los Epígonos, aunque nada semejante se entreteja en su leyenda, o de la vuelta de los Heraclidas y de infinitas cosas más. Mas el lector inteligente de esas historias, que no quiere dejarse engañar por ellas, sabrá discernir qué cosas podrá aceptar simplemente,

qué otras explicar figuradamente, indagando la intención de quienes inventaron tales leyendas; sabrá, en fin, a qué cosas negará todo crédito, como escritas para agradar a determinadas gentes.

Todo este prólogo a la historia entera de Jesús, que se cuenta en los evangelios, hemos antepuesto aquí, no para invitar a hombres de mayor pericia a una fe desnuda y sin razón, sino para advertir a los futuros lectores que habrán menester de mucha inteligencia e indagación, y adentrarse, como quien dice, en la mente de los escritores, a fin de hallar en qué sentido secreto fue escrita cada cosa.

43. Jesús merece más fe que Ezequiel e Isaías

He aquí, pues, lo primero que decimos: Si el que niega crédito a la aparición del Espíritu Santo en figura de paloma se escribiera ser un epicúreo, democríteo o peripatético, tendría alguna congruencia lo que se dice con la persona en cuya boca se pone. Mas tampoco aquí vio el sapientísimo Celso que atribuye parejo razonamiento a un judío que, por las escrituras de sus profetas, cree cosas mucho más prodigiosas que lo de la figura de paloma. Al judío que no cree en la aparición y se imagina poderla desacreditar como pura invención, cabe preguntarle: Y tú, buen hombre, ¿serías capaz de demostrar que dijo el Señor Dios a Adán y Eva, a Caín y Noé, a Abrahán, Isaac y Jacob lo que está escrito haberles dicho? Y comparando una historia con otra, yo le diría a ese judío: También tu Ezequiel escribió estas palabras: *Se abrieron los cielos y vi una visión de Dios* (1,1.28). Y, después de narrarla, añade: *Esta es la visión de la semejanza de la gloria de Dios y me dijo (ut supra).* Ahora bien, si lo que se escribe de Jesús es mentira, porque no podemos, como tú supones, demostrar con toda evidencia su verdad, dado que sólo por El fue visto y oído y, según tú crees haber observado, por uno que fue también ajusticiado, ¿no diremos con más razón que Ezequiel cuenta historias monstruosas cuando dice: "Se abrieron los cielos", etc.? E Isaías a su vez dice: *Vi al Señor Sabaoth, sentado sobre un trono excelso y elevado, y los serafines estaban en torno suyo; seis alas tenía el uno y seis alas el otro*", etc. (Is 6,1). ¿Y cómo demostrar que lo vio efectivamente? Y es así que tú, judío, crees que todo eso es verdad y que no sólo lo vio el profeta por obra de espíritu divino, sino que, por inspiración del mismo, lo dijo y consignó por escrito. Ahora bien, ¿quién merece más fe: Ezequiel e

Isaías, que dijeron respectivamente habérseles abierto los cielos y oído una voz, y haber visto al Señor Sabaoth, sentado sobre un trono excelso y elevado, o Jesús? No se sabe de esos dos profetas obra alguna que pueda parangonarse con la de Jesús; mas la gran hazaña de Jesús no se limitó al tiempo en que vivió sobre la tierra. No, el poder de Jesús sigue obrando hasta ahora la conversión y mejora de los que por El creen en Dios. Y la prueba evidente de que esto se hace por poder suyo es que, a pesar de no haber, como El mismo dice (Mt 9,37), obreros que cultiven el campo de las almas, es tanta la cosecha de las que se recogen y congregan en las eras de Dios, por doquiera esparcidas, que son las iglesias.

44. El Espíritu Santo, inspirador de la Escritura

Mas al hablar así al judío, no es porque yo, que soy cristiano, niegue fe a Ezequiel e Isaías; lo que intento es persuadirle, por lo que en común creemos, que merece Jesús más crédito que ellos cuando dice haber visto esas cosas y, como es verosímil, cuando contara a sus discípulos la visión que vio y la voz que oyó. Otro tal vez diga que no todos los que pusieron por escrito lo de la paloma y la voz del cielo se lo oyeron contar a Jesús mismo; en todo caso, el Espíritu que dictó a Moisés una historia más antigua que el historiador, empezando por la creación del mundo hasta Abrahán, padre suyo, ese mismo enseñó a los que escribieron el Evangelio el milagro acontecido al tiempo del bautismo de Jesús.

Por lo demás, el que esté adornado del carisma que se llama *palabra de sabiduría* (1 Cor 12,8), podrá explicar por qué se abrieron los cielos y por qué el Espíritu Santo se apareció a Jesús en figura de paloma, y no de otro animal. El tema presente no pide expliquemos ese punto, pues sólo nos hemos propuesto demostrar la incongruencia de Celso al atribuir al judío, con tales razones, falta de fe en una cosa más verosímil que las que él mismo cree.

45. Recuerdo personal

Acuérdome que, una vez, en cierta disputa con judíos (cf. 55; II 31) que se dicen sabios, ante un auditorio que había de juzgar de nuestras razones, me valí de este argumento: "Decidme, señores: Dos personajes han venido al género humano, de los que se escriben cosas prodigiosas y que están por encima de la naturaleza humana: Moisés, vues-

tro legislador, que escribió sobre sí mismo, y Jesús, nuestro maestro, que nada dejó escrito sobre sí mismo [48], pero es atestiguado por sus discípulos en los evangelios. ¿Qué distinción es esa que se crea a Moisés como veraz, a pesar de que los egipcios lo calumnian de mago y afirman que por arte de magia obró sus aparentes milagros, y no dar crédito a Jesús, porque vosotros lo acusáis? A los dos los atestiguan naciones: A Moisés los judíos; en cuanto a los cristianos, sin negar la profecía de Moisés, antes demostrando por ella a Jesús mismo, aceptan como verdaderos los milagros que de El escriben sus discípulos. Y si nos pedís razón sobre Jesús, dádnosla vosotros sobre Moisés, que fue antes que El, y luego os la daremos nosotros sobre Jesús. Mas si os zafáis y rehusáis demostrar la misión divina de Moisés, lo mismo haremos de momento nosotros y no os daremos demostración. Confesad, sin embargo, que no tenéis prueba sobre Moisés y escuchad las pruebas sobre Jesús que ofrecen la ley y los profetas. Y lo paradójico es que las pruebas que la ley y los profetas ofrecen sobre Jesús demuestran que Moisés y los profetas eran profetas de Dios.

46. Los milagros de Jesús y de los apóstoles, prueba de la verdad del Evangelio

Ahora bien, la ley y los profetas están llenos de milagros semejantes al que se escribe de Jesús, al bautizarse, sobre la paloma y la voz del cielo. Yo tengo por prueba de que el Espíritu Santo fue entonces visto en figura de paloma, los milagros obrados por Jesús, por más que Celso, para desacreditarlos, diga que aprendió a hacerlos entre los egipcios. Y no alegaré sólo ésos, sino también, como es natural, los que obraron los discípulos de Jesús. Y es así que, sin obrar milagros y portentos, no hubieran movido a sus oyentes a abandonar, por nuevas doctrinas y dogmas nuevos, su religión tradicional y abrazar las enseñanzas de ellos aun con peligro de la vida. Y todavía se conservan entre los cristianos huellas de aquel Espíritu Santo que fue visto en figura de paloma. Ellos expulsan démones, realizan muchas curaciones y, según la voluntad del Logos, tienen algunas visiones sobre lo futuro. Y, siquiera se burle Celso, o el judío que introduce, sobre lo que

[48] Orígenes o no conoció o tuvo por apócrifa la carta de Jesús al rey Abgar, que trae Eus., *HE* I 13. También San Jerónimo opina no haber escrito nada Jesús: "De ahí que el Salvador no dejó libro alguno de su doctrina, como fingen los delirios de muchos apócrifos, sino que cada día habla al corazón de los creyentes por el espíritu del Padre y suyo" (*In Ez.* XLIV 29).

voy a decir, no dejaré de decirlo, y es que muchos han venido al cristianismo como contra su voluntad, pues cierto espíritu, apareciéndoseles en sueños o despiertos, mudó súbitamente su mente y, de odiar al *Lógos*, pasaron a morir por El. De muchos de estos casos hemos sido testigos; sin embargo, de ponerlos por escrito, daríamos que reír a carcajadas a los incrédulos, los cuales, como suponen que otros se inventan todo eso, así creerían que nos lo inventamos también nosotros. Pero testigo es Dios de nuestra conciencia que no quiere recomendar la enseñanza divina de Jesús por mentirosas narraciones, sino por múltiple evidencia.

Mas ya que es un judío quien pone dificultades sobre lo que se escribe del Espíritu Santo que descendiera sobre Jesús en figura de paloma, sería del caso preguntarle: Dime, amigo, ¿quién es el que dice en Isaías: *Y ahora me ha enviado el Señor, y su Espíritu?* (48,16). En el texto queda ambiguo si fue el Padre y el Espíritu Santo los que enviaron a Jesús, o fue sólo el Padre quien envió a Cristo y al Espíritu Santo. La verdad es esto último. Ahora bien, como fue enviado primero Jesús y luego el Espíritu Santo para que se cumpliera la profecía; como, por otra parte, ese cumplimiento debía ser conocido de la posteridad, de ahí que los discípulos de Jesús pusieron por escrito lo sucedido.

47. El testimonio de Josefo

Mas ya que Celso introduce ese judío, favorable hasta cierto punto a Juan Bautista, que bautizó a Jesús, quisiera decirle cómo un escritor no muy posterior al mismo Juan y a Jesús dejó consignado haber existido un Juan Bautista, que bautizaba para la remisión de los pecados. Efectivamente, en el libro dieciocho de las *Antigüedades judaicas* (5,2 [116-119]) Josefo da testimonio de Juan como de un bautista que prometía la purificación a los bautizados. Josefo no cree que Jesús sea el Mesías; y así, indagando la causa de la caída de Jerusalén y de la destrucción del templo, cuando debía haber dicho que la causa fue la conjura contra Jesús y la muerte que dieron al Mesías profetizado, no lo dice; si bien, acercándose un poco, como sin querer, a la verdad, afirma que aquellas calamidades les acaecieron a los judíos para vengar a Santiago, el Justo, hermano que era de Jesús, el llamado Mesías; pues siendo hombre justísimo, le dieron la muerte [49]. A este San-

[49] Una síntesis de la cuestión, muy debatida, de "Josefo y el cristianismo primitivo" la ofrece el citado P. L. de Grandmaison: *Jésus Christ* I p.189 (antes, p.7, se alega su famoso texto sobre Jesús). Sobre la no existencia, en tiempos de Orígenes, de ese texto parece aquí convincente el argumento *ex silentio*.

tiago, dice Pablo, el genuino discípulo de Jesús, haber visto (Gal 1,19), y lo llama "hermano del Señor", no tanto por el parentesco de la sangre o la común crianza cuanto por las costumbres y el espíritu. Ahora bien, si dice Josefo que la desolación de Jerusalén les advino a los judíos pos causa de Santiago, ¿no fuera más razonable afirmar que fue por causa de Jesús, que es el Mesías? Testigos de su divinidad son tantas iglesias, que se componen de hombres que, salidos de la ciénaga de los vicios, viven unidos a su Creador y todo lo enderezan al agrado del mismo.

48. Explicación de las visiones proféticas

Ahora, pues, aunque el judío no defenderá a Ezequiel e Isaías, al identificar nosotros lo que se cuenta de que a Jesús se le abrió el cielo y oyó la voz consabida con cosas semejantes que hallamos escritas en Ezequiel, en Isaías o en cualquier otro profeta, vamos por lo menos nosotros a fundar, en lo posible, nuestra razón diciendo lo siguiente: Para todos los que admiten una Providencia es cosa axiomática que muchos tienen sus visiones, entre sueños, que les anuncian cosas divinas, o acontecimientos por venir de la vida diaria, ora con claridad, ora por enigmas. ¿Qué tendrá, entonces, de extraño que la fuerza que impresiona la mente entre sueños pueda también impresionarla durante la vigilia, para bien y provecho de quien recibe la impresión o de quienes se lo oyeren referir? Y como nos figuramos entre sueños que estamos oyendo y que se impresiona nuestro oído sensible y que vemos por nuestros ojos, siendo así que ni los ojos corporales ni el oído sensible se impresiona, sino que todo eso sucede pasivamente en el alma; así, nada tendría de extraño que lo mismo aconteciera en los profetas cuando se escribe que vieron cosas prodigiosas, que oyeron palabras del Señor y que contemplaron los cielos abiertos. Personalmente, no me imagino que para escribir Ezequiel lo que escribe fuera menester que el cielo sensible se abriera y se dividiera su masa, al abrirse, en dos partes. ¿Por qué, pues, no ha de suponer algo semejante respecto del Salvador quien prudentemente lea el Evangelio? A riesgo, eso sí, de escandalizar a los demasiado simples, que, justamente por su demasiada simpleza, ponen al cosmos en movimiento, partiendo por gala en dos, por muy compacto que esté, tamaño cuerpo como el cielo entero.

Pero el que examine más a fondo este punto dirá que hay, como dice la Escritura, un sentido general divino que sólo el bienaventurado encuentra ya en esta vida, según se dice

en Salomón: *Hallarán un sentido divino* (Prov 2,5). De este sentido existen varias especies: de visión, que naturalmente ve cosas superiores a los cuerpos, entre las que hay, evidentemente, que contar a querubines y serafines; de oído, que percibe voces que no tienen su consistencia en el aire; de gusto, que saborea el *pan vivo que bajó del cielo y da la vida al mundo* (Io 6,33); de olfato, igualmente, que huele cosas por las que Pablo dice ser *buen olor de Cristo para Dios* (2 Cor 2,15); de tacto, según el cual dice Juan *haber palpado con las manos al Verbo de la vida* (1 Io 1,1). Ahora, pues, los bienaventurados profetas, que hallaron ese sentido divino, ven divinamente, oyen divinamente, gustan de igual modo; huelen, por así decir, con sentido no sensible, y tocan por la fe al Logos, de quien les viene una emanación que los cura, y así veían lo que escriben haber visto, y oían lo que dicen haber oído, les pasaban cosas parecidas a las que escriben, como el comerse el volumen de un libro que se les daba (Ez 3,2). Por modo semejante olió también Isaac los vestidos espirituales de su hijo, y con bendición espiritual dijo: *He aquí el olor de mi hijo, como de campo lleno, al que bendijo el Señor* (Gen 27,27). De modo semejante a éstos, más bien espiritual que sensiblemente, tocó también Jesús al leproso (Mt 8,3), a fin de limpiarlo, a mi ver, doblemente, librándolo no sólo, como entiende la gente, de la lepra sensible por el toque sensible, sino también de la otra por toque suyo verdaderamente divino. Así, en fin, dio Juan testimonio, diciendo: *He visto al Espíritu bajar del cielo, como una paloma, y posarse sobre El. Yo no lo conocía; mas el que me envió a bautizar en agua me dijo: Sobre el que vieres descender el Espíritu y posarse sobre El, ése es el que bautiza en Espíritu Santo. Y yo lo he visto y he dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios* (Io 1,32ss).

También a Jesús se le abrieron los cielos, y, si bien es cierto que no se escribe hubiera entonces quien, fuera de Juan, viera los cielos abiertos, sin embargo, el Salvador mismo predice a sus discípulos que verían un día los cielos abiertos, diciéndoles: *En verdad, en verdad os digo, veréis el cielo abierto y a los ángeles de Dios que suben y bajan sobre el Hijo del hombre* (Io 1,51). Y de este modo Pablo, por ser discípulo de Jesús, fue arrebatado al tercer cielo, que antes viera abierto. Ahora, explicar por qué diga Pablo: *Si en el cuerpo, no lo sé; si fuera del cuerpo, tampoco lo sé, Dios lo sabe* (2 Cor 12,1), no es cosa de este lugar y momento.

Todavía voy a añadir a mi razonamiento lo que piensa

Celso sobre haber sido Jesús mismo quien contara lo de la apertura del cielo y la bajada sobre El del Espíritu Santo en figura de paloma junto al Jordán. Mas por la Escritura no consta haber dicho El mismo que tuvo esa visión. No se percató el excelentísimo señor no armonizarse con quien dijo a sus discípulos con ocasión de la aparición del monte: *A nadie contéis la visión hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos* (Mt 17,9), contar a sus discípulos lo que junto al Jordán fue visto y oído por Juan. Ello es de ver también por el carácter mismo de Jesús, que evita dondequiera hablar de sí mismo, y por eso dice: *Si yo hablo de mí mismo, mi testimonio no es verdadero* (Io 5,31). Y como evitaba hablar de sí mismo y quería demostrar, más por obras que por palabras, ser el Mesías, le dicen en una ocasión los judíos: *Si tú eres el Mesías, dínoslo claramente* (Io 10,24).

Mas ya que es un judío a quien Celso pone en la boca, contra la aparición del Espíritu Santo en figura de paloma, aquello de: "Si no es porque tú lo dices o aduces a uno solo de los que fueron castigados de muerte contigo", hay que advertirle que tampoco acertó en atribuir esas palabras a su fingido judío, pues los judíos no juntan a Juan con Jesús ni relacionan el suplicio de Juan con el de Jesús. Un punto más en que se demuestra que este fanfarrón, que alardea de saberlo todo, no supo qué palabras contra Jesús había de poner en boca de su ficticio judío.

49. Nueva incongruencia de Celso

Luego, no sé por qué, se pasa Celso, adrede, por alto el argumento capital en favor de la autoridad de Jesús, que es haber sido anunciado por los profetas judíos, por Moisés y los que le siguieron y hasta por los anteriores a Moisés; y se lo pasa, a lo que yo opino, por alto porque no puede rebatir la razón de que ni los judíos ni cuantas sectas heréticas existen niegan que el Mesías fue profetizado. Tal vez ni conocía las profecías sobre Jesús. En otro caso, de haber comprendido lo que dicen los cristianos sobre que fueron muchos los profetas que predijeron el advenimiento del Salvador, no hubiera puesto en boca del supuesto judío lo que pegaría mejor con un samaritano o un saduceo; ni el judío de su prosopeya hubiera dicho: "Mas antaño dijo un profeta en Jerusalén que vendría un hijo de Dios para juzgar a los santos y castigar a los inicuos". Porque no fue un solo profeta (cf. II 4,79) el que predijo acerca del Mesías. Y aun cuando samaritanos y saduceos, que no reciben más que los libros de Moisés, digan que en

ellos está profetizado el Mesías, no dirán que la profecía se dijo en Jerusalén, cuyo nombre no se conocía aún en tiempos de Moisés. ¡Ojalá todos los que acusan nuestra doctrina ignoraran hasta ese punto no ya sólo las cosas de la Escritura, sino el simple tenor de su texto! En tal caso, sus discursos no tendrán la más mínima fuerza para apartar, no diré de la fe, sino de la poca fe, a los poco firmes y que *creen de momento* (Lc 8,13). Un judío de verdad jamás confesaría que algún profeta haya predicho la venida de un hijo de Dios. Lo que los judíos dicen es que vendrá el Mesías o Ungido de Dios. Y es frecuente que los judíos nos vengan de pronto con preguntas acerca del Hijo de Dios, que ellos no creen exista ni que fuera profetizado. Y no es que nosotros afirmemos no haber sido profetizado un hijo de Dios; lo que decimos es que no se concierta poner en boca de un judío, que no confiesa nada de hijos de Dios, aquello de: "Dijo antaño un mi profeta en Jerusalén que vendría un hijo de Dios".

50. Fantásticos «hijos de Dios»

Luego, como si sólo se hubiera profetizado de Cristo que "juzgaría a los santos y castigaría a los inicuos", y nada se hubiera predicho sobre el lugar de su nacimiento, ni de la pasión que sufriría por obra de los judíos, ni de su resurrección, ni de los milagros maravillosos que obraría, pregunta Celso: "¿Por qué has de ser tú, con preferencia a infinitos otros que han venido después de la profecía, el sujeto de quien eso fue profetizado?" Y no sé cómo ni por qué, queriendo aplicar a otros la posibilidad de suponer que fueron el objeto de la profecía, dice que "también los que están fuera de sí (extáticos) y los mendicantes dicen ser hijos de Dios [50] venidos de lo alto". No sabemos que nada de eso se confiese haber sucedido entre los judíos.

Digamos, pues, primeramente haber sido muchos los profetas que, de mil modos, predijeron las cosas de Cristo, unos por expresiones enigmáticas, otros por alegorías o de otro modo y algunos también con palabras propias. Y, pues más adelante (II 28) dice Celso por boca del fingido judío a los que han creído de su propio pueblo que "las profecías referidas a Cristo pueden aplicarse también a otras cosas", lo cual sólo astuta y malignamente puede decir, vamos nosotros a exponer, de entre muchas, unas pocas, para cuya refutación

[50] ὑιὸν θεοῦ M: υἱοὶ θεοῦ Wifstrand; cf. VII 9.

diga, el que quiera, algo realmente convincente y capaz de apartar de la fe aun a los que inteligentemente creen[51].

51. La profecía sobre el lugar de nacimiento

Pues ya, acerca del lugar de su nacimiento, se dice que de Belén saldría el caudillo, con estas palabras: *Y tú, Belén, casa de Efrata, no eres la más pequeña para estar entre los miles de Judá, pues de ti me saldrá el que será príncipe en Israel; y las salidas de él desde el principio, desde los días eternos* (Mal 5,2). Ahora bien, esta profecía no puede acomodarse a ninguno de los que dice el judío de Celso, a extáticos y mendicantes que dicen haber venido del cielo, a no ser que se demuestre con toda evidencia que nacieron en Belén o, como diría otro, haber salido de Belén para ser caudillos del pueblo. Mas si, aparte la profecía de Miqueas y la historia escrita por los discípulos de Jesús en los evangelios, se quiere otra prueba de haber nacido Jesús en Belén, basta considerar que, en armonía con lo que en los evangelios se cuenta, en Belén se muestra la cueva en que nació y, dentro de la cueva, el pesebre en que fue reclinado envuelto en pañales[52]. Y lo que en aquellos lugares se muestra es famoso aun entre gentes ajenas a la fe; en esta cueva, se dice, nació aquel Jesús a quien admiran y adoran los cristianos.

Yo pienso que, aun antes del nacimiento de Cristo, los príncipes de los sacerdotes y escribas del pueblo enseñaban ya, dada la claridad y evidencia de la profecía, que el Mesías nacería en Belén. Y esta tradición se extendió incluso entre el vulgo de los judíos, y así se explica lo que se escribe de Herodes, que preguntó a los príncipes de los sacerdotes y escribas del pueblo, y cómo éstos le contestaron que el Mesías nacería en Belén de Judea, de donde era David (Mt 2,5). Además, en el evangelio de Juan se dice haber dicho los judíos que el Mesías nacería *en Belén, de donde era David* (Io 7,42). Mas después del advenimiento de Cristo hubo quienes tuvieron empeño en destruir la idea que se hubiera de antiguo profetizado su nacimiento y desterraron tal doctrina de entre el pueblo. En lo cual hicieron algo parecido a los

[51] ἐντρεχῶς M: καὶ τοὺς ἐντρεχῶς K. tr.

[52] La cueva es mencionada por San Justino, testigo de excepción por ser palestinense (*Dial.* 78,5: "se alojó en una cueva cerca de la aldea"). Cf. también *Diálogo* 70; *Protoevangelium Iacobi* 18ss; EUS., *Dem. ev.* III 2,97c; VII 2,343b; *Vita Const.* III 42s; EPIPH., *Panarion* LI 9,6; HIERONYM., *Epist.* 58,3; 147,4.

que sobornaron a los soldados de la guardia del sepulcro que lo vieron resucitar de entre los muertos y propalaban la noticia, dándoles dinero y diciendo a los que lo vieron: *Decid que durante la noche, mientras nosotros dormíamos, lo robaron sus discípulos; y si la cosa llega a oídos del gobernador, nosotros lo persuadiremos y os libraremos de todo cuidado* (Mt 28,13-14).

52. Fuerza de la educción y prejuicios

Dura cosa es la porfía y prevención que hace cerrar los ojos a la evidencia, a fin de no abandonar doctrinas con que uno se ha habituado y dan como tinte y calidad al alma. Y es de notar que con más facilidad dejará el hombre otros hábitos, por muy pegado que esté a ellos, que no los referentes a la religión. Si bien tampoco se desprenden fácilmente de lo otro quienes están hechos a ello. Así vemos que quienes antes se han aficionado a ellas, no quieren abandonar de buena gana sus casas, ciudades y aldeas y gentes conocidas. Ahora bien, ésta fue la causa de que muchos judíos cerraran entonces los ojos a la evidencia de las profecías, de los milagros que hizo y de lo que se escribe haber sufrido Jesús. Y que algo así sea accidente propio de la naturaleza humana, lo verá claro quien considere cómo los que, una vez se han formado en las tradiciones de sus padres y conciudadanos, por vergonzosas y absurdas que sean, no se pasan fácilmente a otras. Por lo menos, nadie persuadirá fácilmente a un egipcio que desprecie lo que ha aprendido de sus padres hasta el punto de no tener por dios a ese bruto animal y no se abstenga, aun bajo pena de muerte, de comer las carnes del mismo (cf. III 36).

Ahora, pues, si nos hemos detenido un tanto en el examen de este punto y explicado largamente lo de Belén y la profecía que a esta ciudad se refiere, creemos haber hecho cosa necesaria para defendernos de los que pudieran decirnos: Si tan claras eran las profecías sobre Jesús entre los judíos, ¿cómo es que, una vez venido, no aceptaron su enseñanza, ni se pasaron al superior género de vida que El les mostraba? Reproche semejante no podrá hacer nadie a los que creemos en El, pues ve no ser despreciables las razones que abonan la fe en Jesús y que nos presentan los que saben predicarla.

53. La profecía de Jacob (Gen 49,10)

¿Será menester aducir otra profecía que nos parece referirse claramente a Jesús? Pues expongamos la que fue consignada por Moisés muchos, muchísimos años antes del advenimiento de Jesús. Dice, en efecto, Moisés que Jacob, estando a punto de salir de esta vida, profetizó a cada uno de sus hijos, y a Judá, entre otras cosas, le dijo: *No faltará príncipe de Judá, ni caudillo salido de su muslo hasta que vengan las cosas que le están reservadas* (Gen 49,10). Quien leyere esta profecía que, en realidad de verdad, es más antigua que Moisés, pero que algún incrédulo supondría dicha por Moisés mismo, no podrá menos de admirarse de cómo pudo predecir Moisés que, siendo doce las tribus de Israel, de la tribu de Judá precisamente nacerían los reyes de los judíos y que ellos mandarían al pueblo (de ahí que el pueblo entero se llamen judíos, del nombre de la tribu reinante). Y no dejará tampoco de admirar en segundo lugar el que atentamente leyere la profecía, cómo, ya que dijo que de la tribu de Judá saldrían los príncipes y caudillos del pueblo, fijó también el término de su mando diciendo: *No faltará príncipe de Judá ni caudillo salido de su muslo hasta que vengan las cosas que le están reservadas, y El será la expectación de las naciones (ut supra).* Vino, en efecto, Aquel para quien estaban reservadas las cosas, el Ungido de Dios, el príncipe a quien se refieren las promesas de Dios [53]. Y, evidentemente, sólo El, de entre todos los que le precedieron y, sin miedo puedo decir, de entre todos los que le siguieron, fue la expectación de las naciones. Y es así que de todas las naciones han creído por El en Dios y, como dice Isaías, en su nombre han esperado los pueblos: *En su nombre,* dice, *esperarán los pueblos* (Is 42,4). El fue también el que dijo a los que estaban entre cadenas —pues cierto es que cada uno está atado por las cuerdas de sus pecados (Prov 5,22)—: "Salid afuera", y a los que estaban en la ignorancia: "Venid a la luz"; pues también esto fue profetizado con estas palabras: *Te he puesto por alianza de las naciones para que restaures la tierra y heredes la he-*

[53] Cf. Justin., *Dial.* 120,3: "Dice, en fin, en la bendición de Judá: *No faltará príncipe de Judá ni caudillo de sus muslos hasta que venga a quien está reservado. Y él será la expectación de las naciones.* Es evidente que esto no se dijo por Judá, sino por Cristo; porque nosotros, gentes de todas las naciones, no esperamos a Judá, sino a Jesús, que fue quien también sacó a vuestros padres de Egipto. Por el advenimiento de Cristo, en efecto, anunció la profecía: *Hasta que venga Aquel a quien está reservado, y él sera la expectación de las naciones.* Jesús, pues, ha venido, como largamente hemos demostrado, y otra vez es esperado que venga sobre las nubes. Jesús, cuyo nombre vosotros profanáis y hacéis que sea profanado por toda la tierra" (*Apol. griegos del s. II* p.511).

rencia del desierto y digas a los que están entre cadenas: Salid afuera, y a los que están entre tinieblas: Salid a la luz (Is 49,8-9). Y es de ver cómo, al advenimiento de Jesús, se cumplió en quienes, por todo el orbe, creen con fe sencilla la otra parte de la profecía: *Y se apacentarán por todos los caminos y en todas las sendas habrá pastos* (Is 49,9).

54. La profecía del siervo paciente (Is 52s)

Mas ya que Celso, que blasona saber todo lo que a la palabra divina se refiere, le echa en cara al Salvador "no haber sido ayudado por su Padre en la pasión ni haberse podido El ayudar a sí mismo", a eso hay que responder que su pasión fue de antemano profetizada, juntamente con la causa de ella, el bien que los hombres reportarían de su muerte y de las heridas a que fue condenado. Predicho fue igualmente que lo conocerían los gentiles, entre los que no vivieron los profetas, y que aparecería entre los hombres con figura sin gloria. He aquí el texto:

Mirad que mi siervo entenderá y será exaltado y glorificado y levantado sobremanera. Al modo que muchos quedarán atónitos sobre ti, así tu figura será sin gloria entre los hombres, y de entre ellos desaparecerá tu gloria. Así gentes muchas se maravillarán sobre El, y los reyes cerrarán su boca, pues lo verán aquellos a quienes no fue anunciado, y entenderán los que no oyeron. Señor, ¿quién creyó a lo que de nosotros oyera? Y el brazo del Señor, ¿a quién fue revelado? Lo hemos anunciado como un niño pequeño delante de ti, como raíz en tierra sedienta. No tiene forma ni gloria; lo vimos y no tenía forma ni hermosura. Su forma era deshonrosa y la más mísera entre los hombres. Hombre que sufre azote y sabe lo que es sufrir enfermedad, cuyo rostro está torcido; fue deshonrado y no considerado. El carga con nuestros pecados y por nosotros soporta dolores. Y nosotros consideramos que estaba en trabajo, en azote y maltratamiento; pero fue llagado por causa de nuestros pecados, y maltratado por nuestras iniquidades. La disciplina de nuestra paz pesa sobre El, y por su llaga hemos sanado nosotros. Todos nos descarriamos como ovejas, cada uno se descarrió por su camino, y el Señor lo entregó por nuestros pecados, y El, al ser maltratado, no abrió su boca. Como oveja fue llevado al matadero, y, como un cordero está mudo ante el que lo trasquila, así tampoco El abrió su boca. En

su humillación fue alzado su juicio: ¿Quién contará su generación? Porque su vida es arrebatada de la tierra, por las iniquidades de mi pueblo fue conducido a la muerte (Is 52,13-53,1-8).

55. Disquisición de Orígenes con rabinos

Acuérdome que, una vez, en una disquisición con los que entre los judíos se llaman sabios, me valí de estas profecías. Según el judío, esto fue profetizado sobre el pueblo entero, como si fuera un solo individuo [54]. El pueblo habría sido disperso y azotado, a fin de que, con ocasión de la dispersión de los judíos entre muchas naciones, muchos se hicieran prosélitos, y en este sentido explicaba el paso: *Tu forma será sin gloria entre los hombres;* y lo otro: *Lo verán aquellos a quienes no fue anunciado,* y lo de: *Hombre que sufre azote.* Muchas cosas dije yo entonces, en la discusión, para demostrar que no tenían razón de referir al pueblo entero lo que fue profetizado sobre un solo individuo. Así les preguntaba qué persona decía: *Este carga sobre sí nuestros pecados y sufre dolores por nuestras iniquidades.* Y lo otro: *El fue llagado por nuestros pecados y maltratado por nuestras iniquidades.* ¿Y qué persona dice: *Por su llaga hemos sanado nosotros?* Eso lo dicen, evidentemente, por boca del profeta, que lo vio de antemano y, por inspiración del Espíritu Santo, cometen esa prosopopeya, los que, enfermos antes por sus pecados, fueron sanados por la pasión del Salvador, ora procedieran de aquel mismo pueblo, ora de la gentilidad. Pero lo que, a mi parecer, los puso en mayor aprieto fue el texto que dice: *Por las iniquidades de mi pueblo fue conducido a la muerte.* Porque si, como ellos dicen, el pueblo es el objeto de la profecía, ¿cómo puede decirse haber sido conducido este hombre a la muerte por las iniquidades del pueblo de Dios, de no ser distinto del pueblo de Dios? ¿Y quién es este hombre sino Jesucristo, por cuyas llagas hemos sanado los que creemos en El? *El, que despojó a los principados y potestades que nos dominaban y las expuso a la ignominia sobre el madero* (Col 2,15).

Ahora, declarar punto por punto la profecía y no dejar nada sin averiguar, no es tema de este momento. Ya lo dicho se ha dilatado un tanto, forzosamente, a lo que creo, por razón del texto alegado del judío de Celso.

[54] Esta interpretación de los rabinos con quienes discutió Orígenes se ha mantenido hasta los tiempos modernos. Los argumentos con que se refuta no difieren mucho de los del maestro alejandrino (cf. *Diccionario de la Biblia* [Herder, Barcelona 1953], s. v. *siervo de Yahweh).*

56. El salmo 44

Mas a Celso y al judío que por él habla se le pasó por alto, como se les pasa a cuantos no creen en Jesús, que las profecías hablan de doble advenimiento de Cristo: el primero, sujeto a los padecimientos humanos y humilde; en éste, conviviendo Cristo con los hombres, tenía que enseñarles el camino que lleva a Dios y no dejar a nadie de este mundo posible excusa en el sentido de ignorar el venidero juicio de Dios. El segundo será glorioso y sólo divino, sin que a la divinidad afecte sufrimiento alguno humano. Ahora bien, citar todas las profecías sería cosa demasiado larga. Baste de momento alegar el salmo 44, que se titula ser, entre otras cosas: "Cántico sobre el amado", y en que claramente se lo proclama Dios con estas palabras:

Tus labios de la gracia están bañados,
así Dios te bendijo para siempre.
Pues ciñe ya tu espada, ¡oh Poderoso!,
tu prez y tu hermosura.
Con próspera ventura monta el carro,
por la fe y la justicia,
y tu diestra te enseñe claros hechos.
Tus flechas son agudas, ¡oh Potente!,
los pueblos se te rinden y, de miedo,
¡desfallecen del rey los enemigos! (v.3-6).

Atiende cuidadosamente a lo que sigue, en que se le llama Dios:

Y durará tu trono, ¡oh Dios!, por mil edades,
cetro justo es el cetro de tu reino.
Amas lo justo y bueno,
y aborreces lo inicuo.
Por eso te ungió Dios, el que es Dios tuyo,
con óleo de alegría, con ventaja
sobre tus pares (v.7-8).

Y considera que hablando el profeta con Dios, cuyo trono es por los siglos del siglo y tiene por cetro de su reino la vara o cetro de justicia, este Dios dice haber sido ungido por el Dios que era Dios suyo; y fue ungido porque, con ventaja sobre sus compañeros, amó la justicia y aborreció la iniquidad. Yo recuerdo haber puesto completamente en aprieto al judío reputado por sabio con este texto; no sabiendo cómo desentenderse de él, dijo por fin lo que se ajustaba a su

judaísmo, a saber, que las palabras: *Y durará tu trono, ¡oh Dios!, por mil edades, cetro justo es el cetro de su reino,* se dijeron por el Dios del universo; por Cristo, empero, estotras: *Amas lo justo y bueno y aborreces lo inicuo; por eso te ungió Dios, el que es Dios tuyo,* etc.

57. Filiación señera de Jesús

El judío por cuya boca habla Celso, le dice además al Salvador: "Si dices que todo hombre que nace por disposición de la providencia divina, es hijo de Dios, ¿en qué te diferencias tú de cualquier otro?" A esto le diremos que, ciertamente, todo el que, en expresión de Pablo, no se guía ya por el temor, sino que abraza el bien por el bien mismo, es un hijo de Dios; mas Jesús se diferencia mucho y muchísimo de quienquiera recibe, por razón de su virtud, nombre de hijo de Dios, pues El es como la fuente y principio (PLAT., *Phaidros* 245c; cf. IV 44,53; VIII 17) de los que son tales. He aquí el texto de Pablo: *Porque no habéis recibido otra vez espíritu de servidumbre para temer, sino espíritu de filiación, por el que gritamos: Abba!, Padre* (Rom 8,15). "Mas habrá miles", como dice el judío de Celso, "que argüirán a Jesús afirmando haberse dicho de ellos lo que de El fue profetizado". Realmente no sabemos si Celso conoció algunos que, mientras vivieron, quisieron hacer algo semejante a Jesús, proclamándose a sí mismos hijos de Dios o poder de Dios (Act 8,10). Mas, como quiera que estamos examinando por amor a la verdad cada punto, diremos que, antes del nacimiento de Jesús, apareció entre los judíos un tal Teudas que afirmaba de sí ser hombre grande (Act 5,36); pero, apenas murió, se dispersaron los que habían sido por él engañados. Después de éste, en los días del empadronamiento, cuando parece haber nacido Jesús, un tal Judas de Galilea arrastró tras sí a muchos del pueblo judío, dándoselas de hombre sabio y en parte revolucionario. Mas, cuando también éste sufrió el rigor de la justicia, se deshizo su enseñanza, que sólo se mantuvo en muy pocos y hasta poquísimos (Act 5,36-37). Después de los días de Jesús, el samaritano Dositeo quiso persuadir a sus paisanos ser él el Mesías profetizado por Moisés, y parece haber atraído a algunos a su predicación. Mas no será fuera de razón alegar aquí el dicho de aquel Gamaliel de quien se escribe en los Hechos de los Apóstoles, para mostrar que todos ésos fueron ajenos a la promesa y no son ni hijos de Dios ni poderes del mismo; Jesucristo, empero, fue verdaderamente Hijo de Dios. Dijo, pues,

allí Gamaliel: *Si este consejo o esta doctrina es de los hombres, él mismo se deshará, como se deshicieron los planes de todos aquéllos una vez que murieron; mas si es de Dios, no podréis acabar la doctrina de éste, y debéis temer no parezca hacéis la guerra a Dios* (Act 5,38-39).

También el samaritano Simón Mago quiso engatusar a algunos con su magia, y entonces, efectivamente, los engañó; pero ahora no creo se pueda hallar en todo el orbe una treintena de simonianos, y acaso me exceda en el número. En Palestina son escasísimos, y en el resto de la tierra, por donde Simón quiso esparcir su gloria, no se le conoce ni de nombre. Entre quienes aún lo pronuncian, lo toman de los Hechos de los Apóstoles, y son cristianos quienes hablan de él. En fin, la evidencia misma ha demostrado que nada divino había en Simón.

58. Magos y caldeos

Luego, el judío de Celso, en lugar de los magos de que habla el Evangelio (Mt 2,1ss), dice que unos caldeos, "según relato de Jesús mismo, se habrían puesto en movimiento, cuando él naciera, y vinieron a adorarlo, siendo aún infante, como a Dios, y se lo comunicaron al tetrarca Herodes [55]. Este habría mandado gentes que mataran a cuantos habían nacido por el mismo tiempo, pensando envolver a éste en la general matanza; no fuera que, a su debido tiempo, se alzara por rey".

Es de ver en todo esto el disparate de no distinguir entre magos y caldeos y no haber visto la diferencia de sus profesiones, falseando así la escritura evangélica. Tampoco se me alcanza la razón por que se calló Celso el hecho que movió a los magos a ponerse en movimiento, y no dijo haber sido la estrella que vieron en Oriente, según está escrito (Mt 2,2) [56]. Veamos, pues, qué haya de responderse a todo esto.

Yo creo que la estrella vista en Oriente fue nueva [57], y no se parecía a ninguna de las ordinarias, ni a las esferas fijas ni a las de las esferas inferiores. Por su especie, hubo de ser semejante a los cometas que aparecen de cuando en cuando, o a los meteoros, o a las estrellas con barba o en

[55] Celso confunde al tetrarca Herodes (Lc 3,1) con Herodes el Grande, padre suyo (Mt 2,1-3).

[56] Celso, sin embargo, conocía el texto evangélico sobre la aparición de la estrella, como lo afirma el mismo Orígenes (I 34).

[57] Sobre la novedad de la estrella discantaron el mismo Orígenes *Comm. in Ioann.* 1,26 (24); CLEM. ALEX., *Except. Theod.* LXXIV 2; IGNAT., *Ad Eph.* 19; JUAN CRISÓST., *Hom. in Matth.* 6,2 (ed. BAC [1955] p.106).

forma de tonel, o como gusten los griegos de llamar a sus diferentes especies. Y voy a demostrar mi opinión de la siguiente manera.

59. La superstición astral

Se ha observado que, en los grandes acontecimientos, en los trastornos mayores de la tierra, nacen estrellas semejantes que anuncian cambios de dinastías, guerras o cuanto puede acaecer entre los hombres, capaz de sacudir las cosas de la tierra. Sin embargo, en el libro del estoico Queremón *Sobre los cometas* hemos leído haberse dado, de algún modo, casos en que los cometas aparecieron también como buen augurio de lo futuro, y él cuenta algunos de esos casos [58]. Ahora bien, si al advenir nuevas dinastías o en otras grandes calamidades aparece un llamado cometa u otra estrella semejante, ¿qué tendrá de sorprendente que apareciera una estrella al nacer Aquel que tamaña novedad venía a traer al género humano e introducir su doctrina no sólo entre los judíos, sino también entre los griegos y muchos pueblos bárbaros? Yo diría que de ningún cometa existe profecía sobre que hubiera de aparecer al advenir este o el otro reino o por este o el otro tiempo; mas del que se levantó al nacer Jesús, profetizó antaño Balaán, según escribió Moisés: *De Jacob nacerá una estrella, y un hombre se levantará de Israel* (Num 24,17).

Mas si fuera menester examinar despacio lo que se escribe sobre los magos y la estrella que vieron al nacer Jesús, diríamos lo que sigue, parte a los griegos; parte, distinta, a los judíos.

60. Falló a los magos su magia

Digo, pues, a los griegos que los magos son gentes que tienen trato con los démones y los invocan para lo que ellos saben y quieren. Y logran sus efectos mientras no aparece o se pronuncia algo más divino y fuerte que los démones y el encanto que los evoca; pero, si se produce una aparición más divina, caen por tierra las energías demónicas, que no pueden resistir a la luz de la divinidad. Ahora bien, es verosímil que también al nacer Jesús, cuando la muchedumbre del

[58] Queremón fue tutor o preceptor de Nerón, y justamente el año 60 apareció un cometa que suscitó claras esperanzas sobre la muerte de Nerón. Séneca (*Quaest. nat.* VII 17,2) dice de él: "qui sub Nerone Caesare apparuit et cometis detrahit infamiam" (cf. ibid., VII 21,3: "quem [cometam] nos Neronis principatu laetissimo videmus"). Se ha notado que mientras Tácito y Suetonio miran a este cometa como mal signo, Séneca y Queremón halagan evidentemente a Nerón (Chadwick, a.l).

ejército celeste (según escribió Lucas y yo lo creo) alabó a Dios diciendo: *Gloria a Dios en lo más alto y en la tierra paz, complacencia entre los hombres* (Lc 2,13-14), los démones, descubierto su embuste y destruida su energía, perdieran por ello todo su vigor y quedaran debilitados. Y fueron derribados no sólo por los ángeles que acudieron a la región de la tierra por razón del nacimiento de Jesús, sino también por la fuerza [59] de Jesús mismo y la divinidad que moraba en El. Los magos, pues, al querer continuar sus prácticas habituales que antes ejecutaban por medio de encantamientos y hechizos, como no lo lograran, se dieron a inquirir la causa, que conjeturaban había de ser grande; y, como vieran un signo divino en el cielo, quisieron saber su sentido. Ahora bien, a mi parecer, los magos hubieron de poseer la profecía de Balaán, que consignara Moisés, maestro, al cabo, aquél en materia mágica, y en ellas encontraron lo de la estrella y lo otro: *Lo veré, pero no ahora; lo tengo por feliz, pero no se acercará* (Num 24,17) [60]. De ahí conjeturaron haber venido ya al mundo el hombre profetizado por la estrella, y, juzgando de antemano que era superior a todos los démones que a ellos se les solían aparecer y obrar entre ellos, se decidieron a irlo a adorar. Vinieron, pues, a Judea, persuadidos que estaban de que había nacido un rey y sabiendo [61] el lugar donde había nacido, pero ignorando el reino sobre que reinaría. Y trajeron sus dones, que convenían, si cabe decirlo así, a alguien compuesto, a par, de Dios y de hombre mortal, y, una vez conocido el lugar de su nacimiento, se los ofrecieron como símbolos: el oro como a rey, la mirra como a quien había de morir y el incienso como a Dios. Mas como el Salvador del género humano, que es superior a los ángeles, ayudadores de los hombres, era Dios verdadero, un ángel premió la piedad de los magos en [62] adorar a Jesús, avisándoles por un oráculo *que no volvieran a Herodes, sino que marcharan a su patria por otro camino* (Mt 2,12).

[59] ἰσχύος M: ψυχῆς Chadwick et "libri editi"; K. traduce por "Seelenkraft", que parece responder a ἰσχύος

[60] Cf. ORIGEN., *Hom. in Num.* XIII 7: "Haec scripta habebant magi apud semetipsos et ideo, quando natus est Iesus, agnoverunt stellam et intellexerunt adimpleri prophetiam".

[61] ἢ M: καὶ Wendland y Wifsfrand.

[62] ἐπὶ προσκυνῆσαι M: ἐπὶ τῷ προσ. K. tr.

61. La realeza de Jesús

Ahora bien, que Herodes atentara a la vida del recién nacido, aunque el judío de Celso no crea haber sucedido tal cosa, nada tiene de sorprendente. Porque la maldad es cosa ciega, e, imaginándose ser más fuerte que el destino, trata de vencerlo. Que es puntualmente lo que le pasó a Herodes: creyó que había nacido un rey de los judíos y tomó una resolución en desarmonía con esa creencia. Y es que no vio este dilema: o el recién nacido era un rey en absoluto y, por tanto, reinaría, o no había de reinar, y entonces era vano matarlo (cf. II 11). Determinó, pues, quitarle la vida, llevado de ideas en pugna que le inspiraba su maldad y movido por el diablo, ciego y maligno, que, desde el principio, acechaba al Salvador por imaginar que era y sería hombre grande. Ahora bien, aunque Celso niegue fe al hecho, el hecho fue que un ángel, que observaba el curso de los acontecimientos, avisó a José que huyera con el niño y su madre a Egipto, y Herodes mandó luego matar a todos los niños pequeños de Belén y sus contornos, con la idea de envolver en la matanza al recién nacido rey de los judíos. Es que no veía aquella fuerza, siempre vigilante, que custodia a los que merecen ser custodiados y guardados para la salud de los hombres (cf. VIII 27-34). Y el primero de todos, superior en todo honor y excelencia, era Jesús, futuro rey ciertamente, aunque no a la manera que se imaginaba Herodes, sino como convenía diera Dios un reino, para bien de sus vasallos, a un rey que no les haría, como si dijéramos, beneficios corrientes e indiferentes, sino que los educaría y conduciría con leyes verdaderamente de Dios. Eso lo sabía Jesús puntualmente, y, así, negando ser rey a la manera que la gente se imagina, mas enseñando, a par, la excelencia de su propio reino, dice: *Si mi reino fuera de este mundo, mis servidores hubieran luchado para que no fuera entregado a los judíos; pero la verdad es que mi reino no es de este mundo* (Io 18,36).

Si algo de esto hubiera comprendido Celso, no hubiera dicho: "Si esto hizo Herodes por miedo a que, crecido, reinaras en su lugar, ¿por qué, una vez que creciste, no fuiste rey, sino que, todo un hijo de Dios, anduviste mendigando ignominiosamente, escondiéndote de miedo y consumiéndote de acá para allá?" Pero no es ignominioso sortear prudentemente los peligros y no arrojarse ciegamente a ellos (cf. VII 44); no por miedo de la muerte, sino para ser útiles a los demás

el que, para bien de todos, había venido al mundo. Ya llegaría el momento oportuno en que quien asumiera la naturaleza de hombre sufriera muerte de hombre para bien de los hombres. Cosa de todo punto patente para quien considere que Jesús murió por los hombres. Sobre ello, según nuestras fuerzas, hemos hablado anteriormente (cf. I 54.55).

62. Sobre los apóstoles de Jesús

Después de esto, ignorando hasta el número de los apóstoles, dice que, "juntando Jesús en torno suyo a diez u once hombres de mala fama, alcabaleros y marinos (cf. II 46) de vida rotísima, anduvo con ellos errante de acá para allá, mendigando mísera e importunamente para comer". Vamos a discutir, en lo posible, también estos puntos. Es notorio para quienquiera lea los evangelios—que Celso no parece haber siquiera abierto—que Jesús se escogió doce apóstoles, de entre los cuales Mateo fue alcabalero. Los que él, confusamente, llama marinos, acaso sean Santiago y Juan, que, dejando la barca y a su padre Zebedeo, siguieron a Jesús (Mt 4,22); pues a Pedro y a su hermano Andrés, que se ganaban con la red el necesario sustento, hay que contarlos, conforme al texto mismo de la Escritura (Mt 4,18), no entre los marinos, sino entre los pescadores. Demos que también Leví, alcabalero, siguiera a Jesús; pero no era del número de sus apóstoles si no es según una copia del evangelio de Marcos. De los demás, no sabemos con qué trabajo o profesión se ganaban la vida antes de entrar en la escuela de Jesús.

Respondo, pues, a todo que a quienquiera examine discreta e inteligentemente la historia de los apóstoles de Jesús, ha de resultarle patente que predicaron el cristianismo con virtud divina y por ella lograron atraer a los hombres a la palabra de Dios. Y es así que lo que en ellos subyugaba a los oyentes no era la elocuencia del decir ni el orden de la composición, de acuerdo con las artes de la dialéctica y retórica de los griegos. Y, a mi parecer, si Jesús se hubiera escogido a hombres sabios, según los supone el vulgo, diestros en pensar y hablar al sabor de las muchedumbres, y de ellos se hubiera valido como ministros de su predicación, se hubiera con toda razón sospechado de El que empleaba el mismo método que los filósofos, cabezas de cualquier secta o escuela (cf. III 39). En tal caso, ya no aparecería patente la afirmación de que su palabra es divina, pues palabra y predicación consistirían en la persuasión que pueda producir la sabiduría en el hablar y elegancia de estilo. La fe en El, a la manera

de la fe de los filósofos de este mundo en sus dogmas, se hubiera apoyado en sabiduría de hombres, y no en poder de Dios (1 Cor 2,5). Ahora, empero, quien contemple a unos pescadores y alcabaleros, que no habían aprendido ni las primeras letras, tal como nos los describe el Evangelio—y Celso cree de buena gana que dicen la verdad al presentárnoslos como gentes ignorantes—, no sólo hablando animosamente con los judíos sobre la fe en Jesús, sino predicándolo también—y con éxito—entre los otros pueblos, ¿cómo no inquirir de dónde les viniera la fuerza persuasiva? Porque no era ciertamente la que cree el vulgo. ¿Cómo no decir que, por cierta virtud divina, hizo Jesús realidad en sus apóstoles lo que un día les dijera: *Venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres?* (Mt 4,19). Esta virtud encarece Pablo (como arriba dijimos) diciendo: *Y mi palabra y mi predicación no consiste en discursos elocuentes de sabiduría humana, sino en demostración de espíritu y fuerza, a fin de que vuestra fe no estribe en sabiduría de hombres, sino en poder de Dios* (1 Cor 2,4). Y es así que, según lo dicho en los profetas que de antemano anunciaron la predicación del Evangelio, *el Señor dio palabra a los que dan la buena nueva con gran fuerza, el rey de las potencias del amado* (Ps 67,12), para que se cumpliera la otra profecía que dice: *Con celeridad correrá su palabra* (Ps 147,15). Y vemos, de hecho, cómo el sonido de los apóstoles de Jesús *ha llegado a toda la tierra y hasta el cabo del orbe sus palabras* (Ps 18,5; Rom 10,18). De ahí es que quienes oyen una doctrina predicada con fuerza, llénanse a su vez de fuerza, que ellos demuestran luego con su espíritu y su vida, y por su ánimo para luchar por la verdad hasta la muerte; si bien hay algunos que, por más que profesen creer en Dios por medio de Jesús, están de todo en todo vacíos. Son los que no poseen la virtud divina, pues sólo aparentemente han abrazado la palabra de Dios.

Arriba (I 43) he recordado un dicho que consta en el Evangelio, de nuestro Salvador; mas no por eso dejaré de alegarlo también aquí oportunamente para demostrar no sólo la presciencia, puesta de manifiesto de la manera más divina, de nuestro Salvador respecto de la predicación del Evangelio, sino también la fuerza de su palabra, que, sin maestros, por una persuasión de poder divino, se apodera de los creyentes. Dice, pues, Jesús: *La mies es mucha, pero los obreros pocos; pedid, pues, al amo de la mies que mande obreros a su mies* (Mt 9,37).

63. Los apóstoles, ¿hombres pecadores?

Dijo Celso haber sido los apóstoles de Jesús "hombres infames", a los que llama "alcabaleros y marinos, padrones de ignominia". Digamos a esto primeramente que, a lo que parece, para acusar nuestra doctrina, Celso cree lo que bien le viene de lo que está escrito; pero niega crédito a los evangelios para no tener que aceptar la divinidad que tan claramente afirmada aparece en los mismos libros. Lo natural fuera reconocer el amor a la verdad de los escritores por el hecho mismo de consignar lo desfavorable, y creerlos cuando hablan de cosas más divinas.

Es cierto, pues, que, en la carta general de Bernabé (5,9) [63], de donde acaso tomó Celso la noticia de que los apóstoles fueron unos infames y padrones de maldad, se dice que Jesús se escogió a sus apóstoles, que eran inicuos sobre toda iniquidad. Y en el evangelio de Lucas (5,8) le dice Pedro a Jesús: *Apártate de mí, porque soy un pecador, Señor.* Y el mismo Pablo, que posteriormente vino a ser apóstol de Jesús, dice en la carta a Timoteo (1,5): *Palabra digna de crédito, que Jesucristo vino al mundo a salvar a los pecadores, de los que yo soy el primero.*

Yo no sé por qué se olvidó Celso de decir algo de Pablo que, después de Jesús, fundó las iglesias cristianas. Acaso no le pasó por las mientes. Lo probable es viera que, de mentar a Pablo, tendría que explicar cómo, después de perseguir a la Iglesia de Dios y combatir acerbamente a los creyentes hasta el punto de querer entregar a la muerte a los discípulos de Jesús, sufrió cambio tan radical que, de Jerusalén al Ilírico, lo llenó todo del Evangelio de Jesús, teniendo a punto de honor no llevar la buena nueva donde se hubiera puesto ajeno fundamento, sino donde no se hubiera en absoluto predicado el Evangelio de Dios en Cristo (Rom 15, 19-20).

En conclusión, ¿qué tiene de extraño que quisiera mostrar Jesús al género humano cuán grande sea su virtud para curar las almas y se escogiera a "esos infames y padrones de maldad", levantándolos luego a tal virtud que fueran modelo de la conducta más pura para quienes abrazaban, por su predicación, el Evangelio de Cristo?

[63] Se trata de la llamada *Epistola Barnabae* (cf. mis *Padres Apostólicos* [BAC, 1950, reimpr. 1962] p.771ss). La suposición de Orígenes de que la conociera Celso es difícil de aceptar. Como quiera, he aquí el extraño pasaje: "Y cuando se escogió a sus propios apóstoles, los que habían de predicar su Evangelio, hombres ellos injustos respecto a la ley sobre todo pecado—a fin de mostrar que no vino a llamar a los justos, sino a los pecadores—, entonces fue cuando puso de manifiesto que era Hijo de Dios".

64. Jesús no santificó sólo a los apóstoles

Mas si hemos de vituperar por su vida pasada a los que se han convertido a vida mejor, hora será de que acusemos a Fedón aun después de consagrarse a la filosofía, pues, según cuenta la historia (DIOG. LAERT., II 105), Sócrates lo sacó de una casa de mala fama a la profesión filosófica. Y achacaremos también a la filosofía la disolución de Polemón (DIOG. LAERT., IV 16), que fue sucesor de Jenócrates. Lo natural fuera alabar también aquí la fuerza de ella, pues pudo su doctrina arrancar a los que la creyeron de tamaños males como antes los dominaran. Ahora bien, entre los griegos, sólo hubo un Fedón (por lo menos yo no sé si se dio otro) y sólo un Polemón que, abandonando una vida de disolución y maldad extrema, se consagraron a la filosofía; pero, respecto de Jesús, no fueron sólo aquellos doce, sino muchos más—y siempre más—los que, formando un coro de hombres moderados, dicen acerca de su vida pasada: *Porque también nosotros fuimos un día insensatos, desobedientes, extraviados, esclavos de concupiscencias y placeres varios, que pasábamos la vida en envidia y maldad, hombres aborrecibles, que nos odiábamos unos a otros. Mas cuando apareció la bondad y humanidad de Dios, salvador nuestro, por el lavatorio de la regeneración y de la renovación, obra del Espíritu que derramó copiosamente sobre nosotros* (Tit 3,3-6), vinimos a ser lo que somos. *Porque envió Dios su Verbo y los sanó y los libró de todas sus corrupciones* (Ps 107,20), como enseñó el profeta de los salmos.

Y aún pudiera añadir a lo dicho que Crisipo, en su libro *Sobre la cura de las pasiones,* en punto a reprimir las pasiones que aquejan a las almas de los hombres, sin tener en cuenta cuál sea la doctrina de la verdad, trata de curar a los que están dominados por ellas de acuerdo con las diferentes escuelas: "Si el placer es el bien sumo, así han de curarse las pasiones. Mas si hay tres géneros de bienes, no menos han de librarse de sus pasiones, de acuerdo con esta doctrina, los que están dominados por ellas" (cf. VIII 51). Mas los acusadores del cristianismo no paran mientes en la muchedumbre de pasiones, en el torrente de maldad de que libra y en cuántos suaviza, por su doctrina, las costumbres salvajes. Los que tanto alardean de su sentido social debieran darle gracias de que, por un método nuevo, saca a los hombres de muchos males, y atestiguar que, caso que no traiga la verdad al género humano, le trae ciertamente utilidad.

65. Un recuerdo aristotélico

Enseñó Jesús a sus discípulos que no fueran temerarios, diciéndoles: *Si os persiguen en una ciudad, huid a otra; y si también en ésta os persiguen, a otra* (Mt 10,23). Y, a par que lo enseñaba, El mismo se les ofreció como ejemplo de vida serena, no abalanzándose a los peligros a ciegas, intempestiva e irrazonablemente. Pero Celso, malignamente, le echa también esto en cara, y por boca de su judío le dice a Jesús: "Ibas escapándote de acá para allá con tus discípulos". Sin embargo, algo semejante a lo que aquí se reprocha a Jesús y a sus discípulos es lo que se cuenta de Aristóteles. Y fue así que éste, viendo que iba a juntarse un tribunal para condenarlo por impío a causa de ciertos puntos de su filosofía que los atenienses tenían por impíos, se retiró de Atenas y abrió escuela en Calcis, dando esta razón a sus discípulos: "Marchémonos de Atenas, para no dar a los atenienses ocasión de cometer un segundo crimen como el que cometieron con Sócrates, y pequen segunda vez contra la filosofía" (AELIAN., *Var. hist.* 3,36; DIOG. LAERT., 5,5-6 *alii).*

Dice además que "Jesús anduvo errante con sus discípulos, mendigando vergonzosamente e importunamente su comida". Díganos de dónde toma esa noticia de pareja mendiguez vergonzosa e importuna; pues, según los evangelios, eran mujeres curadas por El de sus enfermedades, entre las que estaba Susana (Lc 8,3), las que proveían de sus bienes a los apóstoles. Pero, hablando en general, ¿qué filósofo, consagrado al provecho de sus discípulos, no recibió de ellos lo necesario para la vida? A no ser que digamos que los filósofos hicieron eso decente y hermosamente; mas, cuando lo hacen los discípulos de Jesús, ahí está Celso para acusarlos de que mendigan vergonzosa e importunamente la comida.

66. Jesús, ser compuesto

Seguidamente le dice el judío de Celso a Jesús: "¿Qué necesidad había de que, infante aún, te llevaran a Egipto para que no fueras degollado? ¡Un dios no era razón temiera a la muerte! Y hubo de venir un ángel del cielo para mandarte a ti y a los tuyos huir, no fuera que, prendidos, perecierais. ¿Es que no podía guardarte allí mismo aquel gran Dios que por causa tuya había enviado ya dos ángeles a ti, digo, su propio hijo?"

En todo esto da a entender Celso que nada divino había en el cuerpo humano ni en el alma de Jesús, sino que también su cuerpo habría sido algo así como lo que inventan los mitos de Homero. Por lo menos, burlándose de la sangre de Jesús derramada en la cruz, dice que no fue el *icor*, "sola sangre que a los dioses felices correr suele" *(Iliada* 5,340; cf. *infra* II 36). Mas nosotros creemos a Jesús cuando, hablando de su divinidad, dice: *Yo soy el camino, la verdad y la vida* (Io 14,6), y afirmaciones suyas semejantes. Y también cuando dice que tenía cuerpo humano: *Mas ahora buscáis cómo matarme, cuando yo os he dicho la verdad* (Io 8,40). De donde concluimos que fue una cosa compuesta. Y era menester que quien quería vivir como hombre entre los hombres no se precipitara intempestivamente al peligro de muerte. Y así convenía que fuera llevado por los que lo criaban, dirigidos a su vez por un ángel de Dios, que dio primeramente este oráculo: *José, hijo de David, no temas tomar contigo a María, tu mujer, pues lo que ha nacido en ella procede del Espíritu Santo* (Mt 1,20); y luego este otro: *Levántate, toma al niño y a su madre y huye a Egipto, y permanece allí hasta que yo te diga, pues Herodes va a buscar al niño para acabar con él* (Mt 2,13).

Pero en todo esto no me parece a mí se escriba nada particularmente extraño. Efectivamente, en uno y otro pasaje de la Escritura se dice haber dicho eso el ángel a José en sueños; y que a alguien se le manifieste en sueños que haga esto o lo otro, cosa es que acontece a muchos, ora sea un ángel, ora otro ser cualquiera el que se aparece al alma. ¿Qué tiene, pues, de absurdo que, una vez que se encarnara, se portara a lo humano en orden a evitar los peligros? No porque no fuera posible hacerse de otro modo, sino porque era menester que, para salvar a Jesús, se ensayara toda vía y orden que cupiera. Y, a la verdad, mejor fue que Jesús niño eludiera la conjura de Herodes y huyera a Egipto con quienes lo criaban, hasta la muerte de su perseguidor, que no que la Providencia, que velaba por El, le quitara a Herodes la libertad y deseo de matar al niño, o ponerle a Jesús el que los poetas llaman "yelmo de Hades" *(Iliada* 5,845) o cosa por el estilo, o herir de ceguera, al modo de los habitantes de Sodoma (Gen 19,11), a los que vinieran a quitarle la vida. Una protección de todo punto milagrosa y demasiado ostentosa no convenía a quien quería enseñar como hombre abonado por Dios que había en El algo más divino que lo que aparecía en su cuerpo humano. Es decir, ser propiamente

hijo de Dios, Logos Dios, fuerza de Dios y sabiduría de Dios, *el llamado Cristo o Mesías.*

Por lo demás, no es éste el momento de explicar lo que atañe al compuesto, ni de qué elementos se compusiera Jesús hecho hombre, pues éste es tema familiar, como si dijéramos, de los que creen en El.

67. Inanidad de las figuras mitológicas

Luego, el judío de Celso, como si fuera un griego erudito, muy al cabo de la mitología, dice así: "Los antiguos mitos atribuyeron origen divino a Perseo y Afión, a Eaco y a Minos, y no los creemos; sin embargo, mostraron obras grandes y maravillosas y, a la verdad, más que de hombres, para que no parecieran indignos de fe. Mas tú, ¿qué has hecho de bello y admirable por obra o por palabra? Nada nos mostraste a nosotros, a pesar de que en el templo te provocamos a que nos presentaras una prueba patente de que eras el hijo de Dios" (cf. Io 10,24).

A esto hay que decir lo que sigue: Muéstrennos los griegos algo provechoso para la vida que llevara a cabo alguno de la lista de Celso; alguna obra, digo, brillante y que pasara a las generaciones posteriores, con que pudieran abonar el mito que les atribuye alcurnia divina. Pero no nos ofrecerán nada de esos hombres enumerados por Celso que pueda, remotamente, parangonarse con lo que hizo Jesús; a no ser que, por lo visto, nos remitan los griegos a los mitos y cuentos que corren entre ellos y quieran que los creamos sin razón alguna, y a las obras de Jesús, después de tanta evidencia, les neguemos toda fe. Ahora bien, nosotros afirmamos que toda la tierra habitada de hombres conoce la obra de Jesús, dondequiera viven como forasteras las iglesias de Dios, obra de Jesús, compuestas de hombres que, saliendo de males sin cuento, se pasaron a ellas. Y aun ahora, el nombre de Jesús libra a los hombres de las perturbaciones del espíritu, expulsa a los démones y cura las enfermedades; y en quienes han aceptado sinceramente la doctrina acerca de Dios y de Cristo y del juicio venidero, no ficticiamente movidos por necesidades de la vida u otras miras humanas[64], infunde una maravillosa mansedumbre y equilibrio de carácter, humanidad, bondad y dulzura.

[64] Cf. LUCIAN., *De morte Peregrini* 12s. En mis *Apologistas griegos del siglo II* (p.44s) resumo esa obra de Luciano y alego los textos esenciales sobre los cristianos. Peregrino es el mejor ejemplo de aquellos que, con palabra inolvidable, llamó la vieja *Didaché* χριστέμποροι "negociantes" o "traficantes de Cristo" (*Did.* 12,5). El didaquista añade: "Estad alerta contra los tales". El aviso no huelga en nuestros tiempos.

68. Otra vez el tema de la magia

Seguidamente, barruntando Celso que se le alegarían las grandes cosas hechas por Jesús, de las que, siendo muchas, sólo de unas pocas hemos hablado, aparenta conceder sea verdad lo que se cuenta, "de curaciones, de alguna resurrección, o de unos pocos panes con que se alimentó toda una muchedumbre y aún sobró mucho, o cuanto, según él piensa, escriben de prodigios fantásticos sus discípulos"; pero añade a todo esto: "demos de barato que tú hicieras todo eso". E inmediatamente identifica las obras de Jesús con las de los hechiceros que, según él, "prometen cosas aún más maravillosas, y con las que realizan lo que han aprendido en Egipto; gentes que, en las públicas plazas, venden [65] por unos óbolos tan venerables enseñanzas, arrojan de los hombres a los démones, exuflan enfermedades y evocan las almas de los héroes, ponen ante los ojos banquetes espléndidos, mesas, pasteles y platos que no existen, mueven como si fueran animales cosas que no lo son, sino que aparecen tales en la fantasía". Y concluye: "¿Acaso porque esas gentes hacen todo eso habremos de pensar nosotros que son hijos de Dios? ¿O habrá que decir más bien ser todo eso ocupaciones de hombres malvados y miserables?"

Por estas palabras se ve que Celso admite la posibilidad de la magia, y no sé si es él mismo el que escribió muchos libros contra ella [66]. Sin embargo, como vio que era útil para su propósito, compara lo que se cuenta de Jesús con lo que procede de la magia. Y fueran cosas comparables si se demostrara que Jesús llegó a cosas semejantes a las de quienes practican la magia; pero la verdad es que ningún hechicero invita, por lo que hace, a sus espectadores a que mejoren su vida, ni educa en el temor de Dios a los que contemplan embaucados sus trampantojos, ni trata de persuadirlos que vivan con la idea de que han de ser juzgados por Dios. Y nada de esto hacen los encantadores, puesto que ni pueden ni quieren, pues no van a tener ganas de romperse la cabeza porque los hombres se mejoren, cuando ellos mismos están llenos

[65] ἀποδομένων M: ἀποδιδομένων Wendland. Un cuadro animado de prácticas de magia lo ofrece Luciano en su *Philopseudés*. Huelga decir que el somosatense la pone en la picota de su implacable sátira. Cf. también APUL., *Metam.* 1,4; Máximo de Tiro, XIII 3c (Hobein 160,19), habla de algunos que, en su concepción de los oráculos, se asemejan a gentes que "por dos óbolos los emiten al primero que viene" (citado por Chadwick). Sobre Orígenes y la magia, cf. BARDY, *Rev. prat. d'Apol.* 19 (1928) 127-142; HIER., *Epist.* 9 1,2; FOCIO, *Bibl.* cód.117.

[66] Nueva prueba de que Orígenes sabía de Celso tan poco como nosotros. Cf. Chadwick, *Introd.* p.XXIV.

de los pecados más vergonzosos e infames. Mas Jesús llevaba, por los milagros que hacía, a los que contemplaban aquel hermoso espectáculo a que mejorasen sus costumbres. ¿Cómo no pensar entonces que se ofrecía a sí mismo como ejemplo de la vida más santa, no sólo ante sus auténticos discípulos, sino también ante todos los otros? Ante sus discípulos para moverlos a enseñar a los hombres conforme a la voluntad de Dios; ante los otros, para que, enseñados, a par [67], por la doctrina, vida y milagros cómo habían de vivir, todo lo hicieran con intención de agradar al Dios sumo. Ahora bien, si tal fue la vida de Jesús, ¿con qué razón puede compararlo nadie con la profesión de un hechicero? ¿No es más razonable tenerlo por Dios [68] que, según la promesa de Dios, apareció en cuerpo humano para beneficio de nuestro linaje?

69. Jesús tuvo cuerpo humano, sin pecado

Luego, revolviéndolo todo y achacando como culpa común a todos los que profesan la palabra divina lo que dice alguna secta particular, dice Celso: "Un cuerpo de Dios no hubiera sido como el tuyo". Contra esto decimos nosotros que Jesús asumió, al venir al mundo, un cuerpo humano y sujeto a la muerte humana, como era natural lo recibiera de una mujer. Por eso, entre otras cosas, afirmamos haber sido un gran atleta, por razón de su cuerpo humano, *probado que fue en todo* a semejanza de los otros hombres; pero no, a la manera de los otros cuerpos, con pecado, sino *de todo en todo sin pecado* (Hebr 4,15). Y es así que para nosotros es evidente que Jesús *no cometió pecado, ni se halló dolo en su boca* (1 Petr 2,22; Is 53,9); *mas al que no conoció pecado* (2 Cor 5,21), Dios lo entregó como víctima pura por todos los que habían pecado.

Luego dice Celso: "Un cuerpo de Dios no hubiera sido engendrado, como tú, Jesús, fuiste engendrado". Con lo que daba a entender que, de haber sido concebido como cuenta la Escritura, pudiera en cierto modo su cuerpo ser más divino que el de los demás [69] y, en cierto sentido, cuerpo de Dios. Pero Celso niega crédito a lo que está escrito acerca de la

[67] πλέον M: οὐ πλέον A³ K. tr. Yo he traducido la frase *ad sensum*. Literalmente sería: "no enseñados más por la doctrina y la vida que por los milagros..."

[68] τοῦ θεὸν εἶναι M: τοῦ θεοῦ, θεόν εἶναι Guiet.

[69] παρά τοῖς πολλοῖς M: παρά τοὺς πολλοὺς Guiet.

concepción de Jesús por obra del Espíritu Santo, y cree haber sido engendrado por un tal Pantira que corrompió a la Virgen. De ahí su dicho: "El cuerpo de Dios no podía ser engendrado como lo fue el tuyo". Mas sobre este punto hemos dicho bastante anteriormente (I 32).

70. Jesús comió y bebió

Prosigue diciendo Celso: "Tampoco come cosas semejantes un cuerpo de Dios" (cf. VII 13). ¡Como si pudiera demostrar por los escritos evangélicos que comió y qué cosas comió! Pero, en fin, sea así. Diga que comió la pascua con sus discípulos y que no sólo dijo: *Con deseo he deseado comer esta pascua con vosotros* (Lc 22,15), sino que, efectivamente, la comió. Diga también que, sediento, bebió junto al pozo de Jacob (Io 4,6). ¿Qué tendrá que ver todo esto con lo que nosotros decimos sobre el cuerpo de Jesús? Claro aparece también haber comido de un pez después de la resurrección (Io 21,13). Y es así que, según nosotros, asumió un cuerpo, como nacido que fue de mujer (Gal 4,4).

"Mas tampoco, dice, emplea un cuerpo de Dios voz como la tuya, ni parejo modo de persuadir". Pero también esto es objeción vil y de todo punto despreciable, pues se le dirá que también Apolo Pitio, que es creído Dios entre los griegos, emplea voz semejante cuando da sus oráculos por boca de la Pitia, o el Didimeo, por la profetisa de Mileto; y no por eso acusan los griegos a Apolo Pitio o al Didimeo de no ser dios, como no acusan a ningún otro dios griego por el estilo asentado en un lugar fijo. Y mucho mejor fue que Dios se valiera de una voz que, por pronunciarse con poder, producía en los oyentes una persuasión inefable.

71. Dios no aborrece a nadie

Luego, este hombre, que, por su impiedad y perversas doctrinas, es, como si dijéramos, aborrecido de Dios, insulta a Jesús diciendo que "todo es cosa de algún hechicero aborrecido de Dios y malvado". A la verdad, si se examinan con rigor las palabras y las cosas, se verá ser imposible darse un hombre aborrecido de Dios, pues *Dios ama todo lo que es y no abomina de nada de cuanto hizo, pues nada creó por odio* (Sap 11,24). Y si hay expresiones proféticas que dicen algo parecido, han de interpretarse por el principio general de que la Escritura habla de Dios como si estuviera sujeto a pasiones humanas. Mas ¿a qué andar defendiéndonos de

quien piensa deber echar mano, en discursos que pretende sean convincentes, de blasfemias e insultos, hablando de Jesús como si fuera un hechicero malvado? No es este proceder de quien quiere demostrar, sino de quien se deja llevar de una pasión vulgar e indigna de un filósofo. Su deber fuera más bien proponer su tema, examinarlo inteligentemente y, según sus fuerzas, decír lo que se le ocurriera sobre el mismo.

Mas, como quiera que el judío de Celso termina aquí su arenga a Jesús, también nosotros pondremos aquí punto final al primer libro que contra él escribimos. Y si Dios nos hiciere merced de aquella verdad que destruye los discursos embusteros, según la oración que dice: *Por tu verdad destrúyelos* (Ps 53,7), atacaremos seguidamente la segunda prosopeya, en que introduce al judío hablando contra los que han creído en Jesús. Es como sigue.

LIBRO SEGUNDO

1. El judío habla a los judíos

Habiendo puesto fin al libro primero, en que respondemos al que Celso tituló *Doctrina verdadera,* allí donde el fingido judío cesa de hablar con Jesús, pues había adquirido ya volumen suficiente, determinamos componer estotro, en que respondemos a las acusaciones que dirige contra los que, del pueblo judío, han creído en Jesús. Y lo primero que le oponemos es por qué, dado caso que juzgara oportuno introducir un personaje ficticio, no hizo hablar Celso al judío contra los creyentes de la gentilidad, sino contra los venidos del judaísmo. Dirigido su razonamiento contra nosotros, hubiera parecido tener visos máximos de probabilidad. Mas de temer es que ese hombre que blasona saberlo todo, no supiera lo que conviene atribuir a una persona ficticia. Como quiera que sea, consideremos qué es lo que dice contra los que creen de entre los judíos. Afirma, pues, que, "habiendo abandonado su ley patria, por haberse dejado seducir por Jesús, fueron ridículamente engañados y se pasaron, como tránsfugas, a otro nombre y a otra manera de vida". Pero Celso no advirtió que los judíos que creen en Jesús no han abandonado la ley de sus padres (cf. V 61), pues viven conforme a ella, y llevan el nombre derivado de su pobreza en la interpretación de la ley. Y es así que "pobre" se dice entre los judíos "ebión", y ebiones (o ebionitas) se llaman aquellos judíos que han recibido a Jesús como Mesías [1] . El mismo Pedro se ve que, por mucho tiempo, guardó las costumbres de la ley de Moisés, como quien no había aún aprendido de Jesús a levantarse de la ley según la letra a ley según el espíritu. Así lo sabemos por el libro de los He-

[1] A los ebionitas dedica Eusebio esta noticia (*HE* III,XXVII 1-6): "A otros, empero, a los que el demonio maligno no podía apartar de su amor al Cristo de Dios, los apartó, por fin, hallándolos atacables por otro lado. Llamóselos ya desde el principio ebioneos (o ebionitas), porque sentían pobre y bajamente acerca de Cristo. Y es así que lo tenían por hombre simple y común, como hombre puro justificado por su adelantamiento en la virtud, nacido del comercio carnal de un varón y María; e imaginaban serles de todo punto necesario el culto de la ley, por no creer pudieran salvarse por la sola fe en Cristo y por la vida conforme a la misma fe. Mas, aparte de éstos, había otros, que, aun llevando su mismo nombre, habían escapado a la extraña extravagancia de los susodichos, pues no negaban que el Señor hubiera nacido de la virgen y el Espíritu Santo. Sin embargo, como tampoco éstos confesaban que preexistiera como Dios Verbo y sabiduría, venían a parar a la misma impiedad que los primeros, más que más que, al igual de aquéllos, ponían todo empeño en la observancia del culto corporal según la ley. Estos opinaban deberse rechazar de todo punto las cartas del Apóstol, al que llamaban após-

chos de los Apóstoles. Efectivamente, al día siguiente de aparecérsele un ángel a Cornelio, mandándole que enviara sus criados a Jope en busca de Simón, por sobrenombre Pedro:

Subió Pedro al piso superior para hacer oración hacia la hora sexta. Y como tuviera hambre, quería comer.

Mientras le preparaban la comida, sobrevínole un arrobamiento, y vio el cielo abierto y cierto instrumento, como un gran mantel, que iba bajando, y, por sus cuatro puntas, se depositaba sobre tierra. En él había toda especie de cuadrúpedos y reptiles de la tierra y volátiles del cielo. Y se dirigió a él una voz: "Levántate, Pedro, mata y come". A lo que Pedro respondió: "En manera alguna, Señor, pues en mi vida he comido nada profano e impuro". Y, por segunda vez, se le dirigió la voz: "Lo que Dios ha purificado, no lo tengas tú por profano" (Act 10,9-15).

Por ahí se ve cómo Pedro observa aún las costumbres judaicas sobre las cosas puras e impuras. Y por lo que sigue se pone bien en claro haber necesitado de una visión para admitir en la doctrina de la fe a Cornelio, que no era israelita según la carne, y a los suyos, como judío que era aún Pedro, viviendo conforme a las tradiciones judaicas y despreciando todo lo ajeno al judaísmo. Además, en su carta a los Gálatas nos informa Pablo cómo Pedro, que temía aún a los judíos, al venir a él Santiago dejó de comer con los gentiles: *Se separó*—dice—*de los gentiles por miedo a los de la circuncisión* (Gal 2,12). Y lo mismo hicieron los otros judíos y hasta Bernabé.

Y era natural no se apartaran de las costumbres judías los que eran enviados a la circuncisión en ocasión que *los que parecían ser las columnas dieron a Pablo y Bernabé las manos en signo de comunión, para ir aquéllos a la circuncisión* (Gal 2,9) y poder éstos predicar a los gentiles. Mas ¿qué digo que los que predicaban a los de la circuncisión se retrajeran y apartaran de los gentiles, cuando el mismo Pablo se hizo judío con los judíos para ganar a los judíos? (1 Cor 9,20). Por eso, como se escribe también en los Hechos de los Apóstoles (21,26), ofreció su ofrenda en el altar a fin de persuadir a los

tata de la ley, y usaban como único Evangelio el que se llama *según los hebreos*, y hacían poco caudal de los restantes. Observaban el sábado y seguían el resto de la conducta judaica, al igual de aquéllos, pero guardaban los domingos, poco más o menos como nosotros, en memoria de la resurrección del Señor. Por razón de pareja actitud recibieron el nombre que llevan, pues la palabra *ebionitas* es alusión a la pobreza de su inteligencia, pues tal es el nombre con que se designa al pobre entre los hebreos" (ed. *Sources chrétiennes* con las notas de Bardy al c.27 del 1.3). Cf. también la nota *ad locum* de Chadwick; ni Bardy ni Chadwick pueden citar a J. Daniélou, *Théologie du Judéo-christianisme* (París 1958); sobre los ebionitas, c.2 p.68.

judíos que no había apostatado de la ley. De haber sabido todo esto Celso, no hubiera fingido al judío, que dice a los creyentes venidos del judaísmo: "¿Qué os ha pasado, ¡oh ciudadanos!, para que abandonarais la ley paterna y, seducidos por ese con quien acabo yo de hablar, redículamente engañados, os hayáis pasado, como tránsfugas, a otro nombre y a otra manera de vida?"

2. Un texto joánico comentado

Mas ya que hemos venido a hablar de Pedro y de los que enseñaron el cristianismo a los de la circuncisión, no tengo por inoportuno alegar unas palabras de Jesús, del evangelio de Juan, y dar su explicación. Se escribe, en efecto, haber dicho: *Todavía tengo muchas cosas que deciros, pero no podéis comprenderlas ahora; mas, cuando viniere el Espíritu de la verdad, él os guiará a la verdad entera, pues no hablará de suyo, sino que dirá lo que oiga* (Io 16,12-13). El problema es aquí qué cosas fueron las que Jesús tenía que decir a sus discípulos y que éstos no podían comprender entonces. He aquí mi sentir: Los apóstoles eran judíos que se habían criado según la letra de la ley de Moisés; Jesús tenía que decirles cuál era la verdadera ley, de qué realidades celestes era *figura y sombra* el culto que se practicaba entre los judíos (Hebr 8,5) y qué bienes por venir contenía, en sombra, la ley sobre comida y bebida, sobre fiestas, neomenias y sábados (ibid., 10,1; Col 2,16-17). Todas éstas eran las muchas cosas que tenía que decirles; pero bien veía Jesús ser dificilísimo arrancar del alma doctrinas con que se nace y en que se cría el hombre hasta su mayor edad, persuadido de que son divinas y de que no puede atentarse contra ellas sin cometer una impiedad; dificilísimo también demostrar, de forma que los oyentes se persuadan, que, en parangón con la eminencia de la ciencia según Cristo, es decir, según la verdad, todo eso es *estiércol y daño* (Phil 3,8). De ahí que difiriera decir esas cosas para momento más oportuno, el tiempo después de su pasión y resurrección. Y, a la verdad, inoportuno hubiera sido un auxilio para quienes no podían aún soportarlo, capaz que era de trastornar la idea que ya se habían formado de Jesús como Mesías e hijo del Dios vivo. Y véase si no tiene sentido aceptable entender así las palabras del Señor: *Todavía tengo muchas cosas que deciros, pero no las podéis comprender por ahora.* Muchas son, en efecto, las cosas de la ley que piden interpretarse y aclararse según el sentido espiritual, y los discípulos no podían por entonces entenderlas, pues habían nacido y criádose entre judíos.

En mi opinión, por ser figura todo aquel culto y verdad lo que el Espíritu Santo les enseñaría, se dice que *cuando viniere el Espíritu de la verdad, El os guiará a la verdad entera.* Como si dijera: A la verdad entera de la realidad de las cosas, por las que vosotros, que nacisteis en las figuras, os imagináis tributar a Dios el verdadero culto. Y, conforme a la promesa de Jesús, el Espíritu de la verdad vino a Pedro y, ante los cuadrúpedos y reptiles de la tierra y las volátiles del cielo, le dijo: *Levántate, Pedro; mata y come.* Y vino sobre él cuando aún era supersticioso, pues respondió a la voz divina: *¡En manera alguna, Señor, pues en mi vida he comido cosa profana e impura!* Y el Espíritu le enseñó la doctrina sobre las comidas verdaderas y espirituales: *Lo que Dios ha purificado, no lo llames tú profano.* Y después de aquella visión, el Espíritu de la verdad guió a Pedro a la verdad entera y le dijo las muchas cosas que, cuando Jesús estaba aún con él según la carne, no podía comprender. Mas sobre todo esto, otro momento habrá más oportuno para tratar de la interpretación de la ley de Moisés.

3. Celso no busca la verdad

Pero nuestro propósito de momento es poner al descubierto la ignorancia de Celso cuando su judío dice a sus "conciudadanos" y a los israelitas que han creído en Jesús: "¿Qué os ha pasado para que abandonarais la ley de vuestros padres?" *Et cetera.* Mas ¿cómo puede decirse hayan abandonado la ley de sus padres quienes reprenden a los que no la oyen y les dicen: *Decidme los que leéis la ley, ¿no oís la misma ley? Porque escrito está que Abrahán tuvo dos hijos,* hasta donde dice: *Todo lo cual es alegoría?* (Gal 4,21-22). ¿Y cómo han abandonado la ley paterna los que en sus razonamientos recuerdan continuamente las instituciones paternas y dicen: *¿Acaso no dice eso mismo la ley? Porque en la ley de Moisés está escrito: No le pongas bozal al buey que trilla. ¿Acaso se cuida Dios de los bueyes, o se dice en absoluto de nosotros? Por nosotros realmente fue escrito,* etc. (1 Cor 9,8; Deut 25,4). El judío de Celso habla confundiéndolo todo, cuando pudiera haber dicho con más visos de probabilidad: "Algunos de vosotros habéis abandonado las costumbres so pretexto de explicaciones y alegorías; otros, aun explicándolas, como decís, espiritualmente, no por eso dejáis de observar las instituciones tradicionales; otros, sin explicación alguna, queréis recibir a Jesús como el Moisés profetizado y guardar, a par, la ley de Moisés según las instituciones tradicionales, pues en

la letra creéis tener toda la inteligencia espiritual". Mas ¿por dónde iba a tener Celso idea clara en este punto, cuando más adelante trae a cuento sectas impías y de todo en todo extrañas a Jesús y hasta algunas que han abandonado al Creador, e ignora que hay israelitas que han creído en Jesús sin necesidad de abandonar su ley paterna? Y es que no le interesaba examinar cada tema con amor a la verdad para aceptar lo que encontrara de provechoso, sino que escribió todo eso movido del odio y empeñado de todo en todo en echar por tierra cuanto oyera y apenas lo oyera.

4. No es reproche que el cristianismo tenga orígenes judaicos

Seguidamente, el judío de Celso dice a los que han creído de su pueblo: "Ayer o anteayer, como quien dice, cuando nosotros castigábamos a ese mismo porque os embaucaba, habéis apostatado de la ley patria". En este punto ya hemos demostrado no saber exactamente nada de lo que dice. En lo que sigue, en cambio, paréceme mostrar alguna mayor habilidad: "¿O cómo es que empezáis por nuestros ritos y, más adelante, los despreciáis, siendo así que no podéis presentar otro origen de vuestra doctrina que nuestra ley?" Realmente, la primera instrucción de los cristianos se toma de los ritos sagrados de Moisés y de los escritos de los profetas; mas, después de la instrucción primera, el progreso de los así iniciados está en su explicación y esclarecimiento, buscando *el misterio de la revelación, que por siglos eternos ha estado oculto, pero se ha manifestado ahora por las voces de los profetas* (Rom 16,25), *y por la aparición de nuestro Señor Jesucristo* (2 Tim 1,20). Tampoco es verdad lo que se dice [2] sobre que, más adelante, los que progresan en conocimiento, desprecian lo que está escrito en la ley. La verdad es que le conceden mayor honor, demostrando la profundidad de las sabias y misteriosas palabras de aquellos escritos, que los judíos no penetran a fondo, leyéndolos superficialmente y atendiendo más bien a lo narrativo.

Mas ¿qué tiene de absurdo que el comienzo de nuestra doctrina, es decir, del Evangelio, sea la ley? El mismo Jesús, Señor nuestro, dice a los que no creían en El: *Si creyerais en Moises, creeríais también en mí, pues de mí escribió él; mas si no creéis a sus escritos, ¿cómo vais a creer en mis palabras?* (Io 5,46-47). Es más, Marcos, uno de los evangelistas, dice: *Comienzo del evangelio de nuestro Señor Jesucristo, como está*

[2] οὐχ ὡς λέγετε δὲ M: οὐδέ, ὡς λέγεται, οἱ K. tr.

escrito en el profeta Isaías: He aquí que yo envío mi mensajero delante de ti, que prepare tu camino delante de ti (Mc 1,12). Con lo que hace ver el evangelista que el comienzo del Evangelio depende de las letras judaicas. No tiene, pues, sentido que el judío de Celso diga contra nosotros: "Porque, si alguien os anunció de antemano que vendría, por lo visto, el Hijo de Dios a los hombres, ése fue profeta nuestro y de nuestro Dios". ¿Qué acusación es contra los cristianos el que Juan, que bautizó a Jesús, fuera judío? Porque de que fuera judío no se sigue que todo creyente que abraza el Evangelio, ora venga de la gentilidad, ora de los judíos, tenga que guardar, según la letra, la ley de Moisés.

5. Los cristianos poseen la verdad

Luego, aunque Celso se repite sobre Jesús, diciendo por segunda vez (cf. *supra* II 4) haber sido castigado por los judíos como malhechor, nosotros no volveremos sobre nuestra defensa, contentándonos con lo arriba dicho. Luego el judío de Celso vilipendia como cosas rancias nuestra doctrina acerca de la resurrección de los muertos, del juicio de Dios, del premio de los justos y castigo de fuego de los inicuos, y, con decir que "nada nuevo enseñan los cristianos", se imagina haber derrocado al cristianismo (cf. I 4). Digamos a todo eso que nuestro Jesús, viendo que los judíos nada hacían digno de las enseñanzas de los profetas, les dio a entender por medio de una parábola (Mt 21,33ss) que se les quitaría el reino de Dios y se daría a los gentiles. Y así es de ver cómo todo lo que creen los actuales judíos son cuentos y charlatanería, pues les falta la luz para entender las Escrituras; los cristianos, empero, poseen la verdad, capaz de levantar y elevar el alma y mente del hombre y persuadirle que busque *una ciudadanía,* no en lugar alguno de la tierra, a semejanza de los judíos, sino *en los cielos* (Phil 3,20). Y ello se ve patente en quienes son capaces de penetrar los pensamientos encerrados en la ley y en los profetas y de exponérselos a los otros.

6. Los cristianos no violan la ley

Concedamos que Jesús "siguió todas las costumbres de los judíos y hasta que tomara parte en sus sacrificios". ¿Qué tendrá esto que ver para que no hayamos de creer en El como Hijo de Dios? Sí, Jesús es hijo del Dios que dio la ley y envió a los profetas, y nosotros, los que pertenecemos a la Iglesia [3],

[3] "Los que pertenecemos a la Iglesia": no así Marción y los suyos, que rechazaban la ley antigua; cf. *infra* VII 25.

no transgredimos la ley. Hemos dado ciertamente de mano a las fábulas judaicas; pero, por la mística contemplación de la ley y los profetas, nos hacemos sabios y nos educamos. Y es así que los profetas, que no ciñen la inteligencia de sus dichos a la historia que salta a los ojos ni a la ley tal como suena en las frases y en la letra, dicen unas veces, cuando quieren justamente exponer historias: *Abriré en parábolas mi boca, hablaré enigmas desde el principio* (Ps 77,2); otras, rogando por la ley, como cosa oscura y que necesita de la ayuda de Dios para ser entendida, dicen en su oración: *Revela mis ojos y consideraré las maravillas de tu ley* (Ps 118,18).

7. ¿Quién podrá argüir a Jesús de pecado?

Demuéstrese dónde aparece, ni por asomo, un dicho de Jesús proferido con altanería o arrogancia. ¿Cómo pudiera ser arrogante el que dice: *Aprended de mí, porque soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas?* (Mt 11,29). ¿Cómo llamar "altanero" al que, durante una cena, se quita los vestidos ante sus discípulos, se ciñe una toalla, echa agua en un lebrillo, les va lavando uno por uno los pies, y reprende al que no quiere dejárselos lavar, diciéndole: *Si no te lavare, no tendrás parte conmigo?* (Io 13,8). ¿Cómo ser arrogante el que dice: *Y yo he estado entre vosotros, no como el que se sienta a la mesa, sino como el que sirve?* (Lc 22, 27). Demuestre quien quiera en qué mintió y presente las mentiras grandes o pequeñas y haga así ver las "grandes mentiras" que dijo Jesús. Y todavía hay otro modo de refutar a Celso: Como no hay una mentira que sea más mentira que otra, así tampoco la hay que sea menos, como tampoco hay una verdad que sea más o menos verdad que otra verdad [4]. Y cuente quien quiera, el judío de Celso señaladamente, qué impiedades cometiera Jesús. ¿Acaso es cosa impía abandonar la circuncisión material, el sábado material, las fiestas materiales, los novilunios materiales, las distinciones de lo puro e impuro? ¿Es impiedad volver la mente a la ley digna de Dios, verdadera y espiritual, y que el embajador de Cristo (2 Cor 5,20) sepa hacerse *judío con los judíos para ganar a los judíos, y como bajo la ley con los que están bajo la ley para ganar a los que están bajo la ley?* (1 Cor 9,20).

[4] "Es doctrina estoica la de haber distinción absoluta, sin grados intermedios, entre la virtud y el vicio, la verdad y el error" (Chadwick, que remite a JTS XLVIII [1947] p.39).

8. Sarta de insensateces

Dice además: "Muchos otros, del pergeño de Jesús, pudieran aparecer ante gentes dispuestas siempre a ser engañadas". Pues que el judío por cuya boca habla Celso nos presente no ya muchos, ni unos cuantos, sino uno solo como Jesús que, por su propio poder, haya introducido en el género humano una religión y doctrina provechosa para la vida y capaz de sacar al hombre de la ciénega de sus pecados.

Dice también que, "por parte de los que creen en Cristo, se acusa a los judíos de no haber creído en Jesús como Dios". Mas a esto respondimos ya anteriormente (I 67.69) e hicimos ver en qué sentido lo tenemos por Dios y cómo decimos, a par, que es hombre.

"¿Y cómo—dice—nosotros, que manifestamos a todos los hombres haber de venir el que castigaría a los malvados, lo íbamos a despreciar una vez venido?" No me parece razonable responder a pareja simpleza. Es como si otro por ahí dijera: ¿Cómo vamos a cometer un acto de disolución nosotros que enseñamos la templanza? ¿O cómo, predicando la justicia, íbamos a ser inicuos? Pues como cosas tales se dan entre los hombres, así cosa humana fue que quienes dicen creer en los profetas que hablan del advenimiento de Cristo, no creyeran al que vino según estaba profetizado. Y, si es menester añadir otra cosa, diremos que eso mismo lo habían predicho los profetas. Por lo menos Isaías dice con toda claridad: *Con los oídos oiréis y no entenderéis; y con los ojos miraréis y no veréis. Porque se ha embotado el corazón de este pueblo*, etc. (Is 6,9). Y dígannos qué se profetiza a los judíos que oirán y mirarán, y no entenderán lo que se les dice, ni verán lo que miren como se debe ver. Pero es evidente que, teniendo ante los ojos a Jesús, no vieron quién era; y, oyéndole, no entendieron por sus palabras su divinidad, la cual hizo pasar el cuidado que tuviera Dios de los judíos a los gentiles que creían en El (Mt 21,43). Así es de ver cómo, después de la venida de Jesús, están los judíos de todo en todo abandonados, sin nada de cuanto en lo antiguo tenían por sagrado, y no hay signo alguno de que entre ellos haya nada de divino. Y es así que ya no tienen profetas ni se dan entre ellos milagros, cuando entre los cristianos quedan aún, en cuantía considerable, rastro de ellos, y algunos *mayores* (Io 14,12); y, si se da fe a nuestra palabra, nosotros mismos los hemos visto.

Pero sigue diciendo el judío de Celso: "¿Por qué íbamos a despreciar al mismo que de antemano anunciamos? ¿Acaso para ser castigados más que los otros?" A lo que hay

decir que, por no haber creído en Cristo y por las demás insolencias que contra El cometieron, no sólo sufrirán "más que los otros" en el juicio venidero en que creemos, sino que lo han sufrido y sufren ya ahora. Porque ¿qué nación, sino sólo los judíos, es expulsada de su propia metrópoli y del propio lugar del culto tradicional? Y esto han sufrido, como las gentes más viles, no sólo por sus otros pecados, sino, principalmente, por los crímenes cometidos contra nuestro Jesús.

9. Síntesis de cristología origeniana

Después de esto dice el judío: "¿Cómo íbamos a tener por Dios a este que, entre otras cosas, como era voz común, nada cumplía de lo que prometía? Y luego, cuando nosotros lo convencimos, condenamos y quisimos conducirlo al suplicio, escondiéndose y huyendo de un lado para otro, fue preso de la manera más ignominiosa y traicionado por los mismos que llamaba sus discípulos. Ahora bien, si era Dios—dice—, no tenía por qué huir ni consentir ser conducido atado y, menos que nada, ser abandonado y traicionado por los que convivían con él, con él se comunicaban en todo familiarmente y lo tenían por su maestro; él, creído salvador, hijo del Dios máximo y su mensajero".

A esto diremos que ni siquiera nosotros suponemos fuera Dios el cuerpo entonces visible y sensible de Jesús. Mas ¿qué digo del cuerpo? Ni el alma siquiera de la que se dice: *Tristísima está mi alma hasta la muerte* (Mt 26,38). Pero, según la docrina de los judíos, se cree ser Dios el que dice: *Yo soy el Señor, Dios de toda carne* (Ier 32,27), y aquello: *Antes de mí no hubo otro Dios, ni lo habrá después de mí* (Is 43, 10), y se vale como de instrumento del alma y de la boca del profeta. Y Dios es también, según los griegos, el que dice:

De la arena sé el número, conozco
las medidas del mar; yo entiendo al mudo,
yo escucho la voz misma del que no habla

(HEROD., 1,47),

y por boca de la Pitia habla y es oído. Así, según nosotros, el Dios Logos e Hijo del Dios del universo es el que dijo en Jesús: *Yo soy el camino, la verdad y la vida* (Io 14,6), y *Yo soy la puerta* (10,7), y *Yo soy el pan vivo, que bajó del cielo* (6,50), y otras afirmaciones semejantes.

Tenemos, pues, derecho a acusar a los judíos de no haber tenido a Jesús por Dios, puesto que en muchos pasajes de los

profetas está atestiguado como gran poder y como Dios, semejante al que es Dios y Padre del universo. A El afirmamos nosotros que le ordena el Padre en la cosmogonía de Moisés: *Hágase la luz,* y *Hágase el firmamento,* y todo lo demás que ordenó Dios se hiciera. A El igualmente le dijo: *Hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra* (Gen 1,3.6.26). Y el Logos, decimos, que recibió esos mandatos, lo hizo todo según el Padre le ordenara. Y lo decimos, no por conjetura propia, sino porque creemos en las profecías que corren entre los judíos, en las que, con las propias palabras, se dice de Dios y sus obras lo que sigue: *El dijo y fueron hechas, El lo mandó y fueron creadas* (Ps 148,5). Porque, si Dios mandó y fueron hechas sus obras, ¿quién era capaz de cumplir tamaño mandato del Padre, según lo que place al espíritu profético, sino el que es para (llamarlo así) el Logos y la verdad viva? Ahora bien, el que en Jesús dice: *Yo soy el camino, la verdad y la vida,* no es, ni siquiera según los evangelios, alguien que esté circunscrito, de suerte que no exista en ninguna parte fuera del alma y del cuerpo de Jesús (cf. IV 5.12; V 12); y ello resulta evidente por muchos argumentos, de los que sólo expondremos estos pocos que siguen. Juan Bautista, profetizando que de un momento a otro vendría el Hijo de Dios, que no estaría sólo en aquel cuerpo y alma, sino que se extendería a todas partes, dice sobre El: *En medio de vosotros está uno quien vosotros no conocéis, y viene detrás de mí* (Io 1,26). De haber pensado que el Hijo de Dios sólo estaría donde estuviera el cuerpo visible de Jesús, ¿cómo hubiera dicho: *En medio de vosotros está uno a quien vosotros no conocéis? Y* Jesús mismo, levantando el pensamiento de sus discípulos a sentir altamente del Hijo de Dios, dice: *Donde se juntaren dos o tres en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos* (Mt 18,20). Y tal es también la promesa que hace a sus discípulos cuando les dice: *Y mirad que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del tiempo* (Mt 28,20).

Sin embargo, al decir esto, no intentamos separar de Jesús al Hijo de Dios; porque, después de la encarnación, el alma y cuerpo de Jesús se hicieron en grado sumo una sola cosa con el Logos de Dios. Y es así que si, según la doctrina de Pablo, que dice: *El que se une al Señor es un solo espíritu* (1 Cor 6,17), todo el que entiende qué es unirse al Señor y con El se une, es un solo espíritu respecto del Señor, ¿cuánto más divina y sublimemente será una sola cosa lo que entonces se compuso respecto del Logos de Dios? Y que ese compuesto era virtud o fuerza de Dios (1 Cor 1,18.24), lo demostró El ante

los judíos por los milagros que hizo, siquiera Celso suponga haberse hecho por hechicería, y los judíos de entonces—no sé con qué fundamento—por poder de Beelzebub, cuando dijeron: *Por virtud de Beelzebub, príncipe de los demonios, arroja los demonios* (Mt 12,24). Pero nuestro Salvador los convenció de decir un enorme dislate, con sólo hacerles notar que todavía no había terminado el reino de la maldad. Ello resultará evidente para quienquiera lea discretamente el pasaje evangélico, que no es este momento de comentar.

10. La verdad del Evangelio, comprobada por el martirio de los discípulos de Jesús

Mas que Jesús "prometía y no cumplía sus promesas", es cosa que Celso tiene que probar y demostrar. Pero no podrá, sobre todo porque se imagina que puede tomar sus cargos contra Jesús y nosotros de relatos mal entendidos, y hasta de sus lecturas del Evangelio o de cuentos judaicos. Mas ya que el judío vuelve a decir: "Nosotros lo convencimos y condenamos y lo tuvimos por merecedor del suplicio", demuestren cómo lo convencieron los que buscaron contra El falsos testimonios; a no ser que sea una gran prueba contra Jesús lo que dijeron sus acusadores: *Este dijo: Puedo derribar el templo de Dios y en tres días volverlo a levantar* (Mt 26,61). Pero El *hablaba del templo de su cuerpo* (Io 2,21), y ellos, como quienes no sabían entender según la intención del que habla, lo entendieron del templo de piedra, que era el que veneraban los judíos, más que el que debieran venerar, el verdadero templo de Dios, del *Lógos*, de la sabiduría y de la verdad. Diga quienquiera cómo, "escondiéndose de la manera más ignominiosa, fue Jesús escapándose de acá para allá". Demuestre alguien lo que en El es digno de reproche.

Pero dice también que "fue prendido". A lo que podría yo decir que, si el ser prendido es cosa contra la voluntad, Jesús no fue prendido; pues, a debido tiempo, no rehusó caer en manos de los hombres, como *cordero de Dios, para quitar el pecado del mundo* (Io 1,20). *Sabiendo, pues, Jesús todo lo que le iba a suceder, se adelantó y les dijo: ¿A quién buscáis? Y ellos le contestaron: A Jesús de Nazaret. Díjoles: Yo soy. Estaba también con ellos Judas, que le traicionaba. Así, pues, apenas Jesús dijo: Yo soy, retrocedieron y cayeron a tierra. Preguntóles El de nuevo: ¿A quién buscáis? Y de nuevo respondieron: A Jesús de Nazaret. Replicóles Jesús: Ya os he dicho que soy yo. Si, pues, me buscáis a mí, dejad*

marchar a éstos (Io 18,4ss). Es más, al que lo quería defender y asestó un golpe al criado del sumo sacerdote cortándole la oreja, le dijo: *Vuelve la espada a su sitio, pues todos los que espada tomaren, a espada perecerán. ¿O te parece que no puedo rogar a mi Padre, que me mandaría aquí mismo más de doce legiones de ángeles? Pero, entonces, ¿cómo se cumplirían las Escrituras, según las cuales es menester que así suceda?* (Mt 26,52ss).

Mas si alguien piensa que todo esto son ficciones de los autores de los evangelios, ¿no serán más bien ficciones lo que inspira el odio y rencor contra Jesús y contra los cristianos? La verdad, empero, sólo puede estar en los que han demostrado la sinceridad de su adhesión a Jesús afrontando todo sufrimiento imaginable por amor de su doctrina. Pareja paciencia y constancia hasta la muerte no les vino ciertamente a los discípulos de Jesús de ganas de inventar acerca de su maestro lo que nunca fuera; y para todo espíritu inteligente es prueba evidente de que estaban convencidos de lo que escribieron, el hecho de que tales y tantas cosas soportaran por su fe en el Hijo de Dios.

11. Leve defensa de Judas

Respecto a que Jesús "fue traicionado por los que llamaba sus discípulos", el judío de Celso toma realmente la noticia de los evangelios, siquiera, para dar más énfasis a su acusación, haga de Judas uno de los "muchos discípulos". Y tampoco tuvo curiosidad de mirar todo lo que está escrito sobre Judas. Y es así que, víctima de juicios contrarios y que pugnaban entre sí acerca de su maestro (cf. 1,61), ni se declaró con toda su alma contra El, ni guardó tampoco, con toda su alma, la reverencia que un discípulo debe a su maestro. Porque el que lo entregaba dio a la chusma que fue a *prender a Jesús una señal diciendo: Al que yo besare, ése es; agarradlo firme* (Mt 26,48). En lo cual aún guardaba un rastro de reverencia, pues, de no guardarla, lo hubiera traicionado con descaro, sin la ficción del beso. Esto ha de persuadir a todos respecto del motivo de Judas, que, junto con la avaricia, perversa razón para traicionar a su maestro, tenía mezclado en su alma algo que le venía de las palabras de Jesús, y era, digámoslo así, una especie de residuo de bondad. Está escrito, en efecto: *Viendo Judas, el que lo había entregado, cómo había sido condenado, arrepentido, devolvió las treinta monedas de plata a los príncipes de los sacerdotes y ancianos, diciendo: He pecado entregando sangre inocente. Y ellos le con-*

testaron: ¿Qué nos importa a nosotros? Allá te las hayas. Y arrojando las monedas al templo, se retiró; y, marchándose, se ahorcó (Mt 27,3ss). Ahora bien, si el avaro Judas, que robaba lo que se echaba en la bolsa por razón de los pobres, volvió, arrepentido, las treinta monedas de plata a los príncipes de los sacerdotes y a los ancianos, es evidente que las enseñanzas de Jesús, no del todo despreciadas y rechazadas por el traidor, pudieron inspirarle algún arrepentimiento. Y decir: *He pecado entregando sangre inocente,* era confesar el pecado cometido. Y es de ver cuán grande, cuán ardiente y vehemente fue el dolor, nacido del arrepentimiento de sus pecados, que ya no pudo aguantar la vida misma; y así, arrojado al templo el dinero, se retira, se va y se ahorca. El mismo se condenó a sí mismo, mostrando cuán grande había sido el poder de la enseñanza de Jesús hasta en el pecador de Judas, ladrón y traidor que no pudo despreciar enteramente lo que de Jesús aprendiera. ¿O es que dirán Celso y su panda ser ficciones todo lo que pone de manifiesto no haber sido total la apostasía de Judas, aun después de la alevosía cometida contra su maestro, y sólo será verdad que "fue traicionado por uno de sus discípulos"? ¿Es que quieren añadir a lo escrito que lo traicionó con toda su alma? Pero no es cosa que convenza tomarlo todo, en un mismo documento, con espíritu hostil, y dar fe a esto y negársela a lo otro.

Pero, si es menester alegar aún sobre Judas una razón que de todo punto lo confunda, diremos que, en el libro de los Salmos, el centésimo octavo, entero, contiene la profecía acerca de Judas. El salmo empieza así: *¡Oh Dios!, no calles mi alabanza, que una boca de pecador y de embustero se ha abierto contra mí* (Ps 108,1-2), y en él se profetiza que Judas se separaría, por su pecado, del número de los apóstoles y sería elegido otro en su lugar. Esto se dice claramente en este pasaje: *Y ocupe otro su oficio* (v.8). Pero, en definitiva, demos que fuera traicionado por otro de sus discípulos peor aún que Judas, que echó de sí, como agua, digámoslo así, cuantas palabras oyera de Jesús. ¿En qué acusaría eso a Jesús o al cristianismo? ¿Con qué razón se alegaría eso como prueba de la falsedad de nuestra doctrina?

Respecto de lo que sigue en Celso, ya hemos respondido anteriormente (II 10) y hemos demostrado que Jesús no fue prendido en la fuga, sino que se entregó voluntariamente por amor nuestro; de donde se sigue que, si fue prendido, lo fue voluntariamente, enseñándonos a aceptar también nosotros, de pleno grado, lo que hayamos de sufrir por la religión.

12. Discípulos contra maestros

Pueriles me parecen también cosas como éstas: "Jamás fue traicionado un buen general, al frente de miles y miles de hombres, ni siquiera un capitán de bandidos, malvado él y al frente de las gentes peores, mientras pareció ser de provecho a sus bandas. Este, empero, traicionado por los que estaban bajo su mando, señal es que ni mandó como buen general, ni, engañado que hubo a sus discípulos, supo infundir a los engañados la benevolencia (digámoslo así) que se debe a un capitán de bandidos". Pueriles, decimos, porque es fácil hallar muchas historias de generales traicionados por sus íntimos, y de capitanes de bandidos apresados, porque sus gentes no fueron fieles a los pactos mutuos. Pero demos que ningún general ni capitán alguno de bandidos fuera jamás traicionado; ¿qué quita ni pone contra Jesús el hecho de que uno de sus discípulos le saliera traidor? Mas ya que Celso se las echa de filósofo, pudiéramos preguntarle qué acusación supone contra la filosofía de Platón el hecho de que, después de frecuentar veinte años su escuela, se apartara de ella Aristóteles, negara la doctrina acerca de la inmortalidad del alma y llamara "gorjeos platónicos" la teoría de las ideas (DIOG. LAERT., 5,9; *supra* I 13). ¿Es que, por haber desertado de él Aristóteles, ya no tiene fuerza la dialéctica de Platón, o será éste incapaz de demostrar sus pensamientos, y serán, por aquella deserción, falsos los principios platónicos? ¿No será más bien que, permaneciendo Platón verdadero, como están prontos a afirmar los que siguen su filosofía, Aristóteles fue un malvado, ingrato para con su maestro? También Crisipo se ve, en muchos pasajes de sus escritos, que ataca a Cleantes, exponiendo doctrinas nuevas contra las de Cleantes, maestro suyo en su juventud, cuando se iniciaba aún en la filosofía. Y es de notar que de Aristóteles se dice haber frecuentado veinte años la escuela de Platón, y que Crisipo no pasó tampoco poco tiempo junto a Cleantes. Judas, empero, no llegaron a cuatro años los que pasó con Jesús. En fin, por lo que se escribe en las vidas de los filósofos, pueden hallarse ejemplos semejantes al de Judas, por el que acusa Celso a Jesús. Los pitagóricos levantaban un cenotafio al que, tras haberse convertido a la filosofía, corría otra vez a la vida vulgar (DIOG. LAERT., VIII 42; CLEM. AL., *Strom.* V 57,2-3); mas no por eso se invalidaban la razón y demostraciones de Pitágoras y los suyos.

13. Las profecías de Jesús se están cumpliendo

Después de esto dice el judío de Celso: "Muchas cosas tengo que decir acerca de la historia de Jesús, verdaderas por cierto, pero no semejantes a las que fueron escritas por los discípulos de Jesús; pero las omito de buena gana". ¿Qué cosas de ésas, verdaderas, pero no como las que están escritas en los evangelios, que el judío de Celso omite? ¿No será que quiere cometer una imaginaria figura retórica, aparentando tener algo que decir cuando, en realidad, nada tenía que alegar fuera de los evangelios; nada, digo, que por su verdad pudiera impresionar al oyente ni que fuera una clara acusación contra Jesús y su doctrina?

Acusa además a los discípulos de "haber inventado que Jesús sabía y predijo de antemano todo lo que le sucedió". Sin embargo, que eso sea verdad, se lo vamos a demostrar a Celso, mal que le pese, por otras muchas profecías hechas por el Salvador, en que predijo lo que había de acontecer a los cristianos aun de generaciones por venir. ¿Quién por lo menos no se maravillará de esta predicción: *Seréis conducidos por mi causa ante gobernadores y reyes en testimonio para ellos y las naciones?* (Mt 10,18). Y dígase lo mismo de otras predicciones acerca de las futuras persecuciones de sus discípulos. ¿Por qué otra doctrina, de cuantas han aparecido entre los hombres, se persigue a nadie? En tal caso, alguno de los acusadores de Jesús pudiera decir que, viendo El cómo se recriminan las doctrinas impías y embusteras, le pareció bien darse importancia prediciendo que lo mismo se haría con la suya. Y, a la verdad, si a alguien hubiera que llevar, por razón de doctrinas, ante gobernadores y reyes, ¿a quiénes mejor que a los epicúreos, que destruyen de todo punto la providencia, y hasta a los mismos del Peripato, según los cuales nada se logra por las oraciones ni por las víctimas que la gente se imagina ofrecer a la divinidad? (cf. *De oratione* 5,1)[5].

Alguno dirá que también los samaritanos son perseguidos por causa de su religión; a lo que contestamos que se los

[5] Aristóteles, que admitía el sacerdocio en la república, no parece que pudiera negar la oración: "Es, pues, menester primeramente haya alimentos, luego artes (pues la vida necesita de muchos instrumentos) y, en tercer lugar, armas. Porque es necesario que los que forman una comunidad tengan armas a mano, para imponer la obediencia a los que no quieren obedecer, y por razón de los extraños que intentaran un desafuero. Además, ha de haber alguna abundancia de dinero, ora para las necesidades privadas, ora para los gastos de la guerra. Y, en quinto lugar, que es también el primero, el culto de la divinidad, que llaman sacerdocio" (*Pol.* VII 8; cf. VII 9). Quien parece haber prohibido la oración habría sido Pitágoras: "No les permite orar, porque no se sabe lo que conviene" (Diog. Laert., *Pythagoras*).

mata como a sicarios [6] por razón de la circuncisión, por suponerse que se mutilan a sí mismos contra las leyes vigentes, haciendo lo que sólo está permitido a los judíos. Por otra parte, nadie oirá a un juez que le proponga a un sicario empeñado en vivir según esa supuesta religión, esta alternativa: o dejarla y ser absuelto o, de perseverar en ella, ser condenado a muerte. Basta comprobar la circuncisión, para quitar de en medio al que la ha sufrido. Sólo a los cristianos (conforme a lo dicho por su Salvador: *Ante gobernadores y reyes seréis conducidos por causa mía)* los exhortan los jueces hasta el último aliento a que renieguen del cristianismo, sacrifiquen y juren según los usos comunes, y vivan así en casa tranquilos y sin peligro.

Y es de ver la autoridad con que dice estotras palabras: *Todo el que me confesare delante de los hombres, también yo lo confesaré delante de mi Padre del cielo. Y a todo el que me negare delante de los hombres,* etc. (Mt 10,32s). Remóntate, te ruego, con el pensamiento al punto en que Jesús dice eso y considera que entonces no había aún sucedido lo que se profetiza. Acaso entonces dijeras, negándole crédito, que decía tonterías y hablaba por hablar, pues no se cumplirían sus palabras. Mas, si dudas adherirte a su doctrina, si estas palabras se cumplen, si se afirma la enseñanza de las palabras de Jesús hasta el punto de que gobernadores y reyes se preocupen de matar a los que confiesan a Jesús, dime si, en este caso, no creemos que dice todo eso como quien ha recibido gran autoridad de Dios para sembrar esta doctrina en el género humano y como quien estaba persuadido de que triunfaría. ¿Y quién no se maravillará, remontándose con el pensamiento al punto en que Jesús enseña y dice: *Este evangelio será predicado en todo el mundo en testimonio para ellos y los gentiles* (Mt 24,14), si considera cómo, según lo que El dijo, el Evangelio de Jesucristo se ha predicado a toda criatura *bajo el cielo* (Col 1,23) [7], *a griegos y bárbaros, a sabios e ignorantes?* (Rom 1,14). Y es así que la palabra divina predicada con fuerza ha dominado a todo linaje de hombres, y no hay género de gentes que haya rehuido aceptar la enseñanza de Jesús.

Y si el judío de Celso no cree que Jesús supiera de antemano lo que le iba a suceder, considere cómo, cuando estaba aún en pie Jerusalén y dentro de sus muros se celebraba todo el culto de los judíos, Jesús predijo los acontecimientos

[6] οἱ Σικάριοι M: ὡς Σικάριοι E. SCHÜRER. La castración estaba prohibida por la *Lex Cornelia de sicariis et beneficis* (cf. CHADWIDK, *ad locum*).

[7] ἐν τῇ ὑπὸ τὸν οὐρανόν M: ἐν πάσῃ κτίσει τῇ ὑπὸ τὸν οὐρανόν según Col 1,23.

que vendrían bajo los romanos. Porque no van a decir que los discípulos y oyentes de Jesús transmitieron la doctrina de los evangelios sin consignarla por escrito, ni que dejaran a los creyentes sin recursos escritos acerca del mismo. Y, en efecto, en éstos se escribe: *Cuando viereis a Jerusalén cercada de campamentos, entended que está cerca su desolación* (Lc 21,20). No había entonces por ningún cabo ejércitos en torno de Jerusalén que la cercaran, circunvalaran ni sitiaran. Todo eso comenzó cuando Nerón era aún emperador, y se prolongó hasta el imperio de Vespasiano, cuyo hijo, Tito, asoló a Jerusalén. Según escribe Josefo, por causa de Santiago, el Justo, hermano de Jesús, que se llama Cristo; pero, según demuestra la verdad, por causa de Jesús, el Mesías, Hijo de Dios (cf. *supra* I 47).

14. Ni siquiera adivino

Celso, naturalmente, aun aceptando o concediendo que Jesús conociera de antemano lo que le iba a suceder, pudiera haber aparentado despreciar tal presciencia, como hizo con los milagros diciendo que se debieron a la magia. Aquí pudiera haber dicho que muchos conocieron lo que les iba a suceder por las varias maneras que existen de adivinación: por auspicios, augurios, sacrificios y astrología. Pero no quiso concederlo, como cosa mayor, y admitió, en cambio, hasta cierto punto, haber hecho Jesús milagros, si bien cree desacreditarlos con achaque de magia. Sin embargo, Flegón, en el libro trece o catorce (creo) de su *Crónica* [8], atribuyó a Cristo presciencia de algunos acontecimientos futuros, siquiera confunda a Pedro con Jesús, y atestigua haber acontecido según lo que él dijera. En todo caso, también él, por lo que dice sobre la previsión o presciencia, confirma, como sin querer, que la palabra de los padres de nuestra religión no estuvo vacía de virtud divina.

15. Sinceridad de los evangelistas

Dice Celso: "Como los discípulos de Jesús no podían disimular nada en cosas patentes, dieron en la flor de decir que El lo sabía todo de antemano". Y no advierte, o no quiere advertir, la sinceridad de los escritores sagrados que consignaron las dos cosas: que Jesús dijo a sus discípulos: *Todos vos-*

[8] Flegón fue un liberto de Adriano: Focio *(Bibliotheca* 97) la tiene por obra necia. Parece ser relataba los prodigios acaecidos en cada olimpíada, y por ello lo censura Focio. Quedan sólo fragmentos.

otros os escandalizaréis en mí esta noche (Mt 26,31), y que dijo verdad, pues se escandalizaron. Y que a Pedro particularmente le profetizó: *Antes de que cante el gallo, me negarás tres veces* (26,34), y que, en efecto, tres veces lo negó. De no haber sido sinceros, sino dados (como piensa Celso) a escribir fantasías, no hubieran contado que Pedro negó a Jesús ni que sus discípulos se escandalizaron. Porque, aun cuando así hubiera acaecido, ¿quién podía demostrar que así acaeciera? A la verdad, si se mira a cierta conveniencia, hombres que querían enseñar a los lectores de los evangelios a despreciar la muerte por la confesión del cristianismo, debieran haber callado esos casos; sin embargo, ellos vieron que la palabra divina se apoderaría con su virtud de los hombres, y no tuvieron reparo en consignar tales cosas que, no sé por qué misterio, no habían de dañar a los lectores ni darían a nadie pretexto para negar la fe.

16. La realidad de la muerte de Jesús, supuesto de la realidad de su resurrección

Pero muy estólidamente dice que "los discípulos de Jesús escribieron cosas como ésas para excusar lo que había contra Jesús". "Como si alguien—dice—, afirmando de uno que es justo, nos lo presenta cometiendo iniquidades; y diciendo que es santo, nos lo presenta cometiendo homicidios; y diciendo que es inmortal, nos lo pinta muerto; y a todo esto nos añade que él lo predijo todo". Salta a la vista la disparidad del ejemplo de Celso, pues nada tiene de absurdo que quien se había propuesto ser para los hombres ejemplo de cómo debían vivir [9], quisiera también demostrar cómo se debe morir por causa de la religión; para no decir nada del provecho que resultó a todo el universo de que Jesús muriera por los hombres, como lo hicimos ver en el libro precedente (I 54-55).

Luego opina Celso que toda la confesión de la pasión, lejos de resolver su argumento, lo fortalece. Es que ignora la filosofía que Pablo desarrolla sobre este punto y lo que dijeron los profetas. Tampoco se enteró haber sido uno de los herejes quien dijo haber padecido Jesús aparentemente, no en la realidad (cf. IGNAT., *Ad Trall.* X). De haberlo sabido, no hubiera dicho: "Y es así que no decís haber sido a hombres impíos a quienes pareciera que Jesús padeció, sin haber padecido, sino que derechamente confesáis que padeció". No, nosotros no

[9] Acaso reminiscencia de PLAT., *Gorgias* 507d.

admitimos la apariencia de la pasión, para que su resurrección no resulte falsa, sino verdadera. Porque quien murió realmente, caso que resucite, resucita realmente; pero quien sólo aparentemente muriera, no resucitaría verdaderamente.

Mas ya que los incrédulos se mofan de la resurrección de Jesucristo, alegaremos aquí a Platón mismo, que cuenta cómo Er, hijo de Armenio, se levantó a los doce días de la pira y narró sus aventuras en el Hades *(Pol.* X 614-621). Y pues nos dirigimos a incrédulos, no será inútil para nuestro propósito recordar el caso de la mujer sin aliento, de que habla Heraclides (PLIN., *Nat. hist.* VII 175; DIOG. LAERT., VIII 60.61. 61, *alii).* Y de muchos se cuenta haber vuelto de los sepulcros, no sólo el día mismo, sino al siguiente. ¿Qué tiene, pues, de extraño que quien en vida hizo cosas tan maravillosas y por encima de todo lo humano, y tan patentes, que quienes no pueden negar que las hizo, tratan de rebajarlas poniéndolas al nivel de las hechicerías; qué tiene, decimos, de extraño que también en su muerte llevara ventaja al común de los mortales, y su alma, que dejó de grado su cuerpo, volviera a él cuando le plugo, después que fuera de él cumplió ciertos hechos de salud? Algo así se escribe en Juan haber dicho Jesús mismo: *Nadie me quita mi alma, sino que la dejo de mí mismo. Poder tengo de dejar mi alma y poder igualmente de tomarla* (Io 10,18). Y acaso por eso se dio prisa a salir del cuerpo, a fin de guardarlo intacto, y no se le quebraran las piernas, como a los ladrones que habían sido crucificados con El. *Porque al primero le quebraron los soldados las piernas, y lo mismo al otro que había sido crucificado con El; mas, llegados a Jesús y viendo que había expirado, no le quebraron las piernas* (Io 19,32; cf. III 32).

Ya hemos respondido a la pregunta de Celso: "¿Cómo puede, pues, probarse que lo supiera de antemano?" Respecto de esta otra: "¿Cómo puede ser inmortal un muerto?", sepa quien quiera saberlo que no es inmortal un muerto, sino quien resucita de entre los muertos. Ahora bien, no sólo no es inmortal un muerto, sino que Jesús mismo, que une en sí dos naturalezas, no fue inmortal antes de morir, precisamente porque tenía que morir. Es inmortal, empero, cuando ya no morirá más: *Cristo, resucitado que ha de entre los muertos, ya no muere más; la muerte no tiene ya señorío sobre El* (Rom 6,9), aunque no lo quieran los que no son capaces de entender en qué sentido se dijeron estas palabras.

17. El alto ejemplo socrático

Sandez suma es también esto: "¿Qué dios, qué demon o qué hombre sensato, sabiendo de antemano que le iba a pasar todo eso, no hubiera tratado, en lo posible, de evitarlo, y no arrojarse a lo mismo que preveía?" Pues también Sócrates sabía que tenía que beber la cicuta y morir y, de haber hecho caso a Critón (PLAT., *Crit.* 44-46), podía haberse fugado de la cárcel y no sufrir nada de eso. Sin embargo, según le pareció conforme a razón, prefirió morir como un filósofo que no vivir contra la filosofía. Y Leónidas, general de los lacedemonios, sabiendo que fatalmente tenía que morir con los defensores del paso de las Termópilas, no tuvo empeño en vivir ignominiosamente, sino que dijo a sus compañeros: "Vamos a tomar el desayuno para cenar en el Hades" (CICERÓN, *Tusc. disp.* I 42,101; PLUTARCHO, *Mor.* 225D-306D). Y el que tenga gusto en reunir anécdotas semejantes, las hallará en abundancia. ¿Qué tiene, pues, de extraño que Jesús, "aun sabiendo lo que le iba a acaecer, no lo evitara, sino que se arrojó a lo mismo que preveía?" El mismo Pablo, su discípulo, habiendo oído lo que le iba a suceder si subía a Jerusalén, se arrojó intrépidamente a los peligros y reprendió a los que, deshechos en lágrimas, lo rodeaban y trataban de impedir su marcha a Jerusalén (Act 21,12-14). Y muchos de nuestro tiempo sabían muy bien que, confesando el cristianismo, morirían y, con solo renegar de él, serían absueltos y recobrarían sus bienes; y, sin embargo, despreciaron la vida y aceptaron de buen grado la muerte por su religión.

18. El misterio de la presciencia divina

Seguidamente, el judío de Celso dice otra sandez comparable a la anterior: "Si sabía de antemano que uno lo había de traicionar y otro de negar, ¿cómo es que no lo temieron como a Dios, de suerte que ni el uno lo traicionara ni lo negara el otro?" Pero este sapientísimo Celso no vio la contradicción en que cae. Porque si, como Dios, lo supo de antemano, y no era posible fallara su presciencia, tampoco lo era que el que había previsto lo traicionaría, no lo traicionara, y el que había previsto lo negaría, no lo negara. Y, de haber sido posible que el uno no lo traicionara ni lo negara el otro, de suerte que no se diera ni el traicionar ni el negar por el hecho de haber sido de antemano advertidos, ya no hubiera salido verdadero el que dijo que uno lo traicionaría y otro lo

negaría. Porque, en realidad, conocía la maldad de donde saldría la traición, y esa maldad no se destruía por la mera presciencia. Y, por el mismo caso, si sabía quién lo había de negar, predijo la negación, porque vio la flaqueza de que procedería la negación; pero esta flaqueza no podía desaparecer, así inmediatamente, por la mera presciencia.

¿Y de dónde sacaría Celso estotro: "Mas el uno lo traicionó, y lo negó el otro, sin tenerle el menor respeto"? Porque, respecto de Judas, que lo traicionó, ya hemos demostrado (II 11) ser mentira entregara a su maestro sin respeto alguno; y no menos evidente es respecto del que lo negó; pues, *saliéndose afuera, lloró amargamente* (Mt 26,75).

19. Superficialidades de Celso

Superficial es también estotro: "Porque es evidente que si uno se percata de antemano que se acecha contra él, si lo advierte a sus acechadores, éstos se apartan y se guardan"; puesto que muchos han armado sus acechanzas aun a quienes las han presentido. Después, como quien saca la conclusión de su razonamiento, dice: "Luego todo esto no sucedió porque estuviera previsto, pues es imposible; antes bien, el haber sucedido demuestra ser mentira que fuera previsto, pues es de todo punto imposible que quienes de antemano fueron advertidos persistieran en traicionar o negar". Pero, refutadas las anteriores premisas, refutada queda con ella la conclusión: "Todo esto no sucedió porque estuviera previsto". Nosotros decimos que sucedió porque era posible; y, puesto que sucedió, se demuestra ser verdadera la predicción, pues la verdad de una predicción de lo futuro se juzga por los sucesos reales. Mentira es, por ende, lo que dice Celso sobre que se demuestra ser mentira que Jesús predijera lo que predijo. Como es sin tomo lo otro de que "es imposible que quienes de antemano fueron advertidos persistieran en traicionarlo y negarlo".

20. Otra vez el misterio de la presciencia divina

Veamos qué dice seguidamente: "Todo esto, dice, lo predijo siendo Dios, y era forzoso que lo predicho se cumpliera. Un dios, consiguientemente, llevó a sus discípulos y profetas, con quienes él comía y bebía, nada menos que a ser unos impíos y sacrílegos, él, que debiera hacer bien, desde luego, a todos los hombres y, señaladamente, a sus propios comensa-

les. A no ser que digamos que quien ha comido a la mesa de un hombre, jamás cometerá contra él una insidia; el que ha comido, en cambio, con un dios, se la armó. Y, lo que es aún más absurdo, fue el dios mismo quien se la armó a sus comensales haciéndolos traidores e impíos".

Ya que quieres refute también los argumentos de Celso, que, para mí, son patentemente fútiles, voy a responder a eso como sigue. Celso opina que una cosa profetizada acaece precisamente por haber sido profetizada en virtud de una presciencia. Mas nosotros no concedemos tal cosa, sino que decimos no ser el profeta causa del hecho futuro porque predijera que iba a suceder; es más bien el hecho futuro, que hubiera sucedido predicho y sin predecir, el que procura la causa de que el profeta, que lo conoce de antemano, lo prediga. Y todo esto está en la presciencia del profeta: puede suceder una cosa y puede no suceder; pero de las dos sucederá una sola. Y no afirmamos que el profeta quite la posibilidad de que una cosa suceda o no suceda, y pueda decir, por ejemplo: "Esto sucederá absolutamente, y no es posible que suceda de otro modo". Y esto se da en toda presciencia que toca a nuestro libre albedrío, ora se trate de las Escrituras divinas, ora de las historias y leyendas de los griegos. Así el que los dialécticos llaman "razonamiento perezoso", sofisma como es, no lo sería según Celso; pero, según toda sana razón, es sofisma.

Para que se entienda esto más claramente, aduciré, de la Escritura, las profecías sobre Judas o la presciencia que acerca de su traición tuvo nuestro Salvador; y de las leyendas griegas, el oráculo que se dio a Layo, dando de momento por bueno que sea verdadero, pues ello no afecta a nuestro razonamiento. Así, pues, sobre Judas se habla, en persona del Salvador, en el salmo 108, que comienza así: *¡Oh Dios!, no calles mi alabanza, porque la boca de un malvado y embustero se ha abierto contra mí* (v.1). Si se mira bien lo que se escribe en el salmo, se verá que, si es cierto que fue de antemano sabido que Judas traicionaría al Salvador, también lo fue que él sería culpable de la traición y merecedor, por tanto, de las maldiciones que, por su maldad, se le echan en la profecía. Padezca, se dice, todo esto, *porque no se acordó de practicar la misericordia y persiguió a un hombre pobre y mísero* (v.16). Luego pudo acordarse de practicar la misericordia y dejar de perseguir al que persiguió. Mas, pudiendo, no lo hizo, sino que cometió la traición; luego bien merece las maldiciones de la profecía contra él.

A los griegos les citaremos el oráculo que se dio a Layo, que es como sigue, ora se trate de su tenor literal, ora el trágico escribiera algo equivalente. Dícele, pues, el que sabía bien lo por venir:

> No siembres surco de hijos, contrariando
> el querer de los dioses; que si un hijo
> engendrares, matarte ha el engendrado, y por un baño
> de sangre pasará tu casa entera.
>
> (EURÍP., *Phoin.* 18-20.)

También aquí se ve claro que estaba en mano de Layo "no sembrar surco de hijos", pues no le iba a mandar el oráculo algo que no pudiera hacer. Podía también sembrarlos y a ninguna de las cosas se le forzaba. Mas del no guardarse de "sembrar el surco de hijos", siguiéronse los desastres que nos cuenta la tragedia sobre Edipo y Yocasta y los hijos de ambos.

En cuanto al "argumento perezoso" [10], que es puro sofisma, es como sigue y se dice, por ejemplo, a un enfermo, disuadiéndole, sofísticamente, de que llame al médico para curarse. Se formula así: Si está determinado que te levantes de la enfermedad, llames al médico o no lo llames, te levantarás. Mas si está determinado que no te levantes, llames al médico o no lo llames, no te levantarás. Es así que está determinado que te levantes de la enfermedad o está determinado que no te levantes, luego es inútil que llames al médico. Mas a este razonamiento se le puede oponer con gracia este otro: Si está determinado que engendres hijos, los engendrarás tanto si te ayuntas con mujer como si no. Y si está determinado que no engendres hijos, no los engendrarás, tanto si te ayuntas con mujer como si no. Es así que está determinado que engendres hijos o que no los engendres, luego en vano te ayuntas con mujer. Como en este caso es inconcebible e imposible engendrar hijos quien no se una con la mujer, y, por ende, no es vana tal unión; así, si la curación de la enfermedad se hace por vía médica, hay que acudir necesariamente al médico y es falso decir: En vano se llama al médico.

Todo esto hemos traído a cuento por lo que sentó ese sapientísimo de Celso diciendo: "Lo predijo como dios y era

[10] CIC., *De fato* XII 28ss: "Si es hado para ti que te cures de esta enfermedad, llames o no al médico, te curarás. Por el mismo caso, si es hado para ti que no cures de esta enfermedad. llames o no al médico, no curarás. y, en uno y otro caso, no hay para qué llamar al médico". Y prosigue: "Recte genus hoc interrogationis ignavum atque iners nominatum est, quod eadem ratione omnis e vita tolletur actio". El argumento era, originariamente, antiestoico. El sofisma puede trasladarse, dentro de la mentalidad cristiana, a la providencia. De él se hace cargo Orígenes en el *De oratione*.

de todo punto necesario que lo predicho se cumpliera". Porque si ese "de todo punto" lo entiende como absolutamente necesario, no se lo concederemos, pues podía también no haber sucedido; mas si el "de todo punto" se entiende que *sucederá* algo que no deja de ser verdad, aunque sea también posible que no suceda, nuestro razonamiento queda intacto, y de que Jesús predijera la traición de uno de sus discípulos y la negación de otro no se sigue que fuera culpable de una impiedad o de una acción criminal. Porque quien, según nosotros, conoce *lo que hay en el hombre* (Io 2,25), vio el mal carácter de Judas y el crimen que cometería llevado por su avaricia y de no tener la fe que debía en su maestro, y pudo, entre otras, decir aquellas palabras: *El que mete conmigo su mano en el plato, ése me entregará* (Mt 26,23).

21. Vuelta sobre las inepcias de Celso

Y es de ver también cuán superficial y palmaria mentira es la afirmación de Celso de que "no es posible que quien participa de la mesa de un hombre, atente contra él. Y si nadie atentaría contra un hombre, mucho menos pudiera, quien se ha sentado a un banquete con un dios, atentar contra ese dios". Porque ¿quién no sabe que muchos, después de compartir "la sal y la mesa", atentaron contra los que les ofrecieron hospitalidad? Llena está la historia de griegos y bárbaros de casos semejantes; y el poeta yámbico de Paros le echa en cara a Licambes haber infringido los pactos después de "la sal y la mesa", y le dice:

"Violaste el gran juramento, la sal y la mesa".
(ARQUÍLOGO, fragm.96, Bergk.)

Y los que se interesan por la erudición histórica y a ella se entregan en cuerpo y alma, abandonando estudios más necesarios sobre cómo se haya de vivir, presentarán muchos más ejemplos de cuántos [11] antiguos comensales atentaron a quienes les ofrecieron su hospitalidad.

Luego, como quien resume en demostraciones e inferencias conexas su razonamiento, dijo: "Y, lo que es más absurdo, el mismo Dios atentó contra sus comensales, haciéndolos traidores e impíos". Pero ¿cómo pudiera demostrar que Jesús "atentó" contra sus discípulos o "los hizo traidores e impíos", "si no es por cierta inferencia que él imaginó, que cualquiera puede refutar con la mayor facilidad?

[11] ὡς οἱ M: ὅσοι K. tr.

22. El cuerpo de Jesús fue pasible

Después de esto dice: "Si todo eso había él aceptado y se sometió al castigo por obedecer a su padre, es evidente que, siendo dios y sufriendo porque quería, no podía serle doloroso ni molesto lo que le venía según su talante". Celso no vio que se estaba contradiciendo a las primeras palabras. Porque, si concede que fue castigado, pues así lo había El aceptado y por obediencia a su Padre se entregó a sí mismo, es evidente que fue castigado, y no era posible que los tormentos que le infligieron sus verdugos dejaran de serle dolorosos, pues el dolor está fuera del dominio de la voluntad. Mas si, por quererlos, no le eran dolorosos ni molestos los tormentos, ¿cómo admitió Celso que fue castigado? Es que no vio que, una vez que Jesús tomó, por su nacimiento, un cuerpo, lo tomó capaz de los dolores y de las molestias que acaecen a los que tienen cuerpo, si por molestia entendemos lo que no está en nuestra voluntad. Así, pues, como voluntariamente asumió un cuerpo no enteramente de otra naturaleza que la carne humana, así, con el cuerpo asumió también los dolores y molestias del cuerpo, que no estaba ya en su mano dejar de sentir; en mano, empero, de sus verdugos estaba infligirle dolores y molestias. Anteriormente (II 10) hemos defendido que, de no haber El querido caer en manos de los hombres, no hubiera caído. Si cayó fue porque quiso, por razón, como antes demostramos (I 54-55), del beneficio que de morir El por los hombres resultaría a todo el mundo.

23. Parcialidad de Celso en sus citas del Evangelio

Luego intenta demostrar haber sido para él doloroso y molesto lo que le avino, y que, aunque hubiera querido, no habría podido hacer que no lo fuera, y dice: "¿Por qué, pues, se queja y lamenta y ruega que pase por él de largo el miedo de la muerte, diciendo poco más o menos; ¡Oh Padre, si pudiera pasar de largo este cáliz!" También aquí es de ver la malignidad de Celso, que, sin parar mientes en la sinceridad de los autores de los evangelios, que pudieran haber callado lo que, según opina Celso, se presta a acusación, no lo callaron por muchas razones que, en momento oportuno, alegará quien comente los evangelios, falsea la frase evangélica, exagerándola y poniendo lo que no está escrito. Y es así que en ninguna parte se halla que Jesús se lamentara. Además, tergiversa las palabras de Jesús: *Padre, si es posible, pase de mí*

este cáliz (Mt 26,39), y omite lo que está inmediatamente escrito y es de este tenor: *Sin embargo, no como yo quiero, sino como quieras tú* (ibid.); palabras que ponen bien de manifiesto la piedad para su Padre y su propia grandeza de alma. También afecta no haber leído estotro texto: *Si no puede pasar de mí este cáliz, sino que tengo que beberlo, hágase tu voluntad* (Mt 26,42), que manifiesta igualmente la sumisión de Jesús a su Padre respecto a los sufrimientos que le estaban determinados. Con ello imita Celso a los impíos que leen malignamente la Escritura *y hablan iniquidad contra lo alto* (Ps 72,8). Son los que parecen haber leído: *Yo mataré,* y nos lo echan muchas veces en cara; pero no se acuerdan siquiera de la otra parte: *Y yo haré vivir* (Deut 32,39), siendo así que el dicho entero quiere decir que Dios mata a los que viven para mal común y obran conforme a la maldad, pero les infunde en su lugar vida superior y cual es natural de Dios a los que mueren al pecado. Leen que se dice: *Yo heriré,* pero ya no ven que lo otro: *y yo curaré* (Deut 32,39), es como lo que dice [12] un médico [13] que corta las carnes, hace dolorosas heridas, a fin de arrancar lo que daña e impide la salud; y es de ver cómo el médico no se cansa de hacer sufrir y cortar, hasta que, gracias a su cura, restablece al cuerpo en la salud que le conviene. Tampoco leen entero el texto: *Porque El hace la llaga y El la sana* (Iob 5,18), sino que se quedan con: *El hace la llaga.* Así, el judío de Celso cita las palabras: "¡Oh Padre, ojalá pudiera pasar de mí este cáliz!", pero omite las que siguen, que demuestran la prontitud y valor de Jesús para padecer. Mas, de momento, omitimos estos puntos que requerirían larga explicación, dada con aquella sabiduría de Dios que se concede razonablemente a los que Pablo llama perfectos cuando dice: *Sabiduría, empero, hablamos entre los perfectos* (I Cor 2,6), y sólo brevemente recordaremos lo que hace a nuestro propósito.

24. Breve meditación sobre la oración del huerto

Ya hemos dicho anteriormente (II 9) que algunos dichos pertenecen al que en Jesús era *primogénito de toda la creación* (Col 1,15). Así éste: *Yo soy el camino, la verdad y la vida* (Io 14,6), y otros por el estilo. Otros, en cambio, se refieren al hombre que se pensaba haber en El, por ejemplo:

[12] λεγομένῳ M: τῷ λεγομένῳ K. tr.

[13] El ejemplo del médico es corriente en Orígenes para explicar amenazas y castigos y, en este contexto, se remonta a PLAT., *Gorgias* 480c (Chadwick).

Mas ahora buscáis matarme, a mí, que os he dicho la verdad que oí de mi Padre (Io 8,40). Así, pues, también aquí describe Jesús lo que había en su naturaleza humana, de débil en la carne humana y de animoso en su espíritu. Lo débil de la carne en estas palabras: *Padre, si es posible, pase de mí este cáliz;* lo animoso del espíritu en estotras: *Sin embargo, no sea como yo quiero, sino como tú quieras (ubi supra).* Es más, si hemos de mirar también el orden de las expresiones, observaremos que se dice primero lo que atañe, por así decir, a la debilidad de la carne, y es un solo dicho; y luego lo de la prontitud del espíritu, que son varios dichos. Un solo dicho es, en efecto, éste: *Padre, si es posible, pase de mí este cáliz;* más de uno son, empero, éstos: *No como yo quiero, sino como tú;* y estotro: *Padre mío, si no es posible que pase de mí este cáliz, hágase tu voluntad.* De observar es que no se dijo: *Pase de mí este cáliz,* sino que se dijo piadosamente y con reverencia el dicho entero: *Padre, si es posible, pase de mí este cáliz.*

Conozco también otra explicación de este lugar, que es como sigue: Como viera el Salvador las calamidades que el pueblo y Jerusalén habrían de padecer en castigo de los crímenes que contra El cometerían los judíos, por el solo amor que les tenía, no queriendo que el pueblo padeciera lo que iba a padecer, dijo: *Padre, si es posible, pase de mí este cáliz.* Como si dijera: Ya que por beber yo este cáliz de suplicios, toda la nación será abandonada por ti, ruégote que, si es posible, pase de mí este cáliz, a fin de que esta *porción tuya* (Deut 32,9) no sea enteramente abandonada en castigo del crimen que cometerá contra mí.

Por lo demás, si, como afirma Celso, nada sufrió Jesús en aquel momento doloroso ni molesto, ¿cómo podían los que estaban por venir aprovecharse de su ejemplo para soportar las molestias y trabajos por la religión, dado caso que El no sufriera lo que sufren los hombres, sino que fue todo apariencia?

25. Los apóstoles no mintieron

Dice además el judío de Celso a los discípulos de Jesús que supone haber fingido todo esto: "Ni mintiendo fuisteis capaces de encubrir verosímilmente vuestras ficciones". A esto respondo que había un camino fácil para encubrir todo eso y era no consignarlo en absoluto por escrito. En efecto, de no contenerlo los evangelios, ¿quién nos podía echar en cara que Jesús dijera eso en el tiempo de su encarnación? Pero Celso

no cayó en la cuenta ser imposible que los mismos hombres se engañaran sobre Jesús como Dios y Mesías profetizado, e inventaran sobre El, a ciencia y conciencia, claro está, de que no era verdad lo que se inventaban. De donde se sigue que, o no inventaron, sino que así sentían y sin mentir escribieron, o escribieron mintiendo y no sentían eso, ni, engañados, lo tuvieron por Dios.

26. Los que alteran el Evangelio

Luego dice que algunos de los creyentes, "como si, en plena borrachera, acometieran contra sí mismos, alteran de su primer texto el Evangelio tres y cuatro y más veces, y lo trastornan para poder negar las objeciones que se les ponen". Yo no conozco quiénes alteren el Evangelio si no son los marcionitas y valentinianos, y acaso también los secuaces de Lucano [14]. Pero esto que se dice no es culpa de nuestra doctrina, sino de quienes tienen audacia bastante para falsificar los evangelios. No es culpa de la filosofía que haya unos sofistas o unos epicúreos y peripatéticos o cualesquiera otros que sostienen falsas opiniones; así no es culpa del verdadero cristianismo haya quienes trastornan los evangelios e introducen sectas ajenas al sentido de la enseñanza de Jesús (cf. III 12; V 61).

27. De nuevo el tema de las profecías

Luego, el judío de Celso echa en cara a los cristianos que "se valgan de los profetas que de antemano anunciaron lo que atañe a Jesús". A lo dicho anteriormente (I 49-57), añadiremos ahora que, si Celso tiene, como dice, "consideración a los hombres", debiera haber citado las profecías y, defendiendo su sentido verosímil, presentar los argumentos que le parecieran capaces de refutar el uso que los cristianos hacen de ellas. De esta manera no daría la impresión de intentar resolver tamaño asunto con unas frasecillas, más que más cuando dice que "a infinitos otros se le podrían aplicar las profecías con mucha más verosimilitud que a Jesús" (cf. I 50-57). Deber suyo era haberse enfrentado cuidadosamente con esta prueba que los cristianos tienen por la más fuerte y exponer, profecía por profecía, que "se adaptan más verosímilmente a otros infinitos que no a Jesús". Pero ni siquiera cayó en la cuenta de que hablar así contra los cristianos tuviera visos de probabilidad en alguien ajeno a los escritos proféticos; pero lo cierto

[14] Marcionita independiente; cf. HIPPOL., *Ref.* VII 11; VII 37,2; TERTULL., *De carnis resurr.* 2.

es que Celso puso en boca de un judío lo que jamás habría dicho un judío. Efectivamente, jamás convendrá un judío en que las profecías se puedan ajustar más verosímilmente a infinitos otros que no a Jesús. No, el judío dará la explicación que a él le parezca más clara, y tratará de oponerse a la interpretación de los cristianos. No dirá en absoluto cosas que merezcan fe, pero intentará sin duda hacerlo.

28. La rabia judaica

Ya antes dijimos (I 56) haberse profetizado que habría dos advenimientos de Cristo al género humano; por eso no hay necesidad de responder a lo que se supone dice el judío: "Los profetas afirman que el que ha de venir será señor de toda la tierra y de todas las naciones y ejércitos". Y muy a lo judío dijo también, a lo que yo creo, y muy de acuerdo con la rabia con que insultan a Jesús sin demostración, siquiera probable[15], alguna, que "no predijeron perdición semejante". Pero ni los judíos, ni Celso, ni nadie demostrará ser una "perdición" el que a tantos hombres convierte del aluvión de los vicios a una vida conforme a la naturaleza con templanza y demás virtudes.

29. La paz, preparación para la venida de Jesús

Celso añade lo siguiente: "Nadie recomienda a Dios o al Hijo de Dios por tales signos y malas inteligencias y por argumentos tan poco nobles". Deber suyo era presentar tales malas inteligencias y refutarlas; deber igualmente demostrar por un razonamiento la poca nobleza de los argumentos; y si el cristiano parecía decir algo razonable, tratar de combatirlo y echar por tierra sus razones. En cuanto a lo que dijo debía haber acontecido con Jesús, aconteció, en efecto, como con alguien grande; pero Celso no quiso ver que aconteció, por más que la evidencia está en favor de Jesús. "Y es así que como el sol —dice—, al iluminarlo todo, se muestra primeramente a sí mismo, así debiera haber hecho el Hijo de Dios". Ya hemos dicho que así lo hizo, pues *floreció en sus días la justicia y hubo abundancia de paz...* (Ps 71,7). Lo que se cumplió apenas nacido, pues así quería Dios preparar a los pueblos para su doctrina. Todos estaban bajo un solo emperador romano, pues la incomunicación entre los pue-

[15] πιθανῶς M: πιθανῆς Bo., K. tr.

blos que había traído la multiplicidad de reinos, hubiera dificultado a los apóstoles cumplir el mandato que Jesús les diera diciendo: *Marchad y haced discípulos míos en todos los pueblos* (Mt 28,19). Y es bien notorio que Jesús nació bajo el imperio de Augusto, el que allanó (digámoslo así) a muchedumbres de hombres sobre la tierra por el rasero de un solo imperio. El haber habido muchos imperios hubiera sido un obstáculo para la propagación de la doctrina de Jesús por todo el orbe, no sólo por las razones antedichas, sino porque las gentes, dondequiera, hubieran tenido que salir a campaña y combatir por su patria. El hecho se dio en tiempos antes de Augusto y aún más antiguamente, siempre que, como en la guerra de lacedemonios y atenienses, otros pueblos hubieron de luchar unos contra otros. ¿Cómo, pues, iba a imponerse una doctrina de paz, que no permite ni vengarse de los enemigos, si, al advenimiento de Jesús, la situación del orbe no hubiera adquirido en todas partes un carácter más suave?

30. Jesús, Verbo del Padre

Luego acusa a los cristianos "de sofisticar diciendo que el Hijo de Dios en su propio Logos"; y se imagina probar su acusación; pues, "proclamando que el Logos es Hijo de Dios, no presentamos un Logos puro y santo, sino un hombre conducido con la mayor ignominia al suplicio y puesto en un madero". Ya antes (II 9) hemos respondido, brevemente, a las acusaciones de Celso sobre este punto e hicimos ver cómo *el primogénito de toda la creación* (Col 1,15) tomó cuerpo y alma humana. Allí dijimos que Dios mandó sobre cosas tan grandes del universo y fueron creadas y cómo el que recibió ese mandato fue el Logos Dios. Y ya que es un judío el que dice eso, no estará fuera de lugar valernos del salmo (106,20): *Envió su Logos y los curó, y los libró de sus corrupciones,* texto que ya recordamos arriba (I 64). Yo, aunque he tratado con muchos judíos que profesan ser sabios, no he oído a ninguno que alabe el dicho de que "el Hijo de Dios es Logos", como dice Celso, cuando atribuye a su judío estas palabras: "Si el Logos, según vosotros, es el Hijo de Dios, también nosotros lo aceptamos".

31. La genealogía de Jesús

Ya anteriormente (II 7) hemos dicho que Jesús no puede ser ni "un fanfarrón" ni "un mago" o hechicero; por eso no es menester repetir lo dicho, para no contestar a las re-

peticiones de Celso con otras repeticiones. Ahora, al meterse con la genealogía de Jesús, no dijo una palabra sobre la diferencia de las genealogías, problema que se discute entre los mismos cristianos y que algunos nos presentan como una acusación. Y es que Celso, el verdadero "fanfarrón", que proclama saber todo lo que atañe a los cristianos, no supo buscar inteligentemente las dificultades de la Escritura. Dice, empero, haber sido "unos insolentes los que hicieron descender a Jesús del primer hombre y de los reyes de los judíos". Y se imagina decir algo maravilloso añadiendo que "la mujer del carpintero no ignoraría venir de tan alta prosapia". ¿Qué tiene esto que ver con nuestro tema? Demos que no lo ignorara. ¿Qué daña esa no ignorancia a nuestro propósito? Pero demos que lo ignoraba. ¿Es que por ignorarlo no venía del primer hombre? ¿No se remontaría por eso su alcurnia a los reyes de los judíos? ¿O es que piensa Celso ser forzoso que los pobres nazcan de gente aún más pobretona y los reyes de reyes? Me parece, pues, vano gastar tiempo en este punto, como quiera que es cosa patente haber nacido, aun en nuestros tiempos, de padres ricos e ilustres, hombres más pobres que María; y de padres oscuros, caudillos de pueblos y reyes.

32. Hay que creer, o no creer, al Evangelio entero

"¿Qué hizo Jesús—dice Celso—de noble o insigne como Dios? ¿Despreció a los hombres y se rió y burló de lo que le acaeciera?" A quien así pregunta, ¿de dónde, sino de los evangelios, podemos responderle, si queremos presentar lo insigne y maravilloso que se dio en lo que le acaeciera? Ahora bien, los evangelios cuentan que la *tierra tembló y se partieron las rocas y se abrieron los sepulcros* (Mc 15,38; Mt 27,51). *Y que el velo del templo se rasgó de arriba abajo y, por eclipse del sol, se produjeron tinieblas en pleno día* (Lc 23, 44s). Ahora, si Celso cree a los evangelios donde se imagina le dan ocasión para acusar a Jesús ; y a los cristianos, y les niega crédito en cosas que demuestran su divinidad, tendremos que decirle: Amigo, o niega fe a todo y no pienses ni en acusar, o cree a todo y admira al Logos de Dios que se hizo hombre para hacer bien a todo el género humano. Por lo demás, obra insigne de Jesús es que hasta hoy, en su nombre, se curan aquellos que Dios quiere se curen. Sobre el eclipse acontecido en tiempo de Tiberio César, bajo cuyo

[10] καὶ Χριστιανῶν M: Ἰησοῦ καὶ χρ. Bo., K. tr.

imperio parece haber sido crucificado Jesús, y sobre los grandes terremotos de entonces, escribió Flegón, creo que en el libro trece o catorce de su *Crónica* (cf. II 14).

33. Jesús sufre porque quiere

Para burlarse, según él cree, de Jesús, el judío de Celso escribe que conoce lo que dice el Baco de Eurípides: "El Dios mismo, con sólo que yo quiera, me desata" (EURIP., *Bacchae* 498).

Ahora bien, no son los judíos muy amigos de las letras griegas. Mas demos que algún judío lo haya sido hasta ese punto: ¿Se sigue que Jesús, por el hecho de que no se desató estando atado, no se pudiera desatar? Si no, crea por nuestras Escrituras que también Pedro, encadenado en la cárcel, desatándole un ángel las cadenas, salió de ella (Act 12,6-9); y Pablo, juntamente con Silas, atado al cepo en Filipos, ciudad de Macedonia, fue desatado por virtud divina, en ocasión que se abrieron las puertas de la prisión (Act 16,24-26). Pero lo probable es que Celso se ríe de todo esto, si no es que ni leyó de todo punto la historia. Porque seguramente hubiera dicho contra ella que también los hechiceros, con sus encantamientos, desatan cadenas y abren puertas. Y así equipararía los artilugios de los magos con lo que entre nosotros se cuenta.

"Mas ni siquiera el que lo condenó, dice, sufrió nada, como Penteo, que se volvió loco y se despedazó a sí mismo". Pero Celso no sabe que quien condenó a Jesús no fue tanto Pilato, que *sabía que por envidia lo habían entregado los judíos* (Mt 27,18), cuanto el pueblo judío, y éste sí que fue condenado por Dios, quedó desgarrado y disperso por toda la tierra, más despedazado que Penteo. ¿Y cómo es que pasó adrede por alto lo que se cuenta de la mujer de Pilato, la cual tuvo un sueño y quedó de él tan impresionada que le mandó decir a su marido: *No te metas con ese hombre justo, pues por él he sufrido hoy mucho entre sueños?* (Mt 27,19).

Y una vez más se calla Celso lo que pone de manifiesto la divinidad de Jesús, y trata de insultarlo por lo que está escrito en los evangelios. Y así trae a cuento los soldados que "hicieron de El chacota, lo cubrieron de un manto de púrpura, lo coronaron de espinas y le pusieron una caña en la mano". Ahora bien, ¿de dónde, Celso, has sabido todo eso, sino de los evangelios? Tú has visto que todo eso son cosas ignominiosas; mas los que las pusieron por escrito no consi-

deraron que tú y los que a ti se parecen haríais burla de ellas, sino que otros tomarían de ahí ejemplo para despreciar a los que se ríen y mofan de quien muere voluntariamente por la religión. Admira más bien el amor a la verdad de los evangelistas y la nobleza de quien todo eso padeció voluntariamente por los hombres; y todo lo soportó con paciencia y magnanimidad, pues no se escribe que, por haber sido condenado a muerte, se "lamentara" ni pensara o dijera nada innoble.

34. Preguntas viles

Prosigue Celso: "¿Por qué, si no antes, ahora al menos, no muestra algo divino, y se libra a sí mismo de esta vergüenza y se venga a sí mismo y a su Padre de quienes los insultan?" A esto hay que decir que tal pregunta vale tanto como preguntar a los griegos que introducen la providencia y admiten los signos divinos o milagros: ¿Cómo es que Dios no castiga a los que escarnecen a la divinidad y destruyen la providencia? La defensa que sobre este punto aleguen ellos, la alegaremos también nosotros y aún mejor. Por lo demás, algún signo divino se produjo, el eclipse de sol y demás milagros, que pusieron de manifiesto haber en el crucificado algo divino y muy superior al vulgo.

35. La sangre de Jesús

Luego dice Celso: "¿Y qué dice cuando su cuerpo estaba puesto en el palo? ¿Qué *icor* salió de él

"cual a los dioses bienhadados correr suele"?
(*Iliada* 5,340.)

Celso habla en son de chunga, pero nosotros le demostraremos, mal que le pese, por los evangelios, que fueron escritos en serio, que del cuerpo de Jesús no corrió el *icor* mítico de que habla Homero, sino que, estando ya muerto, *uno de los soldados le hirió con la lanza su costado y salió sangre y agua. Y el que lo vio, lo atestigua y su testimonio es verdadero; y él sabe que dice la verdad* (Io 19,34). Ahora bien, la sangre de los cuerpos muertos se coagula y no brota de ellos agua limpia; pero la maravilla en el cuerpo muerto de Jesús fue que del costado del cuerpo muerto saliera sangre y agua. Pero la táctita de Celso es aducir frases de los evangelios, torcidamente interpretadas por añadidura, para acusar a Jesús y a los cristianos, y callar lo que demuestra la

divinidad de Jesús; mas si se quiere escuchar los signos divinos, lea el Evangelio y vea *cómo el centurión y su gente, que custodiaban a Jesús, viendo el terremoto y los otros fenómenos, temieron sobremanera diciendo: Verdaderamente éste era hijo de Dios* (Mt 27,54).

36. La hiel y el vinagre

Después de esto, el judío[17], que sólo toma del Evangelio frases que cree prestarse a crítica, "le reprocha a Jesús el vinagre y la hiel, como si hubiera sido demasiado propenso a beber y no hubiera sido capaz de resistir la sed, como la resiste muchas veces cualquier otro". Esto tiene su explicación propia[18] en la tropología; pero aquí es menester[19] dar la explicación ordinaria a la dificultad diciendo que fue predicho por los profetas. Efectivamente, en el salmo 68 se escribe en persona de Cristo: *Y mezclarónme hiel en la comida, y en mi sed me abrevaron con vinagre* (Ps 68,22). Digan los judíos quién es el que esto dice en la profecía y demuéstrennos por la historia quién tomó por comida hiel y fue abrevado en su sed con vinagre. Y si van tan lejos que digan que al Mesías que ellos piensan ha de venir le acontecerán estas cosas, nosotros les replicaremos: ¿Y qué inconveniente hay en que se haya cumplido ya lo profetizado? Y esto que se predijo con tantos años de anticipación, si se junta a las otras predicciones proféticas, es argumento bastante para mover a quien inteligentemente examine el conjunto de las cosas a admitir que Jesús es el Mesías profetizado e Hijo de Dios.

37. Recriminaciones contra judíos

Después de esto nos dice a nosotros especialmente el judío: "¿Conque nos recrimináis a nosotros, ¡oh fidelísimos de vosotros!, porque no tenemos a éste por Dios ni convenimos con vosotros en que padeció todo eso en beneficio de los hombres, a fin de que también nosotros despreciáramos los suplicios?" A esto responderemos que, en efecto, recriminamos a los judíos que, criados a los pechos de la ley y los profetas que de antemano anuncian a Cristo, ni resuelven los argumentos con que nosotros demostramos que Jesús es el Mesías, resolución que les procuraría alguna excusa para no creer; ni,

[17] ὁ Ἰουδαῖος K. tr.
[18] ἰδία M: ἰδίας Bo., K. tr.
[19] ἔχοιτο M: δέοιτο K. tr.

ya que no los resuelvan, creen en el que fue claramente profetizado y demostró a sus discípulos, aun después del tiempo de su encarnación, que todo eso lo sufrió por amor de los hombres. Y es así que el fin de su primer advenimiento no fue juzgar las obras de los hombres antes de enseñarles y darles ejemplo de cómo debían portarse, ni tampoco castigar a los malos y salvar a los buenos. No; el Señor quería primeramente sembrar su propia doctrina milagrosamente y con cierta virtud divina entre todo el género humano, tal como lo habían predicho también los profetas. Les recriminamos, además, que cuando les demostraba la virtud que habitaba en El [20] no le creyeron, sino que dijeron que, en virtud de Beelzebub, príncipe de los demonios, arrojaba del alma de los hombres a los demonios (Mt 12,24; 9,34). Les recriminamos también de que no reconocieran su amor a los hombres en no dejar no ya una ciudad, mas ni una aldea en que no anunciara el reino de Dios, sino que le calumniaron y vituperaron de vagabundo que andaba errante en un cuerpo innoble (I 61,69). Porque no es cuerpo innoble el que soportó tantos trabajos por el bien de quienes, dondequiera, pueden oír la palabra de Dios.

38. Mentira patente

Mas ¿cómo no calificar de mentira patente lo que dice el judío de Celso, que "Jesús no convenció a nadie mientras vivió, ni siquiera a sus discípulos; fue castigado y sufrió tales ignominias"? Porque ¿de dónde nació la envidia contra El de los que entre los judíos eran príncipes de los sacerdotes, ancianos y escribas, sino de las muchedumbres que lo seguían hasta los mismos desiertos, persuadidas y subyugadas no sólo por la consecuencia de sus discursos—pues hablaba siempre tal como convenía a sus oyentes—, sino también por sus milagros, con que impresionaba a los mismos que no creían por la consecuencia de sus discursos? ¿Cómo no tener por mentira patente "que no convenciera ni a sus discípulos"? Cierto que, por miedo (pues no estaban aún ejercitados en la fortaleza), sufrieron lo que suelen sufrir los hombres, pero no hasta el punto de perder su fe en El como Mesías. Y es así que Pedro, después de negarle, al darse cuenta del mal que había hecho, *salió afuera y lloró amargamente* (Mt 27,75). En cuanto a los otros, si es cierto que se desalentaron ante lo que sucedió, aún lo siguieron admirando, y luego, al aparecérseles resucitado, se fortalecieron en la fe, mucho más que antes, de que El era Hijo de Dios.

[20] ὑπάρχουσαν M: ἐνυπάρχουσαν (Chadwick).

39. Indigno de un filósofo

Algo indigno de un filósofo sufrió Celso al imaginar que la superioridad de Jesús entre los hombres no consiste en su doctrina de salud y en su carácter puro: Jesús debiera haber obrado contra lo que pedía la persona que asumiera y, habiendo asumido la mortalidad, no morir, o, caso de morir, no con muerte que pudiera servir de ejemplo a quienes, justamente por ese hecho, sabrían morir por la religión y confesarla francamente ante quienes yerran en materia de religión e irreligión. Son los que tienen a los hombres religiosos por los más irreligiosos y se imaginan ser religiosísimos los que yerran sobre Dios y aplican a cualquier cosa menos a Dios la recta idea de Dios. Lo cual es señaladamente cierto cuando se abalanzan hasta quitar la vida a quienes se han rendido con toda el alma, hasta la muerte, a la evidencia de un Dios único y supremo.

40. El ejemplo de Sócrates

Celso acusa además a Jesús por boca del ficticio judío de que "no se mostró puro de todos los males". Díganos entonces ese sabio de Celso de qué males no se mostró puro Jesús. Porque si afirma que no estuvo limpio de los males propiamente dichos, demuestre claramente una sola obra mala en El; pero si entiende por males la pobreza y la cruz y las insidias de hombres malvados, es evidente que afirma haberle también sucedido males a Sócrates, que no había podido mostrarse limpio de todo mal [21]. Ahora bien, cuán grande sea la muchedumbre de filósofos griegos pobres y que voluntariamente abrazaron la pobreza, el vulgo mismo lo sabe por lo que de ellos se escribe. Así, de un Demócrito, que dejó sus campos para pastos de ovejas; de un Crates, que se liberó a sí mismo haciendo merced a los tebanos de todo el dinero que logró de la venta de todos sus bienes (DIOG. LAERT., VI 87). Y Diógenes, por su extrema parquedad, vivía en un tonel, y nadie que tenga siquiera mediana inteligencia dirá que por ello viviera Diógenes entre males (DIOG. LAERT., VI 23).

41. La fe en Jesús se acrece constantemente

Niega Celso, además, que Jesús "estuviera exento de toda reprensión". Pues demuéstrenos quién de los que abrazaron su

[21] Pero Sócrates profesa justamente la doctrina de que el solo mal verdadero es el mal moral. Esta idea atraviesa toda la *Apología* platónica, el *Critón* y el *Gorgias* mismo (cf. *infra* VI 54-55). La doctrina se hizo luego estoica, y por la muerte de Sócrates argumentaban los estoicos (cf. PHILO, *De prov.* II 24; PLUTARCH., *Mor.* 105,1c),

doctrina consignó por escrito nada verdaderamente reprensible en Jesús. Y si su acusación de reprensible no se funda en ellos, muéstrenos dónde se informó para decir que no fue irreprensible. Jesús hizo creíbles sus promesas por los beneficios que hizo a los que se le adhirieron. Y nosotros, que vemos continuamente cómo se cumple lo que El dijo antes que sucediera: que este evangelio se predica en todo el mundo (Mc 13,10), que sus discípulos marchan a todos los pueblos y por dondequiera se anuncia su palabra (Mt 28,19) y son llevados ante gobernadores y reyes no por otra causa que su enseñanza (Mt 10,18), lo admiramos atónitos y día a día fortalecemos nuestra fe en El. Yo no sé con qué hechos mayores y más patentes quería Celso hiciera Jesús creíbles sus profecías; a no ser que, a lo que se ve, el *Logos, que es Jesús hecho hombre,* no quisiera que sufriera nada humano, ni se convirtiera para los hombres en noble ejemplo de cómo haya que soportar los acontecimientos adversos. Estos le parecen acaso a Celso la cosa más lamentable e ignominiosa, pues para él el dolor es el mayor de los males, y el placer, el bien sumo. Mas pareja opinión no la sostuvo ninguno de los filósofos que creen en la providencia y confiesan que el valor, la constancia y magnanimidad son virtudes. En conclusión, no desacreditó Jesús la fe en El por lo que sufrió; más bien la fortaleció en quienes están dispuestos a abrazarse con el valor y saben, enseñados por El, que la vida propia y verdaderamente bienaventurada no es de este mundo, sino del que, según sus propias palabras, se llama *siglo presente* (Mt 12,32). El vivir, empero, en el que se llama *siglo presente* (Gal 1,4) es una desgracia o el primero y mayor combate del alma.

42. El «descensus ad inferos»

Luego se vuelve a nosotros y nos dice: "No diréis, por cierto, que, no habiendo logrado persuadir a los de la tierra, marchó al Hades a convencer a los de allá". Ahora, pues, mal que pese a Celso, le diremos que, mientras estuvo en el cuerpo, no persuadió a pocos, sino a tantos en número, que, por razón de su muchedumbre, se conspiró contra su vida; y, cuando vino a ser alma desnuda del cuerpo, conversó con almas desnudas del cuerpo y de ellos convirtió las que quisieron convertirse o las que, por las razones que El sabía, vio eran más idóneas.

43. Los discípulos de Jesús, crucificados «entre ladrones»

Después de esto, no sé por qué razón dice algo por extremo tonto: "Si vosotros, inventándoos defensas absurdas sobre cosas en que ridículamente habéis sido engañados, creéis realmente defenderos, ¿qué inconveniente hay en que también otros que fueron condenados a término aún más miserable sean tenidos por mensajeros de Dios más grandes y divinos que Jesús?" Pero es patente a todo el mundo que Jesús, que padeció lo que de El se escribe haber padecido, nada tiene que ver, absoluta y evidentemente, con quienes salieron de este mundo "de manera aún más miserable" por hechicerías o por cualquier otro crimen. Nadie, en efecto, puede presentar una obra de hechiceros que convierta a las almas de los muchos pecados que se dan entre los hombres y toda la inundación de la maldad.

Además, el judío de Celso, comparando a Jesús con ladrones, dice: "Con impudencia semejante pudiera alguien decir de un ladrón y asesino ejecutado: Este no era ladrón, sino un dios, pues predijo a su banda que padecería las cosas que efectivamente padeció". A esto puede decirse primeramente que no es el haber predicho que sufriría lo que sufrió, la razón por que nosotros tenemos tan alta idea de Jesús como cuando, por decirlo así, proclamamos con franqueza que vino a nosotros de parte de Dios. En segundo lugar decimos que esa comparación fue de algún modo predicha en los evangelios, pues Dios *fue contado* por los inicuos *entre los inicuos* (Mc 15,28); ellos, que prefirieron se diera libertad a un ladrón que por una sedición y homicidio había sido echado en la cárcel y se crucificara a Jesús, como en efecto lo crucificaron, entre dos ladrones (Mt 20,23.38). Y todavía sigue Jesús siendo crucificado entre ladrones en sus genuinos discípulos, que dan testimonio de la verdad, y sufre de parte de los hombres la misma condenación que los ladrones. Decimos, pues, que, si quienes aceptan todo tormento y todo género de muerte por su piedad para con el Creador y a trueque de conservarla sincera y pura conforme a la enseñanza de Jesús; si ésos, decimos, tienen algo de común con ladrones, es claro que también Jesús, padre de esta doctrina, es lógicamente comparado por Celso con ladrones. Pero ni El, que murió por el común provecho; ni sus discípulos, que padecen por la religión y son los únicos de entre los hombres a quienes se persigue por razón del modo

[22] ἐφ' αἷς M: ἐφ' οἷς Bo

de honrar a Dios que a ellos les parece mejor, son justamente ejecutados; ni en la conjura contra Jesús hubo rastro de religión.

44. Flaqueza y valor de los apóstoles

De ver es también la superficialidad con que habla de los discípulos que Jesús tuvo en vida, diciendo: "Además, los que en vida convivieron con El y escucharon su voz y lo tenían por maestro, cuando lo vieron morir entre suplicios, no murieron con El ni por El, ni soñaron en despreciar los tormentos. Es más, negaron ser sus discípulos. ¡Y ahora vosotros morís con El!" Una vez más, para acusar nuestra doctrina, cree Celso en el pecado que cometieran los discípulos, apenas aún iniciados y débiles e imperfectos, y que se consigna en los evangelios, pero pasa completamente en silencio lo que después de su pecado llevaron a cabo: con qué libertad hablaron a los judíos, los infinitos padecimientos que de parte de ellos soportaron y cómo, finalmente, dieron su vida por la doctrina de Jesús. No quiso Celso oír que Jesús le predijo a Pedro: *Mas, cuando seas viejo, extenderás tu mano,* etc. A lo que añade la Escritura: *Esto lo dijo significando con qué género de muerte glorificaría a Dios* (Io 21,18s); ni que Santiago, apóstol y hermano de un apóstol, fue muerto a filo de espada por Herodes por causa de la doctrina de Cristo (Act 12,2); ni cuánto hicieron Pedro y los otros apóstoles predicando libremente la palabra de Dios y cómo, después de azotados, *salieron gozosos de la presencia del sanhedrín, porque habían sido tenidos por dignos de sufrir afrenta por el nombre de Jesús* (Act 5,41). De ese modo superaban muchas de las cosas que se cuentan entre los griegos sobre la constancia y valor de los que se consagraron a la filosofía. Así, pues, desde el principio se afianzó, sobre todo entre los oyentes de Jesús, su enseñanza sobre el desprecio de la vida que sigue el vulgo y el empeño por vivir vida semejante a la de Dios.

45. Repeticiones de Celso

Mas ¿cómo absolver de mentira al judío de Celso cuando dice: "Mientras vivió en este mundo sólo pudo ganarse a diez marinos y alcabaleros, gentes perdidísimas (cf. I 62), y ni siquiera a todos"? Porque es evidente que los mismos judíos pueden confesar que no fueron sólo diez los que ganó, ni sólo cien, ni mil, sino, de golpe, una vez cinco mil (Mt 14,21) y otra cuatro mil (15,38). Y hasta punto tal los ganó que

le siguieron hasta el desierto, único capaz de contener tanta muchedumbre de gentes que creían en Dios por medio de Jesús. Y allí les ofreció no sólo discursos, sino también obras. Por lo demás, Celso, al repetirse, nos obliga también a repetirnos, pues queremos evitar piense nadie que pasamos por alto acusación alguna de las que nos hace. Y en el punto de que tratamos, según el orden que seguimos, dice: "Si viviendo no pudo El mismo convencer a nadie y, una vez muerto, todo el que quiere convence a tantos, ¿no será esto por extremo absurdo?" Mas si hubiera querido hablar consecuentemente, debiera haber razonado así: Si, una vez muerto El, persuade no simplemente todo el que quiere, sino el que quiere y puede a tanta gente, ¿cuánto más razonable no será pensar que, mientras estuvo en vida, persuadió a muchos más por su poderosa palabra y por sus obras?

46. Por qué creemos en Cristo... según Celso

Luego, Celso nos hace esta pregunta: "¿Con qué razonamiento os movisteis a creer que éste era Hijo de Dios?" Y él mismo se da la respuesta como si fuera nuestra; pues finge que nosotros respondemos "habernos movido, porque sabemos que su suplicio fue para destruir al padre de la maldad". Pero nosotros nos movimos por otros infinitos motivos, de los que hemos expuesto anteriormente una parte mínima y, con la ayuda de Dios, expondremos otros, no sólo en la refutación que llevamos entre manos del que Celso tiene por *Discurso verdadero,* sino en muchos otros lugares. Y, como si nosotros dijéramos que tenemos a Jesús por hijo de Dios por haber sufrido suplicio de muerte, dice Celso: "¿Pues qué? ¿No fueron también otros ajusticiados, y no menos ignominiosamente?" En lo que hace Celso algo semejante a los más míseros enemigos de nuestra religión, los cuales se imaginan que, por contarse haber sido Jesús crucificado, es natural que demos culto a todos los crucificados.

47. Vuelta sobre los milagros de Jesús

Muchas veces ya (I 6,68.71; II 32), incapaz de negar los milagros que se escribe haber hecho Jesús, trata Celso de desacreditarlos como hechicerías; y muchas veces, según nuestras fuerzas, hemos replicado a sus razones. Mas ahora habla como si nosotros respondiéramos que hemos tenido a Jesús por Hijo de Dios "porque curó a cojos y ciegos". Y añade: "Y, se-

gún vosotros decís, resucitó también muertos" [28]. Ahora bien, que curó cojos y ciegos, por lo cual lo tenemos por Mesías Hijo de Dios, es para nosotros patente por el hecho de que también está escrito en las profecías: *Entonces se abrirán los ojos de los ciegos y oirán los oídos de los sordos; entonces saltará el cojo como ciervo* (Is 35,5s). También resucitó muertos, y que tales resurrecciones no sean ficción de los autores de los evangelios pruébase por esta consideración: de tratarse de una ficción, se hubieran consignado muchos más muertos resucitados y que llevaran más días en los sepulcros; pero, como no se trata de ficción, son muy contadas las resurrecciones de que se habla: la de la hija del presidente de la sinagoga, de la que, no sé por qué razón, dijo Jesús: *No está muerta, sino que duerme* (Lc 8,52), diciendo sobre ella algo que no conviene a todos los muertos; y la del hijo único de la viuda, del que tuvo compasión y lo resucitó haciendo parar a los portantes del féretro (Lc 7,11-17), y la tercera, la de Lázaro, que llevaba ya tres días en la tumba (Io 11,38-44). Y añadiremos a este propósito para los de mejor inteligencia y, señaladamente, para el judío, que, como *en los días del profeta Eliseo había muchos leprosos y ninguno de ellos fue curado, excepto Naamán, sirio; y como había muchas viudas en tiempo del profeta Elías, y a ninguna fue Elías enviado, excepto a Sarepta de Sidonia* (Lc 4,27-29), pues sólo ella, por cierto juicio divino, fue digna del milagro que el profeta obró sobre los panes (3 Reg 17,11-16); así, muchos muertos había en los días de Jesús, pero sólo resucitaron los que el Logos creyó idóneos para la resurrección, a fin de que lo que el Señor hacía no sólo fuera símbolo de ciertas cosas, sino que atrajera también por ello a muchos a la admirable doctrina del Evangelio.

Pero yo diría, además, que, conforme a la promesa de Jesús (Io 14,12), sus discípulos hicieron mayores milagros que los que El hizo en el orden sensible. Y es así que continuamente se abren los ojos de ciegos de alma; y los oídos de quienes estaban sordos a las palabras de la virtud oyen de buena gana hablar de Dios y de la vida bienaventurada en Dios; y muchos cojos de los pies del que la Escritura llama *hombre interior* (Rom 7,22 *et alibi*), ahora, curados por el Verbo, no saltan simplemente, sino que saltan como un ciervo, animal enemigo de las serpientes y superior al veneno de las víboras. Y estos cojos, una vez curados, reciben de Jesús potestad de pisar con los pies de que antes cojeaban por encima de las

[28] νεκρούς M: καὶ ν. Glöckner, Bader.

serpientes y escorpiones de la maldad y, en absoluto, sobre toda la maldad del enemigo (Lc 10,19). Y, al pisarlo, no reciben daño, pues también ellos se han hecho superiores a toda maldad y al veneno de los démones.

48. Nuevo ataque a los milagros

Ahora bien, Jesús no quiso simplemente avisar a sus discípulos que no prestaran atención a hechiceros y a quienesquiera prometen milagros por la vía que fuere (sus discípulos no necesitaban de este aviso), sino precaverlos más bien contra los que se proclamaran ser el Cristo de Dios y, por medio de ciertos aparentes prodigios, trataran de atraerse a los discípulos de Jesús. En este sentido dice una vez Jesús: *Si alguno os dijere entonces: "Mirad, aquí o allí está el Cristo"* (o Mesías), *no lo creáis. Se levantarán, en efecto, falsos cristos y falsos profetas y harán grandes señales y prodigios hasta el punto de extraviar, si fuera posible, a los elegidos. Mirad que os lo he dicho de antemano. Si, pues, os dijeren: "Mirad que está en el desierto", no salgáis; "Mirad que está en los graneros", no lo creáis. Porque, como el relámpago sale de oriente y brilla hasta occidente, así será el advenimiento del Hijo del hombre* (Mt 24,23ss). Y en otro lugar: *Muchos me dirán aquel día: "Señor, Señor, ¿no hemos comido en tu nombre, y en tu nombre hemos bebido, y en tu nombre hemos arrojado los demonios y hemos hecho muchos milagros?" Y yo les responderé: "Apartaos de mí, porque sois obradores de iniquidad"* (Mt 7,22).

Celso, empero, queriendo equiparar los milagros de Jesús con la magia humana, dice textualmente: "¡Oh luz de la verdad! Con sus propias palabras, según vosotros mismos consignasteis por escrito, anuncia que vendrán a vosotros otros que se valdrán de milagros semejantes siendo unos malvados hechiceros". Y hasta nombra a un cierto Satanás como autor de tales tramoyas. Así, ni él mismo niega que todo esto no tiene nada de divino, sino que son obras de hombres malvados. Y, forzado de la verdad, descubrió los artilugios de los otros y desacreditó, a par, los suyos propios. Ahora bien, ¿no es cosa miserable tener, por las mismas obras, a uno por un dios y a otros por hechiceros? ¿Por qué razón, si a esos hechos nos atenemos, tener por más malvados a los otros que a éste, más que más que él nos vale de testigo? Todo eso confesó él mismo no ser signos de naturaleza divina, sino de gentes embusteras y padrones de toda maldad". Veamos en estas palabras si no queda Celso convicto de tergiversar nuestra doc-

trina, pues una cosa es lo que dice Jesús sobre los que obrarán milagros y prodigios, y otra la que afirma el judío de Celso. A la verdad, si Jesús dijera simplemente a sus discípulos que se guardaran de los que profesan hacer milagros y no añadiera quiénes dirán que son, tendría acaso algún lugar la sospecha del judío; pero de quienes quiere Jesús que nos guardemos es de los que afirman ser el Mesías, cosa que no hacen los hechiceros. Como dice, además, que algunos, no obstante vivir mal, harán milagros en el nombre de Jesús y arrojarán de los hombres los demonios, más bien se destierra, por decirlo así, por ese pasaje [24] la hechicería y toda sospecha de la misma. Se demuestra, en cambio, lo que hay de divino en Cristo y en sus discípulos, pues resulta posible que alguien, valiéndose del nombre de Cristo y movido, no sé cómo, por cierta potencia, parezca realizar milagros parecidos a los de Cristo para darse él mismo por Cristo; y otros, en el nombre de Jesús, otros parecidos a sus auténticos discípulos.

49. El misterio de la iniquidad

Y Pablo, en la segunda carta a los Tesalonicenses, declara cómo un día se revelará *el hombre de la iniquidad, el hijo de la perdición, el que se opone y se levanta sobre todo el que se dice Dios o cosa santa, hasta el punto de sentarse en el templo de Dios y hacer él mismo ostentación de Dios.* Y a los mismos tesalonicenses les dice: *Y ahora ya sabéis lo que lo retiene para que se revele en su propio tiempo. Porque ya está operando el misterio de la iniquidad, sólo hasta que sea quitado del medio el que retiene. Y entonces se revelará el inicuo, a quien el Señor Dios matará con el aliento de su boca, y lo aniquilará con la manifestación de su advenimiento; a él, cuyo advenimiento es según la operación de Satanás en todo poder y signos mentirosos, y en todo linaje de embuste inicuo para los que se pierden.* Y explicando la causa de que se le permita al inicuo venir al mundo, dice: *Por no haber recibido el amor de la verdad para salvarse. Y por eso les envía Dios una operación de error para que crean en la mentira, y así sean juzgados todos los que no creyeron en la verdad, sino que se complacieron en la iniquidad* (2 Thess 2,1-12).

Pues diga ahora quienquiera si hay algo en el Evangelio o en el Apóstol que pueda dar lugar a sospecha de que, en ese pasaje, se preconiza la magia. Y a mano de quienquiera

[24] τῶν M: διά τῶν Wifstrand.

está tomar de Daniel la profecía sobre el anticristo (7,23-26). En conclusión, Celso tergiversa las palabras de Jesús, pues El no dice que vendrán quienes hagan milagros semejantes, siendo hombres malvados y hechiceros, y Celso afirma que eso dice. No, así como la virtud de los hechiceros de Egipto no era semejante a la gracia maravillosa de Moisés (Ex 7,8-12), sino que el fin demostró que en los egipcios se trataba de trucos y lo de Moisés era divino, así las obras de los anticristos y de quienes pretenden hacer milagros como si fueran discípulos de Jesús, se dicen ser *signos y prodigios de mentira, que tienen fuerza en todo engaño de iniquidad para los que perecen;* mas las obras y milagros de Cristo y de sus discípulos no dan por fruto el engaño, sino la salud de las almas. Porque ¿quién con un adarme de razón dirá proceda del engaño la enmienda de la vida y la represión, mayor cada día, de la maldad?

50. Disquisición origeniana

Algo vio, sin duda, Celso en la Escritura cuando le hizo decir a Jesús que "cierto Satanás armaría todas esas tramoyas". Pero saca una conclusión precipitada diciendo que "ni Jesús mismo niega que nada tiene todo eso de divino, sino que son obras de malvados". Con ello pone en el mismo género cosas que son género distinto. Como el lobo y el perro, aunque aparentemente se asemejan en la forma del cuerpo y en el aullido, no son de la misma especie, como no lo son tampoco la paloma torcaz y la doméstica; así nada tiene de semejante lo que se hace por virtud divina y lo que procede de la magia.

Pero, además, a las malignas argucias de Celso diremos también lo que sigue: ¿Conque pueden darse milagros de la magia en virtud de los malos espíritus y no podrá realizarse milagro alguno que proceda de la naturaleza divina y bienaventurada? ¿Conque la vida de los hombres tendrá que soportar lo peor y no le quedará por ningún cabo lugar para lo mejor? A mi parecer hay que sentar en todo este principio: Dondequiera hay algo malo que pretende ser de la misma especie que el bien, allí tiene por fuerza que haber algo bueno que se le oponga. Así, dado que hay cosas que se llevan a cabo [25] por magia, es de absoluta necesidad haya en la vida cosas que se realizan por operación divina. Y, lógicamente, o hay que negar ambas cosas y decir que no se da ni una ni otra, o,

[25] ἐπιτελούντων M: ἐπιτελουμένων K. tr.

afirmada una y, señaladamente, la mala, hay que confesar también la buena. El que afirmara lo que procede de la magia, pero negara lo que viene de la operación divina, me parecería a mí como el que afirmara que existen sofismas y proposiciones persuasivas, carentes de verdad, no obstante pretender demostrar la verdad, pero no verdad alguna entre los hombres, ni dialéctica con derecho de ciudadanía, opuesta a los sofismas.

Ahora bien, si admitimos ser consecuente haya de haber entre los hombres algo que se opera por virtud divina desde el momento que es una realidad la magia y hechicería operada por malos espíritus, encantados por curiosos encantamientos y obedientes a las órdenes de los magos, ¿por qué no hemos de examinar con diligente examen a los que prometen realizar milagros, por su vida y carácter y circunstancias de los milagros, y ver si los hacen para daño de los hombres o para corrección de las costumbres? Así averiguaremos quién hace todo eso en servicio de los démones, y quién, estando *en tierra limpia y santa* (Ex 7,8ss), según alma y espíritu y hasta (opino yo) según el cuerpo delante de Dios, habiendo recibido cierto espíritu divino, realiza esas cosas para bien de los hombres y para incitarlos a creer en el verdadero Dios. Ahora bien, si es menester indagar, sin prejuicios, sobre los milagros, quién los hace con buen fin y quién con malo, de suerte que ni los condenemos todos, ni todos los admiremos y aceptemos como divinos, ¿cómo no ha de saltar a los ojos, por las circunstancias que concurrieron en Moisés y Jesús, pues por sus milagros se constituyeron pueblos enteros, haber hecho por virtud divina lo que de ellos se escribe que hicieron? A la verdad, por maldad y arte de encantamiento no se hubiera constituido todo un pueblo, que no sólo abandona los ídolos y templos, obra de hombres, sino que sobrepasa toda la naturaleza creada y se remonta al principio increado del Dios del universo.

51. Paralelo entre Moisés y Jesús

Mas, puesto que es un judío el que habla en el libro de Celso, le podemos preguntar: ¿Cómo es, amigo, que tú crees ser cosas divinas las que tus Escrituras consignan haber hecho Dios por medio de Moisés y te esfuerzas en defenderlas contra los que las calumnian y las ponen al nivel de lo que hacen por arte de magia los sabios de Egipto, y niegas, en cambio, sea divino lo que tú mismo confiesas haber hecho Jesús, con lo que imitas a los egipcios, que están contra ti? El resultado, que fue constituirse toda una nación gracias a los milagros operados por Moisés, demuestra evidentemente

haber sido Dios quien todo eso hizo por medio de Moisés. ¿Cómo no se demostrará lo mismo en el caso de Jesús, que llevó a cabo obra superior a la de Moisés? Y es así que Moisés sacó de Egipto a un pueblo que, por tradición, como descendencia de Abrahán, guardaba la circuncisión y era celoso de las costumbres del mismo Abrahán, lo que lo disponía grandemente para seguirlo; y luego le dio leyes que tú crees ser divinas. Jesús, empero, acometió obra más audaz, pues introdujo la manera de vida conforme al Evangelio en modos de vivir de antes arraigados y en costumbres tradicionales y en formas de educación que seguían las leyes establecidas. Y, como Moisés necesitó de milagros para que le creyeran, no sólo el senado (de ancianos), sino también el pueblo—milagros que constan en las Escrituras—, ¿por qué no los había de necesitar también Jesús para ser creído de las gentes del pueblo, acostumbrados a pedir milagros y prodigios? Antes bien, debían ser mayores y más divinos en parangón con los de Moisés, pues tenían que apartar a los creyentes de las fábulas judaicas y de las tradiciones humanas que estaban vigentes entre ellos, y hacerles aceptar que quien esto enseñaba y llevaba a cabo era más grande que los profetas. ¿Y cómo no había de ser más grande que los profetas quien por los profetas había sido pregonado como Mesías y salvador del género humano?

52. Se retuerce el argumento

Por lo demás, todo lo que el judío de Celso dice contra los que creen en Jesús puede retorcerse en contra de Moisés; de suerte que puede decirse que en nada se diferencian la magia de Jesús y la de Moisés; pues, de atenernos a lo que dice el judío de Celso, una y otra se prestan a los mismos reproches. Así, acerca de Cristo, dice el judío de Celso: "¡Oh luz de la verdad! Por sus mismas palabras proclama eso Jesús sin ambages, según vosotros mismos lo consignasteis por escrito, pues vendrán a vosotros otros que se valdrán de milagros semejantes, siendo malvados hechiceros". Y sobre Moisés puede decir un incrédulo, sea griego, sea egipcio, sea cualquier otro, dirigiéndose al judío: "¡Oh luz de la verdad! Por sus mismas palabras proclama Moisés sin ambages, como vosotros mismos lo consignasteis por escrito, que vendrán a vosotros otros que se valdrán de milagros semejantes, siendo malvados hechiceros". Escrito está, efectivamente, en vuestra ley: *Si se levantare en medio de ti un profeta o uno que sueña sueños, y te diere una señal o prodigio y*

se cumpliere la señal o prodigio y te dijere: "Vamos y sigamos a dioses extraños que tú no conoces, y adorémoslos, no escucharás las palabras de aquel profeta o soñador de sueños", etc. (Deut 13,1-3). El judío, para desacreditar las palabras de Jesús, dice: "Y nombra a cierto Satanás como armador de tales tramoyas"; mas el que quiera retorcer esto contra Moisés dirá que "nombra a un profeta soñador que arme tales tramoyas". El judío de Celso dice sobre Jesús que "ni El mismo niega que todo esto nada tiene de divino, sino que son obras de malvados"; y, por el mismo caso, el que no tenga fe en Moisés, dirá, alegando el texto susodicho, que "ni el mismo Moisés niega que en todo esto no hay nada de divino, sino que son obras de malvados". Y lo mismo hará con estotras palabras: "Forzado por la verdad, descubrió Moisés a par los artilugios de los otros y refutó los suyos propios". Y al judío que arguye así: "¿Cómo, pues, no ser cosa miserable que, por las mismas obras, a uno se le tenga por un dios y a los otros por hechiceros?", se le podría contestar por el texto citado de Moisés: "¿Cómo, pues, no ser cosa miserable que, por las mismas obras, a uno se le tenga por profeta y servidor de Dios y a los otros por hechiceros?"

Mas ya que Celso insiste en este punto y añade a lo que ya hemos expuesto como cosas que pueden aplicarse a una y otra parte: "Porque ¿qué razón hay, por estos hechos, para tener a los otros por más malvados que a éste, cuando lo podemos tomar a él mismo por testigo?", añadiremos por nuestra parte lo siguiente: ¿Qué razón hay, por estos hechos, para tener por malvados aquellos a quienes prohíbe Moisés dar fe, aunque hagan ostentación de milagros y prodigios, más que al mismo Moisés, por el hecho de que desautorizó a otros en punto a milagros y prodigios? Y machacando sobre lo mismo, como quien urge el argumento, dice: "Todo esto confesó él mismo no ser señales de una naturaleza divina, sino de impostores, padrones de toda maldad". ¿Quién es, pues, ese "él mismo"? Tú, judío, dices que Jesús; pero el que te eche en cara las mismas faltas aplicará ese "él mismo" a Moisés.

53. Nueva retorsión

Luego el judío de Celso (para guardar el papel que desde el principio se le concede) dice en la arenga a sus propios conciudadanos que han creído en Jesús, pero apuntando, desde luego, a nosotros: "¿Qué os movió a creer, si no es que predijo resucitaría después de muerto?" También esto, como

lo anterior, se puede retorcer contra Moisés. Le preguntaremos, pues, al judío: ¿Qué os movió a creer, si no es haber escrito acerca de su muerte estas palabras: *Y murio allí Moisés, servidor de Dios, en tierra de Moab, por mandato del Señor, y lo sepultaron en Moab, cerca de la casa de Fogor. Y nadie, hasta el día de hoy, conoce el lugar de su sepultura* (Deut 34,5-6). Porque, como el judío toma ocasión de calumniar a Jesús porque dijo que resucitaría después de muerto, a quien así habla le podrá otro replicar que también Moisés escribió en el Deuteronomio (del que es autor) que nadie, hasta el día de hoy, conoce su sepulcro, con intención de hacerlo más venerable y exaltarlo, como desconocido para el género humano .

54. Celso, contra el argumento de la resurrección

Después de esto, dice el judío de Celso a sus compatriotas que creen en Jesús: "Pues sí, vamos a creer que eso se os ha dicho. Pero ¿cuántos otros no nos vienen con prodigios semejantes para persuadir a los bobos que los escuchan, haciendo granjería del embuste? Ahí está un Zamolxis, criado que fue de Pitágoras (HEROD., 4,94), y el mismo Pitágoras en Italia (DIOG. LAERT., VII 41), y Rapsinit en Egipto, de quien se cuenta nada menos que haber jugado a los dados con Deméter en el Hades y que subió de allí con un pañuelo de oro como regalo de ella (HEROD., 2,122); a los que hay que añadir a Orfeo entre los odrisas, a Protesilao en Tesalia, a Heracles en el Ténaro, y a Teseo. Mas lo primero que habría que examinar es si realmente resucitó nadie jamás, de verdad muerto, con su propio cuerpo. ¿O es que pensáis que lo de los otros es puro cuento, y así lo parece, pero que vosotros habéis hallado un desenlace más verosímil y convincente de vuestro drama: aquel grito que lanzó sobre el madero en el momento de expirar, el terremoto y las tinieblas? ¡Y no veis que, vivo, no pudo socorrerse a sí mismo, para que resucitara después de muerto y mostrara las señales de su suplicio y las manos tal como habían sido taladradas! ¿Y quién vio todo eso? Una mujer furiosa, como decís, y algún otro de la misma cofradía de hechiceros, ora lo soñara por alguna disposición especial de su espíritu, ora, según su propio deseo, se lo imaginara con mente extraviada; cosa, por cierto, que ha sucedido a infinitas gentes; o, en fin, lo que es más probable, quisiera impresionar a otros con este

prodigio y dar, con parejo embuste, ocasión a otros charlatanes mendicantes".

Ya, pues, que es un judío el que dice esto, defenderemos a nuestro Jesús, como si realmente nuestro adversario fuera un judío, retorciendo una vez más el argumento contra Moisés y diciéndole: ¿Cuántos otros nos vienen con prodigios semejantes a los de Moisés, con el solo fin de embaucar a los bobos que los escuchan, haciendo granjería del embuste? Y en cuanto a mentar los prodigios de Zamolxis y Pitágoras, mejor diría con quien no tenga fe en Moisés que con un judío, que no suele tener muchas ganas de saber las leyendas de los griegos. Y más verosímil es que un egipcio, que no cree en los milagros de Moisés, aduzca el ejemplo de Rapsinit. El egipcio afirmará ser más probable que Rapsinit bajara a los infiernos y jugara a los dados con Deméter, le quitara a la fuerza un pañuelo de oro y lo mostrara como señal de haber estado en el Hades y que, en fin, subió de allá, que no lo que escribe Moisés de sí mismo sobre que penetró en la oscuridad donde estaba Dios (Ex 20,21), y que él solo, con exclusión de los otros, se acercó a Dios. Escribió, efectivamente, así: *Y sólo Moisés se acercará a Dios, mas los otros no se acercarán* (Ex 24,2). Así, pues, nosotros, discípulos de Jesús, diremos al judío que así habla: Tú, que nos acusas de nuestra fe en Jesús, defiéndete ahora a ti mismo y di qué responderás al egipcio o a los griegos si las acusaciones que tú has presentado contra Jesús se retuercen contra Moisés. Y si denodadamente luchas por defender a Moisés como que, en efecto, hay razones convincentes y claras en su favor, sin darte cuenta, en lo que alegues en favor de Moisés, demostrarás, aun sin quererlo, que Jesús es más divino que Moisés.

55. La vida y muerte de los discípulos de Jesús, prueba evidente de su resurrección

El judío de Celso tiene por puro truco los cuentos sobre los héroes que se dice haber bajado al Hades y subido de allí nuevamente. Los héroes, según él, podían haber desaparecido por algún tiempo y sustraerse de la vista de todo el mundo y reaparecer luego como si volvieran del otro (esto parece, en efecto, dar a entender el lenguaje del judío respecto de Orfeo entre los odrisas, de Protesilao en Tesalia, de Heracles en el Ténaro y hasta de Teseo). ¡Enhorabuena! Pero nosotros le vamos a demostrar que lo que se cuenta

acerca de la resurrección de Jesús de entre los muertos no puede parangonarse con estas fábulas. Efectivamente, cada uno de esos héroes de que se habla en los diversos lugares pudo sustraerse a las miradas de las gentes y luego, cuando le pareciera bien, volver a los que antes dejara. Pero Jesús fue crucificado en presencia de todos los judíos y, a la vista del pueblo, fue su cuerpo bajado de la cruz. ¿Cómo se atreven entonces a decir haber él inventado algo parecido a lo de los héroes, que bajara a los infiernos y de allí subiera de nuevo? Nosotros afirmamos más bien que, justamente por razón de las fábulas de los héroes que se cree haber forzado el camino del Hades y bajado allá, puede alegarse en favor de la crucifixión algo como lo que sigue: si suponemos que Jesús murió de muerte oscura y no patentemente ante todo el pueblo judío, y luego resucitara realmente, algún lugar pudiera haber para que de El se dijera lo que se sospecha de los héroes. Acaso, pues, a las otras causas por que fue crucificado Jesús pueda añadirse la de que murió públicamente sobre la cruz para que nadie pudiera decir que se sustrajo voluntariamente de la vista de los hombres, y sólo aparentemente habría muerto, no en realidad; y luego, reapareciendo, habría armado la tramoya de su resurrección. Pero, en mi sentir, el argumento claro y evidente es el de la vida de sus discípulos, que se entregaron a una doctrina que ponía, humanamente, en peligro su vida; una doctrina que, de haber ellos inventado la resurrección de Jesús de entre los muertos, no hubieran enseñado [26] con tanta energía. A lo que hay que añadir que, conforme a ella, no sólo prepararon a otros a despreciar la muerte, sino que lo hicieron ellos los primeros.

56. Incongruencia

Y es de ver con qué absoluta ceguera habla el judío de Celso, dando por imposible que nadie resucite de entre los muertos con su propio cuerpo: "Pero habría, dice, que examinar si alguien, muerto de verdad, resucitó jamás con su propio cuerpo". Ningún judío habría dicho eso, desde el momento que cree lo que se escribe en el libro tercero y cuarto de los Reyes sobre los dos niños, de los que al uno resucitó Elías (3 Reg 17,21-22) y al otro Eliseo (4 Reg 4,34-35). Yo pienso que Jesús no vino a otro pueblo que el judaico, precisamente porque allí estaban acostumbrados a los milagros; así, comparando los milagros que ya ellos creían

[26] καὶ αὐτοὶ M: κατὰ τοῦτο K. tr.

con los que Jesús hacía y de El se contaban, vinieran a convencerse de que éste, a quien pasaban cosas mayores y ejecutaba por su parte otras más maravillosas, era superior a todos los otros taumaturgos.

57. La resurrección de los dos niños y la de Jesús

Luego, ya que el judío ha alegado las leyendas de los que armaron la tramoya de su propia resurrección [27] de entre los muertos, dice a los creyentes de entre los judíos: "¿O es que os imagináis que lo de los otros son cuentos, y tales parecen, pero que vosotros habéis hallado un desenlace de vuestro drama más congruente y convincente: aquel grito suyo sobre el palo cuando expiró?" Sobre esto responderemos al judío: Esos que tú has alegado, los tenemos también nosotros por cuentos; mas lo que cuentan las Escrituras que nos son comunes a vosotros y a nosotros y no sólo veneráis vosotros, sino por igual nosotros, eso afirmamos no ser en modo alguno cuentos. Por eso no creemos contaran patrañas los autores que en ellas consignaron resurrecciones de muertos, y en la de Jesús creemos como predicha por El mismo y anunciada por los profetas. Y fue tanto más maravillosa la resurrección de Jesús respecto de la de los niños dichos, cuanto que a éstos los resucitaron los profetas Elías y Eliseo; a El, empero, no lo resucitó ningún profeta, sino su Padre del cielo (Act 2,24). Por eso fueron también mayores los efectos de la resurrección de Jesús que la de aquellos niños. ¿Qué trajo, en efecto, al mundo la resurrección de aquellos niños por obra de Elías y Eliseo, que pueda compararse con los bienes de la resurrección de Jesús al ser predicada y, por virtud divina, creída?

58. En qué se socorrió, o no se socorrió, Jesús a sí mismo

También tiene por fantasmagoría lo del terremoto y las tinieblas. A esto respondimos ya anteriormente (II 14,33), según nuestras fuerzas, alegando a Flegonte, que cuenta haber acaecido esos fenómenos al tiempo de la pasión de Jesús. Y prosigue diciendo Celso que "el que, vivo, no se socorrió a sí mismo, ¡muerto iba a resucitar!". Y que Jesús "mostró las señales de su suplicio y cómo tenía taladradas las manos". Por nuestra parte le preguntamos a Celso a qué se refiere eso de que

[27] περὶ τῶν ὡς M: περὶ ἑαυτῶν ὡς Chadwick.

"no se socorrió a sí mismo". Porque si se refiere a la virtud, le responderemos que se socorrió en absoluto, pues nada indecoroso dijo ni hizo, sino que, verdaderamente, *como oveja fue conducido al matadero y, como cordero, estuvo mudo ante el que lo trasquila* (Is 53,7); y el Evangelio atestigua que Jesús *no abrió su boca* (Mt 26,63; 27,12-14). Mas si el "no socorrerse" lo toma de las cosas indiferentes y corporales, ya hemos demostrado por los evangelios que a ello fue de pleno grado.

Luego, ya que ha dicho, tomándolo del Evangelio, que Jesús, resucitado de entre los muertos, mostró las señales de su suplicio y las manos taladradas, pregunta así: "¿Y quién lo vio?" Y, a renglón seguido, calumniando a María Magdalena, que se escribe haberlo visto, se contesta: "¡Una mujer frenética, como vosotros decís!" Mas como no sólo se escribe haber visto ella a Jesús resucitado, sino también otros, también a estos trata de insultar el judío de Celso diciendo: "O algún otro de la misma banda de embaucadores".

59. Falsa explicación de Celso sobre la fe en la resurrección

Luego, como si fuera posible que uno se imagine a un muerto como si estuviera vivo, prosigue diciendo Celso como buen epicúreo: "Eso lo soñó alguien por cierta disposición de espíritu o, conforme a su deseo, se lo imaginó con opinión extraviada, y así lo propaló; fenómeno, dice, que se ha dado ya en infinitas gentes". Esto parece decirse con mucha astucia; sin embargo, no prueba menos un dogma necesario, a saber: que subsiste el alma después de la muerte y que, quien ha abrazado este dogma, no cree en vano sobre la inmortalidad del alma, por lo menos en su pervivencia; y así Platón, en el diálogo sobre el alma, dice que fantasmas como sombras se les han aparecido a algunos en torno a las tumbas (PLAT., *Phaid.* 81D; cf. *infra* VII 5). Ahora bien, esas apariciones que se dan en torno a los sepulcros proceden de algo que subsiste, del alma que subsiste en el llamado cuerpo esplendoroso [28]. Mas Celso no admite nada de eso, sino que quiere que las gentes sueñen despiertas y se imaginen las cosas, con opinión extraviada, conforme a su deseo. Creer que así suceda entre sueños no está fuera de razón; pero no es verosímil en la vigilia, a no ser que se trate de gentes fuera de sí, que sufren delirio o melancolía. Seguramente, por haber

[28] Sobre el "cuerpo esplendoroso" se remite Chadwick a sus observaciones en *Harv. Theol. Rev.* XL 1 (1948) 99s.

previsto Celso esta objeción, llamó frenética a la mujer. Pero nada de eso indica la Escritura, de donde tomó Celso pie para sus acusaciones.

60. El caso de Tomás

Así, pues, en opinión de Celso, también Jesús, después de su muerte, "emitía cierta apariencia de las llagas que se hizo en la cruz, pero no estaba verdaderamente herido". Mas, como cuenta el Evangelio, algunas de cuyas partes, según le viene en talante, cree Celso, si le dan pie para censurar, y otras no, Jesús llamó a sí a uno de sus discípulos que no creía y tenía el milagro por imposible. Cierto que también él aceptaba el dicho de la mujer que decía haberlo visto, pues no tenía por imposible que se viera el alma de un difunto; lo que no tenía por cierto es que Jesús hubiera resucitado en cuerpo semejante al primero. De ahí es que no dijo solamente: *Si no veo, no creo,* sino que añadió: *Si no meto la mano en el lugar de los clavos y no palpo su costado, no creeré* (Io 20,25). Así hablaba Tomás, porque creía ser posible que un cuerpo de alma puede aparecer a los ojos sensibles, parecido en todo a la forma anterior:

> "a ella en talla parecida y ojos bellos
> y voz",
> "en los vestidos
> que el héroe infortunado vistió en vida"
> (HOM., *Iliada* 23,66s).

Llamando, pues, Jesús a Tomás, le dijo: *Trae tu dedo aquí y mira mis manos; y trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo, sino creyente* (Io 20,27).

61. Condición del cuerpo resucitado

Y era consecuente que todo lo que de El se había profetizado (y en las profecías entra también su resurrección), lo que El hizo y lo que le aconteció fuera coronado por este milagro señero. Efectivamente, en persona de Jesús, había predicho el profeta: *Mi carne descansará con confianza, porque no dejarás mi alma en los infiernos, y no permitirás que corrupción tu santo vea* (Ps 15,9-10). Por lo demás, después de su resurrección se hallaba Jesús en una especie de estado fronterizo entre la solidez del cuerpo antes de la pasión y la aparición de un alma desnuda del cuerpo. Así se explica que, estando reunidos los discípulos y Tomás con ellos, *vino Je-*

sús, a puertas cerradas, se puso en medio de ellos y dijo: La paz sea con vosotros. Y luego dijo a Tomás: Trae aquí tu dedo, etc. (Io 20,26-27). Y en el evangelio de Lucas, cuando Simón y Cleofás [29] iban conversando entre sí sobre todo lo que les había acaecido, Jesús se les juntó en el camino. Y los ojos de ellos estaban cerrados para no reconocerlo; y El les dijo: *¿Qué conversación es esa que lleváis uno con otro mientras vais caminando?* Y cuando se les abrieron los ojos y lo reconocieron, dice literalmente la Escritura: *Y El desapareció de su presencia* (Lc 24,31). Así, pues, aunque Celso se empeñe en equiparar otras apariciones y otros aparecidos con lo que se escribe de Jesús y de quienes lo vieron después de resucitado, todo el que inteligente y discretamente examine los hechos verá patente que se trata de algo más maravilloso.

62. Jesús no se apareció a todo el mundo

Después de esto, ataca Celso la Escritura de forma que no debe desdeñarse, y dice: "Si Jesús quería realmente hacer ostentación de poder divino, debiera haberse mostrado a los que lo insultaron, al juez que lo condenó a muerte y a todo el mundo en absoluto". Porque, realmente, también para nosotros es evidente que, según el Evangelio, no fue visto Jesús después de su resurrección de la misma manera que aparecía antes en público y a la vista de todos. Cierto que en los Hechos se escribe que, durante cuarenta días, fue visto por sus discípulos y El les daba instrucciones sobre el reino de Dios (Act 1,3); mas en los evangelios no se dice que estuviera siempre con ellos, sino que una vez se les apareció después de ocho días a puertas cerradas, y se puso en medio de ellos (Io 20,26), otras veces por modos semejantes. Y Pablo, al final de su carta primera a los corintios, da a entender que no se presentaba ya ante el pueblo como antes de su pasión, pues dice así: *Porque yo os he transmitido, en primer lugar, lo mismo que recibí, a saber, que Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras, y se apareció a Cefas y luego a los doce; más tarde se apareció a más de quinientos hermanos juntos de los que la mayor parte viven aún, y algunos han muerto; luego se apareció a Santiago, luego a todos los apóstoles, y al último de todos, como a un abortivo, se*

[29] El nombre de Cleofás figura en el maravilloso relato de los dos discípulos de Emaús (Lc 24,13ss), no así el de Simón, que no se sabe de dónde lo tomara Orígenes.

me apareció también a mí (1 Cor 15,3ss). Ahora bien, poner en claro la causa por qué Jesús, después de resucitar de entre los muertos, no se manifestó del mismo modo que antes, es punto que encierra grandes y admirables cosas y que superan la comprensión, no ya solamente del vulgo de los creyentes, sino también, en mi opinión, de los muy adelantados. Sin embargo, en una obra que se destina a refutar un discurso contra los cristianos y su fe, veremos, razonablemente, de presentar sólo algunos puntos que convenzan a los oyentes de nuestra defensa.

63. Jesús uno y múltiple

Jesús, aun siendo uno solo, ofrecía muchos aspectos a la consideración, y no era igualmente visto por todos los que lo miraban. Que ofrecía muchos aspectos a la consideración se ve por dichos como éstos: *Yo soy el camino, la verdad y la vida;* y: *Yo soy el pan;* y: *Yo soy la puerta* (Io 14,6; 36; 10,9), y por otros innumerables. Y que, visto, no aparecía igualmente a todos los que lo miraban, resultará claro a quienes consideren por qué, cuando iba a transfigurarse en el monte elevado, no tomó consigo ni siquiera a todos los apóstoles, sino sólo a Pedro, Santiago y Juan. Sin duda, porque estos solos eran capaces de contemplar a Moisés y Elías aparecidos en su gloria, oír lo que hablaran entre sí y la voz que vendría del cielo (cf. Mt 17,1-5). Yo pienso también que, antes de subir al monte, donde se le acercaron sólo sus discípulos a los que instruyó sobre las bienaventuranzas (cf. Mt 5,1ss), cuando luego estuvo abajo en algún paraje del monte, ya atardecido, y curó a todos los que le fueron presentados, librándolos de toda enfermedad y de toda dolencia, no parecía Jesús el mismo a los enfermos que necesitaban de su cura que a quienes, por su salud, habían sido capaces de subir con El al monte. Igualmente, cuando explicaba en particular a sus discípulos las parábolas (Mt 13,19) que a las turbas de fuera se decían entre velos, los que escuchaban las explicaciones de las parábolas tenían mejores oídos que quienes las oían sin explicación; pero también mejor vista, del alma, desde luego, y, a mi parecer, también del cuerpo. Que no apareciera siempre el mismo lo pone de manifiesto el hecho de que Judas, cuando lo iba a traicionar, dijo a las turbas que salieron con él como si no lo conocieran: *Al que yo besare, ése es* (Mt 24,48). Lo mismo creo ya da a entender el Salvador cuando dice: *Cada día estaba enseñando en el templo, y no me prendisteis* (ibid., 55).

Así, pues, teniendo nosotros esa idea de Jesús, no sólo en cuanto a su divinidad interior, oculta a las turbas, sino también en cuanto a su cuerpo, que se transfiguraba cuando quería y ante quienes quería, afirmamos que todos eran capaces de ver a Jesús antes de que despojara *a los principados y potestades* (Col 2,15) y antes de *morir al pecado* (Rom 6,10); mas una vez que despojó a principados y potestades y no tiene ya nada capaz de ser visto por las muchedumbres, no todos los que antes lo vieran eran ya capaces de verlo. De ahí que, por consideración a ellos, no apareció a todos después de su resurrección de entre los muertos.

64. La presencia de Jesús resucitado con sus apóstoles no era continua

¿Qué digo a todos? Ni siquiera con sus mismos apóstoles y discípulos estaba continuamente ni se les aparecía siempre, pues no podían soportar continuamente su contemplación. Y es así que, una vez acabada su dispensación, el resplandor de su divinidad era más intenso. Este resplandor lo pudo soportar Cefas-Pedro, que era como las primicias de los apóstoles, y después de él los doce, agregado Matías en lugar de Judas (Act 1,26); después de ellos, se apareció [30] a quinientos hermanos juntos, luego a Santiago, luego a todos los otros apóstoles, distintos de los doce, acaso a los setenta discípulos; por último, a Pablo, como a un abortivo que sabía en qué sentido decía: *A mí, el más pequeño de todos los santos, me ha sido dada esta gracia* (Eph 3,8). Y acaso la expresión *el más pequeño* equivalga a *abortivo.* Ahora bien, como nadie puede razonablemente reprochar a Jesús que no tomara consigo a todos los apóstoles para subir al monte elevado, sino solamente a los tres antedichos, cuando quiso transfigurarse y mostrar la brillantez de sus vestidos y la gloria de Moisés y Elías que hablaron con El; así nadie tiene tampoco derecho a censurar los discursos apostólicos, según los cuales, después de su resurrección, Jesús no se apareció a todo el mundo, sino sólo a los que sabía tenían ojos capaces de contemplar su resurrección.

Yo creo será también oportuno, para apoyar lo que estamos diciendo, alegar el dicho del Apóstol acerca de Jesús: *Porque Cristo murió y resucitó para ser señor de vivos y muertos* (Rom 14,9). Porque es de notar en este texto que Jesús murió para ser señor de los muertos, y resucitó para

[30] ἐκείνους M: ἐκείνους ὤφθη ἐπάνω K. tr.

serlo, no sólo de los muertos, sino también de los vivos. Entiende el Apóstol por muertos, de los que es señor Cristo, a los que enumera así en su primera carta a los corintios: *Sonará la trompeta y los muertos resucitarán incorruptos* (1 Cor 15,52); y por vivos, a ellos y a los que han de ser cambiados, que son distintos de los muertos que han de resucitar. El texto sobre esto dice así: *Y también nosotros seremos cambiados,* que viene seguidamente de éste: *Los muertos se levantarán primero.* Además, en la primera a los tesalonicenses, establece, con otras palabras, la misma distinción, diciendo ser unos los que duermen y otros los vivos. He aquí el texto: *No queremos, hermanos, estéis en la ignorancia acerca de los que se duermen, para que no os pongáis tristes a la manera de los otros que no tienen esperanza. Porque, si creemos que Jesús murió y resucitó, así también Dios reunirá con Jesús a los que se durmieron en El. Con palabras del Señor os decimos, en efecto, que nosotros, los que vivimos, los que quedamos para el advenimiento del Señor, no nos adelantaremos a los que se han dormido* (1 Thess 4,13ss). La interpretación que nos pareció mejor a este pasaje la expusimos en los comentarios que compusimos sobre la carta primera a los tesalonicenses.

65. Dios se apareció a Abrahán, pero no siempre

Y no es de maravillarse que no todas las muchedumbres que creyeron en Jesús vieran su resurrección, cuando Pablo, escribiendo a los corintios, de los que piensa no son capaces de más, dice: *Por mi parte, juzgué no saber nada entre vosotros, sino a Jesucristo, y éste crucificado* (1 Cor 2,2). Lo mismo viene a decir este otro pasaje: *Porque no erais aún capaces, ni lo sois aún, pues todavía sois carnales* (1 Cor 3,2-3). De este modo, pues, la Escritura, que todo lo hace con juicio divino, consignó acerca de Jesús que, antes de su pasión, se manifestaba sencillamente a todos, aunque tampoco siempre; mas después de la pasión, ya no se manifestó así, sino con cierta selección que medía a cada uno lo que le convenía. Y como se escribe que Dios se apareció a Abrahán (Gen 12,7), o a alguno de los santos (48,3), pero esta aparición no era continua, sino a intervalos y no se concedía a todos, así hay que entender haberse aparecido el Hijo de Dios de modo semejante a lo que se dice de aquéllos sobre aparecérseles Dios.

66. Jesús vino al mundo para manifestarse y estar oculto

Hemos, pues, respondido según nuestras fuerzas y en cuanto cabe en obra como la presente, a lo que dijo Celso: "Si quería realmente hacer ostentación de su poder, debiera haberse aparecido a los que lo insultaron, al juez que lo condenó y a todo el mundo absolutamente". Pero no, no tenía que aparecerse al juez que lo condenó ni a los que lo insultaron; pues Jesús quería justamente evitar que el juez que lo condenó y los que lo insultaron no fueran heridos de ceguera, como lo fueron los de Sodoma, cuando intentaron abusar de la hermosura de los ángeles hospedados en casa de Lot. Este episodio se narra con estas palabras: *Alargando los hombres las manos, tiraron de Lot y lo metieron en casa, y cerraron la puerta; mas a los que estaban junto a la puerta de la casa los hirieron, del menor al mayor, de ceguera, de suerte que se cansaron buscando la puerta* (Gen 19,10-11). Quería, pues, Jesús mostrar su propia virtud, que es divina, pero a quienes eran capaces de verla y en la medida que podían verla. Y no hay otra razón por que evitara mostrarse, sino la incapacidad de los que no lo podían contemplar.

Es vano, pues, lo que alega Celso: "Porque no iba a temer aún a nadie, una vez que había muerto y siendo, como afirmáis, un dios; ni fue en absoluto enviado para estar oculto". Fue, efectivamente, enviado no sólo para ser conocido, sino también para estar oculto (cf. II 72; IV 15.19). Y es así que ni siquiera los que lo conocieron, conocieron todo lo que era, sino que algo de El se les ocultaba; y algunos no lo conocieron en absoluto. El, ciertamente, abrió las puertas de la luz a los que se habían hecho hijos de las tinieblas y de la noche, pero se esforzaron en hacerse hijos del día y de la luz. Y el Señor salvador vino, como buen médico, más bien a los cargados de pecados que a los justos (Mt 9,12-13).

67. Nueva pretensión de Celso

Mas veamos lo que sigue diciendo el judío de Celso: "Pero, como quiera que sea, si tan grande era, debiera, para demostrar su divinidad, por lo menos haber desaparecido súbitamente del madero" [31]. Esto me parece a mí semejante al

[31] Esta pretensión de Celso o de su judío parece eco de las palabras de los que insultaban a Jesús sobre la cruz diciendo: *Si es rey de Israel, baje de la cruz y creeremos en él* (Mt 27,42). Celso quisiera que Jesús hubiera hecho como Apolonio de Tiana, que desapareció ante Domiciano (PHILOSTR., *Vita Apolonii* VIII 5). La falta de sentido religioso de estos hombres que piden "trampantojos" *o signos del cielo* (Mt 16,1) es absoluta.

razonamiento de los que se oponen a la providencia, se pintan a sí mismos las cosas distintas de lo que son, tras lo cual exclaman: ¡Cuánto mejor sería el mundo si fuera como lo acabamos de describir! Porque, cuando pintan cosas posibles, se ve que, en cuanto de ellos depende y por su pintura, hacen el mundo peor de lo que es; y cuando parece que no pintan cosas peores que las de la realidad, se les puede demostrar que quieren lo que repugna a la naturaleza, y así, por uno y otro cabo, hacen el ridículo.

Ahora bien, que, en el caso presente, no era imposible, dada su naturaleza divina, que Jesús desapareciera, cuando hubiera querido, es cosa que se cae de su peso, y que se ve además claramente por lo que de El está escrito, por lo menos para quienes no aceptan sólo unas partes de la Escritura con el fin de acusar nuestra fe, y tienen otras por ficciones. Se escribe, en efecto, en el evangelio según Lucas, que, después de su resurrección, *tomó Jesús el pan, lo bendijo, lo partió* y lo dio a Simón y Cleofás; y, así que ellos tomaron el pan, *se les abrieron los ojos y lo reconocieron; pero El desapareció de su presencia* (Lc 24,30-31).

68. Elevaciones sobre la cruz y el sepulcro

Mas nosotros vamos a demostrar que el haber súbitamente desaparecido corporalmente del madero no hubiera sido tan provechoso al fin general de su encarnación. Lo que se escribe haber acontecido a Jesús no agota su verdad entera en la mera letra e historia. Más hay que contemplar. Y es así que se puede demostrar cómo cada uno de esos acontecimientos es símbolo de otra cosa para los que con mayor inteligencia leen la Escritura. Ahora bien, el haber sido crucificado significa la verdad que se expresa al decir: *Estoy crucificado con Cristo;* y lo que significan estas otras palabras: *¡Lejos de mí gloriarme si no es en la cruz de mi Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo!* (Gal 2, 20; 6,14). Y su muerte fue necesaria por lo que dice el Apóstol: *Porque, en cuanto al morir, de una vez murió al pecado* (Rom 6,10). Y por lo que se dice el justo: *Configurado a su muerte* (Phil 3,10), y por lo otro: *Si con El hemos padecido, con El también viviremos* (2 Tim 2,11). Pues, por el mismo caso, su sepultura se extiende a los que se han configurado a su muerte, y a los que con El han sido crucificados y con El han muerto, según lo dice el mismo Pablo: *Porque junto*

con El hemos sido sepultados por el bautismo (Rom 6,4) y junto con El hemos resucitado.

Por nuestra parte, tenemos propósito de comentar lo que se escribe sobre su sepultura y su sepulcro y sobre quién lo sepultó en momento más oportuno, con más pormenor y en obra cuyo objeto principal sea ése. Por ahora baste mentar la sábana limpia, en que debía ser envuelto el cuerpo puro de Jesús, y el sepulcro nuevo que excavó José en la roca, donde nadie había aún yacido o, como dice Juan, en que nadie había sido aún puesto (Io 19,41). Y es de considerar si esa armonía de los tres evangelistas que tuvieron cuidado de notar que el sepulcro había sido cavado o labrado en la roca, no podrá mover a alguno a examinar las razones o sentido oculto de lo que está escrito y contemplar algo digno de cuenta sobre esos puntos, no menos que sobre la novedad del sepulcro, que notaron Mateo y Juan, y sobre la observación de Lucas y Juan de no haber sido allí puesto aún ningún cadáver (Mt 27,60; Io 19,41; Lc 23,53). Convenía, efectivamente, que quien no era semejante a los otros muertos y hasta en su cadáver dio señales de vida en el agua y la sangre que brotó de su costado (cf. *supra* II 36); convenía, digo, que quien era, por decirlo así, muerto nuevo estuviera en sepulcro también nuevo. Y como su nacimiento fue más puro que todo otro nacimiento, pues no nació de comercio carnal, sino de una virgen, así su sepultura debía tener la pureza simbólicamente manifestada por el hecho de que su cuerpo fue depositado en sepulcro nuevo, no construido por piedras de acarreo y que no tuviera unidad natural, sino cavado y labrado en una sola roca y formando un solo bloque.

Ahora bien, explicar lo que está escrito y como remontarse de la letra a las cosas que la letra significa, es tarea mayor y más divina, que se llevaría más oportunamente a cabo en obra especialmente destinada a ese tema; mas, si nos atenemos a la letra, hay que conceder que, pues Jesús había determinado sufrir ser colgado de un madero, había de aceptar lo que de su determinación se seguía, y, pues, como hombre, había sido ejecutado, morir como hombre y ser sepultado como hombre. Pero es que, además, si supusiéramos que en los evangelios se escribe que Jesús desapareció súbitamente de la cruz, Celso y los incrédulos hubieran también maliciado sobre lo escrito y hubieran formulado así su crítica: "¿Por qué entonces desapareció después de puesto en la cruz y no lo procuró antes de la pasión?" Ahora bien, si ellos

saben por el Evangelio que "no desapareció súbitamente del madero" y se imaginan criticar lo que dice porque no está inventado como juzgan ellos, en el sentido de que hubiera desaparecido inmediatamente del madero, sino que narraron la verdad, ¿no fuera entonces razonable que también ellos creyeran en la resurrección de Jesús, y que, cuando quiso, entró una vez a puertas cerradas y se puso en medio de sus discípulos y, otra, después de dar pan a dos de sus amigos y de hablarles unas palabras, desapareció de su vista?

69. Jesús no se ocultó

Mas ¿de dónde tomó el judío de Celso que Jesús se escondió? Dice, en efecto, sobre El: "¿Y qué mensajero, enviado para dar el mensaje, se escondió jamás cuando su deber era darlo?" Pero no se ocultó o escondió el que dijo a los que fueron a prenderlo: *Cada día he estado enseñando públicamente en el templo, y no me prendisteis* (Mt 26,55). Lo que sigue es una repetición de Celso, a la que ya hemos respondido, y nos contentaremos, por lo tanto, con lo antes dicho. Escrito queda, en efecto, anteriormente (II 63-67) acerca de estas palabras de Celso: "¿O es que tiene algún sentido que, cuando en vida no se le creía, predicaba a todos indistintamente; cuando, en cambio, podía presentar prueba de fe tan fuerte como su resurrección de entre los muertos, sólo a una mujerzuela, sólo a sus propios cofrades se les apareció a escondidas y de pasada?" Pero ni siquiera es verdad que se apareciera "a una sola mujerzuela", pues en el evangelio de Mateo se escribe así: *Pasado el sábado, al amanecer del primer día de la semana, vino María de Magdala y la otra María a ver el sepulcro; y, de pronto, se produjo un gran terremoto, pues un ángel del Señor bajó del cielo, se acercó y removió la piedra.* Y poco después añade Mateo: *Y he aquí que Jesús les salió al encuentro* (evidentemente, a las Marías antedichas) *y les dijo: Dios os guarde. Y ellas, acercándose, se asieron de sus pies y lo adoraron* (Mt 28,1-2.9). Sobre lo que dice Celso: "Ajusticiado, pues, fue visto por todos, resucitado, sólo de unos cuantos", ya hemos dicho algo anteriormente (II 63ss), al responder a la objeción de que "no fue visto por todo el mundo". Sin embargo, diremos también aquí que lo que en Jesús había de humano era visible a todo el mundo; lo particularmente divino, empero (y no hablo de lo que tiene relación con otras cosas, sino de lo distinto en sí), no era aprehensible a todos. Pero veamos cómo Celso se contradice patentemente a sí mismo. Efectivamente, después de decir que

Jesús se apareció sólo a una mujerzuela y a sus propios cofrades, a escondidas y de pasada, añade a renglón seguido: "Ejecutado, pues, fue visto por todo el mundo; resucitado, de uno solo; cosa que debiera haber sido al contrario". Mas oigamos qué entiende por esa necesidad de que pasara lo contrario de que, al ser ejecutado, fuera visto por todos y, resucitado, por uno solo. Si nos atenemos a sus palabras, quería Celso algo imposible y fuera de razón: que, al ser ejecutado, fuera Jesús visto por uno solo; resucitado, por todo el mundo. ¿O qué otra explicación admite eso de que "debiera haber sido al contrario"?

70. La misión de Jesús

Por lo demás, Jesús nos enseñó también quién era el que lo envió cuando dijo: *Nadie conoce al Padre sino el Hijo* (Mt 11,27), y: *A Dios no lo ha visto nadie jamás. El Hijo unigénito, que es Dios, que está en el seno del Padre, El nos los explicó* (Io 1,18). El, disertando sobre Dios, reveló a sus verdaderos discípulos la naturaleza de Dios. Rastro de sus palabras hallamos en lo que está escrito, y de ellas partimos nosotros para hablar de Dios. Así leemos que una vez se dice: *Dios es luz, y no hay en El tinieblas de ninguna clase* (1 Io 1,5); y otra vez: *Dios es espíritu, y los que lo adoran deben adorarlo en espíritu y en verdad* (Io 4,22). En cuanto a los fines para que el Padre lo envió, son innumerables, y el que quiera puede conocerlos, ora por los profetas que de El hablaron de antemano, ora por los evangelistas. Y no poco podrá también saber por los apóstoles, señaladamente por Pablo. Además, Jesús ilumina a los piadosos y un día castigará a los pecadores, cosa que no vio Celso cuando dijo: "Para iluminar a los piadosos y compadecerse de los pecadores, arrepiéntanse o no."

71. La voz del cielo sólo la oye el que tiene oído adecuado

Seguidamente dice: "Si quería permanecer oculto, ¿por qué se oyó la voz del cielo que lo proclamaba hijo de Dios? Y si no quería permanecer oculto, ¿por qué fue ejecutado y por qué murió?" Sin duda se imagina Celso demostrar aquí una disonancia sobre lo que de Jesús se escribe, por no ver que ni quería que todo lo suyo fuera conocido de todo el mundo y del primero que viniera, ni tampoco que todo quedara oculto. Así, la voz del cielo, que lo proclamaba hijo de Dios y dijo:

Este es mi hijo amado, en quien me he complacido (Mt 3,17), no se escribe haber llegado a los oídos de las turbas, como pensó sin duda el judío de Celso. Y la misma voz que en el monte elevadísimo resonó desde la nube, sólo fue oída de los que subieron con El (Mt 17,5). Y es que la voz divina es de tal calidad que sólo es oída de aquellos que el que habla quiere que la oigan. Y nada digo por ahora sobre que la voz de Dios de que habla la Escritura, no es en absoluto aire que vibre o percusión del aire o cualquier otra definición que se dé en los libros sobre la voz (cf. *infra* VI 62) [32]; por eso se percibe por un oído superior y más divino que el sensible. Y cuando el que habla no quiere que su voz sea oída por todos, el que tiene oídos superiores oye a Dios; mas el que está sordo del oído del alma, no se da cuenta de que Dios está hablando. Esto vaya contra las palabras de Celso: "¿Por qué se oyó la voz del cielo, que lo proclamaba hijo de Dios?" En cuanto a las otras: "Si no quería permanecer oculto, ¿por qué fue ejecutado o por qué murió?", basta lo que anteriormente, y con extensión, hemos dicho sobre la pasión (II 23-24.69).

72. Inconsecuencia

Seguidamente, el judío de Celso saca una consecuencia que no es consecuente. Porque de que Jesús "quisiera enseñarnos por los tormentos que sufrió a despreciar incluso la muerte", no se sigue que, "después de resucitado de entre los muertos, tenía que llamar públicamente a todos a la luz y declarar el fin por que había bajado del cielo". Llamarlos a todos a la luz, ya los llamó antes cuando dijo: *Venid a mí todos los que estáis cansados y vais cargados, y yo os aliviaré* (Mt 11,28).Y en cuanto a la causa por que bajo del cielo, escrita está en los discursos bien extensos que pronunció sobre las bienaventuranzas y en los que se consignan seguidamente en las parábolas y en las disputas con los escribas y fariseos. Y el evangelio de Juan nos expone [33] todo lo que Jesús enseñó; por donde se ve que su magnilocuencia no consistía en palabras, sino en realidades; y por los otros evangelios aparece claro que su palabra era de autoridad y provocaba admiración (Mc 1,27; Mt 7,28s).

[32] La definición de la voz fue por lo visto preocupación de los escritores antiguos. He aquí la larga lista de referencias que ofrece Chadwick *ad locum:* PHILO., *Quod Deus sit immut.* 83; PLAT., *Timaeus* 67B; ARIST., *De anima* II 8 (420b,5ss); *Probl.* XI 23,51 (901b16; 904b,27); PLUTARCH., *Mor.* 390B; DIOG. LAERT., VII 55; DIELS., *Dox. gr.* 407a,21; 500,14; 515,8; 516,8; 525,17; AULUS GELLIUS, V 15,6-8; CLEM. AL., *Strom.* VI 57,4; LACTANTIUS, *Opif.* XV 1; AUGUS., *De civ. Dei* XI 2.

[33] ἔκκειται M: ἐκτεθεῖται K. tr.

73. Los judíos negaron—y siguen negando—fe a Dios

A todo esto pone como epílogo el judío de Celso: "Ahora bien, todo esto os lo hemos dicho tomándolo de vuestros mismos escritos, fuera de los cuales no necesitamos de otros testigos, pues vosotros os refutáis a vosotros mismos". Pero ya hemos demostrado que en lo que el judío dice contra Jesús o contra nosotros hay muchas tonterías que nada tienen que ver con lo que escriben nuestros evangelios. Y yo no pienso haya logrado demostrar que nos refutamos a nosotros mismos, sino sólo que se lo imagina. Y luego añade su judío como principio absoluto: "¡Oh Altísimo y Celeste! (cf. I 24): ¿Qué dios, venido a los hombres, deja de ser creído?" A esto hay que decir que, según la ley de Moisés, Dios se escribe haber estado de la manera más clara entre los hebreos, no sólo por los milagros y prodigios obrados en Egipto, por el paso del mar Rojo, por la columna de fuego y la nube de luz, sino también cuando se proclamó el decálogo a todo el pueblo; y, sin embargo, no se le prestó fe por los que lo vieron. Porque, de haber creído al que vieron y oyeron, no se hubieran fabricado el becerro de oro, *ni hubieran cambiado su gloria por la imagen de un becerro que come heno* (Ps 105,20), ni se hubieran dicho unos a otros ante el becerro: *Estos, Israel, son tus dioses, que te han sacado de la tierra de Egipto*T (Ex 32,4). Y es de ver si no son los mismos los que, durante toda la travesía del desierto, no creyeron antaño a tan grandes milagros y epifanías de Dios, como se escribe en la ley de los judíos, y los que, a la venida maravillosa de Jesús, no se convencieron por sus discursos, dichos con autoridad, ni por los milagros que obró en presencia de todo el pueblo.

74. La vida habitó entre los hombres

Lo dicho me parece bastar para quien quiera demostrar que la incredulidad de los judíos respecto de Jesús se da la mano con lo que, desde el principio, está escrito acerca de este pueblo. Porque a lo que dice el judío de Celso: "¿Qué dios, que viene a los hombres, deja de ser creído, sobre todo si se presenta a[34] los que lo estaban esperando? ¿Y por qué, a la postre, no se da a conocer a los que de antiguo lo esperaban?", responderíamos lo que sigue: ¿Qué vais a responder, amigos, a nuestras preguntas? ¿Qué milagros, a vuestro juicio, aparecen

[34] ἐπιφαίνεται M: ἐπιφαινόμενος: H. Herter (apud Bader, p.82).

mayores: los que se obraron en Egipto y en el desierto o los que afirmamos nosotros haber hecho Jesús entre vosotros? Sí, según vosotros, aquéllos son mayores que éstos, ¿no se demuestra inmediatamente decir bien con el carácter de quienes no creyeron los milagros mayores que desprecien también los menores? Pues menores se suponen ser los que nosotros atribuimos a Jesús. Mas si los milagros de Jesús son iguales a los que consignó Moisés, ¿qué extraño fenómeno aconteció a un pueblo [35] que no cree en ninguno de los comienzos de las alianzas de Dios? Y es así que con Moisés empezó la legislación, en que están escritos vuestros pecados de incredulidad; [36] y todo el mundo confiesa que, para nosotros, la nueva legislación y alianza comenzó con Jesús. Y, a la verdad, al no creer en Jesús, dais testimonio de ser hijos de los que, en el desierto, negaron fe a las divinas apariciones. Y lo que dijo nuestro Salvador, se dirá también contra vosotros que no creísteis en El: *Asi sois testigos de que aprobáis las obras de vuestros padres* (Mt 23,31). Y en vosotros se cumple la profecía que dice: *Vuestra vida estará colgando delante de vuestros ojos, y no creeréis en vuestra vida* (Deut 28,66), pues no creísteis a la vida que vino al género humano.

75. Jesús, como los profetas, increpa y amenaza

Al introducir su ficticio judío, no tuvo Celso habilidad para poner en su boca cosas que no se pudieran retorcer contra él por los escritos de la ley y los profetas. Así, le echa en cara a Jesús cosas como ésta: "Amenaza y vitupera fácilmente, cuando dice: *¡Ay de vosotros!*, y: *De antemano os digo* (cf. Mt 23,13-29; 11,22-25). Con lo que derechamente confiesa que no tiene fuerzas para persuadir; y eso, no ya a un dios, pero ni a un hombre discreto le pudiera pasar". Pues veamos si todo esto no se retuerce derechamente contra el judío. Y es así que, en los escritos de la ley y los profetas, Dios amenaza e increpa no menos gravemente que los "ayes" de Jesús en el Evangelio. Así, en estos pasajes de Isaías: *¡Ay de los que pegáis casa con casa y alindáis campo con campo;* y: *¡Ay de los que madrugáis muy de mañana y bebéis licores fuertes!;* y: *¡Ay de vosotros los que tiráis de los pecados como de una cuerda larga!;* y: *¡Ay de los que decís al mal bien y al bien mal!;* y: *¡Ay de vosotros, que sois fuertes para beber vino!* (Is 5,8.11.18.20.22). Los ejemplos pudieran multi-

[35] λαῷ M: τῷ λαῷ K. tr.
[36] καὶ τῶν ἁμαρτανόντων M: om. K. tr.

plicarse hasta lo infinito. Y semejante a esas amenazas es este otro pasaje: *¡Ay de la nación pecadora, del pueblo cargado de pecados, raza malvada, hijos pervertidos!*, etc. (1,4). A lo que añade el profeta amenazas que no van a la zaga de las que dice el judío de Celso haber pronunciado Jesús. ¿O no es amenaza grande la que dice: *Vuestra tierra está desierta, vuestras ciudades incendiadas, a vuestra vista devoran los extraños vuestra tierra, y, desolada, la devastan pueblos extranjeros?* (1,7). ¿Y no es vituperio contra el pueblo lo que, en Ezequiel, le dice el Señor al profeta: *En medio de escorpiones estás tú viviendo?* (Ez 2,6).

¿Será, pues, cierto, Celso, que te dieras cuenta de lo que ponías en boca del judío cuando le hiciste decir sobre Jesús: "Amenaza y vitupera fácilmente cuando dice: *¡Ay de vosotros!*, y: *De antemano os digo*"? ¿No ves que cuanto tu judío dice para acusar a Jesús, se puede retorcer contra él acerca de Dios? Porque al Dios que habla por los profetas se le puede derechamente acusar de lo mismo que se imagina el judío y pensar que es impotente para persuadir.

Además, a los que piensan que el judío de Celso tiene razón de recriminar eso a Jesús, pudiera yo decirles a este propósito que en el Levítico y Deuteronomio están consignadas innumerables maldiciones. Pues bien, si el judío, saliendo por los fueron de las Escrituras las sabe defender, también y mejor defenderemos nosotros los vituperios y amenazas que se supone haber pronunciado Jesús. Es más, enseñados como estamos por Jesús a entender más a fondo las letras de la ley que el mismo judío, nosotros sabremos defender mejor que él la ley de Moisés. Pero, en fin, el judío mismo, si se percata de lo que significan los discursos proféticos, podrá también hacer ver que Dios no amenaza ni reprende a la ligera cuando dice: "¡Ay de vosotros!"; y: "De antemano os lo digo". Hará ver, digo, cómo Dios dice cosas para la conversión de los hombres, cuales Celso opina no diría un hombre discreto. En cuanto a los cristianos, que saben ser un solo Dios el que habló por los profetas y por el Señor, demostrarán lo razonable de las que Celso tiene por amenazas y contumelias y así las llama. Digamos, pues, sobre este punto unas palabras, hablando con este mismo Celso, que profesa ser filósofo y baladrona saber todo lo nuestro (I 12): Ven acá, amigo. Cuando en Homero le dice Hermes a Ulises:

"¿Cómo así, infortunado, nuevamente,
por los altos y riscos vas errante?"

(*Odyssea* 10,281),

¿necesitarás de apología que te diga que el Hermes homérico habla así a Ulises para prevenirle? Porque el lisonjear y decir cosas al sabor del paladar, estilo es de sirenas,

"que un montón de cadáveres rodea",

y que dicen:

"Ven acá, Ulises, ven, el muy loado,
¡oh tú, de los aqueos alta gloria!"
(Odyssea 12,45.184.)

Ahora bien, si los que yo tengo por profetas y el mismo Jesús emplean la imprecación "¡ay!" y las que tú tienes por contumelias, con el fin de convertir a sus oyentes, ¿no habrá en tal manera de hablar alguna traza y acomodación a los oyentes, a los que tales palabras se aplican como una medicina saludable? A no ser que, por lo visto, quieras tú que Dios, o el que participa de la naturaleza divina, mire muy bien cuando habla con los hombres lo que conviene a su propia naturaleza, pero no lo que es bien anunciar a los hombres mismos que su Logos gobierna y guía, y cómo haya de hablarse a cada uno según su carácter. ¡Y qué ridiculez decir que Jesús no fue capaz de persuadir! Celso lo equipara no solamente al judío, que de ello tiene muchos ejemplos en las profecías, sino también con los griegos, entre los cuales ninguno de los que se hicieron famosos por su sabiduría fue capaz de persuadir a los que conspiraron contra ellos, a sus jueces o a sus acusadores a que, abandonando la maldad, emprendieran el camino que, por la filosofía, conduce a la virtud.

76. Jesús, primogénito de entre los muertos

Después de esto, dice su judío—y es evidente que lo dice como si [37] siguiera la doctrina judaica: "Nosotros esperamos —¡qué duda cabe!—que resucitaremos un día en nuestro propio cuerpo y gozaremos de una vida eterna, y tendremos por ejemplo y guía al que nos será enviado, el cual nos mostrará no ser imposible a Dios resucitar a uno en su propio cuerpo". No sabemos realmente si un judío dirá que el Mesías esperado mostrará en sí mismo un ejemplo de la resurrección; pero pase, demos que eso piensa y dice. Pues respondamos al que ha afirmado habernos hablado por nuestras propias Escrituras: Tú, amigo, ¿has leído aquellos pasos que te imaginas prestarte ma-

[37] κατὰ M: ὡς κατά: Chadwick *(ex Origenis responsione coniciens).*

teria de acusación, y no has pasado los ojos por donde se cuenta la resurrección de Jesús, y donde se dice ser El el primogénito de entre los muertos? (Col 1,18; Apoc 1,5). ¿O es que, porque tú no quieras que esto se haya dicho, ya por eso no se dijo? Mas, como quiera que el judío de Celso confiesa y admite la resurrección de los cuerpos, no me parece este momento oportuno para discutir este punto con quien cree y afirma darse la resurrección. Y, para el caso, lo mismo me da que tenga una idea exacta de esa doctrina y sea capaz de dar razón de ella, o no lo sea, y sólo se adhiera a ella ficticiamente.

Todo esto sea dicho contra el judío de Celso. Mas, como tras esto prosigue diciendo: "¿Dónde está, pues, para que lo veamos y creamos?", le responderemos así: ¿Dónde está, pues, ahora el que hablaba por los profetas e hizo prodigios para que lo veamos y creamos que sois[38] *la porción de Dios?* (Deut 32,9). ¿O es que a vosotros os es lícito justificar que Dios no se aparezca continuamente al pueblo hebreo, y a nosotros no se nos concede esa justificación respecto de Jesús, el cual, una vez resucitado, persuadió a sus discípulos de la verdad de su resurrección? Y hasta punto tal los persuadió, que, por lo que sufren, demuestran a todo el mundo cómo, puestos los ojos en la vida eterna y en la resurrección que les fue manifestada de palabra y obra, se ríen de todo lo que en la vida se tiene por doloroso.

77. La vocación de los gentiles, consecuencia de la incredulidad de los judíos

Seguidamente dice el judío: "¿Acaso descendió del cielo para que no creamos?" A lo que diremos que no vino Jesús para provocar la incredulidad de los judíos. Eso sí, puesto que de antemano la conocía, la predijo, y de ella se valió para el llamamiento de los gentiles. Y es así que *la caída de ellos vino a ser salud para las naciones* (Rom 11,11). Sobre éstas dice Cristo mismo por boca de los profetas: *Gentes para mí ignotas me han servido, apenas les hablé me obedecieron* (Ps 17,44s); y: *Fuí hallado por los que no me buscaban, me presenté ante quienes no preguntaban por mí* (Is 65,1). Es además evidente que los castigos que los judíos han sufrido en esta vida, se deben a haberse portado como se portaron con Jesús. Digan, pues, lo que quieran los judíos, cuando, en acusación de ellos,

[38] ἐστι M: ἐστε Bo.

nosotros decimos: Maravillosa fue en vosotros la providencia y benignidad de Dios, castigándoos y privándoos de Jerusalén y del llamado santuario y del culto veneradísimo. Porque, digan lo que quisieren en defensa de la providencia de Dios, nosotros la demostraremos aún mejor, y diremos haber sido maravillosa aquella providencia que se valió del pecado de aquel pueblo para llamar, por obra de Jesús, a su reino a los gentiles, ajenos que eran a los testamentos y extraños a las promesas (Eph 2,12). Y ya los profetas predijeron que, por los pecados justamente del pueblo hebreo, se escogería Dios no ya una nación particular, sino gentes selectas de todas partes; y, después de escoger lo necio del mundo (1 Cor 1,27), haría que un pueblo insensato poseyera las palabras divinas. El reino de Dios se les quitaría a ellos y sería dado a éstos (Mt 21,43). De entre muchos pasajes, baste, de momento, citar la profecía del cántico del Deuteronomio, acerca de la vocación de los gentiles, que dice así en persona del Señor: *Ellos me han provocado a celos con dioses que no lo son, y me han irritado con sus ídolos; pues yo los provocaré a ellos a celos con un pueblo que no lo es, y los irritaré con una nación insensata* (Deut 32,21).

78. Jesús fue más que hombre

Finalmente, como colofón a todo lo dicho, termina así el judío: "Fue, pues, un puro hombre, y tal cual lo pone de manifiesto la verdad y demuestra la razón." Yo no sé si un puro hombre, que se aventure a propagar por todo el mundo su religión y doctrina, es capaz, sin la ayuda divina, de llevar a cabo su intento y de vencer todo lo que se opone a la difusión de aquella doctrina: emperadores y gobernadores, el senado romano, las autoridades de todas partes y el pueblo mismo. ¿Y cómo es posible que la mera naturaleza de un hombre que no lleve en sí algo superior, convierta a tanta muchedumbre de gentes? Y no fuera de maravillar que se conviertan hombres inteligentes; lo grande es que lo hagan también gentes ajenas a toda inteligencia, sujetas a sus pasiones y que, cuanto viven más irracionalmente, más difícilmente se pasan a una vida más morigerada. Mas como Jesús era el poder de Dios y la sabiduría del Padre (1 Cor 1,24), salió con su empeño, y sale todavía, mal que pese a judíos y griegos que no creen en su palabra.

En conclusión, nosotros jamás dejaremos de creer en Dios conforme a las enseñanzas de Jesús y nos esforzaremos de buen grado por convertir a los que padecen de ceguera en

materia de religión; por más que los de verdad ciegos nos dirijan a nosotros el insulto de ceguera; y los que de veras embaucan a los que los siguen, lo mismo entre judíos que entre griegos, nos acusen a nosotros de embaucar a los hombres. ¡Bonito embaucamiento si, en vez de intemperantes, se tornan temperantes o que tienden a la templanza; y, en vez de injustos, justos o que tienden a la justicia; y, en vez de insensatos, prudentes o que caminan a la prudencia; y en vez de cobardes y viles y afeminados, valerosos y constantes; cualidades que mostrarán sobre todo en sus combates por la religión del Dios que creara todas las cosas! Vino, pues, Jesucristo, de antemano anunciado no por uno solo, sino por todos los profetas. Y fue cosa de la ignorancia de Celso haber puesto en boca de su fingido judío haber predicho al Mesías un solo profeta (I 49; II 4).

Esto es lo que se finge decir el judío de Celso, como si hablara en nombre de su ley, y aquí en realidad acaba su discurso, pues no vale la pena mentar otras cosas que aún dijc; yo también acabo aquí mi segundo libro en respuesta a la obra de Celso. Mas si Dios nos hace esa merced y a nuestra alma viene a morar la virtud de Cristo, en el tercer libro nos ocuparemos de lo que seguidamente escribe Celso.

LIBRO TERCERO

1. Síntesis y nuevo plan

En el primer libro contra el arrogante título de Celso, que tituló *Discurso de la verdad* el escrito compuesto contra nosotros, refutamos, según nuestras fuerzas, conforme a tu mandato, Ambrosio fidelísimo, el preámbulo del mismo y lo que sigue [1], examinando punto por punto lo que dice hasta que llegamos al discurso que finge dirigir su judío contra Jesús. En el segundo respondimos, en cuanto fuimos capaces, a todo lo que dice contra los que hemos creído en Dios por medio de Cristo, en el discurso que pone en boca del mismo judío. Ahora acometemos este tercero, en que nos proponemos rebatir lo que dice en propia persona.

Dice, pues, que "no hay nada tan necio como las disputas entre judíos y cristianos", y prosigue que "nuestra mutua contienda sobre Cristo" no se diferencia en nada de la que, según el proverbio, se llama lucha por la sombra de un asno (cf. PLAT., *Phaidor.* 260c). Según él, nada tiene de sagrado la disputa de judíos y cristianos entre sí, "pues unos y otros están de acuerdo en que fue profetizado por espíritu divino haber de venir cierto salvador a morar entre el género humano; pero disienten sobre si el profetizado ha venido ya, o no". Los cristianos, en efecto, creemos en Jesús, que ha venido según las profecías; la mayoría, empero, de los judíos están tan lejos de creer en El, que los de su tiempo atentaron contra su vida, y los de ahora, aprobando el crimen que entonces se cometió contra El, lo calumnian de haber inventado no se sabe por qué arte de magia ser El el que los profetas anunciaron había de venir, llamado, según tradición de los judíos, Cristo o Mesías.

2. Las profecías no son «sombra de asno»

Pues que nos digan Celso y los que se complacen en sus acusaciones contra nosotros si les parece "sombra de asno" haber predicho los profetas de los judíos el lugar donde nacería el que había de ser caudillo de los que viven rectamente

[1] ἑξῆς M: τὰ ἑξῆς Chadwick.

y son llamados *porción de Dios* (Deut 32,9); que una virgen concibiría al Emmanuel (Is 7,14); que el profetizado haría estos y los otros milagros y prodigios (Is 8,18), y que su palabra correría tan de prisa, que a toda la tierra llegaría la voz de sus apóstoles (Ps 147,4; 18,5); qué cosas padecería condenado por los judíos (Is 53,5) y cómo resucitaría (Ps 15,10). ¿Acaso dijeron todo eso al azar los profetas, sin convicción alguna que los moviera no sólo a decirlas, sino a tenerlas por dignas de ser consignadas por escrito? ¿O es que [2] la nación de los judíos, tan grande que de antiguo ocupó tierra propia que habitar, proclamó sin razón alguna a unos como profetas y rechazó a otros como pseudoprofetas? ¿Es que no hubo nada que los moviera a juntar a los libros de Moisés, que eran creídos como sagrados, los discursos de los que posteriormente fueron tenidos por profetas? Los que a judíos y cristianos nos acusan de simplicidad, ¿serán capaces de demostrarnos que hubiera podido subsistir la nación judía de no haber habido entre ellos alguna promesa de conocimiento de lo por venir? Los pueblos que los rodeaban, cada uno según sus tradiciones, creían recibir oráculos y adivinaciones de los que entre ellos eran tenidos por dioses; ¿y sólo los que habían sido enseñados a despreciar a los dioses todos de las naciones, por tenerlos, no como dioses, sino como demonios (pues de ellos decían sus profetas: *Todos los dioses de las naciones son demonios:* Ps 95,5), no habían de tener a nadie que profesara la profecía y retuviera a los que, por deseo de conocer lo por venir, se pasarían como tránsfugas a los démones o dioses de los otros? Considérese, pues, si no fue necesario que la nación enseñada a despreciar a los dioses de las otras naciones tuviera abundancia de profetas que demostraran por ahí mismo su superioridad y dejaran atrás todos los oráculos de cualquier parte.

3. Entre los judíos hubieron de darse también milagros

Además, en todas partes o, por lo menos, en muchas, se han dado milagros, como seguidamente (III 22.24.26) presenta el mismo Celso a Asclepio, que hace beneficios y predice lo futuro a ciudades enteras que le están consagradas, como Trica, Epidauro, Cos y Pérgamo; y a Aristeas de Proconneso, a un cierto clazomenio y a Cleomedes de Astifalea; ¿y sólo entre los judíos, que afirman estar consagrados al Dios del universo, no había de darse milagro ni prodigio alguno que

[2] Ἀρά γε M: ἆρά γε K. tr.

confirmara y fortaleciera su fe en Dios y su esperanza de una vida mejor? ¿Cómo pueden pensar cosa semejante? Porque inmediatamente se hubieran pasado a dar culto a los démones que adivinan y curan, abandonando al Dios que, teóricamente, creían los ayudaba, pero que, en realidad, no les mostraba por ningún cabo su presencia. Pero, si no aconteció así, sino que soportaron infinitas calamidades a trueque de no abjurar su judaísmo y su ley judaica, unas veces en Asiria, otras en Persia, otras bajo Antíoco, ¿no es ello una demostración verosímil, para los que no creen en historias maravillosas y profecías, no ser ficciones esas cosas, sino que cierto espíritu divino que moraba en las almas puras de los profetas—hombres que por amor de la virtud habían abrazado todo linaje de trabajos—los movió a profetizar algunas cosas para sus contemporáneos, otras para los por venir, y, señaladamente, "sobre cierto salvador que vendría al género humano"?

4. De nuevo «la sombra de un asno»

Siendo esto así, ¿cómo decir que cristianos y judíos disputan entre sí "sobre la sombra de un asno" al inquirir por las profecías, en las que creen en común, si el que fue profetizado ha venido ya, o no ha aparecido aún en absoluto entre los hombres, sino que se le espera todavía? Y aunque, por hipótesis, concediéramos a Celso no ser Jesús el que de antemano anunciaron los profetas, no por eso sería disputa "sobre la sombra de un asno" inquirir el sentido de las escrituras proféticas, a fin de demostrar claramente el que fue de antemano anunciado, qué cualidades habría de tener según las profecías, qué había de hacer y, de ser posible, cuándo vendría entre nosotros. Ahora bien, anteriormente (I 51.53-54), hemos alegado algunas, de entre muchas, profecías y probado ser Jesús el Cristo o Mesías anunciado por los profetas. No yerran, pues, ni judíos ni cristianos al pensar que los profetas hablaron por inspiración divina; pero los que yerran esperando aún al que fue profetizado, piensan torcidamente acerca de quién fuera y de dónde vendría el que fue anunciado según la palabra verdadera de los profetas.

5. Los judíos, ¿egipcios de raza?

Seguidamente, Celso opina que "los judíos son egipcios de raza y que abandonaron Egipto por rebeldía contra la comunidad egipcia y por desprecio de la religión tradicional en

Egipto"[3], a lo que añade: "Lo que ellos hicieron a los egipcios, lo han venido a sufrir de parte de los que se han adherido a Jesús y creído en El como Mesías; y en unos y otros, causa de la novedad fue la rebeldía contra lo comúnmente estatuido". Vamos a considerar lo que Celso afirma en este lugar. Los antiguos egipcios maltrataron de muchos modos a la nación hebrea, que, apremiada del hambre que devastaba a la Judea, vino a morar en Egipto; ahora bien, como quienes habían agraviado a huéspedes y suplicantes, sufrieron lo que forzosamente tenía que sufrir, por castigo de la providencia, una nación entera conjurada contra todo un pueblo que entre ellos buscó hospitalidad y en nada los ofendiera. Luego, heridos por el azote de Dios, a duras penas y tras muchas dilaciones[4], dejaron ir a donde quisieran a los que injustamente habían esclavizado. Ahora, pues, como amadores de sí mismos y prefiriendo a sus congéneres, cualesquiera que fueran, a huéspedes más justos que ellos, no hubo calumnia que no echaran sobre Moisés y los hebreos. Los prodigios obrados por Moisés no los negaron de todo punto; pero afirmaron haberlos hecho no por virtud divina, sino por magia. Pero Moisés no fue un mago o hechicero, sino varón piadoso y consagrado al Dios del universo, que, participando del espíritu divino, dio a los hebreos las leyes que la divinidad le inspirara y consignó por escrito los acontecimientos tal como en verdad sucedieran.

6. El argumento de la lengua

Así, pues, Celso no estimó justamente los hechos que los egipcios narran de un modo y los hebreos de otro, sino que, prevenido por su amor a los egipcios, a éstos, que habían maltratado a sus huéspedes, los tuvo por veraces; de los hebreos, empero, que fueron los agraviados, dijo haber abandonado a Egipto por sedición. Pero no vio que no hay modo alguno de que pareja muchedumbre de egipcios rebeldes, dado caso que tuvieran por origen la sedición, se convirtieran en un pueblo por el hecho mismo de la sedición y cambiaran su lengua, de suerte que quienes hasta entonces habían hablado egipcio, ahora, súbitamente, se inventaron el hebreo. Mas demos por hipótesis que, al abandonar Egipto, aborrecieran también su habla natural: ¿cómo es entonces que después de ello no usaron la lengua de los sirios o de los fenicios, sino que compusieron la hebraica, que difiere de ambas? Pero lo que mi razonamiento

[3] La ascendencia egipcia de los hebreos era lugar común de la propaganda antijudaica; cf. APIÓN, *apud* IOS., *C. Ap.* II 3,28; STRABO, XVI 11,35-36 (p.761) y IOS., *Ant.* XIV 7,2,118 (Chadwick).

[4] καὶ μετ' οὐ πγοὐ M: καὶ μετα πολύ

quiere demostrar es ser mentira "haberse rebelado contra los egipcios algunos egipcios de raza, haber abandonado Egipto y haber venido a Palestina, a habitar la que hoy se llama Judea". Porque la lengua patria de los hebreos es anterior a su bajada a Egipto, y las letras hebraicas son también distintas de las egipcias. En aquéllas escribió Moisés los cinco libros que los judíos tienen por sagrados.

7. Tampoco los cristianos proceden de una sedición

Pero tan mentira es que, siendo egipcios, los hebreos debieran sus orígenes a una sedición, como que otros, siendo judíos, se rebelaron en tiempo de Jesús contra la comunidad judaica y siguieron a Jesús mismo. Y es así que ni Celso ni los que piensan como él podrán demostrar un solo hecho de rebeldía de los cristianos. Y, a la verdad, si la causa de la sociedad cristiana, que tuvo su comienzo de los judíos, hubiera sido la sedición, puesto que a los judíos les era lícito tomar las armas para defensa de los suyos y matar a sus enemigos, el legislador de los cristianos no hubiera prohibido de manera tan absoluta matar a un hombre. El enseñó, en efecto, que jamás es lícito a sus discípulos dar la muerte a un hombre por malvado que sea, pues no consideraba compatible con su legislación divina permitir género alguno de muerte de un hombre. Ni tampoco los cristianos, de haber debido sus orígenes a una sedición, hubieran aceptado leyes tan blandas que les obligan a dejarse matar como ovejas (Ps 44,23; Rom 8,36) y no son jamás capaces de defenderse de sus perseguidores. Pero si se examinan más a fondo las cosas, cabe decir de los que salieron de Egipto que, milagrosamente, como un regalo de Dios, el pueblo entero recibió de Dios la lengua que se llama hebraica, como lo dijo uno de sus profetas: *Al salir que salieron ya de Egipto, una lengua escucharon nunca oída* (Ps 80,6).

8. Razón, según Orígenes, del escaso número de los mártires

Y con este argumento hay que demostrar que los salidos con Moisés de Egipto no eran egipcios. De haberlo sido, era forzado que también fueran egipcios sus nombres, pues en cada lengua los nombres propios están emparentados con ella. Ahora bien, si por los nombres, que son hebraicos, resulta claro que no eran egipcios (y es así que la Escritura está llena de nombres hebraicos que ponían a sus hijos los mismos que vivían en

Egipto), es evidentemente mentira lo que dicen los egipcios sobre que los hebreos, siendo egipcios, fueron con Moisés expulsados de Egipto. Y es cosa patentemente clara que, descendiendo de antepasados hebreos, como lo atestigua la historia escrita por Moisés, usaron su propia lengua, de la que pusieron también los nombres a sus hijos.

Respecto de los cristianos hay que decir que, enseñados a no vengarse de sus enemigos, observaron su ley blanda y humana, por lo que recibieron de Dios lo que no hubieran conseguido de haber tenido licencia de hacer la guerra y de haber en absoluto podido llevarla a cabo. Dios mismo peleó por ellos en todo momento y, según los tiempos, contuvo a los que se levantaban contra los cristianos y querían quitarles la vida. Sólo como ejemplo, para que, viendo los otros luchar a unos pocos por la religión, se fortalecieran más y despreciaran la muerte, han muerto, a tiempos, unos pocos y muy fácilmente contables por la religión cristiana; pero Dios impide que sea aniquilado todo el pueblo, pues quiere que subsista y que toda la tierra se llene de esta saludable y piadosísima doctrina. Mas, por otra parte, para que los débiles respiraran de su miedo a la muerte, Dios ha tenido providencia de sus creyentes y, por solo su querer, ha desvanecido toda asechanza contra ellos, de suerte que ni emperadores, ni gobernadores locales, ni las muchedumbres pudieran inflamarse más contra ellos.

Vaya todo esto contra la afirmación de Celso de que "el origen del pueblo judío fue, en lo antiguo, la sedición, y que, posteriormente, ese mismo fue el origen de los cristianos".

9. El apostolado cristiano, contra una mentira de Celso

Mas, como quiera que en lo que sigue miente a cara descubierta, vamos a citar sus palabras, que son éstas: "Si todos los hombres quisieran ser cristianos, no lo querrían éstos". Pero que tales palabras sean una mentira pónese de manifiesto por el hecho de que, en cuanto de ellos depende, los cristianos no dejan piedra por mover para que su doctrina se esparza por todo lo descubierto de la tierra. Y es así que algunos acometen la hazaña de recorrer no sólo ciudades, sino villas y hasta cortijos para hacer también a otros piadosos para con Dios. Y nadie puede decir que hagan eso por amor de la riqueza, siendo así que hay quienes no toman ni lo necesario para su sustento; y cuando, apremiados por la necesidad, toman algo, se contentan con lo necesario, por más que muchos quieran entrar a la parte con ellos y darles más de lo que necesitan.

Acaso actualmente, cuando, por la muchedumbre de los que abrazan nuestra doctrina, hay ricos y altas dignidades, y mujeres delicadas y nobles que admiran a los ministros de la palabra, se atreviera alguien a decir haber quienes se dan, por deseo de vanagloria (cf. *infra* III 30), a la predicación cristiana; mas a los comienzos, cuando los doctores señaladamente corrían gran peligro, no había razonablemente lugar para tal sospecha. Y aún ahora, la ignominia que nos viene de los otros es mayor que la supuesta gloria que nos tributan los de nuestro mismo sentir, y no todos. Salta, pues, a la vista ser mentira que, "si todos los hombres quisieran ser cristianos, éstos ya no lo querrían".

10. ¿Pocos o muchos cristianos?

Pues veamos lo que dice ser prueba de su aserto: "A los comienzos, dice, eran pocos y sólo tenían un sentir (Act 2,44ss; 4,32); mas cuando se esparcieron en muchedumbre, se cortan y escinden a su vez, y cada uno quiere tener su propio partido, que es lo que desde el principio deseaban". Ahora, pues, que los cristianos, en parangón con la muchedumbre posterior, fueran pocos a los comienzos, es cosa evidente; y, sin embargo, no eran tampoco de todo punto pocos. Pues lo que suscitó la envidia contra Jesús y azuzó a los judíos a conjurarse contra él fue la muchedumbre de los que lo siguieron hasta el desierto, cinco mil y cuatro mil hombres, sin contar mujeres y niños (Mt 14,21; 15,38). Y es así que era tal el hechizo de las palabras de Jesús, que no sólo le querían seguir los hombres hasta el desierto, sino también las mujeres, sin alegar la excusa de su flaqueza [5], ni lo que pudiera parecer seguir al maestro hasta el desierto. Y hasta los niños, lo más indiferente que cabe imaginar, lo seguían juntamente con sus padres, ora meramente por acompañarlos, ora tal vez atraídos también por la divinidad de Jesús, a fin de que en ellos se sembrara algo divino. Pero demos que en sus comienzos fueran pocos los cristianos; ¿qué tendrá esto que ver con que los cristianos no quieran persuadir a todos los hombres de su doctrina?

11. Nunca hubo un solo sentir entre cristianos

Afirma también que "todos tenían un solo sentir"; pero tampoco aquí vio que desde el principio hubo discrepancias entre los creyentes acerca de la interpretación de las escritu-

[5] ὑποτεμνομένας M: ὑπομεμνεμένας Bo., Del., K. tr.; posiblemente Orígenes escribió ὑποτιμωμένας "sin alegar la excusa". Así, F. J. A. HORT., apud SELWIN: Journal of Philology V (1874) 250 (Chadwick).

ras tenidas por divinas. Por lo menos, cuando aún predicaban los apóstoles y los mismos que habían visto a Jesús enseñaban sus doctrinas, *surgió una disputa no menguada* (Act 15,2) por parte de los que habían creído de entre los judíos a propósito de los venidos al Evangelio de entre las naciones: ¿Debían éstos observar las costumbres judaicas o había que quitar del cuello de quienes habían abandonado sus tradiciones y creído en Jesús de entre las naciones la carga, no necesaria, de los alimentos puros o impuros? Y en las mismas cartas de Pablo, que vivió en tiempo de los que habían visto a Jesús, se hallan algunos dichos que dan a entender haber discutido algunos acerca de la resurrección, afirmando haberse dado ya, y acerca del día del Señor, sobre si estaba, o no, próximo (1 Cor 15,12ss; 2 Tim 2,18; 1 Thess 5,2). Y por este pasaje: *Evita las profanas habladurías y las antítesis de la mal llamada ciencia que profesan algunos, por lo que han venido a naufragar en la fe* (1 Tim 6,20s), se ve claro que ya al principio, cuando, según Celso, no eran aún muchos los creyentes, había entre ellos falsas interpretaciones.

12. El origen de las diversas sectas o escuelas

Luego, en tono de acusación contra nuestra doctrina, nos echa en cara las sectas que se dan en el cristianismo, diciendo: "Mas cuando se esparcieron en muchedumbre, de nuevo se escindieron y separaron unos de otros, y cada uno quiere tener su propio partido". Y prosigue diciendo que, "divergiendo por razón de la muchedumbre, unos a otros se impugnan, y ya sólo una cosa les queda de común, si es que les queda: el nombre. Como quiera, este solo se avergüenzan de abandonar; en todo lo demás, unos se organizan de un modo y otros de otro". A esto responderemos que no hay cosa en que hayan surgido sectas diferentes si la cosa no tiene un origen serio y es útil a la vida (cf. II 27; V 61). Así, por ser la medicina útil y necesaria al género humano, y por ser en ella múltiples las cuestiones que se discuten sobre la manera de cuidar el cuerpo, de ahí que hayan surgido, como es notorio, en su campo muchas sectas entre los griegos, y yo me imagino que también entre los bárbaros que profesen la medicina. Otro ejemplo: como la filosofía, que profesa el conocimiento de la verdad y de la realidad de las cosas, nos aconseja cómo debamos vivir y se esfuerza por enseñarnos lo que conviene a nuestra raza, y las cuestiones que trata permiten gran divergencia, de ahí es que en ella se han formado múltiples escuelas,

unas muy conocidas, otras menos. Es más, aun en el judaísmo, la distinta interpretación de los escritos de Moisés y de los discursos proféticos dio ocasión al nacimiento de sectas. Por modo, pues, semejante, al aparecer el cristianismo como algo muy digno de atención a los ojos, no sólo de gentes de condición servil, como se imagina Celso, sino también de muchos eruditos entre los griegos, surgieron forzosamente bandos o partidos no absolutamente por afán de disensión o disputa, sino por el empeño que muchos eruditos han tenido en entender a fondo los misterios del cristianismo. De ahí se siguió que, al interpretarse diversamente las palabras que todos a una tenían por sagradas, surgieron las sectas o escuelas que llevan el nombre de los que admiraban desde luego el origen de la doctrina, pero, como quiera, se movieron por razones probables a discrepar entre sí. Pero ni fuera razonable huir de la medicina por razón de las sectas o escuelas que en ella se dan, ni quien aspire a obrar decentemente odiará la filosofía, alegando como pretexto sus varias escuelas; así tampoco son de condenar los libros sagrados de Moisés y de los profetas por la simple razón de las sectas que existan entre los judíos.

13. «Oportet haereses esse»

Si este razonamiento es lógico, ¿por qué no defenderemos de modo semejante las sectas que han aparecido en el cristianismo? A mi parecer, de ellas habló maravillosamente Pablo diciendo: *Es menester haya también entre vosotros bandos, a fin de que se pongan de manifiesto los que entre vosotros son probados* (1 Cor 11,19). Efectivamente, el *probado* en medicina es el que, tras ejercitarse en diversas escuelas y haber examinado inteligentemente muchas de ellas, escoge la más excelente; y el que verdaderamente adelanta en filosofía es el que, por conocer muchos sistemas, se ha ejercitado en ellos y se ha adherido a la mejor doctrina; así diría yo que el más sabio cristiano es el que ha mirado a fondo las varias sectas del judaísmo y del cristianismo. Por lo demás, el que censure nuestra doctrina por razón de las sectas o escuelas, acuse también la enseñanza de Sócrates, de la que nacieron muchas escuelas de muy divergente doctrina. Es más, habrá que recriminar la doctrina de Platón por razón de Aristóteles, que se salió de su escuela para sentar nuevas teorías, de lo que ya dijimos anteriormente (II 12). A mi parecer, Celso ha tenido conocimiento de ciertas sectas, con las que no tenemos de común ni el nombre mismo de Jesús. Tal vez haya oído campanadas sobre los ofitas y cainitas y alguna otra secta de las que se

han apartado totalmente de Jesús. Pero esto nada tiene que ver con acusación alguna contra el cristianismo.

14. El fundamento de nuestra religión

Después de esto dice: "Su unión es tanto más prodigiosa cuanto que puede demostrarse no tener fundamento alguno sólido. Pero sí tiene un sólido fundamento, que es la sedición y el provecho que de ella se sigue, juntamente con el miedo a los de fuera; esto afianza su fidelidad". A esto diremos que tenemos un fundamento de nuestra unión o, por mejor decir, no fundamento, sino una acción divina, de suerte que el principio de ella es Dios mismo, que, por los profetas, enseñó a los hombres a esperar el advenimiento de Cristo, salvador de los hombres. Cuanto es verdaderamente irrefutable, aunque parezca ser refutada por los incrédulos, tanto se recomienda nuestra doctrina como palabra de Dios, y se demuestra que Jesús es hijo de Dios antes de encarnarse y después de la encarnación. Mas yo, por mi parte, afirmo que, aun después de su encarnación, los que tienen ojos muy perspicaces del alma lo encuentran divinísimo y que verdaderamente descendió de Dios a nosotros. No debe, ciertamente, su origen ni lo que sigue a su origen a sabiduría humana, sino a la manifestación de Dios, que, con multiforme sabiduría y muchos milagros, estableció primeramente el judaísmo y luego el cristianismo. Con lo cual queda refutada la idea de que la sedición y el provecho que de ella pudiera venir diera principio a una doctrina que a tantos ha convertido y llevado a mejorar su vida.

15. Tranquilidad transitoria

Mas que tampoco el miedo a los de fuera fortalece nuestra unión es patente por el hecho de que, por voluntad de Dios, ese miedo ha desaparecido hace mucho tiempo. Sin embargo, es probable que termine esta tranquilidad de que gozan los creyentes por lo que a la presente vida se refiere, pues una vez más los que no pierden ocasión de calumniar nuestra religión piensan que la causa de la actual sedición que tanto se ha propagado está en la muchedumbre de los creyentes, que no son combatidos por los gobernantes como lo fueran en tiempos pasados [6]. Y es así que nosotros hemos aprendido del

[6] La "sedición" a que aquí parece aludir Orígenes es la sedición o sediciones con que hubo de enfrentarse en 248 Felipe el Arabe (244-249). "El ejército de Panonia alza a Pacaciano como emperador rival; en las fronteras de Capadocia y Siria aparece Jotapiano como aspirante al imperio, y en Siria

Verbo a no adormecernos en la paz ni entregarnos a la molicie, y a no desfallecer cuando somos perseguidos por el mundo, ni apostatar del amor, en Cristo Jesús, al Dios del universo. Por lo demás, claramente exponemos lo que de sagrado tiene nuestra religión y no lo ocultamos, como se imagina Celso. Así, apenas alguien se convierte, le inculcamos el desprecio de todo ídolo e imágenes y, seguidamente, levantando sus pensamientos del servicio de las criaturas en lugar de Dios, los elevamos al Creador de todas las cosas; finalmente, les demostramos con evidencia al que fue profetizado, por las profecías que sobre El versan (y éstas son muchas) y por los evangelios y dichos de los apóstoles, explicados a fondo para los que son capaces de entenderlos con superior inteligencia.

16. «Los espantajos» de los cristianos

Mas explique el que quiera "qué cosas revueltas presentamos para atraernos a las gentes, o qué espantajos nos inventamos", como escribe Celso sin prueba de ninguna especie; a no ser que entienda Celso por tales "espantajos inventados" la doctrina sobre Dios como juez y sobre la cuenta que los hombres han de dar de cuanto hicieron; doctrina que probamos de múltiples formas, ora por la Escritura, ora por razones probables. Sin embargo (amamos la verdad), hacia el fin afirma Celso: "No permita Dios que ni ellos, ni yo, ni otro hombre alguno rechace el dogma del castigo de los inicuos y galardón de los justos" (cf. VIII 48-49). Ahora bien, si se exceptúa [7] esa doctrina acerca del castigo, ¿qué espantajos nos inventamos para atraer a los hombres? Pero dice además Celso que "con ellos combinamos cosas mal entendidas de la antigua tradición (cf. PLAT., *Leg.* 716c y *Epist.* VII 335a) y

mismo, Uranio Antonino" (CHADWICK, *Intr.* p.XIV). Es un buen apoyo cronológico de la composición de los ocho libros *Contra Celso*. Respecto a la calumnia pagana de ser los cristianos culpables de todas las calamidades del imperio, los textos que la atestiguan son innumerables. Baste alegar el famoso pasaje del *Apologético*, de TERTULIANO (40,1-2): "Mas, por lo contrario, el nombre de facción debe aplicarse a los que se coligan en odio de los buenos y decentes, a los que vociferan contra la sangre de los inocentes, siquiera pretexten, eso sí, en defensa de su odio, lo que es también pura inanidad, su idea de que los cristianos tienen la culpa de toda pública calamidad, de todo lo que pueda sufrir el pueblo. Si el Tíber se sube a las murallas, si el Nilo no sube a los sembrados, si el cielo está quedo, si la tierra se mueve, si sobreviene el hambre o estalla una peste, al punto se clamorea: "¡Al león con los cristianos!" ¿Tantos a uno solo?" Añadamos sólo que el tratado de San Cipriano *A Demetriano* tiene por objeto "desarticular y refutar ampliamente las imputaciones ya corrientes entre los paganos y recrudecidas por Demetriano, que hacían responsables a los cristianos de las calamidades y desastres públicos que caían sobre el imperio: guerra, peste, hambre, sequía" (*Obras de San Cipriano*, ed. bilingüe preparada por J. CAMPOS, Sch. P., p.272). En esa página se indica más bibliografía sobre el tema, que llega hasta la *Ciudad de Dios*, de San Agustín.

[7] ἀνέλῃς M: ἀφέλῃς H. Herter.

con ellas entontecemos de antemano al son de la flauta y música, como los sacerdotes de Cibeles a los que quieren llevar al frenesí". A lo cual le diremos: ¿Qué antigua tradición hemos entendido mal? Ora se refiera a la tradición griega, que enseña haber tribunales bajo tierra; ora a la judaica, que, entre otras cosas, profetiza la vida que ha de seguir a la presente, jamás podrá demostrar que nosotros, por lo menos los que tratamos de creer con razón, estamos en mala inteligencia de la verdad y a tales dogmas ajustamos nuestra vida.

17. Los templos egipcios

Luego le da por comparar los misterios de nuestra fe con las cosas de los egipcios: "Al que se acerca a ellos se le presentan espléndidos recintos y bosques sagrados, grandes y hermosos pórticos y templos, admirables y soberbios tabernáculos en torno, y cultos llenos de superstición y misterio; pero el que ha entrado y penetrado en lo más secreto, se encuentra con que allí se adora a un gato, a un mono, a un cocodrilo, a un macho cabrío o a un perro". Pero ¿qué tiene que ver nuestro culto con las cosas que tan sagradas se presentan a los que se acercan a los templos egipcios? ¿Qué tendrá que ver con los animales irracionales que son adorados más allá de los solemnes pórticos? ¿O hemos de pensar[8] que las profecías, y el Dios del universo, y el desprecio de los ídolos son las cosas sagradas para Celso, y Jesucristo, crucificado, sería lo comparable con un animal irracional? Mas si esto dice (y no creo que quiera decir otra cosa), le responderemos que ya anteriormente (I 54.61; II 16.23) hemos hablado largamente para demostrar que lo que a Jesús le aconteció, aun lo que al parecer le aconteció a lo humano, fue para provecho del universo y salud de todo el mundo.

18. Celso loa la «iniciación» egipcia

Luego, como los egipcios explican misteriosamente el culto de sus animales y dicen ser símbolos de Dios, o como quieran llamarlo los que entre ellos son tenidos por profetas, dice Celso que "quienes se han aprendido esas cosas tienen la impresión de no haberse iniciado en vano"; mas las cosas que se manifiestan en nuestras doctrinas por medio del que Pablo llama carisma, que consiste en la palabra de sabiduría por obra del Espíritu y en la palabra de ciencia según el mismo Espíritu (1 Cor 12,8), a los que estudian a fondo el cristia-

[8] ἔστι M: νοεῖν ἔστι Wifstrand.

nismo, no me parecen pasarle a Celso siquiera por las mientes. Y me parece así, no sólo por lo que ahora dice, sino también por lo que añade más adelante acusando a la religión cristiana, a saber: "que los cristianos rechazan a todo sabio de la doctrina de su fe y sólo llaman a gentes necias y de condición servil". Sobre esto último hablaremos oportunamente, llegado que hayamos al pasaje (III 44.50.55.74).

19. La sabiduría cristiana

Dice además que nosotros "nos reímos de los egipcios, siendo así que éstos proponen enigmas no despreciables, pues enseñan que su culto tiene por blanco las ideas eternas, y no, como se imagina el vulgo, animales efímeros". Los necios somos nosotros, que "en nuestras explicaciones sobre Jesús no ofrecemos nada que merezca mayor consideración que los machos cabríos y perros de los egipcios". Respondamos a esto: "Enhorabuena, noble amigo, que pongas por las nubes los muchos enigmas y oscuras explicaciones que los egipcios dan acerca de sus animales; mas no obras como debes al acusarnos a nosotros, como si estuvieras convencido de que nada decimos, sino cosas todas indignas de consideración y míseras. La verdad es que nosotros disertamos sobre la persona de Jesús según la sabiduría de la palabra entre los que son perfectos en el cristianismo. De ellos, como capaces de escuchar la sabiduría que se encierra en el cristianismo, enseña Pablo y dice: *Hablamos, empero, sabiduría entre los perfectos; mas no sabiduría de este mundo ni de los que mandan en este mundo y se reducen a nada, sino que hablamos la sabiduría de Dios escondida en el misterio, la que Dios predestinó antes de los siglos para gloria nuestra, y que no conoció ninguno de los que mandan en este mundo*" (1 Cor 2,6ss).

20. Las epístolas de Pablo

Y aquí preguntamos a los que piensan como Celso: ¿Es que Pablo no tenía idea de lo que es sabiduría eminente cuando prometía hablar sabiduría entre los perfectos? Mas si responde según su habitual descaro que eso prometió sin tener sombra de sabiduría, le replicaremos así: Primeramente, acláranos las cartas del que eso dice y, fijando bien los ojos sobre cada una de sus frases (por ejemplo, de las cartas a los efesios, a los colosenses, a los tesalonicenses, a los filipenses y a los romanos), demuéstranos dos cosas: que has entendido las palabras de Pablo y que puedes presentar algunas como sim-

ples o tontas. Porque yo sé muy bien que, si con atención se entrega uno a su lectura, o admirará la inteligencia de un hombre que en lenguaje corriente expone grandes verdades, o, si no la admira, se pondrá a sí mismo en ridículo, ora comente el pensamiento del Apóstol como si lo hubiera entendido, ora trate de contradecir y refutar lo que se imagine haber aquél pensado.

21. Los misterios del Evangelio

Y nada digo por ahora del estudio cuidadoso de todo lo que está escrito en el Evangelio. Cada punto contiene muchas razones difíciles de entender, no sólo para el vulgo, sino para algunos inteligentes. Tal, la exposición profunda de las parábolas que Jesús decía *a los de fuera* (Mc 4,11), guardando la explicación de ellas para los que habían sobrepasado la audición exotérica y se acercaban privadamente a El en casa. Celso se hubiera admirado si hubiera comprendido qué razón hay para llamar a unos "de fuera" y a otros "de casa". ¿Y quién que sea capaz de contemplar los pasos varios de Jesús no se maravillará de verlo ora subir al monte para decir estos u otros discursos o hacer estas o las otras acciones o para transfigurarse, y curar abajo los enfermos, incapaces de subir adonde lo seguían sus discípulos? Pero no es éste el momento de explicar cuanto de verdaderamente venerable y divino contienen los evangelios o el sentido que Pablo tiene de Cristo (1 Cor 2,16), es decir, de la Sabiduría y Verbo de Dios. Baste lo dicho contra esa mofa, indigna de un filósofo, de Celso, que osa comparar los íntimos misterios de la Iglesia de Dios "con los gatos, monos, cocodrilos, cabrones y perros de los egipcios".

22. Mitos griegos y fe cristiana

Ese bufón de Celso no quiere omitir insulto ni burla alguna en su discurso contra nosotros, y así nos viene con "los Dioscuros, Heracles, Asclepio y Dioniso, que, de hombres, se cree entre los griegos haberse convertido en dioses". Y añade que nosotros "no toleramos que se los tenga por dioses, pues fueron hombres y vulnerables[9], a pesar de haber llevado a cabo ilustres hazañas en favor de los hombres. A Jesús, empero, afirmamos haberlo visto después de muerto sus propios cofrades" (cf. II 70). Y todavía nos acusa de que

[9] Sigo en la versión la sugestión de Koetschau, que lee τρωτοί por πρῶτον Bouhéreau propuso καὶ πρῶτον, aceptado por Barder.

digamos "haber sido visto, y visto como una sombra". A esto diremos que Celso, muy astutamente, ni afirmó paladinamente no dar culto a ésos como a dioses, pues temía lo que pensarían sus lectores, que lo tendrían por ateo de haber proclamado[10] lo que le parecía verdad, ni tampoco pretendió tenerlos él personalmente por dioses. Mas para cualquiera de los casos tenemos a punto la respuesta. Ea, pues, digamos a los que no creen ser dioses lo que sigue: Una de dos, o no existen en absoluto, sino que, como piensan algunos acerca del alma humana que se destruiría inmediatamente después de la muerte, y en tal caso se destruyó también el alma de ellos, o, según opinión de los que dicen permanecer o ser inmortal el alma, permanecen aquéllos o son inmortales; pero no son dioses, sino héroes; o ni siquiera héroes, sino simplemente almas. Ahora bien, si damos por supuesto que no existen, tendremos que probar la doctrina acerca del alma, que es para nosotros de capital importancia; mas si existen, aun así tendremos que demostrar[11] la inmortalidad, no sólo por lo que hermosamente dijeron los griegos sobre ella, sino también por las sentencias de las divinas enseñanzas. Y haremos ver no ser posible que éstos, convertidos en muchos dioses, llegaran después de salir de esta vida a una región y parte mejor. En prueba de ello alegaremos las historias que sobre ellos corren, en que se habla de la mucha intemperancia de Heracles, y de su femenil servidumbre junto a Onfale; y cómo Asclepio fue herido de un rayo por su Zeus. También les alegaremos lo que se dice de los Dioscuros, que,

"alternando los días, ora viven, ora mueren,
mas honor a los dioses semejantes les cupiera".

(*Odyssea* 11,303s.)

¡Ellos que mueren muchas veces! ¿Cómo, pues, tener[12], según razonable discurso, por dioses a ninguno de ellos?

23. Jesús no es un mito

Nosotros, empero, demostramos la verdad sobre nuestro Jesús por los escritos proféticos, y, comparando luego su historia con las de aquéllos, afirmamos no haber habido en El sombra de intemperancia. Y es así que los mismos que atentaron contra su vida *y buscaban contra El un falso testimo-*

[10] εἰ τε M: εἰ τά Del.
[11] ἀποδεκτεον M: ἀποδεικτέον Bo., K. tr.
[12] ὀίονται M: οἷον τε Selwyn y K. tr.

nio (Mt 26,59.60), no hallaron ni apariencia de probabilidad en el falso testimonio para acusarle de intemperancia. En cuanto a su muerte, se debió a la conjura de los hombres y nada tuvo que ver con el rayo que hirió a Asclepio. ¿Y qué tiene de sagrado el furioso Dioniso, vestido de mujer, para que se lo adore como a dios? Mas si los que defienden estos mitos se acogen a las alegorías, hay que averiguar puntualmente si las tales alegorías contienen algo sano; y averiguar puntualmente también si, quienes fueron despedazados por los titanes y derribados del trono celeste, pueden tener existencia real y ser dignos de culto y adoración. Nuestro Jesús, empero, fue visto de verdad por sus propios "cofrades" (para valerme de la propia expresión de Celso), y falsea Celso la palabra divina al decir que "fue visto como una sombra". Y no hay sino comparar lo que de aquéllos se cuenta con la historia de Jesús. ¿O es que quiere Celso que aquello sea verdad, e invención, por lo contrario, lo que escribieron testigos de vista? Testigos, por cierto, que con sus obras pusieron de manifiesto la claridad con que comprendieron lo que vieron, y demostraron el espíritu que los animaba en lo que de buena gana sufrieron por la doctrina de Jesús. ¿Y quién que quiera proceder en todo según buena razón admitirá, venga lo que viniere, lo que de aquéllos se cuenta? Venido, empero, a la historia evangélica, ¿se abalanzará sin examen ninguno a negarle toda fe?

24. Las curaciones de Esculapio

Además, cuando se dice de Asclepio que una gran muchedumbre de griegos y bárbaros confiesa haberlo muchas veces visto, y verlo todavía, no como mero fantasma, sino a él mismo curando, haciendo beneficios y prediciendo lo por venir (cf. VII 35), Celso nos manda que lo creamos; y de creer en esas cosas, nada tendría que reprocharnos a los fieles de Jesús; mas cuando prestamos crédito a los discípulos de Jesús, que vieron sus milagros y muestran patentemente la sinceridad de su conciencia, pues vemos su ingenuidad, en cuanto cabe ver por los escritos una conciencia, Celso nos regala el calificativo de "gentes necias". Pero él no puede presentar "esa muchedumbre, indecible, como él dice, de hombres, griegos y bárbaros, que confiesan a Asclepio"; nosotros, si esto le parece ser cosa impresionante, podemos mostrar patentemente una muchedumbre "indecible" de griegos y bárbaros que confiesan a Jesús. Y algunos, en las curaciones que realizan, demuestran haber recibido por esta fe algún poder maravillo-

so; y sobre los que necesitan de curación, sólo invocan al Dios supremo y el nombre de Jesús, a par que recitan parte de su historia (I 6). Y es así que nosotros mismos hemos visto a muchos que por estos medios se han librado de graves accidentes, de enajenación y locura, y otros males infinitos, que ni hombres ni démones pudieron curar.

25. Ni el curar ni el adivinar son signos suficientes de divinidad

Mas, aun dando de barato que un demon por nombre Asclepio cure los cuerpos, yo diría a los que tales curaciones admiran, o a los que admiran la adivinación de Apolo, que el arte de curar los cuerpos es cosa indiferente y que viene a parar no sólo a gentes dignas, sino también a malvados; e indiferente es también el conocimiento de lo por venir, pues el que lo conoce no muestra por el mero hecho ser hombre digno. Siendo esto así, demostrad que los que curan o conocen lo por venir no son en ningún aspecto malos, sino que en todo y por todo se muestran personas dignas y no muy lejos de ser tenidos por dioses. Pero no serán capaces de demostrar que los que curan o conocen lo por venir son gentes honestas, pues de muchos que no merecían vivir se dice haber sido curados; gentes que, por vivir indecentemente, ningún médico inteligente los hubiera querido curar. Y en cuanto a los oráculos de Apolo Pítico, es fácil hallar ordenadas cosas fuera de toda razón. De ello voy a poner ahora dos ejemplos: a Cleomedes, creo que el púgil, mandó se le rindieran honores divinos (cf. III 33) por no sé qué de sagrado que hubo de ver en su arte del pugilato; y ni a Pitágoras ni a Sócrates los honró con los honores del púgil. Además, llamó "siervo de las musas" a Arquíloco[13], que ejercitó su arte de poeta en el peor y más disoluto de los argumentos,

[13] Al hombre que mató a Arquíloco en una batalla lo rechazó el oráculo por haber dado muerte al "servidor de las musas". La obscenidad de sus versos fue causa de que se los dejara perder; en la escuela, desde luego, no se los podía utilizar. Es curioso que Juliano el Apóstata prohibiera su lectura a los sacerdotes de su renacido paganismo. Arquíloco hizo un arma de la poesía: *Archilochum proprio rabies armavit iambo* (HORAT., *Ars poet.* 79). Según Plutarco *(Lacon. inst.)* fue arrojado de Lacedemonia porque defendía en un poema ser mejor huir que morir en la batalla:

"De mi escudo hace gala allá algún "saio",
el arma sin reproche que dejara
junto a unos matorrales mal mi grado.
Noramala perezca allá el escudo. Pronto,
otro, no peor que él, nos compraremos".

Hubo, sin embargo, de ser un gran poeta, "servidor de las musas", la antítesis de Homero, digno de que su cabeza figurara con la de éste en un doble Hermes (cf. *Die griechische Literatur des Altertum*, von U. von WILAMOWITZ-MOELLENDORFF, p.30).

aparte llevar vida rota e impura; con lo cual, en cuanto era siervo de las musas, que son tenidas por diosas, lo proclamó hombre piadoso. Mas yo no sé si el hombre más vulgar dirá que el piadoso no esté adornado de toda modestia y virtud, ni si un hombre moderado diría las cosas de que están llenos los yambos nada santos de Arquíloco. Ahora bien, si nada divino se manifiesta de suyo por las curaciones de Asclepio ni por la adivinación de Apolo, ¿cómo puede nadie razonablemente darles culto, como a dioses puros, aun dando de barato que las cosas sean como se dice? Más que más, que el espíritu adivinatorio, Apolo, limpio que está de cuerpo terreno, pasa por la natura (cf. VII 3) a la llamada profetisa sentada junto a la boca de la cueva pítica. Nada semejante pensamos nosotros acerca de Jesús y su poder. Su cuerpo, nacido de la Virgen, estaba compuesto de materia humana, y era susceptible de ser herido y morir como los otros hombres.

26. La historia de Aristeas

Veamos ahora lo que seguidamente dice Celso, que trae a cuento milagros que corren en las historias y tienen en sí mismos todos los visos de incredibilidad, pero que, a juzgar por sus palabras, no deja él de creerlos. Y, primeramente, la historia de Aristeas de Proconneso, del que dice lo siguiente: "Ahí está además Aristeas de Proconneso, que por tan maravillosa manera desapareció de entre los hombres y de nuevo apareció patentemente, viajó luego por muchas partes de la tierra y narraba cosas maravillosas. Y, por más que Apolo mandó a los metapontinos que lo pusieran en el número de los dioses, nadie tiene hoy por dios a Aristeas". La historia parece haberla tomado de Píndaro (fragm.284, ed. Bowra) y de Heródoto (IV 14.15). Baste citar aquí el texto de Heródoto del libro cuarto de sus historias, que dice así sobre Aristeas: "Ya he contado de dónde era Aristeas, que esto dijo; pero ahora voy a referir lo que acerca de él oí en Proconneso y Cícico. Dicen, pues, que Aristeas, que en nobleza de linaje no iba a la zaga a ninguno de los ciudadanos, entró en un batán de Proconneso y allí murió. El batanero, cerrado su taller, marchó a anunciarlo a los allegados del difunto. Cuando ya había corrido por la ciudad la noticia de haber muerto Aristeas, vino a contradecir a los que la decían un hombre de Cícico, que venía de la ciudad de Artaca y afirmaba habérselo encontrado camino de Cícico y trabado con él conversación. El hombre se afirmaba ahincadamente en su

contradicción, pero los deudos del difunto fueron al batán con todo lo necesario para levantar el cadáver. Pero, abierta la casa, allí no apareció Aristeas ni vivo ni muerto. Al cabo de siete años, se presentó en Proconneso y compuso aquellos versos que llaman ahora los griegos *arimaspeos*, y, compuestos, desapareció por segunda vez. Esto es lo que dicen las mentadas ciudades; pero a los metapontinos de Italia sé haberles acontecido lo que sigue; trescientos cuarenta años después de la segunda desaparición de Aristeas, según mis cálculos en Proconneso y entre los metapontinos.

Dicen, en efecto, los metapontinos que el mismo Aristeas, apareciéndose en su país, les mandó levantar un altar a Apolo y, a par de él, una estatua con el nombre de Aristeas de Proconneso. Porque, les dijo, sólo a su país, de entre los italiotas, había venido Apolo, y él, que era ahora Aristeas, le había seguido; pero entonces, cuando siguió al dios, era un cuervo. Esto dicho, desapareció; pero ellos, los metapontinos, añaden haber mandado a Delfos una comisión que consultara al dios qué significaba aquella aparición, y haberles mandado la Pitia que obedecieran a ella, y que, obedeciéndola, les iría bien. Recibido el oráculo, hicieron lo que se les mandó. Y actualmente se levanta una estatua con el nombre de Aristeas junto a la imagen misma de Apolo. En torno a ella están plantados laureles. Y con esto basta sobre Aristeas".

27. Celso cree en patrañas y no en el Evangelio

Pues hablemos ahora de esta historia de Aristeas. Si Celso la hubiera presentado como puro cuento y no hubiera dado a entender que la aceptaba como verdadera, nuestra respuesta a lo que dice hubiera sido distinta. Mas como afirma que desapareció prodigiosamente y volvió a aparecer con toda claridad, viajó por muchas partes de la tierra y contó cuentos maravillosos; como, por añadidura, trae a cuento el oráculo de Apolo mandando a los metapontinos que pusieran a Aristeas en el número de los dioses, y lo trae como cosa que hace suya y acepta, dispondremos así nuestro razonamiento [14] contra él: Tú, que supones ser en absoluto fantasías los milagros que los discípulos de Jesús escribieron haber hecho su Maestro y censuras a los que creen en ellos, ¿cómo no tienes todo eso por milagrería y puro cuento? ¿Cómo tú, que reprochas a los otros que crean sin razón en los milagros de Jesús, te

[14] λόγον M: οὕτως κατασκευάσομεν τὸν λόγον K. tr.

nos presentas creyendo en tamañas patrañas, sin alegar una prueba ni demostración de que efectivamente sucedieron? ¿O es que te imaginas que Heródoto y Píndaro son incapaces de mentir? Aquellos, empero, que han aprendido a morir por las enseñanzas de Jesús y tales escritos han dejado a la posteridad acerca de lo que estaban persuadidos, ¿habían de emprender tamaña lucha por ficciones, como tú piensas, por mitos y milagrerías, que por ello vivieran vida precaria y murieran violentamente? Constitúyete, pues, a ti mismo árbitro de lo que se escribe de Aristeas y lo que se narra de Jesús y mira si, por los hechos, por el beneficio de la corrección de las costumbres y por la piedad para con el Dios supremo, no cabe decir ser un deber creer que la historia de Jesús no aconteció sin disposición divina; pero que nada tiene de divino la de Aristeas de Proconneso.

28. Inanidad de la patraña de Aristeas

Porque, qué se propusiera la providencia con los milagros de Aristeas, ni qué beneficio quisiera hacer el género humano al hacer tamaña ostentación (como tú te imaginas), son preguntas a las que nada puedes contestar. Nosotros, empero, cuando contamos la historia de Jesús, no alegamos una razón cualquiera de que así hubiera de suceder, sino la voluntad de Dios de que se estableciera la docrina de Jesús, para la salvación de los hombres, que había de asentarse sobre los apóstoles como fundamentos del edificio del cristianismo (Eph 2,20s), y crecer en los tiempos siguientes, en que se realizan no pocas curaciones en el nombre de Jesús, y otras manifestaciones divinas nada despreciables. ¿Y quién es ese Apolo, que manda a los metapontinos que pongan a Aristeas en el número de los dioses? ¿Con qué intención hace eso? ¿Y qué beneficio se propone hacer a los metapontinos por el honor que tributan como a dios al que poco antes tenían por puro hombre? Apolo es, según nuestra opinión, "un demon al que honores

de grasa y libación en suerte caben".

(*Ilíada* IV 49.)

Ahora bien, que Apolo recomiende a Aristeas es cosa que te parece a ti fidedigna; las recomendaciones, empero, del Dios supremo y de sus santos ángeles, proclamadas por medio de los profetas, no sólo después de la venida de Jesús, sino antes también de venir a vivir entre los hombres, ¿no te mueven a admirar ni a los profetas, que recibieron el Espíritu divino,

ni al que fue por ellos profetizado? Su venida a este mundo fue proclamada muchos años antes por tantos profetas, que la nación judía entera, colgada de la expectación del que esperaban había de venir, vino a escindirse por la contienda que produjo la venida de Jesús. Porque fue así que una gran muchedumbre de ellos lo confesó por el Mesías y creyó que El era el que había sido profetizado; mas los que no creyeron, haciendo mofa de la mansedumbre de los que, por amor de las enseñanzas de Jesús, no querían la más mínima sedición, cometieron contra Jesús tales desafueros cuales consignaron sus discípulos con amor a la verdad e ingenuidad de ánimo, sin disimular de su prodigiosa historia lo que a los ojos del vulgo parece ignominioso para la religión de los cristianos. Y es así que Jesús mismo y sus discípulos quisieron que los que se acercaban a El no sólo creyeran en su divinidad y milagros, como si no tuviera El parte en la naturaleza humana ni hubiera asumido la carne que en los hombres *codicia contra el espíritu* (Gal 5,17), sino que, como fruto de su fe, vieran la fuerza que había descendido a la naturaleza humana y a las miserias humanas, y que asumió alma y cuerpo humanos, juntamente con la divinidad, para la salud de los creyentes. Estos ven cómo desde entonces comenzaron a entretejerse la naturaleza divina y la humana. Así, la naturaleza humana, por su comunión con la divinidad, se torna divina no sólo en Jesús, sino también en todos los que, después de creer, abrazan la vida que Jesús enseñó, vida que conduce a la amistad y comunión con Dios a todo el que sigue los consejos de Jesús.

29. El peor cristiano, mejor que el mejor pagano

Ahora bien, el Apolo de Celso mandó a los metapontinos que pusieran a Aristeas en el número de los dioses. Mas los metapontinos creyeron que los argumentos que probaban ser Aristeas un hombre, y acaso ni siquiera bueno, eran más fuertes que el oráculo de Apolo de que fuera dios o digno de honores divinos, y no quisieron obedecer a Apolo; con lo que se explica que "nadie tenga a Aristeas por dios". De Jesús, empero, podemos decir que era provechoso al género humano recibirlo como a Hijo de Dios, como a Dios venido en cuerpo y alma; pero esto no parecía convenir a la gula [15] de los

[15] Orígenes repite constantemente que los démones se alimentan de la sangre y grasa de los sacrificios que se les ofrecen. Según *Comm. in Matth.* XIII 23, los poderes malignos están furiosos contra la doctrina de Jesús porque los priva de los sacrificios. La idea, por lo demás, que viene de Homero, era universal por aquel tiempo (cf. CHADWICK, p.146 n.1).

démones, que aman los cuerpos, ni a los que los tienen por dioses; de ahí que los démones que vagan por la tierra, tenidos por dioses por quienes no están instruidos en materia de démones, y los mismos que les daban culto, se empeñaron en impedir que se propagara la doctrina de Jesús. Y es así que, de imponerse las enseñanzas de Jesús, veían al ojo que desaparecían las libaciones y grasas en que golosamente se deleitaban. Mas el mismo Dios que envió a Jesús, destruyó toda la conspiración de los démones e hizo que por dondequiera de la tierra se impusiera el Evangelio de Jesús para conversión y corrección de los hombres, y que por dondequiera surgieran también iglesias, de constitución muy distinta a las comunidades políticas, compuestas de hombres supersticiosos, disolutos e inicuos. Tales son, en efecto, las costumbres que se estilan en las comunidades de las ciudades. Mas las iglesias de Dios, que siguen las enseñanzas de Cristo, comparadas con las comunidades de los pueblos junto a las que viven como forasteras (1 Petr 2,11), son como lumbreras en este mundo (Phil 2,15). Porque ¿quién no confesará que los peores miembros de la Iglesia y que, en parangón con los mejores, dejan mucho que desear, son mejores que muchos que forman las comunidades propulares? [15]

30. En que se confirma lo dicho con ejemplos

Así, por ejemplo, la iglesia de Dios de Atenas, por tener decidida voluntad de agradar al Dios sumo, es mansa y tranquila; mas la comunidad popular de los atenienses es levantisca y en modo alguno puede compararse a la iglesia de Dios allí establecida. Y lo mismo hay que decir de la iglesia de Dios de Corinto y la asamblea popular de los corintios; y, para poner otro ejemplo, de la iglesia de Dios de Alejandría y de la comunidad del pueblo de los alejandrinos. Si el que esto oye es inteligente y examina las cosas con amor a la verdad, no podrá menos de admirar al que decidió y logró que se formaran por dondequiera iglesias de Dios que habitaran como forasteras (1 Petr 2,11) a par de las comunidades populares de cada ciudad. Y por modo semejante, si se compara el consejo de la Iglesia de Dios con el consejo

[16] Aquí y en el párrafo siguiente se contrapone la *ecclesia tou theou* o la *ecclesia tou demou*. Los nombres son los mismos, pero la realidad no puede ser más distinta. Que de la "asamblea del pueblo", cosa tan particular de cada *polis*, se pasara al concepto universal de "Iglesia de Dios", lo más universal, lo más católico que cabe imaginar, es como un milagro semántico.

de cada ciudad, se hallará que [17] algunos consejeros de la Iglesia son dignos de gobernar en una ciudad de Dios, si la tal ciudad existiera en el universo; mas los consejeros de cualquier parte no presentan en sus costumbres nada digno de la preeminencia que les viene de su autoridad, por la que parecen descollar sobre los ciudadanos. Así ha de compararse el que manda en la iglesia de cada ciudad con el que manda sobre la ciudad misma, y se comprenderá que, hablando en general, aun los consejeros y gobernantes de la Iglesia de Dios que dejan mucho que desear y son más desidiosos en parangón con los de más fervor [18], no por eso dejan de superar, en lo que atañe a progreso en la virtud, las costumbres de los consejeros y gobernantes de las ciudades.

31. Abaris el hiperbóreo

Siendo esto así, ¿no es razonable pensar que hubo en Jesús, capaz que fue de llevar a cabo tamañas cosas, una divinidad no vulgar? No así en Aristeas de Proconneso, por más que Apolo se empeñe en ponerlo en el número de los dioses, ni en ninguno de los que enumera Celso cuando dice: "Nadie tiene por Dios al hiperbóreo Abaris, que tuvo tal virtud que fue llevado por un dardo" (HEROD., IV 36; PORPH., *Vita Pythagorae* 28-29; IAMBL., *Vita Pyth.* XIX 91 *et alibi).* En efecto, ¿qué intentaba la divinidad al hacer al hiperbóreo Abaris la merced de ser llevado por un dardo, o qué provecho se seguiría al género humano de tan alto don? Y Abaris mismo, ¿qué sacaba de ser llevado [19] por una flecha? Y esto dando de barato no se trate absolutamente de fantasía, sino que sucediera por alguna operación demónica. Mas cuando de mi Jesús se dice que es *asumido en gloria* (1 Tim 3,16), veo la dispensación de Dios, que hizo eso para recomendar a los que contemplaron a su Maestro; así lucharían con todas sus fuerzas, no como si lucharan por enseñanzas humanas, sino por doctrina divina; se consagrarían al Dios supremo y todo lo harían para agradarle, como quienes han de recibir en el tribunal divino, según sus méritos, la paga de lo bueno o malo que hubieren hecho.

[17] εὕροις ἂν M: εὕροις ἂν ὅτι Bo. Del. K. tr.

[18] εὐτονωτέρως M: εὐτονωτέρους We., K. tr. Pulla contra los obispos de su tiempo; cf. *Comm. in Matth.* XVI 8.25. "Aquí habla Orígenes por propia experiencia" (CHADWICK).

[19] οἰστῷ M: ἀπὸ τοῦ οἰστῷ We., K. tr.

32. Hermótimo de Clazomenias

Luego viene a hablar Celso del famoso (Hermótimo) de Clazomenias y, al cabo de su historia, añade: "¿Acaso no se dice que el alma de él, abandonando a menudo su cuerpo, andaba vagando incorpórea? Y tampoco a éste tuvieron las gentes por dios" (PLIN., *Nat. hist.* VII 174; LUC., *Muscae enc.* 7; TERT., *De anima* 44). A esto diremos que acaso algunos démones malvados dispusieron que tales patrañas se pusieran por escrito (porque no creo dispusieran también que sucedieran), a fin de desacreditar como cuentos semejantes a ellas lo que fue profetizado acerca de Jesús o lo que por El fue dicho, o no se admire en absoluto, por no tener más que lo que los otros tienen. Pero mi Jesús dijo acerca de su propia alma (que no se separó de su cuerpo por necesidad humana, sino por la potestad maravillosa que aun en esto le fue dada): *Nadie me quita mi alma* (= mi vida), *sino que yo la doy voluntariamente. Tengo poder para darla, y tengo también poder para volverla a tomar* (Io 10,18) (cf. *supra* II 16). Y, porque tenía poder de darla, la dio cuando dijo: *Padre, ¿por qué me has abandonado? Y dando una gran voz, expiró* (Mt 27,46.50). Así se adelantó a los verdugos de los crucificados, que les quebraban las piernas para que no prolongaran más el suplicio. Y volvió a tomar su alma cuando se manifestó a sus discípulos, después que dijera, en presencia de ellos, a los judíos que no querían creer en El: *Destruid este templo y yo lo volveré a levantar en tres días... y hablaba del templo de su cuerpo* (Io 2,19.21). Que es lo mismo que los profetas habían predicado de antemano en muchos pasajes; por ejemplo, en éste: *Y segura descansa hasta mi carne, porque no dejarás mi alma en los infiernos, y no permitirás que corrupción tu santo vea* (Ps 15,9s).

33. La patraña de Cleomedes de Astipalea

Quiso demostrar Celso haber leído muchas historias griegas, y trae también a cuento la de Cleomedes de Astipalea, de quien narra "haberse metido en un arca y, cerrándose dentro de ella, no fue luego encontrado dentro; por no se sabe qué divino destino, cuando con intento de prenderlo, rompieron algunos el arca, se había volado de ella". Mas tampoco esto, aunque no [20] fuera cuento, como parece serlo, tiene nada que ver con

[20] εἰ μὲν M: εἰ μὴ Del.

los hechos de Jesús. Y es así que en todos estos de que habla Celso no se halla signo alguno de divinidad que apareciera en la vida de los hombres; los signos, empero, de la divinidad de Jesús son las Iglesias compuestas de hombres por El favorecidos, las profecías que sobre El versan, las curaciones hechas en su nombre, el conocimiento que de El se tiene acompañado de sabiduría y la razón que hallan quienes se preocupan de remontarse de la fe sencilla a indagar el sentido de las Escrituras divinas, conforme a los consejos de Jesús mismo, que dijo: *Escudriñad las Escrituras* (Io 5,39). Lo mismo quiere Pablo al enseñarnos que debemos saber responder a cada uno como conviene (Col 4,6), y aun el otro que dijo: *Prestos a dar satisfacción a todo el que os pida razón de vuestra fe* (1 Petr 3,15). Mas si Celso no quiere convenir en que se trata de un cuento, díganos qué intentó el supremo poder al hacer que, "por no sabemos qué divino destino, saliera Cleomedes volando de dentro". Si nos presenta algo digno de consideración y un intento digno de Dios para conceder tal merced a Cleomedes, pensaremos qué haya de respondérsele; mas si no tiene nada, siquiera probable, que decir sobre el caso—y no lo tendrá porque no cabe encontrarlo—, nos pondremos del lado [21] de los que no aceptan la patraña y la marcaremos con nota de falsa, o diremos que algún espíritu demónico, de modo semejante a los trampantojos de los hechiceros, hizo también lo que se cuenta [22] del astipaleo. De éste, sin embargo, piensa Celso haber dicho un oráculo que "salió volando del arca por no se sabe qué destino divino".

34. La pureza del culto cristiano

Yo creo que sólo de estos hombres tuvo Celso noticia; sin embargo, para dar la impresión de que omitía adrede ejemplos semejantes, dijo: "Y otros muchos más se podrían alegar por el estilo". Sea así, en efecto, y demos de barato haber habido muchos hombres como esos que ningún bien hicieron al género humano: ¿Qué acción puede hallarse de estos hombres comparable [23] con la obra de Jesús y sus milagros, de que largamente hemos hablado?

Luego, por dar culto "a uno que fue condenado a muerte y murió" (como dice Celso), opina Celso que "hacemos cosa parecida a los getas, que dan culto a Zamolxis; los cilicios, a Mopso (CIC., *De nat. deorum* II 7; *De divin.*

[21] διαβαλοῦμεν M: συμβαλοῦλεν Wif.
[22] περl M: τὰ περι K. tr.
[23] ἕκαστον M: εἰκαστόν K. tr.

I 40); los acarnenses, a Anfíloco; los tebanos, a Anfiarao, y los lebadios, a Trofonio" (cf. VII 35). Pero también en esto le vamos a demostrar que no tiene razón para compararnos con dichos pueblos. Estos, en efecto, levantaron templos y estatuas a los que enumera Celso; nosotros, empero, hemos dejado de dar culto a la divinidad por esos medios, pues los tenemos por más acomodados a los espíritus demónicos, que, no sé por qué manera, se asientan en cierto lugar, ora lo ocupen ellos de antemano, ora lo conviertan como en morada suya [24], atraídos por ciertas iniciaciones o magias, y admiramos profundamente a Jesús, que ha apartado nuestra mente de todo lo sensible, de cuanto no sólo es corruptible, sino que de hecho se corromperá (cf. IV 61), y la levanta al honor del Dios supremo, que le tributamos por vida recta y oraciones. Estas se las dirigimos por medio de Jesús, que está entre medio de la naturaleza del Increado y la de todas las cosas creadas. El nos trae los beneficios del Padre, y El también, a la manera de sumo sacerdote (Hebr 3,1 *et passim)*, lleva nuestras preces al Dios supremo.

35. Jesús pide culto exclusivo

Realmente no sé a qué propósito diga Celso todo eso; mas ya que lo dice, quisiera charlar con él en el tono que le conviene. Dime, por tu vida, esos cuya lista nos has dado, ¿no son nada, ni tienen fuerza alguna ese Trofonio en Lebadea, ni Anfiarao en su templo de Tebas, ni Anfíloco en Acarnania, ni Mosco en Cilicia, o hay en los tales un demon o un héroe y hasta un dios, que obra cosas por encima del poder humano? Ahora bien, si afirma no haber ahí nada particular, ni demónico ni divino, confiese ahora al menos su propio sentir, diga que es epicúreo y no piensa como los griegos, ni conoce a los démones, ni da culto, siquiera como los griegos, a dios alguno. Con ello queda convicto de que en balde adujo todo lo antedicho como si él lo aceptara por verdad, y en balde será también todo lo que seguidamente adujere. Mas si afirma que esos que ha enumerado son démones, héroes o dioses, tenga cuidado no venga por sus palabras a demostrar lo que no quisiera, a saber: que también Jesús fue algo semejante, y por eso pudo demostrar a no pocos hombres haber venido de Dios al linaje humano. Mas una vez admita esto, considérese si no se verá forzado a afirmar que Jesús es cosa más fuerte que esos en

[24] ὥσπερ M: ὡσπερεὶ K. tr.

cuya lista lo puso. La prueba es que ninguno de ésos prohibe que se tributen honores a los otros; Jesús, empero, seguro que está de ser más poderoso que todos ellos, prohibe se los reconozca, por ser démones malvados, que han ocupado ciertos lugares de la tierra, ya que no son capaces de alcanzar las regiones más puras y divinas, adonde no llegan las groserías de la tierra y los males infinitos de la tierra.

36. Antínoo, el querido de Adriano

Luego viene a hablar de los amores de Adriano [25] (me refiero al muchacho Antínoo y los honores que se le rinden en la ciudad egipcia de Antinópolis), y opina que en nada se diferencian del culto que nosotros tributamos a Jesús. Pues vamos a demostrar que eso se ha dicho por odio puro. En efecto, ¿qué tiene que ver la vida del querido de Adriano, que no dejó ni al varón inmune de la pasión femenina, con la vida santa de nuestro Jesús, contra quien ni los mismos que lo acusaron de infinitas cosas y acumularon mentiras sobre mentiras fueron capaces de insinuar el mínimo desliz en materia de incontinencia? Pero es que, además, si se examina con amor a la verdad e imparcialmente todo ese asunto de Antínoo, se hallará que la causa de hacer aparentemente algo, aun después de muerto, en Antinópolis son las magias e iniciaciones de los egipcios. Lo mismo cuentan los egipcios y los expertos en estos temas que acontece en otros templos, en determinados lugares en que se asientan démones con poder de adivinar o curar, que a menudo torturan también a los que creen haber transgredido algún precepto sobre alimentos vulgares o sobre tocar algún cadáver humano. De este modo tienen [26] cómo espantar al vulgo inmenso e ignaro. Tal es también [27] el que en Antinópolis de Egipto es tenido por dios, cuyos milagros se inventan los que viven

[25] Antínoo, querido del emperador Adriano, se ahogó en el Nilo el año 130. AEL. SPART., *In vita Adriani*, dice: "Perdió a su Antínoo navegando por el Nilo y lo lloró mujerilmente. Del hecho corre distinta fama. Unos afirman que se ofreció en sacrificio por Adriano; otros, lo que da a entender su belleza y la excesiva pasión de Adriano. Como quiera, por mandato de Adriano, los griegos lo deificaron, afirmando que por él se daban oráculos; se corre haberlos compuesto el mismo Adriano". La apologética primitiva recordó a menudo el hecho infamante; San Justino lo recuerda en contraste con la castidad cristiana, de la que refiere antes un caso concreto (y hasta extraño): "Y aquí hemos creído no estaría fuera de lugar recordar a Antínoo, que vivió en estos tiempos, a quien todos, por miedo, se arrojaron a honrar como a dios, no obstante saber muy bien quién era y de dónde venía" (I *Apol*. 29). El muchacho procedía de Bitinia. Otros textos, cf. mis *Apologistas griegos del siglo II*, índice s.v. Antínoos, al que hay que añadir THEOPHIL., *Ad Autol*. III 8.

[26] δοκοῖεν M: ἔχοιεν K. tr.

[27] καὶ ἐν M: καὶ ὁ ἐν K. tr. Wif.

de la impostura, mientras otros, engañados por el demon que allí reside, y otros, convictos por su flaca conciencia, se imaginan pagar una pena que divinamente les inflige Antínoo. Por el estilo son los misterios que celebran y las aparentes adivinaciones, de todo lo cual dista infinito el culto de Jesús. Porque no se juntaron una panda de magos o hechiceros para dar gusto al rey que se lo mandaba o a algún gobernador que lo ordenaba, y dieron la impresión de que lo habían hecho dios (cf. V 38; VIII 61). No, fue Dios mismo, artífice del universo, quien, a consecuencia de la maravillosa fuerza persuasiva de su palabra, recomendó a Jesús como digno de honor, no sólo a los hombres que quieran obrar juiciosamente, sino también a los démones y a otros poderes invisibles. Así lo ponen éstos de manifiesto hasta el presente, ora por temor al nombre de Jesús, que tienen por superior a ellos, ora porque, reverentemente, lo aceptan como su legítimo señor. Y es así que, de no haber sido así atestiguado divinamente, no cederían los démones mismos al solo pronunciarse su nombre, ni se alejarían de los hombres a quienes hacen la guerra.

37. Jesús, nuestro solo Dios

Ahora bien, los egipcios, a quienes se ha enseñado a dar culto a Antínoo, tolerarán de buen grado que se compare con él a Apolo o Zeus, pues glorifican a Antínoo por el hecho de haberlo puesto en el número de ellos. Y también en esto miente Celso cuando dice: "Si con él [28] se compara a Apolo o Zeus, no lo soportarán". Los cristianos, empero, que saben que para ellos la vida eterna estriba en conocer al solo supremo y verdadero Dios y a Jesucristo, a quien El envió (Io 17,3); ellos, que saben además que *todos los dioses de las naciones son demonios golosos* (Ps 95,5), que giran en torno de los sacrificios, de la sangre y porciones que se separan de las víctimas, para engañar a los que no buscan su refugio en el Dios supremo; los que, en fin, no ignoran que los divinos y santos ángeles de Dios son de otra naturaleza y de otros propósitos que los démones todos que moran en la tierra (cf. V 5), a muy pocos conocidos fuera de quienes con inteligencia y aplicación han estudiado esta materia; los cristianos, digo, no tolerarán que se compare

[28] Aquí parece cometer Orígenes un extraño quiproquo. Celso hubo de decir que los cristianos no tolerarían que se comparara con él (con Jesús) a Zeus o Apolo; y esto tiene un alto sentido; el *auto*, en cambio, de este pasaje se refiere a Antínoo, que, deificado, podía parangonarse con Zeus o Apolo (siquiera a respetable distancia).

con Jesús a Apolo o Zeus ni a ninguno de los que reciben culto de grasa, sangre y sacrificios. Algunos, desde luego, por su mucha simplicidad, no sabrán dar razón de lo que hacen, pero se atienen con muy buen acuerdo a lo que se les ha enseñado; otros la darán con razonamientos no desdeñables, sino profundos y, como diría un griego, esotéricos y misteriosos. Ellos profesan una profunda doctrina acerca de Dios y acerca de los que Dios ha honrado por medio de su Verbo unigénito, que es Dios, con la participación de la divinidad y, por ende, con el nombre de dioses (cf. Ps 81,1). Profunda es también la doctrina sobre los ángeles divinos, no menos que sobre los contrarios a la verdad que fueron engañados y que, por efecto del engaño, se proclaman a sí mismos [29] dioses, o ángeles de Dios, o démones buenos, o héroes, que han pasado a serlo de un alma humana buena (cf. III 80; DIOG. LAERT., VII 151). Los cristianos de esta calidad serán capaces de demostrar que, a la manera como muchos que profesan la filosofía creen estar en la verdad, ora por haberse engañado a sí mismos con argumentos probables, ora por haber abrazado temerariamente lo que otros exponen y han encontrado, así hay también algunos, entre las almas desnudas de su cuerpo y entre los ángeles y démones, que por ciertas probabilidades han sido arrastrados a proclamarse a sí mismos como dioses. Y como no es posible que estos razonamientos se hallen puntual y acabadamente entre los hombres, se consideró seguro no entregarse quien es hombre a nadie como a Dios, fuera de uno solo, que es Jesucristo, árbitro que es de todas las cosas, que contempla estas profundidades y se las comunica a unos pocos.

38. Fe infortunada y fe afortunada

Ahora bien, la fe en Antínoo u otro por el estilo, ora se dé entre los egipcios, ora entre los griegos, es, por decirlo así, fe infortunada; la fe, empero, en Jesús puede ser o aparentemente afortunada o examinada concienzudamente; aparentemente afortunada en los más, examinada concienzudamente en muy pocos. Pero nótese que, si hablo de fe afortunada, como la llamaría el vulgo, la razón de ella la refiero también a Dios que sabe las causas del reparto de dones que se hace a cada hombre que viene a este mundo. Y hasta los griegos confesarán que, aun entre los que son tenidos por sapientísimos, la buena fortuna es a menudo la causa, por ejemplo, de haber

[29] αὐτούς M: ἑαυτοὺς K. tr.

dado con maestros tales y haber logrado los mejores, siendo así que otros enseñan doctrinas contrarias, y de haber logrado una educación en el mejor ambiente. Y es así que muchos han tenido una educación tal que ni les ha pasado por las mientes haya cosa mejor, pues desde su primera edad han tenido que satisfacer la intemperancia de hombres disolutos o de amos suyos, o les ha cabido otra mala suerte que impidió a su alma levantar los ojos a lo alto. Es absolutamente verosímil que las causas de estas diferencias estén en las razones de la providencia [30]; pero no es fácil que las comprendan los hombres. Me ha parecido bien decir esto de pasada y a modo de digresión, por razón de la frase de Celso: "Tanta fuerza tiene la fe, cualquiera que ella sea, si de antemano se apodera de la mente". Era, en efecto, menester decir que, por las distintas maneras de educarse, hay entre los hombres distintas fes, pues creen más o menos afortunada o desafortunadamente; y de aquí había que pasar a decir que la llamada buena o mala fortuna contribuye, por lo general, aun en los mejor dotados, a que parezcan más razonables y se adhieran con más razón a sus doctrinas. Mas sobre este punto basta con lo dicho.

39. Razón de nuestra fe en Jesús

Consideremos ahora lo que dice Celso seguidamente, a saber: que "también en nosotros la fe, apoderándose de antemano de nuestra alma, hace que tengamos tal convicción respecto de Jesús". A decir verdad, la fe nos infunde pareja convicción. Pero miremos si la fe, por sí misma, no nos presenta como laudable que nos confiemos al Dios supremo, dando gracias al que nos ha conducido a esa fe y afirmando que, sin disposición divina, no hubiera El osado acometer ni llevado a cabo tamaña obra. Y creemos también en la recta intención de los que escribieron los evangelios, infiriéndolo de su piedad y conciencia, tal como se manifiestan en sus escritos. Nada hay, en efecto, en ellos que tenga sabor de cosa espuria, de embuste, ficción o astucia. Para nosotros, efectivamente, es evidente que hombres que no tenían idea de lo que enseña la astuta sofística de los griegos, que tanta cabida da a la probabilidad y agudeza, al igual que la retórica que se vuelve y revuelve en los tribunales, no fueron capaces de inventarse cosas tales que llevan en sí mismas la fuerza de la fe y obligan a una vida conforme a la misma

[30] Sobre el tema de las diferencias humanas y su relación con la providencia, cf. ORIG., *De princ.* II 9,5 y II 9,3.

fe. Y yo pienso que Jesús echó mano, adrede, de tales maestros de su doctrina, para que no cupiera la menor sospecha de elocuentes argucias (cf. I 62). Así aparecería patente a los que son capaces de entender cómo la sinceridad del propósito de los escritores, que entraña, si cabe así decirlo, mucho de ingenuo, mereció una fuerza divina, que logró más que lo que parece poder lograr todo el rebuscamiento de discursos, la disposición de frases y la ilación de ideas con sus divisiones y técnica griega del decir.

40. Concierto entre la fe y la razón

Pues consideremos si las doctrinas de nuestra fe no están en perfecto acuerdo con las nociones universales cuando transforman a los que inteligentemente escuchan lo que se les dice. Cierto que la perversión, ayudada de una constante instrucción, puede implantar en las mentes del vulgo la idea de que las estatuas son dioses y de que merecen adoración objetos hechos de oro, plata, marfil o piedra; pero la razón universal (cf. I 5) pide que no se piense en absoluto ser Dios materia corruptible, ni se le dé culto al ser figurado por hombres en materias inanimadas, ora se labren "según su imagen" (Gen 1,26), ora según ciertos símbolos del mismo. De ahí que (en la instrucción cristiana) se dice inmediatamente que las imágenes *no son dioses* (Act 19,26) y que objetos así fabricados no son comparables con el Creador; a lo que se añade algo sobre el Dios supremo que creó, conserva y gobierna todas las cosas. Y al punto el alma racional, como reconociendo lo que le es congénito, desecha lo que hasta entonces opinó eran dioses, concibe amor natural al Creador y, por este amor, acepta de buena gana al que primeramente mostró estas verdades a todas las naciones por medio de los discípulos que El formó y envió con poder y autoridad divina a pregonar la doctrina acerca de Dios y de su reino.

41. Cristología (dudosa) de Orígenes

Celso nos acusa, no sé ya las veces, de que, "no obstante ser de cuerpo mortal, tenemos a Jesús por Dios, y en esto nos imaginamos obrar religiosamente". Superfluo es que una vez más respondamos a eso, pues más que suficientemente se ha dicho antes (I 69). Sepan, sin embargo, nuestros acusadores que Aquel que nosotros pensamos y creemos ser Dios e Hijo de Dios, desde el principio es el Logos en per-

sona, la sabiduría en persona y la verdad en persona (Io 1,1; 14,6); en cuanto a su cuerpo mortal y al alma humana en su cuerpo, afirmamos que no sólo por la comunión con El, sino también por la unidad y mezcla, alcanzaron lo máximo que cabe alcanzar y, por participar de la divinidad del mismo, fueron transformados en Dios. Ahora bien, si alguno se escandaliza de que digamos esto aun del cuerpo de Jesús, estudie lo que los griegos dicen de la materia propiamente sin cualidades, que se reviste de aquellas que el Creador quiere infundirle; y hasta muchas veces depone las anteriores y toma otras mejores y diferentes. Si esto es doctrina sana, ¿qué maravilla fuera que, por voluntad de la providencia de Dios, la cualidad mortal del cuerpo de Jesús se cambiara en la cualidad etérea y divina?

42. Algo de filosofía estoica

Ahora bien, no habló Celso como hombre hábil en la dialéctica o arte de argüir al comparar la carne humana de Jesús con el oro, la plata y la piedra, y afirmando ser aquélla más corruptible que todo esto. Porque, rigurosamente hablando, ni lo incorruptible es más incorruptible que lo incorruptible, ni lo corruptible más corruptible que lo corruptible (cf. II 7). Mas dado caso que haya algo más propenso a la corrupción, a esto diremos que, si es posible que la materia subyacente a todas las cualidades cambie de cualidades, ¿cómo no ser posible que también la carne de Jesús cambiara sus cualidades y se tornara tal como debía ser una carne que habitara el éter y los lugares por encima del éter, sin las debilidades propias de la carne y lo que Celso llamó "impurezas"? Y tampoco aquí habla como filósofo, pues lo propiamente impuro lo es por la maldad. Ahora bien, la naturaleza del cuerpo no es impura, pues en cuanto naturaleza corpórea no tiene en sí el principio generador de la impureza, que es la maldad (cf. IV 66).

Mas seguramente barruntó Celso nuestra respuesta, y así dice acerca del cambio del cuerpo de Jesús: "Pero ¿es que, al dejar la carne, se convirtió en Dios? ¿Por qué entonces no lo serán con más razón Asclepio, Dioniso y Heracles?" Respondemos: ¿Qué hicieron Asclepio, Dioniso y Heracles comparable con la obra de Jesús? ¿Y a quiénes nos presentarán, como prueba de que son dioses, que se corrigieran en sus costumbres y se hicieran mejores por las palabras o por el ejemplo de ellos? Leamos las múltiples historias que sobre ellos corren y veamos si estuvieron limpios de toda in-

temperancia, injusticia, insensatez o cobardía. Si nada de eso se encuentra en ellos, el argumento de Celso al comparar con Jesús a los antedichos tendría alguna fuerza; pero si es patente que, al lado de algunas cosas buenas que de ellos se cuentan, son infinitas las que se escribe haber hecho contra la recta razón, ¿en qué cabeza cabe afirmar que, dejado su cuerpo mortal, tienen más derecho que Jesús a convertirse en dioses?

43. El sepulcro de Zeus en Creta

Seguidamente dice de nosotros que "nos reímos de los que adoran a Zeus, siendo así que su sepulcro se muestra en Creta[31]; pero no adoramos nosotros menos a un hombre sepultado, sin saber cómo y por qué hacen eso los cretenses". Ahora, pues, es de ver cómo Celso defiende por estas palabras a los cretenses, a Zeus y su sepulcro, dando a entender ciertas interpretaciones figuradas, según las cuales se dice haberse inventado el cuento sobre Zeus. Contra nosotros, empero, se ensaña, sin advertir que nosotros confesamos ciertamente haber sido nuestro Jesús sepultado, pero afirmamos también que se levantó del sepulcro, cosa que no cuentan ya los cretenses acerca de Zeus.

Mas ya que parece abogar por el sepulcro de Zeus en Creta, al decir que "no sabemos cómo y por qué hacen eso los cretenses", digamos que tampoco Calímaco de Cirene[32], que leyó poemas innúmeros y había reunido casi toda la historia griega, sabe nada sobre interpretación tropológica de los mitos de Zeus y su sepulcro. Por eso en su himno a Zeus acusa a los cretenses diciendo:

> "Siempre embusteros, los cretenses un sepulcro
> para ti han inventado, ¡oh soberano, que no mueres,
> porque tú eres por siempre!"
>
> (*Hymn. in Iov.* 8-9.)

[31] La alusión al sepulcro de Zeus en Creta aparece en casi todos los apologistas primitivos y les da pie para su evehmerismo. He aquí una lista (no exhaustiva) de referencias dada por Chadwick *ad l.*: TAT., 27; ATHEN., 30; THEOPH., 1,10; CLEM. AL., *Protrept.* XXXVII 4; TERT., *Apol.* XXV 7; MINUC., XXI 8; *Clem. recogn.* X 23; ARNOB., IV 14; ATHAN., *Contra gentes* 10.

[32] Calímaco de Cirene está bien calificado por Orígenes al decir que leyó innumerables poemas y reunió casi toda la literatura griega. Calímaco (310-240 a. de C.) fue "el poeta de su grande época", pero producto esencialmente alejandrino, culto y erudito. Aunque no fue propiamente director de la famosa biblioteca, fundada bajo Ptolomeo I—cargo que iba anejo al de educador del príncipe—, él la catalogó "con interés enciclopédico aristotélico". En su trabajo de catalogación hubo de ocurrírsele el dicho de μέγα βιβλίον μέγα κακόν ("libro gordo, calamidad gorda").

Ahora bien, el poeta que dijo: "... que no mueres, porque tú eres por siempre", después de negar la fábula del sepulcro de Zeus en Creta, cuenta acerca de Zeus el comienzo de la muerte, que es haber nacido. Efectivamente, comienzo del morir es nacer sobre la tierra. Y dice así: "Entre parrasios / tras sus nupcias a luz te diera Rea" (ibid., 10). El que negó el nacimiento de Zeus fundado en la fábula de su sepulcro en Creta, debiera haber visto que a su nacimiento en Arcadia había de seguirse que el nacido muriera. He aquí lo que sobre el particular dice Calímaco:

"Unos dicen, ¡oh Zeus!, que tú naciste
en los montes ideos; en Arcadia
ponen otros, ¡oh Zeus!, tu nacimiento.
¿Quiénes mienten, ¡oh Padre!? Los cretenses
fueron siempre embusteros", etc.
(Ibid., 6-8.)

A estas disquisiciones nos ha traído Celso, por tratar desconsideradamente a Jesús. El hombre acepta de buen grado lo que se escribe sobre su muerte y sepultura, pero tiene por fábula que resucitara de entre los muertos. Y eso que también su resurrección fue de antemano anunciada por tantos profetas, y hay muchas pruebas de que se apareció después de su muerte.

44. El cristianismo no es patrimonio de tontos

Seguidamente aduce Celso lo que dicen unos cuantos, muy pocos, de esos que son tenidos por cristianos al margen de la enseñanza de Jesús, y no "los más inteligentes" (como él se imagina), sino de los más ignorantes, y afirma que "entre ellos se dan órdenes como éstas: Nadie que sea instruido se nos acerque, nadie sabio, nadie prudente (todo eso es considerado entre nosotros como males). No, si alguno es ignorante, si alguno insensato, si alguno inculto, si alguno tonto, venga con toda confianza. Ahora bien, al confesar así que tienen por dignos de su dios a esa ralea de gentes, bien a las claras manifiestan que no quieren ni pueden persuadir más que a necios, plebeyos y estúpidos, a esclavos, mujerzuelas y chiquillos". A eso podemos responder con un caso semejante: Jesús enseña la continencia y dice: *El que mirare a una mujer para desearla, ya ha cometido adulterio con ella en su corazón* (Mt 5,28). Ahora bien, si de entre tantos como son tenidos por cristianos se viera a unos pocos

que viven disolutamente, lo de todo punto razonable fuera acusarlos a ellos de que viven contra la enseñanza de Jesús; pero sería rematadamente necio achacar la culpa de ellos a la doctrina que profesan. Por modo semejante, la religión cristiana, más que ninguna, invita a la sabiduría; luego habrá que recriminar a los que defienden y dicen su propia ignorancia, no eso que Celso les achaca en su escrito—pues nadie habla tan estúpidamente, por muy pobres gentes e ignorantes que sean—, sino algo muy inferior, pero que, al cabo, pueda retraer del cultivo de la sabiduría.

45. El culto de la sabiduría: a) En el Antiguo Testamento

Ahora bien, que la palabra divina quiera que seamos sabios, puede demostrarse por las antiguas Escrituras judaicas, de que también nos valemos nosotros, y por las que se escribieron después de Jesús, que las iglesias tienen por divinas. Así, en el salmo 50, se escribe cómo David ora a Dios: *Lo oculto y escondido de tu sabiduría me has mostrado* (Ps 50,8). Y quien leyere el libro de los Salmos, lo hallará lleno de muchas sabias doctrinas. Y Salomón fue alabado por haber pedido la sabiduría (2 Chron 1,10-11). Las huellas de su sabiduría son de ver en sus escritos, que, en breves palabras, contienen sublimes sentencias, amén de muchas loas de la sabiduría y exhortaciones apremiantes a su ejercicio. Personalmente fue tan sabio Salomón, que la reina de Sabá, oído que hubo el nombre de Salomón y el nombre del Señor, vino a tentarlo con enigmas, y le dijo todo lo que llevaba en el corazón. Y Salomón le respondió a todas sus preguntas; no hubo pregunta que el rey pasara por alto sin responderle. Y vio la reina de Sabá toda la inteligencia de Salomón y todo lo que poseía, y quedó atónita y le dijo al rey: *Verdad es lo que oí decir en mi tierra acerca de ti y de tu inteligencia; pero no creía a los que me hablaban hasta que vine yo misma y lo han visto mis ojos. Y ahora resulta que no me contaron ni la mitad. Tu sabiduría y tus bienes han sobrepasado con mucho todo lo que yo había oído* (3 Reg 10,1-7). De él se escribe igualmente *haber dado el Señor a Salomón prudencia y sabiduría mucha sobremanera, y anchura de corazón como la arena de la orilla del mar; y se dilató sobremanera la sabiduría de Salomón por encima de la prudencia de todos los hombres antiguos y por encima de todos los prudentes de Egipto, y fue más sabio que todos los hombres, más sabio que Getán, ezraíta, y Emad y Calcad*

y Aradab, hijos de Mad, y era famoso entre todos los pueblos del contorno. Pronunció Salomón tres mil parábolas, y sus poemas fueron cinco mil; y discutió acerca de los árboles, desde el cedro del Líbano hasta el hisopo que sale por la pared, así como acerca de los peces y bestias. Y venían de todos los pueblos a oir la sabiduría de Salomón, y los reyes de toda la tierra que habían oído su sabiduría (3 Reg 4,25-30).

La palabra divina tiene tanto interés en que haya sabios entre los creyentes que, con el fin de ejercitar la inteligencia de los oyentes, unas cosas las dice por enigmas, otras por los llamados discursos oscuros, otras por parábolas y otras por problemas. Así, por ejemplo, uno de los profetas, Oseas, dice al final de sus razonamientos: *¿Quién es sabio y entenderá estas cosas, o prudente y las conocerá?* (Os 14,10). Y Daniel y los que con él estaban cautivos, hasta punto tal adelantaron en las ciencias que profesaban en Babilonia los sabios del rey, que son alabados de sobresalir diez veces más que ellos (Dan 1,20). El hecho es que al soberano de Tiro, que alardeaba mucho de su sabiduría, se le dice en Ezequiel: *¿Acaso eres tú más sabio que Daniel? ¡No se te ha revelado a ti todo lo oculto!* (Ez 28,3).

46. b) Por el Nuevo Testamento

Si ahora venimos a los libros escritos después del advenimiento de Jesús, veremos que la turbamulta de los creyentes oían sus parábolas como quienes están fuera y sólo merecen doctrinas exotéricas; los discípulos, empero, escuchaban en particular las explicaciones de las parábolas. Y es así que *privadamente se lo resolvía Jesús todo a sus discípulos* (Mc 4, 2.34), honrando así, con preferencia a las turbas, a los que juzgaba dignos de su sabiduría. El mismo promete a los que creyeren en El que les enviará sabios y escribas: *He aquí que yo os enviaré sabios y escribas, y a algunos de ellos los mataréis y crucificaréis* (Mt 23,34). En cuanto a Pablo, en la lista de los carismas que Dios concede puso en primer lugar *el discurso de la sabiduría;* en el segundo, como inferior a él, *el discurso de la ciencia* o gnosis, y en el tercero, más bajo en cierto modo, *la fe;* y como quien prefería la razón a las operaciones maravillosas, puso en lugar inferior respecto a los carismas racionales *las operaciones de milagros y los carismas de curaciones* (1 Cor 12,8-10). En los Hechos de los Apóstoles, Esteban atestigua el mucho saber de Moisés, tomándolo sin duda de escritos antiguos que no han llegado al público. Dice en efecto: *Y fue instruido Moisés en toda la sabiduría de los*

egipcios (Act 7,22). De ahí justamente vino la sospecha de que, en sus milagros, no obrara según su afirmación de que venía de Dios, sino según las enseñanzas de los egipcios, que conocía muy bien. Con esta sospecha, el rey mandó llamar a los encantadores de Egipto, *a sus sabios y hechiceros* (Ex 7,10), pero se demostró no eran nada en parangón con la sabiduría de Moisés, que estaba muy por encima de toda la sabiduría de los egipcios.

47. «La sabiduría de este mundo»

Es probable que lo que Pablo escribe en su primera carta a los corintios (1,18ss), como cosa dicha contra los griegos y los que alardean de la sabiduría griega, haya movido a algunos a pensar que la palabra divina no quiere sabios. El que así piense, oiga lo que sigue: la palabra divina reprende a hombres míseros, y dice que no son sabios en lo inteligible, invisible y eterno, sino que, ocupados solamente en lo sensible y cifrándolo todo en ello, son sabios de este mundo. Por modo semejante, como haya muchos sistemas filosóficos: unos que defienden la materia y los cuerpos y sientan que todo lo que subsiste principalmente o en sí mismo son cuerpos, y nada hay fuera de ellos, ora se llame invisible, ora se lo denomine incorpóreo, ésa dice la palabra divina ser la sabiduría de este mundo, que es destruida, y se entontece, la que se llama también sabiduría de este tiempo; otros, empero, que levantan al alma de las cosas de acá a la bienaventuranza de Dios y al que se llama reino suyo, y enseñan a despreciar como pasajero todo lo sensible y patente a los ojos y a correr a lo invisible y oculto (2 Cor 4,18), ésa dice ser sabiduría de Dios. Sin embargo, amante que era Pablo de la verdad, dice acerca de algunos sabios griegos en lo que tienen de verdad: *Conociendo como conocieron a Dios, no lo glorificaron como a Dios ni le dieron gracias.* Atestigua, desde luego, Pablo que conocieron a Dios, pero añade que eso no fue sin ayuda y providencia de Dios, pues escribe: *Porque Dios se lo manifestó;* aludiendo, según yo pienso, a los que se remontan de lo visible a lo inteligible, dado caso que escribe: *Lo invisible de Dios se hace visible, desde la creación del mundo, por las criaturas, su mismo poder eterno y su divinidad; de suerte que son inexcusables; pues, habiendo conocido a Dios, no lo glorificaron como a Dios ni le dieron gracias* (Rom 1,19-21).

48. El obispo ha de ser doctor

Pero Pablo dijo también: *Mirad, hermanos, vuestro llamamiento; no hay entre vosotros muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles. No, Dios ha escogido lo necio del mundo, para confundir a los sabios; y ha escogido Dios lo innoble y despreciado, y hasta lo que no tiene ser, para confundir a lo que tiene ser, y así no se glorie hombre alguno en su presencia* (1 Cor 1,26-29). Acaso también estas palabras han podido mover a algunos a pensar que ningún hombre culto, ningún sabio o inteligente abraza nuestra religión. Al que así piense le haremos notar que no se habla de que no haya ningún sabio según la carne, sino de que no hay "muchos sabios según la carne". Y es evidente que, cuando Pablo caracteriza a los que se llaman obispos y describe qué cualidades hayan de tener, entre ellas ordenó que el obispo sea doctor o maestro; y dice que debe ser capaz de argüir a los contradictores y tapar, por su sabiduría, la boca a los que hablan vanamente y engañan a las almas. Y, como prefiere para el episcopado al monógamo sobre el dígamo, al irreprensible sobre el reprensible, al continente sobre el que no lo es, al prudente sobre el imprudente, al moderado sobre el inmoderado aun en cosas menudas, así quiere que suba preferentemente al episcopado quien sea capaz de enseñar y de argüir a los que contradicen (Tit 1,9-11; cf. 1 Tim 3,2). ¿Con qué razón, pues, nos acusa Celso de decir: "Nadie instruido, nadie sabio, nadie inteligente se acerque a nosotros"? No, acérquese, si quiere, un hombre culto, un sabio, un inteligente; pero acérquese no menos cualquier ignorante, cualquier insensato, inculto y niño. Porque nuestra religión promete curar a los tales, haciéndolos a todos dignos de Dios [33].

49. La instrucción, camino de la virtud

Mentira es también que quienes predican la palabra divina sólo quieran persuadir "a tontos, plebeyos, estúpidos, mujerzuelas y chiquillos". A decir verdad, también a éstos los llama nuestra religión para mejorarlos, pero no menos a otros muy

[33] Nada más sereno, equilibrado y profundo que esta refutación por Orígenes de la sandez de Celso. La Iglesia, como el Apóstol (Rom 1,14), se debe por igual a sabios e ignorantes, y su misión es hacerlos a todos dignos de Dios. Dígase lo mismo de pobres y ricos. La Iglesia es, por el mismo título, Iglesia de los pobres que Iglesia de los ricos, a los que tiene misión de amonestar que no confíen en lo incierto de la riqueza (1 Tim 6,17). La maravilla es que, como Dios, la Iglesia se ajusta a la talla del niño con la misma facilidad que a la del gigante. (¿Y quién puede tenerse por gigante en lo divino?)

diferentes de ellos. Y es así que Cristo es *salvador de todos los hombres, señaladamente de los creyentes* (1 Tim 4,10), ora sean inteligentes o simples. Y El es también *propiciación por nuestros pecados cerca del Padre, y no sólo de los nuestros, sino de los de todo el mundo* (1 Io 2,2). Huelga, por ende, querernos defender, después de lo dicho, de frases de Celso como éstas: "¿Qué may hay, por otra parte, en ser instruido y haber estudiado las mejores doctrinas y en ser y parecer inteligente? ¿No será antes bien de provecho y medio por donde se puede llegar más fácilmente a la verdad?" Realmente, el ser verdaderamente instruido no es un mal, pues la instrucción y educación es camino de la virtud. Sin embargo, ni los sabios griegos dirán haya de contarse en el número de los instruidos el que abraza doctrinas erróneas. Y ¿quién no convendrá igualmente en que el haber estudiado las mejores doctrinas no sea un bien? Pero ¿qué doctrinas calificaremos de mejores, verdaderas y que estimulen a la virtud? También es bueno ser inteligente, pero no el mero parecerlo, como afirma Celso. Y, ciertamente, ni el ser instruido, ni el haber estudiado las mejores doctrinas, ni el ser inteligente son obstáculo alguno, sino que antes bien ayudan al conocimiento de Dios. Pero nosotros tenemos más derecho que Celso a decir todo eso, sobre todo si se demuestra que es epicúreo [34].

50. La predicación cristiana

Veamos lo que dice seguidamente, que es de este tenor: "Mas vemos por vista de ojos cómo los charlatanes que en las públicas plazas ostentan sus artes más abominables y hacen su agosto, jamás se acercan a un grupo de hombres discretos, ni entre éstos se atreven a hacer ostentación de sus maravillas [35]; mas dondequiera ven a un corro de muchachos o una turba de esclavos o de gentes bobaliconas, allá se precipitan y allí se pavonean". ¡Es de ver cómo también en esto nos calumnia, equiparándonos a los que en los mercados exhiben sus artes más abominables y hacen así su agosto! ¿Qué doctrinas abominables exhibimos nosotros? ¿O qué hacemos que se asemeje a lo de esos charlatanes? ¡Nosotros, que, por medio de lecturas de la palabra divina y su comentario, exhortamos a la piedad para con el Dios del universo y a las virtudes que se sientan en el mismo trono que ella, y apartamos a los oyentes de todo menosprecio de lo divino, y de toda acción contra la

[34] No parece se pueda demostrar.
[35] κατα τολμήσαντας M: καλὰ τολμήσαντας K. tr.

recta razón! [36]. Los mismos filósofos desearían ciertamente congregar tan gran número de oyentes de discursos que exhortan al bien; así lo han hecho señaladamente algunos cínicos, que públicamente se ponen a conversar con los primeros que se topan. ¿Es que también se dirá de ellos, por no reunir como auditorio a los que pasan por instruidos, sino que convidan y juntan a gentes de la calle, que se parecen a los charlatanes que exhiben en las públicas plazas sus artes abominables y hacen así su agosto? Pero ni Celso ni ninguno de los que piensan como él pondrán tacha en quienes, según lo que ellos tienen por amor a la humanidad, dirigen sus discursos aun a las gentes ignorantes.

51. La admisión en el cristianismo

Ahora bien, si aquellos filósofos no merecen reprensión por obrar así, veamos si los cristianos no exhortan más y mejor que ellos a las muchedumbres a la vida honrada. Porque los filósofos que públicamente conversan con las gentes, no seleccionan su propio auditorio, sino que todo el que quiere se para y se pone a oír. Los cristianos, empero, en cuanto les es posible, examinan previamente las almas de los que quieren oírlos y de antemano los prueban [37] privadamente; sólo después que, al parecer, antes de entrar en la comunidad, se han entregado los oyentes a cumplir su propósito de vivir honestamente, entonces los admiten. Luego, privadamente, estatuyen dos órdenes, uno de recién llegados, que reciben instrucción elemental y no llevan aún el signo de haber sido purificados; otro, de los que, según sus fuerzas, han demostrado su propósito de no querer sino lo que place a los cristianos. Entre éstos se destinan algunos a vigilar la vida y conducta de los que han entrado, con el fin de impedir que formen parte de la comunidad quienes se entregan a pecados ocultos, y recibir, en cambio, con los brazos abiertos a los que no son tales y hacerlos cada día mejores. El mismo procedimiento siguen con los que pecan, señaladamente con los intemperantes, a los que arrojan de la comunidad, ¡esos que Celso compara a los charlatanes que en los mercados exhiben sus saberes abominables!

[36] Aquí define Orígenes en sus elementos esenciales la homilía, forma primitiva y sola genuina de la predicación cristiana: lectura de la Biblia, comentario y exhortación moral. Sobre la predicación cínica y su parentesco con la cristiana, cf. LABRIOLLE, *La réaction païenne* (París 1950) p.80-87. No es de suponer, sin embargo, que ningún predicador cristiano primitivo llegara a lo que cuenta Diógenes Laercio del cínico Menedemo, que, "vestido de Erenis (furia infernal), andaba de una parte a otra diciendo haber venido del hades para inspeccionar *(episcopos)* los pecados de las gentes y contárselos luego, de vuelta al hades, a los démones de allí".

[37] προεπάσαντες M: προετάσαντες Robinson.

La venerable escuela de los pitagóricos construía cenotafios a los que apostataban de su filosofía, teniéndolos por muertos (II 12); los cristianos, a su vez, lloran como perdidos y muertos para Dios a los que se dejan vencer por la intemperancia o por otro vicio torpe, y, como a resucitados de entre los muertos, caso que muestren verdadera penitencia, de nuevo los reciben algo más tarde, con más largo plazo de prueba que a los que por primera vez se convierten. Sin embargo, a los que han venido a caer después de abrazar el cristianismo, no los admiten a cargo ni gobierno alguno de la que se llama Iglesia de Dios.

52. Celso, mujerzuela que chilla

Pues veamos ahora si Celso no miente descaradamente y compara cosas dispares cuando dice: "Vemos por vista de ojos cómo los que en las públicas plazas exhiben sus artes más abominables y hacen su agosto". Y esos a quienes Celso nos compara: "los que en las públicas plazas ostentan sus artes abominables y hacen su agosto", dice él que "jamás se acercan a una reunión de hombres inteligentes, ni entre éstos se atreven a mostrar sus maravillas [38]; mas donde columbran a muchachos, una turba de esclavos o un corro de bobalicones, allí se precipitan y allí se pavonean". Mas en esto no hace otra cosa que insultarnos, a la manera de mujerzuelas que chillan en las calles sin otro fin que insultarse unas a otras [39]. Porque la verdad es que nosotros hacemos cuanto está en nuestra mano por que nuestra reunión se componga de hombres inteligentes; y, cuando tenemos delante oyentes discretos, nos atrevemos a exponer, en nuestras homilías al pueblo, lo que nuestra religión tiene de más bello y divino; mas cuando contemplamos cómo acuden gentes simples, ocultamos y pasamos en silencio los temas más profundos, pues son oyentes que necesitan de discursos que, figuradamente, se llaman "leche" (cf. 1 Cor 3,2).

53. La leche y el manjar sólido

Y es así que nuestro Pablo, escribiendo a los corintios, que eran, desde luego, griegos, pero no puros aún en sus costumbres, dice así: *Leche os di a beber, no comida, pues no la podíais aún tomar; pero ni aún ahora podéis, pues todavía sois carnales. Pues, cuando entre vosotros se dan envidia y contienda, ¿no sois carnales y andáis a lo humano?* (1 Cor 3,2-3).

[38] κατὰ τόλμᾳν M: καλὰ τολμᾶν Philocalia, K. tr.

[39] La imagen de las mujerzuelas que se insultan a gritos en la calle es ya homérica.

Pero el mismo Pablo, que sabía haber un alimento propio del alma ya más perfecta y que el de los principiantes se compara a la leche de los niños, dice también: *Y habéis venido a tener necesidad de leche, y no de manjar sólido. Porque todo el que toma leche es que no tiene experiencia de la palabra de la justicia, pues es un niño. De los perfectos, empero, es el manjar sólido, pues por el hábito tienen ejercitados los sentidos para distinguir el bien y el mal* (Hebr 5,12ss). Ahora, pues, preguntamos: El que crea que todo esto está bien dicho, ¿puede imaginar que las bellezas de nuestra doctrina no se expondrán jamás ante una reunión de hombres inteligentes, sino que dondequiera columbremos a un corro de chiquillos, una gavilla de esclavos o un grupo de bobalicones, allí correremos a exponer las cosas divinas y sagradas, y ante parejos oyentes nos pavonearemos de ellas? Pero no, lo evidente para todo el que examine el sentido de nuestros escritos es que Celso, por rencor comparable al de la plebe vulgar, dice todo eso, sin crítica alguna, para calumniar la raza de los cristianos.

54. El cristianismo, escuela universal

Confesamos realmente que queremos instruir a todos por la que, mal que le pese a Celso, es palabra de Dios, de modo que también a los muchachos les dirigimos la exhortación que les conviene, y mostramos a los esclavos cómo, adquiriendo espíritu libre, nacerán de noble raza por obra del Logos. Y los que entre nosotros predican el cristianismo, paladinamente afirman ser *deudores de griegos y bárbaros, de sabios e ignorantes* (Rom 1,14), pues no niegan que es menester curar también las almas de los ignorantes, para que, dejando, en lo posible, su ignorancia, corran hacia una mayor inteligencia, escuchando la exhortación de Salomón: *¡Oh insensatos!, tened inteligencia. Y el que de vosotros sea más insensato, tuerza hacia mí* (Prov 8,5). Y a los faltos de sentido, los exhorta la sabiduría diciendo: *Venid, comed mi pan y bebed el vino que os he templado; abandonad la necedad, para que viváis, y enderezad la inteligencia en conocimiento* (Prov 9,5).

Mas, dado el punto que nos ocupa, yo diría también contra el razonamiento de Celso lo que sigue: ¿Es que los filósofos no invitan también a que los oigan los muchachos? ¿Es que no exhortan a los jóvenes a que salgan de su vida pésima y aspiren a cosas mejores? ¿Por qué no han de querer que los esclavos profesan la filosofía? ¿Vamos a acusar nosotros a los filósofos de que los exhorten a la virtud, como hizo Pitágo-

ras con Zamolxis, y Zenón con Perseo, y los que, recientemente [40], incitaron a Epicteto a profesar la filosofía? ¿O es que a vosotros, ¡oh griegos!, os es lícito llamar a la filosofía a muchachos y esclavos y gentes ignorantes; mas, si nosotros hacemos lo mismo, no obramos por amor a nuestros semejantes? ¡Y es así que nosotros queremos curar con la medicina de la razón a toda naturaleza racional y unirla con el Dios creador de todas las cosas! Pero baste con lo dicho sobre los insultos, más bien que acusaciones, de Celso.

55. Los humildes, apóstoles cristianos

Como, por lo visto, Celso ha tomado gusto en echarnos rociadas de insultos, añadió a los ya dichos, otros que vamos a citar para ver quién se deshonra más con ellos, los cristianos o Celso, que dice: "Vemos, efectivamente, en las casas privadas a cardadores, zapateros y bataneros, a las gentes, en fin, más incultas y rústicas, que delante de los señores o amos de casa, hombres provectos y discretos, no se atreven a abrir la boca; pero apenas cogen aparte a los niños mismos y con ellos a ciertas mujercillas sin seso, hay que ver la de cosas maravillosas que sueltan: "que no hay que atender ni a padres ni a preceptores, sino creerlos únicamente a ellos; pues aquéllos son unos necios y unos estúpidos y, preocupados como están por vacuas tonterías, ni saben ni hacen nada que sea realmente bueno. Ellos, sólo ellos, son los que saben cómo se debe vivir, y si los niños les obedecen, no sólo serán ellos felices, sino que harán [41] también feliz a su familia". Y si, mientras hablan, columbran que se acerca alguno de los preceptores, encargados de la enseñanza de los niños, hombres prudentes, o el padre mismo, los más cautos se callan de miedo; pero otros, más descarados, tratan de soliviantar a los niños, susurrándoles que en presencia del padre o de los preceptores no quieren ni pueden explicarles nada bueno, pues se lo impide la estolidez y necedad de aquéllos, corrompidos que están totalmente y sumidos en la más profunda maldad, y que pudieran casti-

[40] "Recientemente" (ayer o anteayer, según la expresión griega), pues Epicteto vivió del 60 al 140 después de Cristo. Fue esclavo, oriundo de Hierápolis de Frigia; libertado, enseñó en Roma hasta la persecución de los filósofos por Domiciano (89) y luego en Nicópolis (junto a Accio, sur del Epiro). El no escribió nada; Arriano tomó notas de sus "homilías", y éstas, más el *Manual de moral*, se han conservado. La impresión sobre su tiempo y sobre la posteridad fue grande. Hallaremos otras referencias de Celso a Epicteto. Su doctrina fue la estoica, si bien lo esencial no era, sin duda, su doctrina, sino su carácter. Aunque no lo hagamos del todo nuestro, he aquí un juicio de Wilamowitz-Moellendorff (o.c., p.244): "Difícilmente hay un cristiano de la antigua Iglesia que se acercara tanto como este frigio a la doctrina real de Jesús, tal como consta en los sinópticos".

[41] ἀποφαίνειν M: ἀποφανεῖν Bo., K. tr.

garlos; que si quieren, tienen que desentenderse del padre y preceptores y, junto con las mujeres y sus compañeros de juegos, apartarse a la habitación de las mujeres o al taller de zapatería o de curtidos, y allí recibirán cabal instrucción. Tales son los discursos con que tratan de persuadir".

56. La enseñanza cristiana, ajena a toda impureza

Aquí es también de ver cómo injuria a los que entre nosotros predican la palabra divina. A los que por todos los modos tratan de levantar el alma al Creador del universo, a los que enseñan cómo hay que despreciar todo lo sensible, temporal y visible y no dejar piedra sin mover a trueque de alcanzar la comunión con Dios, la contemplación de lo inteligible e invisible y la vida bienaventurada con Dios y con los amigos de Dios; a ésos, digo, los compara Celso con los cardadores que andan por las casas, con los zapateros y bataneros, con las gentes más rústicas imaginables, que atraerían al mal a niños realmente pequeños y mujerzuelas, apartándolos de padres y preceptores, para que los sigan a ellos solos. Mas a Celso le toca demostrar de qué padre prudente, de qué maestro de nobles enseñanzas apartamos nosotros a los niños y mujerzuelas, y comparar, en los niños y mujeres que abrazan nuestra religión, si algo que antes oyeran es mejor que lo que oyen de nosotros. Díganos Celso de qué modo apartamos a niños y mujeres de sanas y sagradas doctrinas y los provocamos a la práctica del mal. Pero jamás podrá probar nada semejante contra nosotros. Al contrario, a las mujeres las libramos de la deshonestidad y perversión que les viene de los que tratan con ellas, y de toda manía por teatros y bailes, no menos que de la superstición; y a los niños, apenas llegan a la pubertad y se despiertan sus instintos por lo sexual, tratamos de hacerlos castos, poniéndoles delante no sólo la fealdad del pecado, sino también el estado en que queda el alma de los malos, la cuenta que tendrá que dar y los castigos que sufrirá.

57. El cristiano no repudia la filosofía

¿Y qué maestros decimos que deliran y son unos mentecatos, a los que defiende Celso como si enseñaran mejor doctrina que la nuestra?

A no ser que tenga, por lo visto, por maestros excelentes y no delirantes de las mujeres, a quienes las provocan a la superstición y a espectáculos deshonestos, y que no son unos

mentecatos los que traen y llevan a los jóvenes a todo género de excesos que sabemos cometen en muchas partes. Ahora bien, nosotros, según nuestras fuerzas, invitamos aun a los que profesan dogmas filosóficos a que vengan a nuestra religión, poniéndoles delante su excelencia y pureza; mas como quiera que Celso da a entender por lo que dice no ser así, sino que sólo llamamos a gentes estúpidas, razonemos con él así: Si dijeras que apartamos de la filosofía a los que antes la han profesado, no dirías, desde luego, la verdad, pero tu dicho tendría algún viso de probabilidad; mas como dices que apartamos a los que se convierten a nosotros de sus buenos maestros, muéstranos haya otros maestros buenos fuera de los maestros de la filosofía o los que trabajan [42] por dar una enseñanza útil. Pero nada de esto podrá mostrar. Por lo demás, nosotros proclamamos públicamente, y no a sombra de tejado, que serán bienaventurados los que vivieren conforme a la palabra de Dios y en todas sus acciones miraren a El y en todo lo que hicieren piensen que los está El contemplando. ¿Son estas enseñanzas de cardadores, zapateros y bataneros y de los más rústicos patanes? ¡Que lo demuestre, si es capaz, Celso!

58. La filosofía, propedéutica del cristianismo

Los que Celso compara con los cardadores que andan por las casas, y con los zapateros y bataneros y los más rústicos patanes, en presencia del padre y los maestros no querrán, dice, abrir la boca, ni podrán siquiera explicar cosa buena a los niños. Respondamos a esto: ¿De qué padre hablas, buen hombre, y de qué maestro? Si del que aprueba la virtud y reprende el vicio y aspira a lo mejor, has de saber que nosotros hablaremos a los niños de nuestra religión con la plena confianza de que saldremos airosos ante juez semejante; mas si callamos ante un padre desacreditado en la virtud y ante maestros que enseñan lo que pugna con la sana razón, no es cosa que nos puedas reprochar, pues sería reproche irrazonable. Tú mismo, seguramente, si tuvieras que enseñar los misterios de la filosofía a jóvenes, hijos de padres que miran la filosofía como cosa ociosa y sin provecho, no darías tu lección en presencia de esos malos padres, sino que desearías que los hijos que han de iniciarse en la filosofía se apartaran de padres perversos y esperarías el momento oportuno en que los discursos de la filosofía llegaran al alma de los jóvenes. Y lo mismo diremos

[42] πεποιημένους M: πεπονημένους K. tr.

sobre los maestros. Si apartamos a los niños de maestros que enseñan las indecencias de la comedia y los licenciosos poemas yámbicos y demás obras que ni mejoran al que las recita ni son de provecho a los que las oyen; de maestros, repito, que no saben [43] interpretar filosóficamente los poemas y añadirles el comentario que convendría para provecho de los jóvenes, en tal caso hacemos algo que no nos avergonzamos de confesar. Mas si me presentas maestros que dan una especie de iniciación y ejercicio propedeútico en la filosofía, yo no trataré de apartar de ellos a los jóvenes; ejercitados más bien como en una instrucción general y en las doctrinas filosóficas, trataré de levantarlos a la magnificencia sacra y sublime, oculta al vulgo, de los cristianos, que discurren acerca de los temas más grandes y necesarios, a par que demuestran y ponen ante los ojos cómo toda esa filosofía se halla tratada por los profetas de Dios y por los apóstoles de Jesús.

59. A quiénes llama a sí el cristianismo

Seguidamente, dándose cuenta que nos ha injuriado con demasiada aspereza, añade Celso en tono de propia defensa: "Y que no los culpo con mayor acritud de lo que me fuerza la verdad, puede demostrarse por lo que sigue. Los que llaman para las otras iniciaciones, proclaman previamente: "El que sea puro de manos y discreto de lengua..." O bien otros: "El que esté limpio de toda impureza, cuya alma no tenga conciencia de mal alguno, y el que viva bien y justamente..." Y esto previamente pregonan los que prometen purificaciones de los pecados. Pues escuchemos ahora a quiénes llaman éstos: "Cualquiera—dicen—que sea pecador, cualquier insensato, cualquier niño pequeño y, en una palabra, cualquier miserable, a éste lo aceptará el reino de Dios". Ahora bien, ¿a quién llamáis pecador sino al inicuo, al ladrón, al que taladra paredes, al hechicero, al que despoja los templos y al que profana las tumbas? ¿A qué otros llamara quien quisiera hacer leva de bandidos? A esto respondemos que no es lo mismo llamar a los enfermos del alma para que se curen, que llamar a los sanos para que conozcan y comprendan los misterios divinos. Nosotros conocemos esos dos géneros de personas, y así, desde el principio, llamamos a los hombres para que se curen. A los pecadores los exhortamos a que oigan discursos que les enseñarán a no pecar; a los insensatos, otros que les infundirán inteligencia; a los niños, a que avancen hasta sentir

[43] εἰδότας M: εἰδότων K. tr.

y pensar como hombres; y a los desgraciados en general tratamos de llevarlos a la felicidad o, hablando con más propiedad, a la bienaventuranza [44]. A aquellos, empero, que, tras oír nuestras exhortaciones, han adelantado en la virtud y demuestran haber sido purificados por el Logos y vivir, según sus fuerzas, mejor que antes, los llamamos en ese momento a nuestros misterios. *Pues hablamos sabiduría entre los perfectos* (1 Cor 2,6).

60. El altísimo ideal cristiano

Nosotros enseñamos que en *alma malévola no entrará la sabiduría, ni morará en cuerpo sujeto al pecado* (Sap 1,4), y así decimos: El que tenga manos puras y que, por eso, levanta a Dios manos santas (1 Tim 2,8); el que, por ofrecer sublimes y celestes sacrificios, puede decir: *La elevación de mis manos es sacrificio vespertino* (Ps 140,2), venga a nosotros; y el que es discreto en su lengua *por meditar día y noche la ley del Señor* (Ps 1,2) y tener por el hábito *ejercitados los sentidos para distinguir el bien y el mal* (Hebr 5,41), no vacile en acercarse a gustar de los sólidos manjares espirituales, que convienen a los atletas de la piedad y de toda virtud. Y, pues la gracia de Dios está con todos los que aman incorruptamente (Eph 6,24) al Maestro de las doctrinas sobre la inmortalidad, el que esté limpio no sólo de todo crimen, sino también de los pecados que se tienen por leves, iníciese confiadamente en los misterios de la religión de Jesús, que, razonablemente, sólo se revelan a las almas puras y santas. El sacerdote de Celso dice: "Al que de nada malo le remuerda la conciencia, venga". Mas el que inicia a los hombres en el culto de Dios según Jesús dirá a los purificados en su alma: Al que de mucho tiempo atrás, y señaladamente desde que fue curado por obra del Logos, no le remuerde el alma de mal alguno, ése escuche también lo que, *privadamente* (Mc 4,34), habló Jesús a sus auténticos discípulos. En conclusión, al contraponer Celso a los que inician en los misterios de los griegos y a los que enseñan la doctrina de Jesús, no se percató de la diferencia entre llamar a los malos para que se curen, y a los ya del todo puros a iniciarse en los misterios cristianos.

[44] Es notable que no se dé en el griego bíblico la palabra εὐδαιμονία. ¿Sintió Orígenes escrúpulo de su segundo elemento y la cambió por la que él tiene por más propia, μακαριότης?

61. El misterio escondido

No llamamos, pues, a nuestros misterios y a participar de *la sabiduría escondida en el misterio, aquella que Dios predestinó antes de los siglos para gloria de sus santos* (1 Cor 2,7), al inicuo, al ladrón, al atracador, al hechicero, al sacrílego y violador de sepulcros y a cuantos otros, con énfasis retórico, pueda enumerar Celso. No, a ésos los llamamos para su curación. Y es así que en la divinidad del Logos hay ayuda para la curación de los enfermos, de los que dijo el Logos mismo: *No necesitan de médico los sanos, sino los enfermos* (Mt 9, 12); y hay otras que revelan a los limpios de cuerpo y alma *el misterio oculto por tiempos eternos, pero manifestado ahora por las escrituras proféticas y por la aparición de nuestro Señor Jesucristo* (Rom 6,25s; 2 Tim 1,10). Esa aparición se hace patente a cada uno de los perfectos e ilumina la mente para conocer sin error la realidad de las cosas. Mas ya que, dando énfasis retórico a las acusaciones contra nosotros, tras enumerar a todos esos hombres, padrones de abominación, añade: "¿A qué otros llamaría el bandido que hiciera leva de gentes?". también a eso le vamos a responder. El bandido llama ciertamente a gentes de esa ralea, porque quiere valerse de su maldad contra los hombres a quienes desea matar y robar; mas el cristiano, aun cuando llame a los mismos que el bandido, lo hace con intención muy diferente; el cristiano quiere vendar las heridas de ellos por medio de la palabra divina, y verter sobre el alma, inflamada por sus vicios, los remedios de esa misma palabra, a la manera del aceite y vino (Lc 10,34) y otros emolientes, y demás ayudas médicas que alivian al alma.

62. El misterio del pecado

Luego tergiversa Celso lo que se dice y está escrito para exhortar a los que viven mal y llamarlos a penitencia y enmienda de sus almas y dice que decimos "haber sido Dios enviado a los pecadores" (Mt 9,11-13). En esto hace como si reprochara a quienes digan que, por razón de los enfermos de una ciudad, envió un rey humanísimo a su médico. Fue efectivamente enviado el Dios Logos como médico a los pecadores; como maestro de misterios divinos a los ya limpios y que no pecan más. Mas Celso, incapaz de hacer esta distinción (por no tener interés en averiguar bien las cosas), dice: "Pues qué, ¿no fue enviado a los sin pecado? ¿Qué mal es

no haber pecado?" A esto decimos que si por "sin pecado" entiende a los que ya no pecan, también a éstos fue enviado Jesús, nuestro Salvador, pero no como médico; mas si los "sin pecado" son los que nunca han pecado (Celso no hizo la distinción en su frase), hemos de decir no ser posible haya un hombre en este sentido sin pecado [45]. Pero esto afirmamos a excepción del que en Jesús era mirado como hombre (cf. II 25), *que no cometió pecado* (1 Petr 2,22). Malignamente además afirma Celso que nosotros digamos: "Al inicuo, como se humille a sí mismo por razón de su maldad, lo recibirá Dios; si el justo, empero, que haya practicado la virtud desde el principio levanta a El los ojos, no lo recibirá". Efectivamente, nosotros decimos ser imposible que nadie levante sus ojos a Dios tras una práctica de la virtud desde el principio. Es menester, en efecto, que la maldad se dé primeramente entre los hombres, como escribe también Pablo: *Mas cuando vino el mandato, revivió el pecado, pero yo morí* (Rom 7,9). Pero tampoco enseñamos acerca del inicuo que baste humillarse bajo el peso de su maldad para que Dios lo reciba. No, Dios recibe al que se condena a sí mismo por su vida pasada, y por ella anda humillado y vive ordenadamente en lo por venir.

63. El misterio del perdón

Luego se ve que Celso no entiende el sentido de estas palabras: *Todo el que se exaltare, será humillado* (Mt 23,12), ni enseñado siquiera por Platón, según el cual el hombre bueno y noble se porta modesta y ordenadamente (PLAT., *Leg.* 716a). Tampoco sabe por qué decimos: *Humillaos bajo la poderosa mano de Dios, para que El os exalte en el momento oportuno* (1 Petr 5,6). Así se explica que diga: "Los que administran debidamente la justicia, reprimen los suspiros lastimeros (PLAT., *Phaidr.* 267c) de quienes se lamentan de sus desaguisados, para evitar el riesgo de que se dé la sentencia por compasión y no según verdad. Y Dios, por lo visto, ¿juzga no según verdad, sino por lisonja?" Pero ¿qué lisonja ni qué especie de suspiros lastimeros hay en las divinas Escrituras, cuando el pecador le dice a Dios en su oración: *Te he confesado mi pecado, no te oculté mi culpa. Dije: Confesaré al Señor mi falta...?* (Ps 31,5). Pero ¿será Celso capaz de demostrar que no contribuye eso a la conversión de los que pecan, al humillarse a sí mismos ante Dios en sus oraciones?

[45] Cf. IV 96; ORIG., *Comm. in Matth.* XIII 23.

Pero, obcecado por su furia de acusarnos, no repara en contradecirse a sí mismo. Así, una vez afirma saber de hombres sin pecado, de justos que, adornados de virtud desde el principio, levantan sus ojos a Dios; otra acepta lo que nosotros decimos: *¿Qué hombre hay perfectamente justo o quién está sin pecado?* (Iob 15,14; 25,4). Y, efectivamente, como si lo aceptara, dice: "Realmente, harta verdad es que, por naturaleza, la raza humana es pecadora". Luego, como si el Logos no hubiera llamado a todos, dice: "Debiera, pues, haberlos llamado a todos, puesto caso que todos pecan". Pero más arriba (II 73) hemos hecho ver que Jesús dijo: *Venid a mí todos los que trabajáis y andáis cargados, y yo os aliviaré* (Mt 12, 28). Así, pues, todos los hombres que trabajan y andan cargados por su naturaleza proclive al pecado, son llamados al alivio y descanso que les ofrece el Logos de Dios. *Y es así que Dios envió su Logos, y los sanó y los libró de sus miserias* (Ps 106,20).

64. ¿Preferencia por los pecadores?

Dice también Celso: "¿Qué preferencia es ésa por los pecadores?" Y por el estilo añade muchas más cosas. A todo ello responderemos que, hablando absolutamente, un pecador no es preferido al que no lo es. Sin embargo, hay veces en que un pecador, que tiene conciencia de sus pecados y ello lo mueve a arrepentirse y andar humilde bajo su peso, es preferido a otro que se tiene por menos pecador o que no piensa en absoluto ser pecador, y se exalta y engríe por ciertas ventajas que se imagina poseer. Así lo pone en claro a todo el que quiera leer inteligentemente los evangelios la parábola del publicano, que decía: *Sé propicio a mí, que soy pecador* (Lc 18, 13), y del fariseo que se vanagloriaba con orgullo malo: *Te doy gracias, porque no soy como los otros hombres: rapaces, inicuos, adúlteros, ni tampoco como ese publicano* (ibid., 11). Porque Jesús pone como epílogo a las palabras de cada uno: *Aquél, y no éste, bajó justificado a su casa, porque todo el que se exalta, será humillado; y todo el que se humilla, será exaltado* (ibid., 14). No blasfemamos, pues, de Dios ni le levantamos nada al enseñar que todo hombre ha de tener conciencia de su propia pequeñez en parangón con la grandeza de Dios y pedirle continuamente supla El lo que falta a nuestra naturaleza, pues sólo El puede compensar nuestras deficiencias.

65. Psicología de la conversión

En opinión de Celso, dirigimos exhortaciones como ésas a los que pecan "por ser incapaces de ganarnos a nadie verdaderamente bueno y justo. De ahí que abramos nuestras puertas a las gentes más impías y abominables". Mas a quien inteligentemente examine la sociedad que formamos, le podemos presentar muchos más que se han convertido de una vida no del todo mala que no los que han dejado los pecados más abominables. Porque quienes tienen buena conciencia y desean sea verdad lo que se predica acerca de la recompensa que dará Dios a los buenos, es natural se adhieran con más prontitud a lo que nosotros decimos que no los que viven de todo en todo rotamente, a quienes su propia conciencia les impide aceptar que serán castigados por el juez universal con pena proporcionada al que tanto ha pecado, y que no sin buena razón será infligida por el juez supremo. Y hasta hay veces en que hombres de todo punto perdidos, por más que quieren, por la esperanza que les da la penitencia [46], aceptar la doctrina acerca del castigo eterno, son impedidos por la costumbre de pecar, teñidos que están, como si dijéramos, por el vicio e incapaces ya de levantarse de él y pasar a una vida decente y conforme a la recta razón. Así lo comprendió el mismo Celso, no sé cómo, pues dice seguidamente: "Realmente, a cualquiera se le alcanza que los que pecan por naturaleza y costumbre, nadie en absoluto logrará cambiarlos por castigos, ni menos por misericordia, pues nada hay tan difícil como cambiar completamente una naturaleza. Pero los que no pecan gozan de mejor vida".

66. No hay conversión imposible

Mas también en esto yerra, a mi parecer, completamente Celso, al no conceder a los que pecan por naturaleza y hasta por costumbre la posibilidad de un cambio completo; según él, ni por castigos se los puede curar. Realmente, es claro y patente que todos los hombres pecamos por naturaleza, y algunos no sólo por naturaleza, sino también por hábito; pero no todos los hombres son incapaces de un cambio radical. Las escuelas filosóficas y la palabra divina están llenas de historias de quienes cambiaron tan radicalmente que vinieron a ser [47] modelos de la vida mejor. De entre los héroes, algunos ponen

[46] ἐπιπόνως βεβαμμένοι debe omitirse como glosa (Wifstrand); "quod et abesse poterat sine sensus dispendio" (Del.).
[47] 'εκεῖσθαι M: ἐκκεῖσθαι Wif.

en este número a Heracles y Ulises; de entre los posteriores, a Sócrates, y de entre los modernos, a Musonio[48]. Al sentar, pues, Celso su tesis de que "a cualquiera se le alcanza que quienes pecan por naturaleza y por costumbre no es posible en absoluto los lleve nadie, ni a fuerza de castigos, a convertirse a vida mejor", no sólo miente contra nosotros, sino también contra los nobles filósofos, que no desesperaron de que los hombres puedan retornar a la virtud. Y si es cierto que no expresó con exactitud su pensamiento, aun interpretándolo benévolamente, no hemos demostrado con menos razón que no habla sanamente. Dijo, en efecto: "A los que pecan por tendencia natural y, encima, por costumbre, no es posible los cambie nadie ni aun a fuerza de castigos", y nosotros, entendiendo la frase como suena, lo hemos rebatido según nuestras fuerzas.

67. Ejemplos de conversiones filosóficas

Pero es probable que sólo quiso dar a entender no ser posible que nadie haga cambiar completamente, ni aun a fuerza de castigos, a los que no sólo por tendencia natural, sino también por hábito, cometen pecados como sólo los cometen los hombres más perdidos. Mas también esto se demuestra ser falso por la historia de ciertos filósofos. Porque ¿quién no contará entre los hombres más perdidos al que, fuera por lo que fuera, se sometió a un amo que le mandó ponerse en un prostíbulo para que todo el que quisiera abusara de él? Y tal se cuenta acerca de Fedón. ¿Y quién no dirá haber sido el más abominable de los hombres el que con una flautista y toda la panda de compañeros de juerga irrumpió en la escuela del venerable Jenófanes para insultar al hombre a quien sus discípulos admiraban? (I 64). Sin embargo, la razón tuvo tanta fuerza para convertir a estos hombres y hacerles adelantar hasta punto tal en la filosofía, que al uno lo tuvo Platón por digno de narrar el discurso de Sócrates sobre la inmortalidad del alma y de explicar su serenidad en la cárcel, sin preocuparse

[48] Musonio vivió para Orígenes "ayer o anteayer". San Justino Mártir lo mienta también honrosamente y lo hace contemporáneo suyo (ἐν τοῖς καθ' ἡμᾶς: II *Apol*. 7 [8], 1). Fue filósofo estoico, y de él cuenta PHILOSTR., *Vita Apoll*. IV 12: "Nerón no consentía que nadie profesara la filosofía, pues los filósofos le parecían cosa superflua y que olía a adivinación. Así el manto del filósofo fue llevado ante los tribunales, como forma de adivinación. Pasando a otros por alto, sólo recordaré que Musonio, oriundo de Babilonia, fue encarcelado por razón de su ciencia, y en la cárcel corrió peligro de muerte, y, de no haber sido por su robustez, allí ciertamente hubiera muerto". De él quedan escasos fragmentos. Chadwick remite sobre Musonio a C. E. LUTZ: Yale Classical Studies 10 (1947) 3-147.

para nada de la cicuta, sino explicando sin miedo alguno y con la mayor calma de espíritu cosas tales y tamañas, que apenas si pueden comprender los más atentos, a quienes no moleste incidente o perturbación alguna. Y Polemón, que de disoluto pasó a ser el hombre más temperante, sucedió en la escuela a Jenócrates, famosísimo por su gravedad de carácter. No está, pues, Celso en lo cierto al afirmar que "nadie, ni aun a fuerza de castigos, puede cambiar a los que pecan por tendencia natural y, encima, por costumbre".

68. El poder de la palabra divina

Sin embargo, no es en absoluto de maravillar que el orden, la composición y elegancia de los discursos filosóficos produjeran esos efectos en los antedichos y en otros [49] de mala vida; pero si consideramos lo que Celso llama (III 73) "discursos vulgares", llenos de poder, como si fueran fórmulas mágicas, y contemplamos cómo súbitamente atraen a muchedumbres que pasan de una vida de intemperancia a la vida más tranquila, de inicuos a justos, y de cobardes y afeminados a tal fortaleza de ánimo que desprecian la muerte por amor de la religión que han abrazado, ¿cómo no admirar la fuerza que hay en tales discursos? [50] Y es así que la palabra de los que a los comienzos predicaron la religión cristiana y trabajaron en la fundación de las iglesias de Dios y, por lo tanto, su enseñanza, tuvo ciertamente fuerza persuasiva, pero no como la que se estila en los que profesan la sabiduría de Platón o de cualquier otro filósofo, hombres al cabo y que nada tienen fuera de la naturaleza humana. La demostración, empero, de los apóstoles de Jesús era dada por Dios, y tomaba su fuerza persuasiva del espíritu y el poder (1 Cor 2,4). Así se explica que su palabra corriera rápida y agudísimamente (Ps 147,4) o, por mejor decir, la palabra de Dios, que por su medio convertía a muchos que pecan por natural tendencia y por costumbre; a los que nadie, ni a fuerza de castigos, hubiera hecho mudar de vida los cambió la palabra viva, formándolos y moldeándolos a su talante.

69. Mucho puede la voluntad y el ejercicio

Dice además Celso, de acuerdo con su mentalidad, que "no hay en el mundo nada tan difícil como mudar completamente

[49] ἄλλως M: ἄλλους Bo. Del., K. tr.
[50] αὐτῷ M: αὐτοῖς, corrección de Chadwick, preferible a la de Koetschau: αὐτῷ τῷ λόγῳ.

una naturaleza". Pero nosotros sabemos que todas las almas racionales son de la misma naturaleza, y afirmamos que ninguna salió mala de las manos del Creador del universo; si muchos luego se han hecho malos, ello se debe a la educación, a la perversión y al ambiente (cf. III 57), hasta el punto de que en algunos la maldad ha venido a ser segunda naturaleza. De ahí que estemos persuadidos de que, para el Logos divino, cambiar en bien una maldad que se ha hecho naturaleza, no sólo no es imposible, mas ni siquiera excesivamente difícil. La sola condición es aceptar la necesidad de entregarse a sí mismo al Dios sumo y hacerlo y referirlo todo al agrado de Aquel, para quien no se cumple el dicho del poeta:

"Un mismo precio
corre para el cobarde y el valiente";

ni lo otro:

"lo mismo ha de morir el perezoso
que el que mucho trabaja".

(*Ilíada* 9,319s.)

Mas si a algunos se les hace difícil el cambio, la causa hay que buscarla en ellos mismos, que no quieren aceptar la verdad de que el Dios sumo será justo juez de todo lo que cada uno hubiere hecho en su vida. Porque, aun para cosas difíciles y, hablando hiperbólicamente, aun para las que parecen casi imposibles, mucho pueden la voluntad y el ejercicio. Si la naturaleza humana se propone andar por una cuerda tendida de una banda a otra del teatro sobre el aire, y eso llevando tales y tantos pesos, sale con ello por el ejercicio y la atención; ¿y no lo conseguirá si se propone vivir conforme a la virtud, aunque anteriormente haya sido malísima? Tenga cuidado el que esto dice no ofenda más al que creó al animal racional por naturaleza, que al propio creador, pues habría hecho capaz a la naturaleza humana de cosas tan difíciles, que, por otra parte, ninguna utilidad reportan, e incapaz de lograr su propia bienaventuranza. Pero baste lo dicho contra la tesis de que no hay nada tan difícil como cambiar una naturaleza.

Luego dice Celso que "los sin pecado gozan de mejor vida"; pero no aclara quiénes son los sin pecado, si los que lo son desde el principio o los que no pecan después de su conversión. Estar sin pecado desde el principio es imposible; de los que no pecan después de su conversión se hallan pocos que, una vez que se acercaron al Logos salvador, se hayan convertido en hombres sin pecado. Lo cierto es que no se acercan al Logos

siendo tales, pues sin el Logos, y Logos perfecto, es imposible que el hombre se torne impecable.

70 Límites a la omnipotencia divina

Luego nos opone, como si fuera dicho nuestro: "Todo lo podrá Dios". Pero no entiende en qué sentido se dice esto, ni cómo se toma aquí ese "todo", ni en qué otro el "puede". No es menester discutir ahora sobre esto, pues ni él mismo lo contradice, aunque pudiera con algún viso de probabilidad. Acaso no comprendió lo que se podría decir con probabilidad contra ello o, si lo comprendió, vio también la respuesta que se puede dar a la objeción. Ciertamente, según nuestra doctrina, Dios lo puede todo, siempre que lo que puede no contradiga a su ser de Dios, a su bondad ni a su sabiduría. Pero Celso, dando pruebas de no haber entendido en qué sentido se dice que Dios lo puede todo, dice: "No querrá nada injusto," concediendo que Dios puede también lo injusto, pero no lo quiere. Mas nosotros sentamos que, como lo naturalmente dulce no puede, por su misma dulzura, producir nada amargo contra su sola propiedad, y como lo que naturalmente ilumina no puede, por el hecho de ser luz, oscurecer; así tampoco puede Dios cometer una iniquidad; el poder de ser injusto repugna a su divinidad y a todo el poder propio de su divinidad [51]. Si hay algún ser que puede cometer una injusticia, por tener natural propensión a obrar injustamente, esa posibilidad le viene de no tener en su naturaleza algo que le haga imposible toda injusticia.

71. La misericordia divina

Luego supone por su cuenta lo que acaso se imaginen algunos creyentes sencillos, pero que no concederán los más inteligentes, a saber: "A la manera de quienes se dejan dominar por la compasión, dejándose Dios llevar de ella con los que se lamentan, alivia a los malos; y a los buenos que no hacen nada de eso, los rechaza. Lo cual es el colmo de la iniquidad" (cf. III 63). La verdad es que, según nosotros, Dios no socorre a ningún malo que no se haya aún convertido a la virtud, ni rechaza a nadie que sea ya bueno. Mas

[51] La doctrina, tan nítida, de que un ser no puede producir un efecto contrario a su cualidad esencial se remonta a Platón, *Resp.* 335: "No es obra del calor enfriar, ni de lo seco humedecer, ni de lo bueno dañar". Luego se hace lugar común: DIOG. LAERT., VII 103; CLEM. AL., *Strom.* I 68,3; VI 159,4; PHILO., *Leg. Alleg.* 1,5; ATHEN., *Leg.* 24; TERTULL., *Adv. Herm.* 13 (referencias de Chadwick).

tampoco socorre o se compadece de nadie (para usar la palabra *compasión* en su sentido común), que se lamente, por el mero hecho de lamentarse; no, Dios recibe, por razón de la penitencia, aun a los que abandonan la vida peor, con tal de que condenen profundamente sus pecados, de modo que lleven, como si dijéramos, luto por ellos y se lloren a sí mismos como muertos por lo que a su vida pasada atañe, y den pruebas de una conversión sincera. Porque la virtud que viene a morar en sus almas y arroja de ellas la maldad que antes las ocupara, les hace olvidar su vida pasada. Mas aunque no fuera la virtud misma un progreso digno de este nombre que se produjera en el alma, bastaría, en el grado que fuera progreso, a desterrar y borrar la profusión de la maldad, de suerte que ésta estuviera ya cerca de no existir en el alma.

72. La verdadera sabiduría

Luego, poniéndolo en boca de uno que enseñara nuestra doctrina, dice: "Los sabios rechazan lo que nosotros decimos, pues su sabiduría los extravía e impide". A esto responderemos que, si sabiduría es la ciencia de las cosas divinas y humanas y de sus causas [52], o, como la define la palabra divina, *vapor del poder de Dios y emanación pura de la gloria del Omnipotente, resplandor de la luz eterna y espejo sin mancha de la majestad de Dios e imagen de su bondad* (Sap 7,25s), no es posible que ningún sabio rechace lo que un cristiano inteligente diga acerca del cristianismo, ni que se extravíe o sea impedido por la sabiduría. Porque no extravía la verdadera sabiduría, sino la ignorancia; y de todo lo que existe, lo solo firme es la ciencia y la verdad, que vienen de la sabiduría (cf. PLAT., *Pol.* 508e). Mas si, rechazando esta definición de sabiduría, se llama sabio al que dogmatiza sobre lo que bien le viene, fundado en cualesquier sofismas, en ese caso, sí, diremos que el sabio, según pareja sabiduría, rechaza las palabras de Dios, extraviado que está por argumentos probables y sofismas, y trabado de pies por ellos. Y como, según nuestra doctrina, *no es sabiduría la ciencia del mal* (Eccli 19,22) y sólo ciencia de la maldad—llamémosla así—hay en los que profesan ideas erróneas y están engañados por sofismas, yo diría que en los tales hay más bien ignorancia que sabiduría.

[52] Definición corriente estoica de la sabiduría.

73. La ley cristiana es para sabios e ignorantes

Seguidamente injuria de nuevo al que predica el cristianismo, afirmando de él que dice "cosas ridículas", pero no se para a explicar ni demostrar claramente en qué consisten esas ridiculeces. Y, terco en sus injurias, dice que "ningún hombre prudente creerá en esa doctrina, retraído [53] por la muchedumbre misma de los que la abrazan". En esto hace Celso como el que dijera que ningún hombre inteligente seguirá las leyes, por ejemplo, de Solón, Licurgo o Zaleuco u otro legislador, retraído por la muchedumbre de gentes vulgares que se guían por ellas; más que más, si por inteligente entiende el que lo es por la virtud. Los legisladores, en esto caso, rodearon al pueblo de la dirección y leyes que les parecieron convenientes, y, por modo semejante, Dios, que, por medio de Jesús, da leyes a todos los hombres, lleva también a los no inteligentes a lo mejor, en cuanto cabe llevar a lo mejor a tales gentes. Lo cual, como antes dijimos (II 78), sabíalo el Dios que habla por Moisés, y así dice: *Ellos me provocaron a celos en uno que no es Dios, me irritaron en sus ídolos, pues yo los provocaré a celos en uno que no es pueblo, en un pueblo insensato los irritaré* (Deut 32,21). Y Pablo, que lo sabía también, dijo: *Dios escogió lo necio del mundo para confundir a los sabios* (1 Cor 1,27), donde de modo general llama sabios a los que parecen haber hecho grandes progresos en sus doctrinas, pero cayeron en impío politeísmo, pues, *profesando ser sabios, se entontecieron y mudaron la gloria del Dios incorruptible por la semejanza de la imagen de un hombre corruptible y hasta de volátiles, cuadrúpedos y reptiles* (Rom 1,22).

74. La religión cristiana, ¿atajo de necios?

Y sigue acusando al maestro cristiano de que "anda a busca de los necios". A lo que cabría preguntar: ¿A quiénes llamas tú necios? Porque, hablando con rigor, todo hombre malo es necio [54]. Si llamas, pues, necios a los malos, cuando tú tratas de llevar a los hombres a la filosofía, ¿buscas a malos o a cultos? No es posible busques a hombres finos, pues ésos profesan ya la filosofía; luego llamas a malos y,

[53] περισπόμενος M: περισπόμενον Del. post Bo.

[54] Doctrina estoica; cf. *Stoic. vet. fragm.* 657ss (v. Arnim). Su raíz es platónica (o socrática).

si malos, necios. Y buscas llevar a muchos de éstos a la filosofía; luego tú también buscas a los necios. Yo, empero, si busco a los que se llaman necios, hago como [55] el médico que, por amor a los hombres, busca a los enfermos para procurarles [56] los remedios y devolverles las fuerzas. Mas si llamas necios a los torpes y más bien supersticiosos, te responderé que también a éstos trato yo de mejorar según mis fuerzas, pero no quiero que de tales gentes se componga la religión cristiana. Yo busco más bien a los inteligentes y de agudos ingenios, que son capaces de entender la explicación de los enigmas y lo que misteriosamente se dice en la ley, en los profetas y en los evangelios. Estos escritos los desprecias tú, porque te imaginas que no contienen nada que valga la pena; pero es que no has examinado su sentido ni has tratado de penetrar en la mente de sus autores.

75. A nadie depravó jamás la sabiduría

Luego dice que "el maestro del cristianismo hace como el que promete sanar los cuerpos, pero disuade que se acuda a los buenos médicos, pues pudieran éstos descubrir [57] su chapucería". A esto le diremos: ¿Qué médicos son esos de que dices apartamos a los ignorantes? Porque no supondrás ciertamente que exhortamos a los filósofos a que se pasen a nuestra religión, para que pienses ser ésos los médicos de que apartamos a los que llamamos a la palabra divina. Así, pues, o no responderá, por no tener médicos que decir, o tendrá que refugiarse en el propio vulgo, en esos que cacarean servilmente lo de los muchos dioses y cualesquiera otras majaderías propias del vulgo. En uno y otro caso quedará convicto de haber metido torpemente en sus discursos al maestro que aparte de los buenos médicos. Pero demos que apartamos de la filosofía de Epicuro y de los que pasan por médicos de la escuela de Epicuro a los que han sido engañados por sus doctrinas; ¿no haremos cosa de todo punto razonable al librarlos de una grave enfermedad, obra de los médicos de Celso, cual es la negación de la providencia y la teoría del placer como bien sumo? Demos también que apartemos a los que convertimos a nuestra religión de otros médicos filósofos, como los peripatéticos, que niegan la providencia para con nosotros y toda relación de la divinidad con el hombre; ¿no haremos así

[55] ὅμοιον M: ὅμοιόν τι Philocalia.
[56] προσαγάγοι M: προσαγάγῃ Philocalia.
[57] ἐλέγχεσθαι M: ἐλέγχεσθαι ἂν K. tr.

nosotros piadosos y curaremos a los que se han convertido, persuadiéndoles a que se consagren al Dios supremo, y libraremos a los que nos creyeren de las grandes heridas que les han infligido los discursos de los supuestos filósofos? Demos, en fin, que retraemos a otros de los médicos estoicos, que introducen un dios corruptible y definen su esencia como un cuerpo absolutamente mudable, cambiable y transformable, de suerte que, al corromperse un día todo, sólo quedará Dios; ¿es que así no libraremos también de un mal a los que nos creyeren, y los llevaremos a la doctrina piadosa de que se consagren al Creador, y admiren al autor de la doctrina cristiana, al que convierte con el más grande amor a los hombres, y ordenó que las enseñanzas para bien de las almas se esparcieran por todo el género humano? Y si curamos también a los que han sufrido la insensatez de la reencarnaciones [58], de médicos que rebajan la naturaleza racional, ora a una de todo punto irracional, ora a otra incapaz de percepción, ¿no haremos mejores en sus almas a los que crean en nuestra doctrina? Esta no enseña que al malo se le imponga por castigo la inconsciencia o irracionalidad, sino que demuestra cómo las penas y castigos infligidos por Dios a los malos son una especie de medicamentos que los convierten a El. Así piensan los cristianos inteligentes, siquiera se adapten a los más sencillos, como los padres a los niños pequeñuelos.

No nos refugiamos, pues, en los pequeños ni en los tontos y rústicos, para decirles: Huid de los médicos; ni tampoco decimos: ¡Cuidado con que nadie de vosotros se dedique a la ciencia! Nosotros no afirmamos que la ciencia sea un mal, ni somos tan locos que digamos que el saber impida a los hombres la sanidad del alma. Tampoco podemos afirmar que nadie se haya perdido jamás por la sabiduría, nosotros que, ni aun cuando enseñamos, decimos: "Atended a nosotros", sino: "Atended al Dios supremo y a Jesús, que nos ha enseñado a conocerlo". Nadie de nosotros es tampoco tan arrogante que diga (como atribuyó Celso a su fingido maestro cristiano) a sus discípulos: "Yo solo os salvaré". He ahí, pues, el cúmulo de mentiras que dice contra nosotros. Mas tampoco decimos que "los verdaderos médicos matan a los mismos a quienes prometen curar".

[58] Doctrina platónica; cf., por ejemplo, *Phaidon* 81d-82: cada alma se reencarnará en el animal u hombre que diga con sus costumbres anteriores: un glotón, bebedor e insolente, en asnos o animales semejantes; los tiranos, inicuos y ladrones, en lobos, gavilanes y milanos. A una colmena de abejas o granero de hormigas irán a parar las almas de gentes moderadas que practicaron la templanza y justicia por hábito y costumbre, "pero sin filosofía ni inteligencia". A la familia de los dioses sólo se remontan los filósofos y los que salieron del mundo totalmente puros. Platón no habla de reencarnaciones en plantas; sí Plotino (por ej., III 4,2).

76. Insultos indignos de un filósofo

De otra comparación echa mano contra nosotros al decir que "el maestro entre nosotros hace como el borracho que, entre borrachos, acusara a los abstemios de borrachos". Pues demuéstrenos por los escritos, por ejemplo, de Pablo, que este apóstol de Jesús era un borracho, y que sus discursos no eran de un hombre sobrio; o, por lo que escribió Juan, que sus ideas no corresponden a un hombre en sus cabales y libre del vicio de la embriaguez. Así, pues, nadie de sano juicio que enseña el cristianismo se da a la borrachera; sino que Celso, al hablar así, nos insulta de forma indigna de un filósofo. Y díganos también Celso a qué hombres sobrios tachamos de borrachos los que predicamos las enseñanzas cristianas. A decir verdad, en nuestro sentir, borrachos están los que hablan como a Dios a cosas inanimadas. ¿Mas qué digo borrachos? Locos están más bien los que corren a los templos y adoran como a dioses las estatuas o los animales. Y no menos locos que éstos están los que piensan que tengan nada que ver con el honor de verdaderos dioses objetos que fabrican, si a mano viene, hombres viles y hasta perversísimos (cf. I 5).

77. Los idólatras son ciegos

Luego compara al que enseña con un enfermo de los ojos, y lo mismo a los que lo escuchan, y dice que "un legañoso entre legañosos acusa de ciegos a los que tienen vista aguda". Ahora bien, ¿quiénes diríamos [59] que no ven según nuestro sentir? ¿No son acaso los que no son capaces de levantarse de tamaña grandeza del cosmos y de la hermosura de las criaturas a ver y contemplar que sólo se debe adorar, admirar y dar culto al que hizo tanta maravilla? Nada, empero, de lo que el hombre fabrica, nada de lo que se toma para honor de los dioses merece ser adorado, ora se lo separe del Dios creador, ora se junte con El. Y es así que comparar lo que no es en absoluto comparable con el infinito, que supera infinitamente toda naturaleza creada, es obra de gentes ciegas de inteligencia. No llamamos, pues, legañosos ni privados de vista a los que la tienen aguda; pero sí afirmamos estar ciegos de inteligencia los que, por ignorancia de Dios, se precipitan rodando a los templos, a los ídolos y a los llamados meses sagrados. Más que más cuando, amén de su impiedad,

[59] ἐίποιμεν Ἕλληνες M: εἴποιμεν ἄν Wif., suprimido Ἕλληνες como glosa.

viven rotamente, no buscan obra decente alguna y practican las más ignominiosas.

78. Reticencia final de Celso

Seguidamente, ya que ha cargado sobre nosotros tamañas culpas, quiere dar a entender que todavía le quedan más por decir, pero se las calla. He aquí sus palabras: "De estas y otras cosas por el estilo tengo que acusarlos, pues no las voy a enumerar todas, y afirmo que pecan e injurian a Dios, a fin de atraerse con vanas esperanzas a hombres malvados y persuadirlos que, si se apartan de los mejores, correrán mejor suerte". También a esto puede contestarse por el argumento [60] de los que se convierten al cristianismo: No son, efectivamente, tanto los malos los que son atraídos por nuestra doctrina cuanto los más sencillos y, como los llamaría la gente, los inocentes. Porque éstos, movidos por el temor de los castigos que anuncia nuestra doctrina, se apartan de aquellas cosas por las que vienen los castigos y tratan de entregarse a la religión de los cristianos. Y hasta punto tal los domina la palabra divina, que, por temor a los tormentos que esa misma palabra llama eternos (Mt 25,46), desprecian toda tortura que los hombres excogiten contra ellos y la muerte acompañada de infinitas agonías. Lo cual nadie en su sano juicio dirá ser obra de voluntades malas. ¿Cómo practicar la continencia y castidad movidos de mala voluntad? Y lo mismo se diga de la beneficencia y liberalidad. Mas ni siquiera el temor de Dios que la palabra divina recomienda como útil a los que no son aún capaces de mirar a lo que debe escogerse por razón de sí mismo, ni de escogerlo en efecto como el sumo bien y muy por encima de toda promesa, ni siquiera, digo, ese temor [61] puede naturalmente darse en quien de propósito vive en la maldad.

79. Religión y superstición

Mas si alguno se imagina que en estas cosas hay más de superstición que de maldad entre el vulgo de los que creen en la palabra divina, y acusa a nuestra religión de que hace supersticiosos, le responderemos lo que respondió un legislador (cf. PLUTARCH., *Solon* 15) a quien le preguntaba si había dado a sus ciudadanos las mejores leyes: "No las mejores en

[60] ἐνεργείας M: ἐναργείας We., K. tr.

[61] La versión corresponde a la restauración de Wifstrand: ἐπαγγελίαν, οὐδ' οὗτος τῷ κατὰ...

absoluto, sino las mejores de que eran capaces". Así pudiera decir el autor de la religión cristiana: Yo he dado las mejores leyes y enseñado la mejor doctrina de que eran capaces "los muchos", para mejorar sus costumbres, amenazando con penas y castigos no fingidos, sino verdaderos (cf. IV 19), contra los que pequen. Verdaderos, digo, y que forzosamente recaerán en los que se resisten. y que ciertamente no entienden en absoluto la intención del que castiga ni el efecto de las penas. Porque también esto se dice para provecho, conforme desde luego a la verdad, pero veladamente cuando así conviene. Como quiera que sea, hablando en general, los predicadores del Evangelio no atraen a los malos, pero tampoco injuriamos a la Divinidad. Y es así que de ella sólo decimos cosas verdaderas y que parecen claras al vulgo, pero que no lo son para ellos tanto como para los pocos que se ejercitan en penetrar filosóficamente el cristianismo.

80. La inmortalidad del alma no es vana esperanza

Dice también Celso que los que profesan el cristianismo "se dejan llevar de vanas esperanzas", recriminando así nuestra doctrina acerca de la vida bienaventurada y de la comunión con Dios. A lo cual le diremos: En tu opinión, amigo, se dejan también llevar de vanas esperanzas los que aceptan la doctrina de Pitágoras y Platón, sobre que el alma, por su naturaleza, es capaz de remontarse a la bóveda del cielo y, en un lugar por encima del cielo, contemplar lo que ven los espectadores bienaventurados (PLAT., *Phaidr.* 247.250). Y según tú, ¡oh Celso!, de vanas esperanzas se dejan también llevar los que creen en la permanencia del alma y viven de manera que puedan llegar a ser héroes y convivir con los dioses (cf. III 37). Y acaso también los que están convencidos de que sólo el espíritu que viene de fuera es inmortal y sólo él escapará a la muerte[62], dirá Celso que se dejan llevar de vanas esperanzas. En ese caso, no disimule ya su propia escuela filosófica, confiese ser epicúreo y combata lo que griegos y bárbaros han dicho con no despreciables razones acerca de la inmortalidad o permanencia del alma y sobre la inmortalidad de la mente; y demuestre que estas doctrinas engañan con vanas esperanzas a los que las aceptan y que las de su propia filosofía están limpias de tales vanas esperanzas. Su filosofía atraerá a los hombres con sólidas esperanzas o, lo que es más

[62] El texto debe leerse: ὡς ἀθανάτου καὶ μόνου según Rhode *(Psyche)*.

consecuente con su doctrina, no infundirá esperanza alguna por razón de que el alma perece enteramente apenas llega la muerte. A no ser que Celso y los epicúreos nieguen no ser vana esperanza la que ellos ponen en el placer, fin que es de su vida y bien supremo, según ellos, "una sólida constitución de la carne y la confianza que se pone en ella", que es todo el ideal de Epicuro (fragm.68 Usener).

81. En armonía con la mejor filosofía

Mas nadie se imagine que no esté en armonía con la doctrina de los cristianos haber yo tomado contra Celso a los que han filosofado acerca de la inmortalidad o pervivencia del alma. Algunas cosas tenemos de común con ellos; pero en momento más oportuno demostraremos que la futura vida bienaventurada sólo se dará a los que hubieren abrazado la religión de Jesús y practicado para con el Creador del universo una piedad sincera y pura, sin mezcla de nada creado. En cuanto a los bienes superiores que persuadimos falsamente desprecien los hombres, demuéstrelos el que tenga gana de ello, y compare además el fin bienaventurado que, según nosotros, tendrán junto a Dios en Cristo, es decir, en el que es Logos, sabiduría y toda virtud, los que hubieren vivido irreprochablemente y hubieren amado al Dios supremo con amor indivisible y constante—un fin que vendrá por don del mismo Dios—; compare, digo, este fin con el que proclaman las escuelas filosóficas de griegos o bárbaros o las religiones mistéricas. Y hasta ver que el fin, tal como lo conciben los otros, es superior al que nosotros proponemos; que el otro, como verdadero, es consecuente; el nuestro, empero, no se armonizaría con lo que Dios da ni con lo que merecen los que han vivido rectamente; o, en fin, que todo esto no fue dicho por el Espíritu divino, que llenó las almas de los profetas, hombres puros. Demuestre igualmente el que tenga gana de ello, que discursos en confesión de todos puramente humanos son superiores a los que se demuestra ser divinos y haber sido dictados por inspiración de Dios. ¿Y de qué cosas mejores enseñamos se aparte nadie [63] para que así le vaya mejor? Porque, si no se toma por arrogancia [64], es de suyo evidente

[63] ἀποδεχομένους M: ἀπεχομένους Bo., Del., K. tr.

[64] Hay, a la verdad, una santa arrogancia en este final del libro tercero contra Celso. Así podía hablar "el más grande cristiano (hombre de Cristo) del siglo III", y porque es síntesis de su vida, que tocaba ya al ocaso por el martirio, pudo darnos esa síntesis del cristianismo: "entregarse al Dios supremo y abrazar una doctrina que nos aparta de todo lo creado, pero nos conduce al Dios sumo por medio del Logos animado y viviente, que es, a par, la sabiduría viviente y el Hijo de Dios".

que nada mejor cabe pensar que entregarse al Dios supremo y abrazar una doctrina que nos aparta de todo lo creado, pero que nos conduce al Dios sumo por medio del Logos animado y viviente, que es a par la sabiduría viviente y el Hijo de Dios.

Pero con lo dicho ha adquirido volumen suficiente el libro tercero de nuestra respuesta al escrito de Celso, por lo que le ponemos aquí término. En lo que sigue vamos a impugnar lo que después de esto escribe Celso.

LIBRO CUARTO

1. Invocación

En los tres libros anteriores hemos expuesto, sagrado Ambrosio, nuestro pensamiento contra el escrito de Celso, y ahora acometemos el cuarto contra lo que sigue, no sin invocar antes a Dios por medio de Cristo. ¡Ojalá se nos concedan palabras como aquellas de que se escribe en Jeremías, cuando se representa el Señor hablando con el mismo profeta: *Mira que he puesto mis palabras en tu boca como fuego. Mira que te he constituido hoy sobre los pueblos y reinos, para que arranques y destruyas, para arruinar y asolar, para que edifiques y plantes!* (Ier 1,9-10). Porque también nosotros necesitamos ahora de palabras que arranquen de raíz cuanto va contra la verdad, de toda alma que ha sido dañada por el escrito de Celso o por ideas semejantes a las de Celso; necesitamos también de pensamientos que derriben todo edificio de falsas opiniones y lo que Celso[1] construye en su libro, edificio semejante al de los que dijeron: *Ea, vamos a construir una ciudad y una torre cuya punta llegue hasta el cielo* (Gen 11,4). Pero necesitamos también de sabiduría, que derrueque toda arrogancia *que se alza contra el conocimiento de Dios* (2 Cor 10,5), la arrogancia señaladamente de Celso, que bravuconamente se alza contra nosotros. Pero no debemos pararnos en el arrancar y derribar lo que acabamos de decir; menester es que, en lugar de lo arrancado, plantemos plantas conformes a la agricultura de Dios (1 Cor 3,9) y, en lugar de lo derribado, construir un edificio de Dios y un templo para gloria de Dios. Por eso, también nosotros hemos de rogar al Señor, que da lo que se escribe en Jeremías, nos conceda palabras para edificar el edificio de Cristo y plantar la ley espiritual y los discursos proféticos en armonía con ella. Y lo que ahora señaladamente me incumbe demostrar contra lo que seguidamente dice Celso es que fueron bien hechas las profecías que versan sobre Cristo. Y es así que, enfrentándose con unos y otros: con los judíos, que niegan haya venido el Mesías, pero que esperan su venida, y con los cristianos, que confiesan ser Jesús el Mesías profetizado, dice lo que sigue.

[1] τῆς Κέλσου M: τὰ τῆς Κέλσου Bo., K. tr.

2. La disputa más vergonzosa, según Celso

"Que algunos de entre los cristianos y los judíos afirmen unos haber bajado ya, otros que ha de bajar algún dios o hijo de Dios a la tierra para juzgar lo que aquí pasa, es la disputa más vergonzosa, que no necesita de largos razonamientos para su refutación". Aquí parece Celso decir puntualmente de los judíos que no algunos, sino todos piensan haber de venir alguien sobre la tierra; de los cristianos, empero, que sólo algunos dicen haber bajado ya a la tierra. Porque indica a los que por las Escrituras judaicas demuestran que se ha cumplido ya el advenimiento del Mesías y parece saber que hay algunas sectas según las cuales Jesús no es el Mesías profetizado. Ahora bien, ya anteriormente (I 49-57; II 28-30) discutimos según nuestras fuerzas las profecías acerca de Cristo; por eso no repetimos lo mucho que se podría decir sobre el tema, para no dar en machaconería. Pero es de notar que, si con alguna lógica, siquiera aparente, quería refutar la fe en las profecías acerca de la venida de Cristo, ora se entienda para la por venir, ora se dé por ya cumplida, su deber era citar esas profecías a que apelamos cristianos y judíos en nuestras mutuas disputas. De este modo hubiera por lo menos dado la impresión de refutar a los seducidos por lo que él cree ser mera probabilidad que los lleva a aceptar las profecías y la fe en Jesús como Mesías fundada en las mismas profecías. Pero lo cierto es que, ora por no ser capaz de impugnar las profecías acerca de Cristo, ora porque ignoraba en absoluto lo que sobre El estaba profetizado, Celso no alega ni un solo texto profético, a pesar de que son innumerables los que versan sobre Cristo. Y aun se imagina acusar los escritos proféticos sin alegar lo que él llamaría probabilidad de los mismos. En todo caso ignora que los judíos no dicen en absoluto ser Dios o Hijo de Dios el Mesías que ha de bajar a la tierra, como anteriormente expusimos (I 49).

3. Por qué bajó Dios a la tierra

Ya que dijo que, según nosotros, Dios había ya bajado a la tierra, pero que, según los judíos, todavía tiene que venir como juez, cree que la cosa se refuta por sí misma como lo más vergonzoso y que no necesita de largos argumentos, y dice: "¿Qué sentido tiene pareja bajada de Dios?" Y es que no ve que el fin que nosotros atribuimos a la bajada de Dios es

principalmente convertir las que el Evangelio llama las ovejas perdidas de la casa de Israel (Mt 10,6; 15,24) y, en segundo lugar, quitar a los antiguos judíos, en castigo de su incredulidad, el que se llama reino de Dios y pasarlo a otros agricultores, que son los cristianos, a fin de que den a Dios, a debido tiempo, los frutos del reino de Dios, cuando cada acción es fruto del reino (Mt 21,43-41). Ahora bien, sólo un poco hemos dicho, de entre lo mucho que pudiera decirse, a la pregunta de Celso: "¿Qué sentido tiene pareja bajada de Dios a la tierra?"; pero Celso, por su cuenta y riesgo, afirma cosas que no decimos ni nosotros ni los judíos, y sigue preguntando: "¿Acaso para enterarse de lo que pasa entre los hombres?" Nadie, en efecto, entre nosotros afirma que Cristo viniera al mundo para enterarse de lo que pasa entre los hombres. Luego, como si alguien le hubiera asegurado que bajó para enterarse de lo que pasa entre los hombres, se replica a sí mismo: "¿Luego es que no lo sabe todo?" Seguidamente, como si le hubieran respondido que, en efecto, todo lo sabe, se vuelve a preguntar: "Entonces, si lo sabe y no lo endereza, ¿es que no lo puede enderezar con su poder divino?" Pero todo esto es hablar a lo tonto. Y es así que en todo tiempo, por su palabra, que desciende a las almas santas a lo largo de las generaciones y hace amigos de Dios y profetas (Sap 7,27), Dios endereza a los que oyen lo que se les dice; y, por el advenimiento de Cristo, endereza por medio de la doctrina cristiana, no a los que se niegan a aceptarla, sino a los que se determinan a vivir vida superior y agradable a Dios.

Yo no sé qué linaje de enderezamiento o corrección desea Celso cuando hace esta pregunta: "¿Es que no le era posible enderezarlo por su poder divino, si no enviaba expresamente a alguien para este menester?" ¿Acaso quería Celso que la corrección se hiciera apareciéndose Dios a los hombres, quitándoles de golpe la maldad e implantando en ellos la virtud? Que otro averigüe si esto concuerda con la naturaleza y si es posible; por nuestra parte, digamos que la cosa sea posible. ¿Dónde estaría entonces nuestro libre albedrío? ¿Dónde la alabanza por abrazar la virtud, y la loa por repudiar la mentira?

Mas dado que eso se conceda, que sea posible y cosa conveniente, ¿por qué no había de preguntar alguien con más razón de forma absoluta, diciendo como Celso: ¿No era posible a Dios crear a los hombres por su poder divino sin que tuvieran necesidad de corrección, buenos y perfectos de suyo, sin que la maldad existiera en absoluto? Parejas preguntas pue-

den inquietar a ignorantes e incapaces, no al que sabe penetrar la naturaleza de las cosas. Y es así que, si a la virtud se le quita su carácter de voluntaria, se la despoja de su misma esencia. El tema requeriría un tratado completo. Sobre él han discantado no poco los mismos griegos al hablar de la providencia; lo que no hubieran dicho es lo que afirmó Celso preguntando: "Ahora bien, ¿lo sabe y no lo endereza, ni puede enderezarlo por su poder divino?" Por lo demás, nosotros mismos en muchos pasajes (I 57; II 35.78; III 28) hemos tocado estos puntos según nuestras fuerzas, y las sagradas letras los ponen en claro a quienes son capaces de entenderlas.

4. Jesús vino a salvar a todos los hombres

Ahora bien, lo que Celso nos objeta a nosotros y a los judíos se puede retorcer contra él: Dinos, amigo, ¿conoce el Dios supremo lo que pasa entre los hombres, o no lo conoce? Si admites que hay Dios y providencia, como lo da a entender tu escrito, necesariamente lo sabe. Y si lo sabe, ¿cómo es que no lo arregla? ¿O es que nosotros tendremos necesidad de defender por qué, sabiéndolo, no lo endereza, y tú, que no muestras claramente en tu escrito ser epicúreo, sino que afectas conocer la providencia, no tendrás, por el mismo caso, que explicarnos por qué Dios, no obstante saber todo lo que pasa entre los hombres, no lo endereza todo ni los libra a todos, por su poder divino, de la maldad? Nosotros no nos avergonzamos de decir que Dios está continuamente enviando correctores a la humanidad; pues que haya entre los hombres palabras que provocan a lo mejor, a don de Dios se debe. Mucha es, sin embargo, la diferencia entre los ministros de Dios, y pocos son los que con entera pureza predican la verdad y operan una corrección completa. Entre éstos hay que contar a Moisés y a los profetas. Pero sobre todos éstos descuella la corrección operada por Jesús, que no quiso curar sólo a los que vivían en un rincón de la tierra (cf. IV 23.36; VI 78), sino, en cuanto de El dependió, a todo el mundo; pues como *salvador vino de todos los hombres* (1 Tim 4,10).

5. «Dios no cabe ya en el mundo», según Celso

Luego, ese nobilísimo de Celso, no sé de dónde toma la objeción que nos pone como si nosotros dijéramos que "Dios mismo baja a los hombres". De donde se imagina deducirse

que "abandona su propio trono". Es que ignora el hombre el poder de Dios y cómo el *Espíritu del Señor llena todo el orbe de la tierra, y lo que mantiene unido a todo, conoce toda voz* (Sap 1,7). No es capaz de comprender el dicho del profeta: *¿No lleno yo el cielo y la tierra?, dice el Señor* (Ier 23,24). No ve que, según la doctrina de los cristianos, *todos vivimos en El, y en El nos movemos y somos*, como enseñó Pablo en el discurso a los atenienses (Act 17,28). De donde se sigue que, aun cuando el Dios del universo descienda, por su propia virtud, con Jesús, al género humano, y aun cuando el Verbo, que al principio estaba en Dios y era El mismo Dios (Io 1,1-2), venga a nosotros, no se queda sin asiento ni abandona su trono, en el sentido de que un lugar queda vacío de El, y otro, que antes no lo tenía, ahora queda lleno. No, el poder y divinidad de Dios viene a morar entre los hombres por medio de quien quiere y en quien encuentra lugar, sin necesidad de cambiar de sitio, ni dejando un lugar vacío de sí y llenando otro. Y aun suponiendo, digamos, que Dios abandona a uno y llena a otro, pero no afirmamos eso en sentido espacial (IV 12; V 12). Lo que decimos es que el alma de un hombre malo y sumido en el vicio es abandonada de Dios; el alma, empero, del que está decidido a vivir conforme a la virtud o que procura adelantar en ella o que vive ya conforme a ella, ésa afirmamos estar llena o participar de un espíritu divino. No es, por tanto, necesario que, al descender Cristo a nosotros o al volverse Dios a los hombres, abandone su trono excelso y se trastorne el orden de las cosas, como se imagina Celso, diciendo: "La mínima porción del universo que se cambie, todo rodará trastornado". Mas, si hay que decir que, con la presencia del poder de Dios y el advenimiento del Verbo a los hombres, algo cambia, no vacilaremos en afirmar que quien recibe el advenimiento del Verbo de Dios en su alma cambia de malo en bueno, de intemperante en moderado, de supersticioso en religioso.

6. ¿Dios un nuevo rico?

Mas, si quieres[2] también que respondamos a lo más ridículo que dice Celso, escúchense sus palabras: "O acaso siendo Dios desconocido entre los hombres y sintiéndose por ello disminuido, quiso darse a conocer y discernir a creyentes e incrédulos, como los nuevos ricos, que hacen alarde de sus tesoros. Mucha ambición y bien humana le levantan los cristianos a Dios". Decimos, pues, que desconocido Dios por los

[2] Orígenes habla con su mecenas Ambrosio, a quien está dedicada la obra.

hombres malos, quiere ser conocido, no porque se sienta disminuido, sino porque su conocimiento libra de la infelicidad a los que lo poseen. Tampoco quiere discernir a los creyentes y a los incrédulos, ora more El mismo por inefable y divino poder en algunas almas, ora envíe a su Mesías. Lo que El quiere es librar de toda infelicidad a los que creen en El y aceptan su divinidad, y quitar a los incrédulos todo lugar a excusa de que no creyeron por no haber oído ni sido enseñados. ¿Qué razón hay, por tanto, para achacarnos que nos imaginamos a Dios como a los nuevos ricos, que hacen alarde de sus riquezas? No hace Dios alarde ante nosotros cuando quiere que entendamos y meditemos sobre su excelencia. No; lo que quiere es infundir en nuestras almas aquella bienaventuranza que nos da su conocimiento, y por ello se afana por que logremos familiaridad y unión con El por medio de Cristo y la perenne inhabitación de su Verbo en nosotros. En resolución, la religión cristiana no levanta a Dios ambición humana de ninguna especie.

7. ¿Se acordó Dios tarde de juzgar a los hombres?

Mas no sé por qué caminos, después de soltar las tonterías que hemos citado, afirma luego lo que sigue: "No quiere Dios ser conocido porque El personalmente lo necesite, sino que nos procura su conocimiento para nuestra propia salud, a fin de que se hagan buenos y se salven los que lo reciben; y los que no, demostrada su maldad, sean castigados". Y una vez hecha pareja aseveración, entra en dudas y dice: "¿Luego ahora, después de tantos siglos, se ha acordado Dios de juzgar la vida humana, y nada se le importó antes?" (cf. VI 78). A esto diremos no haber habido jamás tiempo en que Dios no quisiera juzgar la vida humana, sino que siempre cuidó de ello, dando ocasiones de practicar la virtud para corrección del animal racional. Y es así que en todas las generaciones, descendiendo la sabiduría de Dios a las almas que halla santas, hace amigos de Dios y profetas (Sap 7,27). Y en las sagradas letras son de ver en cada generación hombres santos y capaces del Espíritu divino, que trabajaron con todas sus fuerzas en la conversión de sus contemporáneos.

8. El misterio de la dispensación divina

Nada tiene, por lo demás, de extraño que, en ciertas generaciones, aparecieran profetas que, por el especial fervor y firmeza de su vida, superaron en su capacidad de recepción de la

divinidad a otros profetas, ora contemporáneos suyos, ora anteriores o posteriores. Pues, por el mismo caso, tampoco es de maravillar haya habido un momento en que algo de todo punto señero haya venido al género humano que no haya tenido par en los que lo precedieron ni lo tendrá en los por venir. Ahora bien, la razón de todo esto entraña puntos demasiado misteriosos y profundos para que puedan en absoluto llegar a oídos vulgares. Para aclarar todo esto y responder a lo que se objeta contra el advenimiento de Cristo, es decir: "¿Luego ahora, después de tantos siglos, le vino a Dios a las mientes juzgar al género humano, y no se preocupó antes de ello?", hay que tocar la teoría de las partes, y esclarecer por qué, *cuando el Altísimo dividió las naciones y dispersó a los hijos de Adán, puso los lindes de los pueblos según el número de los ángeles de Dios, y vino a ser parte suya su pueblo de Jacob, cuerda de su herencia Israel* (Deut 32,8-9) (cf. *infra* V 25-30). Y habrá que explicar también la causa por que se nace dentro de cada parte, bajo el dominio de a quien cupo la parte, y por qué vino a ser razonablemente parte del Señor su pueblo de Jacob y cuerda de su herencia Israel. Y otro problema es por qué de primero fue Israel parte del Señor y cuerda de su herencia Jacob; de los posteriores, empero, le dice el Padre al Salvador: *Pídeme, y darte he las naciones en herencia, y en posesión los lindes de la tierra* (Ps 2,8). Existen, en efecto, ciertas conexiones y consecuencias, inefables e inexplicables, acerca de la distinta economía o dispensación divina en el gobierno de las almas humanas.

9. «Autos epha»: «Ipse dixit»

Así, pues, mal que le pese a Celso, después de muchos profetas que corrigieron al antiguo Israel, vino Cristo para corregir al mundo entero. Y no necesitó, al estilo de la primera dispensación de la salud, de látigos, cadenas y tormentos contra los hombres; pues, cuando *el sembrador salió a sembrar* (Mt 13,3), bastó la enseñanza para esparcir por dondequiera su doctrina. Ahora bien, si ha de venir un tiempo que señale al mundo su límite necesario por el mero hecho de haber principio; si el mundo ha de tener fin y darse al fin el justo juicio de todos los hombres; menester es que el filósofo creyente demuestre la doctrina de Cristo por medio de toda clase de pruebas, ora las tome de las Escrituras divinas, ora de la ilación de los razonamientos; mas el creyente ordinario y sencillo, que no es capaz de seguir las especulaciones variadísimas de la sabiduría de Dios, menester será que se entregue

a sí mismo a Dios y al Salvador de nuestro linaje, y contentarse con su "El lo dijo" más bien que con cualquier otra autoridad (cf. I 7).

10. El temor y la esperanza, medios de corrección humana

Seguidamente, sin aducir, como de costumbre, prueba ni demostración alguna, nos imagina como unos charlatanes que habláramos impía y sacrílegamente de Dios, y dice: "Es, pues, patente que no charlatanean estas cosas acerca de Dios con la santidad y reverencia debida". Y cree que lo hacemos así para espantar al vulgo y que no decimos la verdad al hablar de los castigos necesarios para los que hubieren pecado. De ahí que nos compare con los que "en los cultos de Baco, introducen fantasmas y terrores". Ahora bien, si en los cultos o iniciaciones báquicas hay alguna razón plausible o no hay tal, a los griegos cumple decirlo y a ellos oigan Celso y sus cofrades. Nosotros, respecto de nuestra religión, nos defenderemos diciendo que nuestro intento es mejorar al género humano, y para este fin nos valemos, ora de amenazas de castigos que creemos ser necesarios en general y, tal vez, no sin provecho para quienes en particular los hayan de sufrir, ora de promesas en favor de los que hubieren vivido bien; promesas que comprenden la bienaventuranza en el reino de Dios para quienes fueren dignos de tenerlo por rey.

11. Diluvios y conflagraciones

Seguidamente quiere demostrar que nada maravilloso ni nuevo tenemos que decir acerca de diluvios y conflagraciones (cf. I 19, IV 41), sino que más bien malentendimos lo que sobre el tema se cuenta entre griegos y bárbaros, y por ello dimos fe a nuestras Escrituras. He aquí sus palabras: "Tal idea les vino por haber malentendido lo que aquéllos dicen sobre esto, a saber, que, después de ciclos de largos tiempos y de retornos y conjunciones de astros, se siguen conflagraciones y diluvios; y como el último diluvio aconteció bajo Deucalión, el período de las mutaciones del universo pide ahora una conflagración. Esto les hizo decir con errónea opinión que Dios bajaría armado de fuego como un verdugo". A esto responderemos ser muy extraño que Celso, que hace alarde de haber leído mucho y saberse muchas historias, no tenga idea de la antigüedad de Moisés, al que algunos escritores griegos cuentan haber nacido en tiempos de Ina-

co, hijo de Foroneo [3]. Los egipcios y hasta los compiladores de las historias fenicias confiesan ser personaje antiquísimo. Lea quien quisiere los dos libros de Flavio Josefo *Sobre la antigüedad de los judíos (Contra Ap.* I 13,70ss), donde puede enterarse cómo Moisés fue más antiguo que cuantos han afirmado que, tras largos períodos de tiempo, se dan diluvios y conflagraciones en el mundo. Eso dice Celso que han malentendido judíos y cristianos, y, por no entender lo de la conflagración, han dicho que "Dios bajará al mundo armado de fuego, como un verdugo".

12. Dios no sube ni baja

Ahora bien, no es éste momento de discutir si se dan o no, periódicamente, diluvios y conflagraciones, y si así lo entiende también la Escritura divina, entre otras, en estas palabras de Salomón: *¿Qué es lo que ha sido? Lo mismo que será. ¿Qué es lo que se ha hecho? Lo mismo que se hará,* etcétera (Eccle 1,9) [4]. Baste notar solamente que Moisés y algunos profetas, hombres que fueron antiquísimos, no tomaron de otros la idea de la conflagración del mundo; antes bien, si se atiende a las fechas, fueron otros los que, malentendiendo lo que ellos dijeron y no reproduciéndolo puntualmente, inventaron esas periodicidades, que no se distinguen ni por sus cualidades propias [5] ni por las adventicias. Por lo demás, nosotros no atribuimos el diluvio ni la conflagración a ciclos y períodos de las estrellas; para nosotros, la causa de estas catástrofes es el torrente de la maldad que lo invade todo y se limpia por un diluvio o una conflagración. En cuanto a que baje el mismo Dios que dijo: *¿Acaso no lleno yo cielo y tierra?, dice el Señor* (Ier 23,24), es locución que entendemos figuradamente. Baja, efectivamente, Dios de su grandeza y altura cuando dispone por su providencia las cosas de los hombres, y señaladamente de los malos. La costumbre quiere se diga que el maestro se abaja o condesciende con los niños, y los sabios o muy adelantados

[3] Hay una serie de autores que hacen a Moisés contemporáneo de Inaco (cf. TACIANO, 38; EUS., *Praep. Ev.* X 10,16; TERTULL., *Apol.* 19; CLEM. AL., *Strom.* 1,101,5; PS. JUSTIN., *Cohort.* 9; EUS., *Chronic.* (ed. Helm p.7). Pero el punto de referencia es puramente mítico o intemporal. Inaco es el más antiguo rey de Argos, propiamente el dios del río del mismo nombre, hijo de Océano y Tethys y padre de Foroneo e Io. Después del diluvio de Deucalión, se dice haber hecho bajar a la gente de las montañas a tierra llana; y cuando Posidón y Hera se disputaron la posesión de la tierra, Inaco se decidió en favor de la diosa. En castigo, Posidón hizo que los ríos de Argos sufrieran escasez de agua.

[4] La exégesis de este pasaje por Orígenes *(De princ.* III 5,3) suscitó la ira de Jerónimo *(Epist.* 124,9) y de Agustín *(De civitate Dei* XII 13).

[5] ἰδίοις M: ἰδίως.

con los jóvenes recién convertidos a la filosofía, sin que eso signifique que bajan corporalmente; pues, por modo semejante, si alguna vez se dice en las divinas Escrituras que baja Dios, hay que entenderlo de la manera como se usa comúnmente esta palabra. Y dígase lo mismo de "subir".

13. Dios, fuego que consume

Mas ya que Celso nos achaca en son de fisga decir que "Dios bajará del cielo armado de fuego a la manera de un verdugo", y nos fuerza, a contratiempo, a discutir cuestiones harto profundas, digamos algunas cosas que basten para insinuar a nuestros oyentes la refutación de la burla de Celso, y pasaremos seguidamente a lo demás. Dice, efectivamente, la palabra divina que Dios es *fuego consumidor* (Deut 4,24; Hebr 12,29) y que *ante su acatamiento corren ríos de fuego* (Dan 7,10) y hasta que *El entra como fuego que derrite y como lejía de lavadores para fundir a su pueblo* (Mal 3,2). Ya, pues, que se dice ser fuego que consume, consideremos qué cosas conviene sean consumidas de todo punto por Dios. A esto decimos que la maldad y las acciones inspiradas por la maldad, que figuradamente se llaman madera, hierba y paja, son consumidas por Dios. Por lo menos del malo se dice que *sobre el fundamento ya puesto, sobreedifica madera, hierba y paja* (1 Cor 3,12). Ahora bien, si alguien demostrara que no fue ése el sentido que dio a sus palabras el escritor, y fuera capaz de presentarnos al malo sobreedificando materialmente madera, hierba y paja, es evidente que también habría que entender el fuego material y sensiblemente. Pero si, por lo contrario, se entienden figuradamente las obras del malo, que se dicen ser madera, hierba y paja, ¿cómo no ha de saltar a la vista de qué calidad sea el fuego que consume tales maderas? *El fuego,* dice el Apóstol, *probará la calidad de la obra de cada uno. Aquel cuya obra que sobreedificó permanezca, recibirá galardón; aquel cuya obra quede abrasada, sufrirá daño* (1 Cor 3,13). Ahora bien, la obra abrasada de que aquí se habla, ¿qué otra puede ser sino todo lo que se hace por maldad? Luego nuestro Dios es fuego consumidor en el sentido que acabamos de explicar; y en este sentido entra como fuego que derrite, para fundir a la criatura racional, llena del plomo de la maldad, y de toda otra materia impura, que adulteran el oro y la plata, digámoslo así, de la naturaleza del alma. En este sentido, finalmente, se dicen salir ríos de fuego del acatamiento de Dios, que elomina toda la maldad que se mezcla por toda el alma.

Mas baste esto para refutar el dicho de Celso: "Esto les hizo decir con errada opinión que Dios bajará con fuego a la manera de un verdugo".

14. La inmutabilidad de Dios

Mas veamos lo que seguidamente dice Celso con grandes pretensiones por estas palabras: "Pero tomemos, dice, nuestro razonamiento de más arriba con nuevos argumentos. No voy a decir cosas nuevas, sino de antiguo averiguadas[6]. Dios es bueno, y hermoso, y feliz y habita en el lugar más bello y mejor. Ahora bien, si descendiera a los hombres, tendría que sufrir un cambio, y un cambio que será de lo bueno a lo malo, de lo bello a lo feo, de la felicidad a la miseria y del estado mejor al peor. ¿Quién, pues, escogería semejante cambio? Además, sólo al ser mortal[7] le conviene, por naturaleza, mudarse y transformarse; al inmortal, empero, mantenerse siempre igual y en un estado. Luego no es posible que Dios sufra ese cambio". Paréceme haber dicho[8] lo conveniente sobre este punto al explicar en qué sentido dicen las Escrituras que Dios baja a las cosas humanas; para tal bajada no es menester que Dios cambie, como se imagina Celso que decimos nosotros, ni pasar de bueno a malo, o de hermoso a feo, ni de la felicidad a la miseria, ni del lugar mejor al peor. Porque, permaneciendo El inmutable, condesciende por su providencia y dispensación de la salud a las cosas humanas. La verdad es que nosotros alegamos las divinas letras, que dicen ser Dios inmutable, por ejemplo, en este texto: *Mas tú eres siempre el mismo* (Ps 101,28), y en estotro: *Yo no me mudo* (Mal 3,6). Los dioses, empero, de Epicuro, como compuestos que están de átomos y por ser, en cuanto compuestos, disolubles, están afanados en sacudir los átomos que les traen la corrupción. Lo mismo digamos del Dios de los estoicos[9], que, siendo cuerpo, unas veces posee la sustancia o esencia íntegra, que es la mente, cuando se da la conflagración; otras, cuando se establece el nuevo orden, viene a formar parte del mismo. Y es así que ni aun éstos

[6] Concretamente, doctrina platónica (cf. *Pol.* 381b,c; *Phaidr.* 246d).

[7] καὶ μὲν δὴ M: καὶ μόνῳ δὴ K. tr.

[8] λέγεσθαι M: λέλεχθαι We., K. tr.

[9] Del dios de los estoicos dice Plutarco (*De placitis philosophorum* 1,7): "Los estoicos comúnmente afirman ser dios un fuego artificioso, que anda su camino para la generación del mundo; éste contiene todas las razones seminales, de las que nace cada cosa según el hado. Y también un espíritu que penetra por el mundo entero, pero que toma sus denominaciones de la materia por que ha pasado en sus cambios; así es dios el mundo, los astros y la tierra; el más alto, empero, de todos, la mente, que tiene su morada en el éter".

son capaces de penetrar la noción natural de Dios, como ser de todo punto incorruptible, simple, incompuesto e indivisible.

15. Condescendencia divina en la encarnación

Ahora bien, el que bajó a los hombres estaba en la forma de Dios y, por amor a los hombres, *se anonadó a sí mismo* (Phil 2,6-7), para poder ser comprendido por los hombres. Mas no por eso se dio en El cambio de bueno a malo, pues *no cometió pecado* (1 Petr 2,22); ni de hermoso a feo, pues *no conoció pecado* (2 Cor 5,21); ni pasó de la felicidad a la miseria. Se humilló ciertamente a sí mismo (Phil 2,8); mas ni aun al humillarse, por conveniencia del género humano, dejaba de ser feliz. Tampoco se dio en El paso de un estado buenísimo a otro malísimo; pues ¿cómo calificar de malísima la bondad y humanidad? Es momento de decir que el médico que ve cosas terribles y toca cosas desagradables para curar a los enfermos (HIPÓCRATES, *De Flatibus* 1), no pasa[10] de bueno a malo, de hermoso a feo, o de felicidad a miseria. Y eso que el médico que ve cosas espantosas y toca cosas desagradables, no está de todo en todo inmune de caer en esas mismas cosas. Mas el que curó las heridas de nuestras almas por el Verbo Dios, que en El moraba, era incapaz de toda maldad. Y si por haber asumido el Dios Verbo, inmortal, cuerpo mortal y alma humana le parece a Celso que cambia y se transforma, sepa que el Logos, permaneciendo en su esencia Logos, nada padece de lo que padece el cuerpo o el alma. Pero al condescender a veces con el que no es capaz de mirar los centelleos y resplandor de su divinidad (cf. PLAT., *Pol.* 518a; cf. VI 17), viene a hacerse como carne y se habla de El corporalmente, hasta que quien así lo ha recibido, levantado poco a poco por el mismo Logos, pueda contemplar también su forma, digámoslo así, principal.

16. Diversas formas de manifestarse el Verbo

Porque hay, como si dijéramos, diversas formas, en que el Logos se manifiesta a cada uno de los que han venido a conocerlo, adaptándose a la condición del principiante, del que está más o menos adelantado, o cerca ya de la virtud o en

[10] ἔρχεσθαι M: οὐκ ἔρχεσθαι K. tr. La cita de Hipócrates era lugar común; cf. ORIGEN., *Hom. in Ierem.* 14,1; EUS., *HE* X 4,11; LUCIAN., *Bis accus.* 1; PLUTARCH., *Mor.* 291c.

posesión de la misma. Luego nuestro Dios no se transformó, como se imagina Celso y los de su ralea, sino que, cuando subió al monte excelso (Mt 17,1ss), puso de manifiesto otra forma, muy superior a la que solían ver los que se habían quedado abajo por no poderlo seguir hasta la altura. Y es así que los de abajo no tenían ojos que pudieran ver la transformación del Logos en algo glorioso y divino. Difícilmente podían comprenderlo tal como era, de suerte que quienes eran impotentes para ver su naturaleza superior decían de El: *Lo vimos y no tenía forma ni belleza: su forma era sin honor, deficiente en parangón con los hijos de los hombres* (Is 53,2). Sea esto dicho contra lo que supone Celso, que no entendió los cambios (como se usa de ordinario la palabra) o transformaciones de Jesús, ni lo que en El hay de mortal e inmortal.

17. El mito de Dioniso

¿Acaso no parecerán estas cosas, señaladamente si se entienden de la manera que se debe, mucho más sagradas que lo que se cuenta de Dioniso, engañado por los titanes, derribado del trono de Zeus, desgarrado por aquéllos, vuelto luego a componer, gozando así de una especie de resurrección, y subido por fin al cielo? [11] ¿O es que es lícito a los griegos aplicar mitos como ése a dar razón del alma y explicarlos figuradamente, y se nos cerrará a nosotros la puerta para dar una explicación congruente, en todo de acuerdo y armonía con las Escrituras, obra que son del Espíritu divino, que habitó en almas puras? Por donde se ve que Celso no entendió para nada el sentido de nuestras letras; de ahí que desacredite su propia interpretación, no la de las Escrituras mismas. De haber entendido lo que conviene a un alma que ha de vivir la vida eterna y qué deba pensarse de su naturaleza y de sus principios, no se hubiera así burlado de que el Inmortal haya venido a un cuerpo mortal, no a la manera de la reencarnación platónica, sino según otra teoría más alta. Y hubiera visto un

[11] El mito a que alude Orígenes se refiere a Dioniso como dios ctónico o terrestre y, por ende, dios de la vegetación. La muerte de la vegetación en el invierno se representaba como la fuga del dios, que se escondía de sus enemigos, o como su extinción misma; pero luego retornaba de la oscuridad, o se levantaba de la muerte para nueva vida y actividad. En este contexto se lo llamaba *Zagreus* (el despedazado) y se lo hacía hijo de Zeus y de su hija Perséfone, o bien de Zeus y de Deméter. En su infancia fue despedazado por los titanes, a instigación de la celosa Hera. Pero cada tres años, que pasaba en el Hades, nacía de nuevo. En lo más secreto del santuario de Delfos se mostraba el sepulcro de Dioniso, que hubo de ver Plutarco, con esta inscripción: "Aquí yace Dioniso, hijo de Sémele". La alegorización del mito a que alude Orígenes es continuación de aquella sabia actividad de recomponer o enderezar monstruos a que no quiso entregarse Sócrates, por entender que todavía no se conocía bastante a sí mismo *(Phaidros* 229b-230b)

descenso único y señero, debido a un gran amor a los hombres, con el fin de convertir a *las ovejas perdidas de la casa de Israel* (Mt 15,24), como dice misteriosamente la Escritura, y que bajaron de los montes; a ellas se dice en algunas parábolas (Mt 18,12-13; Lc 15,4ss) haber bajado el pastor, que dejó en los montes las que no se habían descarriado.

18. Vuelta sobre los cambios de Dios

Al insistir Celso sobre cosas que no entiende, él tiene la culpa de que nos repitamos, decididos como estamos a no dar ni la impresión de dejar en el aire nada de lo que dice. Dice, pues, seguidamente: "O Dios se cambia verdaderamente, como éstos dicen, en un cuerpo mortal, y ya antes se ha dicho ser imposible [12]; o El, desde luego, no se cambia, pero hace que se lo parezca a los que lo miran, y entonces engaña y miente. Ahora bien, el engaño y mentira son de suyo cosa mala, y sólo a manera de medicina se pudiera echar mano de ellos, con intención de curar a amigos enfermos o locos, o contra enemigos, para prevenir un peligro (cf. PLAT., *Pol.* 382c; 389b; 459cd). Pero ningún enfermo ni loco es amigo de Dios, ni tiene Dios por qué temer a nadie para prevenir un peligro por el engaño". A esto puede responderse, partiendo de la naturaleza del Logos divino, que es Dios, o de la naturaleza del alma de Jesús. Partiendo de la naturaleza del Logos decimos que, como la calidad del alimento, ajustándose a la naturaleza del niño, se transforma en leche en la nodriza, o como el médico lo prepara de acuerdo con la conveniencia del enfermo, y al más fuerte se lo ofrece más fuerte; así Dios transforma la potencia del *Lógos,* cuya naturaleza es alimentar al alma humana, de acuerdo con la capacidad de cada hombre. Y así, para unos, se hace, como dice la Escritura, *leche espiritual sin engaño* (1 Petr 2,2); a otros, como más flacos, se les da como *legumbre;* a otros, ya perfectos [13], como *manjar sólido* (Hebr 5,12.14). Y no desmiente el Logos su naturaleza al hacerse para cada uno el alimento que es capaz de recibir, ni miente ni engaña.

Mas, si alguno supone el cambio en el alma de Jesús al venir al cuerpo, será cosa de preguntarle en qué sentido habla de cambio. Porque, si se entiende la sustancia o esencia, tal cambio no se da ni en el alma de Jesús ni en otra alma racional alguna. Mas, si se quiere decir que, mezclada como está con el cuerpo, padece algo por causa de éste y del lugar

[12] ἀδύνατον M: ἀδυνατεῖν Herter, Bader.
[13] τελείως M: τελείῳ Bo.

a que vino, ¿qué de extraño le acontece al Logos porque envíe, movido de su grande amor a los hombres, un salvador al género humano? Y es así que nadie de cuantos antes prometieran curar a los hombres pudo cuanto el alma de Jesús mostró por sus obras, y eso que, voluntariamente, por amor a nuestro linaje, condescendió con las miserias humanas. Esto lo sabe muy bien la palabra divina, y así lo dice en muchas partes de las Escrituras. De momento, sin embargo, baste citar un solo texto de Pablo, que dice así: *Tened en vosotros los mismos sentimientos que tuvo en sí Cristo Jesús; el cual, existiendo en forma de Dios, no tuvo por rapiña ser igual a Dios; sin embargo, se anonadó a sí mismo, tomando forma de esclavo, y, hecho a semejanza de hombre y visto en su figura como hombre, se humilló a sí mismo hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por eso Dios lo exaltó y le hizo gracia de un nombre que está sobre todo nombre* (Phil 2,5-9).

19. Argumentación «ad hominem»

Concedan otros a Celso que Dios no cambia, pero hace pensar a los que lo ven que ha cambiado; en cuanto a nosotros, que estamos persuadidos de que la venida de Jesús a los hombres no fue apariencia, sino verdad que salta a los ojos, nada tenemos que ver con la acusación de Celso. Sin embargo, nos defendemos así: ¿No dices tú mismo, Celso, que por manera de medicina se concede echar mano del engaño y mentira? ¿Qué tendría entonces de absurdo que, si tal medicina había de curar, tal medicina se aplicara? Y es así que algunos razonamientos, dichos más bien con mentira que con verdad, suelen convertir a ciertos caracteres, como sucede con los razonamientos de los médicos con los enfermos. Mas esto sea defensa nuestra sobre otros puntos (cf. II 24). Tampoco es absurdo que el que cura a los amigos enfermos, cure también al género humano amigo con remedios que nadie usaría de propósito, sino habida cuenta con las circunstancias. Por el mismo caso, el género humano, que estaba loco, tenía que ser curado por métodos que el Logos veía ser acomodados a locos para volverlos al sano juicio. Pero dice también Celso que "cosas como ésas se hacen también con los enemigos, para prevenir un peligro; pero que Dios no tiene que temer a nadie para engañar y eludir así el peligro de los que conspiran contra él". Cosa de todo punto superflua y sin razón sería responder a lo que nadie dice acerca de nuestro Salvador. Sin embargo, al defendernos

[14] ἐπαγγελλόμενα M: ἀπαγγελλόμενα Bo., We., K. tr.

respecto de otros puntos, hemos respondido a eso de que "ningún enfermo o loco es amigo de Dios". Porque nuestra defensa dice que esta dispensación de salud no fue instituida para los enfermos o locos que ya son amigos, sino para los que por la enfermedad de su alma y su pérdida de juicio son aún enemigos, a fin de que se hagan amigos de Dios. Y es así que claramente se dice de Jesús haberlo aceptado todo por amor de los pecadores (Mt 9,13 *et passim)*, a fin de librarlos del pecado y hacerlos justos.

20. Dios viene a purificar la tierra

Luego introduce de un lado a judíos que inquieren las causas por que está aún por cumplirse el advenimiento de Cristo, y de otro a cristianos que hablan, como de cosa hecha, de la venida del Hijo de Dios, entre los hombres. Ea, pues, consideremos también esto con la brevedad posible. Dicen, en efecto, los judíos de Celso que, "estando la vida llena de toda maldad, es preciso que Dios envíe a alguien, a fin de que los inicuos sean castigados y se purifique el mundo entero, a la manera como sucedió en el primer diluvio". Como se dice que los cristianos añaden aún a esto otras cosas, es evidente que también ellos aceptan eso. Ahora bien, ¿qué hay de absurdo en que, al difundirse la maldad, venga al mundo alguien que lo purifique y dé a cada uno lo que se merezca? Porque no es estilo de Dios no poner dique a la maldad y renovar las cosas. Los griegos mismos conocen una purificación periódica de la tierra, por el diluvio o el fuego, según dice Platón en alguna parte: "Mas cuando los dioses, para purificar la tierra, la inunden de aguas, los que están en los montes", etc. (PLAT., *Tim.* 22d; cf. *supra* I 19; IV 11). ¿Habrá, pues, que decir que, si los griegos afirman estas cosas, sus tesis son sagradas y dignas de consideración; pero que, si nosotros demostramos lo mismo que place a los griegos, la doctrina pierde toda su belleza? La verdad es que aquellos a quienes interesa la trabazón y exactitud de toda la Escritura, se esforzarán en demostrar no sólo la antigüedad de sus autores, sino también el carácter sagrado y la congruencia de lo que escriben.

21. Confusión sobre la torre de Babel

Mas no sé por qué razón piensa Celso que el mismo fin que el diluvio, que purificó la tierra, según doctrina de judíos y cristianos, tuvo también el derribo de la torre de Babel.

[11] La semejanza del mito de los alóadas con la historia de la torre de Babel fue también notada por Filón *(De conf. linguarum* 4; cf. *De somnis* II 284s) y por Juliano *(C. christ.* p.181ss, ed. Neumann).

Porque, aun suponiendo que la historia de la torre, tal como se halla en el Génesis (11,1-9), no contenga un sentido misterioso (cf. V 29ss), sino que sea tan llana como se lo imagina Celso, ni aun así se ve que sucediera para la purificación de la tierra; a no ser que tome Celso por purificación de la tierra la llamada confusión de las lenguas. Sobre esta confusión, en momento más oportuno, dará una explicación quien tenga para ello competencia, cuando se trate de exponer qué sentido histórico tenga ese pasaje y qué haya de entenderse anagógicamente. Pero Celso se imagina además que Moisés, al escribir la historia de la torre y de la confusión de lenguas, no hizo sino corromper lo que se cuenta de los hijos de Aloeo *Ilíada* 5,385-7; *Odisea* 11,305-20). A esto hay que decir que la historia de los alóadas no creo yo la contara nadie antes de Homero; la de la torre, empero, estoy persuadido haberla escrito Moisés, que es anterior, no sólo a Homero, sino también a la invención del alfabeto griego. ¿Quiénes, pues, corrompieron los escritos de quién? ¿Los que cuentan la historia de los alóadas la de la torre, o la de los alóadas el que escribió la de la torre y la confusión de las lenguas? Mas para oyentes imparciales es evidente que Moisés es más antiguo que Homero [16].

Pero Celso compara también lo que cuenta Moisés en el Génesis (19,1-29) sobre Sodoma y Gomorra, ciudades destruidas por el fuego, con el mito de Faetonte [17]. El error de Celso es uno solo: no haber observado la antigüedad de Moisés y haber procedido en todo llevado de ese error. Porque los que cuentan el mito de Faetonte parecen ser posteriores a Homero, que fue a su vez muy posterior a Moisés. No negamos, pues, la fuerza purificadora del fuego ni la destrucción del mundo ordenada al aniquilamiento de la maldad y renovación del universo, pues afirmamos haberlo aprendido de

[16] La prioridad de Moisés respecto de Homero es tema favorito de apologistas judíos y cristianos; con palabras que recuerdan a Orígenes, dice, por ejemplo, Taciano (*Adv. graecos* 31): "Mas ahora considero oportuno demostraros que nuestra filosofía es más antigua que las instituciones griegas. Los límites serán Moisés y Homero; y, pues uno y otro son antiquísimos, uno el más viejo de los poetas e historiadores; otro, autor de toda la sabiduría bárbara, tomémoslos ahora para establecer la comparación y hallaremos que nuestra religión no es sólo más antigua que la cultura de los griegos, sino anterior incluso a la invención del alfabeto". No se excluye que Orígenes hubiera leído a Taciano, el feroz enemigo de la cultura griega. Cf. *Apologistas griegos del siglo II* (BAC 1954) p.614.

[17] Faetonte era hijo de Helios (el sol, que a veces se llama también Factonte) y pidió a su padre como prueba de su nacimiento le permitiera guiar por un día el carro del sol. Pero el mozo no pudo contener los caballos, y el carro se acercaba demasiado, ora al cielo, ora a la tierra, y uno y otro empezaron a arder. Para salvar al mundo, Zeus hirió a Faetonte con el rayo. Su cadáver cayó junto al río Erídano. Sus hermanas, las helíades, que lo lloraban sin cesar, fueron cambiadas en álamos o chopos temblones; las lágrimas que aún destilan estos árboles son endurecidas por Helios en ámbar. La semejanza con la historia de Sodoma y Gomorra no puede ser más ligera.

los profetas en nuestros libros santos. Mas, puesto caso que los profetas, como hemos dicho antes (I 36-37; III 2-4), hablando de lo por venir, demuestran haber salido verdaderos en muchas cosas que han acontecido, y dan pruebas de que en ellos hubo un espíritu divino, es evidente que también hay que creerlos en lo que está aún por venir o, mejor dicho, hay que creer al Espíritu que hay en ellos.

22. Castigo del pueblo judío por la muerte de Jesús

"En cuanto a los cristianos—son palabras de Celso—, añaden ciertas razones a las alegadas por los judíos, y dicen que ya ha sido enviado el Hijo de Dios por causa de los pecados de los judíos, y que éstos, por haber dado muerte a Jesús y abrevádole con hiel (Mt 27,34), se atrajeron contra sí mismos la cólera [18] de Dios". Demuestre ahora el que tenga gana de demostrarlo ser mentira que la nación entera de los judíos quedara destruida antes de cumplirse una sola generación desde que Jesús sufrió todo eso de parte de ellos. Porque yo calculo que la destrucción de Jerusalén avino cuarenta y dos años después que crucificaron a Jesús. Y jamás, desde que hay judíos, se cuenta que por tanto tiempo se los apartara de sus ceremonias y culto al ser conquistados por pueblos más poderosos. Si alguna vez parecían estar, por sus pecados, abandonados de Dios, no por eso dejaban de ser visitados por El, volvían a su tierra, recuperaban sus propiedades y practicaban sin obstáculo sus ritos tradicionales. Una de las pruebas, por tanto, de que Jesús fue algo divino y sagrado es haber venido por causa suya al pueblo judío, por tanto tiempo, tales y tantas calamidades. Y con seguridad diremos que no se restablecerán, pues cometieron el crimen más impío que cabe imaginar atentando contra la vida del Salvador del género humano, en la ciudad misma en que practicaban el culto tradicional de Dios, símbolo que era de grandes misterios. Era menester, por ende, que la ciudad en que Jesús padeció todo eso fuera destruida desde sus cimientos, se dispersara la nación judía y pasara a otros el llamamiento a la bienaventuranza; a los cristianos, digo, a quienes se enseñó la doctrina acerca de la religión sincera y pura y recibieron leyes nuevas en armonía con la nueva constitución universal. Porque las antiguas, como dadas a un solo pueblo gobernado

[18] Celso juega aquí con las palabras χολή (hiel) y χόλος (ira). Buena prueba de su ligereza de espíritu.

por gentes de la misma nacionalidad y costumbres, no podían ser ahora observadas por todos.

23. Sarta de improperios

Luego, burlándose, según costumbre, de la casta de judíos y cristianos, los compara a todos a una "ristra de murciélagos" (*Odyssea* 24,6-8; cf. PLAT., *Pol.* 387a), o a hormigas que salen de su nido, o a ranas que celebran sus sesiones al borde de una charca (PLAT., *Phaid.* 109b), o a gusanos que allá en un rincón de un barrizal tienen sus juntas y se ponen a discutir quiénes de ellos son más pecadores y discursean así: "A nosotros nos lo revela y anuncia Dios todo de antemano, y, abandonando el cosmos y el curso del cielo y despreciando la tierra inmensa, con nosotros solos conversa, y a nosotros solos manda sus heraldos, y nunca deja de mandarlos y buscar modos como gocemos eternamente de su convivencia". Y en su ficción nos compara a gusanos que dijeran: "Existe Dios, y después de El venimos nosotros, que fuimos por El hechos semejantes en todo a Dios. Todo nos está sometido: la tierra, el agua, el aire, las estrellas; todo se hizo por causa nuestra y todo está ordenado a nuestro servicio". Y los gusanos que se inventa Celso, es decir, nosotros, decimos: "Ahora, como sea cierto que hay entre nosotros quienes pecan, vendrá Dios mismo, o enviará a su Hijo, a fin de abrasar a los inicuos y de que tengamos los demás vida eterna con El". Y termina Celso su sarta de improperios: "Más tolerable sería todo esto entre gusanos y ranas que no lo que entre sí discuten judíos y cristianos".

24. La grandeza del hombre no se mide por la de su cuerpo

Para refutar estos improperios, preguntamos a quienes aprueban que así se nos ataque: ¿Todos los hombres suponéis que son una ristra de murciélagos, u hormigas, ranas, o gusanos, en parangón con la excelencia de Dios, o no metéis en esa comparación al resto de los hombres, sino que aún los tenéis por hombres por su carácter racional y por seguir leyes estatuidas; y sólo a cristianos y judíos, por no ser de vuestro gusto sus doctrinas, los vilipendiáis y parangonáis con todos esos animales? Respondáis lo que queráis a mi pregunta, tendremos a punto la réplica y trataremos de demostrar que no hay razón para hablar así ni de todos los hombres en general ni de nosotros en particular. Supongamos

por de pronto digáis que, ante Dios, todos los hombres pueden compararse a esos viles animales, pues la pequeñez del hombre no es comparable con la excelencia de Dios. ¿De qué pequeñez habláis? Respondedme, amigos. Porque, si os referís a la del cuerpo, sabed que, ante el tribunal de la verdad, la excelencia o inferioridad no se juzga por el cuerpo. A esa cuenta, buitres y elefantes serían superiores al hombre, pues son mayores, más fuertes y de más larga vida que el hombre [19]. Mas nadie en su sano juicio dirá que, por la sola razón de sus cuerpos, son estos irracionales superiores a los racionales. Porque la razón levanta al animal racional a una excelencia muy por encima de todos los irracionales. Mas ni siquiera puede decirse eso de aquellos seres buenos y bienaventurados, ora se trate de démones buenos, como los llamáis vosotros; ora de ángeles de Dios, como es costumbre llamarlos nosotros, o de cualesquiera otras naturalezas superiores a los hombres. No; la razón de su superioridad es que su elemento racional ha llegado a perfección y está dotado de toda virtud.

25. La comparación de Celso deshonra al ser racional

Mas si despreciáis la pequeñez del hombre, no por razón de su cuerpo, sino de su alma, y pensáis que es inferior a los otros seres racionales, señaladamente a los virtuosos—y lo es precisamente por la maldad que hay en ella—, ¿por qué han de ser los malos cristianos y los que entre los judíos viven mal ristra de murciélagos, u hormigas, o gusanos, o ranas, con más razón que los malvados de las otras naciones? La verdad es que, según esto, todo el que vive en un aluvión de maldad es un murciélago, un gusano, una rana y una hormiga en parangón con los otros hombres. Así, aunque uno fuera un Demóstenes por su elocuencia, pero tan malvado como él y de obras tan malas como las que él hizo (cf. PLUTARCH., *Mor.* 847e; AISCH., III 174 *alii),* o pasara por el orador Antifonte, que niega la providencia en los libros que rotuló *Sobre la verdad,* título algo parecido al del libro de Celso, no por eso dejan éstos de ser gusanos que se revuelcan en

[19] Cf. SENEC., *De beneficiis* II 29. El tema de la superioridad racional del hombre es clásico por excelencia. ¿Quién no recuerda el solemne prólogo que pone Salustio a su *De coniuratione Catilinae,* que gustaban citar San Jerónimo y San Agustín? "Todo hombre que tiene a punto de honor descollar sobre los otros seres animados, es menester se esfuerce con todo denuedo en no pasar oscuramente su vida, a la manera de las bestias, que la naturaleza plasmó inclinadas hacia el suelo y obedientes a su vientre. Ahora bien, toda nuestra fuerza reside en el alma y en el cuerpo; del alma nos valemos para mandar, del cuerpo más bien para nuestro servicio; aquélla nos es común con los dioses, éste con las bestias".

un rincón de un barrizal, el de la impericia e ignorancia. Por lo demás, como quiera que fuere, el animal racional no puede razonablemente compararse con unos gusanos desde el momento que tiene disposición para la virtud. Estas tendencias a la virtud no nos permiten comparar con gusanos a los que la poseen en potencia y no pueden destruir de todo punto sus gérmenes. Por todo lo cual se ve claro que ni siquiera los hombres en general son gusanos comparados con Dios. Porque la razón *(logos)* que procede del Logos, que está en Dios (Io 1,1), no nos permite considerar al animal racional como totalmente ajeno a Dios; ni tampoco los que entre cristianos y judíos son malos—y que a la verdad no son ni cristianos ni judíos—pueden compararse con más razón que los otros malos con gusanos que se revuelcan en un rincón de un barrizal. Si, pues, la naturaleza de la razón no permite aceptar eso, es evidente que no podemos insultar a la naturaleza humana, creada para la virtud aun cuando peque por ignorancia, ni compararla con parejos animales.

26. Quiénes son los verdaderos gusanos

Mas si, por el mero hecho de que a Celso no le placen las doctrinas de cristianos y judíos, que ni siquiera da muestras de conocer en absoluto, éstos son gusanos y hormigas y el resto de la humanidad no, vamos a comparar con [20] las de los otros hombres las doctrinas que patentemente aparecen a los ojos de todos como enseñanzas de cristianos y judíos. Para quienes una vez acepten haber ciertos hombres de la especie de gusanos y hormigas, ha de aparecer evidente que los verdaderos gusanos, hormigas y ranas son los que han perdido la sana idea de Dios y, por mera apariencia de religión, adoran animales irracionales, estatuas y cosas creadas, cuando por la belleza de ellas debieran haber admirado al que las creara y a El solo darle culto (cf. Sap 13,3s). Hombres son, empero, y aún algo más estimable que hombres, los que, siguiendo su razón, pueden levantarse de piedras y maderas, y hasta del oro y la plata, tenidos por la materia más preciosa; los que, levántandose aun de la hermosura del mundo al Hacedor de todas las cosas, a El se entregan enteramente. Y puesto que sólo El puede mantener cuanto existe y escudriñar los pensamientos de todos y oír la oración de todos, a El hacen subir sus oraciones y todo lo hacen en su pre-

[20] τοῖς M: συν τοῖς Chadwick.

sencia, como testigo de todo lo que sucede; y, pues saben que oye todo lo que se dice, se guardan de decir lo que no pueda, sin desagrado, llegar a los oídos de Dios. Mas si tamaña piedad, que no se rinde a los tormentos ni a los peligros de muerte ni a las argucias de la razón, nada aprovecha a los que la practican para que no se los compare con gusanos, aun en el supuesto de que fueron a ellos comparados antes de practicarla, ¿es que [21] quienes vencen el instinto más vehemente del placer sexual, que a tantos les reblandece los ánimos como la cera (PLAT., *Leg.* 633d), y lo vencen porque están persuadidos de que no pueden unirse de otro modo con Dios si no se remontan a El por la templanza, ésos, digo, os parecen a vosotros ser hermanos de gusanos, congéneres de hormigas y semejantes a ranas? ¿Y qué decir del esplendor de la justicia que guarda los derechos del prójimo y del semejante [22], la equidad, la humanidad y bondad? ¿Nada valdrá todo eso para que no sea un murciélago quien lo practica? Los que se revuelcan, en cambio, en la disolución —y tal hacen la mayoría de los hombres—, y los que tienen sin escrúpulo trato con rameras y hasta enseñan que ello no va contra ley alguna de decencia (cf. *infra* IV 45), ésos ¿no son gusanos que se revuelcan en el cieno? Y lo son señaladamente si se los compara con quienes han aprendido a no tomar los miembros de Cristo y el cuerpo, morada del Verbo, y hacerlos miembros de una meretriz (1 Cor 6,15), y saben muy bien ya que el cuerpo de un ser racional y consagrado al Dios del universo es templo del mismo Dios a quien ellos adoran, y tal se hace por la pura idea que tienen del Creador. Ellos, que practican la templanza como un culto de Dios, se guardan de corromper, por ilícito comercio carnal, *el templo de Dios* (1 Cor 3,16; 6,19; 2 Cor 6,16).

27. El verdadero cristiano

Paso por alto los otros vicios comunes entre los hombres y de que no están exentos ni los mismos que parecen profesar la filosofía, pues muchos son los espurios en la filosofía. Tampoco digo que muchos de esos vicios se dan entre quienes no son ni judíos ni cristianos. Lo que afirmo es que no se dan absolutamente entre cristianos si se examina lo que es verdaderamente cristiano; y si acaso vinieran a descubrirse, no sería entre los que frecuentan las reuniones y acuden a la oración común y no se los excluye de ella, a

[21] ἄρα δε M: ἀρά γε We., K. tr.
[22] ὁμογενές M: ὁμογενῆ Hort, K. tr.

no ser que, como caso raro, se hallara alguno oculto entre tanta muchedumbre. No somos, pues, gusanos que celebramos nuestras juntas los que, fundándonos en las Escrituras que ellos creen sagradas, nos oponemos a los judíos y les demostramos haber sido abandonados por sus enormes pecados; nosotros, empero, que hemos recibido al Logos tenemos ante Dios las mejores esperanzas, no sólo por nuestra fe en El, sino también por la vida que llevamos, propia para unirnos con El, puros de toda maldad e iniquidad. Así, pues, el que a sí mismo se proclame judío o cristiano no puede decir que por nosotros principalmente hizo Dios el universo y mueve la máquina celeste. No; el que sea, como enseñó Jesús, limpio de corazón, manso y pacífico, pronto a soportar los peligros que lleva consigo la religión, ése podrá razonablemente confiar en Dios, y si entiende lo que se dice en las profecías, podrá decir también: "Todo eso nos lo ha revelado y anunciado Dios de antemano a los que creemos".

28. El amor universal de Dios

Pero Celso nos hace decir a los cristianos, a los que tiene por gusanos, que "Dios, abandonando el curso celeste y desdeñando la tierra inmensa, sólo con nosotros conversa, y a nosotros nos manda sus heraldos y no deja de mandarlos y de buscar modos como gocemos eternamente de su convivencia". A ello hay que decir que nos atribuye dichos que no nos han pasado por las mientes, siendo así que nosotros leemos y creemos que Dios ama todo lo que tiene ser y nada abomina de cuanto hizo; pues, de aborrecerlo, no lo hubiera hecho (Sap 11,25). Y leemos también: *Tú perdonas a todos, pues tuyo es todo, ¡oh amador de las almas! Porque tu espíritu incorruptible está en todas las cosas. Por eso, poco a poco reprendes a los que se extravían y, recordándoles lo mismo en que pecan, los corriges* (Sap 11,27; 12,1-2). ¿Cómo podemos decir que, "abandonando Dios el curso celeste y el universo entero y desdeñando la tierra inmensa, sólo conversa con nosotros", cuando en nuestras oraciones hallamos ser deber nuestro decir y pensar que la *tierra está llena de la misericordia del Señor y que la misericordia del Señor se extiende a toda carne?* (Ps 32,5; Eccli 18,13). Nosotros sabemos que, por ser Dios bueno, *hace salir su sol sobre malos y buenos, y llueve sobre justos e injustos;* El nos exhorta a que hagamos lo mismo a fin de ser hijos suyos (Mt 5,45) y nos enseña a que extendamos, en lo posible, nuestros beneficios a todos los hombres. Y es así que El mismo se dice

ser *salvador de todos los hombres, especialmente de los creyentes* (1 Tim 4,10), y su Cristo, *propiciación por nuestros pecados; mas no sólo de los nuestros, sino también de los de todo el mundo* (1 Io 2,2). Otras idioteces, aunque no tantas como escribió Celso, pudieron decir algunos judíos, pero no los cristianos, que saben que *Dios encarece su amor para con nosotros por el hecho de que, siendo pecadores, Cristo murió por nosotros. Y eso que por un justo con dificultad está nadie dispuesto a morir; por uno bueno, acaso se atreva alguien a morir* (Rom 5,7-8). Mas lo cierto es que Jesús, que, por cierta costumbre tradicional a estos escritos, se dice ser también el Cristo de Dios, según nuestra predicación, vino al mundo por amor de los pecadores de dondequiera, para que dejen el pecado y se entreguen a Dios.

29. Hay muchas cosas superiores al hombre

Mas acaso eso de que "existe Dios y después de Dios venimos nosotros" lo malentendió Celso de alguno de esos que llamó gusanos. Y hace lo mismo que quienes condenaran toda una escuela filosófica por los dichos de cualquier rapaz temerario que, por haber oído tres días a un filósofo, se engríe sobre los demás como de seres inferiores que no saben palabra de filosofía. Sabemos, en efecto, que hay muchas cosas más estimables que el hombre, y hemos leído que *Dios se puso en medio de la junta de dioses* y no de aquellos dioses que el vulgo adora, *pues todos los dioses de las naciones son demonios* (Ps 95,5). Y leemos que, *en el consejo de los dioses, Dios juzga en medio de los dioses* (Ps 81,1). Y sabemos también que, *si bien hay los que se llaman dioses, en el cielo o en la tierra (como hay muchos dioses y muchos señores), mas para nosotros sólo hay un Dios Padre, de quien viene todo y para quien somos nosotros, y un solo Señor, Jesucristo, por el que es todo y por quien somos nosotros* (1 Cor 8,5-6). Sabemos también que los ángeles son tan superiores a los hombres, que éstos, cuando llegan a la perfección, se hacen semejantes a los ángeles. Porque en la resurrección de los muertos ni los hombres se casarán ni las mujeres serán dadas en casamiento, sino que los justos son como los ángeles del cielo y se hacen semejantes a los ángeles (Lc 20,36). Y sabemos que, en el orden del universo, hay unos que se llaman tronos, otros dominaciones, otros potestades y otros principados (cf. Col 1,16), y vemos que de todos éstos nos quedamos muy atrás los hombres, siquiera tengamos esperanzas

de que, viviendo bien y obrando en todo conforme a la razón, subiremos a la semejanza de todos ellos. Y finalmente, *puesto que no se ha manifestado aún lo que seremos, sabemos que, cuando se manifestare, seremos semejantes a Dios, pues lo veremos tal como es* (1 Io 3,2). Mas si se quiere mantener lo dicho por algunos, trátese de personas inteligentes o de poco inteligentes que malentendieron una sana doctrina, de que "Dios existe y después de El venimos nosotros", yo interpretaría el "nosotros" por "los racionales" y, con más razón, los racionales virtuosos. Porque, en nuestro sentir, la misma es la virtud de todos los bienaventurados, y hasta la misma la virtud del hombre y de Dios. Así se explica que se nos enseñe y mande: *Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto* (Mt 5,48). En conclusión: ningún hombre noble y bueno es un gusano que se revuelve en el cieno, ningún hombre piadoso es una hormiga, ningún justo es una rana. Y nadie puede razonablemente comparar con un murciélago un alma iluminada con la luz esplendente de la verdad.

30. «¡No imitaremos a Celso!»

Paréceme también haber malentendido Celso las palabras: *Hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra* (Gen 1,26), y por eso les hace decir a sus gusanos: "Nosotros fuimos hechos por Dios en todo semejantes a El". Sin embargo, si hubiera comprendido la diferencia entre ser el hombre creado a imagen de Dios y serlo a su semejanza, y cómo se escribe haber dicho Dios: *Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza,* y haber Dios hecho al hombre a imagen suya, pero ya no a su semejanza, no nos hubiera hecho decir que "somos en todo semejantes a Dios". Tampoco decimos que nos estén sometidos los astros, pues la que se llama resurrección de los justos, que es entendida por los sabios, es comparada al sol, a la luna y a las estrellas por el Apóstol, que dice: *Una es la gloria del sol, otra la gloria de la luna y otra la gloria de las estrellas, pues una estrella difiere de otra en gloria. Así también la resurrección de los muertos* (1 Cor 15,41s). Y sobre lo mismo profetizó también antaño Daniel (12,3).

Dice también que decimos "estar todo ordenado para nuestro servicio". Acaso no oyó tal dicho de ningún hombre inteligente entre nosotros; acaso no tenga Celso idea de lo que se dice sobre que el mayor entre nosotros debe ser siervo de todos (Mt 20,26s; 23,11). Por otra parte, cuando los griegos dicen: "El sol y la noche sirven a los mortales" (Eurip.,

Phoen. 546; cf. *infra* IV 77), se alaba el dicho y se le dedican comentarios; pero si nosotros o no lo decimos o lo decimos en otro sentido, también en eso nos calumnia Celso. A nosotros, que, según él, somos gusanos, nos hacía decir Celso: "Puesto caso que algunos de entre nosotros pecan, Dios mismo vendrá a nosotros, o nos enviará a su Hijo, a fin de abrasar a los impíos, y que nosotros, las restantes ranas, gocemos con El de vida eterna". He aquí cómo ese venerable filósofo hace objeto de burla, risa y sarcasmo, como si fuera un charlatán, la doctrina acerca del juicio divino y del castigo de los inicuos y premio de los justos. Y pone por epílogo de sus improperios: "Más tolerable sería todo esto si se dijera entre gusanos y ranas que no lo que cuentan y entre sí discuten judíos y cristianos".

Pero nosotros no vamos a imitar a Celso diciendo cosas por el estilo de los filósofos que profesan conocer la naturaleza del universo, y que discuten entre sí acerca de la constitución del todo, y sobre la manera como tuvo origen el cielo y la tierra y cuanto hay en ellos; sobre si son las almas increadas y no hechas por Dios, aunque sea Dios quien las gobierna, y cambian de cuerpo, o si, infundidas juntamente con los cuerpos, perviven o no perviven a la muerte. Cabría, en efecto, hablar sin respeto y no creer en la sinceridad de los que se han consagrado a la investigación de la verdad, hacer chacota de ellos y desacreditarlos diciendo que son gusanos que se revuelven en el barro de la vida de los hombres, gentes que desconocen su propia medida y por ello sientan afirmaciones sobre temas tan difíciles como si los hubieran comprendido, y hablan muy seguros, como si las hubieran contemplado con sus ojos, sobre cosas que nadie puede intuir sin inspiración superior y poder divino. *Y es así que nadie entre los hombres conoce lo que es el hombre, sino el espíritu del hombre que está en él; así nadie conoce lo que es Dios, sino el espíritu de Dios* (1 Cor 2,11). Pero no estamos tan locos que comparemos con una reata de gusanos, o cosas semejantes, la profunda inteligencia (usamos la palabra en el sentido común) de hombres que no se ocupan en los asuntos del vulgo, sino en la búsqueda de la verdad. Y amadores que somos de la verdad, damos testimonio de que algunos filósofos griegos conocieron a Dios, *pues Dios mismo se les reveló, siquiera no lo reconocieran como a Dios ni le dieran gracias. Se desvanecieron en sus propios razonamientos y, proclamándose sabios, se tornaron necios, y cambiaron la gloria del Dios incorruptible por la semejanza*

de una imagen de un hombre corruptible, y hasta volátiles, cuadrúpedos y reptiles (Rom 1,19.21-23).

31. Elogio de las instituciones judaicas

Luego, para demostrar que judíos y cristianos no se diferencian en nada de los animales que ha enumerado, dice que "los judíos fueron esclavos fugitivos de Egipto, que jamás llevaron a cabo cosa digna de cuenta, gentes que jamás merecieron ni entrar en lista". Ya anteriormente (III 5-8) hemos dicho que los judíos no fueron esclavos fugitivos ni egipcios, sino hebreos que se asentaron en Egipto. Mas si Celso piensa que basta para demostrar que fueron gentes indignas ni aun de entrar en lista el hecho de que apenas si se hace mensión de su historia entre los griegos, le diremos que quien mire atentamente a su primitiva constitución y orden de sus leyes hallará haber sido hombres que ofrecieron sobre la tierra una sombra de la vida celeste. Entre ellos sólo se tenía por Dios al Dios supremo, y ningún fabricante de imágenes tenía derecho de ciudadanía [23]. Así, en su constitución, no se admitía a pintor ni escultor alguno, pues a todos estos artífices los rechazaba la ley, a fin de evitar toda ocasión de fabricar imágenes o estatuas, que seducen a los hombres ignorantes y los arrastran a desviar los ojos del alma, de Dios a la tierra. Había, pues, entre ellos una ley de este tenor: *No infrinjáis la ley, ni os forméis estatua alguna esculpida o imagen de hombre ni de mujer, ni figura de bestia alguna de las que se mueven sobre la tierra, ni figura de ave alguna alada de las que vuelan bajo el cielo, ni figura de reptil alguno de los que se arrastran sobre la tierra, ni figura de pez alguno de los que habitan las aguas bajo tierra* (Deut 4,16s). La intención de la ley era que miraran siempre a la verdad y no plasmaran imágenes irreales, que mentían al verdadero macho y a la verdadera hembra, o la naturaleza de las bestias o el género de volátiles, reptiles o peces. Venerable también y magnífico era este otro precepto: *No suceda que, levantando los ojos al cielo y viendo el sol y la luna y las estrellas, todo el ornamento del cielo, te extravíes y los adores y sirvas* (Deut 4,19). ¡Cuál sería la constitución de una nación entera en que no se permitía ni aparecer al afeminado! Es también de admirar que en su constitución se desterraba a

[23] Doctrina estoica; cf. VI 48; *Stoic vet. frag.* III 245-254.

las rameras, incentivo que son de la pasión de los jóvenes (Deut 23,1.17). Había también tribunales constituidos por los hombres más justos, que durante mucho tiempo hubieran dado pruebas de vida sana, a quienes se confiaban los juicios. Por su carácter puro y más que humano, se decía eran dioses, siguiendo una costumbre tradicional de los judíos (Ps 81,1; Ex 22,28). Y era de ver a una nación entera que profesaba la filosofía; y justamente para tener vagar y escuchar las leyes divinas se instituyeron entre ellos los llamados sábados y demás fiestas. ¿Y a qué hablar del orden de sus sacerdotes y sacrificios, que contienen símbolos sin número explicados por los eruditos?

32. Nada hay firme en la naturaleza humana

Sin embargo, como quiera que nada hay firme en la naturaleza humana, también aquella constitución tenía que degenerar y disolverse con el andar del tiempo. Mas la providencia, después que cambió lo que en su venerable doctrina necesitaba de cambio para adaptarlo universalmente, en vez de ella dio a los hombres creyentes de dondequiera la religión sagrada de Jesús. Este, dotado no sólo de inteligencia, sino también de naturaleza divina, echó por tierra la doctrina de los démones que se complacen en el incienso, en la sangre y en los perfumes que suben de la grasa (cf. III 28) y, a la manera de los titanes y gigantes míticos, impiden a los hombres pensar en Dios. Jesús, empero, sin dársele nada de las asechanzas de los que asechan principalmente a los mejores, estableció leyes, que llevan a la bienaventuranza a los que viven conforme a ellas. Y ya no tendrán que halagar en modo alguno a los démones por medio de sacrificios, sino que los despreciarán de todo en todo, fiados en el Logos de Dios, que ayuda a los que levantan sus ojos a Dios. Y como Dios quería que se impusiera en el mundo la doctrina de Jesús, nada pudieron los démones, y eso que no dejaron piedra por mover a fin de que no hubiera ya

·[1] Lo recuerda también Filón (*De gigantibus* 59): "Por eso desterró también de su república las célebres y elegantes artes de la pintura y escultura; pues, mintiendo la naturaleza de lo verdadero, fabrican engaños y sofismas que entran por los ojos de gentes fáciles de extraviar". Tácito (*Hist.* V) notó bien este rasgo del aniconismo de los judíos, y a este propósito, después de dislates mil, dice algo atinado: "Adoran los egipcios muchas efigies de animales y estatuas fabricadas por los hombres: los judíos, con sola la lumbre del entendimiento, adoran a un solo Dios. Tienen por profanos y excomulgados a los que forman y pintan a los dioses en figura humana y en materias mortales, porque dicen que aquella deidad suma, incorruptible y eterna, ni recibe mudanza, ni puede en manera alguna tener fin" (trad. de A. Carlos Coloma).

cristianos[25]. Y es así que azuzaron a los emperadores, al senado, a los gobernadores de las provincias y hasta a la chusma del pueblo, que no se daba cuenta de la irracional y malvada acción demónica contra la doctrina cristiana y sus seguidores.

Pero el Logos de Dios, más poderoso, aun impedido, que todas las cosas, tomando, como si dijéramos, por aliciente para crecer los mismos obstáculos que se le ponían, fue avanzando y ganando cada vez más almas[26]. Tal era, en efecto, la voluntad de Dios.

Aunque dicho por vía de digresión, todo nos parece necesario, pues queríamos responder a lo que dice Celso sobre los judíos, que habrían sido "esclavos fugitivos de Egipto" y que, hombres queridos de Dios, "nada habrían llevado a cabo digno de cuenta". Mas también a lo otro de que "no merecían ni entrar en lista", decimos que, retirándose *como raza escogida y regio sacerdocio* (1 Petr 2,9) y evitando el trato del vulgo a fin de no contaminar sus costumbres, eran protegidos por el poder divino. No ambicionaban, como la mayor parte de los hombres, anexionarse otros reinos, ni tampoco estaban tan abandonados que, por su pequeñez, fueran fácil presa de extraños y perecieran de todo en todo. Y así aconteció mientras fueron dignos de la protección divina. Mas cuando, al pecar la nación entera, fue menester convertirlos a su Dios por medio de calamidades, eran abandonados unas veces por más, otras por menos tiempo, hasta que, bajo la dominación romana, en castigo del más grande de los pecados, que fue haber dado muerte a Jesús, han quedado completamente abandonados.

33. Poder mágico de los nombres de los patriarcas

Seguidamente ataca Celso lo que se cuenta en el libro primero de Moisés, que se titula el Génesis, y dice que "los judíos intentaron, descaradamente[27], remontar su genealogía a la primera casta de hechiceros y embusteros, fundándose en ciertas voces oscuras y ambiguas, envueltas en no sé qué tinieblas, que ellos explican a gentes ignorantes e insensatas; y eso que jamás, en tanto tiempo pasado, se pretendió semejante cosa". Paréceme que aquí expresó Celso muy oscu-

[25] Parece como si estas palabras de Orígenes reprodujeran el tenor lacónico y terrible del *Institutum Neronianum;* así se explicaría el *meketi*, que no parece tener punto de referencia.

[26] Cf. TERTULL., *Apol.* 50: *Semen est sanguis christianorum.*

[27] ὡς M: ἀναισχύντως K. tr. (cf. IV 34-35)

ramente su pensamiento. Y es probable que, en este punto, la oscuridad fue buscada adrede, pues vio ser muy fuerte el argumento que prueba que el pueblo judío desciende de tales antepasados. Por otra parte, no quiso dar la impresión de ignorancia en asunto tan importante acerca de los judíos y su nación. Y es, efectivamente, claro que los judíos traen su genealogía de los tres patriarcas Abrahán, Isaac y Jacob; estos nombres, unidos al de Dios, tienen tanta fuerza, que no sólo los de la nación usan en sus oraciones a Dios y en los conjuros de démones la fórmula: "El Dios de Abrahán y el Dios de Isaac y el Dios de Jacob", sino también casi todos los que tratan esta materia de las encantaciones mágicas (cf. I 22.24; V 45). Se encuentra, en efecto, a menudo en los tratados de magia esta invocación de Dios, y, en los conjuros contra los démones, al de los patriarcas se junta el nombre de Dios, como familiar suyo que se lo supone. Ahora bien, paréceme que Celso no ignoró del todo esto que judíos y cristianos alegan para probar que Abrahán, Isaac y Jacob, padres del pueblo judío, fueron hombres santos, pero no lo quiso exponer claramente por no sentirse capaz de rebatir ese argumento.

34. Se argumenta por el poder mágico

Preguntamos, en efecto, a todos los que se valen de esas invocaciones de Dios: Decidnos, amigos, ¿quién fue Abrahán, qué grandeza hubo en Isaac, qué virtud en Jacob, para que el nombre de Dios, unido con los nombres de ellos, obre tales milagros? ¿Y de quiénes aprendisteis, o podéis aprender, lo que aquellos hombres llevaron a cabo? ¿Quién se ocupó en escribir la historia de ellos, ora exalte directamente a aquellos hombres por sus misteriosos poderes, ora dé a entender por secretas alusiones algo grande y maravilloso para quienes son capaces de contemplarlo? Y como nadie, en respuesta a nuestras preguntas, podrá presentar historia alguna de griegos o bárbaros, y si no historia, algún escrito místico, como fuente de lo que se cuenta de estos hombres, nosotros alegaremos el libro llamado Génesis, en que se contienen los hechos de aquellos hombres y los oráculos que Dios les dirigiera. Y ahora preguntamos: El hecho de que también vosotros toméis los nombres de esos tres progenitores del pueblo judío, pues sabéis por experiencia que por su invocación se realizan no despreciables cosas, ¿no prueba el carácter divino de los mismos? Ahora bien, a esos hom-

bres sólo los conocemos por los libros sagrados de los judíos. Es más, también se nombra a menudo contra démones u otros poderes malignos "el Dios de Israel", o "el Dios de los hebreos", o "el Dios que ahogó en el mar Rojo al rey de los egipcios y a los egipcios". Ahora bien, la historia de todo eso que se nombra y la interpretación de los nombres la sabemos por los hebreos, que, en sus letras y lengua patria, lo exaltan y explican. ¿Cómo, pues, decir que los judíos, al intentar [28] remontarse en su genealogía al tronco primero de aquellos hombres que Celso supone haber sido "hechiceros y embusteros", desvergonzadamente intentan referirse a sí mismos y sus orígenes a ellos? El hecho de que sus nombres sean hebraicos atestigua a los hebreos, cuyos libros sagrados están en lengua y caracteres hebraicos, que su pueblo pertenece a la familia de aquellos hombres. Y es así que, hasta hoy día, los nombres judíos, que llevan el cuño de la lengua hebrea, o están tomados de sus propios libros o, simplemente, de cosas significadas por la lengua hebrea.

35. Celso elude la demostración de lo que dice

El lector del escrito de Celso puede ver si lo que sigue no alude también a esto: "E intentaron remontar su genealogía hasta el tronco primero de hechiceros y embaucadores, fundándose en voces oscuras y ambiguas y como envueltas en tinieblas". Oscuros, en efecto, son estos nombres y no están a la luz y alcance del vulgo; mas para nosotros no son ambiguos, aun cuando los tomen gentes ajenas a nuestra religión; lo que ignoro es por qué Celso, que no explica su ambigüedad, los rechaza sin más. La verdad es que, si quería rebatir razonablemente la que él tenía por desvergonzadísima genealogía de los judíos, que blasonan de Abrahán y sus descendientes, su deber era exponer el tema en su integridad; y luego refutar valientemente, por la verdad tal como él la viera y por los argumentos en su favor, lo que a su tesis se opusiera. Mas ni Celso ni otro alguno que se proponga explicar la naturaleza de los nombres invocados para obrar milagros será capaz de dar razón exacta de ellos, ni menos demostrar que fueron despreciables hombres cuyos solos nombres son poderosos no sólo entre los de la propia nación, sino también entre los extraños.

A Celso cumplía también mostrar cómo nosotros malinterpretamos esos nombres a ignorantes y estúpidos, y enga-

[28] ταῦτ' ἐπιχειρησαητες M: ἅτε ἐπιχειρήσαντες K. tr.

ñamos así (como él se imagina) a quienes nos oyen; él, empero, que se ufana de no ser ni ignorante ni estúpido, daría su verdadera interpretación. Añadió, sin embargo, acerca de estos nombres, de los que traen los judíos su ascendencia, que "jamás, en tan largo tiempo pasado, hubo discusión alguna sobre ellos; ahora, empero, litigan los judíos sobre ellos contra algunos" (que Celso no especifica). Haga ver el que quiera quiénes son esos que reclaman, con algún viso de probabilidad, contra los judíos, en el sentido de no ser exacto lo que judíos y cristianos cuentan acerca de quienes llevan esos nombres, y de que hay otros que los explican con la más alta sabiduría y verdad. Por nuestra parte, estamos persuadidos de que nadie podrá hacer ver cosa semejante, pues es patente haberse tomado esos nombres del hebreo, que sólo entre judíos se usa.

36. La historia del estado primitivo del hombre

Luego cuenta Celso ciertas historias que no tienen que ver con la palabra divina, acerca de gentes que reclamaron para sí antigüedad, como los atenienses, egipcios, árcades y frigios, y de quienes dicen haber nacido entre ellos algunos de la tierra (cf. I 37), y en prueba de ello aduce sus argumentos, y viene a parar a lo que sigue: "Los judíos, acurrucados allá en un rincón de Palestina (cf. VI 78), gentes de todo punto ignaras, que no oyeron que eso fue de antiguo cantado por Hesíodo y otros varones incontables, divinamente inspirados, compusieron la leyenda más absurda y sin gracia de cierto hombre plasmado por mano de Dios y por éste insuflado, y de una mujer sacada del costado del hombre; Dios habría dado sus mandatos, pero una serpiente se habría opuesto a ellos, y habría podido más la serpiente que los mandatos de Dios; puro cuento de viejas, en que presentan, con la mayor impiedad, a Dios ya desde el principio como un impotente, incapaz de convencer ni a un hombre solo al que acababa de plasmar". Este eruditísimo y sapientísimo Celso, que no se cansa de echar en cara a judíos y cristianos su ignorancia e incultura, pone aquí muy bien de manifiesto la puntual manera como entendía los tiempos en que floreciera cada escritor, griego o bárbaro. Así se imagina que Hesíodo y otros innumerables, a los que llama "varones divinamente inspirados", fueron más antiguos que Moisés y sus escritos, cuando se demuestra que Moisés fue anterior con mucho a la guerra de

Troya (cf. IV 21). No fueron, pues, los judíos los que compusieron la leyenda más absurda y sin gracia acerca del hombre nacido de la tierra, sino los hombres, según Celso, divinamente inspirados, Hesíodo y los otros incontables, los que no se enteraron ni oyeron tradiciones mucho más antiguas y venerables de Palestina y escribieron sobre los orígenes aquellas historias, Eeas y Teogonias. Son los que, en sus mitos, atribuyen nacimiento y mil otros absurdos a los dioses (con razón los expulsa Platón de su *República* [*Pol.* 379cd], como corruptores de los jóvenes, a Homero y a los que componen tales poemas)[29]. Por cierto que Platón no pensó fueran divinos hombres que tales poemas nos dejaron. Pero Celso, epicúreo (si es éste el que escribió también otros dos libros contra los cristianos), juez más competente que Platón, es probable que por solo tema contra nosotros llamara divinamente inspirados a quienes no tenía por tales.

37. Antropomorfismo innocuo

Nos echa en cara Celso que nos inventemos "un hombre plasmado por manos de Dios". Pero el libro del Génesis no menciona las manos de Dios ni en la creación, ni en la plasmación del hombre. Job y David sí dicen: *Tus manos me crearon y plasmaron* (Iob 10,8; Ps 118,73). Mucho habría que decir para explicar el pensamiento de los que esto dijeron, no sólo sobre la diferencia entre crear y plasmar, sino también acerca de las manos de Dios. Los que no entienden qué significan esas y otras expresiones semejantes de las Escrituras divinas se imaginan que atribuimos al Dios supremo figura semejante a la humana. Según ellos, sería consecuente pensar que tiene Dios cuerpo alado; pues, literalmente entendidas, nuestras Escrituras dicen también eso de Dios (Ex 19,4 *et alibi*). El tema presente no pide que entremos en la interpretación de este punto, más que más que lo estudiamos de propósito en nuestros comentarios al Génesis.

[29] Wifstrand (Bull. Soc. Roy. Lund [1939] 28) considera esta frase como glosa marginal que rompe la conexión. Como quiera que sea, la expulsión de Homero de la república platónica es caso memorable en la historia del espíritu. He aquí unas palabras de un padre de la Iglesia que ponen bien de relieve la íntima contradicción, que sintió también Platón, al decretar su famosa expulsión: "¿Qué hay de más agradable que la poesía de Homero? ¿Qué más dulce que su suave dicción? Y, sin embargo, el mejor de los filósofos (entendéis, me figuro, al hijo de Aristón), tras ungirlo con aromas, como hacen las mujeres con las golondrinas, lo expulsó de la ciudad por él construida, motejándolo de maestro de intemperancia e impiedad. Enseña, en efecto, dice, a los jóvenes a blasfemar de los dioses, les expone perniciosas opiniones acerca de ellos y, tiernos que son aún, les inyecta enseñanzas malas y corrompidas" (THEODORET., *Sermo* 2 *De principio*). Platón, al expulsar a Homero, fue un teorizante; su corazón siguió sin duda amándolo, prisionero del hechizo inextinto de su poesía, vencedora de toda teoría, antigua o moderna.

De ver es, además, en lo que sigue, la malignidad de Celso. Dice nuestra Escritura en la plasmación del hombre: *E inspiróle en el rostro un hálito de vida, y quedó hecho el hombre alma viviente* (Gen 2,7); mas él, con intento maligno de burlarse de la frase: *inspiróle en el rostro hálito de vida,* cuyo sentido no entendió siquiera, escribió: "Se inventaron un hombre plasmado por manos de Dios, al que éste insufló". De este modo, imaginando que el insuflar de Dios se parecía al hinchar soplando unos botos, se hacía chacota del dicho bíblico: "inspiró sobre su rostro hálito de vida". Dicho tropológico, que requiere explicación en el sentido de que Dios hizo al hombre partícipe de su espíritu inmortal, por lo que se dice también: *Tu espíritu incorruptible está en todas las cosas* (Sap 12,1).

38. La creación de la mujer en Moisés y en Hesíodo

Luego, terne en su propósito de desacreditar la Escritura, hizo también burla de este pasaje: *Envió Dios sobre Adán un profundo sueño y, mientras dormía, le tomó una de sus costillas, y llenó de carne el vacío; luego, de la costilla que tomó a Adán formó una mujer,* etc. (Gen 2,21). Celso no citó el texto mismo, que basta para hacer ver a quien lo oiga estar dicho alegóricamente. Mas él no quiso dar a entender que se tratara de una alegoría, por más que, más adelante (IV 89), dice que "los más moderados entre judíos y cristianos, avergonzados de estos mitos, tratan de explicarlos, como pueden, alegóricamente". Pero cabe preguntarle: ¿Conque es bien interpretar alegóricamente lo que ese tu Hesíodo, divinamente inspirado, dijo en forma mítica acerca de la mujer, que habría sido dada por Zeus a los hombres como una calamidad por precio del fuego (HESIOD., *Erga* 57), y te parece, en cambio, carecer de todo sentido razonable y de todo misterio lo que se cuenta de la mujer tomada de la costilla de Adán profundamente dormido y formada de ella por Dios?

Mas no es proceder razonable no reírse, como de un mito, de lo que cuenta Hesíodo, sino que se lo admira como filosofía míticamente velada, y burlarse, en cambio, a moco tendido, sin más apoyo que el texto literal, del relato bíblico, al que no se concede[30] sentido superior alguno. Porque si hay que reírse, por el solo tenor literal, de lo que se dice

[30] ἔσεσθαι M: ἔχεσθαι K. tr.

con sentido oculto, mira si no merece más risa Hesíodo, hombre, como tú dices, divinamente inspirado, cuando escribe lo que sigue:

"Irritado, Zeus le dijo, el que nubes amontona:
Hijo de Jápeto, que a todos en tus trazas aventajas,
te alegras de que el fuego me has robado
y engañado me has, para desastre grande
tuyo y de cuantos adelante fueren.
A ellos yo les daré, en lugar del fuego,
un mal en que ellos todos se complazcan,
y de puro placer su daño abracen.
Así dijo y calló
el padre de los hombres y los dioses,
y a Efesto, ilustre artífice, mandóle que al instante
agua y tierra mezclara,
y en la mezcla pusiera voz humana, y fuerza viva
y un rostro que a los dioses inmortales se asemeje,
rostro bello y amable de una virgen. Luego a Atena,
que labores le enseñe, y un tejido
de mil varios adornos tejer sepa, y Afrodita, diosa de oro,
en la bella cabeza vierta gracia,
y el terrible deseo y los cuidados
que los miembros devoran. Orden Hermes,
el guía, que aparece entre esplendores,
recibió de infundirle desvergüenza, cual de perro,
y tendencia al embuste. Así les dijo, y a Zeus todos,
señor, hijo de Cronos, obedecen.
Al punto de la tierra plasmó Efesto,
el artífice ilustre,
la imagen de una virgen pudibunda,
por designio de Zeus, hijo de Cronos; luego Atena,
la de ojos de lechuza, fue a ceñirla y adornarla;
las gracias, altas diosas, y la augusta Pito,
su cuello circuyeron de áureas joyas, y las horas,
de hermosa cabellera, una guirnalda en su cabeza,
flores de primavera, le pusieron. Todo ornato,
a su cuerpo ajustó Palas Atena, y en su pecho,
el guía que aparece entre esplendores,
mentiras le metió y palabras dulces
y tendencia al embuste; por designios
de Zeus altitonante, voz humana
el mensajero de los dioses infundióle, y ya por nombre
a esta mujer llamó Pandora,

porque todos / los que habitan olímpicos palacios
hiciéronle presentes de sus dones, gran desastre
para los hombres industriosos".

(Hesiod., *Erga* 53-82.)

Y a la vista salta la ridiculez de lo que se dice del tonel:

"Pues el género humano vivía antes en la tierra,
sin males, sin trabajo doloroso,
sin las graves dolencias, que la muerte
acarrean al hombre; mas las manos
de la mujer quitaron la gran tapa
del tonel, salió todo y a los hombres
calamidades mil así les trajo.
Sola allí la esperanza quedó dentro
de la no rota estancia, ya en los labios
del tonel, sin que afuera ya volara; pues, punto antes,
la gran tapa otra vez echóle encima".

(*Erga* 90-98.)

A quien reverentemente alegorice estos versos, ora sea acertada la alegoría, ora no, le diremos: ¿Conque sólo a los griegos les es lícito filosofar con sentido oculto, y hasta a los egipcios, y a cuantos de entre los no griegos blasonan de la verdad de sus misterios? ¿Conque solos los judíos, su legislador y sus escritores te han parecido ser el trasunto de la estolidez entre los hombres? ¿Conque sólo esta nación crees no haber tenido parte alguna en el poder de Dios, siendo así que tan magníficamente fue enseñada a remontarse a la naturaleza increada de Dios, a mirarle a El solo y a poner en El solo sus esperanzas?

39. Un mito platónico

Celso hace también comedia de la serpiente, "que se opone a los mandatos que da Dios al hombre", imaginando ser el relato bíblico cuento parecido a los que se transmiten las viejas; pero no nombra, de propósito, el paraíso que se dice haber plantado Dios en Edén, hacia oriente, y cómo luego hizo brotar de la tierra todo árbol hermoso a la vista y sabroso para comer, señaladamente el árbol de la vida en medio del paraíso y el árbol de la ciencia del bien y del mal (Gen 2,8-9). Tampoco dice palabra acerca de lo que se cuenta sobre estas cosas, capaces por sí solas de convencer al que con

buena voluntad leyere que todo esto debe entenderse, sin menoscabo de la reverencia, tropológicamente. En prueba de lo cual, vamos a comparar lo que en el *Banquete*, de Platón, dice Sócrates sobre el Eros, y que se pone en boca de él por ser el más importante de los interlocutores del *Symposion*. He aquí el texto de Platón:

"Cuando nació Afrodita, celebraron los dioses un banquete, al que, entre otros, asistió Poros, hijo de Metis. Ya que hubieron comido, llegó, al sabor de la fiesta, Penía, que era una mendiga, y se quedó a la puerta. Así, pues, Poros (ebrio de néctar, pues no existía aún el vino) se entró en el huerto de Zeus y allí cogió un pesado sueño. Penía entonces, aguijada por su pobreza, trazó manera de tener un hijo de Poros, se acostó a su lado y concibió a Eros. De ahí que Eros vino a ser acompañante de Afrodita, como engendrado en su natalicio y por ser, a par, amante de lo bello, pues también Afrodita es bella. Así, como hijo de Poros y Penía, la condición de Eros es primeramente ser pobre; y mucho dista de ser delicado y hermoso, como se imagina el vulgo. No, Eros es duro y áspero, anda los pies descalzos, no tiene casa, se tiende siempre en el suelo, sin lecho, durmiendo en puertas y caminos a la intemperie. Como tira a la naturaleza de su madre, vive siempre en indigencia. Pero, por la de su padre, conspira a lo bueno y hermoso, es valiente, audaz y constante; experto cazador, eterno trazador de nuevos ardides; es enamorado y dador de inteligencia; filósofo de por vida, encantador terrible, hechicero y sofista. No es por naturaleza ni mortal ni inmortal, sino que, el mismo día, unas veces prospera y vive, cuando se ve en abundancia; otras se muere y, por lo que tiene de su padre, revive de nuevo. Todo lo que adquiere, se le escurre siempre, de suerte que Eros ni está nunca indigente ni es tampoco rico. E igualmente se halla entre sabiduría e ignorancia" (PLAT., *Symp*. 203bc).

Ahora, pues, los que esto leyeran, si les da por imitar la malignidad de Celso—¡lo que Dios no permita entre cristianos!— tomarán a chacota este mito y se mofarán de aquel gran filósofo que fue Platón. Pero si, examinando filosóficamente lo que se dice en forma de mito, logran descubrir el pensamiento de Platón, no podrán menos de admirar la manera como supo ocultar en forma de mito, por razón del vulgo, grandes verdades tal como él las veía, y decirlas, a par, como era menester para quienes fueran capaces de descubrir por los mitos la verdad que en ellos quiso

poner su autor. Ahora bien, he querido traer aquí este mito de Platón, pues parece que el huerto de Zeus de que habla tiene alguna semejanza con el paraíso de Dios, y la Penía del uno puede compararse con la serpiente del otro, y Poros asediado por Penía, con el hombre asediado por la serpiente. Lo que no resulta claro es si a Platón se le ocurrió todo eso por azar o, como piensan algunos (CLEM. ALEX., *Strom.* 1,66,3), tratando en su viaje a Egipto con quienes explicaban también filosóficamente las creencias judaicas, aprendió algo de ellos, y unas cosas conservó, otras modificó, temeroso de ofender a los griegos si de todo punto mantenía la sabiduría de los judíos, gentes mal acreditadas entre el vulgo por lo extraño de sus leyes y lo original de su constitución política. Como quiera que sea, no es éste el momento de exponer ni el mito de Platón ni lo que atañe a la serpiente y al paraíso de Dios y cuanto se escribe haber acontecido en él. En los comentarios al Génesis tratamos de todo ello, como tema principal, según nuestros alcances.

40 Adán, el hombre

Afirma además Celso que "el relato de Moisés presenta con la mayor impiedad a Dios como un impotente desde el principio, incapaz de persuadir ni a un solo hombre, a quien El había plasmado". A esto decimos que habla Celso como si alguien acusara a Dios de la existencia del mal, que no habría sido capaz de impedir ni en un solo hombre, de suerte que hubiera nacido alguien que desde el principio no hubiera conocido el mal (cf. IV 3). Los que en este punto tienen interés en defender a la providencia, lo hacen con no escasos ni desdeñables argumentos; y de modo semejante filosofarán sobre Adán y su pecado los que saben que, en griego, Adán equivale a *anthropos* (hombre), y, cuando Moisés parece tratar de Adán, habla en realidad de la naturaleza humana. Y es así que, como dice la palabra divina, *en Adán mueren todos* (1 Cor 15,22), *y todos fueron condenados a semejanza de la transgresión de Adán* (Rom 5,15); textos en que la palabra divina no tanto habla de un individuo cuanto de todo el linaje. Así, en la serie de cosas que se dicen como si se tratara de uno solo (Gen 3,17-19), la maldición de Adán alcanza a todos; y lo que se dice contra la mujer, no hay ninguna sobre la que no se diga. En cuanto al hombre, arrojado juntamente con la mujer del paraíso, vestido con aquella túnica de pieles que les hizo Dios después de la transgresión, tiene un sentido

secreto y misterioso, muy superior al de Platón, cuando presenta al alma que pierde sus alas y cae a la tierra hasta que da con algo sólido (PLAT., *Phaidr.* 246bc; cf. *infra* VI 43).

41. El arca de Noé

Seguidamente dice: "Luego nos vienen con no sé qué diluvio y un arca prodigiosa, que lo encerraba todo, y de una paloma y un cuervo, como mensajeros, con lo que desfiguran y corrompen la historia de Deucalión [31]. Y es que (a lo que me imagino) no esperaban realmente que esto saldría a pública luz, sino que eran cuentos para niños pequeños". También aquí es de ver el odio, indigno de un filósofo, que profesa este hombre a la Escritura antiquísima de los judíos. Porque nada tenía que decir contra la historia del diluvio, ni cayó en la cuenta de lo que cabía objetar contra el arca y sus medidas; porque, si nos atenemos a la opinión corriente que supone haber sido el arca 300 codos de larga, 50 de ancha y 30 de alta, no era posible decir que cupieran en ella los animales de la tierra, catorce de cada especie pura y cuatro de impuros. Celso se contentó con decir ser "un arca prodigiosa que lo encerraba todo dentro". Pero ¿qué tiene de prodigioso un arca, que se dice haber sido fabricada en cien años, y era de 300 codos de larga, de 50 de ancha, hasta que los 30 codos de alta acababan en un solo codo de largura y anchura? ¿No era más maravillosa aquella construcción en que se parecía a una ciudad grandísima? Si elevamos las medidas al cuadrado, resulta que la base tuvo 90.000 codos de largo y 2.500 de ancho. ¿Cómo no admirar el plan al hacerla tan compacta y capaz de soportar una tormenta como la que trajo el diluvio? Porque no estaba calafateada de pez ni de otra materia semejante, sino de una fuerte capa de asfalto. ¿Cómo no admirar que, por providencia de Dios, se introdujeran en ella supervivientes de toda especie, para que la tierra recibiera otra vez semillas de todos los animales, y que Dios se valiera del hombre más justo, que había de ser padre de los que vendrían después del diluvio?

[31] El mito de Deucalión es una versión griega del diluvio. El y Pirra, su mujer, se salvan en un arca de madera. El arca se posó después de nueve días sobre el monte Parnaso. Deucalión preguntó al oráculo de Temis, en Delfos, cómo repoblar la tierra, y se le respondió que Pirra y él arrojaran a sus espaldas los huesos de su madre. Entendieron que la madre era la tierra, y los huesos las piedras, y las que tiraba Deucalión se convertían en hombres, y la de Pirra en mujeres. Sobre la identificación de Noé y Deucalión, cf. *infra* 4,11; PHIL., *De praem. et poenis* 23; IUSTIN., II *Apol.* 7,2; THEOPIL., *Ad Aut.* III 19.

42. La paloma y el cuervo

Saca a relucir también Celso lo que se cuenta de la paloma, sin duda para dar la impresión de haber leído el libro del Génesis, sin poder decir palabra para demostrar que se trata de algo inventado. Luego, siguiendo su costumbre de mudar ridículamente los textos de la Escritura, transforma al cuervo en corneja, y opina que, al escribir esto Moisés, no hizo sino corromper lo que los griegos cuentan de Deucalión; si no es que piensa que ni siquiera es de Moisés ese escrito, sino de varios otros; esto, por lo menos, da a entender la frase: "falsificando y corrompiendo la historia de Deucalión"; y estotra: "Porque no esperaban, a lo que pienso, que todo esto saldría a pública luz". Mas ¿cómo imaginar que quienes daban sus escritos a una nación entera no esperaran que saldrían un día a pública luz? ¡Ellos que, por añadidura, profetizaron que esta religión se predicaría a todas las naciones! Y cuando Jesús dice a los judíos: *Os será quitado el reino de Dios y será dado a un pueblo que dará los frutos de él* (Mt 21,43), ¿qué otra cosa disponía sino sacar El mismo a luz, por divina virtud, la Escritura de los judíos, que contiene los misterios del reino de Dios? Notemos, en fin, que cuando leen las teogonías de los griegos y sus mitos sobre los doce dioses, los realzan por la interpretación alegórica; mas, cuando quieren burlarse de lo nuestro, dicen por las buenas tratarse de cuentos para chiquillos.

43. Alusiones bíblicas varias

Habla también de una generación absurdísima de hijos y fuera de "sazón", y, aunque no los nombra, es evidente que se refiere a la de Abrahán y Sara (Gen 21,1-7). Aludiendo también a las "insidias entre hermanos", se refiere sin duda a las de Caín contra Abel o, además de éstas, a las de Esaú contra Jacob (4,8; 25,29-34; 27,18-29). "La tristeza del padre" acaso sea la de Isaac por el viaje de Jacob, o la de éste por la venta de José en Egipto (28,1-5; 37,33-35). Al escribir de los "ardides de las madres", pienso que significa a Rebeca, que se las arregló para que las bendiciones de Isaac recayeran sobre Jacob, y no sobre Esaú (27,5-17). Ahora bien, si nosotros afirmamos que con todos éstos tuvo Dios la más íntima familiaridad o trato, ¿qué hay de absurdo en ello para quienes estamos persuadidos de que jamás se aparta su divinidad de quienes a El se consagran con una vida santa y constante? Se mofó también de "la riqueza

que hizo Jacob en casa de Labán", por no entender a qué se refiere aquello de "las ovejas no señaladas eran de Labán, y las señaladas de Jacob" (30,43). Y añade: "Dios regaló a sus hijos con asnillos, ovejas y camellos". Y es que no vio que *todas estas cosas les acontecían a ellos figuradamente, y fueron escritas por causa de nosotros, que hemos alcanzado el fin de los tiempos* (1 Cor 10,11). Entre nosotros, las varias naciones que han recibido la señal, gozan de la ciudadanía del Logos de Dios, dadas que fueron en posesión al que figuradamente es llamado Jacob. Y es así que lo que se escribe de Labán y Jacob aludía a los que habían de creer en El de entre las naciones.

44. La interpretación alegórica, justificada por el ejemplo de San Pablo

Muy lejos del sentido de la Escritura, sigue diciendo Celso que "Dios dio también pozos a los justos". Porque no se percató que los justos no construyen cisternas, sino que cavan pozos, pues tratan de encontrar la fuente interna y el hontanar de los buenos refrigerios (PLAT., *Phaidr.* 243d), como quienes toman figuradamente el precepto que dice: *Bebe las aguas de tu propio aljibe, y de los manantiales de tus pozos; el agua de tu fuente no se derrame por fuera, ni tus arroyos por las calles. Sé tu solo el dueño de ellas, y no entren a la parte contigo los extraños* (Prov 5,15-17). Y es de notar que, en muchas partes, la palabra divina se vale de historias reales y las dejó escritas para presentar verdades superiores, veladamente indicadas; tales son esas de los pozos, las de los casamientos y diversas uniones de los justos. En momento más oportuno, el que escriba comentarios sobre ellas tratará de ponerlas en claro. Ahora bien, que también en tierra de filisteos construyeron pozos los justos, como se escribe en el Génesis (26,15ss), pónese de manifiesto por los maravillosos que ahora se muestran en Ascalón, dignos de visitarse por lo extraño de su construcción, muy distinta de la de los otros pozos. Y que las esposas y criadas hayan de interpretarse alegóricamente, no lo enseñamos nosotros de nuestra cosecha, sino que lo hemos recibido de hombres sabios que nos han precedido. Uno de éstos, incitando a sus oyentes a la interpretación tropológica, dijo así: *Decidme los que leéis la ley, ¿es que no oís la ley misma? Está, en efecto, escrito que Abrahán tuvo dos hijos, uno de la esclava y otro de la libre. Pero el de*

la esclava nació según la carne, y el de la libre en virtud de la promesa. Lo cual está dicho alegóricamente. Se trata de los dos testamentos; uno del monte Sinaí, que engendra para servidumbre,.que es Agar. Y poco después: *Mas la Jerusalén,* dice, *de arriba es libre, y ella es madre nuestra* (Gal 4,21ss). El que tenga gusto en ello, eche mano de la carta a los Gálatas, y verá cómo se interpretan alegóricamente los casamientos y uniones con esclavas; por donde se ve que la palabra divina no quiere que imitemos las acciones tenidas por corporales de quienes eso hicieron, sino las que suelen llamar los discípulos de Jesús espirituales.

45. Las hijas de Lot

Deber fuera de Celso loar la sinceridad de los autores de las Escrituras divinas, que no ocultaron ni aun lo inhonesto y, por ese argumento, moverse a creer que tampoco es inventado lo que dicen sobre las cosas más maravillosas; pero el hombre hace todo lo contrario. Y así, sin haber examinado la historia de Lot y sus hijas en su sentido literal ni averiguado el que pueda tener anagógicamente, dijo que eran "cosas más abominables que las abominaciones de Tiestes" [32]. Ahora bien, no es necesario que de momento digamos lo que tiene el pasaje de tropológico, ni qué signifique Sodoma y lo que los ángeles dicen al que se salva de ella: *No mires atrás en torno tuyo, ni te pares en todo el contorno; sálvate en el monte, no sea que tú también quedes envuelto en el desastre* (Gen 19,17). Dejamos a un lado explicar quién fue Lot, quién su mujer, convertida en estatua de sal por haber mirado atrás, y quiénes sus hijas, que emborracharon a su padre para ser por él madres. Sin embargo, siquiera brevemente, vamos a suavizar lo que la historia tiene de escandaloso.

Los griegos mismos inquirieron la naturaleza de lo bueno, lo malo y lo indiferente. Los que de entre ellos mejor acertaron, ponen el bien y el mal en la sola deliberación de la voluntad, y afirman ser propiamente indiferente lo que se demuestra ser ajeno al propósito de la voluntad; ésta, por su parte, es laudable cuando se vale como debe de lo indiferente; reprensible, cuando lo hace indebidamente. Ahora bien, tratando el tema de lo indiferente, dijeron que, en ri-

[32] Tiestes fue hermano de Atreo, padre éste de los famosos Atridas homéricos, Agamemnón y Menelao. Los horrores o abominaciones de Tiestes (que son de especie varia) pueden verse en cualquier mitología. Aquí serían largos de contar. Lo de notar es cómo Celso lee la Biblia con ojos míticos, es decir, impregnados de mitología.

gor, unirse un padre con su hija es cosa indiferente, siquiera no deba hacerse en sociedades bien ordenadas. Y para demostrar la indiferencia de tal acción, sientan la hipótesis de que, destruido todo el género humano, se quedara solo en el mundo el sabio con su hija. Y ahora inquieren si, lícitamente, podrá el padre tener comercio carnal con su hija para que no perezca, en la hipótesis sentada, todo el género humano. Ahora bien, si esto se da por doctrina sana entre los griegos, y la defiende una escuela nada despreciable entre ellos como son los estoicos[33], ¿serán inferiores al sabio que lícitamente se une con su hija en la hipótesis de los estoicos de la destrucción de todos los hombres, unas chicuelas que sabían algo, pero no claramente, acerca de la conflagración del mundo, que habían visto cómo el fuego destruía su propia ciudad y comarca, y suponían que la supervivencia del género humano dependía de su padre y de ellas, y quisieron, por esa suposición, que se conservara el mundo? No ignoro que algunos se han escandalizado de esta determinación de las hijas de Lot y han condenado por impío su hecho; y, como de uniones impías, dicen haber nacido razas malditas, como son las de los moabitas y ammonitas. Y, a decir verdad, no se ve que la divina Escritura apruebe por bueno el hecho, ni tampoco que lo condene o reprenda. Como quiera que ello sea, cabe interpretarlo figuradamente, y puede también hasta cierto punto defenderse en sí mismo.

46. José y Belerofonte

Alude también Celso a cierto "odio", que me figuro ser el de Esaú contra Jacob (Gen 27,41-45); aquel Esaú que la Escritura nos representa como hombre malo. Y aunque no expone con claridad la historia de Simeón y Leví, que vengaron el agravio de su hermana, violada por el hijo del rey de Siquén (34,2.25-31), los hace objeto de sus acusaciones. "Los hermanos que venden" son los hijos de Jacob, y "el hermano vendido" es José; el "padre engañado" se refiere a Jacob, quien, sin sospechar nada de sus hijos cuando le mostraron la túnica de varios colores de José, los creyó y comenzó a llorarlo por muerto, siendo así que estaba esclavo en Egipto (37,26-36). Y es de ver la manera como Celso, llevado de odio y no de amor a la verdad, ha ido seleccionando los casos. Donde la historia le pareció ofrecer algún asidero a la crítica, ahí se agarró, mas donde se ostenta una

[33] Se trata, en efecto, de doctrina estoica; cf. *Stoic. vet. fragm.* III 743-756.

castidad memorable, como la de José, que no cede a la pasión de la que pasaba por su señora, ni ante sus ruegos, ni ante sus amenazas (39,7-12), de eso ni palabra. Ahí, en efecto, pudiéramos ver a José que supera lo que se cuenta de Belerofonte (*Illiada* 6,155-195), que prefirió ser echado a la cárcel antes que perder su castidad [34]. Y aunque pudiera haberse defendido y justificado contra su acusadora, calló magnánimamente, encomendando su causa a Dios.

47. Prosigue la historia de José en Egipto

Luego, de paso y muy oscuramente, hace Celso mención de los sueños del copero y panadero mayores y del faraón, y de su solución, de la que resultó que el faraón sacara de la cárcel a José y le concediera el segundo puesto entre los egipcios (Gen 40-41). Mas ¿qué tiene de absurdo esa historia, aun tomada en sí misma, para traerla a cuento como capítulo de acusación? ¡El, que tituló *Discurso de la verdad* un discurso que no expone verdad alguna, sino que se reduce a acumular acusaciones contra cristianos y judíos! "Y a los hermanos que lo vendieron y que con ocasión de un hambre fueron enviados a negociar con sus asnos", dice Celso que "les concedió gracia el vendido y les hizo cosas" que ni siquiera expone (43-44). También menciona el "reconocimiento", pero no sé con qué intención ni qué pueda hallar de extraño en tal reconocimiento. Ni Momo mismo (cf. PLAT., *Pol.* 487a; LUCIAN., *De conser. hist.* 33) pudiera razonablemente hallar nada que criticar en cosas que, aparte su interpretación tropológica, tienen tanto atractivo. Pone también "la liberación del José vendido por esclavo y cómo vuelve con gran séquito al entierro de su padre" (50,4-14). Y cree que la historia contiene motivo de acusación, pues dice: "Bajo él (evidentemente bajo José), la brillante y maravillosa raza de los judíos, que se había propagado mucho en Egipto, recibió orden de habitar como forastera y apacentar sus ganados en tierras sin valor". Eso de que se les mandó apacentar sus ganados en tierras sin valor lo añadió Celso movido de su voluntad hostil, sin demostrar cómo la región egipcia de Gesén sea tierra sin valor. La salida de Egipto la llama Celso "fuga", sin mentar en absoluto lo que el libro del

[34] La lección ἀπολέσθαι τὸν σώφρονα, que ofreció dificultad a Delarue, está aceptada por Wendland, que remite a EPICT., I 28,23. Es de notar que la comparación entre el José bíblico y el Belerofonte homérico está hecha por Orígenes y no por Celso. Orígenes hubo de ser buen lector de Homero. Remito a la obra del P. ELORDUY, *Ammonio Sakkas* p.360s.

Exodo escribe acerca de la salida de los hebreos de tierra de Egipto.

Por nuestra parte hemos citado también estos puntos como ejemplos del estilo de Celso, que alega, como objetos de acusación o de sus ganas de hablar por hablar, cosas que, ni aun literalmente tomadas, se prestan a crítica alguna, sin demostrar por un solo argumento lo que tiene por malo en nuestra Escritura.

48. Los mitos griegos no son decentes ni aun alegóricamente entendidos

Luego, como si su solo afán fuera mostrar su odio y hostilidad contra la doctrina de judíos y cristianos, dice Celso que "los más moderados entre judíos y cristianos tratan de explicar todo esto alegóricamente" (cf. I 17; IV 38), y añade que, "avergonzados de tales historias, buscan refugio en la alegoría". A esto puede respondérsele [35] que, si hay mitos y leyendas dignas de avergonzarse de ellas a la primera, ora se compusieran con oculto sentido, ora de cualquier otra manera, ¿de cuáles hay que decir eso con más razón que de los mitos y leyendas griegas? Aquí dioses hijos mutilan a sus padres dioses (HESIOD., *Theog.* 164-182), y padres dioses se comen a sus hijos dioses (ibid., 453-467), y una diosa madre entrega al padre de los hombres y los dioses, en lugar del hijo, una piedra (ibid., 481-491); y el padre tiene trato sexual con su hija, y la mujer intenta encadenar al marido, tomando como colaboradores para echarle las cadenas al hermano del atado y a su hija (*Ilíada* 1,400) [36]. ¿Y a qué detenerme en trazar la lista de las absurdas leyendas de los griegos sobre sus dioses, vergonzosas de suyo, por más que se las interprete alegóricamente? Ahí está, por ejemplo, Crisipo de Solos, que pasa por haber ilustrado la escuela estoica con sus discretos escritos, e interpreta cierta pintura de Samos, en que se representa a Hera haciendo con Zeus lo que no puede decirse. Dice, en efecto, en sus escritos el grave filósofo que la materia, recibiendo las razones seminales de dios, las conserva en sí misma para el orden del universo. Porque la materia, en la pintura de Samos, es Hera, y dios, Zeus.

[35] εἶπε M: εἴποι K. tr.

[36] Léase el delicioso diálogo de Luciano, *El embustero*, en que se enumeran (2-3) toda una serie de "embustes" mitológicos inventados por los poetas (y ello pudiera pasar) y hasta por ciudades enteras, "como los cretenses, que no se avergüenzan de mostrar el sepulcro de Zeus, y los atenienses, que afirman de Erictonio haber brotado de la tierra y que los primeros hombres nacieron del Atica como las legumbres...". "Y el que no crea en cosas tan evidentes y verdaderas es un impío y un insensato".

Mas justamente por ese mito y por otros infinitos por el estilo, no queremos nosotros ni nombrar por el nombre de Zeus al Dios supremo, ni llamar Apolo al sol, ni Artemis a la luna. Nosotros practicamos una piedad pura para con el Creador, reverenciamos sus hermosas obras y no mancillamos, ni de nombre, las cosas divinas, pues nos place la sentencia de Platón en el *Filebo,* que no quiere que se tome el placer por Dios: "Porque mi reverencia, dice, ¡oh Protarco!, a los nombres de los dioses es muy profunda" (PLAT., *Phil.* 12bc; cf. I 25). Así, pues, nosotros tenemos verdadera reverencia al nombre de Dios y a sus hermosas criaturas, hasta el punto de que, ni so pretexto de interpretación tropológica, admitimos mito alguno que pueda corromper a los jóvenes (cf. PLAT., *Pol.* 377-378).

49. La interpretación alegórica en Pablo

Si Celso hubiera leído imparcialmente nuestra Escritura, no hubiera dicho que nuestros libros "no admiten interpretación alegórica". Efectivamente, por las profecías en que se escriben hechos históricos, mejor que por la historia misma, cabe ver qué historias se escribieron para ser interpretadas tropológicamente, y fueron sapientísimamente dispuestas para acomodarse a la muchedumbre de los creyentes sencillos y a los pocos que tienen ganas, no menos que capacidad, para examinar las cosas inteligentemente. Además, si los que hoy pasan, según Celso, por moderados entre judíos y cristianos fueran los únicos en interpretar alegóricamente la Escritura, acaso pudiera suponerse algún viso de probabilidad a lo que dice nuestro adversario; pero el hecho es que los padres mismos de nuestros dogmas y los mismos escritores practican la interpretación tropológica. Pues ¿qué da eso a entender sino que esas cosas fueron escritas para ser interpretadas tropológicamente en su sentido principal?

De entre muchísimos posibles, vamos a traer sólo algunos ejemplos para mostrar que Celso calumnia sin razón nuestros escritos al tenerlos por incapaces de admitir interpretación alegórica. Dice, en efecto, Pablo, apóstol de Jesús: *En la ley está escrito: No pondrás bozal al buey que trilla. ¿Es que se cuida Dios de los bueyes? ¿No habla más bien, de todo punto, por nosotros? Por nosotros, en efecto, fue escrito, porque el que ara debe arar con esperanza, y el que trilla, con esperanza de tener parte debe trillar* (1 Cor 9,9-10). Y en otro lugar dice el mismo: *Está escrito, en efecto, que por*

esta causa abandonará el hombre padre y madre y se unirá con su mujer, y serán los dos una sola carne. Este misterio es grande, pero yo lo entiendo de Cristo y la Iglesia (Eph 5,31s). Y de nuevo en otro pasaje: *Sabemos que nuestros padres estuvieron todos bajo la nube, y todos atravesaron el mar, y todos se bautizaron, bajo Moisés, en la nube y el mar* (1 Cor 10,1s). Luego, interpretando la historia del maná y la del agua que se escribe haber brotado milagrosamente de la peña, dice lo que sigue: *Y todos comieron la misma comida espiritual, y todos bebieron la misma bebida espiritual. Porque bebían de la peña espiritual que los seguía; la peña, empero, era Cristo* (1 Cor 10,3s). Asaf presenta las historias del Exodo y de los Números como problemas y parábolas, según se escribe en el libro de los Salmos; pues, cuando se dispone a recordarlas, pone este proemio: *Escucha, pueblo mío, mi enseñanza; inclinad vuestro oído a las palabras de mi boca. Yo abriré a las parábolas mi boca, arcanos expondré de tiempos idos, lo que oímos, lo que hemos conocido y nos contaron nuestros padres* (Ps 77,1-3).

50. Interpretación alegórica de la ley mosaica

Además, si la ley de Moisés no tuviera nada escrito que debiera interpretarse por sentido oculto, no diría el profeta en su oración a Dios: *Abre mis ojos por que pueda de tu ley contemplar las maravillas* (Ps 118,18). Mas lo cierto es que él sabía haber un velo de ignorancia echado sobre el corazón de los que leen y no entienden lo que debe interpretarse alegóricamente (cf. 2 Cor 3,13-16), velo que se quita por don de Dios cuando éste oye a un hombre que hace todo lo que está de su parte, ha ejercitado sus sentidos por el hábito a distinguir lo bueno de lo malo (Hebr 5,14) y le ha suplicado continuamente en la oración: *Abre mis ojos por que pueda de tu ley contemplar las maravillas.* ¿Quién, leyendo lo del dragón que vive en el río de Egipto, y los peces que se esconden en sus escamas (Ez 29,3), o que los excrementos del faraón llenan los montes de Egipto (32,6), no se mueve de suyo a inquirir quién es el que llena los montes de Egipto de tantos excrementos malolientes y qué montes de Egipto son ésos, y qué ríos hay en Egipto de los que el susodicho faraón baladrona diciendo: *Míos son los ríos y yo los he hecho?* (29,3). ¿Quién es ese dragón, que habrá que interpretar de forma que concierte con la interpretación de los ríos? ¿Y quiénes son esos peces que se esconden en sus es-

camas? Mas ¿a qué alargarme en demostrar lo que no necesita demostración? Sobre ello se dice: *¿Quién es sabio y entenderá estas cosas? ¿Quién inteligente y las conocerá?* (Os 14,10).

Sin embargo, me he extendido algo más en este punto, pues quería hacer ver la sinrazón de Celso al decir que "los más moderados entre judíos y cristianos se esfuerzan como pueden en interpretar todo esto alegóricamente; pero hay cosas que no admiten alegoría, sino que son cuentos derechamente tontísimos". Tontísimos son más bien los mitos de los griegos, y no sólo tontísimos, sino impiísimos; pues lo nuestro se acomoda hasta a la muchedumbre de los sencillos, cosa que no tuvieron en cuenta los que fingieron los mitos griegos. Por eso no deja de tener gracia que Platón expulsara de su república tales mitos y poemas *(Pol.* 379cd; cf. IV 36).

51. Escritos alegorizantes

Paréceme que Celso oyó campanadas sobre escritos en que se explica alegóricamente la ley; pero, de haberlos leído, no hubiera dicho: "Por lo menos las alegorías que parece se han escrito acerca de ellos son más feas y absurdas que los cuentos mismos, pues con una necedad de todo punto estúpida tratan de concordar lo que por ninguna de las maneras puede armonizarse". Esto parece decirlo de los escritos de Filón, o de otros más antiguos, como son los de Aristóbulo [37]. Pero yo conjeturo que Celso no leyó esos libros, pues en muchos pasajes me parecen estar tan bien compuestos, que los mismos filósofos griegos quedarían convencidos de lo que dicen. No sólo tienen estilo cuidado, sino también ideas y doctrinas, a par que usan de los que Celso tiene por mitos de las Escrituras. Yo sé, por otra parte, del pitagórico Numenio (cf. I 15), comentador excelente de Platón y predicador de la doctrina de Pitágoras, que, en muchos pasajes de sus escritos, cita a Moisés y a los profetas y los interpreta, no sin probabilidad, alegóricamente; así, en su libro titulado *Epops* (= abubilla) y los libros *Sobre los números* y en los *Sobre el espacio.* Y en el libro tercero, *Sobre el sumo bien,* trae cierta historia sobre Jesús, aunque sin nombrar su nombre, y la entiende alegóricamente; si acertada o desacertadamente,

[37] De Aristóbulo se habla en 2 Mac 1,10 como de "preceptor del rey Ptolomeo" Filométor. Sus obras no se han conservado. Sí, en cambio, las de Filón, el más grande filósofo judío de la época helenística. Trató de armonizar la ley y religión de los judíos con la filosofía griega. Su influencia sobre los pensadores cristianos, sobre Orígenes concretamente, fue grande. En este pasaje se percibe bien la alta estima en que el alejandrino cristiano tenía al alejandrino judío. Fue contemporáneo de San Pablo. El año 40 después de Cr. formaba parte de la embajada judía, de Alejandría, al césar Calígula.

no es éste momento de decidirlo. También alude a la historia de Jannés y Jambrés, que tuvieron que ver con Moisés (2 Tim 3,8)[38]. No es que nosotros sintamos orgullo de ella, pero alabamos a Numenio más que a Celso y otros griegos; pues, por amor al saber, quiso examinar nuestras doctrinas y tuvo la impresión de tratarse de escritos de sentido figurado, pero no tontos.

52. La «Disputa entre Papisco y Jasón»

Seguidamente, de entre todas las obras que contienen alegorías y comentarios con estilo y dicción no despreciables, escoge Celso la más pobre, que puede ciertamente aprovechar en materia de fe a la muchedumbre de los sencillos, pero no mover a los más inteligentes. Dice así: "Tal, por ejemplo, una disputa entre cierto Papisco y Jasón, que yo leí, y que no tanto merece risa cuanto compasión y odio. Ahora bien, no es mi propósito refutar esas tonterías, pues saltan a la vista de cualquiera, sobre todo para quien tenga la paciencia de leer el escrito mismo. Quiero más bien recordar la doctrina que pertenece al orden de la naturaleza, de que Dios no ha hecho nada mortal. Cuanto hay de inmortal es obra de Dios; lo mortal, empero, procede de lo inmortal (PLAT., *Tim.* 69cd). El alma, desde luego, es obra de Dios, pero el cuerpo es de otra naturaleza, y en cuanto a ésta, el cuerpo del hombre en nada se diferencia de un murciélago, de un gusano o de una rana. La materia es la misma, y a la misma corrupción están sujetos". No por eso desearía yo menos que quien ha escuchado toda esta declamación de Celso y su afirmación de que la obra titulada *Disputa de Papisco y Jasón sobre Cristo* no tanto merece risa cuanto odio, la tomara en sus manos y tuviera la paciencia de leerla[39]. No cabe duda que, al no hallar en el libro nada digno de odio, condenaría a Celso. Quien desprevenidamente lo leyere hallará que tampoco mueve a risa un libro en que se presenta a un cris-

[38] Eusebio (*HE* IX 8,411d) ha conservado el pasaje de Numenio a que aquí alude Orígenes. Y en el libro tercero hace también mención de Moisés con estas palabras: "Seguidamente (florecieron) Jannés y Jambrés, escribas sagrados de Egipto, hombres no tenidos por inferiores a nadie en las artes de magia, al tiempo en que los judíos fueron expulsados de Egipto. Por lo menos, éstos fueron escogidos por el pueblo de los egipcios para enfrentarse con Moisés, caudillo de los judíos, hombre poderoso en sus oraciones a Dios, y pudieron, a vista de todos, deshacer las gravísimas plagas que Moisés atrajo sobre Egipto". Cf. también PLIN., *Nat. Hist.* XXX 11, y APUL., *Apol.* 90.

[39] El *Diálogo* no se ha conservado; Clemente Alejandrino parece haberlo atribuido a Lucas (cf. la ed. de Stähling, III p.199). Aún lo conoció San Jerónimo. Su autor habría sido, según Máximo Confesor (s. VII), Aristón de Pella, de quien habla EUS., *HE* IV 6,3.

tiano discutiendo con un judío a base de las Escrituras judaicas y haciendo ver que las profecías acerca del Mesías convienen a Jesús. Y, a decir verdad, tampoco el otro interlocutor da mal cobro de su razón ni hace mal su papel de judío.

53. Odio y compasión, incompatibles

Yo no sé cómo se las arregla Celso para juntar cosas que no admiten mezclarse ni pueden de suyo suceder a la par a la naturaleza humana; y así dijo que el mentado libro merece compasión y odio. En efecto, a cualquiera se le alcanza que quien es objeto de compasión no puede serlo de odio mientras se le compadece; ni el que es objeto de odio puede serlo de compasión mientras se le odia. Y añade Celso que no se propone refutar tales tonterías, pues opina que "salta a los ojos de cualquiera, aun antes de toda refutación lógica, tratarse de cosas malas, dignas de compasión y odio". Nosotros, empero, exhortamos a quien diere con esta defensa contra las acusaciones de Celso, tenga la paciencia de leer nuestros escritos sagrados y, en la medida de sus fuerzas, conjeture por lo escrito la intención de los autores, su conciencia y su disposición de ánimo. Porque hallará hombres que defienden ardientemente sus creencias, y algunos que afirman escribir una historia que ellos vieron por sus ojos y comprendieron ser maravillosa y digna de ponerse por escrito para provecho de futuros lectores. Atrévase, si no, alguien a decir que la fuente y origen de toda utilidad para los hombres no está en creer en el Dios del universo, hacerlo todo con la intención de agradarle en todo absolutamente, no admitir ni por pensamiento nada que pueda desagradarle, pues sabemos que seremos juzgados no sólo de obras y palabras, sino también de todo pensamiento. ¿Y qué otra doctrina convertirá más eficazmente la naturaleza humana en orden a vivir bien, que la fe o persuasión de que el Dios supremo ve todo lo que decimos y hacemos, y hasta lo que pensamos? Compare quien quisiere otro camino para convertir y mejorar juntamente no a uno que otro, sino, en lo posible, a las más grandes muchedumbres; de la comparación de los dos caminos pudiera verse puntualmente qué doctrina dispone para el bien.

54. El enigma de la creación

En el pasaje que hemos citado de Celso, paráfrasis del *Timeo* (69cd), se escribe que "Dios no hizo nada mortal, sino sólo lo inmortal; lo mortal, empero, es obra de otros.

El alma, desde luego, es obra de Dios, pero el cuerpo es de otra naturaleza. De ahí que el cuerpo del hombre no se diferencia en nada del cuerpo de un murciélago, de un gusano o de una rana; la materia es la misma, e idéntico el principio de corrupción". Vamos a discutir esto brevemente, demostrando que, o no quiere hacer valer su sentir epicúreo, o, como pudiera decirse, lo cambió posteriormente por otro mejor, o, como pudiera también decirse [40], sólo fue homónimo del Celso epicúreo. El que tales afirmaciones hacía y se abalanzaba a hablar, no sólo contra nosotros, sino también contra la noble escuela filosófica que reconoce por maestro a Zenón de Citio [41], era menester que demostrara que los cuerpos de los animales no son obra de Dios, y que un artificio tan complicado como se muestra en ellos no procede de la inteligencia primera. Y en cuanto a la muchedumbre de plantas de toda especie, que son gobernadas por una naturaleza inherente a ellas, incapaz de percepción, nacidas para servicio de los hombres y de los animales al servicio de los hombres, o como quiera que sean, no debiera contentarse con afirmar, sino "enseñar" también no haber sido una inteligencia perfecta la que infundió tantas cualidades en la materia de las plantas (cf. 56-57).

Mas si supuso a los dioses artífices de todos los cuerpos, por suponer que sólo el alma es obra de Dios, ¿no fuera consecuente que quien tantas ocupaciones distribuía y daba a tantos su faena nos demostrara con algún sólido argumento las diferencias de los dioses, unos ocupados en la fabricación de cuerpos humanos, otros (pongamos por ejemplo) de los animales domésticos y otros de las fieras? Y el que veía a unos dioses crear dragones, áspides y basiliscos; a otros, insectos según sus especies; a otros, toda clase de plantas y hierbas, tenía el deber de decirnos la causa de tal división del trabajo. Lo cierto es que, de haberse entregado al estudio riguroso del asunto, acaso hubiera mantenido la tesis de un solo Dios artífice de todas las cosas, que hizo cada cosa para un fin y por una causa; o, de no haber mantenido esa tesis, hubiera visto qué podía responder a que, por su naturaleza, la destructibilidad de una cosa es indiferente, y que nada tiene de absurdo que el mundo, aun estando compuesto de elementos disímiles, sea obra de un solo artífice, que dispone las diferencias de las especies para conveniencia del todo. O, finalmente, debiera no haber abierto en absoluto la boca

[40] ὡς ἂν ἕτερος λέγοι M: ὡς ἂν λέγοιτο Preuschen.

[41] Zenón de Citio, ciudad fenicia de Chipre (336-264 a. de Cr.), fue el fundador de la Stoa. Sobre el punto discutido por Orígenes, cf. *Stoic. vet. fragm.* II 1152-67.

sobre tema tan difícil, si no iba a probar lo que pretendía enseñar. A no ser que quien nos acusa de profesar fe desnuda (I 9ss) pretenda que nosotros creamos a sus puras afirmaciones. Y eso cuando él prometió no afirmar, sino enseñar.

55. El Dios hacedor de cielo y tierra

Yo no digo que, de haber tenido Celso "paciencia y constancia", como él dice, para leer los libros de Moisés y los profetas, hubiera parado mientes por qué se pone la frase "Hizo Dios" al hablar del cielo y la tierra y del llamado firmamento, lo mismo que de los luminares y las estrellas; luego se repite sobre los grandes peces y toda alma de reptiles que produjeron las aguas según su especie, y sobre todo volátil alado según su especie; y luego sobre todas las fieras de la tierra según su especie, y sobre las bestias según su especie, y sobre todos los reptiles de la tierra según su especie, y, finalmente, sobre el hombre (cf. Gen 1,1ss). Sobre otras cosas no se dice "hizo"; y así, sobre la luz, la palabra divina se contenta con decir: *Se hizo la luz,* y sobre la congregación en un solo lugar de toda el agua bajo el cielo con la frase: *Hízose así.* E igualmente sobre los productos de la tierra, cuando produjo la tierra hierba de pasto que esparce su semilla según su especie y semejanza, y árboles frutales que dan fruto, cuya semilla está en él mismo según su especie sobre la tierra (Gen 1,12). Y hubiera inquirido[42] a quién o a quiénes se dirigen los mandatos que se escribe da Dios sobre crear cada parte del mundo. En tal caso no hubiera tachado de ininteligible y sin sentido alguno misterioso los libros escritos por Moisés o, como diríamos nosotros, por el espíritu divino que moraba en Moisés, inspirado por el cual profetizó también. Pues mucho mejor que los llamados videntes por los poetas, sabía él "lo presente y futuro y lo pasado" *(Ilíada* 1,70).

[42] εἰ M: om. Wendland; cf. II 9, y sobre que los imperativos de Dios en la creación se dirigen al Logos, *Epist. Barnabae* V 5: "Consideremos, además, hermanos míos, este punto: Si es cierto que el Señor se dignó padecer por nuestra alma, siendo como es Señor de todo el universo, a quien dijo Dios desde la constitución del mundo: *Hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra,* ¿cómo, digo, se dignó padecer bajo la mano de los hombres? ¡Aprendedlo!" (cf. mis *Padres apostólicos* [BAC 1950] p.779s). Los apologistas usaban de ese argumento, y San Justino nos dice lo que respondían a él (cf. *Apologistas griegos del s. II* [BAC 1954] p.411s).

56. Hay algo más que materia en los seres

Dice también Celso que "el alma es, desde luego, obra de Dios, pero el cuerpo es de otra naturaleza, y, en cuanto a ésta, no hay diferencia alguna entre un cuerpo de murciélago, de gusano, de rana o de hombre; la materia es la misma, e igual el principio de corrupción de todos". A este razonamiento hay que responder que, si por ser la misma la materia que subyace en el cuerpo de un murciélago, de un gusano, de una rana o de un hombre, en nada se diferencian estos cuerpos entre sí, es evidente que tampoco se diferenciarán del sol, de la luna, de las estrellas o de cualquier otro de los que los griegos llaman dioses sensibles (cf. *infra* V 10). La misma es, en efecto, la materia que subyace en todos los cuerpos, materia propiamente sin cualidades ni figura, que no sé de quién recibirá las cualidades según Celso, que no quiere que nada mortal sea obra de Dios. A no ser que, apretado, quiera saltar de Platón, según el cual el alma sale de cierta cratera (PLAT., *Tim.* 41de), y se refugie en Aristóteles y los peripatéticos, que afirman ser el éter inmaterial y de una quinta naturaleza, diversa de los cuatro elementos. Mas contra esta teoría combaten con denuedo los platónicos y estoicos. Y contra ella combatiremos también nosotros, despreciados que somos de Celso, cuando se nos pida explicar y demostrar lo que se dice así en el profeta: *Los cielos pasarán, mas tú subsistes; cual vestido envejecen, como manto los pliegas y se mudan; mas tú eres siempre el mismo (y no saben de término tus años)* (Ps 101,27s). Pero baste esto contra Celso, que afirma "ser el alma obra de Dios, pero el cuerpo de otra naturaleza"; de donde se seguiría que el cuerpo de un murciélago, de un gusano o de una rana no se diferenciaría en nada de un cuerpo etéreo.

57. La variedad de los cuerpos

Véase, pues, si vale la pena adherirse a quien con tales doctrinas acusa a los cristianos, y abandonar una teoría, según la cual, por sus cualidades inherentes, se dan diferencias en los cuerpos y en lo que a ellos atañe. Porque nosotros sabemos muy bien que hay cuerpos celestes y terrestres, y una es la gloria de los celestes y otra la de los terrestres; y ni siquiera es la misma entre los celestes, pues una es la gloria del sol y otra la de las estrellas, y aun entre las mismas estrellas una difiere de otra en gloria. Por eso nosotros, que esperamos

la resurrección de los muertos, afirmamos que se dan cambios en las cualidades de los cuerpos; pues algunos de ellos se siembran en corrupción y se levantan en incorrupción; se siembran en ignominia y se levantan en gloria; se siembran en flaqueza y se levantan en fuerza; se siembran cuerpos animales y se levantan espirituales (1 Cor 15,40-44; cf. *supra* III 41). Y todos los que admitimos la providencia demostramos que la materia subyacente es capaz de recibir las cualidades que quiera darle el Creador, y, por voluntad de Dios, esta materia tiene ahora tal cualidad, y luego otra, digamos, mejor y más excelente.

Mas como quiera que hay modos señalados, desde que hay mundo y mientras lo haya, para los cambios de los cuerpos, no sé si también, cuando suceda [43] un modo nuevo y extraño después de la destrucción del mundo y la que nuestras letras llaman consumación (cf. Mt 13,39.49), nada tenga de extraño que "ya ahora del cadáver de un hombre salga transformada una serpiente, de la médula espinal, como piensa el vulgo, y de un buey una abeja, y de un caballo una avispa, y de un asno un escarabajo, y, en general, de los muertos, gusanos". Pero, en opinión de Celso, esto demuestra que ninguna de estas cosas es obra de Dios, sino que las cualidades, por órdenes que no se sabe de dónde vienen, pasan de unas a otras, y no son obra de una razón divina que las cambie en la materia.

58. ¿Viene toda alma de Dios?

Todavía tenemos algo más que decir contra la proposición de Celso de que "el alma es obra de Dios, pero el cuerpo es de otra naturaleza". Verdad de tanta importancia no sólo la sentó sin demostración alguna, sino también sin la debida distinción. No puso, efectivamente, en claro si toda alma es obra de Dios o sólo el alma racional. Arguyámosle, pues, que, si toda alma es obra de Dios, lo serán evidentemente las de los más viles irracionales, y así todo cuerpo será de naturaleza distinta que el alma. La verdad es que, más adelante (cf. *infra* IV 88), dice que "los animales irracionales son más caros a Dios que nosotros, y tienen noción más pura de lo divino", lo que parece demostrar que no sólo es obra de Dios el alma de los hombres, sino también, y con mayor razón, la de los animales irracionales. Así se sigue, en efecto, de que se diga son más caros a Dios que nosotros. Mas

[43] διαδεξαμένης M: διαδεξομένης Bo., K. tr.

si sólo el alma racional es obra de Dios, en primer lugar, tesis tan importante no la afirmó con bastante claridad; y, en segundo lugar, de haber dicho, sin definir bien los términos, que no toda alma, sino sólo la recional, es obra de Dios, síguese que tampoco todo cuerpo es de naturaleza distinta de la del alma. Pero, si no todo cuerpo es de distinta naturaleza, sino que el cuerpo de cada animal corresponde a su alma, síguese evidentemente que el cuerpo de un ser cuya alma es obra de Dios será diferente de otro en que more un alma que no es obra de Dios. De donde resulta ser falso que un cuerpo de murciélago, de gusano o de rana no se diferencie de un cuerpo humano.

59. Anito y Sócrates

A la verdad, absurdo fuera considerar unas piedras más puras o menos puras que otras, y unos edificios más o menos puros que otros, según se destinen para honor de Dios o para receptáculo de cuerpos miserables y manchados, y no haber diferencia de cuerpos a cuerpos, según en ellos moren entes racionales o no, y, de entre los racionales, los virtuosos o los hombres más malvados. Esta diferencia hizo que algunos se propasaran a divinizar los cuerpos de hombres eminentes por haber albergado un alma virtuosa, y arrojar y hasta deshonrar los cuerpos de los muy malvados. No diré yo que así se obra del todo rectamente; pero tal conducta tuvo origen de una idea recta. ¿Es que un sabio, al morir Anito y Sócrates, tendrá el mismo cuidado de la sepultura del cuerpo de Sócrates que del Anito? ¿Acaso construirá para ambos el mismo monumento o la misma tumba? Sea esto dicho por la frase de "los que ninguno es obra de Dios", en que "los que" se refiere al cuerpo del hombre, o a las serpientes que salen del cadáver; al del buey, o a las abejas que salen del cadáver del buey; al del caballo o del asno y a las avispas que salen del cuerpo del caballo o a los escarabajos del asno. Ello nos ha obligado a volver sobre las palabras: "El alma es, desde luego, obra de Dios; pero el cuerpo es de otra naturaleza".

60. El cambio perpetuo

Luego dice que "la naturaleza de todos los cuerpos antedichos es la misma y una sola, que va y viene en un cambio alternante". Respecto de esto, es evidente por lo antes dicho que no sólo los cuerpos antedichos tienen una naturaleza común,

sino también los celestes. Y, si esto es así, evidente es también que, según él (no sé si también según la verdad), una sola es la naturaleza de todos los cuerpos que va y viene en un cambio alternante. Y según los que admiten la destructibilidad del mundo, así es evidentemente; y los que no la admiten ni tampoco aceptan el quinto cuerpo, tratarán de demostrar que, también según ellos, una sola es la naturaleza de todos los cuerpos, que va y viene en un cambio alternante. Y así justamente permanece lo que se destruye en orden a un cambio; porque lo que subyace, que es la materia, permanece aun destruida la cualidad, según los que opinan que es increada. Sin embargo, si se pudiera demostrar por una buena razón que no es increada, sino que fue hecha para alguna utilidad, es evidente que no tendría, respecto al permanecer, la misma naturaleza que suponiéndola increada. Pero nuestro propósito ahora es responder a las acusaciones de Celso y no disertar sobre la naturaleza.

61. ¿El el mundo mortal o inmortal?

Dice también Celso que "nada que nazca de la materia es inmortal". A esto le diremos que, si "nada que nazca de la materia es inmortal", o este mundo todo es inmortal, y en tal caso no procede de la materia, o tampoco él es cosa inmortal. Ahora bien, si el mundo es inmortal, como place a los que sostienen que sola el alma es obra de Dios y afirman que salió no sabemos de qué crátera (Plat., *Tim.* 41de), demuéstrenos Celso que no se hizo de la materia sin cualidades, sin olvidar su principio de que "nada que nazca de la materia es inmortal". Pero si el mundo, por ser producto de la materia, no es inmortal; el mundo mortal, ¿estará o no estará sujeto a corrupción? Si está sujeto a corrupción, lo estará como obra de Dios; y entonces, en la corrupción del mundo, ¿qué hará el alma, que es obra de Dios? ¡Díganoslo Celso! Mas si, tergiversando la noción de inmortal, nos dice que el mundo es inmortal porque, aun siendo corruptible, de hecho no se corrompe, pues es capaz de morir, pero de hecho no muere, síguese que, según él, habrá algo a par mortal e inmortal, por ser capaz de lo uno y de lo otro; y habrá algo mortal que no muere, algo que, no siendo por naturaleza inmortal, por el hecho de no morir, se llamará propiamente inmortal. ¿En qué sentido, pues, dentro de esta distinción, dirá que "nada nazca de la materia es inmortal"? Por donde se ve que las ideas que Celso consigna en

sus escritos, si se las aprieta y examina bien, no resisten la prueba de lo noble e irrebatible.

Y dicho esto, añade: "Baste lo dicho sobre este punto. El que sea capaz de oír y buscar más, lo sabrá". Pues veamos nosotros, que, según él, somos unos estúpidos, lo que se ha seguido de haberle podido oír y buscar siquiera un poco.

62. La existencia del mal

Seguidamente se imagina Celso que, por unas frasecillas suyas, vamos a comprender la cuestión sobre la naturaleza del mal, tan traída y llevada en múltiples y no despreciables tratados y diversamente resuelta, y así dice: "Los males en lo que existe, ni antes, ni ahora, ni después pueden ser menores o mayores. Una sola y misma es, efectivamente, la naturaleza del universo, y la génesis u origen de los males es siempre la misma". Pero también esto parece una paráfrasis de un paso del *Teeteto,* en que Platón le hace decir a Sócrates: "Mas ni es posible que los males desaparezcan de entre los hombres, ni que se asienten entre los dioses", etc. (PLAT., *Theait.* 176; cf. VIII 55). Pero, a mi parecer, ni siquiera entendió exactamente a Platón ese sabiazo de Celso, que quiere abarcar toda la verdad en este solo escrito y que rotuló *Doctrina verdadera* su libro contra nosotros. Y es así que la frase del *Timeo* que dice: "Mas cuando los dioses purifican la tierra por el agua" (PLAT., *Tim.* 22d), da bien a entender que, purificada la tierra por el agua, tiene menos males que antes de ser purificada. Y, siguiendo a Platón, decimos que son a veces menos los males, fundándonos en lo que se dice en el *Teeteto* sobre que "los males no pueden desaparecer de entre los hombres".

63. Un dogma bellísimo

Por lo demás, no sé cómo se las arregla Celso que, a lo que suenan las frases de este libro, admite la providencia, para decir que los males no son mayores ni menores, sino que tienen, como si dijéramos, límites definidos, con lo que destruye un dogma bellísimo, el de que la maldad es indefinida y los males, propiamente hablando, no tienen límites. Y, a mi parecer, de la tesis de que los males no han sido, ni son, ni serán mayores o menores, se sigue que, a la manera que la providencia, en opinión de los que admiten un mundo indestructible, mantiene el equilibrio de los elementos, no permitiendo que predomine uno solo de ellos con riesgo de que perezca el mundo, así habría también una especie de provi-

dencia que vigilaría sobre los males, que son tantos, a fin de que no se hagan ni mayores ni menores.

Todavía hay otro modo de refutar la teoría de Celso acerca del mal, tomado de los filósofos que estudiaron el problema del bien y del mal. Estos filósofos demostraron, por la historia misma, que, a los comienzos, las rameras se entregaban a quienes quisieran fuera de las ciudades y con máscaras en la cara; luego, dándoseles de todo un bledo, se quitaron las máscaras, si bien, por no permitirles las leyes entrar, se quedaron aún fuera de las ciudades; finalmente, como la perversión fuera creciendo día a día, se atrevieron a entrar también en las ciudades. Así dice Crisipo en su *Introducción sobre el bien y el mal.* Que los males aumenten y disminuyan, puédese deducir del hecho que los llamados hombres "dudosos" (o eunucos) se prostituyeron un tiempo, entregados al arbitrio y deseos de los que se les acercaban; posteriormente, empero, fueron expulsados por los ediles. Y de males sin número que, del torrente de la maldad, han invadido la vida de los hombres, puede decirse que no existían antes. Por lo menos las historias más antiguas, a pesar de que se desatan en improperios contra los que pecan, nada saben de los que practican cosas no decibles.

64. La variación, ley del universo

¿No resulta, por ésta y semejantes consideraciones, ridículo Celso, al pensar que los males no pueden ser ni más ni menos de lo que son? Porque, aun cuando la naturaleza del universo sea una sola y la misma, de ahí no se sigue en absoluto que la génesis de los males sea siempre también la misma. Una sola y la misma es la naturaleza de este hombre particular; sin embargo, no siempre se comporta del mismo modo respecto de su mente, de su razón y de su obrar. Hay tiempo en que no tiene siquiera razón; otro, en que con la razón abraza la maldad, que se difunde más o menos; y hay tiempo en que se convierte a la virtud y en ella adelanta más o menos y hasta llega a veces a la virtud misma que alcanza en más o menos grados de contemplación. Lo mismo, y con mayor razón, cabe decir sobre la naturaleza del universo; aun cuando ésta sea una y la misma genéricamente, sin embargo, no siempre suceden en el universo las mismas cosas y de la misma especie. No siempre hay buenas cosechas ni siempre malas; ni siempre lluvias ni siempre sequías. Así tampoco están determinadas las buenas o malas cosechas de almas superiores, y la profusión de las inferiores tiene también sus crecientes y decre-

cientes. Para quienes se proponen inquirirlo, en lo posible, todo puntualmente, les es necesaria esta doctrina del mal que no permanece siempre en un ser por razón de la providencia, que o vela sobre la tierra, o la purifica con diluvios o conflagraciones. Y acaso no purifique sólo la tierra, sino también el universo entero, cuando, al multiplicarse en él la maldad, necesita de purificación.

65. La cuestión «unde malum?»

Después de esto dice Celso: "Cuál sea la naturaleza del mal, no es fácil lo entienda quien no profese la filosofía; pero baste decir para la muchedumbre que el mal no viene de Dios (PLAT., *Pol.* 379c), sino que es inherente a la materia y habita entre lo mortal (ID., *Theait.* 176a), mas el ciclo de lo mortal es el mismo desde el principio al fin; y, según los períodos señalados, forzoso es que siempre haya sucedido lo mismo, lo mismo sucede y lo mismo sucederá" (PLAT., *Polit.* 269c-270a). Dice, pues, Celso que no es fácil conocer el origen del mal para quien no profese la filosofía; lo que daría a entender que el filósofo puede entender fácilmente la génesis del mal; el no filósofo no la comprendería tan fácilmente, le costaría su trabajo; pero, al cabo, sería capaz de comprenderla. Nosotros, empero, tenemos que decir a eso que el origen del mal no es fácil de entender ni para un filósofo; y acaso el comprenderlo con pureza no sea posible ni aun a los filósofos si no se ve claramente, por inspiración de Dios, qué cosas son males, ni se esclarece cómo se originaron, ni se entiende de qué manera desaparecerán. En todo caso, como haya que contar entre los males la ignorancia de Dios y hasta sea el mayor de los males no saber la manera de dar culto a Dios y practicar la piedad con El, aun Celso tendrá que reconocer que algunos de los que profesaron la filosofía no conocieron en absoluto el origen del mal, como se ve claro por las diferentes escuelas que en ella existen. En cuanto a nosotros, nadie que no se dé cuenta de que es un mal pensar que se mantiene la piedad en las leyes establecidas conforme a lo que comúnmente se entiende por constituciones políticas, será capaz de entender la génesis del mal. Y tampoco lo será quien no hubiere discutido a fondo lo que atañe al llamado diablo y a sus ángeles (Mt 25,41): quién fue antes de convertirse en diablo, y cómo se hizo diablo, y por qué causa los que se llaman ángeles suyos apostataron juntamente con él. El que quiera entender ese origen tendrá que discurrir con la mayor puntualidad sobre los démones, que no son obra de Dios en

cuanto démones, sino sólo en cuanto seres racionales de la especie que fueren. Otro problema es cómo vinieron a ser tales que su mente los constituyó en el orden de los démones. En conclusión, si hay algún tema de los que entre los hombres necesitan [44] inquisición difícil de cazar para nuestra naturaleza, entre ellos hay que contar la génesis del mal.

66. El mal no es inherente a la materia

Luego, como si tuviera cosas recónditas que decir acerca del origen del mal, pero que se las calla y sólo dice lo que se ajuste a las muchedumbres, dice que, para éstas, basta decir sobre el origen del mal "que los males no vienen de Dios, sino que están inherentes a la materia y habitan entre lo mortal". Ahora bien, que el mal no venga de Dios, es cosa cierta. También, según nuestro Jeremías, es claro que *de la boca del Señor no saldrán los males y el bien* (Thren 3,38) [45], pero que la materia que habita entre lo mortal tenga la culpa del mal, no es, según nosotros, verdad (cf. *supra* III 42). La verdad es que la culpa de la maldad que hay en cada uno la tiene su propia voluntad, y esa maldad es el mal, y males son también las acciones que proceden de ella. Y, hablando con rigor, según nosotros, ningún otro mal existe. Sin embargo, sé que este tema requiere mucho trabajo y demostración, con la gracia de Dios que ilumine la voluntad; trabajo y demos-

[44] δεόμενος M: δεομένων K. tr.

[45] Sin embargo, leído en la versión del P. Ausejo (Biblia Herder), el texto suena: *¿No vienen acaso de orden del Señor los males y los bienes?* Para Orígenes es claro *(saphés)* que no. Para Platón tampoco. A decir verdad, nos emociona la firmeza con que niega Platón que Dios sea causa del mal. La negación se sienta en la más pura lógica; pero, en último término, se la inspira su espíritu religioso, que no es lógico. Nada bueno, y menos lo esencialmente bueno, puede ser causa de algo malo: "Luego, dije yo, puesto que Dios es bueno, no puede ser causa de todas las cosas, como dice el vulgo, sino sólo de unas pocas de entre las que les acontecen a los hombres. De la mayoría, Dios no es autor, pues los bienes que nos acontecen son mucho menores que los males; ahora bien, de los bienes no hay que buscar otro autor; de los males, empero, hay que buscar otra causa, pero no a Dios" *(Pol.* 379c). Evidentemente, sigue en pie la pregunta *unde malum?* Homero la resuelve por el mito de los dos toneles (que Platón reprueba):

"Dos toneles, en el suelo de Zeus están hundidos,
llenos de dones que él reparte:
uno de bienes lleno, otro de males.
A quien Zeus, el fulmíneo, le concede
una mezcla de entrambos, unas veces
tropieza con el bien, con el mal otras.
Mas al que sólo da calamidades,
en padrón de ignominia lo convierte;
un hambre mala, devorante,
aguijándole va por la divina tierra,
y él la recorre, deshonrado,
de los dioses a par que de los hombres"
(Ilíada, 24,527ss).

Bello ejemplo de pensar mítico, que deja, lo mismo que el pensar lógico, flotante el problema *unde malum?*

tración que podrá llevar a cabo quien fuere por Dios juzgado digno de conocer también esta cuestión.

67. El eterno retorno

Yo no sé realmente qué provecho pensó sacar Celso en su escrito contra nosotros al tocar de pasada un dogma que necesitaría de larga y probable demostración que hiciera ver, en cuanto cabe, que "el ciclo de lo mortal es el mismo desde el principio al fin, y, según los períodos determinados, es forzoso que lo mismo haya sucedido siempre, suceda ahora y sucederá después". Si esto fuera verdad, se acabó nuestro libre albedrío. Efectivamente, si según los ciclos determinados es forzoso que siempre haya sucedido lo mismo, lo mismo suceda ahora y lo mismo haya de suceder después en el período de lo mortal, síguese evidentemente que Sócrates tendrá que ser siempre filósofo, y se le acusará de introducir nuevas divinidades y corromper a la juventud (XENOPH., *Memor.* I 1,1), y serán Anito y Meleto los que lo acusen y el consejo del Areópago quien lo condene a beber la cicuta. Por modo semejante, será eternamente necesario, según los períodos determinados, que Falaris[46] sea tirano y Alejandro de Feras cometa las mismas atrocidades, y que los condenados al toro de Falaris mujan siempre dentro del mismo. Si esto se concede, no sé cómo pueda mantenerse nuestro libre albedrío y quepan ya razonablemente alabanzas ni vituperios. Habrá que decir contra pareja hipótesis de Celso que, si el ciclo de lo mortal es el mismo desde el principio hasta el fin, y según los períodos determinados forzosamente ha sido siempre lo mismo y lo mismo es ahora y lo mismo será después, forzoso será también que Moisés salga siempre de Egipto con el pueblo de los judíos, y Jesús venga de nuevo al mundo para hacer lo mismo que ya hizo, no sólo una vez, sino infinitas, según los períodos. Es más, en los períodos determinados, los mismos serán cristianos, y otra vez, después de otras infinitas, escribirá Celso su libro contra ellos.

[46] Falaris fue tirano de Agrigento, famoso por su crueldad; murió en 549 antes de Cr. En el texto se alude a una de las atrocidades que se cuentan de él: meter a un hombre en un toro de bronce, y, abrasado, oír los mugidos del infortunado.

68. Los estoicos van más allá que Celso

Ahora bien, según Celso, sólo el período de lo mortal fue, es y será forzosamente el mismo según los ciclos determinados; pero la mayoría de los estoicos dicen que tal es no sólo el período de lo mortal, sino también el de lo inmortal y de lo que ellos tienen por dioses. En efecto, después de la conflagración universal que ya se ha dado infinitas veces y se dará otras infinitas, el mismo orden se estableció y el mismo se establecerá desde el principio hasta el fin. Sin embargo, para suavizar en lo posible los absurdos, dicen, no sé con qué razón, los estoicos que todos los que vengan según el período serán indistinguibles de los que fueron en períodos anteriores. Así, Sócrates no nacerá de nuevo, sino alguien indistinguible de Sócrates, que se casará con una mujer indistinguible de Jantipa y será acusado por señores indistinguibles de Anito y Meleto (cf. V 20). Ahora bien, yo no entiendo cómo el mundo haya de ser siempre el mismo y no sólo indistinguible uno de otro, y lo que en él acontezca no será lo mismo, sino solamente indistinguible. Sin embargo, más oportuno será discutir de propósito lo que dice Celso y lo que sientan los estoicos, pues alargarnos sobre ello no dice con el momento ni con el tema presente.

69. Dios, labrador que trabaja sobre el mundo

Después de esto dice Celso que "no se da al hombre lo visible, sino que cada cosa nace y perece por razón de la salud del todo, según el cambio de unas en otras de que antes he hablado" (IV 57.60). Superfluo es detenernos en la refutación de esta tesis, refutación que hemos expuesto ya según nuestras fuerzas. También hemos hablado sobre que "los males no puedan ser ni mayores ni menores". E igualmente sobre que "Dios no tenga necesidad de nueva corrección". Porque Dios no corrige al mundo cuando lo purifica por medio de un diluvio o una conflagración, como un hombre que ha construido algo deficientemente o ha fabricado un objeto contra las reglas del arte, sino para impedir que se propague más la inundación de la maldad, y, en mi opinión, aniquilándola del todo para provecho del universo. Ahora, si hay alguna razón, o no, para que después de ese aniquilamiento vuelva otra vez a brotar la maldad, es tema

que se examinará *ex professo* en otro tratado. Así, pues, por la nueva corrección, Dios quiere siempre instaurar lo caído; porque, si es cierto que, según el orden de la creación del universo, todo está por El ordenado de la manera más bella y segura, no por eso deja de ser necesario curar a los que sufren de la maldad y al mundo entero que está como manchado por ella. Y nunca se descuidó Dios, ni se descuidará, de hacer en cada tiempo lo que conviene que haga en un mundo mudable y cambiable. Y a la manera como el labrador, según las diferentes estaciones del año, ejecuta labores agrícolas distintas sobre la tierra y sus productos, así Dios ordena todos los siglos como una especie de estaciones, digámoslo así, haciendo en cada una de ellas lo que pide la raza noble para todo el universo. Y eso, en su pura verdad, sólo Dios lo conoce con entera claridad y sólo El lo lleva a cabo.

70. El mal es siempre malo

También sentó Celso cierta tesis acerca del mal, que es del tenor siguiente: "Aun cuando algo te parezca un mal, todavía no está averiguado que lo sea, pues no sabes lo que te conviene a ti, a otro o a todo el universo". Muestra realmente este modo de hablar alguna discreción; mas, por otra parte, da a entender que la naturaleza del mal no es de todo punto reprochable, pues cabe que sea conveniente para el todo lo que en un individuo es tenido por un mal [47]. No quisiéramos que nadie, malentendiendo lo que decimos, tomara ocasión de obrar mal, pensando que su maldad es útil, o, por lo menos, puede ser útil para el todo; por eso diremos que Dios, respetando nuestro libre albedrío, se vale de la maldad de los malos para la ordenación del universo, sometiéndolos al provecho del todo; mas no por eso deja de ser reprensible el malo, y como reprensible se le somete a un servicio que cada uno debe abominar por más que sea de provecho para el todo. Es como si se dijera que, en una ciudad, un reo de tales o tales crímenes, condenado por ellos a ciertos trabajos públicos, provechosos para la comunidad, ejecuta, desde luego, cosas útiles a la ciudad entera, pero él tiene que ocuparse en cosa que nadie, medianamente inteligente, quisiera para sí. Y Pablo, apóstol de Jesús, nos enseña

[47] El argumento está tomado de la teodicea estoica (cf. PLUTARCH., *Mor.* 1050e.1065b). Para el uso que de el hace Orígenes, cf. *De princ.* II 9,2; *Hom. in Ier.* XII 5. Se trata, en Celso, de otra escapatoria a la incontestable pregunta *unde malum?* Si algo es mal para mí, no comprendo cómo puede ser bien para el universo, del que yo soy parte.

que aun los más malvados contribuyen, desde luego, al bien del todo, pero ellos de por sí se hallan en estado abominable; los más útiles, empero, para el todo son los muy buenos, que tienen en sí mismos motivo para que se los coloque en el mejor lugar. He aquí sus palabras: *En una gran casa, no sólo hay utensilios de oro y plata, sino también de madera y arcilla, y unos para honor y otros para deshonor. Ahora bien, el que se purificase a sí mismo, será utensilio para honor, santificado y útil para su señor, apercibido para toda obra buena* (2 Tim 2,20). Me parece necesario poner esta acotación a la tesis de Celso: "Aun cuando algo te parezca un mal, todavía no está averiguado si lo es, pues no sabes lo que te conviene a ti o a otro", a fin de que nadie tome ocasión de este pasaje para pecar, imaginando que, por su pecado, será útil al todo.

71. La condescendencia divina

Después de esto, por no entender lo que se dice de Dios en las Escrituras, como si estuviera sujeto a pasiones humanas, se burla Celso de pasajes en que aparecen increpaciones de cólera contra los impíos y amenazas contra los que pecan. A lo que debemos decir que, así como nosotros, al hablar a niños pequeñitos, no desplegamos toda nuestra elocuencia en el decir, sino que acomodamos lo que decimos a la flaqueza de nuestros oyentes y hacemos lo que nos parece conveniente para la conversión y corrección de los niños como niños; así parece que el Verbo de Dios dispuso las Escrituras, atemperando lo que convenía decir a la capacidad y provecho de los oyentes. Y, de modo general, acerca de este modo de predicar las cosas de Dios se dice así en el Deuteronomio: "Ha condescendido contigo el Señor Dios tuyo, como condescendería un padre con su hijo" (Deut 1,31; cf. Act 13,18). Así habla la Escritura, como si dijéramos, tomando carácter humano para bien de los hombres. Nada, en efecto, hubieran sacado las muchedumbres de que Dios, asumiendo el papel que a su majestad convenía, les hubiera dicho lo que a ellas tenía que decir. Sin embargo, el que se consagre a explicar las divinas Escrituras, si sabe contrastar lo que dicen espiritualmente con los que se llaman espirituales (1 Cor 1,13), hallará, por ellas mismas, el sentido de lo que dicen para los débiles y lo que consignan para los inteligentes, que muchas veces se encuentra en el mismo texto para quien sabe leerlo.

72. La ira de Dios

Nosotros hablamos realmente de la ira de Dios, pero no entendemos sea una pasión suya, sino algo de que se vale para castigar de manera dura a los que han cometido pecados particularmente graves. Ahora, que la llamada ira de Dios y el que se dice furor suyo se ordenen a nuestra corrección, y que ésta sea la doctrina de la misma palabra de Dios, se ve por lo que se dice en el salmo 6: *Señor, no me arguyas en tu furor ni me corrijas en tu ira* (Ps 6,2); y en Jeremías: *Corrígenos, Señor, pero con juicio, y no con furor, no sea que nos reduzcas a pocos* (Ier 10,24). En el libro segundo de los Reyes (2 Reg 24,1) puede leerse que la ira de Dios persuadió a David a hacer el censo del pueblo, y en el primero de los Paralipómenos (1 Par 21,1) se dice haber sido el diablo; el que compare entre sí ambos pasajes, comprenderá a qué fin se ordena la ira—una ira de la que Pablo afirma que somos todos hijos cuando dice: *Eramos por naturaleza hijos de ira como los demás* (Eph 2,3).

Que la ira no es una pasión en Dios, sino que cada uno se la atrae por sus pecados, nos lo pondrá Pablo de manifiesto en este texto: *¿Es que desprecias la riqueza de su bondad, de su paciencia y longanimidad, por no caer en la cuenta de que la bondad de Dios te está llamando a penitencia? Mas por tu obstinación y por la impenitencia de tu corazón, acumulas para ti mismo ira en el día de la ira y de la manifestación del justo juicio de Dios* (Rom 2,4s). ¿Cómo puede, pues, acumular cada uno para sí mismo ira en el día de la ira, si por ira se entiende una pasión? Además, la palabra divina nos enseña que no nos airemos en absoluto, y así dice en el salmo 36: *Cesa en tu ira y abandona el furor* (Ps 36,8), y en Pablo: *Deponed también vosotros todo esto: la ira, el furor, la maldad, la blasfemia y palabras torpes* (Col 3,8), y no iba a atribuir a Dios una pasión de que quiere nos apartemos nosotros enteramente.

Otro punto por donde es evidente que ha de entenderse figuradamente lo que se dice de la ira de Dios es que también se le atribuye el sueño, del que parece quererlo despertar el profeta cuando dice: *Levántate. ¿Por qué duermes, Señor?* (Ps 43,24); y otra vez: *Se levantó el Señor como de un sueño, como un guerrero embriagado de vino* (Ps 77,65). Si, pues, el sueño significa cosa distinta de lo que pudiera entender una interpretación superficial de la palabra, ¿por qué no habrá de entenderse de modo parecido lo que se diga de la ira?

En cuanto a las amenazas, son anuncios de lo que les vendrá a los malos. En este sentido se podrían también llamar amenazas lo que dice un médico al paciente: "Te tendré que cortar y aplicarte el cauterio si no obedeces a mis prescripciones y no sigues este o el otro régimen de comidas y no te conduces así o asá". No atribuimos, pues, a Dios pasiones humanas, ni sostenemos sobre El ideas impías, ni erramos al exponer, comparándolas entre sí, las explicaciones que tomamos de las mismas Escrituras. Ni los que entre nosotros predican inteligentemente la palabra de Dios se proponen otra cosa que librar en lo posible de su simpleza a los oyentes y hacerlos inteligentes.

73. Celso promete dar razón del universo

Como consecuencia de no entender lo que se escribe de la ira de Dios, dice Celso: "¿Cómo no tener por ridículo que, tratándose de un hombre que se irritara contra los judíos, los aniquilara del menor al mayor, pegara fuego a sus ciudades y así dejaran de existir; pero, tratándose del Dios supremo, que, como dicen, se irrita, y enfurece y amenaza, envíe a su hijo y sufra cosas tales?" Ahora bien, si los judíos, después de hacer con Jesús lo que se atrevieron a hacer, perecieron del menor al mayor y vieron abrasadas sus ciudades, todo eso padecieron no por otra ira sino por la que ellos se acumularon para sí mismos; pues el juicio de Dios que, por disposición del mismo Dios, vino sobre ellos, recibe por uso tradicional de los hebreos el nombre de ira. En cuanto al Hijo del Dios supremo, padece voluntariamente por la salud de los hombres, como hemos expuesto, según nuestras fuerzas, más arriba (I 54.55.61; II 16.23).

Luego dice: "Mas para que nuestro argumento no se circunscriba únicamente a los judíos (pues no me propongo hablar de ellos), sino que se extienda, como prometí (IV 52), a toda la naturaleza, expondré con más claridad lo anteriormente dicho". ¿Qué hombre modesto que lea estas frases y tenga el sentimiento de la flaqueza humana, no se irritará de la irritante arrogancia de quien anuncia que va a dar cuenta y razón de toda la naturaleza, arrogancia pareja a la que mostró dando a su libro el título que lleva? Pues veamos qué es lo que promete decir acerca de toda la naturaleza y qué es lo que va a poner en claro.

74. El hombre, fin principal de las cosas

Luego nos recrimina largo y tendido por decir que Dios lo ha hecho todo para el hombre. Y quiere demostrar, por la historia de los animales y por la industria de que dan pruebas, que todo se produce no menos por razón de los animales irracionales que de los hombres. Y paréceme a mí hablar Celso como quienes, llevados del odio de sus enemigos, acusan a éstos de lo mismo por que son alabados sus mejores amigos. Porque así como a éstos los ciega el odio para no ver que están acusando a sus mejores amigos en lo mismo que piensan vituperar a sus enemigos; así Celso, hombre de pensamiento confuso, no vio que acusa a los filósofos de la Stoa, que, no sin razón, anteponen al hombre y, en general, a la naturaleza racional, a todos los irracionales. Por esta naturaleza racional dicen ellos que hizo principalmente la providencia todas las cosas. Lo racional, como cosa principal que es, tiene razón de hijos que nacen; lo irracional, empero, y lo inanimado lo tiene de membrana que se forma a par del niño. Yo, por mi parte, me pongo esta comparación: los inspectores de los víveres y del mercado sólo cumplen su cargo por razón del hombre, pero gozan también de lo que sobra los perros y otros animales; así la providencia provee principalmente a los racionales; pero, por concomitancia, de lo que se hace por razón de los hombres gozan también los irracionales. El que dijera que los encargados del mercado no proveían más a los hombres que a los perros por el hecho de que también los perros gozan de la abundancia de los víveres, cometería un error; por el mismo caso, Celso y los que piensan como él, cometen una impiedad contra Dios, que provee a los racionales, al afirmar que todo esto no se da más para alimentar a los hombres que a las plantas y árboles, a las hierbas y espinas [48].

[48] Orígenes mismo nota que esta ordenación del universo al hombre es doctrina estoica. Nadie creo yo se asimiló esta doctrina con tan envidiable optimismo como nuestro clásico P. Luis de Granada. Toda la primera parte del *Símbolo de la fe*, tan henchida de páginas maravillosas, está fundada en esa doctrina. He aquí una síntesis de ella: "Mas entre todas ellas es mucho para considerar de la manera que todas (como una música concertada de diversas voces) concuerdan en el servicio del hombre, para quien fueron criadas, sin haber una sola que se exima de su servicio, y que no le acarree algún provecho, y pague algún tributo temporal o espiritual. En lo cual se ha de considerar cómo todas las cosas en este ministerio se ayudan unas a otras, como diversos criados de un señor que, teniendo diferentes oficios, se emplean todos, cada cual de su manera, en el servicio del señor. De lo cual resulta esta armonía del mundo, compuesta de infinita variedad de cosas, reducidas a esta unidad susodicha, que es el servicio del hombre. Pongamos ejemplo, comenzando del mismo hombre: el cual, según Aristóteles dice, es como fin para cuyo servicio la divina providencia diputó todas las cosas deste mundo in-

75. Todo es obra de Dios

Porque piensa primeramente "no ser obras de Dios los truenos, relámpagos y lluvias", con lo que ya epicureiza con alguna mayor claridad; y en segundo lugar afirma que, "aun concediendo que todo ello sea obra de Dios, no sucede más para alimentarnos a nosotros que a las plantas y árboles, yerbas y espinas", con lo que sienta, como verdadero epicúreo, que todo esto sucede al acaso y no por providencia. Y es así que, si todo esto no nos aprovecha a nosotros más que a las plantas y árboles, a las hierbas y espinas, es evidente que no proceden de la providencia, o, en todo caso, no de una providencia que se cuide más de nosotros que de los árboles, la hierba y las espinas. Cada uno de los dos extremos es claramente impío, y fuera necio contradecir tales cosas, cuando impugnamos al que nos acusa de impiedad. A cualquiera se le alcanza, por lo dicho, quién es el impío.

Luego dice: "Aunque se diga que todo esto se cría para los hombres (se trata evidentemente de las plantas y árboles, de las hierbas y espinas), ¿qué razón hay para decir que nacen más bien para los hombres que para los más fieros animales?" Diga, pues, Celso sin rebozo que tamaña variedad de productos de la tierra no es obra de la providencia, sino que un concurso fortuito de átomos produjo tantas cualidades. Si por casualidad también serían semejantes entre sí tantas especies de plantas, árboles y hierbas, no habría habido una razón artífice que las creara, ni tendrían su origen en una inteligencia que sobrepasa toda admiración. Pero nosotros, los cristianos, que estamos consagrados al Dios único que creó todas estas cosas, damos también gracias al artífice de ellas porque nos preparó tan magnífico hogar a nosotros y, por causa nuestra, a los animales que están a nuestro servicio:

ferior. Pues éste, primeramente, tiene necesidad del servicio de diversos animales para mantenerse de sus carnes, para vestirse y calzarse de sus pieles y lanas, para labrar la tierra, para llevar y traer cargas y aliviar con esto el trabajo de los hombres. Estos animales tienen necesidad de yerba y pasto para sustentarse. Este se cría y cresce con las lluvias que riegan la tierra: éstas se engendran de los vapores que el sol hace levantar así de la tierra como de la mar. Estos han menester vientos para que los lleven de la mar a la tierra. Los vientos proceden de las exhalaciones de la tierra. Para esto son necesarias las influencias del cielo, y el calor del sol que las saque della, y levante a lo alto. El cielo tiene necesidad de la inteligencia que lo mueva, y ésta, de la primera causa, que es Dios, para que la conserve y sustente en el oficio que tiene. Desta manera podríamos poner ejemplo en todas las otras cosas criadas, y mostrar cómo se ayudan y sirven unas a otras, y todas, finalmente, se ordenan y reducen al servicio del hombre, para el cual fueron criadas" (*Símbolo de la fe*, ed. BAE, p.191).

Así para el ganado pastos creas,
y en servicio del hombre verde hierba,
y el pan se saque de la tierra, y dulce vino
que regocije el corazón del hombre.
La cara con el óleo resplandece
y el pan conforta el corazón del hombre.
(Ps 103,14s.)

Y que Dios preparara también alimento para los más fieros animales, nada tiene de maravillar, pues otros filósofos dijeron que también estos animales fueron creados para ejercicio del animal racional [50], y uno de nuestros sabios dice en algún lugar: *No digas: ¿Qué es esto o para qué es esto? Porque todo ha sido creado para sus fines. Ni digas tampoco: ¿Qué es esto o para qué? Porque todo se buscará en su momento oportuno* (Eccli 39,26,40).

76. La necesidad, madre de las artes

Luego Celso, en su tema de que la providencia no creó más bien para nosotros que para los más feroces animales los productos de la tierra, dice: "A la verdad, nosotros, con fatigas y trabajos, apenas si a fuerza de sudores logramos nuestro sustento; para ellos, empero, "todo nace sin siembra y sin arado" (*Odyssea* 9,109; cf. LUCR., *Rerum nat.* 218ss). Y es que no vio que, queriendo Dios que se ejercitara la inteligencia humana, para que no permaneciera ociosa e ignorante de las artes, hizo al hombre necesitado. Así su necesidad misma le obligaría a inventar las artes, unas para alimentarse, otras para protegerse. Y, en efecto, para los que no habían de inquirir las cosas divinas ni consagrarse a la filosofía, mejor les era carecer de las cosas a fin de sentirse acuciados a inventar las artes por el uso de su inteligencia que no, por abundar de todo, dejar su inteligencia sin cultivo. Lo cierto es que la carencia de lo necesario para la vida inventó la agricultura, el cultivo de la vid, las artes de la huerta, no menos que las de carpintería y herrería, que proporcionan instrumentos para las artes al servicio de la comida. La necesidad de protección o vestido inventó, por otra parte, el arte textil, de cardar la lana y de hilar y, de otra, la arquitectura o arte de construir. La indigencia de lo necesario para la vida hizo también que, gracias a la navegación y arte náutica, los productos de una parte se transporten a

[50] Es la opinión estoica; cf. *infra* IV 78.

otra en que carecen de ellos. De modo que, en este aspecto, es de admirar la providencia por haber hecho convenientemente al animal racional más indigente que a los irracionales [60]. Así se explica que los irracionales tengan a mano su alimento, pues no les queda ni ocasión para inventar artes; y tienen también vestido natural, unos de pelos, otros de plumas, quiénes de escamas, quiénes de conchas. Sea esto dicho en respuesta a la frase de Celso que dice: "Nosotros, a la verdad, con fatigas y trabajos, apenas si a fuerza de sudores logramos alimentarnos; para ellos, empero, todo nace sin siembra y sin arado".

77. El día y la noche, al servicio del hombre

Luego, olvidándose de que su objeto es acusar a judíos y cristianos, alega contra sí mismo el verso yámbico de Eurípides, que contradice su opinión, y, acometiendo derechamente contra la sentencia, la tacha de mal dicha. He aquí las palabras de Celso: "Y si se alega el verso de Eurípides:

"Sol y noche / para servir están a los mortales"
(Poiniss. 546; cf. *supra* IV 30),

¿por qué más a nuestro servicio que al de las hormigas y moscas? Porque también a ellas la noche les sirve para descansar y el día para ver y trabajar". Lo que resulta claro es que ya no son sólo cristianos y judíos los que han dicho que el sol y cuanto hay en el cielo está a nuestro servicio, sino también el que, según algunos C(LEM. A., *Strom.* V 70,2; ATHEN., 158e.651a), es el filósofo de la escena, que siguió las lecciones de Anaxágoras sobre la naturaleza (DIOG. LAERT., II 10 *alibi).* Aquí toma, por sinécdoque, un solo ser racional, que es el hombre, y dice que todo en el universo está ordenado a servir a todos los seres racionales, y por el universo se toman a su vez, por sinécdoque, "el sol y noche que están para servir a los mortales". O acaso también llamó día el poeta trágico al sol que produce el día, enseñando que

[60] Esto recuerda el origen platónico de la *polis* o estado, que nace de la necesidad que unos hombres tienen de otros; cf. *Pol.* 369bc-371a. Virgilio cantó también la necesidad como madre de la civilización *(Georg.* I 121ss):

"El mismo Jove
divino Institutor de la cultura,
de abrojos erizar quiso el camino,
él fundó el arte de mover la tierra,
con la necesidad estimulando
humanos pechos y vedó por siempre
que en letárgica paz yazgan sus reinos"
(Versión M. A. Caro).

los seres que más necesitan del día y de la noche son los que están bajo la luna; no así otros, en el grado que los ponemos sobre la tierra. El día, pues, y la noche, que se hicieron por razón de los seres racionales, están al servicio del hombre. Mas, si de lo que se hizo por razón de los hombres gozan también de refilón hormigas y moscas, que trabajan de día y descansan por la noche, no por eso se debe decir que el día y la noche se hicieron también para hormigas y moscas. No, lo que debe pensarse es que, por designio de la providencia, fueron hechas por razón del hombre, y no por otra razón.

78. El hombre, rey de los animales

Luego se objeta a sí mismo lo que se dice en favor de los hombres, de que por su causa fueron creados los animales irracionales, y dice: "Y si alguien nos llamara reyes de los animales, por el hecho que nosotros cazamos a los animales irracionales [51] y nos los comemos, le responderemos: ¿Por qué no habremos sido nosotros con más razón hechos para ellos, puesto que ellos nos cazan y se nos comen? Más que más que nosotros necesitamos de trampas y armas, y de muchos hombres y perros que nos ayuden a darles caza; a ellos, empero, desde el primer momento y de por sí la naturaleza les proveyó de armas con que nos someten fácilmente a su dominio". Mas aquí justamente puede verse la gran ayuda que se nos ha dado en la inteligencia, muy superior a toda arma que parezcan tener las fieras. Así, los que somos corporalmente mucho más débiles que muchos [52] animales y muy inferiores a algunos en volumen, dominamos por nuestra inteligencia a las fieras, y cazamos a los enormes elefantes. A los que por su naturaleza son capaces de domesticarse, los sometemos a nuestra mansedumbre; los que no son domesticables o cuya domesticación no nos parece haya de reportarnos utilidad, con toda seguridad por nuestra parte, cuando queremos, por muy fieras que sean, los tenemos encerrados; y, cuando necesitamos alimentarnos de sus carnes, los matamos como si fueran mansos. En conclusión, el Creador hizo esclavos a todos los animales del animal racional y de la inteligencia natural. Y hay menesteres para los que nos valemos de los perros, por ejemplo, para guardar los ganados de bueyes u ovejas y de las casas, y otros para los que nos servimos de bueyes, como para la agricultura; para otros, en fin, echamos mano de

[51] τὰ ἄλλα ζῷα M: τὰ ἄλογα ζῷα Philocalia.
[52] πολλῶν add. Wif.

bestias o animales de carga[53]. Por modo semejante se dice también que se nos han dado las especies de leones, osos, leopardos y jabalíes para ejercitar los gérmenes de valor que hay en nosotros (cf. IV 75).

79. En los orígenes del mundo

Luego se dirige contra la casta de hombres que se dan cuenta de su propia superioridad por la que sobrepasan a los irracionales: "A lo que vosotros decís que Dios os haya dado capacidad para cazar a las fieras y aprovecharos de ellas, os diremos que, probablemente, antes de existir ciudades, y artes y sociedades como las actuales, armas y redes, los hombres eran arrebatados y comidos por las fieras, pero hubo de ser rarísimo que las fieras fueran cazadas por los hombres". Sobre esto es de ver que, si es cierto que los hombres cazan a las fieras y las fieras arrebatan a los hombres, hay mucha diferencia entre los que, por su inteligencia, superan a las que sólo sobresalen por su ferocidad y crueldad y dominan los que no se valen de su inteligencia para no sufrir nada de parte de las fieras. En cuanto a eso de "antes de haber ciudades y artes y sociedades como las actuales", paréceme ser cosa de quien ha olvidado lo que antes dijera sobre que "el mundo es increado e incorruptible y que sólo en la tierra se dan los cataclismos y conflagraciones, y que ni siquiera vienen sobre toda la tierra a la vez tales catástrofes" (cf. I IV 41). Así, pues, como los que suponen un mundo increado no pueden señalar su comienzo, así tampoco un tiempo en que no había ciudades ni se habíán inventado por ninguna parte las artes. Mas demos que le concedamos eso, que está en consonancia con nuestra doctrina, aunque no con la de él ni con lo que arriba dijo: ¿qué tendrá que ver esto para probar que a los comienzos los hombres eran arrebatados y comidos por las fieras, pero las fieras no eran cazadas por los hombres? Porque si el mundo fue hecho por designio de la providencia y Dios preside al universo, es forzoso que las chispas del género humano (PLAT., *Leg.* 677b) estuvieran a los comienzos bajo cierta custodia de seres superiores, de suerte que, al principio, hubo estrecho comercio de la naturaleza divina con los hombres. Así lo comprendió el poeta de Ascra cuando dijo:

[53] Desenvolvimientos estoicos; cf. CIC., *De nat. deor.* II 60,150,2, o la *Introducción al Símbolo de la fe* del P. Granada.

"Comunes los banquetes, los asientos
unos fueron entonces a los dioses inmortales
y a los hombres a muerte condenados".

(HES., fragm.82 [216], ed. Rzach.)

80. Los primeros hombres según la Biblia

La misma palabra divina, de que es autor Moisés, nos presenta a los primeros hombres que oyen la voz y oráculos divinos y ven a veces a ángeles de Dios que venían a visitarlos. Y es verosímil que, al principio del mundo, gozara la naturaleza humana de mayor ayuda, hasta que, avanzando en inteligencia y demás virtudes e inventadas las artes, pudieran vivir por sí mismos, sin necesidad de la tutela y gobierno de quienes, con sus apariciones maravillosas, servían a la voluntad de Dios. Síguese de ahí ser mentira que, a los comienzos, fueran los hombres arrebatados y comidos por las fieras, pero que rarísima vez se daría el caso de que las fieras fueran cazadas por los hombres. Y por aquí se ve también claro ser mentira lo que dice igualmente Celso: "De suerte que, en este aspecto, Dios sometió más bien los hombres a las fieras". No, Dios no sometió los hombres a las fieras, sino que las hizo capturables por su inteligencia y por las trampas contra ellas, obra de la inteligencia. Y es así que, no sin asistencia divina, inventaron los hombres modos de salvarse de las fieras y lograr dominio sobre ellas.

81. La vida social de algunos animales

Mas este ilustre señor no se percata de que destruye, en cuanto de él depende, doctrinas provechosas de muchos filósofos que admiten la providencia y sientan que todo lo hace por razón de los seres racionales, juntamente con la armonía que en este punto tienen con ellas los cristianos; ni ve tampoco qué gran daño y obstáculo resulta para la piedad admitir la tesis de que, para Dios, no hay diferencia alguna entre hormigas, abejas y hombres. De ahí que diga: "Mas si parece que los hombres se distinguen de los animales porque edificaron [54] ciudades y establecen una constitución política, autoridades y mando supremo, eso no prueba nada, pues lo mismo hacen las hormigas y abejas. Así, las abejas tienen una reina, con

[54] ᾤκησαν M: ᾤκισαν codd. C, K. tr.

su séquito y servidumbre, y entre ellas hay guerras y victorias, y se mata [55] a los vencidos; hay ciudades, y hasta suburbios o arrabales, y relevo en el trabajo y procesos contra los holgazanes y malos; por lo menos expulsan y castigan a los zánganos". Tampoco aquí vio Celso la diferencia que va de lo que se ejecuta por razón y cálculo y lo que procede de la naturaleza irracional y de la mera habilidad del instinto. La causa de esas obras no es una razón inherente a los que las hacen, puesto que no tienen razón alguna, sino que el eterno Hijo de Dios y rey de cuanto existe creó una naturaleza irracional o instinto para ayuda, irracional, de los seres que no han sido dotados de razón [56].

Ahora bien, ciudades sólo han existido entre los hombres con sus muchas artes y ordenaciones legales; en cuanto a constituciones políticas, autoridades y mandos supremos, o son las que así se llaman propiamente, ciertas disposiciones y operaciones virtuosas, o las que, abusivamente, se denominan así por imitar, en lo posible, aquéllas; a ellas, efectivamente, miraron los excelentes legisladores al establecer las mejores constituciones políticas, autoridades y mandos supremos. Nada semejante cabe hallar entre los irracionales, por más que Celso traslade a hormigas y abejas nombres que indican razón y puestos a cosas racionales, como son los de ciudad, constituciones políticas, autoridades y mandos supremos. Por todo lo cual no hay para qué alabar a las hormigas o abejas, pues no obran por razón; de admirar es, en cambio, la naturaleza divina que extiende a los irracionales una como imitación de lo racional. Acaso para confundir a los racionales, que, al contemplar las hormigas, se volverán más trabajadores y más dados a almacenar lo que pueda serles de provecho; y al considerar las abejas, obedecerán al que manda y dividirán el trabajo útil a la constitución política para salud de las ciudades.

82. Prosigue el tema de las abejas

Tal vez también esa especie de guerras que se dan entre las abejas sea una lección de cómo hayan de hacerse las guerras justas y ordenadas si alguna vez han de hacerse entre los hombres. En cuanto a ciudades y arrabales, no exiten entre las abejas, sino colmenas y sus celdas hexagonales, y

[55] αἱρέσεις M y Philocalia; ἀναιρεσέις K. tr.
[56] Hoeschel y Spencer leyeron: τοῖς οὐκ ἀξιωθεῖσι λόγου y conforme a ello. traduce Chadwick; pero Delarue nota: "sed a Philocalia recte abest particula negativa οὐκ". El sentido sería que el instinto de los irracionales ayuda a los racionales.

el relevo en el trabajo, todo por razón de los hombres que emplean la miel para muchas cosas, para curación de cuerpos enfermos y para alimento puro. Tampoco debe compararse lo que las abejas hacen contra los zánganos con los juicios contra holgazanes y malvados en las ciudades, ni con los castigos que se les imponen; como antes dije (IV 81), debemos más bien admirar en estas cosas a la naturaleza [57], y también al hombre, que es capaz de reflexionar sobre todo y ordenarlo todo, como auxiliar de la providencia; y no sólo lleva a cabo las obras de la providencia de Dios, sino también las de su propia providencia.

83. La hormiga compasiva

Ya que ha hablado Celso de las abejas con el fin de vilipendiar no sólo entre cristianos, sino entre todos los hombres, las ciudades y constituciones políticas, las autoridades y mandos supremos y las guerras hechas por la patria, añade ahora el elogio de las hormigas. Su intento con este elogio es rebajar [58] el cuidado del hombre por su comida, y, con su razonamiento sobre las hormigas, desacreditar la previsión del invierno [59], por no tener nada que supere la previsión irracional de las hormigas en lo que él se imagina verla. Dice Celso sobre las hormigas que, "cuando ven una compañera cansada, se quitan unas a otras la carga". Ahora bien, ¿no pudiera con esto desviar, por lo menos en cuanto de él depende, a algún hombre sencillo, de los que no son capaces de penetrar la naturaleza de todas las cosas, de los que ven agobiados por la carga, y de tomar parte de sus fatigas? Alguno, en efecto, que necesite la instrucción de la palabra divina y que no la entiende en absoluto, podrá decir: "Si, pues, en nada nos distinguimos de las hormigas, ni siquiera cuando ayudamos a los cansados de llevar pesos muy graves, ¿a qué hacemos en vano cosa semejante? Las hormigas, desde luego, como irracionales que son, no hay peligro de que se ensoberbezcan por comparar sus obras con las de los hombres; los hombres, empero, que, por su razón, son capaces de oír de qué manera se vilipendia su amor a los demás, sí que

[57] θείαν φύσιν M: θείαν om. Philocalia.

[58] παραβάλῃ τῷ λόγῳ M: καταβάλῃ καὶ τῷ λόγῳ K. tr.

[59] "Y paso por alto los graneros de las hormigas y sus administradores, con depósito de víveres suficientes para el tiempo, y todo lo demás que conocemos por haberse investigado acerca de sus caminos y guías y de su disciplina en el trabajo", dice Gregorio de Nacianzo, discípulo de Orígenes, en su *Orat. theol.* II 25 (ed. Jos. Barbel [1953] p.111ss). Ahí canta otras maravillas del instinto animal, y es notable que pone las obras de los irracionales por encima de las del arte o industria humana, con lo que se acercaría (según la letra) más a Celso que a Orígenes.

pueden recibir de suyo daño de Celso y de sus palabras. Y es que no vio, en su afán de apartar del cristianismo a los que leyeran su libro, que aparta también a los no cristianos de la compasión para los que gimen bajo las más graves cargas. Su deber era, empero, si era filósofo, que sintiera el amor a sus semejantes, no destruir, a par del cristianismo, las doctrinas provechosas a los hombres, sino favorecer, en lo posible, aquellas bellas cosas que el cristianismo comparte con el resto de los hombres.

Y en cuanto a que las hormigas atacan a los gérmenes de los frutos que recogen para que no germinen, sino les duren para comer todo el año, el hecho no ha de atribuirse a una razón que se diera en ellas, sino a la naturaleza, madre universal (CLEM. ALEX., *Paid.* II 85,3), que de tal manera adornó a los irracionales que no dejó ni al más pequeño sin alguna huella de la razón natural. A no ser que Celso (que gusta de platonizar en muchos puntos) no quiera dar solapadamente a entender que toda alma es de la misma forma (PLAT., *Tim.* 60cd; cf. *supra* IV 52) y que el alma del hombre no difiere en nada de la de hormigas y abejas; teoría de quien hace bajar el alma de la bóveda del cielo para entrar no sólo en un cuerpo humano, sino en cualquier otro cuerpo (PLAT., *Phaidr.* 246b-247b). Los cristianos no aceptarán nada de eso, pues de antemano han comprendido que el alma humana fue creada a imagen de Dios, y ven ser imposible que la naturaleza, creada a imagen de Dios, pierda de todo punto la marca que lleva y tome otra, no sabemos a imagen de qué animales irracionales.

84. Las hormigas, ¿seres racionales?

Dice además que "a las hormigas muertas les destinan las vivas un lugar aparte, y éste hace para ellas de sepulcro familiar". A lo cual hay que decir que cuanto más alto elogio haga de los animales irracionales, tanto más exalta (aun sin quererlo) la obra del Verbo, que lo ordena todo. Y no menos muestra la industria del hombre que sabe vencer por su razón hasta las ventajas de los animales irracionales. Mas ¿a qué hablar de irracionales, cuando a Celso no le parecen ser siquiera irracionales los que, según las nociones comunes a todos, así se llaman? Por lo menos no opina que las hormigas sean irracionales ese que nos anunció iba a hablarnos de toda la naturaleza (IV 73) y alardea de la verdad en el título mismo de su libro. Dice, en efecto, de las hormigas,

como si tuvieran diálogos entre sí, lo siguiente: "Además, cuando se encuentran unas con otras, traban conversación entre sí, por lo que no yerran los caminos. De donde se sigue que poseen una razón perfecta y nociones comunes de ciertas cosas universales y voz para expresar lo que les pasa". El conversar uno con otro se hace por medio de la voz, que expresa algún pensamiento, y muchas veces cuenta lo que se llaman casos fortuitos; ahora, atribuir cosa igual a las hormigas, ¿no será el colmo de lo ridículo?

85. Hombres y hormigas, mirados desde el cielo

Y, para que lo indecoroso de sus doctrinas quede también patente a los por venir, no tiene pudor de añadir a todo eso lo que sigue: "Ea, pues, si uno mirara desde el cielo a la tierra, ¿en qué le parecería diferente lo que hacemos nosotros y lo que hacen hormigas y abejas?". El que, en esta hipótesis, mirara del cielo a la tierra contemplando las obras de los hombres y lo que hacen las hormigas, ¿no es así que verá los cuerpos de hombres y hormigas, pero no tendrá en cuenta la mente racional, que se mueve por el discurso, de un lado, y la mente irracional, de otro, movida sólo, irracionalmente, por impulso e imaginación, acompañada de cierta natural habilidad efectiva? Pero es absurdo que quien mirara lo que se hace en la tierra quisiera contemplar desde pareja distancia los cuerpos de hombres y hormigas, y no le interesara mucho más ver las distintas naturalezas de las mentes y discernir si la fuente de los impulsos es racional o irracional. Porque una vez vista esa fuente de todos los impulsos, se le aparecería evidente la diferencia y excelencia del hombre, no sólo sobre las hormigas, sino sobre los mismos elefantes. Efectivamente, por muy grandes que sean sus cuerpos, no vería otro principio sino (digámoslo así) el de la irracionalidad; en los racionales, empero, vería la razón, que es común al hombre con los seres celestes y divinos y acaso con el mismo Dios supremo, a cuya imagen se dice haber sido creado (Gen 1,26s), pues la imagen del Dios supremo es el Logos o razón (Col 1,15; 2 Cor 4,4).

86. Los animales, también «magos»

Luego, como si estuviera empeñado en una especie de lucha por rebajar al género humano y ponerlo al nivel de los irracionales, no quiere omitir nada de lo que se cuenta

de los animales y muestre su superioridad, y así dice que también la magia se da en algunos de ellos, para que tampoco se gloríe en eso particularmente el hombre ni blasone de su excelencia sobre los irracionales. He aquí sus palabras: "Y si algún orgullo sienten los hombres por la magia, cierto es que también en esto son más sabias las serpientes y águilas. Por lo menos conocen muchos remedios y medicinas, y en particular las virtudes de ciertas piedras para salud de sus crías. Cosas que, cuando los hombres dan con ellas, se imaginan poseer un tesoro". Primeramente, yo no sé por qué razón llamó Celso magia la experiencia o conocimiento natural que los animales tengan de ciertos remedios cuando el nombre de magia suele aplicarse a cosa distinta. Si no es que, por lo visto, como buen epicúreo, intenta solapadamente desacreditar toda práctica mágica, como cosa que estriba sólo en la charlatanería de los hechiceros. Demos, sin embargo, de barato que los hombres, sean hechiceros o no, se enorgullecen mucho de esta ciencia; ¿cómo decir ya sin más que las serpientes saben más que los hombres por el hecho de que se valgan del hinojo para la agudeza de la vista y la celeridad del movimiento, siendo así que ese remedio físico sólo lo alcanzan por instinto y no por raciocinio? Los hombres, empero, no llegan a eso mismo por puro instinto natural, a la manera de las serpientes, sino parte por experiencia, parte por razón y, a veces, por raciocinio y ciencia. Lo mismo se diga sobre que las águilas hayan encontrado la piedra llamada de su nombre que llevan al nido para salud de sus crías [60]. ¿Cómo concluir de ahí que son las águilas más sabias que los hombres, que, por su razón e inteligencia, fundándose en la experiencia, han hallado el mismo remedio que a las águilas les fue dado por la naturaleza?

87. Las cuatro cosas mínimas

Mas demos que los animales conocen además otros remedios; ¿qué tendrá que ver esto con la tesis de que no sea el instinto natural, sino la razón la que encontró en ellos tales remedios? De haber sido la razón la inventora, no se daría sólo ése, aisladamente, en las serpientes, o, si se quiere, un segundo y hasta un tercero, y otro en las águilas, y así sucesivamente en los otros animales, sino que se darían tan-

[60] Piedra del águila o etites (ἀετίτης) que se creía llevaban las águilas al nido para facilitar a la hembra la puesta de los huevos; cf. PLINIO, *Nat. Hist.* X 12; XXXVI 149-151; AELIAN., *N. H.* I 35; PHILOSTR., *Vita Apoll.* II 14; AETIUS AMIDENUS, II 32 (*Corp. med. gr.* VIII 1 [1935] p.166) (referencia de Chadwick a h.l.).

tos como en los hombres. Mas lo cierto es que, del hecho de que los remedios se inclinan aisladamente a la naturaleza de cada animal, se sigue patentemente no haber en ellos sabiduría ni razón, sino cierto instinto o disposición natural, creada por el Logos, para tales remedios con miras a salvar su vida. Sin embargo, si quisiera atacar en esto de frente a Celso, me valdría de una sentencia de Salomón, tomada de los Proverbios, que dice así: *Cuatro cosas hay mínimas sobre la tierra, pero que son más sabias que los sabios: las hormigas, que no tienen fuerza y, sin embargo, preparan su sustento en el verano; los damanes, casta inválida, pero que tienen sus manidas en las rocas; la langosta, que no tiene rey, pero marcha, como a una orden, en escuadrón cerrado; y el lagarto, que se apoya en las manos, es fácilmente asible, pero habita en los palacios de los reyes* (Prov 30,24s). Pero no me valgo de este texto por tenerlo por claro, sino que, de acuerdo con el título del libro, que es Proverbios, lo investigo como enigmático. Y es así que estos hombres tienen por costumbre dividir en muchas especies las sentencias, que dicen una cosa a primera vista y otra enuncian en su sentido secreto; y una de esas especies son los proverbios. Así se explica que se escriba haber dicho nuestro Salvador: *Todo esto os lo he dicho en proverbios; mas viene la hora en que ya no os hablaré en proverbios* (Io 16,25). No son, pues, estas hormigas literales más sabias que los mismos sabios, sino las significadas por la forma proverbial. Y lo mismo hay que decir de los otros animales. Pero Celso tiene los libros de judíos y cristianos por la cosa más simple y vulgar, y opina que quienes los entienden alegóricamente no hacen sino violentar la mente de los autores (I 17; IV 38.51). Queden, pues, refutadas también así sus vanas calumnias; refutado también en lo que dice y afirma de serpientes y águilas como más sabias que los hombres.

88. ¿Conocen a Dios los animales?

Luego quiere sostener también, largamente, que las nociones sobre lo divino no son superiores en el género humano a las que se dan en todos los seres mortales; según él, algunos animales irracionales tienen ideas acerca de Dios, sobre el que tantas diferencias de sentir reinan entre los más inteligentes de todo el mundo, lo mismo griegos que bárbaros. He aquí sus palabras: "Mas si porque el hombre tiene ideas divinas se lo cree superior a los restantes animales, sepan los que eso afirman que lo mismo pretenderán muchos de

los otros animales. Y con mucha razón. ¿Qué puede, en efecto, tenerse por más divino que prever y predecir lo por venir? (cf. VI 10). Ahora bien, eso lo aprenden los hombres de los animales, señaladamente de las aves, y los que entienden las señales de ellos son los adivinos. Si, pues, las aves y demás animales que tienen de Dios cualidades proféticas, nos avisan por medio de signos, verosímil es que estén naturalmente tanto más próximos al trato de Dios y sean más sabios y más queridos de Dios. Y hombres discretos dicen que tienen los animales sus conversaciones, más sagradas, claro está, que las nuestras, y que ellos conocen lo que dicen, y de hecho demuestran que lo conocen, pues predicen que las aves se marcharán acá o allá y que harán esto o lo otro y muestran luego que allá marcharon e hicieron lo que ellos predijeron. En cuanto a los elefantes, nada parece haber más veraz en el juramento que ellos, ni más fiel a lo divino". Véase aquí cómo amontona y da por averiguadas cosas que se discuten entre los filósofos, no sólo griegos, sino también bárbaros, que descubrieron por sí mismos o aprendieron de ciertos démones lo atañente a pájaros y otros animales, de los que se dice derivarse algún género de adivinación a los hombres. Porque se discute primeramente si se da o no se da arte alguna auspicial y, en general, adivinación alguna por medio de animales; y, en segundo lugar, los mismos que admiten la adivinación por medio de las aves no están de acuerdo sobre la causa de esta forma de adivinación. De ellos dicen unos que los movimientos de los animales proceden de ciertos démones o dioses mánticos; en las aves, para vuelos y voces distintas; en los otros animales, para moverse en una u otra dirección; otros afirman que las almas de los animales son especialmente divinas y aptas para esta función; opinión esta última absolutamente improbable.

89. Que aprenda Celso de las aves

Así, pues, si por lo antedicho quería Celso probar que los animales son más divinos y sabios que los hombres, deber suyo era demostrar largamente que la tal adivinación se da en absoluto, y presentarnos con toda evidencia su defensa; debiera luego haber refutado con buenos argumentos las razones de los que niegan parejas adivinaciones, y con buenos argumentos también repeler las razones de los que dicen ser démones o dioses quienes imprimen sus movimientos a los animales para la adivinación; y probar, en fin, después de todo esto, que el alma de los animales es más divina. De

haber así mostrado postura de filósofo ante cuestiones de tamaña importancia, nosotros, según nuestras fuerzas, hubiéramos contestado a sus argumentos, refutando su tesis de que los animales irracionales son más sabios que el hombre, haciendo ver la falsedad de que tengan nociones de Dios más sagradas que las nuestras y no sabemos qué santas conversaciones entre sí. Pero la verdad es que quien nos echa en cara que creamos al Dios supremo, pretende hacernos tragar que las almas de las aves tienen acerca de Dios más divinas y claras nociones que los hombres. De ser ello cierto, las aves tienen nociones de Dios más claras que Celso. Lo que no fuera de maravillar, tratándose de un Celso que tanto empeño pone en vilipendiar al hombre. Y es así que, en sentir de Celso, las aves tienen ideas más altas y divinas, no dirá ya que cristianos y judíos, que nos valemos de las mismas Escrituras, sino más altas y divinas también que cuantos entre los griegos hablaron de Dios, que eran, al cabo, hombres. Así, pues, según Celso la especie de las aves adivinatorias comprendió la naturaleza de lo divino mejor que un Ferecides, un Pitágoras, un Sócrates y Platón. La verdad es que tendríamos que frecuentar la escuela de las aves, que, como nos enseñan, en opinión de Celso, mánticamente lo por venir, así librarán a los hombres de toda duda acerca de la divinidad con solo que nos transmitan la idea clara que tienen ellas de la misma. Lo lógico fuera en todo caso que Celso, para quien las aves son superiores a los hombres, las tomara por maestras y se dejara de cuantos en Grecia se dieron jamás a la filosofía.

90. El hombre caza a las águilas

Aleguemos, de entre muchas posibles, sólo unas cuantas razones que demuestren la falsedad de esta opinión, ingratitud que supone en el hombre contra el que lo hizo; pues también Celso es hombre y, como tal, *estando en honor, no lo entendió* (Ps 48,13); por eso no sólo fue comparado con las aves y otros animales irracionales que tiene Celso por adivinatorios, sino que les concedió la preferencia en grado mayor que los egipcios, que adoran como dioses a animales irracionales; y a sí mismo, y, en cuanto de él dependió, a todo el género humano lo puso por debajo de ellos, dado caso que el género humano tiene acerca de Dios ideas peores o inferiores a las que tienen los irracionales.

Hay que averiguar, pues, primeramente, si existe o no

absolutamente la adivinación por las aves y demás animales que se supone son mánticos, pues el argumento que se aduce por una y otra parte no es despreciable. De un lado, hay una razón que disuade admitir tal cosa, pues el ser racional, abandonando los oráculos divinos, se valdrá de las aves en lugar de ellos; pero hay, de otro lado, otra razón que, fundándose en el hecho atestiguado por muchos, demuestra que, por su fe en la adivinación por las aves, muchos se libraron de los mayores peligros. Mas demos, de momento, de barato que puedan existir los auspicios o adivinación por las aves, para demostrar a los prevenidos que, aun en ese supuesto, el hombre es muy superior a los animales irracionales, aun los mánticos, y por ningún concepto puede ser comparado con ellos. Digamos, pues, que, de haber en ellos alguna virtud divina por la que conocieran de antemano lo por venir, y virtud tan rica que de su abundancia se derivara para quien quisiera el conocer lo futuro, es evidente que mucho antes conocerían lo que les toca a ellos mismos; y, conociendo lo que a ellos toca, no volarían por los parajes en que los hombres han puesto lazos y redes para cogerlos, o los arqueros hacen de ellos, en pleno vuelo, blanco para sus flechas (cf. IOSEPH., *Contra Ap.* I 22,201-204). Y si las águilas conocieran en absoluto de antemano las asechanzas contra sus crías, ora por parte de serpientes que suban hasta el nido para matarlas, o de ciertos hombres que se las llevaban para su recreo, o para cualquier otra utilidad o cuidado, no harían los nidos donde tales asechanzas se pudieran dar. Y, en general, ninguno de estos animales podría ser cazado por los hombres si fuera más divino y más sabio que los hombres.

91. Homero por testigo

Además, si los pájaros luchan contra los pájaros y, como dice Celso, las aves mánticas y otros animales sin razón tienen naturaleza divina, ideas acerca de la divinidad y conocimiento de lo por venir que revelan de antemano a otros, el gorrión de que habla Homero no hubiera hecho el nido donde la serpiente se lo comería a él y a sus polluelos, ni la serpiente del mismo poeta hubiera dejado de guardarse no la cogiera el águila. Del primero dice así el admirable poeta [61]:

[61] ὁ ἐν ποιήσει θαυμαστός Ὅμηρος: Homero, admirable por su poesía. Aunque se trate de una nota, casi formularia, en el coro de loas al divino poeta o "al más divino de los poetas" (PLAT., *Ion.* 350b), nos place hallarla en Orígenes, hombre tan austero y que sabía haber sido expulsado el admirable poeta de la república platónica.

"Y entonces aparece un gran prodigio: un terrible dragón de rojo lomo, que el Olímpico mismo a luz echara, de debajo el altar salió de un salto, y de otro sobre el plátano subióse. Allí sobre la rama más cimera, había un nido de tiernos pajarillos, entre las hojas bien agazapados, ocho, y la madre nueve, que los cría. Entonces el dragón se los devora, mientras lanzan chillidos lastimeros. La madre en derredor revolotea, a sus dulces hijuelos lamentando; pero a ella también, en raudo giro, del ala la prendió mientras chirriaba. Mas una vez que devorado había pajarillos y madre, el dios que lo mostró, lo hizo invisible, pues en piedra dejólo convertido, de Crono el hijo, de torcida mente. Allí, de pie nosotros, asombrados, el prodigio admirábamos: ¡qué terribles portentos perturbaran de los dioses las sacras hecatombes! *(Iliada* 2,208-221; cf. CIC., *De divin.* II 30,63-64).

Y de la segunda:

"(Vacilantes se encontraban al borde de la fosa) pues en pleno ardimiento por saltarla, un agüero les vino: águila de alto vuelo, que la hueste dejando hacia la izquierda, una sierpe llevaba entre las uñas, dragón rojizo, enorme, vivo aún y palpitante, que la lucha no había aún olvidado; pues, combado hacia atrás, en pleno pecho, al águila picó que le llevaba, junto al cuello, y el águila, transida de dolores, en medio lo soltó de los troyanos, mientras ella, chirriando, en las alas volaba de los vientos. Los troyanos de horror se estremecieron cuando vieron la sierpe retorcida, allí en medio de todos: ¡un prodigio / del portaégida Zeus!" *(Illiada* 12,200ss; cf. PLAT., *Ion.* 539 b-d; CIC., o.c., I 47,106).

¿O habrá que decir que el águila era adivina, no así la serpiente, cuando también de este animal se valen los augures? Y, pues la distinción es fácilmente refutable, ¿no lo será también afirmar que los dos sean adivinos? De haberlo sido la serpiente, ¿no se hubiera guardado de sufrir lo que sufrió de parte del águila? Y así por el estilo pudieran hallarse otros mil ejemplos que demuestren que los animales no tienen en sí un alma mántica, sino que, según el poeta y la mayoría de los hombres, "el Olímpico mismo a luz echóle" *(Iliada,* 2,309), y, para cierta señal, también Apolo se vale del gavilán como mensajero, pues el gavilán se dice ser "mensajero veloz del dios Apolo" *(Odyssea* 15,526).

92. La adivinación, obra demónica

Mas, según nuestra explicación, hay ciertos démones malos, de raza, por decirlo así, titánica o gigantea, que fueron impíos con la verdadera divinidad y los ángeles del cielo, cayeron de él y se revuelcan ahora sobre la tierra entre los cuerpos más gruesos e impuros. Tienen alguna penetración de lo futuro, como desnudos que están de los cuerpos terrenos, y a obra como ésa se entregan con intento de apartar del Dios verdadero al género humano; para ello entran en los más rapaces y feroces de entre los animales y también en otros más astutos, y los mueven a lo que quieren y a donde quieren; o bien impulsan la fantasía de ellos a tales vuelos o movimientos. El fin que en ello persiguen es que los hombres, cautivos por la virtud mántica que pueda darse en los animales irracionales, dejen de buscar al Dios que lo abarca todo, ni traten de inquirir la religión pura, sino que caigan con su razón a la tierra, a las aves y serpientes y hasta a zorras y lobos. Y por cierto que expertos en esta materia han observado que los más seguros pronósticos se dan por tales animales, como quiera que los démones no pueden obrar tanto en los animales mansos como en éstos, que se les asemejan por la maldad, siquiera no sea verdadera maldad, sino algo parecido a maldad lo que se da en esos animales.

93. Animales puros e impuros

De ahí es que, entre las otras cosas por que admiro a Moisés, afirmo ser digno de admiración el haber distinguido las distintas naturalezas de los animales, ora aprendiera de la divinidad lo que a ellos atañía, no menos que a los démones afines a cada animal, ora que, avanzando en sabiduría, lo descubriera por sí mismo. El hecho es que, en su ordenación acerca de los animales (Lev 11), decretó fueran impuros todos los que entre los egipcios y el resto de los hombres son considerados como mánticos; y los demás, por lo general, puros. Así, en Moisés, se cuentan entre los impuros el lobo, la zorra, la serpiente, el águila, el gavilán y sus semejantes; y, por lo general, no sólo en la ley, sino también en los profetas, es de ver cómo estos animales se toman como ejemplo de las peores cosas, y nunca se mientan

[62] Doctrina estoica; cf. SENEC., *De ira* I 3,8. A diferencia de Aristóteles y Posidonio, la antigua Stoa negaba que pudieran atribuirse a los animales emociones como la de la ira.

para bien ni el lobo ni la zorra. Parece, pues, que cada especie de démones tiene peculiar afinidad con cada especie de animales [63], y, como entre los hombres hay algunos más robustos que otros, sin que esto tenga en absoluto que ver con su carácter, así habría también unos démones más fuertes que otros en cosas indiferentes; unos se valdrían de una especie de animales para engañar a los hombres según la voluntad del que es llamado en nuestras Escrituras *príncipe de este mundo* (Io 12,13; 14,30; 16,11; 2 Cor 4,4); otros revelarían lo por venir por otra especie. Y es de ver hasta dónde llega la abominación de los démones, pues algunos de ellos toman la comadreja para anunciar lo futuro. Y juzgue cada uno por sí mismo qué será mejor admitir: que el Dios supremo y su hijo mueven las aves y demás animales para la adivinación, o que quienes mueven tales animales y no a los hombres, aunque haya hombres presentes, son démones malvados y, como los llaman nuestras sagradas Letras, impuros (cf. Mt. 10,1; 12,43 *et alibi*).

94. El estornudo, ¿signo divino?

Mas si el alma de las aves es divina porque por ellas se anuncia lo por venir, ¿no diremos que, donde se reciben predicciones por los hombres, hay más razón de ser divina el alma de aquellos por quienes tales augurios se oyen? Divina, pues, fue, según esto, la esclava que en Homero muele el trigo, pues dijo sobre los pretendientes:

"¡Así la última vez, la vez postrera
en que aquí banqueteen, ésta fuese!"
(*Odyssea* 4,685; cf. 20,105ss.)

Aquélla fue divina; ¿y no fue divino Ulises, el gran Ulises, amigo de la Atena homérica, sino que sólo se alegró de comprender los augurios que le venían de la divina molinera, como dice el poeta:

"Del augurio alegróse el noble Ulises"?
(*Odyssea* 20,120; cf. 18,117.)

Y ahora veamos. Si las aves tienen alma divina y perciben a Dios o, como dice Celso, a los dioses, es evidente que también nosotros, los hombres, cuando estornudamos, lo hacemos por alguna especie de divinidad y virtud mántica que hay en

[63] También Platón opina (*Politicus* 271de) que diferentes démones se destinan a distintos animales.

nuestra alma [64]. Eso efectivamente atestiguan muchos; por lo que dice también el poeta:

"Mas él estornudó cuando ella oraba".

Y Penélope:

"¿No estás viendo / que mi hijo ha estornudado a las palabras?"
(*Odyssea* 17,541.545.)

95. Dios predice lo futuro por sus profetas

Mas la verdadera divinidad no se vale para anunciar lo futuro ni de animales sin razón ni siquiera de hombres cualesquiera, sino de las almas humanas más sagradas y puras, a las que inspira y hace profetas. Por eso, si hay algo admirablemente dicho en la ley de Moisés, por tal ha de tenerse este precepto: *No usaréis de agüeros ni ejerceréis la magia* (Lev 19,26). Y en otra parte: *Porque las naciones que el Señor, Dios tuyo, destruirá de ante tu presencia, irán a oír augurios y oráculos; mas el Señor, Dios tuyo, no te ha permitido a ti eso* (Deut 18,14). Y seguidamente añade: *El Señor Dios tuyo te suscitará un profeta de entre tus hermanos* (ibid., 15). Y hasta hubo ocasión en que, queriendo Dios apartar de los augurios por medio de un agorero, hizo que el espíritu dijera por boca del agorero: *Porque no hay augurios en Jacob, ni adivinación en Israel. A su tiempo se le dirá a Jacob e Israel lo que hará el Señor* (Num 23,23: Balaán). Todo esto y cosas semejantes las conocemos muy bien nosotros, y por eso queremos guardar el precepto que se dijo místicamente: *Guarda con todo cuidado tu corazón* (Prov 4, 23), para que no penetre en nuestra mente nada demónico, ni un espíritu hostil lleve nuestra imaginación a donde le plazca. Oramos, empero, que brille en nuestros corazones *la iluminación del conocimiento de la gloria de Dios* (2 Cor 4,6), por morar en nuestra imaginación el espíritu de Dios que nos pone ante los ojos las cosas de Dios; *porque los que se guían por el espíritu de Dios, ésos son hijos de Dios* (Rom 8,14).

[64] Sobre el estornudo como augurio, cf. CIC., *De divin.* II 40,8. Cualquier lector de la *Anábasis* recuerda que, cuando Jenofonte dirige la palabra al ejército vencedor y traicionado, "un soldado estornuda y, oyéndole los otros, todos, como un solo hombre, adoraron a Dios (es decir, a Zeus Soter). Y Jenofonte dijo: "Paréceme, soldados, que, dado caso que nos ha aparecido este augurio de Zeus salvador en momento en que hablábamos de salvación, paréceme, digo, hacer voto de sacrificar a este dios sacrificios de salvación apenas lleguemos a región amiga..." (cf. también ARISTOPH., *Aves* 720). El estornudo era tenido por buen presagio. ¡Y tan malo como nos sabe a nosotros!

96. La previsión de lo futuro no es de suyo divina

Por lo demás, es de saber que prever lo futuro no es necesariamente cosa divina (cf. III 25; VI 10); de suyo es indiferente y puede darse en buenos y malos. Así los médicos, por su arte médica, prevén ciertas cosas, aunque moralmente sean malos. Así también los pilotos, aun suponiendo que sean malvados, conocen de antemano, por cierta experiencia y observación, cambios en el tiempo, la violencia de los vientos y las variaciones de la atmósfera; mas no por esto los llamará nadie hombres divinos, si se da el caso de que sean de malas costumbres. Es, por ende, falso lo que dice Celso: "¿Qué cosa pudiera nadie calificar de más divina que prever y anunciar de antemano lo futuro?" Falso también que "muchos animales pretendan tener nociones de Dios", pues ningún animal irracional tiene idea alguna de Dios. Falso, en fin, que "los animales sin razón estén más próximos del trato divino", cuando los hombres mismos, si son aún malos, por más que suban a la cima de lo humano, están lejos del trato divino. Sólo, por lo tanto, están cerca del trato de Dios los que son genuinamente sabios y sinceramente piadosos, como nuestros profetas, y señaladamente Moisés, de quien, por su extraordinaria pureza, da la palabra divina este testimonio: *Sólo Moisés se acercará a Dios, pero los demás no se acercarán* (Ex 24,2).

97. Un franciscanismo extremoso

¡Y cuánta impiedad no hay en el dicho de ese hombre que nos acusa a nosotros de impiedad (II 20), sobre que los animales sin razón son no sólo más sabios que la naturaleza humana, sino también más queridos de Dios! ¿Y quién no se horrorizaría de un hombre que afirma ser más caros a Dios una zorra o un lobo, un águila y un gavilán, que la propia naturaleza humana? Sería lógico decirle a ese tal que, si estos animales son más queridos de Dios que los hombres, es evidente que son más queridos que Sócrates, Platón, Pitágoras y Ferecides y todos los otros teólogos que poco antes exaltara; y habría motivo para desearle que, pues estos animales son más queridos de Dios que los hombres, con ellos seas querido de Dios y te asemejes a los que, según tú mismo, son más queridos de Dios. Y no se imagine que este deseo es una maldición. Porque ¿quién no haría votos por semejarse de todo en todo a los que cree son más amados de Dios,

para ser también él, como ellos, querido especialmente de Dios?

En cuanto a las conversaciones de los animales irracionales que Celso afirma ser más sagradas que las nuestras, atribuye la patraña no a gentes cualesquiera, sino a los inteligentes. Ahora bien, inteligentes de verdad sólo son los virtuosos, pues ningún malo es inteligente. Dice, pues, así: "Dicen los hombres inteligentes que tienen (los animales) conversaciones, más sagradas, desde luego, que las nuestras, y esos hombres inteligentes entienden de algún modo lo que dicen, y de hecho prueban que no lo ignoran. Habiendo, en efecto, dicho de antemano que los animales habían tratado en sus charlas de marchar a una parte y hacer esto o lo otro, muestran haber ido allá y haber hecho lo que ellos de antemano dijeron. "Pero la verdad es que ningún hombre inteligente contó parejas patrañas, ni sabio alguno afirmó que las conversaciones de los animales sean más sagradas que las de los hombres. Y si, para aquilatar la tesis de Celso, miramos las consecuencias, diremos que las conversaciones de los animales son más sagradas que las de los graves filósofos que fueron Ferecides, Pitágoras, Sócrates y Platón, y cualesquiera otros, lo que es a todas luces indecoroso y el colmo del absurdo. Y aun dado que creamos haya quienes por la confusa vocería de las aves conozca que van a ir a alguna parte y hacer esto o lo otro y de antemano lo anuncien, diremos que también esto lo revelan por símbolos o figuras los démones a los hombres, con el fin de engañarlos y que abatan o rebajen su espíritu del cielo y de Dios a la tierra y más abajo de la tierra.

98. Elefantes, cigüeñas y ave Fénix

Yo no sé de dónde habrá sacado Celso eso del juramento de los elefantes, de que sean más fieles que nosotros para con la divinidad y de que tengan conocimiento de Dios. Yo sé, efectivamente, que de este animal y su mansedumbre se cuentan muchas cosas maravillosas, pero no tengo idea de que nadie haya dicho nada sobre sus juramentos. A no ser que llamara Celso fidelidad a los juramentos la mansedumbre de este animal y cómo guarda, una vez hecho, su especie de contrato con los hombres. Pero ni aun esto es verdad. Se cuenta, en efecto, que, aunque raras veces, tras la aparente mansedumbre, ha habido elefantes que se han embravecido contra los hombres y han producido muertes, por lo que se los condenó a morir por tenérselos ya por inútiles.

Luego, para demostrar, como él se imagina, que las cigüeñas son más piadosas que los hombres, echa mano de lo que se cuenta de este animal, que paga amor con amor y da de comer a los que lo engendraron[65]. A esto hay que decir que las cigüeñas no hacen eso por intuición que tengan de su deber, ni por reflexión, sino por impulso de la naturaleza; pues la naturaleza, que así las hizo a ellas, quiso mostrar en los irracionales un ejemplo capaz de confundir a los hombres y enseñarles a pagar su deuda de gratitud para con sus progenitores. Mas, si Celso hubiera comprendido la diferencia que va entre hacer eso por razón y ejecutarlo irracionalmente y por instinto, no hubiera dicho que "las cigüeñas son más piadosas que los hombres".

Y siguiendo aún en su lucha en pro de la piedad de los animales sin razón, echa mano del animal de Arabia, el ave Fénix, que visita a Egipto en el intervalo de muchos años, trae a su padre muerto y enterrado en una bola de mirra y lo deposita donde está el templo del sol (cf. I *Clem.* I 25). Efectivamente, esto es lo que se cuenta; mas dado que sea verdad, puede ser cosa también de instinto natural. La providencia divina quiso mostrar al hombre en tantas diferencias de animales lo vario de la constitución del mundo, que llega hasta las aves; e hizo también uno de especie única, para hacer que el hombre admire, no al animal, sino a quien lo hizo.

99. Síntesis de Celso y Orígenes

A todo esto une Celso este colofón: "No fue, pues, hecho el universo para el hombre, como tampoco para el león, ni para el águila o el delfín, sino para que este mundo, como obra de Dios, se desarrolle íntegro y perfecto en todas sus partes. A este fin está todo sometido a medida, no por el interés mutuo de las cosas, a no ser accidentalmente, sino por el interés del todo. De este todo se cuida Dios y jamás lo abandona su providencia, ni se hace peor, ni lo retorna Dios a sí mismo después de tiempos. No se irrita contra los hombres, como tampoco contra los monos ni las moscas, ni amenaza a los seres, cada uno de los cuales ha recibido su porción correspondiente". Pues respondamos a esto siquiera brevemente. Por lo anteriormente dicho creo haber demostrado cómo todo

[65] Esta buena fama de las cigüeñas está bien acreditada: ARISTOT., *Hist. anim.* X 13 (615b.23); PHILO., *Alex.* 61; *De decal.* 116; PLUTARCH., *Mor.* 962e: AELIAN., *N. H.* III 23; X 16; PLIN., *Nat. Hist.* X 63; ARTEMIDORUS, I 20: BASIL., *Exaem.* VIII 5; HORAPOLLON, *Hierogl.* II 58 (referencias de Chadwick). Semánticamente es notable el verbo aquí usado, *antipelargountos*, formado de *pelargós*, y fundado en la leyenda de la cigüeña. Parece, sin embargo, ser muy raro.

ha sido hecho para el hombre y para todo ser racional, pues para el animal racional fue principalmente creado todo. Diga, pues, Celso enhorabuena que no fue hecho el universo para el hombre, como tampoco para el león y demás animales que enumera; nosotros diremos que, efectivamente, ni para el león, ni para el águila, ni para el delfín hizo el Creador el mundo; sí, empero, para el animal racional y "para que este mundo, como obra que es de Dios, se desarrolle íntegro y perfecto en todas sus partes". Este punto convenimos estar bien dicho. Y no se cuida Dios solamente, como piensa Celso, del universo, sino también, aparte del universo, particularmente de todo ser racional. Nunca, ciertamente, abandona la providencia el universo; pues si una parte de él se torna peor por los pecados del ser racional, El ordena que se purifique y trata de atraérselo después de tiempos a sí mismo. Tampoco se irrita contra monos ni moscas; pero sí que juzga y castiga a los hombres por traspasar los impulsos naturales, y les amenaza por medio de los profetas y del Salvador, que vino a vivir con todo el género humano. Así, por la amenaza, se convierten los que la escuchan; mas los que descuidan las palabras propias para su conversión, reciben el castigo merecido, que es conveniente imponga Dios, según su voluntad, que mira al bien del todo, a quienes necesitan de esta cura y corrección tan penosa.

Mas el libro cuarto ha alcanzado ya volumen suficiente, y aquí, como quiera, ponemos término a nuestro razonamiento. Concédanos Dios por su Hijo, que es Dios Verbo, sabiduría, verdad y justicia, y todo lo demás que la teología de las Sagradas Escrituras predica sobre El, comenzar el libro quinto para bien de los lectores, y acabarlo felizmente por la presencia de su Verbo, que mora en suestra alma.

LIBRO QUINTO

1. Está vedado hablar mucho

Comenzamos ya, hombre de Dios, Ambrosio, el quinto libro contra el escrito de Celso, no porque intentemos practicar aquel mucho hablar, que nos está vedado y del que no se puede salir sin pecado (Prov 10,19), sino porque queremos, según nuestras fuerzas, no dejar sin examinar nada de lo que dijo, aquellos puntos señaladamente en que pudiera parecer a algunos habernos acusado inteligentemente a nosotros y a los judíos. Y, si nos fuera posible penetrar con el razonamiento en la conciencia de todo el que leyere su obra, y arrancar el dardo que vulnera a todo el que no está armado de punta en blanco de la armadura de Dios (Eph 6,11) y aplicar la medicina racional que curara la herida que inflige Celso y hace que no estén sanos en la fe (Tit 2,2) los que se allegan a sus discursos, eso haríamos; pero es obra de Dios morar invisiblemente, por su espíritu y el espíritu de Cristo, en aquellos que El juzga debe morar; a nosotros, empero, que tratamos de llevar a los hombres a la fe, incúmbenos hacer cuanto cabe para merecer ser llamados obreros que no tenemos por qué avergonzarnos, administrando rectamente la palabra de la verdad (2 Tim 2,15). Y una de las cosas que cabe hacer es, cumpliendo fielmente lo que tú me has mandado, rebatir, según mis fuerzas, los argumentos que Celso tiene por probables. Vamos, pues, a citar lo que sigue a las razones de Celso, a que ya hemos respondido (el lector juzgará si también refutado), y aleguemos lo que cabe decir contra ello. ¡Quiera Dios darnos no acometer el tema propuesto con nuestra mera inteligencia y discurso, desnudo de inspiración divina, a fin de que la fe de aquellos a quienes pedimos ayuda, no escribe en sabiduría de hombres! (2 Cor 10,5). ¡Ojalá recibamos, más bien, el sentido de Cristo (1 Cor 2,16), de Aquel que solo lo da, su Padre, y, ayudados por la participación del Verbo de Dios, podamos derrocar toda arrogancia que se yergue contra el conocimiento de Dios (2 Cor 10,5), y toda presunción de Celso, que se levanta contra nosotros y contra nuestro Jesús, no menos que contra Moisés y los profetas. Así, si *el que da palabra a los que anuncian la buena nueva con mucha fuerza* (Ps 67,12), nos la diere también a nosotros

y nos hiciere merced de mucha fuerza, nacerá en los lectores la fe por la palabra y virtud de Dios.

2. Celso, espíritu inconsecuente

Así, pues, tócanos ahora refutar sus palabras, que son de este tenor: "Ni un dios, ¡oh judíos y cristianos!, ni un hijo de Dios bajó jamás ni puede bajar [1] al mundo. Mas si habláis de no sé qué ángeles, ¿a quiénes llamáis así, a dioses o a alguna otra especie de seres? A otra especie de seres, a lo que parece, a los démones". Celso se está aquí repitiendo, pues más arriba ha dicho muchas veces lo mismo (IV 2-23), y no es, por ende, necesario discutir largamente. Baste lo que ya hemos dicho sobre esto. Alegaremos, sin embargo, algo de entre lo mucho que pudiera decirse, que nos parece concordar con lo antes dicho, aunque no tenga del todo el mismo sentido. Así demostraremos que, si sienta de forma universal que ningún dios ni hijo de Dios bajó jamás a los hombres, echa por tierra lo que las gentes creen acerca de la aparición de algún dios y lo que él mismo ha dicho antes (III 22-25). Y es así que, si Celso dice de veras, como principio universal, que ni un dios ni un hijo de Dios ha bajado ni puede bajar al mundo, échase evidentemente por tierra la tesis de que haya dioses sobre la tierra, bajados del cielo, ora para dar oráculos sobre lo por venir a los hombres, ora para curarlos por esos mismos oráculos. En consecuencia, ni Apolo Pitio, ni Asclepio ni otro dios alguno de los que se cree que hacen todo eso, sería dios bajado del cielo; y, si es dios, le habría cabido en suerte habitar la tierra como una especie de fugitivo de la mansión de los dioses. Sería como un desgraciado a quien no se le concede entrar a la parte de las cosas divinas que allí hay; o, en fin, ni Apolo ni Asclepio serían dioses de esos que se cree hacen algo sobre la tierra, sino unos démones muy inferiores a los hombres sabios, que, por su virtud, se remontan a la bóveda del cielo (cf. PLAT., *Phaidr.* 247b).

3. Celso, epicúreo disimulado

Miremos además cómo, en su afán de demoler nuestra religión, el que en ninguna parte de su escrito confiesa ser epicúreo, aquí queda convicto de pasarse como un tránsfuga a Epicuro. Y tú que lees los razonamientos de Celso y admi-

[1] οὔτε κατέλθοι M: οὔτ' ἄν κατέλθοι K. tr.

tes lo antes dicho, mira cómo te pones en la alternativa: o de negar que Dios more en el mundo proveyendo a los hombres uno por uno, o, de afirmarlo, tener por falsa la tesis de Celso. Ahora bien, si de todo en todo niegas la providencia, darás por falsos los discursos de aquél, en que afirma haber dioses y providencia (57; IV 4,99; VII 68; VIII 45), a fin de mantener lo que tú dices. Mas, si no por ello dejas de afirmar la providencia, no aceptas lo que dice Celso sobre que "ni un dios ni un hijo de Dios ha bajado jamás ni bajará a los hombres", ¿por qué no examinarás con todo cuidado, por lo que acerca de Jesús hemos dicho y por lo que sobre él fue profetizado, a quién haya de tenerse por Dios e Hijo de Dios que bajó a los hombres: a Jesús, que tan grandes cosas ordenó y llevó a cabo, o a los que, con ocasión de oráculos y adivinaciones, no mejoran las costumbres de los curados y los apartan, por añadidura, del sincero y puro culto del Hacedor del universo y, so pretexto de honrar a muchos dioses, alejan el alma de quienes les prestan atención del solo Dios único y señero, manifiesto y verdadero?

4. Los ángeles y el Verbo

Seguidamente, como si cristianos y judíos le hubieran contestado quiénes hayan descendido hasta los hombres, dice: "Mas si habláis de no sé qué ángeles", y prosigue preguntando: "¿Qué seres decís son ésos? ¿Dioses o alguna otra especie?" Y nuevamente nos presenta como si le respondiéramos: "Otra especie, a lo que parece: los démones". Consideremos, pues, también este punto. Convenimos, efectivamente, que hablamos de ángeles, *espíritus que son ministeriales, enviados para servir a los que han de heredar la salvación* (Hebr 1,14). Y decimos que suben [2], para llevar las oraciones de los hombres, a los lugares más puros del mundo, que son los celestes, o a más puros aún que éstos, que son los supracelestes (PLAT., *Phaidr.* 247c); y de allí bajan, a su vez, trayendo a cada uno, según lo que merece, algo de lo que Dios les manda traer a los que han de recibir sus beneficios. A éstos, pues, según su oficio, hemos aprendido a llamarlos ángeles o mensajeros, y, por ser divinos, hallamos que las divinas Escrituras les dan nombre de dioses (Ps 49,1; 81,1; 85,8; 95,4; 135,2); no de forma, empero, que se nos mande dar culto y adorar, en lugar de Dios, a los

[2] Cf. *De princ.* 1,8,1, en que esta función se atribuye particularmente al arcángel Miguel.

que son servidores y nos traen los recados de Dios. Y es así que toda petición, y oración, y súplica, y acción de gracias (1 Tim 2,1), ha de ser enviada al Dios supremo por medio del sumo sacerdote, que está por encima de todos los ángeles, el Logos y Dios vivo. Y al mismo Verbo dirigiremos nuestras peticiones, y súplicas, y acciones de gracias, y hasta nuestras oraciones, con tal que sepamos distinguir lo que es propiamente oración y lo que así se llama por abuso[3].

5. Contra la invocación de los ángeles

Porque no fuera razonable invocar a los ángeles sin tener antes de ellos un conocimiento que está fuera del alcance de los hombres. Mas, aun supuesto que se alcance una ciencia de ellos, que es maravillosa y misteriosa, esta misma ciencia, ya que nos haya demostrado la naturaleza de ellos y los oficios a que están destinados, no nos permitirá dirigir confiadamente nuestras oraciones a otro que al Dios supremo, que se basta para todo, por mediación de nuestro Salvador, Hijo de Dios, que es Verbo, y sabiduría, y verdad, y cuantas otras cosas dicen de El las Escrituras de los profetas de Dios y de los apóstoles de Jesús. Y para que los ángeles de Dios nos sean propicios y no dejen de hacer nada en favor nuestro, basta que nuestra disposición respecto de Dios imite, en cuanto cabe en la naturaleza humana, el propósito de ellos, que imitan a su vez a Dios, y que nuestra noción del Verbo, Hijo suyo, no contradiga a la más clara que tienen los santos ángeles, sino que día a día se acerque a su claridad y distinción. Mas, como hombre que no ha saludado nuestras Escrituras sagradas, Celso se responde a sí mismo, como si fuéramos nosotros los que decimos ser otra especie de seres los que bajan de parte de Dios para beneficio de los hombres, y dice que, probablemente, los llamamos nosotros "démones". Pero no ve que el nombre de "démones" no es indiferente como el de "hombres", en que unos son buenos y otros malos; ni tampoco bueno, como el de "dioses", que no se atribuye a demonios malos ni a estatuas ni a animales, sino, por quienes conocen las cosas de Dios, a seres verdaderamente divinos y bienaventurados. El nombre, empero, de "démones" sólo se pone a los poderes malos fuera del cuerpo grosero, que

[3] En *De oratione* 15-16 sienta Orígenes su teoría de que sólo debe orarse a Dios Padre, no a Cristo. Fue uno de los puntos de su doctrina de que se hizo luego bandera de combate contra su nombre. Sobre él tratamos largamente en una contribución a la *Historia de la espiritualidad cristiana*, obra colectiva cuya aparición se dilata años y años. (¡Y pensar que se nos apremió a la colaboración en unos muy contados meses!)

engañan y distraen a los hombres y los apartan de Dios y de las cosas celestes, arrastrándolos a lo terreno.

6. Celso entontecido: monoteísmo judío

Seguidamente dedica toda esta parrafada a los judíos: "Así, pues, lo primero que cabe admirar en los judíos es que den culto al cielo y a los ángeles que hay en él (cf. I 26), y den de mano a las partes más venerables y poderosas del mismo cielo: el sol, la luna y demás estrellas, fijas o errantes, como si fuera posible que el todo sea dios y no divinas sus partes; o como si tuviera sentido dar culto extraordinario a esos que se dice aparecerse, en virtud de magia negra, por ahí entre tinieblas a gentes cecucientes o que sueñan con oscuros fantasmas; y a los que a todos tan clara y patentemente profetizan, aquellos por los que se administran las lluvias y calores, las nubes y truenos—a los que ellos adoran—, y los relámpagos o rayos, y los frutos y productos de toda especie, a los más claros heraldos de las cosas de arriba, a los de verdad mensajeros celestes, a todos éstos, digo, no tenerlos en nada". En todo esto me parece haberse embrollado Celso, y escribió de oídas sobre lo que no sabía. Porque, para todo el que examine la doctrina de los judíos y compare con ella la de los cristianos, es evidente que los judíos, que siguen la ley, sólo dan culto al Dios sumo que hizo el cielo y todas las otras cosas. La ley, en efecto, les manda en nombre de Dios: *No tendrás otros dioses fuera de mí. No te harás imagen ni escultura alguna de cuanto hay arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra, y no las adorarás ni servirás* (Ex 20,3-5). Es, pues, evidente que los que viven conforme a la ley y adoran al que hizo el cielo, no adoran junto con Dios al cielo. Pero, además, nadie que siga la ley de Moisés adora tampoco a los ángeles del cielo. Como se abstienen de adorar el sol, la luna y las estrellas, ornato del mundo, así, si obedecen a la ley, tampoco adoran a los ángeles del cielo, pues la ley dice: *No suceda que, levantando los ojos al cielo y contemplando el sol, la luna y las estrellas, ornamento todo del cielo, te extravíes y adores y sirvas a cosas que el Señor, Dios tuyo, ha hecho para servicio de todas las gentes* (Deut 4,19).

7. Panteísmo de Celso

Ahora, pues, dando Celso de barato que los judíos tienen por Dios al cielo, presenta la cosa como un absurdo, y echa en cara a los que adoran el cielo que no hagan lo mismo con el sol, la luna y las estrellas, como no lo hacen los judíos, "como si fuera posible", dice, "que el todo sea Dios, y sus partes no sean divinas". Donde parece entender por "todo" el cielo, y por partes de éste, el sol, la luna y las estrellas. Ahora bien, es evidente que ni judíos ni cristianos llaman dios al cielo. Pero demos que, como él dice, llamen los judíos dios al cielo y que sean partes de éste el sol, la luna y las estrellas (lo que no es absolutamente verdad, pues tampoco los animales y plantas que están sobre la tierra son, por el mero hecho, partes de la tierra). ¿De dónde deducir ahora, aun según los griegos, ser verdad que, si un todo es dios, sus partes son, por el mero hecho, divinas? Cierto que, con toda claridad, dicen ser Dios el mundo entero, los estoicos el primer Dios, los platónicos el segundo y algunos de entre ellos el tercero [4]. Luego, según éstos, puesto caso que el todo, que es el mundo, es Dios, ¿serán, por el mero hecho, divinas sus partes; de modo y manera que serán cosas divinas no sólo los hombres, sino todo animal irracional, como partes que son del mundo, y, por el mismo caso, las plantas? Y si son partes del mundo los ríos, los montes y el mar, puesto que el mundo todo es Dios, ¿lo serán, por el mero hecho, los ríos y mares? Tampoco esto lo dirán los griegos; a los que presiden o guardan ríos o mares, sean démones o dioses, como ellos los llaman, a éstos, sí, pudieran llamarlos dioses. De donde se sigue que, aun según los griegos, que admiten la providencia, es falso el principio general de Celso de que, si un todo es Dios, sus partes son absolutamente divinas. Consecuencia del principio de Celso sería que, si el mundo es Dios, todo lo que hay en el mundo, como partes que son suyas, es divino; y, a esa cuenta, serán divinos los animales, las moscas, las pulgas, los gusanos y toda especie de reptiles; y lo mismo digamos de aves y peces. Esto no lo afirmarán ni los mismos que admiten ser Dios el mundo. En cuanto a los judíos, que viven según la ley de Moisés, aun cuando no saben interpretar el sentido oculto de la ley y que apunta a algún misterio, jamás dirán que ni el cielo ni los ángeles sean dioses.

[4] He aquí algunas de las referencias dadas por Chadwick. Sobre los estoicos: Cic., *De nat. deor.* II 17,45; Senec., *N. Q.* II 45,3; Diog. Laert., VII 137-40; Diels, *Dox gr.* 464. Sobre los platónicos: Diels, *Dox gr.* 305. El que admite un tercer dios parece ser Numenio de Apamea.

8. La adoración del cielo y los ángeles, ajena de todo punto a la religión judaica

Dijimos antes (V 6 c. *medium*) que Celso se embrolló por campanadas que oyera, y ahora lo vamos a poner, según nuestras fuerzas, más en claro. Celso opina ser cosa judaica adorar al cielo y a los ángeles del cielo, y nosotros vamos a demostrar que eso no sólo no es judaico, sino transgresión del judaísmo, al igual que adorar al sol, la luna y las estrellas y a los mismos ídolos. Por lo menos hállase, en el profeta Jeremías señaladamente, cómo la palabra de Dios reprocha, por boca del profeta, al pueblo judío adorar esas criaturas y sacrificar a la reina del cielo y a todo el ejército del mismo (Ier 51,17; 7,17-18; 19,13). Lo mismo demuestran los discursos de los cristianos. Cuando éstos acusan a los judíos de sus pecados y les hacen ver que por ellos abandonó Dios a su pueblo, éste es uno de los pecados cometidos. Y es así que en el libro de los Hechos de los Apóstoles se escribe acerca de los judíos: *Dios les volvió las espaldas y los entregó a que adoraran la milicia del cielo, según está escrito en el libro de los profetas: ¿Por ventura me ofrecisteis víctimas y sacrificios durante cuarenta años en el desierto, ¡oh casa de Israel! Vosotros levantasteis la tienda de Moloc y la estrella del dios Remfán, figuras que fabricasteis para adorarlas* (Act 7.42-43). Y Pablo, que se educó cuidadosamente en el judaísmo y se hizo luego cristiano por una maravillosa aparición de Jesús, dice en la carta a los colosenses: *Que nadie os quite el galardón de vuestro combate, afectando humildad y culto supersticioso de los ángeles, fantaseando sobre lo que no ha visto, vanamente hinchado por su sentir carnal; ese tal no se ase a la cabeza, por la que todo el cuerpo, alimentado y trabado por las ligaduras y coyunturas, va creciendo con crecimiento de Dios* (Col 2,18-19). Nada de esto leyó ni entendió Celso, y no sé cómo le pasó por la cabeza que los judíos, si no infringen su ley, adoran al cielo y a los ángeles del cielo.

9. La magia, igualmente ajena al judaísmo

Un tanto embrollado aún en sus ideas y sin mirar cuidadosamente el tema, imaginó Celso que los judíos fueron inducidos a adorar a los ángeles del cielo por los encantamientos de la magia y hechicería, por ciertos fantasmas que

se evocan por los encantamientos y aparecen a quienes los recitan; y no comprendió que también los que hacen eso van contra la ley, que dice: *No sigáis a magos ni consultéis a adivinos, para no mancharos con ellos. Yo el Señor, Dios vuestro* (Lev 19,31). Ahora bien, el que observa que los judíos guardan su ley (V 25) y dice ser gentes que viven según su ley, o no debía en absoluto achacar eso a los judíos o, de achacárselo, notar que eso hacen los que infringen la ley. Además, como son transgresores de la ley los que dan culto, obcecados, a los que se aparecen por ahí entre sombras y por arte de magia, y adoran, soñando por oscuros fantasmas, a los que se dice suelen pegarse a gentes como ellos, así también traspasan de punta a cabo la ley los que adoran el sol, la luna y las estrellas. Y no cabía en la misma cabeza decir que los judíos se guardan de adorar el sol, la luna y las estrellas, y no de hacer lo mismo con el cielo y los ángeles.

10. Por qué los cristianos no adoran las estrellas

Tampoco nosotros, al igual que los judíos, adoramos a los ángeles, ni el sol, la luna y las estrellas; y si es menester que demos razón de por qué no adoramos ni siquiera a los que llaman los griegos dioses patentes y sensibles, diremos que la misma ley de Moisés sabe que éstos fueron entregados por Dios a todas las naciones que hay bajo el cielo, pero no a los que, con preferencia a todas las naciones de la tierra, fueron tomados para porción escogida de Dios (Deut 32,9). Por lo menos, se escribe en el Deuteronomio: *No suceda que, levantando los ojos al cielo y contemplando el sol, la luna y las estrellas, ornamento todo del cielo, adores y sirvas a cosas que el Señor, Dios tuyo, entregó para las naciones todas bajo todo el cielo. A nosotros, empero, nos tomó el Señor Dios y nos sacó del horno de hierro, de Egipto, para ser pueblo herencia suya, como el día de hoy* (Deut 4,19-20). Así, pues, por boca de Dios es dicho el pueblo hebreo ser *nación escogida, y real sacerdocio, y raza santa, y pueblo peculiar* (1 Petr 2,9), y acerca de él fue predicho a Abrahán por voz que le venía del Señor: *Levanta los ojos al cielo y cuenta las estrellas si las puedes enumerar una a una; y le dijo: Así será tu descendencia* (Gen 15,5). Ahora, pues, una nación que estaba destinada a ser como las estrellas del cielo, no iba a adorar aquello mismo a lo que se igualaría por su inteligencia y su observancia de la ley. Y es así que a ellos se dice: *El Señor vuestro os ha multiplicado, y he quí que sois*

hoy como las estrellas del cielo por vuestra muchedumbre (Deut 1,10). Y en Daniel se profetiza acerca de la resurrección: *Y en aquel tiempo se salvará todo tu pueblo que está escrito en el libro, y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra se levantarán, unos para vida eterna, otros para ignominia y confusión eterna. Y los inteligentes brillarán como el resplandor del firmamento, y muchos de los justos, como las estrellas por eternidad de eternidades* (Dan 12,1-3). Aquí se inspiró también Pablo en lo que dice sobre la resurrección: *Hay cuerpos celestes y cuerpos terrenos, pero una es la gloria de los celestes y otra la de los terrenos. Una es la gloria del sol, otra la de la luna, y otra la de las estrellas, pues una estrella se aventaja a otra en gloria. Así también la resurrección de los muertos* (1 Cor 15,40-42).

Ahora bien, los que fueron enseñados a levantarse magnánimamente sobre todo lo creado, y a esperar por parte de Dios las mejores cosas como galardón de su vida óptima; los que han oído cómo se les dice: *Vosotros sois la luz del mundo;* y: *Brille vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre del cielo* (Mt 5,14.16); los que se esfuerzan por alcanzar la sabiduría brillante e inmarcesible y hasta han alcanzado ya la que es resplandor de la luz eterna (Sap 6,12; 7,26); ésos, decimos, no era razonable que admiraran la luz sensible del sol, de la luna y las estrellas hasta punto tal que, por razón de su luz material, se sintieran de algún modo inferiores a ellos y los adoraran, cuando tenían en sí tal luz inteligible de conocimiento, y luz verdadera, y luz del mundo, y luz de los hombres (Io 1,9; 8,12; 9,5; 1,4).

De ser menester adorarlos, no sería por razón de la luz sensible que admira el común de los hombres, sino por la luz inteligible y verdadera; si es que también las estrellas del cielo son animales racionales y buenos (cf. PLAT., *Tim.* 40b), y fueron iluminados con la luz del conocimiento por aquella sabiduría que es *resplandor de la luz eterna* (Sap 7,26). Y es así que su luz sensible es obra del Creador del universo; mas la inteligible, acaso dependa de ellos y de su libre albedrío.

11. La luz verdadera, sola que se debe adorar

Mas ni siquiera la luz inteligible debe ser adorada por quien ve y comprende la luz verdadera, por cuya participación son iluminadas en todo caso[5] las estrellas, ni por quien mira

[5] καὶ ταυτὶ ἄρα M: καὶ ταυτ' εἰ ἄρα Hoeschel, We. K. tr.

al padre de la verdadera luz, Dios, de quien hermosamente se dice: *Dios es luz, y en El no hay oscuridad alguna* (1 Io 1,5). Los que por su luz sensible y celeste adoran el sol, la luna y las estrellas, jamás adorarían a una chispa de fuego o a una linterna de la tierra, pues ven la incomparable superioridad de los cuerpos que ellos tienen por dignos de adoración sobre la luz de unas chispas o linternas. Por modo semejante, los que entienden cómo Dios es luz y comprenden cómo el *Hijo de Dios es la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene al mundo* (Io 1,9); los que penetran el sentido de su palabra: *Yo soy la luz del mundo* (8,12), no pueden razonablemente adorar esa chispa de luz que brilla en el sol, la luna y las estrellas, mínima si se la compara con Dios, luz de la verdadera luz. Y no es que, al hablar así del sol, la luna y las estrellas, pretendamos deshonrar tan nobles criaturas de Dios ni decimos, siguiendo a Anaxágoras, que el sol, la luna y las estrellas sean "una masa incandescente" (DIOG. LAERT., II 8), sino que nos damos cuenta de que la divinidad de Dios y la de su Hijo unigénito supera todo lo demás con inefable excelencia. Persuadidos, además, como estamos de que el sol mismo, la luna y las estrellas oran al Dios sumo por medio de su Unigénito, juzgamos que no se debe orar a los mismos que oran; pues ellos mismos quieren más bien levantarnos al Dios a quien oran que rebajarnos a sí mismos y dividir nuestra facultad de orar entre Dios y ellos.

También respecto de ellos voy a valerme de un ejemplo. Una vez que nuestro Salvador y Señor oyó que alguien lo saludaba: *Maestro bueno*, remitió, al que así hablaba, a su Padre, diciendo: *¿A qué me llamas bueno? Sólo uno es bueno, que es Dios Padre* (Mc 10,17.18). Ahora, pues, si esto pudo razonablemente decir el Hijo amado del Padre (Col 1,13), El, que es imagen de la bondad del Padre, ¿no dirá con más razón el sol a los que lo adoran: "¿A qué me adoras? *Al Señor Dios tuyo adorarás y al El solo servirás* (Mt 4,10), al mismo a quien adoramos y servimos yo y cuantos conmigo están". Y aunque alguien no sea tan grande como él, no menos ha de orar al Verbo de Dios, que lo puede curar, y, más aún, al Padre del Verbo, que, a los justos pasados *envió su Verbo, y los sanó y los libró de todas sus miserias* (Ps 106,20).

12. El Logos está siempre con nosotros

Así, pues, Dios, por su bondad, desciende a los hombres, sigue estando ahora con ellos en cumplimiento de su palabra: no espacialmente, sino por su providencia (IV 5.12), y el Hijo de Dios no sólo estuvo antaño con sus discípulos, sino que: *Mirad que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del tiempo* (Mt 28,20). Y si el sarmiento no puede dar fruto si no permanece en la cepa, es claro que tampoco los discípulos del Logos, que son los sarmientos espirituales de la verdadera cepa, del Logos mismo, pueden dar los frutos de la virtud si no permanecen en la verdadera cepa, que es el Cristo de Dios (cf. Io 15,4-6). El está con nosotros, que ocupamos aquí bajo el espacio de la tierra, con todos los que firmemente se adhieren a El y hasta con los que, dondequiera, no lo conocen. Así lo pone de manifiesto Juan, el que escribió el evangelio, con palabras de Juan Bautista: *En medio de vosotros está uno a quien vosotros no conocéis. Ese es el que viene después de mí* (Io 1,26-27; cf. II 9). Ahora bien, es absurdo que, estando con nosotros el que llena cielo y tierra y que dijo: *Acaso no lleno yo el cielo y la tierra, dice el Señor* (Ier 23,24), y estando además cerca (pues yo tengo fe en el que dice: *Yo soy Dios que está cerca, no un Dios lejano* (ibid., 23,23), quisiéramos orar al sol, que no llega siquiera a todas partes; a la luna o alguna estrella.

Mas concedamos, para valerme de las mismas palabras de Celso, que el sol, la luna y las estrellas "nos profetizan lluvias, calores, nubes y truenos". Mas, dado caso que todo eso nos profeticen, ¿no será más razonable adorar y dar culto a Dios, a quien ellos sirven en esas profecías, que no a sus profetas? Profetícennos enhorabuena rayos y frutos y productos de toda especie, y sean ellos los que todo eso administran; nada de eso es razón para que adoremos a los mismos que adoran; como no adoramos a Moisés ni a los que después de él nos han profetizado, por inspiración de Dios, cosas más importantes que las lluvias y calores, nubes, truenos, rayos, frutos y productos materiales de toda especie. Mas aunque el sol, la luna y las estrellas pudieran profetizarnos cosas más importantes que las lluvias, ni aun así los adoraríamos a ellos, sino al que es padre de tales profecías y al ministro de ellas, el Logos del Padre. Demos también que sean heraldos suyos y verdaderos mensajeros celestes; mas, aun en ese caso, ¿cómo no adorar al Dios que nos anuncian y cuyos mensajes nos traen, más bien que a sus heraldos y mensajeros?

13. No despreciamos las criaturas

Por lo demás, Celso afirma por su cuenta que nosotros no tenemos en nada el sol, la luna y las estrellas, siendo así que confesamos que también ellos están aguardando la revelación de los hijos de Dios, sujetos que están, de presente, a la vanidad de los cuerpos materiales por razón del que los sometió en esperanza (cf. Rom 8,19-20; ORIGEN., *De Princ.* 17,5; *Exort. mart.* 7; *Coment. in Rom.* VII). Si Celso hubiera leído las infinitas cosas que decimos acerca del sol, la luna y las estrellas, por ejemplo; *Alabadle todas las estrellas y la luz;* y *Alabadle los cielos de los cielos* (Ps 148,2-4), no hubiera afirmado de nosotros que no tengamos en nada tan grandes criaturas que tan magníficamente alaban a Dios. Tampoco conoce Celso este texto: *Y es así que la expectación de la creación está esperando la revelación de los hijos de Dios; pues la creación fue sometida a la vanidad, no de buena gana, sino por razón del que la sometió en esperanza; porque la creación misma será liberada de la servidumbre de la corrupción y pasará a la libertad de la gloria de los hijos de Dios* (Rom 8,19-21). Pongamos aquí término a nuestra respuesta sobre no adorar al sol, la luna y las estrellas, y citemos las palabras suyas que siguen, a fin de responderle, con la ayuda de Dios, lo que nos inspirare la luz de la verdad.

14. La gran parrafada de Celso contra la resurrección de los muertos

He aquí lo que dice: "Otra tontería suya es creer que, cuando Dios, como un cocinero, traiga el fuego, todo el género humano quedará asado y sólo sobrevivirán ellos, no sólo los que entonces vivieren, sino también los que antaño, en cualquier tiempo, murieron, salidos en sus propias carnes de la tierra; esperanza, por cierto, digna de gusanos. Porque ¿qué alma de hombre echaría otra vez de menos un cuerpo podrido? Por lo demás, este dogma vuestro (judíos), no os es común con algunos de entre los cristianos, los cuales no se rebozan de afirmar lo que tienen de abominable. ¿Qué cuerpo, en efecto, una vez totalmente corrompido, puede volver a su naturaleza originaria y aquella estructura primera de que fue disuelto? No teniendo que responder a esto, se refugian en la más extravagante escapatoria de que todo es posible para Dios. Pero Dios no puede lo que es vergonzoso ni quiere

lo que va contra naturaleza. No porque tú concibas un deseo abominable, según tu propia maldad, va Dios a poderlo y habrá que creer que te lo satisfará sin pérdida de tiempo. Porque Dios no es autor de un impulso pecaminoso ni de un desorden extraviado, sino de la recta y justa naturaleza. Al alma, sí, aún pudiera otorgarle una vida eterna; pero a los cadáveres—dice Heráclito—hay que echarlos de casa antes que al estiércol". La carne, empero, llena de cosas que no fuera ni decente nombrar, Dios no querrá ni podrá hacerla inmortal contra toda razón. Porque El es la razón *(logos)* de todos los seres; luego nada puede obrar contra la razón y contra sí mismo".

15. El fuego, instrumento o símbolo de purificación

Por aquí vemos, desde el comienzo, cómo toma a chacota la conflagración del mundo, que profesan incluso algunos filósofos griegos nada desdeñables, y, según él, al introducirla nosotros, hacemos de Dios una especie de cocinero. No vio Celso que, en opinión de algunos griegos (que acaso lo tomaron de la antiquísima nación hebrea), se aplica al mundo un fuego purificador; y es verosímil se aplique también a todo el que necesita de castigo y, a par, de purificación por un fuego, que quema, pero no del todo, a quienes no tienen materia que necesite ser por él consumida; sí, empero, quema y abrasa a los que, en el edificio, figuradamente dicho, de sus acciones, palabras y pensamientos, emplearon como material de construcción *madera, hierba y paja* (1 Cor 3,12). En cuanto a las Escrituras divinas, dicen que el Señor viene *como fuego de un crisol y como hierba de batanero* (Mal 3,2), a los que, por alguna mala mezcla, digámoslo así, de materia que viene de la maldad, necesitan como de fuego que derrita a los que están mezclados de bronce, estaño y plomo. Y esto lo puede saber, el que quisiere, por el profeta Ezequiel (22,18).

Mas también el profeta Isaías atestiguará que nosotros no afirmamos traer Dios el fuego como un cocinero, sino como quien quiere hacer un beneficio a quienes necesitan de castigo y fuego. Allí, efectivamente, está escrito como dicho a una nación pecadora: *Tienes carbones de fuego, siéntate sobre ellos; ellos serán tu ayuda* (Is 47,14). Notemos que, en su dispensación o economía, adaptándose a la muchedumbre de los que habían de leer la Escritura, dice el logos, sabiamente, con alguna oscuridad, las cosas tristes para infundir miedo a los

que no es posible apartar de otro modo del torrente de sus pecados; sin embargo, el que atentamente lo observe, hallará, aun así, manifiesto el fin que tienen las cosas tristes y trabajosas en los que sufren. De momento, baste citar este texto de Isaías: *Por amor de mi nombre te mostraré mi furor, y traeré sobre ti mi gloria, para no destruirte* (Is 48,9). Nos hemos visto forzados a alegar cosas que no dicen con creyentes sencillos y que necesitan de más sencilla dispensación de las palabras divinas, pues no queríamos dar la impresión de dejar sin rebatir la acusación de Celso cuando dice lo de que "Dios trae el fuego como un cocinero".

16. «Escudriñad las Escrituras»

Por lo dicho resulta ya patente para quienes saben leer con inteligencia cómo haya que responder a lo otro que dice Celso sobre que "todo el género humano quedará completamente asado y sólo ellos sobrevivirán". No sería de maravillar que así lo entendieran los que, entre nosotros, son llamados por la palabra divina *lo necio del mundo, lo innoble, lo despreciado y que no tiene ser,* a los que plugo a Dios salvar por la necedad de la predicación—a los que creen en El[6]—, ya que, en la sabiduría de Dios, el mundo no conoció a Dios por la sabiduría (1 Cor 1,27-28.21). Son gentes incapaces de penetrar el sentido de los pasajes, que no quieren tampoco dedicarse al estudio de la Escritura, por más que Jesús diga: *Escudriñad las Escrituras* (Io 5,39). Así se explica que se imaginen eso sobre el fuego que Dios aplica, y sobre lo que acontece a los que han pecado. Y acaso, como a los niños, hay que decirles cosas que convengan a su tierna edad, a fin de convertirlos, como niños realmente pequeños, a lo bueno; así, para quienes la palabra divina llamó necios del mundo e innobles y despreciados, acaso, decimos, ésa sea la interpretación más obvia de los castigos, pues no comprenden otra conversión que la del temor e imaginación de castigos, ni hay otro modo de apartarlos de sus muchas maldades. Ahora bien, la palabra divina dice que sólo quedarán intactos del fuego y castigo aquellos que en sus doctrinas, en sus costumbres y en su mente hayan vivido con la mayor pureza; aquellos, en cambio, que no tengan esa pureza, y necesiten, según sus méritos, pasar por la prueba del fuego y los castigos, en éstos permanecerán hasta cierto término, tal como es bien lo señale Dios a los que, creados a su imagen,

[6] Chadwick propone parentetizar τοὺς πιστεύοντας αὐτῷ como interpolación del copista, tomada de 1 Cor 1,21, o bien leer πιστεύοντα αὐτῷ.

vivieron contra lo que pedía una naturaleza hecha a esa imagen. Tal sea nuestra respuesta a eso de que "todo el género humano quedará totalmente asado y sólo ellos sobrevivirán".

17. Doctrina sobre la resurrección

Seguidamente, malentendiendo las sagradas letras o siguiendo a quienes las entendieron mal, dice que decimos que, "al tiempo que se aplique al mundo el fuego purificador, sólo sobreviviremos nosotros, no sólo los que entonces vivieren, sino los que antaño, en cualquier tiempo, hubieran muerto". Celso no comprendió la misteriosa sabiduría con que se dice en el Apóstol de Jesús: *No todos nos dormiremos, pero todos nos transformaremos, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, al son de la última trompeta; pues sonará la trompeta, y los muertos se levantarán incorruptibles, y nosotros nos transformaremos* (1 Cor 15,51-52). Debiera haber comprendido qué quiso decir el que esto dice, como si él no estuviera muerto, y, separándose a sí mismo y a los a él semejantes de los muertos, después de la frase: *Y los muertos resucitarán incorruptibles,* añadió: *Y nosotros nos transformaremos.* En confirmación de que algo así pensaba el Apóstol al escribir las palabras citadas, de la primera carta a los corintios, alegaremos también otro texto de la primera a los tesalonicenses, en que Pablo, teniéndose por vivo y vigilante y distinto de los que se durmieron, dice lo que sigue: *Porque con palabra del Seños os decimos que nosotros, los que vivimos, los que somos dejados hasta el advenimiento del Señor, no nos adelantaremos a los que se durmieron; porque el Señor bajará del cielo a una orden, a una voz de arcángel y al son de la trompeta...* Seguidamente, una vez más, distinguiendo a los muertos en Cristo de sí mismo y de los a él semejantes, termina diciendo: *Los muertos en Cristo resucitarán primero; luego nosotros, los que vivimos y somos dejados, seremos juntamente con ellos arrebatados en las nubes al encuentro del Señor en el aire* (1 Thess 4,14-17).

18. El grano que se siembra

Celso se burla a su sabor de la resurrección de la carne, predicada desde luego en las iglesias, pero entendida más a fondo por los más inteligentes; mas como ya hemos reproducido antes sus palabras (V 14), no hay por qué alegarlas aquí de nuevo. Vamos, pues, a exponer y demostrar unos pocos puntos mirando a la capacidad de los lectores, sobre este problema,

teniendo en cuenta que escribimos una defensa contra un ajeno a la fe, por razón de los que son aún *niños pequeños, juguetes de las olas y traidos y llevados por todo viento de doctrina, por la maldad de los hombres, por la astucia para llevarlos a los caminos del error* (Eph 4,14). Ahora, pues, ni nosotros ni las letras divinas dicen que "los de antiguo muertos, salidos de la tierra, vivirán con sus propias carnes" sin que éstas hayan experimentado una transformación en mejor. Y, al decir esto Celso, nos calumnia. Leemos, en efecto, muchos pasajes de las Escrituras que hablan de la resurrección de manera digna de Dios; pero, de momento, basta citar un texto de Pablo, de la primera carta a los corintios, que dice así: *Mas dirá alguno: ¿Cómo resucitarán los muertos y con qué cuerpo vendrán? ¡Necio! Lo que tú siembras no se vivifica si no muere. Y lo que siembras, no es el cuerpo que ha de nacer, sino un simple grano, por ejemplo, de trigo o semillas semejantes. Dios, empero, le da cuerpo como El quiere, y a cada semilla su propio cuerpo* (1 Cor 15,35-38). De ver es aquí cómo no dice que se siembre el cuerpo que ha de nacer. No; aquí, en la semilla que se siembra y se arroja desnuda a la tierra, al dar Dios a cada una su propio cuerpo, viene a cumplirse una especie de resurrección: de la semilla arrojada sale en unos casos una espiga, en otros un árbol, como en la mostaza, u otro aún mayor, como en el olivo o algún otro árbol frutal [7].

19. La gloria de los cuerpos resucitados

Así, pues, Dios da a cada uno el cuerpo que quiere: como se lo da a lo que se siembra, así también a los que podemos decir son sembrados al morir y luego, en tiempo oportuno, recuperan, de lo sembrado, el cuerpo de que a cada uno reviste Dios según sus méritos. Leemos, en efecto, varios pasajes de la palabra divina que nos enseñan la diferencia entre lo que está como sembrado y lo que brota, como si dijéramos, de ello cuando dice: *Se siembra en corrupción, brota en incorrupción; se siembra en ignominia, brota en gloria; se siembra en flaqueza, brota en fuerza; se siembra un cuerpo animal, brota un cuerpo espiritual* (1 Cor 15,42-44). Y el que sea capaz, comprenda lo que quiere decir el que dice: *Como el terreno, así también los terrenos; y como el celeste, así también los celestes. Y a la manera que llevamos*

[7] La versión está hecha sobre la corrección de Wifstrand: στάχυος ἐν τοῖς τοιοῖσδε, δένδρου δὲ ἐν τοῖς τοιοῖσδε, οἱονεὶ ἐν νάπυι.

la imagen del terreno, así llevamos también la del celeste (ibid., 48-49). Quería sin duda el Apóstol ocultar lo que este tema tiene de misterioso y que no dice con los sencillos, ni con los oídos vulgares de quienes son movidos a vivir bien por la mera fe; sin embargo, por que no malentendiéramos sus palabras, una vez que dijo: *Llevamos la imagen del celeste,* se vio luego forzado a añadir: *Ahora bien, hermanos, digoos que ni la carne ni la sangre pueden heredar el reino de Dios, ni la corrupción heredará la incorrupción* (ibid., 50). Luego, como quien sabía que el tema encerraba algo misterioso y oculto, y como convenía a quien dejaba a la posteridad sus palabras muy bien pensadas, añadió esta frase: *Mirad que os voy a decir un misterio* (ibid., 51). Palabra que es costumbre añadir cuando se dice algo especialmente profundo y misterioso y que con razón se oculta al común de las gentes. Así se escribe en el libro de Tobías: *Bueno es tener oculto el secreto* (o misterio) *del rey*; pero, mirando a lo que es glorioso y conveniente para la muchedumbre, bueno es revelar gloriosamente las obras de Dios cuando a la oportunidad se junta la verdad (Tob 12,6.71).

Así, pues, nuestra esperanza no es propia de gusanos, ni echa de menos nuestra alma un cuerpo podrido. No; si es cierto que, para moverse de un lugar a otro, necesita de un cuerpo, el alma que ha estudiado la sabiduría según aquello: *La boca del justo estudiará sabiduría* (Ps 36,30), comprende la diferencia entre la casa terrena, que se destruye, en que está la tienda, y la tienda misma, en que gimen los justos, gravados, pues no quieren ser despojados de su tienda, sino sobrevestirse de ella, a fin de que, por este sobrevestirse, lo mortal sea absorbido por la vida (cf. 2 Cor 5,1-4). Y es así que, por ser toda naturaleza corpórea corruptible, es menester que esta tienda corruptible se revista de incorruptibilidad; y la otra parte de ella, que es mortal y es capaz de la muerte, que acompaña al pecado, es menester se revista de inmortalidad. Y así, cuando lo corruptible se hubiere vestido de incorruptibilidad y lo mortal de inmortalidad, se cumplirá lo que de antiguo fue predicha por los profetas: se le arrebatará a la muerte la victoria (cf. 1 Cor 15,53), por la que nos venció y sujetó a su imperio, y se le arrancará el aguijón, por el que punza al alma que no está por dondequiera defendida, y le inflige las heridas del pecado.

20. El Sócrates redivivo

He ahí expuesta, en lo que cabe, nuestra doctrina sobre la resurrección, sólo parcialmente en este momento, pues en otras ocasiones hemos hablado de propósito sobre la resurrección y hemos examinado a fondo el tema; ahora importa refutar las argucias de Celso, que ni entendió nuestras Escrituras, ni fue capaz de juzgar que la mente de aquellos hombres sabios que las escribieron no puede pensarse la representen quienes sólo profesan la desnuda fe cristiana. Vamos, pues, a demostrar que hombres nada despreciables por su talento racional y por sus especulaciones dialécticas, dijeron cosas de todo punto absurdas; y si hay que hacer burla de razonamientos a ras de tierra y cuentos de viejas, de ésos hay que burlarse más bien que de lo nuestro. Dicen, pues, los estoicos que, periódicamente, se da una conflagración del universo, y, después de ella, un nuevo orden sin variación alguna respecto de la precedente. Los que de entre ellos respetaron [8] esa doctrina (cf. IV 67-68), dijeron que la diferencia de un período respecto de lo sucedido en el anterior sería muy pequeña y hasta mínima. Estos señores [9] dicen que en el próximo período sucederá lo mismo [10]. Así, Sócrates será otra vez hijo de Sofronisco, y ateniense; y Fanereta, casándose con Sofronisco, lo dará otra vez a luz. Así, pues, aunque no emplean la palabra "resurrección", en realidad afirman que Sócrates resucitará, empezando su existencia de las semillas de Sofronisco y se configurará completamente en el seno de Fanereta y, criado en Atenas, profesrá la filosofía, como si otra vez resucitara la anterior filosofía y en nada se distinguiera de la presente. Y, por el mismo caso, resucitarán Anito y Meleto, acusadores otra vez de Sócrates, a quien condenará el consejo del Areópago. Pero más ridículo es aún decir que Sócrates se vestirá de vestidos que no se distinguirán de los del anterior período, y vivirá en la misma indistinguible pobreza y en la misma ciudad de Atenas.

Y Falaris será otra vez tirano, y su toro de bronce, al ser condenados hombres indistinguibles respecto de los del anterior período, mugirá con la voz de los encerrados dentro. Y Alejandro de Feras será de nuevo tirano, con la misma crueldad que antes, y condenando a los mismos que antes condenara. Mas ¿a qué extenderme acerca de la doctrina que

[8] Algunos estoicos posteriores la rechazaron; así Panecio (DIOG. LAERT., VII 142; CIC., *De nat. deor.* II 45,118; DIELS, *Dox gr.* 469).

[9] οὗτοι δ' M: οὗτοι δὴ Wif.

[10] τοιαῦτα ἔσεσθαι M: ταὐτὰ ἔσεσθαι K. tr.

sobre este punto profesan los estoicos, doctrina, por cierto, de que no se burla Celso? Acaso la tenga, antes bien, por cosa venerable, pues, en su opinión, "Zenón fue más sabio que Jesús".

21. Pitagóricos y platónicos

En cuanto a los discípulos de Pitágoras y Platón, si bien, al parecer, mantienen la incorruptibilidad del mundo, vienen a la postre a parar en los mismos absurdos. Efectivamente, al tomar las estrellas, después de ciertos períodos determinados, las mismas configuraciones y posiciones entre sí, dicen ellos que todas las cosas de la tierra se han de la misma manera que cuando el mundo y las estrellas se hallaban en la misma figura de posición (PLAT., *Tim.* 39d). De donde se seguirá forzosamente, según esta razón, que, al volver los astros, tras un largo período, a la misma posición entre sí que tenían en tiempo de Sócrates, de nuevo ha de nacer Sócrates de los mismos padres y ha de sucederle lo mismo: ser acusado por Anito y Meleto y condenado por el consejo del Areópago. Y los eruditos de entre los egipcios enseñan cosas semejantes y son gentes venerables y no objeto de risa por parte de Celso y sus congéneres; nosotros, empero, que decimos gobernar Dios el universo según la manera de haberse nuestro libre albedrío y que, en cuanto cabe, es dirigido a lo mejor; nosotros que reconocemos caber en nuestro libre albedrío lo que cabe (ya que no es capaz de la inmutabilidad absoluta de Dios), ¿no parece digamos nada digno de consideración y examen?

22. Cristianos (de nombre) que niegan la resurrección

Sin embargo, nadie se imagine que, por hablar así, pertenecemos nosotros al número de aquellos que, llamándose cristianos, rechazan el dogma de la resurrección enseñado por las Escrituras. Ellos, en efecto, si quieren atenerse a su sentencia, no son en modo alguno capaces de explicar cómo de un grano de trigo o de cualquier otro resucita, digámoslo así, una espiga o un árbol; nosotros, empero, que estamos persuadidos de que lo sembrado no se vivifica si no muere, y que no se siembra el cuerpo por nacer, pues Dios da a cada uno un cuerpo según El quiere: se siembra en corrupción, y El lo resucita en incorrupción; se siembra en ignominia, y El lo resucita en gloria; se siembra en flaqueza, y El lo resucita en fuerza; se siembra cuerpo animal, y El lo resucita espiritual (1 Cor

15,36ss); nosotros, digo, mantenemos la mente de la Iglesia de Cristo y la grandeza de la promesa de Dios. Y demostramos la posibilidad de esa promesa, no por mera afirmación, sino también por razonamiento; pues sabemos que, aun cuando pasaren el cielo y la tierra y cuanto en ellos hay, no pasarán jamás las palabras, dichas sobre cada cosa, como partes que son de un todo o especies de un género, del que en el principio era Verbo de Dios y Dios Verbo (Io 1,1). Queremos, en efecto, prestar oído al que dijo: *Los cielos y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán* (Mt 24,35).

23. Límites a la omnipotencia divina

Ahora bien, nosotros no afirmamos que el cuerpo corrompido vuelva a la naturaleza del principio, como tampoco que el grano de trigo que se corrompió, vuelva al primer grano de trigo. Lo que decimos es que, a la manera como del grano de trigo sale la espiga, así hay en el cuerpo una razón o principio *(logos)* que no se corrompe y del que resucita el cuerpo en corrupción. Los estoicos, sí, afirman que el cuerpo, después de corromperse totalmente, retorna a su naturaleza del principio, según su teoría del retorno periódico de las cosas indistinguibles, y que recobrará otra vez aquella misma estructura primera de que se disolvió; teoría que ellos se imaginan demostrar por razones dialécticas convincentes.

Tampoco nos refugiamos en la más extravagante escapatoria al decir que todo es posible para Dios. Sabemos, en efecto, que ese "todo" no puede referirse a lo que no puede subsistir ni a lo que no puede concebirse. Afirmamos también que Dios no puede nada feo, pues sería un Dios que puede dejar de ser Dios. Si Dios, efectivamente, hace al feo, no es Dios (EURIP., fragm.292, ed. Nauck). Mas ya que Celso sienta que Dios no quiere lo que va contra la naturaleza, distingamos ese dicho: Si por algo que va contra naturaleza se entiende la maldad, también nosotros decimos que Dios no quiere lo que va contra naturaleza, ora proceda de la maldad, ora de la sinrazón. Mas, si lo que sucede según el Logos de Dios y su designio se entiende forzosa e inmediatamente que no ha de ir contra naturaleza, nosotros afirmamos que lo por Dios hecho no va contra naturaleza, por prodigioso que sea o a algunos les parezca serlo. Mas, si nos vemos forzados a usar esta expresión, diremos que, respecto a lo que comúnmente [11] se entiende por naturaleza, hay cosas que

[11] κοινοτέραν M: κοινότερον K. tr.

a veces hace Dios por encima de la naturaleza; así, levanta al hombre por encima de la naturaleza humana y lo transforma en naturaleza superior y más divina, y en ese estado lo mantiene mientras él demuestre por sus obras que quiere ser mantenido.

24. No en todo impugnamos a Celso

Mas una vez que hemos concedido que Dios no quiere cosa que no convenga a su propio ser, pues ello destruiría su naturaleza divina, afirmaremos que, si el hombre, por su maldad, quiere algo abominable, eso no puede hacerlo Dios. Y es que no tratamos de impugnar todo lo que dice Celso, sino que lo examinamos con amor a la verdad, y así no tenemos inconveniente en concederle que "Dios no es autor de un apetito inmoderado ni de un desorden y extravío, sino de la naturaleza recta y justa", como autor que es de todo bien. Y confesamos también que "puede procurar al alma una vida eterna", y no sólo puede, sino que de hecho se la procura.

Después de lo anteriormente dicho, tampoco nos inquieta para nada la sentencia de Heráclito, que Celso cita, sobre que "los cadáveres hay que echarlos de casa más aprisa que la m." (fragm.86, Diels). Sin embargo, también sobre esto se puede objetar que los excrementos deben realmente echarse fuera; no así los cadáveres de los hombres, por razón del alma que moró en ellos, más que más si fue virtuosa. Y es así que, según las leyes más humanas, se los entierra con los honores que en tales casos caben. Así no corremos riesgo de ultrajar, en lo posible, al alma que lo habitó, arrojando el cuerpo humano, una vez que ella salió de él, como hacemos con los de las bestias (cf. IV 59). Demos, pues, que no quiera Dios, contra razón, hacer inmortal al grano de trigo—en todo caso a la espiga que sale de él [12]—ni a lo que se siembra en corrupción, sino a lo que resucita en incorrupción.

En fin, según Celso, "la razón (*logos*) de todo es Dios mismo"; según nosotros, el Hijo de Dios, filosofando sobre el cual decimos: *En el principio era el Logos y el Logos estaba en Dios y el Logos era Dios* (Io 1,1). Y también nosotros decimos que "Dios no puede hacer nada contra la razón *(logos)* ni contra sí mismo".

[12] La traducción sigue la corrección de We.: ἀλλ' εἰ ἄρα, que menciona ya Del.

25. Celso, tradicionalista extremo

Pues veamos el texto siguiente de Celso, que es de este tenor: "Ahora bien, los judíos, una vez hechos nación propia, se dieron leyes conforme a las costumbres de su tierra, y todavía las guardan, lo mismo que su religión, que será lo que fuere, pero es en todo caso tradicional, y en ello obran como el resto de los hombres. Porque todo el mundo venera sus costumbres tradicionales, como quiera se hayan establecido. Y esto parece ser lo que conviene, no sólo porque a unos se les ocurrió pensar de un modo y a otros de otro, y es menester guardar lo que ha sido estatuido para el bien común, sino también porque, como es probable, las partes de la tierra han sido desde el principio repartidas entre diversos inspectores y distribuidas según ciertas autoridades, y de esta manera se administran (cf. VIII 35.53.67). Y así, en cada nación, se hace rectamente lo que se hace de la manera que a aquellos inspectores es grato; y es impío transgredir lo que desde el principio está estatuido en cada lugar".

Aquí, como se ve, afirma Celso que los judíos, que antaño habrían sido egipcios (III 5ss), vinieron a ser luego un pueblo propio y se dieron leyes que todavía observan. Y, para no repetir las palabras citadas de Celso, dice ser conveniente que mantengan su religión tradicional, lo mismo que los otros pueblos que veneran sus tradiciones. Y aún añade una razón más profunda por que les conviene a los judíos venerar sus tradiciones, dando veladamente a entender que los inspectores, cooperando con los legisladores de la tierra que les tocó en suerte, pusieron las leyes de cada pueblo. Parece, pues, afirmar que uno o más de uno vigila sobre el país de los judíos y el pueblo que lo habita, y por él o por ellos, cooperando con Moisés, fueron dadas las leyes de los judíos.

26. ¿Quién reparte la tierra a los inspectores?

"Y es menester", dice, "mantener las leyes, no sólo porque a unos se les ocurrió pensar de una manera y a otros de otra, y hay que guardar lo que ha sido sancionado para el bien común, sino también porque, como es probable, las partes de la tierra fueron distribuidas desde el principio a diversos inspectores, y repartidas entre ciertas autoridades, y así se administran". Luego, como si se hubiera olvidado de todo lo que ha dicho contra los judíos, los envuelve ahora Celso en

la alabanza general tributada a todos los que guardan sus costumbres tradicionales, diciendo: "Y así, en cada pueblo, se hace rectamente lo que se hace de la manera que a aquellos inspectores place". Donde es de ver cómo, derechamente, en cuanto de él depende, desea que el judío viva de acuerdo con sus propias leyes y no apostate de ellas, pues no obraría religiosamente si apostatara. Dice, en efecto, "ser cosa impía abolir lo que en cada lugar se ha estatuido desde el principio".

Personalmente, yo quisiera preguntarle a él o a los que piensan como él quién fue en definitiva el que distribuyó desde el principio las partes de la tierra a estos o los otros inspectores. Y, claro está, la tierra de los judíos y los judíos mismos a quien o a quienes les cupieran en suerte. ¿Fue Zeus, como gustaría de nombrarlo Celso, quien repartió el pueblo judío y su país a uno o varios inspectores y quiso que aquel a quien le cupo en suerte la Judea diera tales leyes a los judíos? ¿O se hizo eso contra la voluntad de Zeus? Como quiera que responda, se ve bien que el argumento le ha de poner en aprieto. Mas si las partes de la tierra no fueron distribuidas por uno solo a sus inspectores, síguese que cada uno, al azar y sin superior alguno, se tomó la tierra que le cupo en suerte. Cosa esta absurda, que destruye, en no pequeña medida [13], la providencia del Dios sumo.

27. Contrariedad de leyes según los pueblos

Pero explíquenos el que quiera cómo son administradas por sus inspectores las partes de la tierra distribuidas entre ciertas autoridades y aclárenos también cómo, en cada nación, se hacen rectamente las cosas si se hacen de la manera que place a sus inspectores. ¿Son rectas, por ejemplo, las leyes de los escitas que permiten matar a los padres, y las de los persas que no prohiben el matrimonio de los hijos con sus madres, ni de los padres con sus hijas? Mas ¿qué necesidad hay de reunir ejemplos de los que se han ocupado de las leyes de los diferentes pueblos y seguir preguntando cómo, en cada pueblo, sean rectas las leyes que se da de la manera que place a los inspectores? Díganos Celso cómo no sea cosa santa abolir leyes tradicionales sobre el casarse con madres e hijas, o que sea cosa bienhadada salir de la vida echándose un lazo al cuello, o que se purifican enteramente los que se arrojan al fuego y por medio del fuego salen de

[13] μετρίως M: οὐ μετρίως K. tr.

la vida, y cómo no sea santo acabar, por ejemplo, con las leyes vigentes entre los taurios sobre ofrecer a los extranjeros en sacrificio a Artemis, o las de algunos habitantes de la Libia de inmolar los hijos a Crono [14]. En cambio, es lógico, según Celso, que, para los judíos, no es cosa santa transgredir sus leyes tradicionales, que les mandan no dar culto a otro Dios fuera del Creador de todas las cosas.

Además, lo santo, según él, no lo sería por naturaleza, sino por convención y opinión; cosa santa sería, en efecto, para unos adorar al cocodrilo y comer algo de lo que otros adoran. Para unos es santo dar culto a un novillo, para otros tener por dios a un macho cabrío. Así resultará que, respecto de unas leyes, la misma persona obrará santamente, e impíamente respecto de otras. Lo que es el colmo del absurdo.

28. Contra el relativismo de las virtudes

Mas es probable que nuestros adversarios respondan a esto que quien guarda sus tradiciones es piadoso, y no porque no observe también las de los otros es en manera alguna impío; y a la inversa, el que es tenido por impío por unos, para otros no lo es, con tal de que venere sus dioses tradicionales y por más que impugne y se meriende los de quienes tienen leyes diferentes. Pero es de ver si no traerá esto una gran confusión sobre lo justo y piadoso y sobre la religión en general, que no se distinguirá ya de la irreligión, ni tendrá naturaleza propia, ni será capaz de caracterizar como piadosos a los que practican lo que atañe a la piedad. Ahora bien, si la religión, la santidad y la justicia entran en el número de las cosas relativas, de suerte que lo mismo pueda ser piadoso o impío según las disposiciones y las leyes, es de ver si no será también, consiguientemente, relativa la templanza, la fortaleza, la prudencia, la ciencia y demás virtudes. No podría darse absurdo mayor.

Lo dicho basta para quienes adopten una posición más sencilla y común ante las palabras citadas de Celso; creemos, sin embargo, que este escrito venga a parar también a manos de quienes son capaces de examinar las cosas más a fondo, y ello nos mueve a aventurarnos a exponer algo más profundo, que lleva en sí alguna especulación mística y secreta sobre

[14] El tema de la variedad de leyes según los pueblos es muy decantado en la literatura. Heródoto (III 38) trae el caso que hallaremos más adelante en el mismo Orígenes (V 34), con el dicho de Píndaro de que la costumbre *(nomos)* es reina de todo.

eso de que, desde el principio, los lugares de la tierra fueron repartidos entre inspectores o vigilantes varios. Y, en cuanto se nos alcance, vamos a demostrar que nuestra doctrina está limpia de los absurdos que hemos enumerado.

29. La dispersión de las gentes

A la verdad, paréceme que Celso malentendió ciertas tradiciones misteriosas acerca del repartimiento de la tierra, que, hasta cierto punto, toca también la historia griega cuando presenta algunos de los supuestos dioses que se disputan entre sí el Atica, y de esos mismos llamados dioses nos dicen los poetas que, por confesión de ellos, unos lugares les son más caros que otros. Y la misma historia de los bárbaros, señaladamente de los egipcios, nos ofrece cosas semejantes, al hablarnos de los que en Egipto se llaman *nomos*. Así, Atena, a quien le cupo en suerte Saiа, es la misma que posee el Atica (HEROD., II 62; PLAT., *Tim.* 21e). Los sabios egipcios dirán cosas innúmeras sobre el particular; lo que no sé es si incluyen también a los judíos y su tierra en esta distribución. Pero basta de momento sobre lo que se dice fuera de la palabra divina.

Por nuestra parte afirmamos que Moisés, a quien tenemos por profeta de Dios y verdadero siervo suyo, en el cántico del Deuteronomio expone la división de los habitantes de la tierra diciendo: *Cuando el Altísimo dividió las naciones, cuando dispersó a los hijos de Adán, fijó los lindes de las naciones según el número de los ángeles de Dios. Y fue porción del Señor su pueblo de Jacob, cuerda de su herencia Israel* (Deut 32,8-9). Y sobre la distribución o dispersión de los pueblos, en el libro titulado Génesis, dice en estilo histórico el mismo Moisés: *Y toda la tierra era un solo labio, y todos tenían un solo lenguaje. Y aconteció que, viniendo de oriente, hallaron una llanada en tierra de Sennaar, y allí se asentaron.* Y poco después: *Bajó,* dice, *el Señor a ver la ciudad y la torre que edificaban los hijos de Adán, y dijo el Señor: He aquí que son una sola raza y todos tienen un solo lenguaje. Han comenzado a hacer esto y no desistirán hasta llevar a cabo todo lo que desean. Ea, bajemos y confundamos allí su lengua, para que el vecino no entienda a su vecino. Y el Señor los dispersó a todos de allí sobre la haz de toda la tierra, y desistieron de construir la ciudad y la torre. Por eso se llamó la ciudad Babel, porque allí confundió el Señor Dios*

[18] Así lo interpreta Filón (*De confus. ling.* 68), fundándose en el hebreo *shen* = dientes y *na'ar* = arrojar.

las lenguas de toda la tierra, y de allí los dispersó el Señor Dios sobre la haz de toda la tierra (Gen 11,1-2; 5-9). Y en la que se titula *Sabiduría de Salomón,* se dice acerca de la sabiduría y los que presenciaron la confusión de las lenguas en que tuvo lugar la división de los pueblos, lo que sigue, obra de la sabiduría: *Esta, cuando fueron confundidas las naciones acordes en su maldad, conoció al justo y lo guardó irreprochable para Dios, y lo conservó fuerte, no obstante las entrañas para con su hijo* (Sap 10,5).

Muchas y misteriosas cosas habría que decir sobre este punto, al que cae bien el texto: *Bueno es ocultar el secreto del rey* (Tob 12,7), y no queremos echar a cualesquiera oídos la doctrina acerca de las almas que entran en el cuerpo (aunque no por transmigración), ni dar lo santo a los perros, ni arrojar las piedras preciosas a los cerdos (Mt 7,6). Impío fuera tal modo de obrar, que supondría una traición de los oráculos secretos de la sabiduría de Dios, de la que bellamente está escrito: *La sabiduría no entrará en el alma que maquina el mal, ni habitará en cuerpo sometido al pecado* (Sap 1,4). Basta haber expuesto, en forma histórica, lo que, al estilo de la historia, fue ocultamente dicho, para que quienes sean de ello capaces se elaboren para sí mismos lo que el tema encierra.

30. Explicación alegórica

Entiéndase, pues, que todos los moradores de la tierra se valen de una sola lengua y que, mientras se mantienen en mutua armonía, se mantienen en la lengua divina; y supongamos que no se mueven del oriente mientras piensan en la luz y en el resplandor que viene de la luz eterna (Sap 7,26). Pero estos mismos, una vez que se mueven del oriente, por pensar cosas ajenas al oriente, encuentran una llanura en la tierra de Sennaar (que significa "pérdida de los dientes", como símbolo de que perdieron lo que los alimentaba), y allí se asientan. Luego, queriendo juntar lo material y pegar con el cielo lo que por su naturaleza no puede pegarse, con intento de impugnar con lo material lo inmaterial, dice: *Venid, fabriquemos ladrillos, y cozámoslos al fuego* (Gen 11,3). Afirmaron, pues, y endurecieron el material de barro, y quisieron hacer del ladrillo piedra y del barro asfalto, y con ello construir una ciudad y una torre que, a lo que ellos se imaginaban, tocaría con su cabeza al cielo—un símbolo de las alturas que se levantan contra el conocimiento de Dios (2 Cor 10,5). Ahora, cada uno de ellos, a proporción de su ale-

jamiento de oriente, que fue de más o menos trecho, y a proporción de la producción de ladrillos para piedras y de barro para asfalto y de lo que así construyeron, es entregado a ángeles más o menos duros y de un carácter y otro, hasta que paguen la pena de lo que pecaron. Estos ángeles conducen a cada uno de los que se hicieron lengua propia a las partes de la tierra que se merecen, a unos a una región, digamos, cálida; a otros, a la que por su frío castiga a sus habitantes; a unos, a tierra dificilísima de cultivar; a otros, a otra que no lo es tanto; a unos, a región llena de fieras; a otros, a donde abundan menos.

31. Los destinos del pueblo de Dios

Luego, el que sea capaz de ello, como en tema histórico al cabo, que contiene de suyo algo verdadero, pero que alude, a par, a algo misterioso, mire cómo los que desde el principio guardaron su lengua por no haberse movido de oriente, permanecen en oriente y en su lengua oriental; y entienda cómo estos solos vinieron a ser porción del Señor, y pueblo suyo que se llama Jacob, y parte de su herencia Israel (Deut 32,9), y estos solos son gobernados por el que los gobierna sin miras al castigo de los que están bajo su autoridad, como miran los otros. Y vea el que pueda, en cuanto cabe en lo humano, cómo en la sociedad de estos que fueron ordenados para porción especial del Señor, se dieron pecados, primero tolerables y tales que no merecían ser de todo en todo abandonados por ellos; luego, más en número, pero todavía tolerables. Y, considerando cómo esto sucede durante más tiempo, y siempre se pone remedio y a intervalos se convierten, mire cómo son abandonados, a proporción de sus pecados, a los que obtuvieron las otras regiones, y cómo primero, castigados suavemente y sufriendo una pena como para ser educados, se tornaron de nuevo a lo propio; mire luego cómo son entregados a señores más duros, como los llamarían las Escrituras, a los asirios primero y luego a los babilonios; después, a pesar de los medios puestos, mire cómo no por eso dejan de multiplicar sus pecados, y son por ello dispersados por quienes los arrebataron entre las otras partes bajo los señores de los demás pueblos. Y el que manda sobre ellos, consiente adrede que sean arrebatados por los señores de los otros pueblos, a fin de que él mismo, con toda razón, como quien toma venganza, se arrogue el poder de sacar de entre los otros pueblos a los que pueda, y de hecho los saque, y les dé leyes y les trace la vida por la que

han de vivir, y los conduzca al fin a que condujo a los que no pecaron del pueblo primero.

32. Jesús, el Señor más poderoso

Y por aquí aprendan los que son capaces de mirar estas cosas ser mucho más poderoso que los demás Aquel a quien cupieron en suerte los que primero no pecaron, pues El pudo escogerse los que quiso de la parte de todos, apartarlos de quienes los recibieron para castigo y darles leyes y normas de vida propias para olvidar lo que anteriormente pecaran. Pero, como ya advertimos, hemos de decir estas cosas con cierta oscuridad, pues tratamos de establecer la verdad contra la mala inteligencia de los que dijeron que, "desde el principio, las partes de la tierra fueron distribuidas entre distintos inspectores o vigilantes, repartidas según ciertas autoridades, y así se administran". De ellos tomó también Celso las palabras citadas.

Sin embargo, como quiera que los que se movieron de oriente fueron entregados, por lo que pecaron, a un sentir reprobado y a pasiones de ignominia, y a la impureza en los deseos de sus corazones (Rom 1,28.26.24), a fin de que, hartos del pecado, lo vinieran a aborrecer, no asentiremos a la opinión de Celso, según el cual se hace rectamente lo que se hace en cada pueblo por razón de los inspectores repartidos por las partes de la tierra. No, nosotros no queremos hacer lo que mandan de la manera que a ellos place; porque vemos ser cosa santa abolir lo que desde el principio fue estatuido según los varios lugares y sustituirlo por leyes mejores y más divinas que promulgó, como más poderoso, aquel Jesús que nos liberó del presente siglo malo y de los príncipes de este siglo que son destruidos (Gal 1,4; 1 Cor 2,6); impío fuera, por lo contrario, no someterse al que se mostró y demostró más puro y santo que todos los otros señores; a El dijo Dios, como predijeron los profetas muchas generaciones antes: *Pídeme, y darte he las naciones por herencia, por posesión los lindes de la tierra* (Ps 2,8). El fue la expectación de los que creíamos de entre las naciones, en El y en su Padre, Dios supremo.

33. De dónde vienen los cristianos

Lo dicho no sólo va contra lo que se afirma sobre los inspectores, sino que, en cierto sentido, anticipa la respuesta a otras afirmaciones que sienta Celso contra nosotros, diciendo:

"Pase ahora el otro coro, y les preguntaré de dónde vienen o a quién tienen por autor de sus leyes tradicionales. No dirán a nadie, pues también ellos salieron de allí (del judaísmo) y no de otra parte alguna traen a su maestro y director de coro. Y, sin embargo, apostataron de los judíos" (cf. III 5). Cuando nuestro Jesús vino al mundo, *venimos al monte manifiesto del Señor*, a la Palabra que está por encima de toda palabra, y a la casa de Dios, que es la Iglesia del Dios vivo, *columna y fundamento de la verdad* (1 Tim 3,15). Y vemos cómo esa casa se edifica sobre la cima de los montes, sobre todas las palabras de los profetas, que son sus fundamentos. Y se levanta por sobre todos los collados, que son los que entre los hombres prometen algo excelente en sabiduría y verdad. Y a ella [16] acudimos todas las naciones y caminamos muchos pueblos, y unos a otros decimos, exhortándonos a abrazar la religión que, en los últimos días, ha brillado por obra de Jesucristo: *Venid y subamos al monte del Señor y a la casa del Dios de Jacob, y El nos anunciará su camino, y por éste andaremos* (Is 2,2-3). Porque de los de Sión salió una ley espiritual y pasó a nosotros. Mas también la palabra del Señor salió de aquella Jerusalén para propagarse por dondequiera y juzgar en medio de las naciones, escogiéndose a los que ve dóciles y arguyendo al pueblo incrédulo, que es mucho (Is 2,3-4).

Así, pues, a los que nos preguntan de dónde venimos y a quién tenemos por fundador, les respondemos que, siguiendo los consejos de Jesús, venimos a romper para arados nuestras espadas espirituales, aptas para la guerra y el agravio, y a transformar [17] en hoces las lanzas con que antes combatíamos. Y es así que ya no tomamos la espada contra pueblo alguno, ni aprendemos el arte de la guerra, pues por Jesús nos hemos hechos hijos de la paz—por Jesús, que es nuestro guía (Act 3,15; 5,31; Hebr 2,10; 12,2) o autor de nuestra salud, en lugar de las tradiciones en que éramos *extraños a las alianzas* (Eph 2,12)—. Ahora que hemos recibido una ley, por la que damos gracias a Dios que nos ha librado del error, decimos: *Simulacros mentirosos poseyeron nuestros padres, y no hay entre ellos quien dé lluvia* (Ier 16,19; 14,22). Así, pues, "nuestro corifeo y maestro", que salió de los judíos, ocupa la tierra entera por la palabra de su enseñanza.

Así nos hemos adelantado a refutar, según nuestras fuerzas, estas palabras de Celso, que siguen a un texto más amplio, juntándolas a palabras suyas citadas.

[16] ἐπ' αὐτό M: ἐπ' αὐτόν K. tr.
[17] μετασκευάζομεν M: μετασκευάσαι K. tr.

34. La ley (o costumbre), reina de todas las cosas

Mas para no omitir lo que entre uno y otro texto dice Celso, pongámoslo también aquí: "Podemos en confirmación de esta doctrina alegar el testimonio de Heródoto, que dice así: "Los de las ciudades de Merea y de Apis, que habitan en los confines de Libia, creyendo que eran libios y no egipcios y sintiéndose molestos por las prescripciones de la religión egipcia, pues ellos querían que no se les prohibiera comer carne de vaca, enviaron una embajada al oráculo de Ammón, alegando que nada tenían ellos que ver con los egipcios. Daban por razón que habitaban fuera del Delta, que no profesaban sus mismas creencias y querían, por ende, se les permitiera comer de todo sin distinción. Pero el dios no les permitió hacer eso, diciendo que Egipto era toda la tierra que el Nilo riega al desbordarse y de Egipto son todos aquellos que, de Elefantina abajo, beben las aguas de este río" (HEROD., 2,18). Esto cuenta Heródoto, y Ammón no vale menos para anunciar oráculos divinos que los ángeles de los judíos; de ahí que nada tenga de malo que cada uno guarde religiosamente sus propias costumbres. A la verdad, grandes diferencias hallaremos en cada pueblo; y, sin embargo, cada uno cree que lo suyo es lo mejor. Los etíopes que habitan Meroe sólo dan culto a Zeus y a Dioniso; los árabes, sólo a Urania y a Dioniso; los egipcios todos, a Osiris y a Isis, pero los saitas a Atena; los naucratitas no hace mucho que invocan a Serapis, y los demás a otros, según sus leyes. Y unos se abstienen de las ovejas, por considerarlas sagradas; otros, de las cabras; otros, de los cocodrilos; otros, de las vacas; de los cerdos, con horror. Para los escitas es cosa buena comerse a los hombres. De entre los indios hay quienes, al comerse a sus padres, creen hacer una piadosa obra. Y dice en algún pasaje el mismo Heródoto; para más fidelidad citaré sus mismas palabras. Cuenta así: "Si se propusiera a todos los hombres escoger las mejores leyes de entre todas las leyes, después de mirarlo bien, cada uno escogería como aventajadamente mejores las suyas propias. No se concibe, pues, que nadie, si no está loco, haga objeto de burla cosas semejantes. Y que así piensen los hombres acerca de sus propias costumbres o leyes, pudiera confirmarse con mil otros ejemplos, y entre ellos éste: Darío, durante su reinado, llamó una vez a unos griegos que estaban con él, y les preguntó a qué precio querrían comerse a sus padres cuando mueren. Ellos le respondieron que por nada

del mundo harían cosa semejante. Luego llamó Darío a una clase de indios llamados calaítas, que se comen a sus padres, y, en presencia de los griegos y un intérprete a su disposición, preguntó a los indios por qué precio se decidirían a quemar a sus padres al morir. Ellos levantaron el grito y rogaron al rey que no dijera impiedades. Tal es la fuerza de las instituciones, y a mi parecer tiene razón Píndaro cuando dice que la costumbre es la reina de todo (HEROD., III 38; PIND., fragm.109, ed. Schröder).

35. Los cristianos pueden proceder con la misma libertad que los filósofos

Por todos estos rodeos, parécele a Celso encaminarse la razón a que todos los hombres vivan según sus costumbres tradicionales y que no puede reprendérselos por ello; los cristianos, empero, que abandonaron sus tradiciones y que no se han constituido en un solo pueblo como los judíos, merecen reproche por haberse adherido a la doctrina de Jesús. Díganos, pues, si los que profesan la filosofía y aprenden a despreciar la superstición harán bien en abandonar las costumbres tradicionales y comer de lo que está prohibido en sus patrias, o no obrarán en eso convenientemente. Ahora bien, si por razón de la filosofía y lo que ella enseña contra la superstición, pueden los filósofos dejar sus tradiciones patrias y comer de lo que les está prohibido por tradición, ¿por qué no obrarán irreprochablemente los cristianos haciendo lo que hacen los filósofos, dado que su razón los convence a que no hagan caso excesivo de estatuas y templos, ni siquiera de las criaturas de Dios, sino que se levanten por encima de ellas y consagren su alma al Creador? Mas si Celso y los que opinan como él se aferran, para sostener la tesis sentada, en que también el que profesa la filosofía ha de observar las costumbres patrias, habrá que ver la ridiculez, por ejemplo, de los filósofos egipcios, con sus escrúpulos de comer cebollas o de abstenerse de ciertas partes del cuerpo, como la cabeza y el hombro, para no violar las tradiciones de sus mayores. Y no digamos de los egipcios que tiemblan de las flatulancias del cuerpo [18];

[18] Sobre estos edificantes rasgos de la religión de Egipto, he aquí dos textos cristianos: MIN., *Fel.* XXVIII 9: "Idem Aegyptii cum plerisque vobis non magis Isidem quam ceparum acrimonias metuunt, nec Serapidem magis quam strepitus per pudenda corporis expressos contremescunt"; HIERON., *Comm. in Is.* XIII 43 (PL 24,467A): "... ut taceam de formidoloso et horribili cepe et crepitu ventris inflati, quae Pelusiaca religio est". Una rápida alusión hay también en THEOPH., *Ad Autol.* 1,10 (cf. mis *Apologistas griegos del siglo II* [BAC 1954] p.777).

si a uno de ésos le da por hacerse filósofo y quiere guardar las costumbres patrias, será ridículo filósofo haciendo cosas que no dicen con un filósofo. Así también, aquel que por el Logos ha sido llevado a adorar al Dios del universo y por razón de sus tradiciones paternas se queda por bajo de imágenes y estatuas humanas y no quiere levantar su espíritu al Creador, ese tal se asemejaría a los que profesan la filosofía y temen, sin embargo, lo que no es de temer y tienen por impiedad comer de ciertos alimentos.

36. ¿Por qué no comer carne de vaca?

¿Y quién es ese Ammón de Heródoto, cuyas palabras cita Celso para probar, según cree, que cada uno ha de observar sus tradiciones? El hecho es que el Ammón de ellos no permite a los habitantes de la ciudad de Merea y Apis, colindante con la Libia, que miren con indiferencia el uso de las vacas; cosa que no sólo es, por naturaleza, indiferente, sino que tampoco impide a nadie que sea bueno y noble. Si su Ammón les prohibiera comer vaca por tratarse de un animal útil para la agricultura y, además, porque la raza se propaga señaladamente por las hembras, la cosa tendría acaso sus visos de razón; pero no, quiere simplemente que guarden las leyes de los egipcios acerca de las vacas por el mero hecho de beber del Nilo. Y, como epílogo, se mofa Celso de los ángeles de los judíos, que traen las órdenes de Dios, y dice "no ser peor Ammón para anunciar las cosas divinas que los ángeles de los judíos". Pero no se paró a examinar lo que quieren decir las palabras y apariciones de los mismos. En otro caso hubiera visto que Dios no se cuida de los bueyes (1 Cor 9,9), aun cuando parece dar leyes acerca de ellos o de otros irracionales. Todo está escrito por razón de los hombres y, bajo la apariencia de animales irracionales, contienen alguna verdad natural. Como quiera que sea, Celso afirma que quien religiosamente observa sus costumbres patrias no comete iniquidad alguna; de donde se seguiría, según él, que nada malo hacen los escitas cuando, siguiendo sus costumbres patrias, se comen a los hombres. Y, por el mismo caso, aquellos indios que se comen a sus padres piensan hacer, según Celso, la cosa más santa del mundo o, por lo menos, algo que nada tiene de inicuo. Por lo menos cita un texto de Heródoto que aboga por que cada uno guarde—y así obrará convenientemente—sus leyes tradicionales; y todo hace pensar que da la razón a los indios calaítas del tiempo de Darío, que se comían a sus padres

—aquellos que, preguntados por Darío a qué precio estarían dispuestos a dejar tal costumbre, lanzaron un gran grito y le mandaron callar.

37. La ley natural y la ley escrita

Hay, pues, que considerar, hablando en general, dos leyes: una, la ley de naturaleza, cuyo autor sería Dios; y otra, la ley escrita que rige en los estados; y cuando la ley escrita no está en pugna con la ley de Dios, es bien que los ciudadanos no la abandonen so pretexto de seguir leyes extrañas[19]. Mas si la ley de naturaleza, es decir, la ley de Dios ordena algo contra la ley escrita, es de ver si la razón no convence de que debe decirse adiós a las leyes escritas y a la voluntad de los legisladores y acatar a Dios legislador, y resolverse a vivir según su Logos, así haya que arrostrar para ello peligros, trabajos sin cuento, la muerte y la ignominia. Absurdo fuera, en efecto, que, en el caso de contradecirse lo que agrada a Dios y lo que ordena alguna ley de las ciudades, de ser imposible agradar a Dios y a los que tales leyes estatuyen, absurdo, digo, fuera despreciar acciones por las que se agrada al creador del universo y abrazar aquellas por las que se desagrada a Dios y se satisface a leyes que no son leyes y a los amigos de ellas.

Ahora bien, si en cualquier punto es razonable preferir la ley de naturaleza, que es ley de Dios, sobre la ley escrita dada por los hombres contraviniendo a la ley de Dios, ¿no será bien hacer eso, con más razón, en las leyes sobre Dios mismo? Así, ni adoraremos por dioses únicos a Zeus y Dioniso, como place a los etíopes que habitan en torno a Meroe, ni honraremos en absoluto, a la manera etiópica, a los dioses etiópicos. Ni tendremos para nada por dioses aquellos en que se glorifica lo masculino y femenino, a la manera de los árabes que adoran a Urania como femenina y a Dioniso como masculino (cf. HEROD., III 8); ni tampoco, como el común de los egipcios, tendremos por dioses a Osiris e Isis, ni a éstos juntaremos a Atena, según les parece a los saítas. En cuanto a los naucratitas, a los más viejos les pareció bien dar culto a otros dioses; los modernos, empero, hace, como quien dice, unos días que han empezado a adorar a Serapis, que jamás había sido dios. Mas no por eso vamos a decir también nosotros ser dios un dios nuevo que no lo

[19] La antítesis entre ley natural y escrita era un lugar común estoico (cf. VIII 26; *Stoic. vet.* fragm. III 314-26; CIC., *De leg.* 1,15,42-43; PLAT., *Leg.* 793a). Como es bien sabido, el conflicto de la *Antigona* de Sófocles radicó en la contradicción entre la ley escrita y la ley no-escrita.

fue jamás antes, ni como a tal lo conocieron los hombres. Y es así que el mismo Hijo de Dios, *primogénito que es de toda la creación* (Col 1,15), si es cierto que le plugo encarnarse recientemente, mas no por eso es nuevo; pues las palabras divinas saben de El que es más viejo que todas las criaturas y que a El le dijo Dios al crear al hombre: *Hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra* (Gen 1,26; cf. *supra* II 9).

38. ¿Valdría la pena morir por una costumbre patria?

Pero quiero demostrar que Celso no tiene razón en afirmar que cada uno ha de seguir la religión de su familia y patria. Dice él que los etíopes que habitan junto a Meroe sólo conocen dos dioses, que son Zeus y Dioniso, y sólo a éstos dan culto; los árabes también tienen otros dos dioses; a Dioniso, como los etíopes, y a Urania, que es peculiar de ellos. Según referencia de Celso, ni los etíopes dan culto a Urania ni los árabes a Zeus. Ahora bien, si un etíope, por cualquier circunstancia, viene a parar entre los árabes y es tenido por impío por no dar culto a Urania y por ello corre peligro de muerte, ¿tendrá el etíope que morir antes que hacer nada contra la costumbre de su patria y adorar a Urania? Si tiene que obrar contra sus costumbres tradicionales, no obrará, según los argumentos de Celso, santa o piadosamente; y si se lo conduce a la muerte, demuéstrenos Celso que hay razón para aceptar la muerte. Yo no sé si los etíopes tienen una doctrina que les enseñe a filosofar acerca de la inmortalidad del alma y de la recompensa por su religión si dan culto conforme a sus costumbres tradicionales a los supuestos dioses. Y lo mismo cabe decir de los árabes que, por cualquier circunstancia, vinieran a vivir entre los etíopes de Meroe. Enseñados a dar culto solamente a Urania y Dioniso, estos árabes no adorarán al Zeus de los etíopes; y, si son tenidos por impíos y conducidos a la muerte, díganos Celso qué harán razonablemente.

En cuanto a Osiris e Isis, superfluo y fuera de razón me parece trazar aquí una lista de sus mitos. Y si estos mitos se interpretan tropológicamente, nos enseñarán en definitiva a adorar el agua, sin alma, y la tierra, que pisan hombres y animales. Porque así transforman, según creo, a Osiris en agua y a Isis en tierra. De Serapis se cuenta una historia múltiple y diversa, y es dios que apareció ayer o anteayer por ciertas artes mágicas de Ptolomeo, que quería mostrar

a los alejandrinos una especie de dios visible y tangible. En el pitagórico Numenio hemos leído acerca de su fabricación que participa de la sustancia de todos los animales y plantas que suministra la naturaleza; y así parece que, aparte iniciaciones impías y magias evocadoras de démones, no se fabrica el dios solamente por obra de escultores, sino también por magos y hechiceros y por los démones evocados por sus encantamientos [20].

39. No merecen culto animales que nos devoran

Es, pues, menester inquirir qué haya de comer o no comer conforme a su naturaleza un ser vivo, racional y manso, que obra en todo según razón, y no dar culto, al azar, a ovejas, cabras o vacas. Abstenerse de estos animales puede ser cosa razonable, pues de ellos sacan los hombres mucho provecho; pero tener consideración a los cocodrilos y pensar que están consagrados a no sabemos qué dios mitológico, ¿no será la más grande de las necedades? De gentes muy estúpidas es, efectivamente, tener consideración a animales que no nos la tienen a nosotros, y rodear de solicitud a los que se dan un banquete a nuestra costa. Y, sin embargo, plácenle a Celso los que, siguiendo costumbres tradicionales, dan culto

[20] De Serapis cuenta Tácito (*Hist.* 1.4) dos milagros en que interviene Vespasiano: "En aquellos meses que Vespasiano se entretuvo en Alejandría esperando a que la mar se sosegase y soplasen los vientos del estío, sucedieron muchos milagros, que testificaron el favor de los cielos y una cierta buena inclinación de los dioses para con él. Un hombre de la plebe alejandrina, harto conocido por su ceguera, arrodillándosele delante y pidiendo con grandes llantos y gemidos remedio a su trabajo, afirmando ser aquélla la voluntad del dios Serapis, a quien tiene en gran veneración aquella gente supersticiosa, suplicaba con gran instancia al príncipe que se dignase de mojarle con la saliva de su boca los párpados y niñas de los ojos. Otro, manco de una mano, alegando el mandamiento del mismo dios, pedía el ser pisado con la planta del pie de César. Reíase al principio Vespasiano, haciendo gran burla de semejantes pretensiones; mas instando ellos siempre, comenzó unas veces a temer la fama de ser tenido por hombre que se creía de ligero, otras a entrar en esperanza y fuerza de los ruegos y adulaciones de los circunstantes. Finalmente, manda a los médicos que consulten sobre si aquella ceguera y manquedad se podían curar por medios humanos. Discurrieron variamente los médicos, y resolvieron que, no habiéndosele apagado al ciego totalmente la virtud visiva, si le quitaban los impedimentos, era posible restituirle la vista; y que al manco, habiéndosele encogido los nervios, con aplicarle medicamentos saludables, podía también cobrar salud; añadiendo que, por ventura, era aquello voluntad de los dioses, y que tenían ya escogido al príncipe para aquel divino ministerio, en el cual, si la salud tenía efecto, sería de César la gloria, y no teniéndole, de aquellos miserables el escarnio. Con esto Vespasiano, prometiéndose aquello y mucho más de su buena fortuna y no teniendo ya en orden a ella cosa alguna por imposible, con rostro alegre, en presencia de gran multitud de pueblo que estaba presente, ejecuta el mandamiento que refería ser de los dioses.

Restituyósele con esto al manco el uso de su brazo, y al ciego, la luz del día. Cuentan hoy entrambas cosas los que se hallaron presentes, no teniendo para qué esperar premio alguno de la mentira". Seguidamente relata Tácito una visión de Vespasiano y el origen del dios Serapis (versión de A. CARLOS COLOMA, ed. Aguilar, Madrid s.a.).

y solícitamente cuidan a los cocodrilos, y ni una sola palabra ha escrito contra ellos. Los cristianos, empero, le parecen reprensibles, porque se les enseña a abominar la maldad, a apartarse de las obras que proceden de ella, y a dar culto y honrar a la virtud, como engendrada por Dios e hija de Dios. Porque no hay que pensar que, por ser femenino el nombre de la sabiduría y la justicia, lo son también en su sustancia estas virtudes, que, según nuestra creencia, se identifican con el Hijo de Dios, como nos lo demostró su discípulo genuino, que dice sobre el mismo: *El cual se hizo para nosotros, de parte de Dios, sabiduría, justicia y santificación y redención* (1 Cor 1,30)[21]. Y aun cuando lo llamemos segundo Dios[22], sepan que por segundo Dios no entendemos otra cosa que una virtud que comprende en sí todas las virtudes, y una razón *(logos)* que comprende en sí toda otra cualquier razón de lo que sucede según naturaleza y, principalmente, para bien del universo. Y esta razón o *logos* afirmamos haberse unido e identificado, en medida superior a todas las almas, con el alma de Jesús, el único que pudo alcanzar de manera perfecta la participación del *logos* en sí, de la sabiduría en sí y de la justicia en sí.

40. Puntualizando a Píndaro

Mas, como quiera que Celso, ya que ha hablado de las diferentes leyes, añade: "Paréceme que Píndaro tuvo razón al afirmar que la ley (o costumbre) es reina de todos", vamos también a discutir este punto. ¿Qué ley dices, amigo, ser reina de todos? Si te refieres a las de las ciudades, eso es falso, pues no todos están regidos por la misma ley; y entonces habría que haber dicho que las leyes son reinas de todos, pues en cada pueblo hay una ley que es reina de todos. Mas si te refieres a la ley propiamente dicha, ésta es por naturaleza la reina de todos, por más que algunos, a estilo de bandidos, se aparten de las leyes y vivan como salteadores y criminales. Ahora bien, los cristianos, que hemos conocido la ley que, por naturaleza, es reina de todos, que es la misma ley de Dios, conforme a ella procuramos vivir, dando un total adiós a las leyes que no son leyes.

[21] Sin embargo, disuena a oídos españoles llamar a la virtud "Hijo de Dios". La terminación en *a*, digan lo que quieran los "catedráticos", es signo de femenino en buen castellano. ¡Jamás se dijo en nuestra lengua la "maestro"! La Virgen, *abogada nuestra*, abogue por que entren en razón (¡si es posible!) las que, después de ponerse a sí mismas pantalones, se los quieren poner también a la gramática.

[22] Sobre el Logos como segundo Dios, cf. VI 61; VII 57. Es sabido que Orígenes tiende al subordinacionismo.

41. Gran parrafada antijudía de Celso

Pues veamos lo que dice seguidamente Celso, siquiera muy poco se refiera a los cristianos, y la mayor parte a los judíos. Dice, pues: "Pues bien, si, conforme a esto, honran los judíos su propia ley, nada hay que reprocharles en ello, sino más bien a los que abandonan la suya propia y aceptan seguir la de los judíos. Mas si se enorgullecen como poseedores de una ciencia superior y se apartan del trato de los otros por no igualárseles en pureza, ya han oído que ni lo que sobre el cielo creen es dogma propio suyo, sino que, para omitir todo otro ejemplo, lo profesan muy de antiguo los persas, como lo manifiesta en algún pasaje Heródoto. "Porque tienen—dice—por ley subirse a los más altos montes para ofrecer sacrificios a Zeus, y llaman así a todo el ciclo del cielo (HEROD., I 131). Porque lo mismo da que a Zeus se le llame Altísimo, o Zen, o Adonai, o Sabaoth, o Amón, como los egipcios, o Papeo, como los escitas [23]. Y tampoco van a ser más santos que los demás por el hecho de que se circunciden, pues en eso se les adelantaron los egipcios y los colcos (HEROD., II 104); ni porque se abstengan de comer cerdo, pues tampoco los egipcios lo comen y, por añadidura, se abstienen de cabras, ovejas, vacas y peces; Pitágoras y sus discípulos, de las habas y de todo lo animado [24]. Y, en fin, no es probable que tengan particular crédito delante de Dios ni sean de él amados con preferencia a los otros por el hecho de haberles caído en suerte una tierra que fuera como el lugar de los bienaventurados para mandarles a ellos solos sus mensajeros, pues a la vista tenemos qué suerte han corrido ellos y su tierra. Salga, pues, de la escena este coro de mi comedia, que ya lleva su castigo por su arrogancia, gente que no conocen al Dios grande, sino que se dejó seducir y engañar por la magia de Moisés, que de él aprendió para malos fines" (cf. I 23).

42. La admirable educación judía

Evidentemente, Celso acusa aquí a los judíos de suponer mentirosamente ser ellos la porción del Dios supremo (Deut 32,9) con preferencia a todos los otros pueblos, no menos que de arrogancia cuando alardean del Dios grande,

[23] Cf. HEROD., II 18.42; IV 59; PLUTARCH., *Mor.* 354c.
[24] Sobre las abstinencias pitagóricas, cf. DIOG. LAERT., VIII 34, etc.; también Celso en VIII 28.

al que, sin embargo, no conocen; gentes más bien que fueron seducidas por la magia de Moisés y por éste embaucadas, del que se hicieron discípulos, y no para fin bueno alguno. Ahora bien, siquiera parcialmente, ya antes hemos hablado (IV 31) de la venerable y singular constitución política de los judíos, cuando aún subsistía lo que era símbolo de la ciudad de Dios y de su templo, y del culto sacerdotal que se practicaba en él y en el altar. Y quienquiera dedique su atención a la mente del legislador y examine la constitución por él establecida, si compara su situación con la actual conducta de los otros pueblos, a ningún otro admirará como a los judíos, que, en cuanto cabe entre hombres, suprimieron todo lo inútil para el género humano y sólo aceptaron lo útil. De ahí que entre ellos no hubiera certámenes gímnicos, ni teatrales, ni hípicos; ni tampoco mujeres que vendieran su belleza a quien quisiera abusar de ellas e inferir un ultraje a la naturaleza de los gérmenes humanos (cf. Lev 19,29; Deut 23,17-18). ¡Y qué cosa tan excelente era para ellos que, desde la más tiena edad, se les enseñara a levantarse por encima de toda la naturaleza sensible, y que en ninguna parte de ella tiene Dios su asiento, sino que se lo ha de buscar arriba, por encima de los cuerpos! ¡Qué cosa tan grande que, casi a par del nacimiento y apenas llegado al uso de la razón, se le enseña al niño la inmortalidad del alma, y los tribunales bajo tierra (cf. PLAT., *Phaidr.* 249a) y los premios a los que hubieren vivido bien! Todo lo cual, como a niños que pensaban cosas de niños, se les predicaba en forma más o menos mítica; mas para quienes ahora buscan la razón y quieren adelantarse en ella, los que entonces eran mitos (llamémoslos así) se han transformado en la verdad que estaba escondida en ellos. Por mi parte, los tengo por dignos de llamarse porción escogida de Dios por el mero hecho de haber despreciado toda adivinación, que embauca vanamente a los hombres y procede de démones malignos, más bien que de una naturaleza superior. Ellos, empero, buscaban el conocimiento de lo futuro en almas que, por su pureza señera, recibían el espíritu del Dios sumo.

43. Prosigue la loa judaica

¿Y qué necesidad hay de decir lo bien pensado de aquella ley por la que no era lícito que uno de la misma religión fuera esclavo por más de siete años (Ex 21,2; Deut 15,12; Ier 41,14), ley que no dañaba ni al amo ni al criado? No pueden, pues, los judíos honrar su propia ley a la manera

de los otros pueblos, y merecerían se los culpara de no haber comprendido la excelencia de sus leyes si creyeran haberse escrito del mismo modo que las de los otros pueblos. Y más sabios, no sólo que el vulgo, sino más también que los que parecen consagrarse a la filosofía, pues éstos, después de sus solemnes razonamientos filosóficos, vienen a parar en los ídolos y démones; el último, empero, de los judíos sólo fija su mirada en el Dios supremo. Y, por lo menos en este punto, tienen derecho a gloriarse, y evitar la comunicación con los otros, como gentes sacrílegas e impías. ¡Y pluguiera a Dios no hubieran pecado, infringiendo la ley, matando primero a los profetas (Mt 23,37) y atentando más tarde contra la vida de Jesús! Así tendríamos un ejemplo de la ciudad celeste que trató de describir Platón *(Pol.* 369-372.327-434), pero no sé si lo logró tanto como Moisés y los que le sucedieron, que formaron una raza escogida, una nación santa y consagrada a Dios con doctrinas limpias de toda superstición.

44. Persas y judíos

Mas como Celso se empeña en identificar los ritos de los judíos con las leyes de ciertas naciones, vamos a examinar también este punto. Piensa, pues, que la doctrina acerca del cielo no se diferencia en nada de lo que se enseña acerca de Dios, y afirma que, a la manera de los judíos, también los persas ofrecen sacrificios a Zeus sobre los montes más altos. Pero Celso no ve que los judíos, así como conocían a un solo Dios, así sólo tenían una casa de oración, y un altar de los holocaustos, y un incensario de perfumes, y un solo sumo sacerdote de Dios. Nada, pues, tuvieron de común los judíos con los persas, que se subían a los montes más altos a ofrecer unos sacrificios que no se parecían tampoco para nada a los de la ley de Moisés. Según ésta, los sacerdotes de los judíos servían a una figura y sombra de las cosas celestes (Hebr 8,5), y secretamente explicaban el sentido de la ley sobre los sacrificios y los que éstos significaban simbólicamente. Enhorabuena, pues, que los persas llamen Zeus a todo el círculo del cielo; nosotros, empero, afirmamos que éste no es ni Zeus ni Dios, pues sabemos que algunas criaturas, muy por bajo de Dios, se han remontado por encima de los cielos y de toda la naturaleza sensible. Y así entendemos lo del salmo: *Alabad al Señor, los cielos de los cielos, y las aguas que están sobre los cielos loen el nombre del Señor* (Ps 148,4).

45. Virtud mágica de los nombres

Según Celso, "no hay diferencia en que a Zeus se le llame Altísimo, Zen, Adonai, Sabaoth, o Amón, como los egipcios, o Papeo, como los escitas" [25]. Discurramos, pues, también brevemente sobre este punto, recordando, a par, al lector lo que anteriormente (I 24-25) dijimos sobre este problema, cuando las palabras de Celso nos obligaron a tratarlo. Pues también ahora decimos que la naturaleza de los hombres no depende, como opina Aristóteles *(De invent.* c.2), de la convención de los que los ponen. Y es así que las lenguas que se hablan entre los hombres no vienen de los hombres, como es evidente para quienes son capaces de comprender la naturaleza de los encantamientos que adaptaron los autores de las lenguas según las distintas lenguas y los sonidos distintos de los nombres. Sobre este punto discutimos brevemente arriba (I 25) y dijimos que palabras que en tal o cual lengua tienen virtud natural, trasladadas a otra, no pueden ya nada, como podían en su propia pronunciación. El mismo fenómeno se advierte en las personas. Efectivamente, si este o el otro lleva desde su nacimiento un nombre griego, si lo trasladamos al egipcio o al latín o a otra lengua cualquiera, no lograremos que sufra o haga lo que sufriría o haría de llamarlo con el nombre que se le impuso primero. Ni, por lo contrario, a quien se llame desde el principio por un nombre latino, si lo trasladamos al griego, tampoco lograremos hacerle lo que promete hacer un encanto que se valga del nombre que se le impuso primero.

Pues ya, si esto es verdad respecto de los nombres humanos, ¿qué habrá que pensar sobre los que, por la causa que fuere, se refieren a la divinidad? Porque algo se puede trasladar al griego, por ejemplo, del nombre de Abrahán; algo significa también la denominación de Isaac y algo se nos sugiere con la voz Jacob; y si uno que invoca o conjura nombra al Dios de Abrahán y al Dios de Isaac y al Dios de Jacob, estos nombres pueden hacer algo, ora por la naturaleza, ora por el poder de los mismos, hasta el punto de que los démones son vencidos y se someten al que los pronuncia. Mas si se dice: "El dios del padre escogido del eco, y el dios de la risa, y el dios del que agarra el carcañal", lo que se nombra no producirá más efecto que si se nombrara otra cosa que no tiene virtud alguna. Por modo

[25] Como Celso opinan, en punto a indiferencia de los nombres de Dios, SENEC., *De benef.* IV 7,1-2; PSEUDO ARIST., *De mundo* 7; AUGUST., *De civ. Dei* IV 11. Cf. E. PETERSON, Εἷς θεός (Gotinga 1926) p.254.

semejante, si trasladamos el nombre de Israel al griego o a otra lengua, no haremos nada; mas si lo dejamos tal como está y lo juntamos con lo que piensan los expertos en esta materia debe juntarse, entonces puede suceder algo de lo que prometen tales invocaciones hechas con tal sonido. Lo mismo diremos acerca de la voz "Sabaoth", que se emplea en muchos conjuros. Si traducimos el nombre por "Señor de los poderes", o "Señor de los ejércitos" u "omnipotente" (todas estas versiones dan efectivamente los intérpretes), no haremos nada; mas si lo dejamos en sus propios sonidos, haremos algo, al decir de los entendidos en la materia. Y lo mismo sobre Adonai. Ahora, pues, si ni Sabaoth ni Adonai pueden nada traducidos al griego en lo que parecen significar, ¿cuánto menos podrán en quienes piensan "ser indiferente se llame a Zeus Altísimo, Zen, Adonai o Sabaoth"?

46. El cristiano morirá antes que confesar que Zeus es Dios

Ahora bien, Moisés y los profetas, que sabían estos misterios y otros semejantes, prohíben se tome el nombre de otros dioses en una boca que se ocupa en orar al solo Dios supremo, ni los recuerden en un corazón al que se enseña a conservarse limpio de toda vanidad de pensamientos y palabras (Ex 23,13; Ps 15,4). Por eso estamos prontos a soportar cualquier tormento antes que confesar que Zeus es Dios. Porque no creemos que Zeus y Sabaoth son el mismo; es más, ni siquiera creemos que Zeus tenga nada de divino, sino que algún demon gusta de que se le llama así, un demon, digo, enemigo de los hombres y del Dios verdadero. Y si los egipcios nos presentaran a Amón para adorarlo, amenazándonos de muerte, moriríamos antes que proclamar Dios a Amón, nombre que se emplea, como es natural, en ciertos conjuros egipcios que invocan a este demon. Digan también en hora buena los escitas que Papeo es el Dios supremo; afirmamos ciertamente al Dios supremo, pero no lo llamamos, como si fuera su nombre propio, con el de Papeo, que es como gusta llamarse el demon a quien cupo en suerte la soledad de la Escitia, su nación y su lengua. No peca, en efecto, quien llama a Dios con el nombre que lo designa en lengua escita, en egipcio o en cualquiera otra en que cada uno se ha educado.

47. La circuncisión judaica

En cuanto a la circuncisión, no la practican los judíos por la misma causa que los egipcios o colcos, por lo que no debe considerarse la misma circuncisión. El que sacrifica, no sacrifica al mismo dios, por más que parezca practicar los mismos ritos en el sacrificio; ni el que ora, ora al mismo dios, por más que pida lo mismo en sus oraciones; así tampoco el que se circuncida dejará, por el mero hecho, de distinguirse de la circuncisión de otro. Efectivamente, el propósito, la ley y la voluntad del que circuncida hace diferente la cosa misma. Para que mejor se comprenda todo este punto, digamos que la palabra "justicia" es la misma para todos los griegos; sin embargo, bien demostrado está que una es la justicia según Epicuro, otra según los estoicos, que niegan la tripartición del alma [26], y otra según los platónicos, para quienes la justicia es un acto individual de las partes del alma (PLAT., *Pol.* 441-443) [27]. Por el mismo caso, una es la fortaleza de Epicuro, que aguanta trabajos para huir de otros mayores; otra la del estoico, que abraza la virtud por la virtud; otra la del platónico [28], que afirma ser virtud de la parte irascible del alma y le asigna su asiento en torno al pecho (PLAT., *Pol.* 442c; *Tim.* 69e-70a). Así, según las doctrinas de los que circuncidan, puede ser distinta la circuncisión, sobre la que no hay por qué hablar en escrito como el presente. El que quiera saber lo que sentimos sobre este punto, lea lo que sobre él decimos en nuestro comentario a la carta de Pablo a los romanos (II 12-13).

48. Razón, según Orígenes, de la circuncisión

Así, pues, si los judíos se glorían de la circuncisión, la distinguirán no sólo de la que practican los colcos y egipcios, sino también de la de los árabes ismaelitas, por más que Ismael desciende de su antepasado Abrahán y juntamente con él fue circuncidado (Gen 17,23-27). Dicen, por otra parte, los judíos que la circuncisión hecha al octavo día es la principal; cualquier otra es de circunstancias. Y acaso fue introducida por algún ángel hostil al pueblo judío, ángel que

[26] El alma, según los estoicos, tiene ocho partes (DIOG. LAERT., VII 110).

[27] Chadwick remite, además, a CLEM. AL., *Strom.* VI 125,6; PORPHYR., *Sent.* XL 6; IAMBL., *De myst.* IV 5; GREGOR. THAUMAT., *Paneg.* XI 139; ATHEN., *De resurr.* 22. Todo este pasaje (cf. *Apologistas griegos del siglo II* p.745s) es del más puro platonismo.

[28] ἡ ἀπὸ Πλάτωνος M: ἡ τοῦ ἀπὸ Πλάτωνος K. tr.

podía dañar a quien no se circuncidara de entre ellos, pero era impotente con los circuncidados. Diríase que así aparece por lo que se escribe en el Exodo, cómo el ángel tenía poder contra Moisés antes de circuncidar a Eleazar, pero nada pudo después de circuncidado. Eso debió de entender Séfora, que tomó una piedra y curcuncidó a su hijo, y, según los códices corrientes, se escribe que dijo: *Ha parado la sangre de la circuncisión de mi hijo;* pero, según el texto hebreo: *Esposo de sangre eres para mí* (Ex 4,24-26; el otro texto, *iuxta* LXX). Sabía, en efecto, la naturaleza de este ángel, que tenía poder antes de la efusión de la sangre y se calmaba por la sangre de la circuncisión; de ahí que dijera: *Esposo de sangre eres para mí.*

Mas ya que hemos dicho todo esto, con algún peligro, por parecer más bien curioso y no acomodado a los oídos del vulgo, añadiré un solo punto, más propio de cristianos, para pasar a lo que sigue. Según mi opinión, este ángel tenía poder contra los no circuncidados del pueblo y, en general, contra todos los que daban culto al solo Creador; pero ese poder lo tuvo hasta que Jesús tomó cuerpo humano. Una vez que lo tomó y fue circuncidado en su cuerpo, quedó destruido todo su poder contra los no[29] circuncidados en esta religión, pues Jesús destruyó a ese ángel con su inefable divinidad. De ahí que a sus discípulos les esté prohibido circuncidarse, y se les diga: *Si os circuncidáis, Cristo no os valdrá de nada* (Gal 5,2).

49. El comer, cosa indiferente

Mas tampoco se glorían, como de magna hazaña, los judíos de abstenerse de comer cerdo, sino de que saben distinguir la naturaleza de los animales puros e impuros y de conocer la causa de esta distinción, por lo que ponen al cerdo entre los impuros. Pero todo esto eran símbolos de ciertas cosas hasta el advenimiento de Jesús. Después de éste, a un discípulo suyo que no comprendía aún la razón de estas prescripciones y decía: *Nada profano ni impuro ha entrado jamás en mi boca,* se le dice: *Lo que Dios ha purificado no lo llames tú impuro* (Act 10,14-15). Así, pues, ni con los judíos ni con nosotros tiene nada que ver eso de que los sacerdotes egipcios se abstengan no sólo de los cerdos, sino también de cabras, ovejas, bueyes y peces. No mancha al hombre lo que entra por la boca (Mt 15,11.17), ni la comida

[29] περιτεμνομένων M: μὴ περιτεμνομένων K. tr. post Boherellum.

nos recomienda ante Dios (1 Cor 8,8); de ahí que no nos envanecemos demasiado por no comer, ni vamos tampoco a comer por mera gula. Por lo mismo y en cuanto a nosotros toca, alégrense los pitagóricos de abstenerse de todo lo animado. Lo que importa es la diferente causa por que los discípulos de Pitágoras se abstienen de comer seres vivos y por la que lo hacen nuestros ascetas. Aquéllos se abstienen de lo animado por razón del mito de la transmigración de las almas:

> "Y alguien, gran insensato, al hijo caro levantando,
> lo inmolará, entre preces, sobre el ara"
>
> (EMPÉDOCLES, fragm.137, Diels)[30];

mas nosotros, si algo de eso hacemos, es que abofeteamos nuestro cuerpo y lo reducimos a servidumbre (1 Cor 9,17) y queremos mortificar los miembros que están en la tierra, la fornicación, la impureza, la disolución, la pasión y el mal deseo (Col 3,5), y todo lo ordenamos a matar las acciones del cuerpo (Rom 8,13).

50. La predilección de Dios por los judíos ha pasado a los cristianos

Continuando el tema de los judíos, dice Celso: "Tampoco es probable que tengan particular crédito delante de Dios ni sean de El amados con preferencia a otros pueblos por el hecho de haberles cabido en suerte una tierra que fuera como el país de los bienaventurados, para mandarles a ellos solos sus mensajeros, pues a la vista tenemos qué suerte hayan corrido ellos y su tierra". Refutemos también esto diciendo que el

[30] Sexto Empírico (*Adv. Mathem.* VIII p.331) dice que, por creer estos filósofos (los pitagóricos) en la metempsicosis o transmigración de las almas, exhortaban a abstenerse de comer seres vivos, y decían que los hombres cometían una impiedad

> "si con cálida sangre en rojo tiñen
> las aras de los dioses bienhadados".

Y en alguna parte dice Empédocles:

> "¿No acabaréis de cometer horrendas muertes? ¿No estáis viendo
> que unos a otros os coméis con mente insana?"

Y:

> "Y mudada la forma, el padre al hijo caro
> levántalo y degüella, el insensato, entre plegarias.
> Vacilantes están los que quisieran
> sacrificar al mismo orante; pero, sordo
> a los gritos, al hijo ha degollado,
> y con él, en su casa,
> un funesto festín ha preparado.
> Por modo igual, al padre el hijo
> y a la madre los niños, el aliento les quitan y se tragan carnes".

Tomo la versión del texto de DIELS (II 137). Hay un pasaje de tradición textual muy dudosa.

crédito de este pueblo delante de Dios se pone de manifiesto, entre otras cosas, por el hecho de que aun gentes ajenas a nuestra fe invocan como a Dios supremo al Dios de los hebreos (cf. IV 34). Y, como acreditados delante de Dios mientras no fueron de El abandonados, a pesar de su corto número, fueron constantemente custodiados por el poder divino. Así, ni siquiera bajo el reinado de Alejandro de Macedonia hubieron de sufrir nada por parte suya, a pesar de que, a causa de ciertas alianzas y juramentos, no quisieron tomar las armas contra Darío. Y en esta ocasión dicen que el sumo sacerdote judío, revestido de sus ornamentos sacerdotales, fue adorado por el propio Alejandro, que dijo que alguien así revestido [31] le había anunciado entre sueños que conquistaría el Asia entera (FLAV. IOSEPH., *Ant. iud.* XI 8,3-5.317-339). Así, pues, los cristianos decimos que, en efecto, los judíos gozaron de todo punto de crédito ante Dios y fueron amados de El con preferencia a otros; pero esta dispensación y gracia ha pasado a nosotros, pues Jesús traspasó el poder que obraba en los judíos a los que de entre las naciones creen en El. De ahí es que, si bien los romanos han maquinado muchas cosas contra los cristianos a fin de impedir que siguieran existiendo, no lo han logrado, pues la mano divina luchaba en favor de ellos y quería que la palabra de Dios, desde un rincón (VII 68; IV 36) de la Judea, se esparciera por todo el género humano.

51. Jesús, Dios

Mas ya que hemos respondido, según nuestras fuerzas, a las acusaciones citadas de Celso contra los judíos y su doctrina, citemos también lo que sigue y demostremos que no somos unos fanfarrones al afirmar que conocemos al Dios grande, ni nos hemos dejado embaucar, como opina Celso, de la magia de Moisés, ni de la del mismo Jesús, salvador nuestro. No, nosotros oímos para buen fin al Dios que habla en Moisés y recibimos a Jesús como Hijo de Dios, por haber sido atestiguado como Dios por Dios mismo, y tenemos las más bellas esperanzas si conformamos nuestra vida con su doctrina. Sin embargo, renunciamos de propósito a repetir lo que ya expusimos al indicar de dónde venimos, y a quién tenemos por fundador y la ley que nos ha dado (cf. V 33). Y si se aferra a que no hay diferencia entre nosotros y los egipcios que dan culto al macho cabrío, al carnero, al cocodrilo,

[31] ἑωρακέναι M: K. tr. propone περιβεβλημένον.

al buey, al hipopótamo, al cinocéfalo y al gato, allá se las haya Celso y quienquiera piense como él. En cuanto a nosotros, ya anteriormente, según nuestros alcances, hemos justificado con muchos argumentos el honor que tributamos a nuestro Jesús y demostramos que hemos hallado en El algo superior. Y si nosotros solos afirmamos que la verdad pura y sin mezcla de mentira se halla en la enseñanza de Jesucristo, no nos recomendamos en ello a nosotros mismos, sino al maestro que ha sido atestiguado de formas varias por el Dios supremo, por los libros proféticos de los judíos y por la evidencia misma de los hechos. Pues probada cosa es que, sin asistencia de Dios, no pudiera hacer tan grandes cosas.

52. ¿Fue Jesús un ángel?

El texto de Celso que queremos discutir ahora, es como sigue: "Vamos a dejar a un lado cuanto se les puede argüir sobre su maestro, y pase que sea realmente un ángel. Ahora pregunto: ¿Fue éste el primero y único que vino, o han venido otros antes? Si dicen que el único, se contradicen mentirosamente, pues muchas veces afirman que vinieron otros, una vez sesenta o setenta de golpe, que, por cierto, se volvieron malos y están encadenados en castigo bajo tierra, cuyas lágrimas son las fuentes termales *(Henoch* 10,67-69; cf. V 54-55). Además, al sepulcro de este mismo (de Jesús), cuentan, unos, haber ido un ángel; otros, dos, para comunicar a las mujeres que había resucitado. Y es que el Hijo de Dios, por lo visto, no podía por sí mismo abrir el sepulcro y necesitó de otro que le removiera la piedra. Además, en la preñez de María, fue enviado otro ángel al carpintero y otro para mandarles que tomaran al niño y huyeran. ¿Y para qué llevar la averiguación por menudo y enumerar los ángeles que se cuenta haber sido enviados a Moisés y a otros? Si, pues, fueron otros enviados, es evidente que éste vino de parte del mismo Dios. Pase que su mensaje fuera de más importancia, por pecar en algo los judíos o adulterar la religión y no obrar piadosa y santamente. Eso, en efecto, se da a entender".

53. Angel del gran consejo

Ahora bien, lo anteriormente dicho al tratar especialmente de nuestro Salvador, bastará contra lo que dice aquí Celso; mas, para no dar la impresión de que nos saltamos adrede punto alguno de su escrito como si no pudiéramos refutarlo, aun a costa de repetirnos, puesto que a ello nos provoca Celso,

vamos a resumir, en cuanto podamos, nuestro razonamiento. Acaso, volviendo sobre lo mismo, se nos ocurra algo más claro o de alguna novedad. Dice, pues, primeramente "dejar a un lado todo lo que se les puede argüir a los cristianos respecto de su maestro"; pero la verdad es que nada dejó a un lado de cuanto pudo decir, como se ve claro por lo que anteriormente dijo; habla, pues, aquí por mera figura retórica (cf. II 13; III 78). Mas que realmente nada se nos pueda argüir acerca de nuestro gran Salvador, por más que a nuestro acusador se lo parezca, será cosa patente para quienes con amor a la verdad y penetración crítica leyeren todo lo que sobre El fue profetizado y se consignó por escrito. Seguidamente, imagínase Celso hacer una concesión al decir del Salvador "que se le puede tener realmente por un ángel o mensajero". Pero nosotros afirmamos que no tomamos eso como concesión hecha por Celso, sino que vemos de hecho cómo vino a todo el género humano, por su doctrina y enseñanza, en la medida que la comprendía cada uno de los que lo recibieron. Ello no fue obra de un ángel cualquiera, sino, como lo llamó la profecía que a El se refiere, del ángel del gran consejo, pues El anunció, en efecto, a los hombres el gran consejo del Dios y Padre del universo acerca de ellos, a saber: que los que quieran vivir en religión pura subirán a Dios por medio de sus grandes acciones; mas los que no reciben al Salvador, se alejan de Dios y, por su desobediencia a Dios, caminan a su perdición (Mt 7,13).

Seguidamente dice: "Aun dado que éste viniera como un ángel a los hombres, ¿fué acaso el primero y solo que vino, o vinieron otros antes?". Y a cualquiera de los dos extremos cree que puede responder copiosamente. Pero nadie que sea de verdad cristiano dice haber sido Cristo el único que vino al género humano. Otros, dice Celso que aparecieron a los hombres, "si es que los cristianos dicen haber sido El solo".

54. Celso oyó campanadas

Luego, como quien se responde a sí mismo, responde como quiere: "Así que no sólo de él se cuenta haber venido al género humano; hasta tal punto, que los que se apartaron, so pretexto de la enseñanza de Jesús, del Demiurgo o Creador, como de ser inferior, y se adhirieron, como a más poderoso, a cierto Dios, padre que es del que vino al mundo, afirman que antes de éste vinieron al género humano algunos de parte del Demiurgo". Como aquí estamos examinando el tema con amor a la verdad, diremos que Apeles, discípulo de Marción, padre

que fue de cierta secta y que tenía por mito los escritos de los judíos, dijo efectivamente haber sido Jesús el único que vino al género humano (cf. IV 41)[32]. Así, pues, ni siquiera contra éste, según el cual sólo Jesús vino de parte de Dios a los hombres, pudiera alegar Celso razonablemente eso de que también vinieron otros, pues (como hemos antes dicho) Apeles no cree en las Escrituras de los judíos que cuentan hechos milagrosos; y mucho menos admitiría lo que Celso presenta tomado, a lo que parece, de lo que se escribe en el *Libro de Henoch* y que él no entendió. Nadie, pues, nos convencerá de que mentimos y nos contradecimos afirmando haber sido sólo nuestro Salvador el que vino al mundo y que otros muchos vinieron también muchas veces. El, en cambio, con un embrollo completo en el recuento de ángeles que han venido a los hombres, pone lo que oscuramente le llegó de pasajes del *Libro de Henoch*, que no parece haber leído! como tampoco está enterado de que los libros que llevan el nombre de Henoch no son tenidos en las iglesias por enteramente divinos; de ellos parece haber sacado que bajaron juntos sesenta o setenta ángeles que se volvieron malos.

55. Las lágrimas de los ángeles

Mas tratémoslo con más benignidad y concedámosle lo que él no vio de lo que se escribe en el Génesis (6,2), que, *viendo los hijos de Dios que las hijas de los hombres eran hermosas, se tomaron de ellas mujeres, de todas las que escogieron*. No por eso dejaremos de persuadir a los que son capaces de entender el sentido profético, que uno de los que nos han precedido (PHILO., *De gig.* 6-18) refirió este pasaje a la doctrina sobre las almas que desearon vivir en cuerpo humano; y tropológicamente decía él que se las llamaba hijas de los hombres. Mas, como quiera que se entienda eso de que los hijos de Dios desearon a las hijas de los hombres, de nada le puede valer el pasaje contra la afirmación de que sólo Jesús vino como un ángel o mensajero a los hombres, y sólo El fue claramente salvador y bienhechor de todos los que se salen, por su conversión, del torrente de la maldad.

Luego, revolviendo y embrollando lo que oyó no sabemos dónde o leyó en este o el otro libro, sin pararse a considerar si son cosas que los cristianos tengan, o no, por divinas, dice

[32] Por qué viniera Cristo al mundo, según Apeles, nos lo dice Epifanio (*Haer*. 42): "Rechaza además la ley y todos los profetas, que, según él, profetizaron inspirados por el príncipe (o arconte) que hizo este mundo. Cristo dice haber bajado de lo alto, del Padre invisible e innominable, para salvación de las almas y para argüir al Dios de los judíos, la ley y los profetas".

que "sesenta o setenta ángeles que bajaron de golpe al mundo, fueron castigados, aherrojados entre cadenas bajo tierra". Y del *Libro de Henoch*, aunque no lo nombra, trae aquello de que "las fuentes termales son lágrimas de ellos", cosa nunca dicha ni oída en las iglesias de Dios. Nunca, en efecto, ha habido nadie tan tonto que corporice, como las de los hombres, las lágrimas de unos ángeles bajados del cielo. Y, si fuera bien bromear sobre lo que Celso dice muy en serio contra nosotros, diríamos que nadie dirá que las fuentes termales, que por lo general son de agua dulce, sean lágrimas de los ángeles, pues las lágrimas son por naturaleza saladas; a no ser que, por lo visto, los ángeles de Celso lloren agua dulce[33].

56. Los ángeles junto al sepulcro de Jesús

Seguidamente, mezclando lo que no puede mezclarse y comparando entre sí lo incomparable, después de hablar de los—como él dice—sesenta o setenta ángeles bajados del cielo, cuyas lágrimas, según él, son las fuentes termales, añade que "también al sepulcro de Jesús mismo se cuenta haber venido, según unos, dos ángeles; según otros, uno"; sin notar, a lo que creo, que Mateo y Marcos hablan de uno (Mt 28,2; Mc 16,5), y Lucas y Juan de dos (Lc 24,4; Io 20,12). Lo cual no implica contradicción. Porque los que hablan de uno, dicen haber sido el que removió la piedra del sepulcro; los que de dos, se refieren a los que se aparecieron, en vestidos radiantes, a las mujeres que fueron al sepulcro, o fueron vistos dentro sentados, vestidos de blanco. Ahora bien, demostrar cómo cada una de estas cosas fuera posible y real, a par que indicaba un sentido más oculto de lo que acontecía a los que estaban preparados para contemplar la resurrección del Logos no pertenece al presente trabajo, sino a los comentarios del Evangelio.

57. Tenemos siempre ángeles a nuestro lado

Por lo demás, que a veces hayan aparecido a los hombres cosas maravillosas, nárranlo también los griegos, no sólo aquellos de quienes cabe sospechar que se inventan mitos, sino los que en muchos casos[34] han dado pruebas de ser au-

[33] De fantasías semejantes de los valentinianos habla IREN., *Adv. haer.* 1,4, 2-4, y TERTULL., *Adv. val.* 15. La mente gnóstica era feraz en mitos.
[34] οἷον πολύ M: ἀνα πολύ Wif.

ténticos filósofos y exponen con amor a la verdad lo que les acontezca. Cosas semejantes hemos leído en Crisipo de Solos, y algunas sobre Pitágoras; y añado que también en escritores más recientes y, como quien dice, de ayer o anteayer, por ejemplo, Plutarco de Queronea en su obra *Sobre el alma* [35] (cf. EUS., *Praep. Ev.* 11,36,1) y el pitagórico Numenio en el libro segundo *Sobre la inmortalidad del alma*. Ahora bien, ¿es que, cuando los griegos, y señaladamente los que entre ellos profesan la filosofía, cuentan tales cosas, no se trata de cosas de burla y risa, ni son cuentos y fantasías (cf. III 27), y cuando hombres que están consagrados a Dios y que aceptarían cualquier tormento y la muerte misma antes que decir una mentira acerca de Dios, refieren haber visto apariciones de ángeles, no son juzgados dignos de crédito y ni se ponen sus palabras entre las verdaderas?

Mas no es ésta manera razonable de juzgar sobre los que dicen la verdad o los que mienten. Efectivamente, los que tienen interés en que no se los engañe, indagan y examinan larga y puntualmente cada caso y sólo lentamente y con pies de plomo afirman que éstos dicen la verdad y estotros mienten en las cosas extraordinarias que cuentan, pues ni todos ostentan la marca de su credibilidad ni todos dejan ver claramente que están contando cuentos y fantasías a los hombres. Acerca, empero, de la resurrección de Jesús de entre los muertos hay que decir también que nada tiene de extraño se aparecieran uno o dos ángeles para anunciar que había resucitado y cuidar de los que, para su bien, habían de creer en aquel hecho; y a mí no me parece fuera de razón que quienes creen en la resurrección de Jesús y muestran como fruto no despreciable de su fe una vida moralmente sana, apartada del torrente del mal, no están nunca sin la compañía de ángeles que les ayudan a llevar a cabo su conversión a Dios.

58. Acaba el tema de los ángeles

Ataca también Celso el paso en que se dice que un ángel removió la piedra del sepulcro donde había estado el cuerpo de Jesús, y nos da la impresión de un chiquillo a quien le han puesto en clase por tema atacar a uno. Y, como si hubiera

[35] La obra de Plutarco *Sobre el alma* se ha perdido. Orígenes pone a Plutarco entre los que vivieron "ayer o anteayer". Le lleva, sin embargo, una tira de años (ca. 46-después de 120). Fue contemporáneo de los emperadores Trajano y Adriano, que lo distinguieron con altos cargos en la administración de la provincia de Acaya. Filósofo académico, fiel a Platón, sacerdote de Apolo en Delfos (los últimos años de su vida), ciudadano de honor de Atenas, Plutarco fue un gran rezagado, desconocedor absoluto de los signos de los tiempos. Su mirada estuvo siempre dirigida al pasado, "como al paraíso

dado con un maravilloso argumento contra ese paso, dice: "No podía, a lo que parece, el Hijo de Dios abrir por sí mismo el sepulcro, sino que necesitó de otro que removiera la piedra". No voy a decir nada curioso sobre este punto ni expondré una interpretación figurada, dando la impresión de filosofar inoportunamente; me contentaré con decir acerca de la historia misma que parece evidentemente cosa de más reverencia que removiera la piedra el inferior y servidor que no hacer eso el que resucitaba para bien de los hombres. Y nada digo de que quienes atentaron contra el Logos (hecho hombre) y decidieron matarlo y mostrarlo a todos como muerto y reducido a nada, no querían que en modo alguno se abriera su sepulcro (Mt 27,64), para que nadie viera al Logos vivo después de su conspiración contra El. Mas el ángel de Dios (Jesús) (cf. V 52), que había venido para salvar a los hombres, por ser más poderoso que los que habían conspirado contra El, cooperó con el otro ángel y removió la pesada piedra. De este modo, los que pensaban que el Logos estaba muerto, se persuadirían de que no estaba entre los muertos, sino que vivía y se adelantaba a los que quisieran seguirle, a fin de enseñarles lo que aún faltaba a lo que antes les enseñara, al tiempo de su primera iniciación, cuando aún no podían comprender las cosas más altas (Io 16,57).

Después de esto, no sé por qué razón, trae a cuento lo del ángel que fue a José para anunciarle la preñez de María, cosa que no se me alcanza para qué pueda servir a su propósito; y luego lo del ángel que les mandó tomar al niño recién nacido, contra cuya vida se conspiraba, y huyeran a Egipto. Sobre esto discurrimos ya anteriormente (I 34-38), rebatiendo lo dicho por Celso. ¿Y qué tendrá que ver con Celso que las Escrituras cuenten haberse enviado ángeles a Moisés y a otros? Para mí es evidente que eso no favorece para nada su tesis, más que más que ninguno de ellos luchó, según sus fuerzas, por convertir al género humano y librarlo de sus pecados. Concluyamos, pues, que fueron enviados otros de parte de Dios, pero que Jesús trajo un mensaje más alto, y que, por pecar los judíos y adulterar la religión y no obrar santamente, traspasó el reino de Dios a otros labradores (Mt 21, 41.43), que son los que, dondequiera, en las iglesias de Dios, atienden a su propia salvación y no dejan piedra por

de hombres más sanos, más bellos y más libres" (WILAMOWITZ-MOELLENDORFF, o.c., p.241) que sus contemporáneos. Hombre esencialmente supersticioso, es creíble contara "cosas maravillosas" en su libro *Sobre el alma*, razón por que lo cita Orígenes. Todo ello sea dicho sin merma del valor, en otros conceptos señero, de su extensa producción literaria.

mover para atraer también a otros[36], siguiendo las enseñanzas de Jesús, al Dios del universo, por medio de una vida pura y palabras en consonancia con la vida.

59. «La grande Iglesia»

Seguidamente dice Celso: "Luego el mismo Dios que los judíos tienen éstos", es decir, los cristianos. Luego, como si sacara una conclusión que no se le concediera, dice: "Así lo confiesan claramente los de la grande Iglesia[37], y aceptan por verdadera la cosmogonía que corre entre los judíos, con lo que se dice sobre los seis días, y sobre el séptimo", en que, como dice la Escritura, Dios cesó en sus obras, retirándose a la contemplación de sí mismo (PLAT., *Politicus* 272e); o, según Celso, que no miró bien lo escrito ni lo entendió, "descansó", palabra que no usa la Escritura. Ahora bien, acerca de la creación del mundo y del descanso sabático que se le reserva al pueblo de Dios, pudiera tenerse un razonamiento largo, misterioso y profundo y difícil de interpretar (Hebr 5,11; 4,9).

Luego, con el fin de hinchar su libro y que parezca grande, paréceme que añade lo que bien le viene; por ejemplo, lo que se dice sobre el primer hombre, que decimos nosotros ser el mismo que dicen los judíos y que de él tomamos la misma genealogía que ellos. Tampoco sabemos nada de "insidias de unos hermanos contra otros" (IV 43). Sabemos que Caín atentó contra la vida de Abel, y Esaú contra Jacob, pero no que Abel atentara contra Caín, ni Jacob contra Esaú. De haber sido así, hubiera podido decir Celso que "nosotros contamos la misma historia que los judíos sobre las asechanzas de unos hermanos contra otros". Pero demos que hablemos nosotros del mismo viaje a Egipto que ellos y de la misma salida de allí—no "fuga", como piensa Celso—, ¿qué tiene esto que ver para acusarnos a nosotros o a los judíos? Eso sí, donde Celso pensaba que había materia de burla en lo que decimos sobre los hebreos, habló de "fuga"; mas cuando era su deber examinar la historia sobre las plagas que, por orden de Dios, vinieron sobre Egipto, no suelta, adrede, una palabra.

[36] ὑπὲρ τοῦ τὰς M: ὑπερ τοῦ καὶ ἄλλους κατα τὰς K. tr.

[37] Sobre este nombre que da Celso a la Iglesia, cf. P. BATIFFOL, *La Iglesia primitiva y el catolicismo* (versión española de F. ROBLES DÉGANO [Buenos Aires 1950] p.149s). Ahí se da una idea, algo rápida, de la idea que tenía Celso de la Iglesia. Con todas sus aberraciones y su profundo rencor, no se le puede negar que estuvo afortunado en su frase "la gran Iglesia". Lo de ella separado había que calificarlo de minúsculo y despreciable.

60. En qué estamos, y en qué no, de acuerdo con los judíos

Mas si hemos de responder puntualmente a lo que piensa Celso sobre que opinamos lo mismo que los judíos acerca de los textos citados, diremos que unos y otros estamos de acuerdo en que los libros sagrados fueron escritos por inspiración del Espíritu Santo; pero ya no lo estamos cuando se trata de la interpretación del contenido de aquellos libros; y justamente no vivimos como los judíos, porque pensamos que la interpretación literal de las leyes no comprende plenamente la mente de la legislación. Así decimos que *cuando se lee a Moisés, se tiende un velo sobre el corazón,* pues a los que no siguen el camino trazado por Jesucristo se les esconde el sentido de la ley de Moisés. Sabemos, empero, que cuando uno se convierte al Señor *(y el Señor es el Espíritu),* alzado el velo, a cara descubierta, contempla como en espejo la gloria del Señor, que está en los pensamientos ocultos según la letra, y participan, para su propia gloria, de la llamada gloria divina (2 Cor 3,15-18). Figuradamente se habla ahí de *cara,* que pudiera llamarse desnudamente la inteligencia, en que está la faz del *hombre interior* (Rom 7,22), que se llena de luz y gloria cuando se entiende la verdad de lo que atañe a las leyes.

61. Uno solo es el Dios de judíos y cristianos

Después de esto, dice: "Nadie se imagine ignore yo que algunos de ellos convendrán en que tienen el mismo Dios que los judíos; otros, otro, contrario a aquel de quien vino el hijo". Pero si piensa que el haber entre cristianos sectas varias es motivo de acusar al cristianismo, ¿no habría que considerar, por el mismo caso, como culpa de la filosofía, que, entre las sectas o escuelas de los filósofos, hay desacuerdo no sobre temas mínimos o cualesquiera, sino sobre los más importantes? Y éste fuera también el momento de acusar a la medicina por las escuelas varias que se dan en ella (III 12). Demos, pues, que haya entre nosotros quienes dicen no ser nuestro Dios el mismo que el de los judíos; mas no por eso son de culpar quienes, por las mismas Escrituras, demuestran ser uno y el mismo el Dios de los judíos y el de las naciones, de suerte que Pablo mismo, que de los judíos se pasó al cristianismo, dice claramente: *Doy gracias a mi Dios, a*

quien sirvo desde mis antepasados con pura conciencia (2 Tim 1,3).

Demos que haya aún un tercer género, "de los que llaman a unos psíquicos (o animales) y a otros pneumáticos (o espirituales)", con los que creo se refiere a los valentinianos. Pero ¿qué tiene eso que ver con nosotros, que pertenecemos a la Iglesia (cf. V 59) y condenamos a quienes imaginan naturalezas que se salvan por su constitución y otras que por su constitución se condenan? Concedemos haber también "quienes se proclaman a sí mismos gnósticos" (o conocedores), al modo que los epicúreos se proclaman filósofos. Pero ni los que destruyen la providencia pueden ser verdaderos filósofos, ni los que enseñan extrañas fantasías, ajenas a la doctrina tradicional de Jesús, pueden ser cristianos. Demos también haber "quienes reciben a Jesús" y por ello blasonan de ser cristianos, pero que "se empeñan en vivir aún según la ley de los judíos, a la manera de la muchedumbre de los judíos". Es la doble secta de los ebionitas, de los que unos confiesan, como nosotros, que Jesús nació de una virgen; otros, que no nació virginalmente, sino como los otros hombres. Mas ¿qué dice eso contra nosotros, los que pertenecemos a la Iglesia y nos apodó Celso *los de la muchedumbre?* [38]. Dijo también haber *sibilistas*, acaso por haber malentendido a quienes reprenden a los que se imaginan haber habido una profetisa Sibila, y a éstos llamó sibilistas [39].

62. Desfile de herejes

Luego, juntando un montón de nombres de sectarios entre nosotros, dice conocer a ciertos simonianos que dan culto a Helena o a Heleno como maestro, por lo que se llaman helenianos. Pero se le pasó por alto a Celso que los simonianos no reconocen para nada a Jesús por Hijo de Dios, sino que dicen ser Simón la fuerza de Dios (Act 8,10). De él

[38] "Los de la muchedumbre" son los que forman la gran Iglesia. Acaso Celso, de quien hay que pensar mal y no se yerra, habla aquí despectivamente; pero aun así, la gran Iglesia es la mayoría.

[39] Secta desconocida. Orígenes no tomó en serio los oráculos sibilinos, que no cita nunca en sus obras (Chadwick). No así Justino Mártir, que los pone a par de los libros proféticos: "Sin embargo, por la acción de los malvados demonios, se decretó pena de muerte contra quienes lean los libros de Histaspes, de la Sibila y de los profetas, a fin de apartar, por el terror, a los hombres de alcanzar, leyéndolos, conocimiento del bien, y retenerlos ellos como esclavos suyos; cosa que, en definitiva, no pudieron conseguir los demonios. Porque no sólo los leemos intrépidamente nosotros, sino que, como veis, os los ofrecemos para que los examinéis vosotros, seguros como estamos que han de aparecer gratos a todos. Y aun cuando sólo a unos pocos logremos persuadir, nuestra ganancia será muy grande, pues recibiremos del amo, como buenos agricultores, nuestro galardón" (I *Apol.* 44,12; cf. *Apologistas griegos del siglo II* p.231). ¡Extraña mezcolanza en la noble mente —tan noble como acrítica—del filósofo mártir!

cuentan algunos prodigios, pues pensaba que, de hacer él los mismos aparentes milagros que, según él, había hecho Jesús, tendría tanto poder entre los hombres como el que tuvo Jesús entre las turbas. Pero ni Celso ni Simón fueron capaces de comprender que Jesús, como buen labrador de la palabra de Dios (Iac 5,7), ha podido sembrar la mayor parte de Grecia y la mayor parte de las tierras bárbaras y llenarlas de doctrinas que apartan al alma de todo mal y la levantan al Creador de todas las cosas. Ahora bien, Celso conoce también a los marcelianos, que vienen de una tal Marcelina, y a los harpocracianos de Salomé, y a otros de Mariamne y a otros de Marta, pero nosotros jamás hemos topado con ninguno de ellos, a pesar de que, llevados de nuestro amor al saber, no sólo hemos estudiado nuestra doctrina y las distintas opiniones de los que las profesan, sino también, en lo posible y con amor a la verdad, los sistemas de los filósofos. Recuerda también Celso a los marcionitas, que tienen por cabeza a Marción.

63. Actitud cristiana con los disidentes

Luego, para dar la impresión de que conoce a otros, aparte los que ha nombrado, dice, según su costumbre: "Unos se han inventado un maestro o demon que los presida, y otros, otro, errando míseramente y rodando de acá para allá, entre unas tinieblas más desaforadas y abominables que las de los cofrades de Antínoo en Egipto". Paréceme que, al tocar este punto, ha dicho algo de verdad; a saber, que unos se inventaron un demon y otros otro, andando míseramente errantes y rodando de acá para allá por las densas tinieblas de su ignorancia. Respecto, empero, de Antínoo, al que se compara con nuestro Jesús, ya hablamos de él anteriormente (III 36-38), y no queremos repetirnos aquí.

"Unos a otros, dice, se denuestan, lanzándose todo linaje de vituperios, decibles y no decibles, y, en el odio absoluto que se tienen, no hay modo de que cedan un punto por amor a la concordia". Contra esto hemos dicho ya que también en filosofía, no menos que en medicina, hay escuelas contra escuelas (III 12ss; V 61). Por lo demás, nosotros, que seguimos la doctrina de Jesús y nos esforzamos en pensar, hablar y obrar en consonancia con sus palabras, *al ser maldecidos, bendecimos; perseguidos, lo soportamos, e injuriados, exhortamos* (1 Cor 4,12), y no podemos lanzar vituperios decibles y no decibles contra los que opinan de modo distinto

que nosotros. Eso sí, si podemos, hacemos cuanto cabe para convertirlos a mejor conducta, cual es adherirse sólo al Creador y obrar en todo con la mira puesta en el juicio; mas si los heterodoxos no nos hacen caso, guardamos el precepto que nos ordena respecto de ellos: *Al hereje, después de una o dos advertencias, evítalo, sabiendo que el tal está extraviado y peca, condenado por sí mismo* (Tit 3,10). Además, los que han comprendido el dicho evangélico: *Bienaventurados los pacíficos;* y el otro: *Bienaventurados los mansos,* no pueden odiar a los que deforman el cristianismo, ni llamar a los que yerran "Circes" ni "revolvedores astutos".

64. Malas entendederas de Celso

Paréceme claro que Celso malentendió el pasaje del Apóstol que dice: *En los tiempos venideros apostatarán algunos de la fe dando oídos a espíritus falaces y doctrinas demónicas, enseñadas por impostores hipócritas, que llevan su conciencia marcada a fuego, que prohibirán el matrimonio y el uso de manjares que Dios crió para que los tomen los fieles con hacimiento de gracias* (1 Tim 4,1-3); y no menos parece haber malentendido a los que emplean estas palabras del Apóstol contra los que corrompen el cristianismo. Así se explica diga Celso que, entre los cristianos, algunos son llamados "cauterios del oído", y por su cuenta, sin duda, dice que otros se llaman "enigmas", cosa que nosotros no hemos averiguado. En cambio, es cierto que la palabra "escándalo" o piedra de tropiezo ocurre frecuentemente en estos escritos, y con ella solemos designar a los que apartan de la sana doctrina a los sencillos y fáciles de engañar. Que haya quienes se llamen "sirenas bailarinas y engañosas, que sellan las orejas de los que las escuchan y les ponen cabezas de cerdo" (cf. Hom., *Odyssea* 10,239), es cosa de que nada sabemos nosotros ni creo que sepa nadie de los que perseveran en la doctrina ni de los que siguen las herejías. Mas éste, que "baladrona de saberlo todo", dice también lo que sigue: "Y a todos esos que así están divididos y en sus disputas se ponen de vuelta y media, los oirás que dicen: *Para mí está crucificado el mundo, y yo para el mundo*" (Gal 6,14). Porque éste es el único pasaje de Pablo que parece haber recordado Celso (cf., sin embargo, I 9). Mas ¿por qué no alegar otros innumerables, como éste: *Porque, aunque vivimos en la carne, no militamos según la carne, pues las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas ante Dios para derribar*

fortalezas, echando por tierra razonamientos y toda altura que se levante contra el conocimiento de Dios? (2 Cor 10,3ss).

65. Se apunta a una grave objeción

Dice Celso que puede oírse decir a todos estos que están tan profundamente desunidos: *El mundo está crucificado para mí y yo para el mundo.* Pero también vamos a demostrar ser mentira. Hay, en efecto, sectas que no aceptan las cartas del apóstol Pablo; por ejemplo, los dos grupos de ebionitas (II 1; V 61) y los encratitas (EUS., *HE* IV 29). Ahora bien, los que no tienen al Apóstol por bienaventurado y sabio, no van a decir: *El mundo está crucificado para mí y yo para el mundo.* De modo que también aquí miente Celso.

Por lo demás, insiste en culpar la diferencia de sectas, pero no me parece deslindar bien lo que dice ni haber examinado el tema con todo cuidado. Tampoco creo haya comprendido en qué sentido dicen los cristianos adelantados en sus doctrinas que saben más que los judíos. ¿Se trata de los que aceptan las Escrituras de éstos, pero que les dan un sentido distinto, o de quienes no aceptan siquiera las letras de los judíos? Pues de una y otra especie pueden encontrarse en las sectas.

Seguidamente dice: "Ea, pues, aunque ningún origen pueden presentar de su doctrina, vamos a examinar en sí mismo lo que dicen. Y hay que hablar en primer lugar de lo que en su ignorancia han malentendido y corrompen, discutiendo con arrogancia, desde el principio mismo, y sin moderación, sobre cosas que ignoran. He aquí ejemplos". Y, a renglón seguido, opone sentencias de filósofos a palabras que los creyentes en la doctrina cristiana traen constantemente en su boca. Su tesis es que cuanto de bueno cree decirse entre los cristianos está mejor y más claramente dicho por los filósofos, con lo que pretende atraer a la filosofía a quienes se han dejado convencer por doctrinas cuya belleza y piedad salta a los ojos.

Pero aquí damos fin al libro quinto, y comenzamos el sexto con lo que sigue.

LIBRO SEXTO

1. ¿Platón en lugar de Cristo?

En este sexto libro que ahora emprendemos contra las acusaciones de Celso contra los cristianos, no deseamos, piadoso Ambrosio, impugnar, como alguien creería, lo que él toma de la filosofía. Y es así que Celso ha alegado muchos pasajes, señaladamente de Platón, comparándolos con otros de las sagradas letras, capaces de convencer a un hombre inteligente. Y dice a este propósito "que mejor han sido dichas esas cosas por los griegos, sin tanto aparato de que fueran anunciadas por un dios o hijo de Dios". A esto respondemos que el objeto de los que predican la verdad es hacer bien a los más posibles y llevar a ella, por amor a la humanidad, a todos en absoluto, no sólo a los inteligentes, sino también a los necios; ni sólo tampoco a los griegos, sino también a los bárbaros. Y obra aún de mayor bondad[1] es convertir, quien sea capaz de ello, a los rústicos y vulgares. De donde resulta evidente que quienes tal intento tienen han de buscar un modo de hablar que pueda aprovechar a todos y atraer la atención de cualquier oído. Aquellos, empero, que se desentienden en absoluto de la gente vulgar, como de seres serviles, incapaces de seguir la ilación de los discursos bien dichos y de los razonamientos bien ordenados; los que sólo miran a los que se han formado en las letras y ciencias, ésos limitan lo que debiera ser bien común a un sector realmente muy estrecho y limitado.

2. La virtud interna de la palabra divina

Esto digo para defender la sencillez de estilo de las Escrituras, que recriminan Celso y otros como él, y que parece quedar en la sombra ante la brillantez de la dicción de los griegos. La verdad es que nuestros profetas, Jesús y sus apóstoles miraban a una manera de decir que no sólo contuviera la verdad, sino que pudiera también atraer al pueblo. Luego, una vez convertidos e iniciados, cada uno se levantaría según sus fuerzas a las cosas misteriosamente dichas en el lenguaje

[1] τὸ ἥμερον M: τὸ εὐήμερον Wif.

al parecer sencillo. Y si se nos permite hablar un tanto audazmente, el estilo muy bello y trabajado de Platón y de los que escriben como él, a muy pocos ha sido de provecho (si es que ha aprovechado a alguno); a muchos, empero, el de quienes enseñan y escriben con más sencillez y mirando, a par, a la práctica y al común de las gentes. El hecho es que a Platón sólo se lo ve en manos de los que parecen ser doctos; a Epicteto, en cambio, vemos que lo admira todo el mundo, todo el que tenga alguna gana de aprovecharse, pues se dan cuenta del bien que les hace su lectura [2].

Al hablar así, no intentamos menospreciar a Platón, pues el mundo inmenso de los hombres ha sacado también de él provecho; lo que queremos es poner de manifiesto lo que quisieron decir los que decían: *Y mi palabra y mi predicación no estribó en discursos elocuentes de sabiduría humana, sino en ostentación de espíritu y de poder, a fin de que nuestra fe no se funde en sabiduría de hombres, sino en poder de Dios* (1 Cor 2,4-5). Ahora bien, la palabra divina dice que no basta lo que se dice, por muy verdadero y elocuente que sea, para llegar al alma humana, si no se da, a par, al que habla un poder que viene de Dios y si en sus palabras no florece aquella gracia que tampoco se da sin disposición divina a los que hablan provechosamente. Y es así que en el salmo 67 dice el profeta: *El Señor dará palabras a los que llevan la buena nueva con virtud grande* (Ps 67,12). Demos, pues, de barato que, en ciertos puntos, las mismas doctrinas se hallan en los griegos y entre los que profesan nuestra religión; pero no tienen en uno y otro caso la misma virtud para atraer las almas y conformarlas con ellas. Por eso los discípulos de Jesús, que, respecto de la filosofía griega, eran gentes ignorantes, recorrieron muchos pueblos de la tierra y suscitaban en sus oyentes, según el mérito de cada uno, las disposiciones que el Verbo quería, y ellos, según la inclinación de su libre albedrío a aceptar lo bueno, se hicieron mucho mejores.

[2] ¿Leería Orígenes a Epicteto? En todo caso califica bien su estilo: "Como acontece con tal moral, no hay que leer demasiado de un tirón, pues tiene derecho a repetirse, y es palabra realmente viva, palabra de un hombre que no tiene siquiera formación retórica y a quien le redunda por la boca aquello de que tiene lleno el corazón. Habla la lengua plebeya de la vida diaria, sólo íntimamente formado por los estoicos, cuya doctrina aprendió y profesa, sin que fuera, sin embargo, lo esencial, ni siquiera para sus discípulos, como el contacto con la diatriba cínica no es tampoco literario. Aquí no hay en absoluto literatura" (WILAMOWITZ-MOELLENDORFF, o.c., p.244).

3. La revelación natural de Dios

Manifiesten, pues, norabuena, hombres antiguos y sabios, su sentir a los que son capaces de entenderlos; y, señaladamente, Platón, hijo de Aristón, defina en una de sus cartas el bien sumo, diciendo: "El bien primero no es en modo alguno decible, sino que, por la mucha familiaridad, viene a estar en nosotros y súbitamente, como de chispa que salta, se torna luz encendida en el alma" (PLAT., *Epist.* VII 341c). También nosotros, al oír esto, lo aceptamos como cosa bien dicha, pues eso y cuanto bien se dice Dios lo ha manifestado. Por eso justamente afirmamos que quienes han conocido la verdad acerca de Dios y no practicaron la religión digna de esa verdad, merecen el castigo de los pecadores. Y es así que sobre ellos dice literalmente Pablo: *La ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que suprimen la verdad por la iniquidad. Porque lo que puede conocerse de Dios es manifiesto para ellos, puesto que Dios se lo ha manifestado. Porque lo que El tiene de invisible, entendido, desde la creación del mundo, por medio de las criaturas, se contempla claramente: su eterno poder y su divinidad. De suerte que son inexcusables, pues, habiendo conocido a Dios, no lo glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se desvanecieron en sus razonamientos, y su corazón insensato quedó entenebrecido. Los que decían ser sabios se hicieron necios, y así mudaron la gloria del Dios incorruptible por la semejanza de una imagen de un hombre mortal, y hasta de volátiles, cuadrúpedos y reptiles* (Rom 1,18-23).

Ahora bien, también suprimen la verdad, como lo atestigua nuestra doctrina, los que piensan que el bien primero no es en manera alguna decible y afirman que, "gracias a la mucha familiaridad o trato con la cosa misma y a fuerza de convivencia, súbitamente, como de chispa que salta, se torna luz encendida en el alma y a sí mismo se nutre".

4. «Debemos un gallo a Esculapio»

Sin embargo, los que tales cosas escribieron acerca del bien sumo, se bajan al Pireo para hacer oración a Artemis, a la que tienen por diosa, y a ver la fiesta que organizan gentes vulgares (PLAT., *Pol.* 327a). Y los que tan altamente filosofaron sobre el alma y explicaron la suerte que espera a la que vivió bien, abandonan la grandeza de las

cosas que Dios les manifestó y piensan en cosas viles y minúsculas, como la paga del gallo a Asclepio (PLAT., *Phaid.* 118a). Contemplaron, cierto, lo invisible de Dios y las ideas por la creación del mundo y las cosas sensibles, de las que se remontaron al mundo inteligible; vieron de manera no poco noble su eterno poder y divinidad; mas no por eso dejaron de desvanecerse en sus razonamientos, y su corazón insensato se revolcó entre tinieblas e ignorancia acerca del culto de Dios. Y es de ver cómo los que alardean de su propia sabiduría y de la ciencia de Dios se postran ante la semejanza de una imagen de hombre mortal, para honor, dicen [3], de Dios mismo. Y a veces, como los egipcios, se rebajan a los volátiles, cuadrúpedos y reptiles. Pero demos que, al parecer, algunos se hayan remontado sobre todo eso; sin embargo, se hallará que *cambiaron la verdad de Dios por la mentira, y dieron culto a la criatura en lugar del Creador* (Rom 1,25). Por eso, ya que los sabios y eruditos entre los griegos erraron en sus prácticas acerca de la divinidad, Dios escogió lo necio de este mundo para confundir a los sabios; y escogió lo innoble, lo débil, lo despreciado, lo que no tiene ser, para destruir lo que tiene ser, y así, a la verdad, nadie pueda gloriarse delante de Dios (1 Cor 1,27-29).

Nuestros primeros sabios, empero, Moisés, el más antiguo de todos, y los profetas que le sucedieron, sabiendo que el bien primero no es en modo alguno decible, escribieron ciertamente, como si Dios se manifestara a sí mismo a los dignos y capaces, que Dios fue visto por Abrahán, Isaac y Jacob (cf. Gen 12,7; 26,2; 35,9). Mas quién fuera el que fue visto, y de qué naturaleza, y de qué modo y a quién semejante de los que hay entre nosotros [4], son puntos que dejaron para que los examinaran quienes pueden mostrarse semejantes a aquellos a quienes se apareció Dios, que no fue visto, por cierto, con ojos corporales, sino con el corazón limpio. Y es así que, según nuestro Jesús, *bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios* (Mt 5,8).

5. La luz, tema bíblico

En cuanto a lo otro de que "súbitamente, como de chispa que salta, se enciende una luz en el alma", antes que Platón lo supo la palabra divina, que dijo por el profeta: *Encended para vosotros luz de conocimiento* (Os 10,12). Y Juan, que fue posterior al profeta mentado, dice: *Lo que se hizo, en*

[3] φησιν M: φασιν K. tr.
[4] τῶν ἐν ἡμῖν M: τῶν ἐν ἡμιν ὅμοιος Bo., K. tr.

el Verbo era vida, y la vida era la luz de los hombres, luz verdadera que alumbra a todo hombre que viene al mundo, al mundo verdadero e inteligible, y lo hace a él mismo luz del mundo (Io 1,3-4,9; Mt 5,14). *Esta luz brilló en nuestro Corazón, para iluminar el Evangelio de la gloria de Dios en la faz de Cristo* (2 Cor 4,6). Por eso dice un profeta antiquísimo que profetizó muchas generaciones antes de Ciro (le llevaba en efecto cuarenta generaciones: cf. Mt 1,17): *El Señor es mi luz y mi salvador, ¿a quién temeré?* (Ps 26,1). Y: *Lámpara para mis pies es tu ley, y luz para mis sendas* (Ps 118,105). Y: *Señalado se ha sobre nosotros la luz de tu rostro, Señor* (Ps 4,7). Y: *En tu luz veremos la luz* (Ps 35,10). E incitándonos a esta luz, la palabra divina nos dice por el profeta Isaías: *Ilumínate, ilumínate, Jerusalén, porque viene tu luz y la gloria del Señor ha amanecido sobre ti* (Is 60,1). Y el mismo Isaías, profetizando el advenimiento de Jesús, que nos aparta del culto de los ídolos, estatuas y démones, dice: *Una luz ha aparecido a los que se sentaban en la región y sombras de la muerte*; y otra vez: *El pueblo que se sentaba en las tinieblas ha visto una luz grande* (Is 9,2).

He ahí, pues, la diferencia entre lo que bellamente dice Platón acerca del sumo bien y lo que se dice en los profetas sobre la luz de los bienaventurados. Y es de ver también que la verdad que sobre esto hay en Platón de nada aprovechó a sus lectores en orden a la verdadera religión, ni al mismo Platón, que tales cosas especuló acerca del bien primero. El estilo, empero, sencillo de las divinas letras hace que se sientan llenos de Dios quienes debidamente las leen, y esta luz se alimenta en ellos por el aceite con que en cierta parábola (Mt 25,1ss) se dice que las vírgenes prudentes sustentan la luz de sus lámparas.

6. Lo que se puede y lo que no se puede escribir

Celso cita otro pasaje de la carta de Platón que dice así: "De haberme parecido que estas cosas podían escribirse o decirse suficientemente para el común de las gentes, ¿qué cosa más bella pudiéramos hacer en la vida que escribir cosas tan útiles a los hombres y sacar a luz la naturaleza ante los ojos de todos?" (PLAT., *Epist.* VII 341d). Pues discurramos también brevemente sobre este punto. Que Platón tuviera o no algo más sagrado que escribir que lo que escribió, o algo más divino que lo que dejó a la posteridad, es punto

que dejamos examine quien quiera según sus fuerzas; lo que queremos demostrar es que nuestros profetas pensaron cosas más altas que las que escribieron. Así Ezequiel recibe el rollo de un libro, *escrito por delante y por detrás, en que había lamentaciones, canto y ayes,* y, por mandato de la palabra divina, se come el libro, para no escribirlo y entregarlo a los indignos (Ez 2,9-10; 3,1). Y de Juan se escribe haber visto y hecho algo semejante (Apoc 10,9). Pablo, por su parte, *oyó palabras indecibles, que no es lícito al hombre pronunciar* (2 Cor 12,4). Y de Jesús, que es superior a todos estos hombres, se dice que hablaba la palabra de Dios a sus discípulos *en particular* (Mc 4,34), y señaladamente al retirarse de entre la muchedumbre; mas qué cosas les dijera, no ha quedado escrito. No pareció, en efecto, a los evangelistas ser posible escribir o decir estas cosas de modo conveniente para los muchos. Y, a decir verdad, con venia de tan grandes varones, mejor que Platón sabían ellos, por las ideas que por gracia de Dios recibían, qué cosas debían escribirse y cómo debían escribirse, y qué otras no debían en manera alguna escribirse para el vulgo; y no menos qué cosas debían decirse y qué otras callarse. Y el mismo Juan, para enseñarnos la diferencia de lo que se debe, o no, escribir, dice haber oído siete truenos que lo instruían acerca de ciertas cosas, pero que le prohibían, a par, poner por escrito sus palabras (Apoc 10,4).

7. Ni Moisés ni los apóstoles dependen de Platón

Por lo demás, en Moisés y los profetas, que son más antiguos no sólo que Platón, sino también que Homero, y aun anteriores a la invención de las letras entre los griegos (cf. IV 21), se pueden hallar cosas dignas de la gracia de Dios, que los inspiraba, y llenas de altos pensamientos. Y no hablaron así, como piensa Celso, malentendiendo a Platón. ¿Cómo iban a entender, ni bien ni mal, al que no había aún nacido? Y si se quiere aplicar el dicho de Celso a los apóstoles de Jesús, que fueron ciertamente posteriores a Platón, véase si no resulta de suyo absurdo decir que Pablo, fabricante de tiendas, y Pedro, pescador, y Juan, que dejó las redes de su padre, enseñaron cosas tan sublimes acerca de Dios por haber malentendido lo que dice Platón en sus cartas. Y aquí Celso, que ha discantando muchas veces que los cristianos piden fe inmediata, repite la misma canción como una novedad no antes dicha (cf. I 9; VI 10-11). Por nues-

tra parte, empero, nos remitimos a lo que sobre ello hemos dicho.

Celso cita otro pasaje de Platón en que dice que, "valiéndose de preguntas y respuestas" (PLAT., *Epist.* VII 344b), ilumina con sus pensamientos a los que siguen su filosofía. A propósito de lo cual, demostremos por las sagradas letras que también a nosotros nos exhorta la palabra divina a cultivar la dialéctica. Así Salomón dice: *La instrucción no argüida extravía* (Prov 10,17). Y Jesús, hijo de Sirac, que nos dejó el libro de la Sabiduría, afirma: *La ciencia del insensato son discursos sin examen* (Eccli 21,21). Los argumentos, pues, son mejor recibidos entre nosotros, pues sabemos que quien preside a la Iglesia ha de ser idóneo para argüir a los que contradicen (Tit 1,9). Y, si es cierto que algunos son negligentes en el ejercicio de atender a las lecturas sagradas (1 Tim 4,13), y de escudriñar las Escrituras (Io 5,9), y en buscar, según el mandato de Jesús (Mt 7,7), el sentido de ellas, y pedir a Dios luz sobre ello y llamar para que se nos abra lo que tiene cerrado, no por eso la palabra divina está vacía de sabiduría.

8. ¿Platón, hijo de Apolo?

Luego cita otros pasajes de Platón para probar que "el bien es conocido de pocos", porque los muchos, "henchidos de desdén nada bueno y de alta y vana esperanza, como si hubieran aprendido cosas sagradas" (PLAT., *Epist.* VII 341e), dan ciertas cosas por verdaderas, y añade: "A pesar de que Platón pone estas palabras por proemio, no cuenta, sin embargo, prodigios, ni tapa la boca a quien quiera preguntar [5] qué es a la postre lo que él profesa; ni manda sin más ni más que se empiece creyendo que Dios es tal o cual, y tiene tal o cual hijo, y que éste, bajado del cielo, habló conmigo. Pues también sobre esto puedo decir que Aristandro, si no me engaño, escribió sobre Platón no haber sido hijo de Aristón, sino de un fantasma que, en forma de Apolo, se acercó a Anfictione. Y otros muchos platónicos han dicho lo mismo en la vida de Platón [6]. ¿Y qué decir de Pitágoras, que tantos prodigios se atribuyó a sí mismo, que en una fiesta general de los griegos mostró su muslo de marfil, y dijo reconocer el escudo de cuando era Euforbo, y del que se dice haber sido

[5] προαιρεῖσθα M: προσερέσθαι Bo., Del.; K. propone πρόσθεν ἐρέσθαι.

[6] He aquí las referencias de Chadwick. PLUTARCH., *Mor.* 717e-718b; DIOG. LAERT., III, 2; APUL., *De Platone* 1,1; OLIMPIOD., *Vita Plat.* 1 (en el *Plato*, de Hermann, VI 191,2); SUIDAS s. v. *Plato;* HIERON., *Adv. Iovin.* 1,42. Era natural que, al hacerlo "divino", se le buscara también nacimiento divino.

visto el mismo día en dos ciudades? El que quiera tachar de milagrería una historia sobre Platón y Sócrates, puede echar mano también del cisne que se puso junto a Sócrates en sueños y del maestro que, al presentársele el niño, dijo: "Este era, pues, el cisne" (DIOG. LAERT., III 5). Y a "milagrería" atribuirá también el tercer ojo que Platón vio tenía el mismo. A los maliciosos y con ganas siempre de censurar las experiencias visionarias de los hombres que descuellan sobre el vulgo, jamás les faltará materia de calumnia y acusación. Y así se mofarán, como de una fantasía, del demonio o genio de Sócrates (cf. PLAT., *Apol.* 31d).

No inventamos, pues, prodigios increíbles al explicar la vida de Jesús, ni sus verdaderos discípulos escribieron discursos semejantes sobre El. Pero Celso, que alardea de saberlo todo y que alega tantas cosas de Platón, se calló adrede, a lo que creo, el texto sobre el Hijo de Dios que se halla en la carta de Platón a Hermias y Corisco. He aquí las palabras de Platón: "Y juraréis por el Dios de todas las cosas, príncipe de lo que es y de lo que será, padre y señor de la mente y de la causa; al que, si somos de veras filósofos, conoceremos con tanta claridad como cabe en hombres bienaventurados" (PLAT., *Epist.* VI 323; cf. CLEM. ALEX., *Strom.* V 102).

9. Platón, «cristianizado» por Orígenes

Celso cita otro pasaje de Platón que dice así: "Todavía tengo intención de hablar largamente de estas cosas; pues acaso, dichas éstas, aparecerá más claro aquello de que hablo. Hay, en efecto, una palabra verdadera, contraria a quien se atreva a escribir nada sobre tales cosas, palabra por mí dicha ya antes, pero que parece debe repetirse aquí. En todo ser que existe hay tres factores de los que es menester venga la ciencia; el cuarto es la ciencia misma; el quinto hay que poner lo que es cognoscible y verdadero. De éstos, el primero es el nombre, el segundo la palabra, el tercero la imagen y el cuarto la ciencia" (PLAT., *Epist.* VII 342ab). Según esto, pudiéramos decir que Juan es introducido antes de Jesús como *voz que grita en el desierto* (Mt 3,3) por analogía con el *nombre* de Platón; segundo, después de Juan, viene Jesús, mostrado por aquél, a quien se aplican las palabras: *El Logos se hizo carne* (Io 1,14), por analogía con el *logos* o palabra de Platón. Platón pone en tercer lugar la imagen; pero nosotros, aplicando el nombre de imagen a otra cosa,

diremos más claramente que la impresión de las llagas que después del Logos se da en el alma, es el Cristo que mora en cada uno, y viene del Cristo Logos. Ahora bien, la sabiduría, que es Cristo y mora en los perfectos de entre nosotros (1 Cor 2,6), corresponde al cuarto elemento platónico, que es la ciencia, sépalo el que sea capaz de ello [7].

10. La fe cristiana no es ajena a la razón

Luego dice: "Ya ves cómo Platón, aunque ha asentado que el bien primero no es decible con palabras, aduce, sin embargo, la razón de esta dificultad, para que no parezca se refugia en lo inargüible; pues tal vez la nada misma pudiera explicarse con palabras". Celso alega el pasaje para demostrar que no debe creerse simplemente, sino dar razón de lo que se cree. Pues también nosotros vamos a aprovechar un texto de Pablo en que reprende a quien cree al azar, aquel en que dice: *A no ser que hayáis creído al azar* (1 Cor 15,2).

Por lo demás, con sus repeticiones, nos fuerza Celso a que también nosotros nos repitamos. Así, después de las bravuconadas que ha dicho, como si fuéramos verdaderos bravucones, dice que "Platón no es arrogante ni miente, diciendo haber inventado algo nuevo ni haber bajado del cielo para anunciarlo, sino que confiesa de dónde procede lo que dice". Ahora bien, quien tenga ganas de contradecir a Celso pudiera decir que también Platón bravuconea cuando, en el discurso del *Timeo* que pone en boca de Zeus, dice: "Dioses de dioses, de los que yo soy artífice y padre", etc. (PLAT., *Tim.* 41a). Y si quiere defenderse eso por la mente de Zeus en ese discurso de Platón, ¿por qué quien examina la mente o sentido de las palabras del Hijo de Dios o del Creador en los profetas no dirá algo más que Zeus en el discurso del *Timeo?* Pues lo que distingue a la divinidad es la predicción de lo futuro, que no se dice según la naturaleza humana, y por cuyo cumplimiento se juzga haber sido el Espíritu divino quien lo predijo.

Así, pues, no decimos a todo el que se nos acerca: "Ante todo cree que este de quien te hablo es el Hijo de Dios". No, a cada uno acomodamos nuestro discurso, conforme a su carácter y disposición, pues sabemos *cómo debemos responder a cada uno* (Col 4,6). Hay algunos a quienes sólo cabe exhortar

[7] Orígenes, nota Chadwick, es aquí probablemente oscuro adrede.

a que crean, y eso les predicamos; a otros, empero, nos acercamos, en lo posible, con argumentos "por medio de preguntas y respuestas" (PLAT., *Epist.* VII 344b). Ni decimos tampoco lo que en son de chunga dice Celso: "Cree que este de quien te hablo es hijo de Dios, por más que fue prendido de la manera más deshonrosa y ajusticiado ignominiosísimamente, y hace como quien dice unos días andaba, a los ojos de todos, errante vergonzosamente" (cf. I 62; II 9). Ni tampoco afirmamos: "Por esto cree aún más" [8]. No, nosotros procuramos decir a cada uno muchas más cosas aún que las arriba expuestas (II 10.17.18 etc.).

11. Jesús, Hijo de Dios

Después de esto dice Celso: "Si unos (refiérese a los cristianos) proclaman a éste y otros a otro, y todos tienen a mano como un santo y seña: Cree, si quieres salvarte, o márchate, ¿qué harán los que de veras quieren salvarse? ¿Tendrán que tirar dados al aire para adivinar a dónde hayan de volverse y a quién adherirse?" A esto también responderemos partiendo de la evidencia de los hechos: Si hubiera muchos de quienes se contara, como se cuenta de Jesús, haber venido a vivir entre los hombres como hijos de Dios, y cada uno de ellos se hubiera atraído gentes que lo siguieran, de suerte que resultara dudoso, por la similitud de sus pretensiones de filiación divina, quién fuera el atestiguado por sus creyentes, habría lugar de decir: "Si unos proclaman a éste y otros a otro, y todos tienen a mano, como común santo y seña: Cree o márchate", etc. Pero la verdad es que por todo lo habitado de la tierra se predica a Jesús como único Hijo de Dios, que vino a vivir entre los hombres. Porque los que, a la manera de Celso, supusieron que Jesús hizo falsos prodigios y por eso quisieron también hacerlos ellos, imaginando habrían de poseer el mismo poder sobre los hombres, se demostró que no eran nada. Tales Simón Mago, natural de Samaria, y Dositeo, oriundo de la misma región. El uno decía ser la fuerza de Dios, llamada grande (Act 8,10), y el otro se vendía por el mismo Hijo de Dios. Porque en ninguna parte de la tierra hay simonianos, y eso

[8] Esta afirmación de que los maestros cristianos exhortaban a creer más cuanto más ignominioso pareciera al objeto de la fe, la hubo de recoger Celso, como recogió otras, de boca misma de ellos; pero sin comprender su profundo sentido. Con su estilo inconfundible, erizado de paradojas, le hubiera replicado Tertuliano: "Crucificado fue el Hijo de Dios; no me avergüenzo de ello porque es cosa de que hay que avergonzarse. Murio el Hijo de Dios; es cosa creíble porque es increíble. Resucitó después que fue sepultado; es cierto porque es imposible" (*De carne Christi* V 4: CCh 2,881).

que Simón, con el fin de atraerse más adeptos, libró a sus discípulos del peligro de muerte que se enseña a abrazar a los cristianos, enseñándoles a mirar la idolatría como cosa indiferente. Además, los simonianos no fueron en absoluto objeto de persecución, pues el demon malo que perseguía la doctrina de Jesús sabía que, por las enseñanzas de Simón, ninguna de sus particulares intenciones sería destruida. En cuanto a los dositeanos, ni en sus comienzos florecieron; ahora, empero, han decaído absolutamente, de suerte que se dice no llegar su número a treinta (cf. I 57).

También Judas el Galileo, como escribe Lucas en los Hechos de los Apóstoles, quiso proclamarse a sí mismo como hombre grande, y antes de él Teudas; pero, como su doctrina no era de Dios, fueron muertos, e inmediatamente se dispersaron los que habían creído en ellos (Act 5,36-37). No echamos, pues, dados al aire para adivinar a dónde hayamos de volvernos y a quién seguir, como si hubiera muchos que pudieran atraernos a sí, anunciándonos haber venido por disposición divina al género humano. Pero basta ya de esto.

12. Sabiduría humana y divina

Pasemos, pues, a otra acusación de Celso, que no conoce nuestros textos, sino que los tergiversa, y así nos achaca afirmar nosotros que "la sabiduría de los hombres es necedad delante de Dios", siendo así que Pablo dice *que la sabiduría del mundo es necedad delante de Dios* (1 Cor 3,19; cf. I 9). Y añade que "la causa de ello está de muy atrás dicha"; y la causa, según él se imagina, es que, por este texto, sólo queremos atraer a los incultos y tontos. Pero, como él mismo indica, lo mismo dijo ya más arriba (I 27; III 44.50.55.74.75; VI 13.14), y nosotros, según nuestras fuerzas, refutamos su discurso. Sin embargo, quiso hacer ver que esto fue inventado por nosotros y tomado de los sabios griegos, según los cuales, una es la sabiduría humana y otra la divina. Y alega a este propósito dos textos de Heráclito, uno en que dice: "El carácter humano no tiene conocimiento, lo tiene, empero, el divino", y otro: "Un hombre maduro es reputado necio respecto de la divinidad, como un niño respecto de un hombre maduro" (HERACL., fragm.78-79, Diels). También cita de la *Apología de Sócrates*, escrita por Platón, estas palabras: "Porque yo, atenienses, no por otra razón he adquirido este renombre (de sabio), sino por algún linaje de sabiduría. Pero ¿de qué sabiduría? La que es tal vez sabiduría humana, pues en ésta pudiera yo ser sabio" (PLAT., *Apol.* 20d). Tales son las citas

de Celso; pero yo puedo añadir a ellas otra tomada de la carta platónica a Hermias, Erasto y Corisco: "No obstante ser viejo, afirmo que a Erasto y Hermias les falta, además de esa hermosa sabiduría de las formas, la otra sobre los hombres malvados e inicuos, que es una fuerza de prevención y defensa. Son, en efecto, inexpertos, por haber vivido mucha parte de su vida con nosotros, que somos hombres moderados y no malvados. Por eso dije que les faltaban estas cosas, a fin de que no se vean forzados a descuidar la verdadera sabiduría y se entreguen más de lo debido a la sabiduría humana, también necesaria" (PLAT., *Epist.* VI 322de)[9].

13. La sabiduría divina, carisma del Espíritu

Así, pues, según esto, hay una sabiduría divina y otra humana. Y la humana es la que se llama, según nosotros, sabiduría del mundo, que es necedad delante de Dios; la divina, empero, que es distinta de la humana, si es realmente divina, procede de la gracia de Dios, que la da a los que se hacen idóneos para recibirla; a aquellos señaladamente que, por conocer la diferencia que va de una a otra, dicen a Dios en sus oraciones: *Aunque alguien fuere perfecto entre los hijos de los hombres, si de él se aparta tu sabiduría, será reputado en nada* (Sap 9,6). Y por nuestra parte afirmamos que la sabiduría humana es palestra del alma; el fin, empero, la divina, que se dice también ser manjar sólido del alma por el que dijo: *De los perfectos es el manjar sólido, de los que por el hábito tienen ejercitados sus sentidos para discernir lo bueno y lo malo* (Hebr 5,14).

Antiguo, a la verdad, es este modo de pensar, y su antigüedad no se remonta, como piensa Celso, a Heráclito y Platón. Efectivamente, mucho antes que éstos, distinguieron los profetas una y otra sabiduría. De momento basta citar, de las

[9] La razón por que a Hermias y compañía les falta la sabiduría sobre los malvados e inicuos es porque han vivido la mayor parte de su vida con gentes honradas. Es la misma doctrina de la *Politeia* (409cd): "Mas el hábil aquel y rápido en la sospecha, que ha cometido por su cuenta muchas iniquidades y se imagina ser astuto y sabio, cuando trata con gentes de su calaña, aparece como un genio en precaverse, pues no tiene sino mirar a modelos de maldad que en sí mismo lleva; mas cuando se acerca a hombres buenos y ya ancianos, aparece como un necio, desconfiando a destiempo y desconociendo todo buen carácter, pues no tiene dentro de sí modelo del mismo. Mas como trata más veces con malvados que con buenos, le parece a sí mismo y a los otros ser más bien sabio que ignorante". ¡De pareja sabiduría y de parejos sabios, *libera nos, Domine!* ¡Y cuántos se nos han acercado con su "paradigma" de astucia y maldad! ¡Dios los haya perdonado, pues algunos andan ya por el otro mundo! A los que quedan los perdonamos nosotros, pues nos han enseñado, siquiera en "el umbral de la vejez", paradigmas que no conocimos jamás por experiencia propia.

palabras de David, lo que se dice del sabio en sabiduría divina: *No verá*, dice, *la corrupción, cuando viere morir a los sabios* (Ps 48,10). Así, pues, la divina sabiduría, en cuanto es distinta de la fe, es el primero de los que se llaman carismas o dones de Dios; el segundo después de ella es la llamada gnosis o ciencia, que se concede a los que saben puntualmente estas cosas; y el tercero es la fe, pues también han de salvarse los sencillos que se acercan según sus fuerzas a la religión. De ahí que se diga en Pablo: *A uno, por el Espíritu, se le da palabra de sabiduría; a otro, palabra de ciencia, según el mismo Espíritu; a otro, fe por el mismo Espíritu* (1 Cor 12,8-9). Por eso no se ve que cualquiera participe de la sabiduría divina, sino los que descuellan y se distinguen entre todos los que profesan el cristianismo; ni nadie expondrá los temas de la sabiduría divina "a las gentes más incultas, a los esclavos e ignorantes".

14. Los cristianos no son un hatajo de incultos

Celso, a la verdad, llama incultísimos, esclavos e ignorantes a los que ignoran, creo, sus propios temas y no están instruidos en las ciencias de los griegos; nosotros, empero, tenemos por la gente más inculta a los que no se avergüenzan de hablar a seres inanimados (cf. Sap 13,17-18), invocan para salud a lo enfermo, piden vida a lo muerto y suplican socorro de lo más impotente. Y si hay quienes sostienen que eso no son los dioses, sino imitaciones y símbolos de los verdaderos dioses (cf. III 40; VII 62), no por eso dejan de ser incultos, esclavos e ignorantes los que se imaginan que de manos de artesanos puedan salir imitaciones de la divinidad (cf. I 5); y afirmamos que los últimos de los nuestros están libres de esta incultura e ignorancia, mientras los más inteligentes entienden y comprenden la divina esperanza. Pero también decimos no ser posible comprenda la divina sabiduría quien no se haya ejercitado en la humana; lo que no empece para que confesemos que, en parangón con la divina, toda humana sabiduría es necedad.

Luego, cuando su deber era demostrar su tesis, nos llama "hechiceros" y dice que "huimos a todo correr de gentes educadas, por tenerlas por poco preparadas para ser engañadas, y atrapamos los más rústicos" (cf. I 27). Es que no vio cómo desde los orígenes y desde el principio hubo entre nosotros

[10] προστάγματα M: πάργματα cod. A.

sabios formados también en las ciencias de fuera; un Moisés, que lo estaba en toda la sabiduría de los egipcios (Act 7,22); Daniel, Ananías, Azarías y Misael en todas las letras de los asirios (Dan 1,17ss), de suerte que se halló saber ellos diez veces más que los sabios de allí. Y, actualmente, si se comparan con la turbamulta, las iglesias tienen pocos sabios que se hayan convertido procedentes de la que nosotros llamamos sabiduría carnal; pero los tienen incluso los que se han pasado de esa sabiduría a la divina.

15. La humildad cristiana

Seguidamente, como quien ha oído campanadas sobre la humildad, pero no la ha entendido puntualmente, quiere Celso desacreditar la que nosotros enseñamos, que, según él, sería una mala inteligencia de palabras de Platón en algún pasaje de las *Leyes:* "Dios, según nos dice la misma tradición antigua, teniendo en sí el principio, fin y medio de todo lo que existe, camina por vía recta y marcha conforme a naturaleza. A él acompaña siempre la justicia, vengadora de las infracciones de la ley divina, y todo el que quiera ser feliz la ha de seguir humilde y morigerado" (PLAT., *Leg.* 715e). Pero no advirtió que hombres mucho más antiguos que Platón oraban de esta manera: *Señor, mi corazón no se ha exaltado, ni se alzaron mis ojos altaneros, ni he caminado en cosas grandes, ni en maravillas que me sobrepasan, mas he sentido humildemente* (Ps 130,1-3). El pasaje pone además de manifiesto que el humilde "no se abate indecorosa e inconvenientemente, postrándose sobre sus rodillas y echándose a tierra boca abajo, vistiendo hábitos de mendigos y ensuciándose de ceniza la cabeza [11]. Y es así que el humilde, según el profeta, no obstante caminar en cosas grandes y maravillosas que están por encima de él, que son los dogmas verdaderamente grandes y los maravillosos pensamientos, se humilla bajo la poderosa mano de Dios (1 Petr 5,6). Ahora bien, si hay quienes, no penetrando por su ignorancia la doctrina sobre la humildad, hacen esas cosas, no hay por qué culpar a nuestra religión,

[11] Según Chadwick, aquí reproduciría Celso rasgos del sistema penitencial primitivo, tal como los trae Tertull. *(De Paenit.* 9 cf. 11) sobre la repugnancia que sentían algunos cristianos por su práctica. Teofrasto *(Char.* 16) tiene la postración por característica del hombre supersticioso: "Y al pasar junto a una de esas piedras relucientes que hay en las encrucijadas, verter el aceite de su alcuza y ponerse de rodillas (ἐπὶ γόνατα πεσών) y adorarla y luego marcharse". Y aunque no ataña ya al tema, no es posible omitir el rasgo que sigue: "Y si un ratón ha roído un saco de cebada, presentarse al intérprete y preguntarle qué debe hacer, y si responde que lo dé al saquero para que lo remiende, no atender a esto, sino sacrificar para librarse del maleficio" (versión de M. F. GALIANO, Madrid 1956).

sino tener consideración a quienes en su ignorancia aspiran a lo mejor; pero, por esa misma ignorancia, no lo consiguen. Más humilde y ordenado efectivamente que el humilde y ordenado de que habla Platón es el que, ordenado caminar en cosas grandes y maravillosas que lo sobrepasan, es, no obstante, humilde, porque, aun estando entre esas cosas, se humilla voluntariamente, no bajo el primero que viene, sino bajo la poderosa mano de Dios, por amor de Jesús, maestro de esta doctrina: *El, que no tuvo por rapiña ser igual a Dios, sino que se anonadó a sí mismo, tomando forma de siervo; y, visto en lo externo como hombre, se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz* (Phil 2,6-8). Y es tan grande esta doctrina de la humildad, que por maestro de ella tenemos, no a quienquiera, sino a nuestro gran salvador mismo que dijo: *Aprended de mí, porque soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas* (Mt 11,29).

16. ¿Jesús, plagiario de Platón?

Luego nos viene Celso con que la sentencia de Jesús contra los ricos: *Más fácil es que un camello pase por el ojo de una aguja que no que un rico entre en el reino de los cielos* (Mt 19,24), fue dicha derechamente por Platón, y Jesús no habría hecho sino corromper el pasaje platónico que dice "ser imposible que uno sea extraordinariamente bueno y extraordinariamente rico" (PLAT., *Leg.* 743a). Pero ¿quién que sea medianamente capaz de interpretar los hechos no se reirá de Celso, no sólo de entre los que creen en Jesús, sino de entre los demás hombres, al oírle decir eso? ¡Jesús, que nació y se crió entre los judíos, que era tenido por hijo de José, el carpintero, y no aprendió las letras no sólo de los griegos, pero ni siquiera de los hebreos, como atestiguan con amor a la verdad las Escrituras que de El tratan (Mt 13,54; Mc 6,2; Io 7,15), habría leído a Platón y, enamorado de la sentencia de éste sobre los ricos de que "es imposible ser uno a par extraordinariamente bueno y rico", la corrompió y de ella hizo la suya de "ser más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que no que un rico entre en el reino de los cielos"! Si Celso no hubiera leído los evangelios con odio y hostilidad, sino con amor a la verdad, hubiera comprendido por qué se tomó el camello, animal giboso y torcido por constitución, como término de comparación con el rico, y qué quería decir el ojo estrecho de la aguja para quien dijo ser estrecho y angosto el camino que lleva a la vida (Mt 7,14). Y hubiera podido notar que, según la ley, este animal se cuenta como

impuro, pues tiene algo aceptable, que es ser rumiante; pero algo también reprensible, que es no tener la pezuña hendida; hubiera examinado cuántas veces y a qué propósitos se toma el camello como ejemplo en las divinas Escrituras, y ver así la mente de la palabra divina sobre los ricos, y no hubiera pasado por alto las bienaventuranzas de Jesús en favor de los pobres y sus imprecaciones contra los ricos (Mt 5,3; Lc 6,2). ¿Hablaba así de pobres y ricos respecto de las cosas sensibles, o conoce el Logos una pobreza de todo punto bienaventurada y una riqueza de todo punto condenable? Porque ni el más vulgar alabaría sin distinción a los pobres, la mayor parte de los cuales son de malísimas costumbres [12]. Pero basta de esto.

17. Las tinieblas, escondrijo de Dios

Luego pretende Celso rebajar lo que nuestras Escrituras dicen acerca del reino de Dios (cf. I 39; III 59; VIII 11); pero nada cita de ellas, como si no merecieran que él las extractara; o acaso porque ni las conocía; alega, en cambio, textos de Platón, tomados de las cartas y del *Fedro*, como cosas divinamente dichas, lo que no tendrían nuestras letras. Vamos, pues, a alegar nosotros unas pocas cosas para contrastarlas con lo que dice Platón, no sin elocuencia, pero que no fue parte para que el filosófo adoptara una conducta, digna siquiera de sí mismo, en orden a la religión del Hacedor del universo. Esa religión no debió mancharla ni profanarla con la que nosotros llamamos idolatría, o, usando el nombre que diría el vulgo, con la superstición.

Ahora bien, en el salmo 17 se dice, con cierto estilo hebraico, acerca de Dios que *puso por su escondrijo las tinieblas* (Ps 17,12). Con lo que quiso dar a entender la Escritura que es oscuro e incognoscible lo que dignamente pudiera pensarse de Dios, como quiera que El mismo se esconde entre tinieblas de los que no pueden soportar los esplendores de su conocimiento [13] ni verlo a El mismo, ora por causa de la impureza del espíritu, ligado que está al cuerpo de humillación humano (Phil 3,21), ora por su misma limitada capacidad para comprender a Dios. Rara vez llega a los hombres el conocimiento de Dios y en muy pocos se encuentra, y, para poner este hecho

[12] Cf. CLEM. ALEX., *Strom.* IV 25,4: *Quis dives* XVII 4: "Del mismo modo hay una pobreza bienaventurada, que es la espiritual. Por eso añadió Mateo: *Bienaventurados los pobres...* ¿Cómo? *Los de espíritu.* Y en lo otro: *Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia de Dios* (Mt 5,3.6). Luego desgraciados los pobres contrarios, que no tienen parte en Dios, y menos en la posesión humana, ni gustan de la justicia de Dios".

[13] Alusión verbal a PLAT., *Pol.* 518a; cf. *supra* IV 15.

de manifiesto, se escribe de Moisés *haber entrado en la oscuridad donde estaba Dios* (Ex 20,1). Y del mismo Moisés se dice: *Sólo Moisés se acercará a Dios, pero los otros no se acercarán* (Ex 24,2). Otra vez, para representarnos el profeta lo profundo de las doctrinas sobre Dios, profundidad incomprensible para quienes no tienen aquel espíritu que todo lo escudriña, hasta las profundidades de Dios (1 Cor 2,10), dice así: *El abismo es su veste, como un manto* (Ps 103,6). Es más, nuestro mismo Salvador y Señor, Verbo que es de Dios, nos hace ver la grandeza del conocimiento del Padre cuando nos dice que, digna y principalmente, sólo por El mismo es comprendido y conocido y, en segundo lugar, por los que tienen iluminada su mente por el mismo Verbo-Dios: *Nadie conoce al Hijo sino el Padre; ni nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo revelare* (Mt 11,27). Y es así que ni al increado y primogénito de toda la creación (Col 1,15) lo puede nadie conocer dignamente como el Padre que lo engendró, ni al Padre como el que es Verbo vivo, sabiduría y verdad suya. Participando de El, que es quien quita del Padre las tinieblas que puso por su escondrijo y el abismo de que se cubrió como de veste, y revelándonos así al Padre, lo conoce todo el que es capaz de conocerlo.

18. Sublimidades platónicas

Estas pocas cosas he pensado alegar de entre tantas como los hombres santos pensaron acerca de Dios, para demostrar que, para quienes tienen ojos capaces de ver lo que de sagrado hay en las Escrituras, las letras inspiradas de los profetas contienen algo de más venerable que los discursos platónicos tan admirados por Celso. Ahora, pues, el texto de Platón alegado por Celso es de este tenor: "En torno al rey de todas las cosas gira todo, y todo es por causa suya, y él es la causa de todo lo bello. Lo segundo gira en torno a lo segundo, y lo tercero en torno a lo tercero. Ahora bien, el alma humana apetece conocer esas cosas y su naturaleza, mirando a lo que está emparentado con ella, nada de lo cual la satisface. Respecto, empero, del rey y de las cosas que he dicho, no sucede nada semejante" (PLAT., *Epist.* II 312e) [14] . Por mi parte pudiera

[14] Este pasaje platónico fue interpretado de la Trinidad por Justino (I *Apol.* 60,7): "Porque Platón da el segundo lugar al Verbo, que viene de Dios, y él dijo estar esparcido en forma de x por el universo; y el tercero al Espíritu, que dijo cernerse por encima de las aguas, y así dice: Y lo tercero sobre lo tercero" (cf. mis *Apol. griegos del siglo II* p.248). Cf. también CLEM. AL., *Strom.* V 103,1; ATHEN., *Leg.* 23. Según Hippol. (*Ref.* VI 37,5), Valentín tomó la idea del pleroma de este pasaje (Chadwick). Platón rondaba las cabezas de los padres como las de cualesquiera otros.

citar lo que se dice sobre los que llaman los hebreos serafines, que se describen en Isaías y velan la faz y los pies de Dios (Is 6,2), y sobre los que se llaman querubines, que describió Ezequiel, y sobre sus formas, digámoslo así, y de qué modo se dice ser Dios llevado por los mismos (Ez 1,5-27; 10,1-21). Mas como estas cosas están dichas de forma muy oscura por razón de los indignos e irreligiosos, incapaces de seguir la magnificencia y sublimidad de la ciencia de Dios, no he creído conveniente disertar en este escrito acerca de ellas.

19. Platón y los profetas

Seguidamente dice Celso que algunos cristianos, tergiversando dichos de Platón, "se glorían de un Dios supraceleste y trascienden el cielo de los judíos". No dice aquí Celso con toda claridad si trascienden también el Dios de los judíos o sólo el cielo por el que juran los judíos (Mt 5,34). Ahora bien, no es nuestro propósito hablar aquí de los que predican un Dios distinto del que adoran los judíos; queremos más bien defendernos a nosotros mismos y mostrar cómo los profetas de los judíos, que nosotros aceptamos, no pudieron tomar nada de Platón, pues fueron más antiguos que él. Luego tampoco hemos tomado de Platón la frase que dice: "En torno al rey de todas las cosas gira todo, y por causa de él es todo". No, nosotros hemos aprendido cosas mejor dichas por los profetas, una vez que Jesús y sus discípulos nos aclararon la mente del Espíritu que hablaba por ellos, y que no era era otro que el Espíritu de Cristo. Ni fue tampoco el filósofo quien primero habló del lugar supraceleste; mucho antes había hablado David de la profundidad y muchedumbre de ideas acerca de Dios de quienes se remontan por encima de lo sensible, cuando dijo en el libro de los Salmos: *Load a Dios los cielos de los cielos, y las aguas que están sobre los cielos loen el nombre del Señor* (Ps 148,4s).

Por mi parte, no dudo de que Platón aprendió de algunos hebreos las palabras que escribe en el *Fedro, o* que, como algunos han escrito (cf. IOSEPH., *Contra Ap.* II 36; IUSTIN., *Apol.* I 59-60, y CLEM. ALEX., *passim)* [15], después de leídos los escritos proféticos, citó de ellos lo que dice: "El lugar

[15] La idea de que Platón dependía de Moisés fue lugar común de la apologética judía y cristiana; así JOSEFO *(Contra Ap.* II 36): "Platón señaladamente imitó a nuestro legislador, aun en lo de no encarecer enseñanza alguna a los ciudadanos como la de que todos aprendieran puntualmente las leyes, y sobre la necesidad de que ningún extraño se mezclara al azar con ellos; y así proveyó a que se mantuviera pura la constitución de los que perseveraban en la guarda de las leyes". ¡Realmente, Platón visto por un judío!

supraceleste ni lo ha cantado hasta ahora poeta alguno terreno, ni lo cantará jamás dignamente", etc. (PLAT., *Phaidr.* 247c). Donde se dice también esto: "Este lugar ocupa la esencia sin color ni figura, intocable, la que es de verdad esencia, sólo contemplable por la inteligencia, piloto del alma, sobre la que versa el género de la verdadera ciencia" (ibid.). En los discursos de los profetas estaba educado Pablo, y ansiando las cosas supraterrenas y supracelestes y no dejando piedra por mover para alcanzarlas, dice en su segunda carta a los corintios: *Porque una tribulación nuestra, momentánea y ligera, nos produce, sobre toda ponderación, un eterno peso de gloria, a condición de que no miremos las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son transitorias, y las que no se ven, eternas* (2 Cor 4,17-18).

20. Comentario paulino y platónico

Para quienes son capaces de entender, Pablo presenta aquí derechamente las cosas sensibles, a las que llama *cosas que se ven,* y las inteligibles, sólo comprensibles por la mente, a las que da nombre de *cosas que no se ven.* Y sabe además que las cosas sensibles y que se ven son temporales, y las inteligibles y que no se ven, eternas. Y como quería llegar a la contemplación de las cosas eternas, sostenido por su deseo de ellas, toda tribulación la reputaba por nada y por cosa ligera. Y en el momento mismo de la tribulación y los trabajos, lejos de dejarse abatir por ellos, se le hacía ligero todo tormento por razón de la contemplación de aquellas realidades eternas. Porque nosotros tenemos un sumo sacerdote que, por la grandeza de su poder y de su inteligencia, atravesó los cielos, a Jesús, Hijo de Dios (Hebr 4,14). El prometió a los que de veras aprendan las verdades divinas y conforme a ellas vivieren, llevarlos por encima de las cosas terrenas, pues dice: *Para que, donde yo voy, estéis también vosotros* (Io 14,3). Por eso, nosotros esperamos que, después de los trabajos y combates de aquí, llegaremos a lo más alto de los cielos, y, tomando, según nos enseña Jesús, *fuentes de agua que salta hasta la vida eterna* (Io 4,14) y, abarcando ríos de contemplaciones, estaremos con las que se llaman aguas encima de los cielos que alaban el nombre del Señor (Ps 148,4-5). Y en tanto lo alabamos, "no seremos llevados fuera de la circunferencia del cielo" (PLAT., *Phaidr.* 247c), sino que contemplaremos continuamente lo invisible de Dios; no ya entendido por nosotros por las criaturas desde la creación del mundo (Rom 1,20), sino, como dijo

el auténtico discípulo de Jesús, *cara a cara;* a lo que añade: *Cuando viniere lo perfecto, desaparecerá lo parcial* (1 Cor 13, 12.10).

21. Mitología celeste

Las Escrituras recibidas en las iglesias de Dios nos hablan de siete cielos, ni, en general, de un número determinado de ellos; sí, de cielos, ora sus palabras se refieran a las esferas de los que llaman los griegos planetas, ora quieran enseñar algo más misterioso. Que haya para las almas un camino hacia la tierra y desde la tierra, Celso lo afirma, siguiendo a Platón (PLAT., *Phaidr.* 248cd; *Tim.* 41d-42e), y dice que pasa por los planetas; pero Moisés, el más antiguo de nuestros profetas, en una visión de nuestro antepasado[16] Jacob, dice haber visto éste un ensueño divino, una escalera que llegaba hasta el cielo, y ángeles de Dios que subían y bajaban por ella, y al Señor fijo en su punta (Gen 28,12-13). Si Moisés, con este relato de la escalera, aludía a eso o quiso dar a entender cosas más altas, no lo sabemos. Sobre el tema escribió Filón un libro (PHILO, *De somniis),* que merece prudente e inteligente examen por parte de los amadores de la verdad.

22. Los misterios de Mitra

Luego, queriendo Celso ostentar su erudición en el libro escrito contra nosotros, expone también ciertos misterios persas, en que dice: "También se da oscuramente a entender esto en la doctrina de los persas y en los misterios de Mitra, que son de origen persa. Hay, efectivamente, en ellos una representación de las órbitas del cielo, de la fija y de la de los planetas, y del paso por ellas del alma. He aquí el símbolo: una escalera de siete puertas y en su cima una octava puerta. La primera de las puertas es de plomo, la segunda de estaño, la tercera de bronce, la cuarta de hierro, la quinta de aleación, la sexta de plata y la séptima de oro. La primera la atribuyen a Cronos (Saturno), significando con el plomo la lentitud de este astro; la segunda a Afrodita (Venus), comparando con ella lo brillante y blando del estaño; la tercera a Zeus (Júpiter), por ser de base broncínea y firme; la cuarta a Hermes (Mercurio), porque tanto el hierro como Hermes resisten todo trabajo, ganan dinero y están muy elaborados; la quinta a Ares (Marte), por ser desigual y varia por causa de la mezcla; la sexta a la Luna, por ser de plata, y la séptima

[16] προθήτου M: προπάτορος Wendland.

al Sol, por dorada, metales que imitan los colores del Sol y la Luna". Luego examina la causa del orden de los astros así enumerados, indicado simbólicamente en los nombres de la varia [17] materia, e inserta discursos musicales con la teología persa que expone. Luego tiene empeño en añadir una segunda explicación, que se atiene también a teorías musicales. Ahora bien, me ha parecido fuera de lugar alegar aquí los textos de Celso sobre el particular, pues sería hacer lo mismo que él hace, trayendo impertinentemente a cuento, para acusar a cristianos y judíos, no sólo sentencias de Platón, con que debiera haberse contentado, sino también, como él dice, "los misterios persas de Mitra y su explicación". Mas sea mentira o verdad lo que los persas predican acerca de Mitra, ¿por qué razón expuso Celso esos misterios con preferencia a otros y sus explicaciones? Porque no parece que los misterios de Mitra gocen entre los griegos de más predicamento que los eleusinos o los de Hécate, que se muestran a los iniciados en Egina. Y si prefería describir misterios bárbaros con sus interpretaciones, ¿por qué no echó más bien mano de los egipcios, de que muchos alardean, o de los capadocios bajo la advocación de Artemis en Comana, o de los tracios o de los mismos romanos, en que se inician los miembros más nobles del senado? Y si le pareció impertinente tomar nada de ellos, por no venir en absoluto a cuento para acusar a judíos y cristianos, ¿cómo no vio la misma impertinencia en los misterios mitríacos?

23. Misterios bíblicos

Mas si alguien desea iniciarse en una ciencia misteriosa sobre la entrada de las almas a lo divino, no por datos de la más oscura secta citada por Celso, sino por libros originariamente judaicos, leídos en las sinagogas, pero que también los cristianos aceptan, o por otros puramente cristianos, lea las visiones del profeta Ezequiel consignadas al final de su profecía (Ez 48,31-35); o lea también, del Apocalipsis de Juan, la descripción de la ciudad de Dios, la Jerusalén celeste, de sus cimientos y sus puertas (Apoc 21). Y si es capaz de entender por símbolos el camino señalado para los que han de caminar a lo divino, lea el libro de Moisés que lleva por título *Números* y busque quien lo introduzca sobre los misterios que encierran los campamentos de los hijos de Israel; averigüe de qué naturaleza eran los campamentos ordenados hacia las partes de oriente, que son los primeros; de qué naturaleza los ordenados hacia el sudoeste y sur, cuáles junto al

[17] λοιπῆς M: ποικίλης K. tr.

mar y cuáles, mencionados los últimos, hacia el norte (Num 2). En estos pasajes hallará seguramente ideas no despreciables y no, como imagina Celso, de las que piden oyentes necios y esclavos. Comprenderá, en efecto, de quién se habla en ellos, así como la naturaleza de los números allí designados y que convienen a cada tribu. Exponer aquí cada uno de estos puntos no nos ha parecido oportuno.

Por lo demás, sepa Celso, y los que lean su libro, que en ningún pasaje de las Escrituras tenidas por auténticas y divinas se dice existan "siete cielos"; y que ni nuestros profetas, ni los apóstoles de Jesús ni el Hijo mismo de Dios dicen nada que "hayan tomado de los persas o de los cabiros".

24. El diagrama de los ofitas

Después de lo que dice tomado de los misterios mitríacos, afirma Celso: "Quien quiera examinar a la vez un misterio o iniciación cristiana y el antedicho de los persas, comparándolos unos con otros y poniendo al desnudo el misterio cristiano, comprenderá la diferencia que va de uno a otro". Y es de notar que, cuando Celso sabía nombres de sectas, no vaciló en citar las que parecía conocer; pero donde más era menester hacer eso, si las sabía, y señalar qué secta usa el diagrama que describe, no lo hace. Sin embargo, por lo que sigue me parece que su diagrama, descrito en parte, se funda en malas inteligencias de la secta, a mi juicio, más oscura, la de los ofitas. Llevados de nuestro amor a la verdad, hemos dado con ese diagrama, en que encontramos fantasías, como las llamó Pablo, de *hombres que se cuelan en las casas, y cautivan a mujerzuelas, cargadas de pecados, traídas y llevadas de concupiscencias varias, que están siempre aprendiendo y no son jamás capaces de llegar al conocimiento de la verdad* (2 Tim 3,6-7). Pero el diagrama era tan de todo en todo inverosímil, que ni siquiera lo aceptaban las mujerzuelas, tan fáciles de engañar, ni esos rústicos en grado superlativo, prontos a dejarse llevar por todo lo que tenga visos de probabilidad. Como quiera que sea, por más que hemos recorrido por muchos lugares de la tierra y hemos inquirido por todas partes a los que profesaban saber algo, a nadie hemos encontrado que enseñara lo que contiene el diagrama.

25. Se describe, en parte, el diagrama

En él había una pintura de diez círculos, separados entre sí, pero encerrados dentro de otro círculo, que se decía ser el alma del universo y se llamaba Leviatán. De éste decían

las Escrituras de los judíos, sea cual fuere su sentido oculto, que fue plasmado por Dios como un juguete. Así hallamos en los Salmos: *Todo lo has hecho sabiamente, la tierra henchida está de tus hechuras. ¡Mira ese grande mar, su anchura inmensa! Por él corren las naves, animales pequeños, otros grandes, y ese dragón, juguete que tú hicieras* (Ps 103,24-26). En lugar de *dragón*, el texto hebraico trae *leviathan*. Ahora bien, el impío diagrama dice ser el alma que penetra el universo ese leviatán que tan claramente condena el profeta. Hallamos también en él al que se llama Beemoth, colocado después del círculo más bajo. El autor de este abominable diagrama inscribió a este leviatán sobre el círculo y en el centro de éste, de forma que puso dos veces su nombre.

Dice además Celso que "el diagrama estaba dividido por una gruesa raya negra", y afirma habérsele dicho que ésta era la *gehenna*, llamada también *tártaro*. Como quiera que en el Evangelio hallamos escrito *gehenna* como lugar de tormentos (Mt 5,22 *et passim*), hemos inquirido si aparece ese nombre en algún pasaje de las antiguas Escrituras, más que más que también los judíos emplean la palabra. Hemos hallado, pues, que en la Escritura se nombra un "valle del hijo de Ennom"; pero hemos sabido que en el texto hebreo, en vez de valle, aunque con el mismo significado, se dice "valle de Ennom y gehenna" (cf. Ier 7,31ss; 39 (32,35). Leyendo más despacio, hemos hallado que la gehenna o valle de Ennom se enumera en la suerte que le tocó a la tribu de Benjamín, donde estaba también Jerusalén. Y examinando la ilación o consecuencia de haber una Jerusalén celeste con la herencia de Benjamín y el valle de Ennom, hemos descubierto algo que puede aplicarse al tema de los castigos, a la purificación, por el tormento, de tales almas, según el texto que dice: *Mirad que el Señor viene como fuego de horno de fundición y como hierba de batanero; y se sentará a fundir y purificar, como si fuera plata y oro* (Mal 3,2-3).

26. Celso da golpes de ciego

Y así, en torno a Jerusalén serán castigados los que son fundidos, porque admitieron en la sustancia misma de su alma la maldad, que figuradamente se llama en alguna parte plomo. De ahí que, en Zacarías, la iniquidad estaba sentada en un talento de plomo (Zach 5,7). Ahora bien, todo lo que sobre este tema pudiera decirse, ni son cosas que puedan explicarse a todos ni es éste momento oportuno. Ni deja de tener también su peligro confiar claramente a la escritura estos te-

mas, como quiera que el vulgo no necesita más enseñanza sobre este punto sino que un día serán castigados los que pecan. Ir más allá de esa enseñanza no es cosa provechosa, pues hay quienes a duras penas se contienen, por el miedo al castigo eterno, de precipitarse en el torrente de la maldad y de los pecados que de ella nacen.

Así, pues, ni los autores del diagrama ni Celso conocen la doctrina sobre la gehenna; pues ni aquéllos blasonarían de pinturas y diagramas como si con ellos pusieran la verdad ante los ojos, ni Celso hubiera insertado en su escrito contra los cristianos, como acusación contra ellos, cosas que los cristianos no dicen, sino algunos que tal vez ni existen ya, sino que han desaparecido de todo punto o, por lo menos, se han reducido a un puñado, contables con los dedos de la mano. Y como no atañe a los que profesan la filosofía platónica salir en defensa de Epicuro y sus impías doctrinas, así tampoco nos incumbe a nosotros defender lo que en el diagrama se contiene ni rebatir lo que dice Celso contra el mismo. Por eso omitimos como cosas impertinentes y dichas al aire todo lo que a ese propósito dice Celso. Con más energía que Celso condenaríamos nosotros a quienes se dejaran vencer por tales doctrinas.

27. Las viejas calumnias anticristianas

Después de lo que dice del diagrama, se inventa cosas extrañas, que no toma siquiera de malas inteligencias, acerca del que los autores eclesiásticos llaman el sello (2 Cor 1, 22; Eph 1,13; Apoc 7,3-8; 9,4) y ciertas voces alternas o diálogo, en que "el que imprime el sello es llamado padre, y el que lo recibe se llama joven e hijo, y responde: Estoy ungido con el ungüento blanco del árbol de la vida" (cf. *Recognitiones Clem.* 1,45). Cosa que no hemos oído se haga ni entre los herejes. Luego define el número dicho por los que administran el sello "de los siete ángeles que asisten a cada lado del alma cuando está el cuerpo para morir; de ellos, unos son ángeles de la luz; otros, de los que se llaman arcónticos". Y añade que "el principal de los que tienen nombre de arcónticos de llama Dios maldito". Luego, atacando esa expresión, condena con razón a los que osan hablar de ese modo. En este punto, también nosotros compartimos la indignación de los que reprenden a los tales, supuesto haya quienes llamen maldito al Dios de los judíos, al Dios que llueve y truena y es creador de este mundo, al Dios de Moisés y de la creación del mundo narrada por él.

Sin embargo, parece que Celso no tuvo en estas palabras buena intención, sino la más perversa que le inspiró el odio, indigno de un filósofo, contra nosotros. Quiso, en efecto, que quienes no conocen de cerca nuestra religión, al leer su libro, nos declaren la guerra, como a gentes que llaman maldito al Dios, artífice bueno de este mundo. Y paréceme ha hecho algo semejante a aquellos judíos que, a los comienzos de la predicación del cristianismo, esparcieron calumnias contra nuestra doctrina, como la de que sacrificábamos un niño y luego nos repartíamos sus carnes. Otra, que, cuando los que profesaban la doctrina de Cristo querían cometer pecados tenebrosos, apagaban la luz (en sus reuniones) y cada uno se ayuntaba con la primera que topara. Estas calumnias, por muy insensatas que fueran, dominaron antaño a muchísima gente y persuadieron a los extraños a nuestra religión que así eran los cristianos (cf. ARIST., 17 [siríaco]; IUSTIN., *Apol.* I 27; II 12; *Dial. cum Tat.* 25; ATHEN., *Leg.* III 31; THEOPH., *Ad Autol.* III 4; MIN. FEL., IX 28; EUS., *HE* V 1,14.52; TERTULL., *Apol.* IV 11). Y aun ahora engaña a algunos, que por esa causa se abstienen de entablar la más sencilla conversación con los cristianos [18].

28. La secta de los ofitas, ajena al cristianismo

Algo semejante me parece a mí intentar Celso al afirmar que los cristianos llaman "Dios maldito" al Creador. Así, quien le crea esa calumnia contra nosotros, se sentirá incitado a aniquilar, de ser posible, a los cristianos, como a los más impíos entre los hombres. Sin embargo, confundiendo las cosas, alega la causa por que el Dios de la cosmogonía mosaica sea dicho Dios maldito: "Parejo Dios merece se le maldiga, según los que piensan eso sobre él, pues maldijo a la serpiente, que introducía a los primeros hombres en la ciencia del bien y del mal" (Gen 2,17; 3,5.14) [19].

[18] Sobre estas calumnias anticristianas que envenenaron el ambiente del siglo II y eran materia inflamable de las persecuciones traté ampliamente en mis *Apologistas griegos del siglo II*, donde cabe consultar los textos citados. Orígenes no se las atribuye a Celso, y es honor de éste que no las sacara a relucir en su obra. Infestaban más bien las fantasías populares, aunque un Frontón, maestro de Marco Aurelio, se hizo odiosamente eco de ellas (cf. LABRIOLLE, o.c., p.87ss). Las obras de Frontón fueron descubiertas modernamente; su editor, Naber, dijo que "para la gloria de Frontón hubiera sido mejor no se hubieran descubierto". El discurso en que recogía las calumnias populares contra los cristianos no se ha descubierto. Y ello es, sin duda, mejor para su gloria.

[19] Sobre los ofitas, cf. PSEUDO-TERTULL., *Adv. omnes haer.* 2 y EPIPHAN., *Panar.* XXXVII 3,1. Siempre es cierto que resulta secta oscurísima y que no hubo de tener nada de cristiano.

Pero Celso debiera saber que quienes aceptan la historia de la serpiente en el sentido de que aconsejó bien a los primeros hombres, gentes que sobrepasan a los titanes y gigantes míticos, llamados por ello ofitas, están tan lejos de ser cristianos, que no van a la zaga del mismo Celso en condenar a Jesús, y no admiten en su gremio a nadie que no haya antes maldecido a Jesús. He ahí, pues, la insensatez suma de Celso, que, en sus discursos contra los cristianos, toma por cristianos a quienes no quieren oír ni el nombre de Jesús, ni siquiera como hombre sabio o de costumbres morigeradas. ¿Qué puede haber más tonto y loco, no sólo que quienes quieren llamarse por la serpiente, como autora del bien, sino que Celso, cuando piensa que las acusaciones contra los ofitas tengan algo que ver con los cristianos? Antaño, a la verdad, aquel filósofo griego que amó la pobreza y quiso mostrar un ejemplo de vida feliz, sin que fuera óbice a la felicidad el carecer absolutamente de todo, se puso a sí mismo nombre de cínico (=perruno; cf. II 41: Crates); pero estos impíos blasonan de llamarse ofitas, tomando su nombre de la serpiente *(ophis)*, el animal más enemigo del hombre y que más horror le infunde, como si no fueran hombres, cuyo enemigo es la serpiente, sino serpientes también ellos. Y se glorían de un tal Eufrates, como iniciador de tales impías doctrinas [20].

29. Cristianos y judíos creen en el mismo Dios

Luego, como si insultara a los cristianos al condenar a los que llaman "maldito al Dios de Moisés" y de su ley, imaginando ser cristianos los que eso dicen, prosigue Celso: "¿Qué cosa puede haber de más necia y loca que pareja sabiduría estúpida? Porque ¿en qué erró el legislador de los judíos? ¿Y cómo aceptar su cosmogonía por no sé qué alegoría típica, como tú te explicas, y hasta la ley de los judíos, y luego, hombre impiísimo, sólo a regañadientes alabas al hacedor del mundo, que les hizo todo género de promesas, como aseverarles que dilataría su linaje hasta los confines de la tierra (Gen 8,17; 9,9.17 *et passim)* y los resucitaría de entre los muertos con su misma carne y sangre? El inspiró también a los profetas, ¿y tú insultas a este Dios? Por otra parte, cuando los judíos te aprietan, confiesas adorar al mismo Dios que ellos; pero cuando tu maestro Jesús legisla

[20] Sobre este Eufrates, cf. HIPPOL., *Ref.* IV 2,1; V 13,9; X 10,1. Nombre también oscuro *(Euphraten tina)*.

cosas contrarias a Moisés (cf. VI 18), buscas otro Dios en lugar de éste, que es el Padre".

Pero también aquí calumnia patentemente este nobilísimo de Celso a los cristianos al decir que, cuando son apretados por los judíos, confiesan adorar al mismo Dios que ellos; cuando, empero, Jesús manda cosas contrarias a la ley de Moisés, buscan otro en su lugar. La verdad es que, ora discutamos con los judíos, ora entre nosotros mismos, sólo conocemos un mismo Dios, el Dios a quien de antiguo dieron culto los judíos y aun ahora profesan dárselo, y en modo alguno somos impíos contra El. Por lo demás tampoco afirmamos que Dios haya de resucitar a los muertos con la misma carne y sangre, como ya anteriormente tratamos (IV 57; V 18-19.23). Y es así que no decimos que el cuerpo animal que se siembra en corrupción, ignominia y flaqueza, se levante tal como fue sembrado (1 Cor 15,42-44). Mas sobre esto bastante hemos hablado arriba (V 18-19).

30. Otra vez el diagrama

Seguidamente vuelve al tema de los siete démones arcónticos, que realmente no se nombran entre cristianos, sino usados, a lo que creo, por los ofitas. Y, a la verdad, en el diagrama que nosotros adquirimos de ellos, hallamos un orden semejante al que expone Celso. Dice, pues, Celso que el primero estaba representado en forma de león; pero no cuenta el nombre que le dan éstos, a la verdad, impiísimos sectarios; nosotros hemos encontrado que este que tiene forma de león decía aquel abominable diagrama ser Miguel, el ángel del Creador, de que hablan con loa las sagradas Escrituras. Del mismo modo dice Celso que el segundo, que le sigue, es un toro; el diagrama que nosotros teníamos decía que el tauriforme era Suriel. El tercero dice Celso que era anfibio y silbaba hórridamente; pero el diagrama decía que el tercero era Rafael en forma de dragón. Del mismo modo dice Celso que el cuarto tenía forma de águila; según el diagrama, el aquiliforme era Gabriel. El quinto dice Celso que tenía el rostro de oso; según el diagrama, el ursiforme era Thauthabooth. Luego dice Celso que el sexto se decía entre ellos que tenía cara de perro; el diagrama decía ser éste Erataoth. Luego dice Celso que el séptimo tenía rostro de asno y se llamaba Thaphabaoth u Onoel; pero nosotros hallamos en el diagrama que este que tiene forma de asno se llama Thartharaoth. Por lo demás, nos ha parecido exponer puntualmente estas cosas porque no parezca ignoramos lo que Celso

alardea de saber; es más, los cristianos presentamos más puntualmente que él estas fantasías, que conocemos bien, no como dichos de cristianos, sino de hombres de todo punto ajenos a la salud y que no reconocen a Jesús como salvador, ni como a Dios, ni maestro ni hijo de Dios.

31. Fantasías gnósticas

Mas, si alguno gusta de saber las fantasías de aquellos charlatanes, con las que quisieron, sin lograrlo, atraer adeptos a su doctrina, como si poseyeran no sabemos qué misterios, oiga lo que enseñan se diga, después de atravesar la que llama barrera de la maldad, a las puertas de los arcontes (= príncipes) eternamente encadenadas:

"Rey solitario, vínculo de la ceguera, olvido inconsciente, yo te saludo, fuerza primera, guardada por el espíritu de la providencia y sabiduría, de donde soy enviado puro, hecho ya parte de la luz del Padre y del Hijo. La gracia esté conmigo; sí, Padre, esté conmigo".

Y de aquí dicen que proceden los poderes de la ogdóada. Luego, al pasar el que llaman Yaldabaoth, enseñan a decir: "¡Oh tú, Yaldabaoth, primero y último, nacido para imperar con audacia, palabra que eres dominante de una mente pura, obra perfecta para el Hijo y el Padre!, traigo un símbolo marcado con la marca de la vida, después de abrir al mundo la puerta que tú cerraste con tu eternidad, para pasar de nuevo libre tu poder. La gracia esté conmigo; sí, Padre, esté conmigo".

Y dicen que con este arconte simpatiza la estrella Fenonte (*phainon* = Saturno). Luego piensan que quien ha pasado Yaldabaoth y ha llegado a Yao debe decir: "¡Oh tú, Yao, segundo y primero, señor de los ocultos misterios del Hijo y del Padre, que brillas en la noche, soberano de la muerte, parte del inocente, llevando ya tu propio...!, como un símbolo, me dispongo a entrar en tu imperio, después de dominar por una palabra viva al que nació de ti. La gracia esté conmigo, Padre, esté conmigo".

Luego viene Sabaoth, al que piensan hay que decir: "Señor de la quinta autoridad, poderoso Sabaoth, defensor de la ley de tu creación, destruida por la gracia, con una péntada más poderosa, déjame pasar, contemplando un símbolo intachable de tu arte, preservado por la imagen de una figura, un cuerpo liberado por la péntada. La gracia esté conmigo, Padre, esté conmigo".

Seguidamente viene Astafeo, al que creen hay que decir lo siguiente:

"Señor de la tercera puerta, Astafeo, inspector del primer manantial del agua, mirando a un iniciado, déjame pasar, purificado que estoy por el espíritu de una virgen, contemplando la esencia del mundo. La gracia esté conmigo, Padre, esté conmigo".

Después de éste viene Eloeo, al que piensan ha de decirse lo siguiente:

"Señor de la segunda puerta, Eloeo, déjame pasar, pues te traigo un símbolo de tu madre, la gracia escondida por las potencias de las autoridades. La gracia esté conmigo, Padre, esté conmigo".

Al último lo llaman Oreo, y a éste piensan que le dicen:

"Tú que pasaste intrépidamente la barrera del fuego y alcanzaste el imperio de la primera puerta, déjame pasar, mirando el símbolo de tu propia fuerza, destruido por una figura del árbol de la vida, tomado por la imagen según la semejanza de un hombre inocente. La gracia esté conmigo, Padre, esté conmigo".

32. Mezcolanzas de gente ignara

La supuesta erudición de Celso, que es más bien vana curiosidad y charlatanería, nos ha obligado a mentar todas estas fantasías, pues queremos demostrar a los que leyeren su escrito y nuestra refutación del mismo que, para nosotros, no constituyen un embarazo esos saberes de Celso, por los que intenta calumniar a los cristianos que no piensan ni saben nada de eso. Y si nosotros hemos querido saber y citar todo eso, es para evitar que esos embaucadores, alardeando saber más que nosotros, engañen a los que se dejan arrebatar por el estruendo de los nombres. Y más pudiéramos aún alegar para demostrar que conocemos lo que forjan esos embusteros, pero renegamos de todo ello, como de cosas ajenas e impías que no concuerdan con las doctrinas verdaderamente cristianas, que nosotros confesamos hasta la muerte.

Sin embargo, es de saber que quienes todo eso han inventado, al no entender las artes de la magia ni discernir los dichos de las Escrituras divinas, lo han confundido todo; así de la magia han tomado a Yaldabaoth, Astafeo y Oreo, y de las Escrituras hebraicas a Iaoia, tal como se dice entre los hebreos, y a Sabaoth, Adoneo y Eloeo; ahora bien, los nombres tomados de las Escrituras son sinónimos de un solo y mismo Dios. No comprendiéndolo esos enemigos de Dios,

como lo confiesan ellos mismos, se imaginaron ser uno Yao, otro Sabaoth y un tercero, distinto de éste, Adoneo, que las Escrituras dicen Adonai, y otro, en fin, Eloeo, que los profetas dicen, en hebreo, Eloí.

33. Se vuelve sobre el diagrama

Seguidamente expone Celso otros cuentos, en el sentido de que "algunos se transforman en las figuras de los arcontes, de suerte que unos se llaman leones, otros toros, otros dragones, águilas, osos y perros". Por nuestra parte, en el diagrama que poseíamos hallamos también lo que Celso llama la figura cuadrangular y lo que aquellos infelices dicen ante las puertas del paraíso. Allí estaba pintada, como diámetro de un círculo ígneo, una espada fulgurante, como si montara guardia al árbol de la ciencia y de la vida. Ahora bien, Celso o no quiso o no pudo citar los discursos que, según las fábulas de aquellos impíos, dicen en cada puerta los que van a pasar por ellas; nosotros lo hemos hecho, para demostrar a Celso y a los lectores de su escrito que conocemos el fin de esa profana iniciación y la rechazamos como ajena a la reverencia de los cristianos por las cosas divinas.

34. Gran tirada de Celso

Después de alegar todo lo antedicho—y lo que, por el estilo, hemos añadido nosotros—prosigue diciendo Celso: "Y todavía amontonan cosas sobre cosas: discursos de los profetas, y círculos sobre círculos, y emanaciones de una iglesia terrena, y de la circuncisión, y una virtud que fluye de cierta virgen Prúnico, y un alma viviente, y el cielo degollado para que viva, y la tierra degollada por una espada, y muchos degollados para que vivan, y la muerte que cesa en el mundo cuando muera el pecado del mundo, y una bajada, estrecha de nuevo, y puertas que se abren por sí mismas. Y por doquiera es de ver allí el árbol y la resurrección de la carne por el árbol; sin duda, a lo que yo me imagino, porque su maestro fue clavado en un madero y fue carpintero de oficio. Porque, si la suerte hubiera querido que se precipitara desde un despeñadero, o hubiera sido arrojado a una sima, o se hubiera ahorcado con una soga, o hubiera sido zapatero, picapedrero o herrero, tendríamos un despeñadero de la vida sobre los cielos, o una sima de la resurrección, o una cuerda de la inmortalidad, o una piedra bienaventurada, o un hierro del amor, o un cuero santo. Ahora bien, ¿qué vieja de las que

cuentan un cuento para adormecer al niño, no se avergonzaría de canturrearle tales cosas?"

Aquí me parece que mezcla Celso cosas que ha oído y no entendido. Es probable, en efecto, que haya oído frasecillas de cualquier secta de por ahí, y, no habiendo penetrado su sentido, ha amontonado aquí palabras sobre palabras, a fin de demostrar a quienes nada saben, ni de nosotros ni de las sectas, que él sabe, por lo visto, todo lo que atañe a los cristianos (I 12). El pasaje citado nos lo pone de manifiesto.

35. Refutación punto por punto

Porque valernos de los discursos de los profetas es cosa, efectivamente, nuestra, pues por ellos demostramos ser Jesús el Mesías por ellas de antemano anunciado, y por los escritos proféticos comprobamos ser cumplimiento de las profecías lo que acerca de El narran los Evangelios. En cuanto a hablar "de círculos sobre círculos", tal vez sea cosa de la secta susodicha, que encierra en un solo círculo—que dicen ser el alma del universo y leviatán—los siete círculos de los ángeles arcónticos (cf. VI 25 *ubi de decem circulis sermo est).* Pero tal vez sea una mala inteligencia de lo que dice el Eclesiastés: *En círculos girando marcha el viento, y otra vez a sus círculos retorna* (Eccle 1,6).

Lo de "emanación de una Iglesia terrena y de una circuncisión" tal vez fue tomado de lo que algunos dicen sobre que la Iglesia de la tierra es emanación de una Iglesia celeste y de un tiempo mejor, y que la circuncisión prescrita por la ley es símbolo de cierta circuncisión hecha allí en cierta purificación. En cuanto a Prúnico, así llaman los valentinianos a no sabemos qué sabiduría según su extraviada sabiduría, cuyo símbolo quieren sea la mujer que sufrió por doce años flujo de sangre (Mt 9,20-22). Celso, que lo confunde todo: lo de los griegos, lo de los bárbaros y lo de los herejes, no lo entendió, y así habló "de la virtud que fluye de cierta virgen Prúnico".

Lo de "alma viva" tal vez se diga en los misterios de algunos valentinianos, que aplican la expresión al que ellos llaman el demiurgo animal; acaso también se diga por algunos así—y no es innoble dicho—alma viva la del que se salva, para distinguirla del alma muerta (del que no se salva).

De lo que no sé nada es de ese "cielo degollado, ni de la tierra degollada por una espada, ni de muchos degollados para que vivan". Y no sería extraño que Celso se sacara todo eso de su propia cabeza.

36. Orígenes puntualiza

Ahora bien, que la muerte cesará en el mundo tan pronto cese el pecado del mundo, lo pudiéramos decir nosotros para explicar lo que misteriosamente se dice en el Apóstol, y es de este tenor: *Mas cuando hubiere sometido a todos los enemigos bajo sus pies, entonces, como postrer enemigo, será también destruida la muerte* (1 Cor 15,15-26). Y también se dice: *Cuando esto corruptible se vistiere de incorrupción, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Absorbida ha quedado la muerte por la victoria* (1 Cor 15,54). "De una bajada que de nuevo se estrecha", tal vez hablen los que introducen la transmigración de las almas. De "puertas que se abren por sí mismas" no sería improbable hablaran algunos que aludieran y explicaran este texto: *Abridme ya las puertas de justicia; por ellas que haya entrado, le daré al Señor gracias. Esta es la puerta del Señor; por ella | sólo entrarán los justos* (Ps 117,19-20). Y otra vez se dice en el salmo 9: *Sácame de las puertas de la muerte, y así publicaré, junto a las puertas | de la hija de Sión, tus alabanzas* (Ps 9,14-15). Puertas de la muerte dice la palabra divina que son las que llevan a la perdición del pecado, y puertas de Sión, por lo contrario, las buenas obras; y lo mismo las puertas de justicia, que vale tanto como decir las puertas de la virtud, y éstas se abren por sí mismas a los que fervorosamente siguen las acciones virtuosas.

Acerca, empero, del árbol de la vida fuera más oportuno discutir al interpretar lo que atañe al paraíso de Dios, que se describe en el Génesis, plantado por el mismo Dios (Gen 2,9; 3,22.24). Muchas veces hizo ya Celso mofa de la resurrección, que no entendió; y ahora, no contento con lo dicho, afirma que la resurrección de la carne viene de un madero; sin duda, a lo que pienso, por malentender lo que se dice simbólicamente que por un árbol vino la muerte y por un árbol la vida; la muerte por Adán, la vida por Cristo (1 Cor 15,22). Luego se burla del madero, y por dos capítulos lo hace objeto de su risa, diciendo que nosotros lo veneramos o porque nuestro maestro fue clavado en una cruz, o porque fue de oficio carpintero. Pero no vio que del árbol de la vida se escribe ya en los libros de Moisés, ni que, en los evangelios recibidos en las iglesias, no se escribe que Jesús mismo fuera carpintero (cf. Mc 6,3 cum Mt 13,55).

37. Pocos entienden lo que enseña la Iglesia

Imagínase Celso que hemos nosotros inventado el árbol de la vida para entender figuradamente la cruz y, en armonía con ese error suyo, dice que, "si la suerte hubiera querido que fuera precipitado desde un despeñadero, o arrojado a una sima, o que se hubiera ahorcado con una soga", nos hubiéramos inventado un despeñadero de la vida sobre los cielos, una sima de la resurrección o una soga de la inmortalidad". Y luego dice también: "Si por haber sido carpintero se ha inventado el árbol de la vida, fuera lógico que, de haber sido zapatero, se nos hablara de un cuero santo; de haber sido picapedrero, de una piedra bienaventurada; de haber sido herrero, de un hierro de amor". Ahora bien, ¿quién sin más no ve lo vano de la acusación, pues no hace sino insultar a hombres a quienes se había propuesto convertir, como a gentes embaucadas?

Lo que dice seguidamente armonizaría muy bien con los que han fantaseado los arcontes en forma de leones, con cabezas de asnos y cuerpos de dragones, y con quienquiera invente cuentos semejantes; pero no con los creyentes de la Iglesia. A la verdad, aun una vieja borrachuela se avergonzaría de canturrear para adormecer a un niño cuentos como los que inventan los de las cabezas de asno y los discursos, digámoslo así, que han de decirse en cada puerta. Lo que creen, empero, los fieles de la Iglesia no lo sabe Celso, como, por lo demás, son muy pocos los capaces de comprenderlo; aquellos, digo, que, según el mandato de Jesús (Io 5,39), consagran su vida entera a escudriñar las Escrituras, y en el escrutinio del sentido de las sagradas letras ponen más empeño que los filósofos griegos para adquirir una supuesta ciencia.

38. Más sobre el diagrama

Pero no contento el magnífico señor con lo que sacara del diagrama, con el fin de acumular acusaciones contra nosotros, que nada tenemos que ver con tal diagrama, quiso añadir otras cosas, a modo de paréntesis, y las toma de nuevo de aquellos herejes, como si fueran nuestras. Dice, en efecto: "No es la menor de las cosas que están inscritas entre los dos círculos supracelestes de arriba, entre ellas, dos: "Mayor" y "Menor", que entienden del Hijo y del Padre". Efectivamente, en el diagrama hemos hallado el círculo menor y mayor, en cuyo diámetro estaba escrito: *Padre e Hijo*. Y

entre el mayor, dentro del cual estaba el menor, y otro compuesto de dos círculos, el interior amarillo, el exterior azul, hallamos inscrito el diafragma (o valla) en forma de hacha, y encima de él un círculo pequeño, que tocaba al mayor que los primeros y llevaba inscrito *agape* (amor), y más abajo, tocando al círculo, tenía escrito *zoé* (vida). En el segundo círculo, que encerraba y comprendía otros dos círculos y otra figura romboidal, estaba inscrito: *Providencia de la sabiduría,* y dentro de la sección común a los dos: *naturaleza de la sabiduría.* Y encima de la sección común a los dos había un círculo, en que estaba inscrito *gnõsis* (ciencia), y debajo otro, en que estaba inscrito: *sínesis* (inteligencia).

Todo esto hemos insertado también en nuestro razonamiento contra Celso, para demostrar a nuestros lectores que conocemos más a fondo que él—y no de oídas—lo que también nosotros condenamos. Ahora bien, si los que se enorgullecen de estas fantasías profesan también algún embuste mágico, y esto es para ellos la cifra y trasunto de la sabiduría, es cosa que nosotros no afirmamos, pues es punto que no hemos averiguado. Celso, que muchas veces ha quedado convicto de falsos testimonios y acusaciones sin razón, sabrá si también en esto miente o ha tomado todo eso de gentes extrañas y ajenas a nuestra fe y lo ha insertado en su escrito.

39. Mitología comparada

Luego, contra los que "ejercen cierta magia y hechicería e invocan con nombres bárbaros a ciertos démones" dice que "obran de modo semejante a los que, sobre los mismos démones, parecen hacer prodigios ante gentes que ignoran ser unos los nombres de ellos entre los griegos y otros entre los escitas". Luego, tomándolo de Heródoto (IV 59), explica que "Apolo se llama Gorgosiro entre los escitas; Posidón, Tagimasada; Afrodita, Argimpasa, y Hestia, Tabito". Compruebe quien pueda si también en esto no miente Celso a par de Heródoto, pues los escitas no saben una palabra de que los griegos supongan las mismas cosas que ellos acerca de los que tienen por dioses. Porque ¿qué prueba hay de que Apolo se llame Gorgosiro entre los escitas? Yo no pienso que, vertido al griego, Gorgosiro tenga la misma etimología que Apolo, o que Apolo, traducido a la lengua escita, quiera decir Gorgosiro. Y así tampoco se atribuirá la misma significación a otros nombres, pues los griegos partieron de unos hechos y significaciones para dar nombre a los que tenían por dioses, y de otros los escitas; de otros, por el mismo caso, los persas, los indios, etíopes

o libios; o como quisieron llamar a Dios cada uno de los pueblos que no mantuvieron la primigenia y pura concepción del Creador del universo. Pero de esto hemos dicho bastante anteriormente (I 24; V 45), cuando quisimos demostrar que tampoco era lo mismo Sabaoth que Zeus y alegamos de las divinas letras algo sobre las lenguas. Pasamos, pues, de buena gana por alto estos puntos, sobre los que nos obliga Celso a la repetición.

Luego hace un revoltijo de cosas de magia, que acaso no pueda aplicar a nadie, pues no hay quienes practiquen la magia so pretexto de hacer un acto de religión de este tipo, o tal vez lo aplique a los que se valen de estos medios con los bobalicones, para hacerles ver que pueden hacer algo por virtud divina; como quiera, he aquí sus palabras: ¿"Qué necesidad hay de enumerar los que han enseñado purificaciones, o himnos de expiación, o fórmulas apotropaicas, o ruidos o configuraciones demónicas de vestidos, o de números o de piedras, o plantas, y de todo género de remedios de males?" Mas la buena razón no pide que nos defendamos de nada de eso, pues de todo ello no nos toca la más leve sospecha.

40. Calumnia exorbitante

Después de esto, paréceme que Celso hace algo semejante a quienes, llevados de su odio profundo a los cristianos, afirman delante de quienes no los conocen haber sorprendido ellos de hecho a los cristianos comiendo carnes de niños y uniéndose al puro azar con las mujeres de entre ellos (cf. VI 27). Estos dichos son ya reconocidos aun por el común de las gentes, hasta por gentes de todo en todo ajenas a nuestra religión, como calumnias contra los cristianos. Pues, por modo semejante, pudiera verse que habla Celso con intención calumniosa cuando dice "haber visto en manos de muchos ancianos que son de nuestra opinión, libros con nombres bárbaros de démones y fórmulas mágicas". Y añade que "estos (los ancianos, naturalmente, de nuestra opinión) nada bueno prometen, sino todo para daño de los hombres". ¡Ojalá todo lo que dice Celso contra los cristianos fueran enormidades como ésa! El vulgo mismo las rebatiría, pues saben por experiencia ser falsas, por haber convivido con la mayoría de los cristianos y no haber oído jamás nada semejante sobre ellos.

41. Sobre la fuerza de la magia

Seguidamente, como si se hubiera olvidado que su objeto era escribir contra los cristianos, dice que un tal Dionisio, músico egipcio con quien él trató, le dijo sobre la magia que "ésta tiene poder sobre los incultos y de costumbres corrompidas; pero que nada puede contra los que profesan la filosofía como quienes se han prevenido con un sano régimen de vida". Ahora bien, si nuestro objeto fuera ahora discutir el tema de la magia, añadiríamos algo a lo que antes (II 51; IV 33; VI 32) hemos dicho sobre el mismo. Mas, como tenemos que alegar lo que convenga mejor para refutar la obra de Celso, sólo diremos acerca de la magia que quien quiera comprobar si pueden o no convencerse los filósofos por ella, lea lo que escribió Merágenes en los *Recuerdos de Apolonio de Tiana*, mago y filósofo; ahí dice, no un cristiano, sino un filósofo, que filósofos no vulgares que acudieron a él como a un charlatán, quedaron convencidos por la magia de Apolonio. Entre ellos, si no recuerdo mal, habla del famoso Eufrates y de un epicúreo. Mas lo que nosotros afirmamos—y lo sabemos por experiencia—es que quienes, por medio de Jesús, dan culto al Dios del universo y viven conforme a su Evangelio, y noche y día hacen uso con fervor y reverencia de las oraciones que tienen prescritas, éstos, decimos, no son atacables ni por la magia ni por los démones. Y es así que, con toda verdad,

el ángel de Señor su campo pone
en derredor de aquellos que lo temen, y El los salva.

(Ps 33,8.)

Y los ángeles de los que son pequeños en la Iglesia, ordenados que están para guardarlos, se dice que están contemplando en todo momento la faz del Padre del cielo (Mt 18,10), sea lo que fuere eso de la faz y del contemplar.

42. El diablo, ¿rival de Dios?

Seguidamente, Celso nos ataca desde otro lado diciendo: "Cometen además los más impíos errores, que proceden igualmente de la suma ignorancia que sufren acerca de los divinos enigmas, al oponer a Dios una especie de rival, al que llaman diablo y, en lengua hebrea, satanás. Ahora bien, eso son ideas mortales y no es ni piadoso decir que el Dios máximo, nada menos, cuando quiere hacer algún bien a los hombres, tenga quien se le oponga y lo reduzca a la impoten-

cia (cf. VIII 11; PLAT., *Politicus* 270a). El Hijo de Dios, pues, es vencido por el diablo y, atormentado por él, nos enseña también a nosotros a despreciar sus tormentos, anunciando de antemano que satanás mismo aparecerá igualmente y llevará a cabo grandes y maravillosas obras, arrogándose la gloria de Dios. No hay, sin embargo, que dejarse engañar por ellas [21], y apartarse de Jesús, sino creerle a El solo. Treta, por cierto, patentemente de un charlatán que toma sus medidas y se precave contra quienes puedan pensar contra él y llevarse en su lugar la ganancia" (cf. II 38.45.47.73; sobre la ganancia I 9; II 55).

Luego, queriendo explicar los enigmas de cuya mala inteligencia salió nuestra doctrina sobre satanás, dice: "De cierta guerra divina nos hablan misteriosamente los antiguos, como Heráclito cuando dice: "Es de saber que la guerra es universal, y la justicia contienda, y todo se produce por contienda y necesidad" (fragm.80, Diels). Y Ferecides, que fue mucho más antiguo que Heráclito, presenta el mito de los ejércitos enfrentados, y da por capitán del uno a Crono y del otro a Ofione, contándonos sus retos y combates, y las condiciones entre ellos establecidas, a saber, que cualquiera de los dos que cayera al Ogeno (= Océano) se diera por vencido, y el que lo arrojó y venció fuera dueño del cielo". Este sentido dice Celso que "tienen también los misterios sobre los titanes y gigantes, de los que se cuenta haber trabado combate con los dioses; y los de los egipcios, que hablan de Tifón, Horus y Osiris".

Después de exponer todo eso sin habernos explicado de qué modo y manera contiene todo aquello un sentido superior y lo otro son sólo malas inteligencias de lo mismo, se desata en injurias contra nosotros diciendo "no poderse comparar aquello con lo que se dice de un diablo, que sería un demon, o (aquí se acercan algo más a la verdad) un charlatán que piensa de modo distinto". Así entiende también a Homero, que en las palabras que pone en boca de Hefesto hablando con Hera, aludiría misteriosamente a cosas semejantes a las de Heráclito y Ferecides y a los que introducen los misterios de titanes y gigantes. Dice así:

> "Porque ya otrora a mí, que, enardecido,
> me disponía a defenderte, del pie asido,
> precipitóme del umbral celeste".
>
> (*Ilíada*, 1,590-91.)

[21] περὶ M: πάρα K. tr.

Y lo mismo cuando Zeus le dice a Hera:

"¿No recuerdas / cuando yo te colgué del alto cielo,
y a los pies te pusiera sendos yunques, y en las manos
esposas irrompibles de oro puro,
y allá tú te quedaste,
suspendida en el éter y en las nubes?
Los dioses del Olimpo se irritaron,
pero nadie, llegándose a tu lado,
fue capaz de soltarte,
y al que yo en el intento sorprendía, lo agarraba,
y, del celeste umbral precipitado,
en la tierra paraba medio exánime".

(*Ilíada*, 15,18-24.)

Y comentando los versos homéricos dice que "toda esa arenga de Zeus a Hera son palabras que dice Dios a la materia; y estas palabras a la materia dan misteriosamente a entender que, estando ésta al principio desordenada, Dios la ordenó, trabándola y adornándola con ciertas proporciones; y de los démones, que rondaban en torno a ella, a cuantos fueron insolentes, los precipitó camino de nuestro mundo". Así dice Celso haber entendido Ferecides estos versos de Homero, por lo que dijo: "Debajo de aquella región está la región del Tártaro, a la que guardan las hijas del Bóreas, las Harpías y Thiella adonde Zeus arroja al dios que se insolente". Ideas semejantes dice expresar "el peplo o manto de Atenea, que todo el mundo contempla en la procesión de las Panateneas. Por él se pone, en efecto, ante los ojos, dice, que una diosa sin madre y sin mancha domina a los audaces hijos de la tierra".

Después de aceptar las fantasías de los griegos, epiloga así acusando nuestra doctrina: "Que [22] el Hijo de Dios sea atormentado por el diablo nos enseña también a nosotros a permanecer firmes cuando seamos por él atormentados. También esto es de todo punto [23] ridículo. Lo que en mi opinión debiera hacer es castigar al diablo mismo y no amenazar a los hombres atacados por él".

43. Pasajes bíblicos sobre el diablo

Pues veamos ahora si quien nos echa en cara que cometemos los más impíos errores y nos desviamos de los divinos enigmas, no cae él mismo en patente error, pues no ha com-

[22] Βουληθέντας M: Βουκοληθέντας Wifstrand.
[23] θεοῦ υἱόν M: τὸ θεοῦ υἱόν We., K. tr.

prendido que los escritos de Moisés, mucho más antiguos no sólo que Heráclito y Ferecides, sino que el mismo Homero (IV 21), hablan ya de este maligno, que cayó del cielo. Y es así que la serpiente (Gen 3,lss), de donde procedió el Ofioneo de Ferecides, causa que fue de la expulsión del hombre del paraíso divino, algo de eso da misteriosamente a entender, al engañar por la promesa de la divinidad y de cosas más altas al sexo femenino, al que se nos cuenta haber seguido también el varón. Y el exterminador de que habla Moisés en el Exodo (12,23), ¿qué otro puede ser sino el que es causa del exterminio o perdición de quienes le obedecen y no combaten y resisten a su maldad? Ni era tampoco otro el macho cabrío emisario del Levítico (16,8.10), al que llama el texto hebreo Azazel; la persona a quien le tocaba en suerte, tenía que echarlo al desierto para preservación de mal. Porque todos los que por la maldad son de la parte del maligno, por ser contrarios a los que pertenecen a la herencia de Dios, son desiertos de Dios. Y los hijos de Belial del libro de los Jueces (19,22; 20,13), ¿de quién sino de éste se dicen ser hijos por su maldad? Aparte todos estos pasajes, en Job, que es más antiguo que el mismo Moisés, se escribe cómo el diablo se presenta a Dios y pide poder contra Job para dejar caer sobre él las más graves tribulaciones: primero, la pérdida de todos sus bienes y de sus hijos, luego cubrirle todo el cuerpo con la enfermedad que se llama elefantíasis (Iob 1,6-2,7). Y paso por alto lo que dice el Evangelio sobre el diablo que tienta al Salvador (Mt 4,1-11 *cum par.)*, por que no parezca que saco la prueba contra Celso de libros más recientes. Y a lo último de la historia de Job, cuando el Señor habla desde la tormenta y las nubes lo que está escrito en el libro que lleva su nombre, pueden tomarse no pocas cosas que se refieren al dragón (Iob 40,1.20). Y nada digo de los pasajes de Ezequiel que parecen hablar del faraón, y de Nabucodonosor o del principe de Tiro (Ez 26-32), ni de los de Isaías en que se entona una lamentación sobre el rey de Babilonia (Is 14,4ss), por los que no poco puede aprenderse acerca del principio y génesis que tuvo la maldad, que se produjo por haber perdido algunos sus alas (cf. PLAT., *Phaidr.* 246bc y *supra* IV 40) y haber otros seguido al primero que las perdió.

44. Doble concepto de satanás

No es, en efecto, posible que el bien accidental y por añadidura sea igual a lo que es substancialmente bueno. Este bien, no hay peligro de que falte nunca al que toma, digá-

moslo así, el pan vivo para su conservación; y, si a alguno le falta, fáltale por su culpa, por haber sido negligente en participar del pan vivo y de la bebida verdadera (Io 6,51). Así alimentada y regada, se apresta el ala, según dice también el sapientísimo Salomón hablando del verdadero rico: *Se preparó para sí mismo alas como de águila, y vuelve a la casa de su señor* (Prov 23,5).

Era menester, en efecto, que Dios, que sabe aprovecharse para fin conveniente hasta de quienes por su maldad se han apartado de El, colocara en alguna parte del universo a los así malos y estableciera una palestra de la virtud para los que quisieran luchar según ley (2 Tim 2,5) a fin de recuperarla. Su fin era que, probados allí por la maldad de la tierra, como otro en el fuego, y habiendo hecho todo lo posible por que nada impuro entrara en su naturaleza racional, aparecieran dignos de remontarse a lo divino y fueran levantados por el Logos hasta la más alta bienaventuranza y, si puedo darle este nombre, a la cima más alta del bien.

En cuanto al nombre que suena en hebreo satán y más helénicamente es pronunciado por algunos satanás (Lc 10,18; 2 Thess 2,4), significa, trasladado al griego, "adversario" *(antikeimenos).* Y es así que todo el que se abraza con la maldad y vive conforme a ella, al obrar contra la virtud, es un satanás, es decir, adversario del Hijo de Dios, que es justicia, verdad y sabiduría. Pero, más propiamente, adversario es el primero de todos los que, viviendo en paz y bienaventuranza, perdió las alas y cayó de la bienaventuranza; el que, según Ezequiel (28,15), *caminaba intachable en todos sus caminos hasta que se halló en él iniquidad.* Y siendo sello de semejanza y corona de belleza en el paraíso de Dios, como si estuviera ahito de bienes, paró en perdición, como se dice de él misteriosamente: *Te has hecho perdición y no subsistirás para siempre* (28,19).

Ahora bien, al confiar a este escrito estos breves puntos, no sin audacia y exponiéndonos a peligro, tal vez no hemos dicho nada que valga la pena. Mas si alguno, con tiempo para examinar las Sagradas Escrituras, junta en un cuerpo lo que dicen por dondequiera acerca de la maldad, cómo nació primeramente y de qué modo se destruye, verá que ni Celso ni ninguno de aquellos cuya alma arrastró este maligno demon y la apartó de Dios y de la recta concepción de Dios y de su Verbo, entendió ni por sueños lo que quisieron decir Moisés y los profetas acerca de satanás.

45. Cristo, cima del bien; el anticristo, cima del mal

Mas como Celso pone también sus objeciones a nuestra doctrina sobre el que se llama anticristo, sin haber leído lo que sobre él se dice en Daniel (8,23ss; 11,36) ni en Pablo (2 Thess 2,3-4), ni lo que el Salvador mismo profetiza en el Evangelio acerca de su venida (Mt 24,27; Lc 17,24), vamos a decir también algo sobre este tema. Como son distintos unos de otros los rostros de los hombres, así también lo son los corazones (Prov 27,19). Es, pues, evidente que hay diferencias en los corazones de los hombres, tanto de los que se inclinan al bien, pues no todos se han moldeado y formado igualmente para él, como de los que, por negligencia de lo bueno, se arrojan a lo contrario. Y aun en estos mismos, hay en unos como un torrente de mal, en otros menos. ¿Qué absurdo hay, pues, en suponer hay en los hombres dos cimas, digámoslo así, una de bondad y otra de lo contrario, de suerte que la cima de bondad se halle en el hombre que se entendía en Jesús (cf. II 25), del que fluyó al género humano tan gran conversión y curación y mejoramiento, y la de lo contrario en el que se llama anticristo? Ahora bien, Dios, que en su presciencia comprende todas las cosas, viendo estas opuestas cimas, quiso dárselas a conocer a los hombres por medio de los profetas, a fin de que los que entendieran sus palabras se adhirieran a lo mejor y se guardaran de lo contrario. Ahora bien, era menester que una de las cimas, la mejor, se llamara, por su excelencia, hijo de Dios, y la contraria diametralmente a ésta, hijo del demon maligno, de satanás y del diablo. Además, como lo malo se nota estar sobre todo en la profusión de la maldad y alcanzar la cima de ella precisamente cuando finge lo bueno [24], de ahí es que en el malo, por la cooperación de su padre el diablo, se den signos y prodigios y milagros de mentira (2 Thess 2,9). Porque muy superior a las ayudas que los démones malignos prestan a los hechiceros para engañar a los hombres y hacerles cometer las peores acciones, es la ayuda del diablo mismo para seducir al género humano. Ahora bien, de este que se llama anticristo habla Pablo, enseñando y determinando con alguna oscuridad cuándo y de qué manera y por qué causa aparecerá en el género humano. Y es de ver si lo que Pablo expone no es cosa sacratísima y que no merece la más mínima burla.

[24] πάντῃ M: πάντα Schmidt (*Gnomon* 3 [1927] p.121). Mi versión sigue a M. sobre la idea, cf. II 38.45.73.

46. El anticristo en Pablo y Daniel

Dice así: *Os rogamos, hermanos, acerca del advenimiento de nuestro Señor Jesucristo y de nuestra reunión con El, no os dejéis conmover de vuestro sentir ni os alborotéis por palabra, ni por espíritu, ni por supuesta carta nuestra en el sentido de que ha llegado ya el día del Señor. Que nadie os engañe por ningún modo; porque si antes no viniere la apostasía y se revelare el hombre del pecado, el hijo de la perdición, el adversario y que se exalta sobre todo lo que se llama Dios o cosa sagrada, de suerte que se asiente en el templo de Dios y se dé a sí mismo por Dios... ¿No recordáis que estas cosas os decía, cuando estaba aún entre vosotros? Y ahora sabéis lo que lo retiene, a fin de que se revele en su momento. Y es así que ya está operando el misterio de la iniquidad; sólo que el que ahora retiene sea quitado de en medio, y entonces se revelará el inicuo, a quien el Señor matará con el aliento de su boca, y destruirá con el resplandor de su advenimiento; a aquel, cuyo advenimiento es, según la operación de satanás, en todo poder y signos y prodigios de mentira, y en todo engaño de iniquidad para los que perecen, por no haber abrazado el amor de la verdad para salvarse. Y por eso Dios les enviará una fuerza de error, para que crean en la mentira, y así sean juzgados todos lo que no creyeron en la verdad, sino que se complacieron en la iniquidad* (2 Thess 2,1-12).

Comentar cada uno de estos puntos no dice con el tema presente; pero hay en Daniel (c.7) una profecía sobre el mismo anticristo, capaz de inspirar al lector prudente e inteligente admiración de las palabras verdaderamente divinas y proféticas, en que se habla acerca de los reinos por venir, comenzando por los tiempos de Daniel hasta la destrucción del mundo. El que tenga gusto, puede leerla; sin embargo, he aquí el pasaje que se refiere al anticristo: *Y al término del reinado de éstos, cuando llegaren a su colmo los pecados, se levantará un rey de cara desvergonzada, y entendedor de astucias, y de mano fuerte, que destruirá cosas maravillosas, y prosperará y hará lo que bien le viniere, y destruirá a fuertes y a un pueblo santo. Y prosperará el yugo de su collar, la astucia estará en su mano y se exaltará en su corazón. Y por astucia destruirá a muchos, y sobre la perdición de muchos se sostendrá y los aplastará como huevos con la mano* (Dan 8,23-25). En cuanto a lo que se dice en Pablo en el texto citado: *De suerte que se asiente en el templo de Dios y se dé a sí mismo como Dios*

(2 Thess 2,4), se dice también en Daniel con estas palabras: *Y sobre el templo abominación de desolaciones, y hasta la consumación del tiempo se dará consumación de desolación* (Dan 9,27).

He ahí lo que me ha parecido razonable alegar de entre otros muchos textos, a fin de que el lector pueda entender siquiera un poco de lo que los discursos divinos enseñan sobre el diablo y el anticristo. Contentémonos con esto y pasemos a otro texto de Celso, contra el que combatiremos según nuestras fuerzas.

47. El mundo, ¿hijo de Dios?

Así, pues, tras lo expuesto, prosigue Celso: "Por lo demás, intentaré explicar cómo les vino a la cabeza la idea misma de llamarlo (a Jesús) Hijo de Dios. Hombres antiguos, por ser este mundo obra de Dios, lo llamaron hijo de Dios y semidiós [25]. ¡Y en verdad que este mundo y él son hijos semejantes de Dios!" Piensa, pues, Celso que llamamos a Jesús Hijo de Dios, tergiversando lo que se dice del mundo, como hechura que es de Dios, hijo suyo y dios. Y es que no fue capaz de ver, atendiendo a los tiempos de Moisés y de los profetas, que, antes de los griegos y antes de esos que llama Celso hombres antiguos, los profetas de los judíos profetizaron que hay en absoluto un Hijo de Dios. Tampoco quiso citar lo que dice Platón en sus cartas, de que nosotros hicimos mención antes (VI 8), acerca del que ordenó todo este universo, al que tiene él por Hijo de Dios. Así evitaba que Platón, a quien exalta muchas veces, le obligara a aceptar que el artífice de todo este universo es hijo de Dios, y el Dios primero y sobre todas las cosas, padre suyo.

Por lo demás, nada tiene de extraño que afirmemos estar el alma de Jesús hecha una sola cosa con tan grande Hijo de Dios y que ya no se separa de El, por la más alta participación del mismo; pues las divinas palabras de las sagradas letras conocen otras cosas que son dos por su naturaleza, pero que se consideran—y son—una sola entre sí. Así, del hombre y de la mujer se dice: *Ya no son dos, sino una sola carne* (Gen 2,24; Mt 19,6). Y a propósito del hombre perfecto, que se adhiere al verdadero Señor, que es Verbo, sabiduría y verdad, se dice: *El que se adhiere al Señor es un solo espíritu con El* (1 Cor 6,17). Ahora bien, si el que se adhiere al Señor es un solo espíritu con El, ¿quién está más adherido

[25] Doctrina platónica: "El extremo de la injusticia es parecer ser justo sin serlo" (*Pol.* 361a).

o en grado igual que el alma de Jesús con el Señor, que es el Verbo en sí, la sabiduría, la verdad y la justicia en sí? Siendo esto así, no son dos cosas separadas el alma de Jesús y el primogénito de toda la creación (Col 1,15), el Logos Dios.

48. La Iglesia, cuerpo de Cristo

Por otra parte, cuando los filósofos de la Stoa afirman ser la misma la virtud del hombre y la de Dios y sacan la conclusión de que el Dios supremo no es más feliz que el sabio humano que ellos imaginan, sino que la felicidad de ambos es la misma (cf. IV 29), Celso no se ríe ni pone en solfa esta tesis [26]; mas cuando la palabra divina dice que el perfecto se adhiere por la virtud y se hace una sola cosa con el Logos en sí, de modo que, procediendo nosotros según ese principio, decimos que el alma de Jesús no se separa del Primogénito de toda la creación, se ríe Celso de que Jesús sea llamado Hijo de Dios, porque no ve lo que de El se dice, oculta y misteriosamente, en las divinas Escrituras.

Mas para llevar a la aceptación de lo dicho a quien quiera seguir la ilación de la doctrina y así aprovecharse, digamos lo siguiente: Las divinas letras dicen que la Iglesia entera de Dios es el cuerpo de Cristo, animado por el Hijo de Dios, y miembros de este cuerpo, que hay que mirar como un todo, son los creyentes, cualesquiera que fueren. Y es así que, como el alma vivifica y mueve al cuerpo, el cual, por naturaleza, no puede moverse por sí mismo de manera viva, así el Logos, moviendo y activando hacia el cumplimiento de sus deberes al cuerpo entero, que es la Iglesia, mueve a cada uno de los miembros de ella, que no hacen [27] nada fuera del Logos. Ahora bien, si este razonamiento, no desdeñable, tiene lógica, ¿qué dificultad hay que el alma de Jesús, y simplemente Jesús, por la suma e insuperable comunión con el Verbo mismo, no se separen del Unigénito y Primogénito de toda la cración, ni sean ya distintos [28] de El? Mas baste esto sobre este punto.

[26] ἠίθεον M: ἡμίθεον K. tr., Schmidt, Bader; la lección era ya conocida de Delarue: "alii ἡμίθεον".

[27] Esta tesis está bien expresada en Séneca: "¿En qué sobrepasa Júpiter al hombre bueno? ¡En que es bueno por más tiempo! El sabio no se estima en menos porque sus virtudes estén encerradas en menor espacio... Asi, Dios no vence al sabio en felicidad, aunque lo vence en edad" (*Epist.* LXXIII 15). ¡Fanfarronada! Pero ¿no es fanfarronada toda la filosofía estoica? Aquel dicho horaciano, que de chicos nos parecía ejemplar de sublimidad, nos suena ahora a fanfarronería: *Si fractus inlabatur orbis impavidum ferient ruinae* (*Carm.* III 3): "Si el mundo en mil pedazos cae roto, le aplastarán impávido sus ruinas". Por eso, a despecho de superficiales semejanzas, nada hay más antitético que estoicismo y cristianismo.

[28] πράττοντα M: προττόντων We.

49. La cosmogonía mosaica

Pues veamos lo que sigue, y es que, con rotunda afirmación, sin aducir prueba alguna probable, condena la cosmogonía de Moisés con esta sola frase: "Además, su cosmogonía es muy simple". Ahora bien, si hubiera dicho en qué le parecía ser simple y hubiera alegado algún argumento para probarlo, hubiéramos tratado de impugnarlos; pero no me parece razonable demostrar, contra su afirmación, de qué modo no es simple.

Mas si alguno quiere ver despacio las razones que tenemos expuestas con patente demostración acerca de la cosmogonía de Moisés, eche mano de nuestros estudios sobre el Génesis desde el comienzo del libro hasta donde dice: *Este es el libro de la creación del hombre* (Gen 5,1). En ellos tratamos de demostrar por las mismas letras divinas qué es el cielo hecho al principio, y la tierra, y lo invisible e informe de la tierra; qué el abismo y las tinieblas que lo cubrían; qué el agua y el espíritu de Dios que se cernía sobre ella; qué la luz creada, qué el firmamento distinto del cielo hecho al principio, etc. (Gen 1,1ss).

También afirmó ser muy simple lo que se escribe acerca de la creación del hombre, sin alegar los textos ni impugnarlos; y es que, a lo que pienso, no disponía de razones capaces de refutar que el hombre fue hecho a semejanza de Dios (Gen 1,27). Mas tampoco entendió el paraíso plantado por Dios, ni la vida principal que en él llevaba el hombre, ni la que luego nació de la necesidad al ser arrojado de allí por su pecado y establecerse enfrente del paraíso de delicias. El que afirma que todo esto está dicho muy simplemente, entienda primero cada punto, y éste señaladamente: *Ordenó a los querubines y la espada de fuego, que se blande sola, para guardar el camino del árbol de la vida* (Gen 3,23s); a no ser que, por lo visto, Moisés escribiera todo eso sin pensar en nada, imitando a los poetas de la comedia antigua que por burla escribieron: "Preto se casó con Belerofonte" (cf. Th. Kock, *Att. Com.* fragm. p.406 fragm. 42), y el Pegaso procedía de la Arcadia. Pero los cómicos pegaron esas cosas para hacer reír; no es, empero, probable que quien dejó a un pueblo entero escrituras, sobre las que quería persuadir a los que las recibían como ley que estaban inspiradas por Dios, escribiera cosas absurdas y dejara sin sentido alguno que "or-

[29] ἕτερον ἔτι M: ἑτερόν τι We. Puede, sin embargo, mantenerse la lección de M.

denó (Dios) a los querubines y la espada de fuego, que se blande por sí misma, para guardar el camino de paraíso". Y dígase lo mismo acerca de lo demás sobre la creación del hombre, sobre la que filosofan los sabios hebreos.

50. Dificultades en la cosmogonía mosaica

Seguidamente, después de amontonar, por meras afirmaciones, las diferentes sentencias de los antiguos acerca del origen del mundo y de los hombres, dice que "Moisés y los profetas, que nos dejaron nuestros libros, por no saber cuál es la naturaleza del mundo y de los hombres, sólo compusieron puras tonterías". Ahora bien, si nos hubiera dicho la razón por que las divinas letras son pura tontería, nosotros probaríamos de refutar los argumentos que a él le parecen probables para demostrar que se trata de puras tonterías. Al no hacerlo, vamos nosotros a imitarlo y reírnos, afirmando que, por no haber sabido Celso, ni por semejas, cuál es la naturaleza de la mente ni de la razón que hay en los profetas, compuso un montón de puras tonterías, que tuvo la arrogancia de titular *Discurso de la verdad.*

Mas, como si fuera cosa que ha entendido clara y puntualmente, presenta Celso la objeción contra lo que se dice en la cosmogonía sobre los días, de los que unos pasaron antes de la creación de la luz y del cielo, del sol, de la luna y las estrellas, y otros después de su creación (cf. VI 60). Sobre esto notaremos sólo un punto para responderle: ¿Es que Moisés se olvidó de que había antes dicho: *En seis días fue acabada la obra del mundo* (Gen 1,31), y, por haberlo olvidado, añadió: *Este es el libro de la creación de los hombres, el día que hizo Dios el cielo y la tierra?* (Gen 2,4). Pero no hay probabilidad alguna de que, por no pensar en nada, después de lo dicho sobre los seis días, dijera lo de *el día que hizo Dios el cielo y la tierra.* Mas si alguno piensa que eso puede referirse al texto: *Al principio hizo Dios el cielo y la tierra* (Gen 1,1), sepa que, antes de las palabras: *Hágase la luz, y fue hecha la luz;* y las de: *Llamó Dios a la luz día,* se dice lo de que *al principio hizo Dios el cielo y la tierra.*

[50] De estos comentarios sobre el Génesis (cf. HIERON., *Epist.* XXXVI 9; RUFIN., *Apol. adv. Hier.* II 20, y EUS., *HE* VI 24,2) sólo se han salvado fragmentos.

51. Ultimas observaciones sobre la cosmogonía mosaica

Ahora bien, no es nuestro propósito exponer la doctrina acerca de los seres inteligibles y sensibles, y de qué modo las naturalezas de los días están distribuidos entre ambas especies, ni tampoco discutir estos pasajes. Explicar la cosmogonía de Moisés nos exigiría tratados enteros, cosa que ya hemos hecho mucho tiempo antes de componer el presente tratado contra Celso. Según la capacidad de que hace muchos años disponíamos, discutimos sobre los seis días de la cosmogonía de Moisés [31]. Es de saber, sin embargo, que la palabra divina promete, por boca de Isaías, a los justos que, en la restauración, habrá días en que *su luz eterna no será el sol, sino el Señor mismo, y Dios la gloria de ellos* (Is 60,19). Por lo demás, malentendiendo alguna perversa secta que explica torcidamente lo de *hágase la luz,* como dicho en son de ruego por el Creador, dice Celso: "Porque, a la verdad, el Creador no se valió de la luz de arriba, como los que encienden sus lámparas con las de sus vecinos". Y entendiendo también mal alguna otra secta impía, dijo estotro: "Mas si había otro Dios maldito (VI 27) contrario al Dios grande, y hacía todo esto contra la intención de éste, ¿cómo es que le procuró la luz?" Por nuestra parte estamos tan lejos de defender eso, que estamos dispuestos a condenar con más energía a quienes así extraviadamente piensan y rebatir no lo que ignoramos de ellos, como Celso, sino lo que conocemos puntualmente, parte por habérselo oído [32] a ellos mismos, parte porque hemos leído despacio sus escritos.

52. Aberraciones varias sobre Dios

Después de esto dice Celso: "Por mi parte, nada voy a decir ahora acerca del origen y destrucción del mundo, ni si es increado e indestructible o creado e indestructible, o a la inversa". Por el mismo caso, tampoco nosotros diremos ahora nada acerca de esos puntos, pues no lo pide el tema que llevamos entre manos. Mas tampoco afirmamos que "el espíritu del Dios sumo viniera a los hombres como a extraños", según el texto: *El espíritu de Dios se cernía por encima del agua* (Gen 1,2). Como tampoco afirmamos "haber sido tramadas algunas cosas por otro creador, distinto del

[31] δείξεις M: λέξεις We.
[32] El *Comentario* de Orígenes *sobre el Génesis* (cf. IV 37; VI 49) fue escrito dieciocho años antes que el *Contra Celsum.*

Dios grande, contra el espíritu de éste, consintiéndolo el Dios superior, cuando era menester fueran destruidos". Por eso váyanse en paz los que tales cosas dicen, lo mismo que Celso, que no los condenó adecuadamente; porque su deber era no mentar en absoluto tales aberraciones o, según le pareciera más humano, exponerlas cuidadosamente, para refutar luego lo que estuviera impíamente dicho. Ni tampoco hemos jamás oído que "el gran Dios diera su espíritu al demiurgo y luego se lo reclamara". Y después de tan impías palabras [33], dice con tonta crítica: "¿Qué Dios hay que dé algo con intención de reclamarlo? Reclamar es de quien está necesitado, y Dios no necesita de nada". Y como quien dice algo ingenioso contra no sabemos quiénes, añade: "¿Cómo es que, al prestar, no cayó en la cuenta que prestaba a un maligno?" Y dice también: "¿Por qué consiente que el creador malo maniobre contra El?"

53. ¡Celso contra Marción!

Luego, confundiendo, a mi parecer, sectas con sectas y sin indicar que unas doctrinas pertenecen a una y otras a otra, presenta las dificultades que nosotros oponemos a Marción; y tal vez las haya entendido mal de algunos que condenan la doctrina con argumentos sin valor y vulgares, y, desde luego, con no sobrada inteligencia. Como quiera que sea, Celso expone lo que se objeta contra Marción, sin indicar que contra él habla, y dice así: "¿Por qué envía a escondidas y destruye las criaturas de éste? ¿Por qué irrumpe ocultamente y soborna y extravía? ¿Por qué a los que éste condena o maldice, como decís, El los atrae y se los lleva como si fuera un ladrón de esclavos? ¿Por qué enseña a escaparse del propio dueño y a huir del padre? ¿Por qué los adopta El mismo sin consentimiento del padre?" Y a esto añade como en tono de admiración: "¡Magnífico Dios que quiere ser padre de los pecadores que otro condena, de desheredados y, como vosotros decís, de la basura! (Phil 3,8). ¡Y al que envió para que los atrajera [34], no fue capaz de vengarlo cuando fue prendido!"

Luego, como si arguyera contra nosotros, que confesamos no ser este mundo obra de un Dios ajeno y extraño, dice así: "Pues si éstas son obras suyas, ¿cómo es que Dios hizo cosas malas? ¿Cómo es incapaz de persuadir y amonestar? ¿Cómo se arrepiente cuando los hombres se tornan ingratos y mal-

[33] ἀκολουθήσαντες M: ἀκούσαντες Bo., Guiet.
[34] ἀσεβέσι M: τοιούτσις ἀσεβέσι K. tr.

vados (Gen 6,67) y censura su propio arte, y aborrece y amenaza y destruye sus propios vástagos? ¿Y adónde los saca de este mundo, que El mismo hizo?"

Paréceme que también aquí, por no haber aclarado bien cuáles son los males—y a fe que entre los griegos hay diferencias de opiniones sobre el bien y el mal—, se precipita a concluir que, según nosotros, por el hecho de afirmar que también este mundo es obra de Dios, Dios es hacedor del mal. Ahora bien, sea lo que fuere la cuestión del mal, sea Dios quien lo ha hecho o no, sino que sucede como accidente de lo principal; lo que yo admiro es que lo que Celso piensa seguirse de nuestra afirmación de que este mundo es también obra de Dios sumo, a saber, que Dios es autor del mal, se sigue también de lo que él mismo dice. Efectivamente, también a Celso se le puede preguntar: "Si esto es obra suya, ¿cómo es que Dios hizo cosas malas? ¿Cómo es incapaz de persuadir y amonestar?" El peor mal que puede darse en los razonamientos, cuando alguien acusa a otros que no piensan como él de doctrinas que reputa por insanas, es ser él mismo mucho más atacable por las propias doctrinas.

54. El bien y el mal según la Escritura

Veamos, pues, nosotros brevemente qué haya de tenerse por bien o mal según las Escrituras, y qué hayamos de responder a las preguntas de Celso: "¿Cómo es que Dios hizo cosas malas? ¿Cómo es incapaz de persuadir o amonestar?" Ahora bien, propiamente hablando, según las divinas Escrituras, bienes son las virtudes y las acciones conforme a la virtud; como, propiamente hablando, males son lo contrario. De momento nos contentaremos con las palabras del salmo 33, que lo demuestran así: ... *Mas los que buscan al Señor, jamás carecerán de bien alguno. Venid, hijos; oídme; el temor del Señor quiero enseñaros. ¿Quién es el hombre que la vida quiere y busca días buenos? Pues reprime tu lengua de lo malo, y tus labios, de dichos embusteros. Apártate del mal y el bien abraza* (Ps 33,10ss). Apartarse del mal y abrazar el bien no se dice aquí de los bienes o males corporales, así llamados por algunos, ni de los bienes externos, sino de los bienes y males del alma; pues el que se aparta de esos males y obra esos bienes, como quien quiere la vida verdadera, puede llegar a ella, y el que desea[35] ver días buenos, cuyo

[35] ὑπεξάγοντο M: ὑπεξάξοντα K. tr.

sol de justicia (Mal 4,2) es el Logos, los verá, pues Dios lo librará del presente siglo malo (Gal 1,4) y de los días malos de que habla Pablo: *Rescatando el tiempo, pues los días son malos* (Eph 5,16).

55. Dios no es autor del mal

Cabe, sin embargo, hallar pasajes en que las cosas corporales y exteriores que contribuyen a la vida natural son impropiamente llamadas bienes, y las contrarias, males. En este sentido dice Job a su mujer: *Si hemos recibido los bienes de mano del Señor, ¿por qué no soportaremos también los males?* (Job 2,10). Ahora bien, como en las divinas Escrituras una vez se dice como en persona de Dios: *Yo soy el que creo la paz y produzco los males* (Is 45,7), y otra acerca de El mismo: *Bajaron males de parte del Señor sobre las puertas de Jerusalén, estruendo de carros y de caballería* (Mich 1,12), pasajes que han turbado a muchos lectores de la Escritura por no ser capaces de comprender lo que, según ella, se designa como bienes y males, es probable que, hallando en esto sus dificultades, dijera Celso: "¿Cómo es que Dios hizo cosas malas?"; si no es que escribió esta frase por haber oído explicar con harta ignorancia lo que atañe a este tema.

Nosotros, empero, afirmamos que el mal propiamente dicho, o sea la maldad y las acciones que de ésta proceden, no las ha hecho Dios. ¿Cómo pudiera, en efecto, predicarse con seguridad el dogma del juicio, según el cual los malos son castigados a proporción de las malas acciones que hubieren cometido, y son, en cambio, bienaventurados y alcanzan las recompensas prometidas por Dios los que hubieren vivido según la virtud o hubieren practicado las acciones virtuosas, si fuera verdad que Dios hace los verdaderos males? Sé muy bien que quienes tienen la audacia de afirmar que también éstos vienen de Dios, alegarán ciertos dichos de la Escritura, pero no podrán alegar un contexto seguido de ella [36]. La Escritura, en efecto, condena a los que pecan y alaba a los que obran bien, y no por eso deja de decir aquellas cosas que, por no ser pocas, perturban a los que leen ignorantemente las divinas letras. Sin embargo, no me ha parecido convenir a la obra que llevo entre manos exponer ahora esos pasajes perturbadores, por ser muchos y necesitar su interpretación de largas discusiones.

[36] ἀγαπῶν M: καὶ ὁ ἀγαπῶν K. tr.

En conclusión, Dios no hace los males, si por tales se entienden los que así se llaman en sentido propio; sino que de sus obras principales se siguen algunos, pocos en parangón con el orden del universo. Son como las virutas en espiral y el serrín que se sigue de las obras principales de un carpintero, o como los albañiles parecen ser la causa de los montones de cascote, como basura que cae de las piedras y polvo.

56. Los males corporales, medicina de Dios

Ahora, si se habla de los males que impropiamente se llaman así, de los males corporales y exteriores, no hay inconveniente en conceder que, a veces, haya enviado Dios algunos de ellos con el fin de convertir por su medio a quienes los sufrieron. ¿Y qué puede haber de absurdo en esa doctrina? Cierto que, usando impropiamente la palabra "mal", llamamos males los castigos que se imponen por padres, maestros o pedagogos a los que se educan, o los sufrimientos que causan los médicos a quienes, con el fin de curarlos, cortan o cauterizan, y decimos que el padre hace mal a sus hijos, o los pedagogos y maestros a los niños y los médicos a los enfermos; sin embargo, nadie condenará a quienes así golpean o cortan. Pues por modo semejante, si se dice que Dios hace cosas como ésas con el fin de convertir a los que necesitan de esos trabajos, nada de absurdo tiene pareja doctrina, ora se diga que *bajan males de parte del Señor sobre las puertas de Jerusalén* (Mich 1,12), males que provienen de los trabajos que causan los enemigos, pero que se les imponen para su conversión; ora *visite con vara las iniquidades de los que abandonan la ley de Dios y con azotes los pecados de ellos* (Ps 88,33.31); ora diga: *Tienes carbones de fuego, siéntate sobre ellos, y ellos serán tu ayuda* (Is 47,14-15). Y por modo semejante explicamos el otro texto: *El que crea la paz y produce los males* (Is 45,7), pues Dios produce los males corporales, o externos, para purificar y educar a quienes no quieren educarse por la palabra y sana enseñanza. Esto en respuesta a la pregunta: "¿Cómo es que Dios hizo cosas malas?"

57. La amonestación y persuasión divina no atentan a la voluntad

En cuanto a la otra pregunta: "¿Cómo es Dios incapaz de persuadir y amonestar?", ya antes hemos dicho (cf. IV 3.40; VI 53) que, si esto es una acusación, la frase de Celso pudiera

dirigirse a todos los que admiten una providencia. Sin embargo, es fácil defenderse diciendo que Dios no es incapaz de amonestar, pues amonesta por medio de la Escritura entera y de los que, por la gracia de Dios, enseñan a los oyentes. A no ser que se atribuyera al verbo "amonestar" (o reprender) un sentido propio, es decir, el de tener también éxito en el reprendido y ser oída [37] la doctrina del que enseña. Pero esto se aparta del sentido que el uso ha hecho corriente.

En cuanto a lo otro: "¿Cómo es incapaz de persuadir?", que pudiera también objetarse a todos los que admiten una providencia, hay que decir lo siguiente. El verbo "persuadirse" *(peithesthai)* es de los que se llaman de acción recíproca, análogo al de "cortarse" un hombre el pelo, que tiene que poner de su parte la acción de someterse al que se lo corta [38]. Por eso, no se requiere sólo la acción del que persuade, sino también, digámoslo así, la sumisión al que persuade, es decir, la aceptación de lo que dice el que persuade. De ahí que no deba decirse que Dios no persuade a los que no persuade por no poderlos persuadir, sino porque ellos no reciben las palabras persuasivas de Dios.

El que esto aplicara a los hombres que se llaman "artífices de la persuasión" (PLAT., *Gorg.* 453ass), no erraría; es posible, en efecto, que uno haya comprendido excelentemente los preceptos de la retórica, y use de ellos en forma debida, y haga cuanto cabe para persuadir, y, sin embargo, al no conquistar la voluntad del que debiera persuadirse, parezca que no persuade. Ahora bien, aunque el decir palabras persuasivas viene de Dios, el persuadirse no viene de Dios, como claramente lo enseña Pablo cuando dice: *Esta persuasión no viene de quien os ha llamado* (Gal 5,8). Ese sentido tiene también este texto: *Si quisiereis y me escuchareis, comeréis los bienes de la tierra; mas si no quisiereis ni me escuchareis, la espada os devorará* (Is 1,19-20). Para que uno quiera lo que dice el que le reprende y, oyéndole, se haga digno de las promesas de Dios, es menester la voluntad del que oye y que se incline a lo que se dice. Esta es la razón por que, a mi parecer, se dice tan enfáticamente en el Deuteronomio: *Y ahora, Israel, ¿qué te pide el Señor, Dios tuyo, sino que temas al Señor, Dios tuyo, y que andes por todos sus caminos, y que lo ames y guardes sus mandamientos?* (Deut 10,12-13).

[37] Así opina también Clem Alex., *Strom.* VII 96,2.
[38] ἀκούειν M: ἀκούεσθαι K. tr.

58. El diluvio, purificación de la tierra

Tócanos ahora responder a esta otra pregunta: "¿Cómo es que se arrepiente cuando se hacen ingratos y malos, y tacha su propio arte, y aborrece, y amenaza, y destruye sus propios vástagos?" Pero en estas palabras calumnia Celso y tergiversa lo que se escribe en el Génesis, y es de este tenor: *Como viera el Señor Dios que se habían multiplicado las maldades de los moradores de la tierra, y que todos pensaban adrede en su corazón para obrar el mal todos los días, se irritó el Señor de haber hecho al hombre sobre la tierra, y pensó en su corazón, y dijo Dios: Borraré al hombre que hice de la faz de la tierra, desde el hombre a la bestia, y desde los reptiles hasta las aves del cielo, pues me he irritado de haberlos hecho* (Gen 6,5-7). Celso cita lo que no está escrito como si estuviera indicado por lo escrito. Efectivamente, ahí no se menciona el arrepentimiento de Dios, ni que tache y aborrezca su propia arte. Y si Dios parece amenazar el castigo del diluvio y destruir en él sus propias obras, a ello hay que decir que, siendo el alma del hombre inmortal, la que parece amenaza tiene por fin convertir a los que la oyen. Y la destrucción de los hombres es una purificación de la tierra, como dijeron los mismos filósofos griegos, de no despreciable autoridad, por estas palabras: "Mas cuando los dioses purifican la tierra" (PLAT., *Tim.* 22d; cf. IV 11-12.20-21.62.64.69). En cuanto a las expresiones como de pasiones humanas atribuidas a Dios, no poco hemos hablado ya anteriormente sobre ellas (I 71; IV 71-72).

59. Doble acepción de la palabra «mundo»

Sospechando luego Celso, o tal vez viendo por sí mismo lo que pueden responder los que defienden ese punto de los que perecieron en el diluvio, dice: "Y si no destruye sus propios vástagos, ¿dónde los saca de este mundo que El mismo hizo?" A esto decimos que Dios no saca en absoluto del mundo entero, que consta del cielo y de la tierra, a los que sufrieron el diluvio, sino que los libra de la vida en la carne y, al desatarlos de los cuerpos, los desata a par de la existencia sobre la tierra, a la que, en muchos pasajes, acostumbra la Escritura llamar "mundo". En el evangelio señaladamente según Juan es de ver cómo muchas veces se llama mundo la

región terrestre, por ejemplo, en este texto: *Era la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo* (Io 1,9); y estotro: *En el mundo tendréis tribulación; pero tened confianza, yo he vencido al mundo* (16,33). Ahora, pues, si el sacar del mundo se entiende de esta región terrestre, nada de absurdo tiene la frase; mas, si se llama mundo el conjunto del cielo y la tierra, los que sufrieron el diluvio no son absolutamente sacados del mundo así llamado. Sin embargo, si entendemos este texto: *No mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven* (2 Cor 4,18), y estotro: *Lo que en El hay de invisible, desde la creación del mundo, se contempla, entendido por medio de las criaturas* (Rom 1,20), pudiéramos decir que, hallándonos entre lo invisible y, en general, entre lo que se llama no visto, hemos salido del mundo, como quiera que el Logos nos saca de aquí y nos traslada al lugar supraceleste para contemplar la belleza (PLAT., *Phaidr.* 247c).

60. Vuelta a la obra de los seis días

Después del texto examinado, como si a todo trance quisiera llenar su libro de muchas palabras, dice con otros términos lo mismo que poco antes (VI 50-51) hemos discutido: "Pero mucho más tonto es haber distribuido algunos días para la creación del mundo antes de que existieran días. Porque ¿qué días podía haber cuando no se había aún creado el cielo, ni estaba asentada la tierra, ni el sol giraba en torno de ella?" [39] ¿Qué diferencia hay entre esto y estotro: "Mas tomando la cosa desde el principio, ¿no sería absurdo que el Dios primero y máximo mandara: Hágase esto, lo otro y lo de más allá, y el primer día fabricara tanto o cuanto, el segundo un tanto más, y así el tercero, cuarto, quinto y sexto?"

Potencialmente ya hemos respondido a lo de "mandar que se haga esto, o lo otro, o lo de más allá", cuando adujimos el texto: *El dijo y fueron hechos; El mandó y fueron creados* (Ps 32,9; 148,5; cf. *supra* II 9), y dijimos que el creador inmediato es el Hijo de Dios, el Logos, el creador, digamos, propio del mundo; mas el Padre del Logos es primeramente creador por el hecho de haber ordenado a su Hijo, el Logos,

[39] "Cortar" y "cortarse" el pelo (κείρειν y κείρεσθαι) eran ejemplos clásicos para distinguir la voz activa y voz media en griego. La voz media indica siempre un interés personal del sujeto en la acción; no es posible "cortarse" el pelo si uno no va al peluquero y, pacientemente, deja que, con algún repelón incluso, pase la máquina o tijera por la pelambre. Lo mismo hay que decir de persuadir y "persuadirse". No se persuade más que quien se deja persuadir. Dios persuade, pero el hombre—¡terrible libertad!—puede no dejarse persuadir.

que hiciera el mundo. Ahora bien, sobre que el primer día fue hecha la luz, el segundo el firmamento, el tercero se congregaron las aguas de debajo del cielo en sus lugares de reunión y así germinó la tierra lo que es administrado por la sola naturaleza, y el cuarto los luminares y las estrellas, y el quinto los animales que nadan y el sexto los de tierra y el hombre, dijimos según nuestras fuerzas en nuestros *Estudios sobre el Génesis.* Más arriba igualmente (VI 50) criticamos a los que, siguiendo una interpretación superficial, han afirmando que, para la creación del mundo, pasaron espacios de seis días, y adujimos el texto: *Este es el libro de la creación del cielo y de la tierra, cuando fue creado, el día que hizo Dios el cielo y la tierra* (Gen 2,4).

61. El descanso de Dios

Celso no entendió luego este texto: *Y acabó Dios el día sexto sus obras, que hiciera, y el día séptimo descansó de todas las obras que hiciera, y bendijo Dios el día séptimo, y lo santificó, porque en él descansó de todas las obras que se propuso hacer* (Gen 2,2-3); y, pensando ser lo mismo *cesó el día séptimo y descansó el día séptimo,* dice: Después de esto, cansado, como si realmente fuera un mal trabajador, necesitó descansar en la ociosidad". Es que Celso ignora qué día sea ése, después de la creación del mundo, que opera en tanto subsiste el mundo, día del sábado y de la cesación de Dios, en que celebrarán fiesta juntamente con El los que durante los seis días hubieren hecho todas sus obras, y, por no haber omitido nada de lo que les incumbía, subirán a su contemplación y a la congregación entera de los justos y bienaventurados que en ella se comprende.

Luego, como si así hablaran las Escrituras o explicáramos nosotros que Dios descansó por estar fatigado de su trabajo, dice Celso: "No es bien decir que el Dios primero se canse, ni que trabaje con sus manos, ni que dé órdenes". Ahora bien, Celso dice no ser bien decir que el Dios primero se canse; mas nosotros diríamos que ni siquiera el Dios Verbo se cansa, ni cuantos han logrado ya un orden superior y divino, pues el cansarse es propio de los que están en un cuerpo. Sólo cabría inquirir si eso haya de decirse de cualquier cuerpo o sólo del cuerpo terreno o algo mejor que éste. Y tampoco es lícito decir que el Dios primero trabaje con las manos; y si se entiende propiamente eso de trabajar con las manos, ni si-

quiera el Dios segundo [40] ni ser alguno divino. Pero cabe decirse impropia o figuradamente lo de trabajar con las manos, y así explicaríamos el texto: *La hechura de sus manos anuncia el firmamento* (Ps 18,2); y el otro: *Sus manos afirmaron el cielo* (Ps 101,26). En estos y parecidos pasajes entendemos figuradamente las manos y miembros de Dios. ¿Qué hay entonces de absurdo en que Dios obre en este sentido con sus manos? Y como no es absurdo que Dios obre en este sentido con sus manos, tampoco lo es que mande, a fin de que las obras llevadas a cabo por el que recibió el mandato sean bellas y laudables, por haber sido Dios quien mandó que fueran hechas.

62. La «voz» de Dios

Acaso entendió también Celso mal el texto: *Porque la boca del Señor ha hablado esto* (Is 1,20), o a los ignorantes que precipitadamente le explicaron otros semejantes, y, al no comprender a qué se ordena lo que se dice sobre los poderes de Dios con nombres de miembros corporales, dice así: "Dios no tiene cuerpo ni voz". A decir verdad, no se podrá decir que Dios tenga voz, si la voz es aire que vibra o percusión de aire, o una especie de aire, o como quiera definan la voz los que entienden de estas cosas. Sin embargo, la que se llama voz de Dios se dice ser vista como voz de Dios por el pueblo: *Todo el pueblo veía la voz de Dios* (Ex 20,18), tomándose el ver *espiritualmente*, para decirlo con la palabra usual en la Escritura (cf. Rom 7,14; 1 Cor 2,13.14; Apoc 11,8). Y añade que "Dios no tiene nada de lo que nosotros sabemos". Pero no especifica qué cosas sabemos nosotros. Porque, si se refiere a miembros, estamos de acuerdo con él, sobrentendiendo "lo que sabemos según las denominaciones corporales y comunes". Mas si entendemos de modo universal "lo que sabemos", muchas cosas sabemos que atribuimos a Dios [42], pues El tiene virtud, bienaventuraza y divinidad. Mas, si entendemos en sentido más alto "lo que sabemos", puesto que todo lo que sabemos es inferior a Dios, no hay inconveniente en admitir que nada tiene Dios de lo que nosotros sabemos. Y es así que lo que hay en Dios es muy superior a cuanto "sabe no sólo la naturaleza del hombre, sino también quienes están por encima de ella". Mas, si Celso hubiera leído los dichos de los profetas, de un David que dice: *Mas tú eres*

[40] Esta dificultad la sintieron también PHILO, *Leg. Alleg.* I 2-3, y AUGUST., *De civ. Dei* XI 5-7; XII 15.

[41] Sobre el Logos como "segundo Dios", cf. V 39; VII 57.

[42] El pasaje está corrompido; Chadwick propone: πολλῶν ⟨ὧν⟩ ἡμεῖς ἴσμεν ἐξακούομεν ⟨περὶ τοῦ θε⟩ οὖ, o: πολλῶν ἡμεῖς ἴσμεν ⟨ὧν⟩ ἐξακούομεν ⟨περὶ τοῦ θε⟩ οὖ.

el mismo (Ps 101,28); y de un Malaquías: *Yo soy y no me mudo* (Mal 3,6), hubiera visto que ninguno de nosotros afirma se dé en Dios cambio ni de obra ni de pensamiento. Y es así que, permaneciendo el mismo, gobierna las cosas mudables, como corresponde a su naturaleza y como la razón misma persuade deben ser gobernadas.

63. El hombre, imagen de Dios

Luego no vio tampoco Celso la diferencia que va entre ser *conforme a la imagen de Dios* (Gen 1,27) y ser "imagen de Dios" (Col 1,15); pues imagen de Dios es el Primogénito de toda la creación, el Logos en sí, la verdad en sí y la sabiduría en sí, *que es imagen de su bondad* (Sap 7,26), y hasta todo varón, cuya cabeza es Cristo, es imagen y gloria de Dios (1 Cor 11,3.7). Ni comprendió tampoco en qué parte del hombre está impresa esa imagen de Dios, es decir, en el alma que no ha tenido, o que ya no tiene, al *hombre viejo con sus obras* (Col 3,9), y, por no tenerlo, se dice ser a imagen de su Creador. De ahí es que Celso diga: "Tampoco hizo al hombre imagen suya, pues Dios no es tal, ni se asemeja a forma otra alguna". Pero ¿es posible pensar que la imagen de Dios está en la parte inferior de hombre, ser compuesto, quiero decir, en su cuerpo y, como Celso lo interpretó, que éste sea la imagen de Dios? Porque, si el ser según imagen de Dios se da en el cuerpo solo, la parte superior, que es el alma, queda privada de ser a imagen de Dios, y ésta estaría en el cuerpo corruptible, cosa que nadie de nosotros dice. Mas si el ser a imagen de Dios está en el compuesto, seguiríase necesariamente que Dios es compuesto, y también constaría como de cuerpo y alma; así, lo superior de su imagen estaría en el alma; lo inferior, lo que atañe al cuerpo, en el cuerpo, cosa que nadie de nosotros afirma. Resta, pues, que el ser a imagen de Dios haya de entenderse del hombre interior, como lo llamamos nosotros (Eph 3,16), que se renueva y es naturalmente capaz de formarse a imagen del que lo creó (Col 3,10). Tal acontece cuando el hombre se hace perfecto, *como es perfecto el Padre celestial* (Mt 5,48), y oye el mandato: *Sed santos, porque yo, el Señor, Dios vuestro, soy santo* (Lev 19,2), y aprende estotro: *Sed imitadores de Dios* (Eph 5,1). Entonces toma el hombre en su alma virtuosa los rasgos de Dios; y también el cuerpo del que, por razón de la imagen de Dios, ha tomado los rasgos de Dios, es un templo (1 Cor 6,19; 3,16); el cuerpo, digo, del que tiene tal alma; y, en el alma, por razón de ser conforme a la imagen de Dios.

64. Platonismo y cristianismo

Luego ensarta Celso, por su cuenta cosas y más cosas, como concedidas por nosotros, siendo así que ningún cristiano que tenga inteligencia las concede. Porque nadie de nosotros concede que "Dios participe de figura o color". Ni tampoco participa de movimiento El, que, por estar firme y tener naturaleza firme, convida a lo mismo al justo cuando dice: *Tú, empero, estáte aquí conmigo* (Deut 5,31). Ahora bien, si hay frases que parecen atribuirle movimiento, como la que dice: *Oyeron al Señor Dios que se paseaba por el paraíso al atardecer* (Gen 3,8), hay que entenderlo en el sentido de que los que habían pecado se imaginaban que Dios se movía, o como se habla figuradamente del sueño de Dios, de su ira o cosas por el estilo.

Y tampoco participa Dios de la substancia (o esencia: *ousía*), pues El es participado, más bien que participa, y es participado por quienes tienen el espíritu de Dios. Por el mismo caso, nuestro Salvador tampoco participa de la justicia, sino que, siendo El la justicia misma, de El participan los justos.

Por lo demás, mucho—y difícil de entender—habría que decir acerca de la substancia, señaladamente si tratáramos de la substancia propiamente dicha, que es inmóvil e incorpórea. Habría que inquirir si Dios, "por su categoría y poder transciende toda sustancia" (PLAT,. *Pol.* 509b; cf. *infra* VII 38); El, que hace participar en la substancia a los que participan según su Logos, y al mismo Logos; o si también El es sustancia, a pesar de que se dice de El ser invisible en la palabra de la Escritura, que dice sobre el Salvador: *El cual es imagen del Dios invisible* (Col 1,15); texto en que la voz "invisible" quiere decir incorpóreo. Habría igualmente que investigar si el Unigénito y Primogénito de la creación debe decirse ser la substancia de las substancias y la idea de las ideas y el principio; pero que Dios, Padre suyo, transciende todos estos conceptos.

65. Los puntos sobre las íes

Ahora bien, Celso dice que "de El procede todo" después que, no sé cómo, separó todas las cosas de Dios (cf. IV 52); mas nuestro Pablo: *De El*—dice—*y por El y para El son todas las cosas* (Rom 11,30), texto en que "de El" se refiere al origen de la existencia de todas las cosas; "por El" a su con-

servación, y "para El" a su finalidad. Verdaderamente "Dios no procede de nadie"; mas como afirma que "tampoco puede alcanzarse por razón", distingo lo que se entiende por razón. Si se entiende la razón que hay en nosotros, ora interna, ora proferida, también nosotros afirmaremos que Dios no es comprensible por la razón; pero, si entendemos este texto: *En el principio era la razón* (logos, verbo), *y la razón estaba en Dios y la razón era Dios* (Io 1,1); afirmamos que para esta razón es Dios comprensible, y no sólo es comprensible para ella, sino también para aquel a quien ella revelare al Padre (Mt 11,27). Con ello damos un mentís a la afirmación de Celso, según la cual "no puede alcanzarse a Dios por la razón". Y que "tampoco se lo pueda nombrar", necesita también de distinción. Efectivamente, si se quiere decir que no hay dicho ni expresión que pueda representar los atributos de Dios, la tesis es verdadera; como que muchas de las cualidades de las cosas no son tampoco nominables. ¿Quién puede, en efecto, distinguir con un nombre la diferencia de dulzor de un dátil y de un higo? ¿Quién puede distinguir y representar por un nombre la propia cualidad de cada uno? Nada tiene, pues, de extraño que, en este sentido, no sea Dios nominable. Pero si nominable se toma en el sentido de que es posible representar algo de sus atributos para dar la mano al oyente y hacer que entienda algo de El en cuanto cabe en la naturaleza humana, no hay inconveniente en decir que Dios es nominable. Y del mismo modo distinguiremos lo de que "nada le pasa o padece que sea comprensible por un nombre". Verdad es, sin embargo, que Dios está fuera de todo padecimiento (cf. IV 72). Y baste sobre esto lo dicho.

66. Jesús, Dios, luz que nos ilumina

Veamos también el texto que sigue, en que introduce una especie de personaje que, oído lo que antecede, dice: "Entonces, ¿cómo puedo conocer a Dios? ¿Y cómo puedo saber el camino que conduce a El? ¿Y cómo me muestras a Dios? Porque la verdad es que ahora me estás echando tinieblas sobre los ojos y nada veo con claridad". Seguidamente, parece como que responde al que esas dificultades siente, y cree dar la causa de que se derrame oscuridad en los ojos del que así habla, y dice: "Cuando se saca a luz brillante a los que estaban entre tinieblas, como no pueden resistir los resplandores de la luz, creen que se perjudican y dañan la vista y que

se quedan ciegos"[43]. A lo que diremos que en tinieblas están sentados y envueltos por ellas todos los que miran a las malas artes de pintores, plasmadores y escultores, y no quieren levantar los ojos y remontarse, por su mente, de todo lo visible y sensible al artífice del universo, que es luz; en la luz se halla, empero, todo el que ha seguido los esplendores del Logos, que le hizo ver con cuánta ignorancia e impiedad y desconocimiento de lo divino adoraba esas cosas en lugar de Dios; del mismo Logos, que llevó de la mano la mente de quien quiere salvarse hasta el Dios increado y supremo. *Y es así que el pueblo sentado en las tinieblas*—el pueblo de los gentiles—*vio una luz grande; y una luz se levantó para los que estaban sentados en la región y sombras de la muerte* (Mt 4,16), una luz que es Jesús Dios.

Así, pues, ningún cristiano le responderá a Celso ni a ninguno de los que condenan la palabra divina: "¿Cómo puedo conocer a Dios?", pues cada uno de ellos, en cuanto cabe, conoce a Dios. Y ninguno dirá: "¿Cómo sabré el camino que lleva a El?", pues ha oído al que dijo: *Yo soy el camino, la verdad y la vida* (Io 14,6) y gustado, en el caminar mismo, el provecho de caminar. Y ningún cristiano le diría a Celso: "¿Cómo me muestras a Dios?"

67. No tenemos nada que ver con las tinieblas

Sin embargo, en las palabras susodichas, algo verdadero dijo Celso, y es que, oyendo alguien sus razones y viendo que son razones de tinieblas, le responde: "Estás echando tinieblas sobre mis ojos". Indudablemente, Celso y los de su ralea quieren echar tinieblas sobre nuestros ojos; pero, con la luz del Verbo, disipamos nosotros las tinieblas de las doctrinas impías. Un cristiano le pudiera decir a Celso que no dice nada claro ni verdadero: "Nada veo claro en tus discursos". Así, Celso no nos saca de las tinieblas, a la luz brillante, sino que quiere echarnos de la luz a las tinieblas, haciendo de la luz tinieblas y de las tinieblas luz, cayendo de lleno bajo la hermosa sentencia de Isaías, que dice así: *¡Ay de los que hacéis de las tinieblas luz y de la luz tinieblas!* (Is 5,20). Nosotros, empero, puesto que el Verbo ha abierto los ojos de nuestra alma y vemos la diferencia entre la luz y las tinieblas, estamos decididos a per-

[43] Que Dios no tenga nombre es dicho común. Así, Celso, en VII 4; Iustin., *II Apol.* 6; Clem. Alex., *Strom.* 82,1; Cic., *De nat. deor.* I 12,30; Io. Chrysost., XII 78; *Max. Tyr.* VIII 10; *Corp. Herm.* V 1 (referencias de Chadwick). Y nosotros tenemos, naturalmente, que aludir a nuestro clásico Fr. Luis de León en sus inmortales *Nombres de Cristo* (BAC 1951) p.403ss.

manecer a todo trance en la luz y no queremos tener nada que ver con las tinieblas. Ahora bien, como la luz verdadera (1 Io 2,8) es a par luz viviente, ella sabe a quién deben mostrarse los esplendores de la luz y a quién la simple luz, y no ofrecer su propio resplandor, por razón de la debilidad de los ojos del que debiera contemplarlo. Mas si hay que hablar en absoluto de "daño y perjuicio de la vista", ¿qué ojos diremos que lo padecen sino los de quien está dominado por la ignorancia de Dios e impedido por sus pasiones de ver la verdad? Los cristianos, pues, no piensan en modo alguno que estén cegados por los discursos de Celso ni de ningún extraño a su religión; mas los que se sientan cegados por seguir a las muchedumbres de los extraviados y a las naciones de los que celebran fiestas en honor de los demonios, acérquense al Logos que hace merced de los ojos. Así, a semejanza de aquellos pobres ciegos que se arrojaron junto al camino y fueron curados por Jesús por haberle dicho: *Hijo de David, ten compasión de nosotros* (Lc 18,38; Mt 20,30), también ellos, objeto de misericordia, recobrarán ojos nuevos y hermosos, cuales puede crear el Verbo de Dios.

68. Conocemos a Dios por el Verbo hecho carne

Por eso, si Celso nos pregunta "cómo pensamos conocer a Dios y ser salvados por El", le responderemos que el Verbo de Dios, que está en los que lo buscan o lo reciben cuando se les manifiesta, es suficiente para dar a conocer y revelar al Padre, que, antes de su advenimiento, no era visto. ¿Y qué otro sino el Verbo de Dios puede salvar el alma del hombre y llevarla al Dios supremo? El, que en el principio estaba en Dios, por amor de los que estaban pegados a la carne y hechos como carne, se hizo carne, para ser comprendido por los que no podían contemplarlo en cuanto era Verbo y estaba en Dios y era Dios (Io 1,1). Y, hablándose de El como ser corpóreo y predicado como carne (cf. IV 15), llama a sí mismo a los que son carne, a fin de configurarlos primero según el Verbo que se hizo carne, y los levante luego a contemplarlo tal como era antes de hacerse carne; de suerte que, aprovechados y remontándose de la iniciación según la carne, digan: *Mas si alguna vez conocimos a Cristo según la carne, ahora ya no lo conocemos* (2 Cor 5,16).

Se hizo, pues, carne y, hecho carne, *puso su tienda entre nosotros* (Io 1,14), y no estuvo fuera de nosotros. Sin embargo, puesta su tienda y estando entre nosotros, no conservó

su primera forma; pero, levantándonos al espiritual monte elevado, nos mostró su forma gloriosa y la brillantez de sus vestiduras. Y no sólo de sí mismo, sino también de la ley espiritual, que es Moisés, aparecido glorioso junto con Jesús; y nos mostró también toda profecía, que no murió después de su encarnación, sino que fue levantado al cielo, de lo que fue símbolo Elías (Mt 17,1-3). Ahora bien, el que esto contemplara pudo decir: *Vimos su gloria, una gloria como de Unigénito del Padre lleno de gracia y de verdad* (Io 1,14).

Ahora bien, con harta ignorancia se inventó Celso lo que piensa responderíamos a su pregunta de "cómo pensamos conocer a Dios y ser salvados por El". Por nuestra parte le podemos decir lo que acabamos de exponer.

69. El Verbo, igual en grandeza al Padre

Sin embargo, conjetura Celso nuestra respuesta y declara consignarla en estos términos: "Como quiera que Dios es grande y difícil de contemplar, metió su propio espíritu en un cuerpo semejante al nuestro, y lo envió, para que pudiéramos oírlo y aprender de El". Pero, según nuestra doctrina, no es sólo grande el Dios y Padre del universo, pues hizo partícipe de sí mismo y de su grandeza al Unigénito y *Primogénito de toda la creación* (Col 1,15), para que, *siendo imagen del Dios invisible* (ibid.), reprodujera también en la grandeza la imagen del Padre. No era, en efecto, posible ser imagen adecuada, digámoslo así, y hermosa del Dios invisible si no reprodujera también la imagen de su grandeza.

Por lo demás, también, según nosotros, es Dios invisible, puesto que no es cuerpo; sin embargo, es visible para quienes son capaces de contemplar con el corazón, es decir, con la mente; pero no con un corazón cualquiera, sino puro (Mt 5,8). No es bien, en efecto, que un corazón manchado contemple a Dios. Puro debe ser lo que haya de contemplar dignamente a lo puro. Concedamos, enhorabuena, que Dios es difícil de contemplar; pero no es El solo difícil de contemplar para alguien, sino también su Unigénito. Difícil, efectivamente, de contemplar es el Dios Verbo, difícil igualmente la sabiduría, con que Dios hizo todas las cosas (Ps 103,24). Porque ¿quién puede contemplar la sabiduría con que Dios hizo cada una de las cosas? No envió, pues, Dios a su Hijo, como si El fuera difícil de contemplar y el Hijo fácil. Por no comprenderlo Celso, nos puso a nosotros en la boca estas palabras: "Como quiera que Dios es difícil de contemplar, metió su pro-

pio espíritu en un cuerpo semejante al nuestro, y lo envió acá, para que pudiéramos oírlo y aprender de El". Sin embargo, como hemos hecho notar, también el Hijo es difícil de contemplar, como Verbo Dios que es, por quien todo fue hecho y que puso su tienda entre nosotros.

70. En qué sentido es Dios espíritu

Mas si Celso hubiera entendido lo que decimos acerca del Espíritu de Dios y que *cuantos son conducidos por el Espíritu de Dios, ésos son hijos de Dios* (Rom 8,14), no hubiera afirmado por su cuenta, atribuyéndonoslo a nosotros: "Habiendo metido Dios su espíritu en un cuerpo, nos lo envió acá". La verdad es que Dios da siempre parte de su espíritu a quienes son capaces de participar del mismo, que mora en los que lo merecen, y no por corte ni división. Y es así que no es cuerpo lo que nosotros entendemos por espíritu, como tampoco lo es el fuego que se dice ser Dios en este texto: *Nuestro Dios es fuego consumidor* (Deut 4,24; 9,3; Hebr 12,29). Todo eso se dice figuradamente para representar, por los nombres corrientes y corpóreos, la naturaleza inteligible. Cuando se dice que los pecados son *leña, hierba y paja,* no diremos que los pecados son cuerpos; y cuando se dice que las buenas obras son oro, plata y piedras preciosas (1 Cor 2,12), no diremos tampoco que las buenas obras son cuerpos. Por el mismo caso, aunque se diga que Dios es fuego que consume la leña, la hierba y la paja y toda substancia de pecado, no entenderemos que El sea cuerpo; ni, cuando se dice ser fuego, lo entenderemos como cuerpo. Porque es costumbre de la Escritura, para distinguir lo sensible de lo inteligible, llamar a esto último espíritu y espiritual, como cuando dice Pablo: *Nuestra suficiencia, empero, viene de Dios, el cual nos hizo ministros idóneos del Nuevo Testamento, que no es de letra, sino de espíritu; porque la letra mata, mas el espíritu vivifica* (2 Cor 3,5-6). Aquí llama "letra" la interpretación sensible (o material) de las divinas Letras, y espíritu, a la inteligible (o espiritual). Lo mismo, consiguientemente, en estotro: *Dios es espíritu.* Porque, como samaritanos y judíos cumplían los preceptos de la ley de forma material y externa, le dijo el Salvador a la samaritana: *Llega la hora en que ni en Jerusalén ni en ese monte adorarán al Padre. Dios es espíritu, y los que lo adoran es menester que lo adoren en espíritu y en verdad* (Io 4,21.24). Palabras con que enseñó que no debe adorarse a Dios con carne ni sacrificios carnales, sino con espíritu. Y

es así que Jesús mismo pudiera ser comprendido como espíritu a proporción como alguien le sirve en espíritu e inteligiblemente.

Pero tampoco hay que adorar al Padre con signos externos, sino con verdad, *que fue hecha por obra de Jesucristo, después que la ley fue dada por Moisés* (Io 1,17). Porque, cuando nos convertimos al Señor (y el Señor es espíritu), se quita el velo puesto sobre el corazón cuando se lee a Moisés (2 Cor 3,15-17).

71. Estoicismo y cristianismo

Realmente, por no haber comprendido Celso la doctrina sobre el espíritu (y es así que el hombre animal no percibe las cosas del espíritu de Dios, pues son para él locura, y no puede comprenderlas porque se disciernen espiritualmente (1 Cor 2,14), piensa que, al afirmar nosotros que Dios es espíritu, en nada nos diferenciamos, en este punto, de los estoicos griegos, según los cuales Dios es espíritu, que lo penetra todo y todo lo contiene en sí mismo. La verdad es que la inspección y providencia de Dios lo penetra todo, pero no como el espíritu de los estoicos. Cierto también que la providencia abarca todo lo que es objeto de ella y todo lo comprende; pero no comprende como un recipiente cuando lo comprendido es también un cuerpo; sino como una fuerza divina que comprende lo comprendido.

Cierto que, según los estoicos, para quienes los primeros principios son corporales y someten, por ende, todas las cosas a destrucción, y estarían dispuestos a destruir al mismo Dios supremo si esto no les pareciera demasiado absurdo, el Logos de Dios, que desciende hasta los hombres y a las mínimas cosas, no sería otra cosa que un espíritu corpóreo; mas, según nosotros, que nos esforzamos en demostrar que el alma racional es superior a toda naturaleza corpórea y substancia invisible e incorpórea, el Dios Logos no puede ser cuerpo; aquel Logos, decimos, *por quien todo fue hecho* (Io 1,3) y que llega para que todo se haga por El, no sólo hasta los hombres, sino también hasta las criaturas que son tenidas por mínimas y regidas sólo por la naturaleza. Allá, pues, los estoicos, que pegan fuego a todo; nosotros no sabemos que una substancia incorpórea pueda ser pasto del fuego, ni que se disuelva en fuego el alma del hombre, ni la substancia de los ángeles, tronos, dominaciones, principados y potestades.

72. Divagaciones de Celso

De ahí es que, como quien no entiende la doctrina sobre el espíritu de Dios, vanamente dice Celso: "Dado que el Hijo de Dios, que nació en cuerpo humano, es espíritu por don de Dios, síguese que ni el mismo Hijo de Dios puede ser inmortal". Luego confunde una vez más por su cuenta la doctrina, como si algunos de nosotros no confesáramos ser Dios espíritu, sino su Hijo, y se imagina refutarnos diciendo: "No hay naturaleza alguna de espíritu tal que permanezca siempre". Es como si, al decir nosotros que Dios es *fuego consumidor* (Hebr 12,29), nos replicara que no hay naturaleza alguna de fuego tal que permanezca siempre. Es no ver en qué sentido decimos ser fuego nuestro Dios y qué es lo que consume: los pecados y la maldad. Conviene, en efecto, a un Dios bueno consumir por el fuego de los castigos la maldad, después que cada uno, en la lucha, ha mostrado qué clase de atleta ha sido.

Luego sienta una vez más por su cuenta cosas que nosotros no decimos: "Es menester que Dios recobre de nuevo su espíritu; de donde se sigue que Jesús no pudo resucitar con su cuerpo, pues no iba Dios a recibir de nuevo el espíritu que había dado, después de mancharse con la naturaleza del cuerpo". Ahora bien, fuera necio responder a razones que se presentan como si fueran nuestras, y no son nuestras.

73. «Non horruisti virginis uterum»

Luego se repite Celso; pues, habiendo hablado tanto anteriormente en son de burla sobre el nacimiento de Dios de una virgen, a lo que ya contestamos según nuestras fuerzas (I 32-37), dice ahora: "Pero, si quería enviar de sí mismo un espíritu (o soplo), ¿qué necesidad había de soplarlo en el vientre de una mujer? Podía, en efecto, como quien sabía ya plasmar hombres, haberle plasmado también a éste un cuerpo y no arrojar su propio espíritu a tamaña suciedad. Así, a la verdad, de haber nacido inmediatamente de lo alto, no se le hubiera negado fe". También esto lo dijo por ignorar cuán puro y virginal y sin corrupción alguna fue el nacimiento de aquel cuerpo que estaba destinado a servir para la salud de los hombres. Y el que alega la doctrina estoica y pretende particularmente [44] saber lo relativo a las cosas indiferentes, opina que la naturaleza divina es arrojada a una impureza y queda manci-

[44] Alusión, sin duda, al mito platónico de la caverna, *Pol.* 518a; cf. también VII 33.

llada, ora permanezca en el seno de la mujer hasta que se le forme el cuerpo, ora tome simplemente un cuerpo. Hace Celso algo así como los que opinan que los rayos del sol se manchan sobre el barro y los cadáveres malolientes, y que ya no permanecen allí puros [45].

Mas, admitiendo la hipótesis de Celso de que se hubiera plasmado para Jesús un cuerpo sin nacimiento, los que lo hubieran visto no hubieran creído inmediatamente que no venía de nacimiento; pues lo que se ve no anuncia sin más el origen de donde procede. Así, si suponemos que hay una especie de miel que no procede de las abejas, por el simple gusto o vista, nadie podría afirmar que no es producto de ellas. Como tampoco la que procede de las abejas indica por la sensación su origen; sólo la experiencia muestra que es producto de las abejas. Así, también la experiencia nos muestra que el vino se saca de la uva; pues el gusto no hace referencia alguna a la cepa. Pues, por modo semejante, un cuerpo sensible no delata de suyo la manera como tuvo origen. Lo dicho convence a cualquiera por el ejemplo de los cuerpos celestes, cuya existencia y brillantez percibimos con solo mirarlos; pero la percepción no nos sugiere ciertamente si se trata de cuerpos creados o increados. Por lo menos acerca de este punto han surgido diversas opiniones. Es más, los mismos que dicen ser cuerpos creados no están de acuerdo sobre cómo son creados, pues tampoco aquí nos sugiere la mera percepción cómo hayan sido creados, por más que la razón nos fuerce a creer que lo fueron.

74. Las burlas de Celso suplen sus razones

Seguidamente repite lo que ya muchas veces ha dicho sobre la sentencia de Marción (II 27; V 54; VI 53), y en parte expone bien la doctrina de éste, en parte la malentiende también. Como quiera, no hay por qué le respondamos ni refutemos nosotros. Luego añade una vez más por su cuenta lo que va en favor de Marción y lo que va contra él, diciendo a qué reproches escapan sus partidarios y a cuáles se exponen. Y cuando quiere defender la doctrina según la cual Jesús fue profetizado, por el gusto de impugnar a Marción y a los suyos, dice paladinamente: "¿Cómo se demostrará ser hijo de Dios el que sufrió tales suplicios, de no haber sido predicho que los pasaría?" Luego se burla y, según tiene por costum-

[45] καὶ μὴ M: καὶ μὴν K. tr.

bre, hace chacota, introduciendo dos hijos de Dios, uno del demiurgo y otro del Dios de Marción. Luego describe sus combates singulares, diciendo ser teomaquías iguales a las de las codornices y de los padres; o que inútiles ya éstos y chocheando por la vejez, no se atacan ya uno a otro para nada, sino que dejan que luchen los hijos. Aquí será bien decir contra Celso lo que él mismo dijo anteriormente (VI 34): ¿Qué vieja que adormece a un niño no se avergonzaría de decir cosas como las que él dice en el que titula *Discurso de la verdad?* Su deber era atacar nuestras razones objetivamente; pero, dando de mano a los argumentos objetivos, se entretiene en burlas e injurias, imaginando sin duda que está componiendo una farsa o algún poema burlesco; y no ve que tal manera de conducir sus razonamientos pugna con su propio propósito de hacernos abandonar el cristianismo y que sigamos sus doctrinas. Si éstas las hubiera tomado él más en serio, acaso fueran más persuasivas; mas como no hace sino burlarse, reírse y hacer el bufón, diremos que, por falta de razones serias, que ni tenía ni sabía, vino a parar en estas charlatanerías.

75. La figura externa de Jesús

Luego añade: "Puesto que había en su cuerpo un espíritu divino, forzoso era que se distinguiera en absoluto de los demás por la grandeza, fuerza, voz, majestad o elocuencia; imposible es, en efecto, que quien tiene algo divino superior a los demás no se distinga en nada de nadie. El cuerpo, empero, de Jesús en nada se diferenciaba de nadie, sino que dicen haber sido pequeño, feo y vulgar". Por aquí se ve bien una vez más que cuando Celso quiere acusar a Jesús alega las Escrituras, como si tuviera fe en ellas, si es que, aparentemente, le ofrecen asidero para sus críticas; mas los pasajes en que pudiera parecer se dice lo contrario de los que se han tomado para acusar, ésos no da Celso señales ni de conocerlos.

Ahora bien, estamos de acuerdo en que se escribe haber sido feo el cuerpo de Jesús, pero no, como afirma Celso, vulgar o innoble; ni tampoco se dice claramente que fuera pequeño. He aquí el texto escrito en Isaías cuando profetiza que no vendría al mundo en forma hermosa ni con superior belleza: *Señor, ¿quién ha creído lo que hemos oído? Y el brazo del Señor, ¿a quién le ha sido revelado? Proclamamos en su presencia, como un niño, como una raíz en tierra sedienta. No tiene forma ni gloria, y lo vimos, y no tenía forma ni hermosura; sino que su forma era sin honor y deficiente*

en parangón con los hijos de los hombres (Is 53,1-3). Así, pues, en este texto se fijó Celso, pues se imaginaba que le podía servir para acusar a Jesús; no atendió, en cambio, a lo que se dice en el salmo 44, que es de este tenor: *Pues cíñete la espada, ¡oh poderoso!, sobre el muslo, tu prez y tu hermosura; con próspera ventura monta el carro y reina* (Ps 44,4-5)[46].

76. Inconsecuencias de Celso

Mas demos que Celso no leyera por sí mismo la profecía, o que, habiéndola leído, fuera inducido por quienes se la malinterpretaron a no referirla a Jesús; mas ¿qué dirá sobre el Evangelio, en que subido Jesús a un monte elevado, se transfiguró delante de sus discípulos y apareció glorioso, cuando también Moisés y Elías, aparecidos gloriosos, hablaban de la muerte que había de sufrir en Jerusalén? (Mt 17,1-3). ¿O es que, cuando un profeta dice: *Lo vimos y no tenía forma ni hermosura,* etc. (Is 53,2), admite Celso que esta profecía se refiere a Jesús—ciego, por lo demás, al admitir ese texto, pues no ve que el hecho de que muchos años antes de su nacimiento se profetizara incluso su figura es prueba magna de que ese Jesús, al parecer deforme, es Hijo de Dios—, mas cuando otro profeta habla de que hay en El *prez y hermosura* (Ps 44,4), ya no quiere que la profecía se refiera a Cristo? Ahora bien, si pudiera sacarse claramente de los evangelios que *no tenía forma ni hermosura, sino que su forma era sin honor y deficiente en parangón con los hijos de los hombres* (Is. ibid.), pudiera decirse que Celso no había hablado según el profeta, sino según el Evangelio; mas, dado caso que ni los evangelios ni los apóstoles afirman que Jesús no tuviera forma ni hermosura, queda patente que Celso se ve forzado a tomar como verdadero lo que dice la profecía acerca de Cristo. Ahora bien, eso no permite ya que prosperen sus acusaciones contra Jesús.

77. A quiénes aparece la hermosura de Jesús

Y en cuanto a lo otro que dice: "Puesto que en su cuerpo había un espíritu divino, era de todo punto forzoso que se distinguiera de los demás por su grandeza, por su

[46] La comparación es frecuente en la literatura posterior: Eus., *Dem. ev.* IV 1,3,170A; *Theophaneia* III 39; *Laus Conts.* 14; Mac. Magnes, IV 28: Synesius, *Epist.* 57: PG 66,1396c; Cyrill. Alex., *In Ev. Io.* 12; PG 74.643b; Prudent., *Contra Symm.* II 831; August., *De civ. Dei* IX 6; Nemesius, *De nat. hom.* 44: PG 40,805A, etc. De Diógenes el Cínico cuenta Diog. Laert. (VI 63): "Reprochándole uno que se metiera en lugares sucios, le respondió que también el sol se mete en las letrinas y no se mancha".

Lo mismo, y apelando a los mismos textos de Isaías, opina Clem. Alex.

voz, su fuerza, su majestad o su elocuencia", ¿cómo no vio la excelencia de este cuerpo, que se ajustaba a la capacidad de los que lo miraban, y así era provechoso, apareciendo tal como a cada uno le convenía mirarlo? (cf. II 64s; IV 16; VI 68). Y no es de maravillar que la materia, que por naturaleza es variable y mudable y transformable en todo lo que quiere el creador, y capaz de toda cualidad que quiera el artífice, tuviera unas veces la cualidad por la que se dice que no tenía forma ni hermosura, otras una cualidad tan gloriosa, impresionante y maravillosa que los tres apóstoles que subieron con Jesús al monte, ante la visión de tanta belleza, cayeron rostro por tierra (Mt 17,6). Pero Celso dirá que todo esto son ficciones, que en nada se diferencian de los cuentos, como todo lo que se dice sobre los milagros de Jesús (cf. III 27; V 57); sobre lo cual nos hemos defendido despacio anteriormente (I 42.63; II 15).

Por lo demás, tiene algo de misterioso la doctrina según la cual las diversas formas de Jesús se refieren a la naturaleza de la Razón divina *(Logos)*, que no se presenta igualmente a la muchedumbre que a quienes son capaces de acompañarla hasta el monte elevado a que hemos aludido. Y es así que, para quienes están aún abajo y no preparados todavía para subir, la Razón divina no tiene forma ni hermosura; pues para los tales su forma es sin gloria y deficiente en parangón con las razones que se forjan los hombres, figuradamente llamados en este texto hijas de los hombres. Podemos, en efecto, decir que las razones de los filósofos, que son hijas de los hombres, aparecen más hermosas que la Razón de Dios, que se predica a los muchos y pone de manifiesto la *locura de la predicación* (1 Cor 1,21); y por esa locura de la predicación puesta de manifiesto, los que sólo ven eso dicen: *Lo miramos y no tenía forma ni hermosura* (Is 53,2). Para aquellos, empero, que han cobrado fuerza para acompañarle y seguirle y subir con El al monte elevado, Jesús les presenta forma más divina; y esa forma ve el que es como Pedro, que pudo sostener en sí, por el Logos, la construcción de la Iglesia y recibió tamaña fuerza, que contra él

(Paidag. III 3,2) sobre la fealdad corporal de Jesús. No todos los padres opinaron así. Orígenes mismo *(Tractatus* 35 *in Matth.)* afirma que del rostro de Cristo irrumpía un resplandor celeste que atraía a los hombres: lo mismo San Jerónimo *(Epist. ad Principiant.* ep.65,8, ed. de la BAC p.596) y San Juan Crisóstomo *(Hom.* 27,2 *super Matth.*, ed. de la BAC p.556). Pero que Jesús fue en lo externo un hombre como todos, indistinguible en un grupo de galileos, se prueba por el hecho de que Judas hubo de dar una señal (¡fea, por cierto!) a la banda que lo fue a prender. Era, desde luego, de noche; pero su rostro no irradiaba esplendor divino. *Habitu inventus ut homo...* (cf. Mt 26.48; Phil 2,8).

no prevalecería puerta alguna del infierno (Mt 16,18), levantado que fue por el Logos de las puertas de la muerte, a fin de anunciar todas las alabanzas de Dios en las puertas de la hija de Sión (Ps 9,14-15); y la ven también los que, por tener su origen de palabras de gran voz, nada les faltará para ser hijos del trueno (Mc 3,17).

Mas ¿de dónde pudiera venirle a Celso y a los enemigos de la Razón divina, que no examinan con amor a la verdad la doctrina del cristianismo, el conocimiento de las diferentes formas de Jesús? Y yo añado también de sus edades y de cualquier acción por El hecha antes de su pasión y resurrección de entre los muertos.

78. Ningún bien se ha hecho nunca sin el «Logos»

Seguidamente dice Celso: "Además, si Dios, despertando de largo sueño, como el Zeus del poeta cómico *(Com. Att.* fragm.3 p.406; fragm.43 [T. Kock]), quería librar de sus calamidades al género humano, ¿por qué, a la postre, mandó a un rincón de la tierra ese espíritu que decís? Más bien debiera haber soplado igualmente en muchos cuerpos y haberlos enviado por todo lo descubierto de la tierra. Por lo menos el cómico, para hacer reír en el teatro, escribió que, al despertar Zeus, despachó a Hermes camino de los atenienses y lacedemonios. ¿Y tú no piensas poner más en ridículo al Hijo de Dios al ser enviado a los judíos?" Una vez más es de ver la irreverencia de Celso, que, de forma indigna de un filósofo, alega un poeta cómico y compara con Zeus dormido, que envía luego a Hermes, a nuestro Dios, creador del universo.

Ya antes hemos dicho que Dios no envió a Jesús al género humano como si despertara de largo sueño; que si bien, por causas razonables, cumplió ahora la economía o dispensación de la encarnación, en todo momento dispensó sus beneficios al género humano. Y es así que ningún bien se hace entre los hombres sin que el Verbo divino more en las almas de quienes, siquiera por breve tiempo, son capaces de recibir esas operaciones suyas. Además, que Jesús viniera, al parecer, a un rincón de la tierra, se hizo también con buenas razones. Convenía, en efecto, que el Cristo profetizado viniera a los que conocían a un solo Dios, y leían a sus profetas y sabían que el Mesías era predicado, y viniera en el momento en que, de un rincón, la palabra divina se derramaría por todo lo descubierto de la tierra.

79. Cristo hace muchos cristos

Por eso, para que todo el orbe de los hombres fuera iluminado por el Verbo de Dios, no fue menester que hubiera por dondequiera muchos cuerpos y muchos espíritus semejantes al de Jesús, pues bastaba que el Verbo único, naciendo en Judea como *sol de justicia* (Mal 4,2), enviara desde allí sus rayos, que llegan al alma de los que quieren recibirlo. Mas, si se quiere ver muchos cuerpos llenos[47] de espíritu divino, a la manera del que había en el solo Cristo, que trabajan por dondequiera para la salud de los hombres, considere a quienes por dondequiera predican sanamente y con recta vida la doctrina de Jesús, los cuales son también llamados cristos por las divinas Escrituras en este texto: *No toquéis a mis cristos, ni maldad cometáis con mis profetas* (Ps 104,15). Efectivamente, a la manera que hemos oído que viene el anticristo, y no menos sabemos que hay en el mundo muchos anticristos (1 Io 2,18); así, sabiendo que ha venido Cristo, vemos que, por El, muchos se han hecho cristos en el mundo; aquellos que, como El, han amado la justicia y aborrecido la iniquidad, y, por eso, también a ellos ungió Dios, el Dios de Cristo, con el óleo del regocijo (Ps 44,8; Hebr 1,9). Ahora bien, Aquél, por haber amado la justicia y aborrecido la iniquidad más que sus compañeros, recibió las primicias de la unción y, si cabe decirlo así, la unción entera del óleo del regocijo; sus compañeros, empero, recibieron de su unción la parte de que fue capaz cada uno. Por eso, puesto que Cristo es cabeza de la Iglesia (Col 1,18), de suerte que Cristo y la Iglesia forman un solo cuerpo, el ungüento ha bajado de la cabeza a la barba de Aarón, símbolo que es del varón perfecto, y llegó, en su descenso, hasta la franja de su vestidura (Ps 132,2). Quede esto dicho contra la irreverente frase de Celso de que "hubiera convenido soplar igualmente sobre muchos cuerpos y enviarlos por todo lo descubierto de la tierra".

Así, pues, el poeta cómico, para hacer reír, presentó a Zeus durmiendo, despierto luego y que envía a Hermes a los griegos; mas la razón, que sabe que la naturaleza divina es incapaz de sueño, nos enseñará que Dios dispone las cosas del mundo según sus propios momentos, según pide lo razonable. Pero no es de maravillar que, por ser los juicios de Dios grandes y difíciles de explicar, caigan en el error las almas sin ciencia (Sap 17,1) y, con ellas, Celso. Nada, pues, hay de ridículo en que el Hijo de Dios fuera enviado a los

[47] πληρώσαντα M: ἐπιπληρώσαντα Bo., We.

judíos, entre los cuales vivieron los profetas; partiendo de allí corporalmente, por su virtud y espíritu, se levantaría sobre el mundo de las almas que no quería seguir privado de Dios.

80. Los judíos, pueblo destinado a perecer

Después de esto, se le antojó a Celso decir que "los caldeos son pueblo divinísimo desde el principio", cuando de ellos se propagó entre los hombres la engañosa astrología. Entre los pueblos divinísimos cuenta también Celso a los magos, de quienes toma su nombre la magia, que de ellos pasó a las demás naciones para ruina y perdición de los que usan de ella. En cuanto a los egipcios, Celso mismo los tiene anteriormente en error (III 17), como gentes que tienen magníficos recintos de los que ellos consideran sus templos, y dentro no hay sino monos, cocodrilos, cabras, áspides o cualquier animal por el estilo. Ahora, empero, le da a Celso por decir que también los egipcios son pueblo divinísimo, y divinísimo desde el principio, seguramente porque desde el principio han sido hostiles a los judíos. También los persas, que se casan con sus madres y se ayuntan con sus hijas, le parecen a Celso ser un pueblo inspirado de Dios (V 27), y hasta los indios, de algunos de los cuales dijo anteriormente (V 34) que comen carne humana. De los judíos, empero, señaladamente los antiguos, que nada de esto hacen, no sólo no dijo ser pueblo divinísimo, sino que han de perecer inmediatamente (VIII 69). Y esto dice ya de ellos como un augur, por no ver la dispensación de Dios acerca de los judíos y su sagrada y antigua república; como tampoco vio que, por su caída, vino la salud a las naciones, y que su caída es riqueza del mundo y su menoscabo riqueza de las naciones, hasta que entre la plenitud de las naciones y después de ello se salve todo Israel (Rom 11,11-12.25-26), del que no tiene idea Celso.

81. Final del libro sexto

Luego, no sé por qué razón, le da por afirmar acerca de Dios que, "no obstante saberlo todo, no supo que enviaba a su Hijo a hombres malvados que pecarían y lo ajusticiarían". Pero ahora parece olvidarse de propósito de la doctrina, según la cual todo lo que había de sufrir Jesucristo fue de antemano visto y predicho por los profetas de Dios (Lc 24,26-27). Lo cual no concuerda con eso de que "Dios ignorara que

enviaba a su Hijo a hombres malvados que pecarían y los ajusticiarían". Cierto que inmediatamente dice que, para defensa, decimos nosotros haber sido todo esto profetizado (cf. VII 2).

Pero nuestro libro sexto ha adquirido ya bastante volumen; por lo cual damos aquí fin a nuestro razonamiento, para comenzar, con el favor de Dios, el séptimo, en que Celso cree refutar nuestra doctrina de que los profetas predijeron todo lo que a Jesús se refiere. Sin embargo, como el tema es largo y necesita de largo razonamiento, no hemos querido abreviarlo, forzados por la extensión del libro, ni tampoco, a trueque de no acortar el razonamiento, hacer el tomo sexto demasiado grande y desmedido.

LIBRO SEPTIMO

1. Destrúyelos por tu verdad

En los seis libros anteriores, piadoso hermano Ambrosio, hemos impugnado, según nuestras fuerzas, las acusaciones de Celso contra los cristianos, y, en lo posible, nada hemos omitido sin contrastar y examinar y a que, según nuestros alcances, no hayamos contestado [1]. Ahora, después de invocar a Dios por medio del mismo Jesucristo, a quien recrimina Celso que, pues es la verdad (Io 14,6), haga brillar en nuestro corazón los argumentos que refutan la mentira, comenzamos el libro séptimo, dirigiendo a Dios la oración de la palabra profética: *Por tu verdad, destrúyelos* (Ps 53,7); quiere decir, evidentemente, a los discursos contrarios a la verdad, pues éstos quedan destruidos por la verdad de Dios. De este modo todos los que, destruidos esos discursos, se vean libres de toda distracción [2], podrán decir lo que sigue en el salmo: *De buen grado te sacrificaré* (ibid., 8), ofreciendo al Dios del universo un sacrificio espiritual y sin humo.

2. Vuelta al tema de las profecías

Ahora se propone Celso censurar la doctrina según la cual cuanto atañe a Jesucristo fue profetizado por los profetas del pueblo judío. Y empecemos por examinar su opinión de que quienes introducen un Dios distinto del Dios de los judíos no pueden en modo alguno responder a sus objeciones. En cuanto a nosotros, que mantenemos el mismo Dios, dice que buscamos nuestro refugio en la defensa de las profecías acerca de Jesucristo. He aquí sus palabras: "Veamos dónde buscarán excusa: los que introducen un Dios distinto no tienen ninguna; los que admiten el mismo Dios que los judíos, nos dirán una vez más la sabia sentencia de que así tenía que suceder. ¿Prueba? Porque de antiguo estaba profetizado" (cf. VI 81). A esto contestaremos que cuanto Celso ha dicho contra Jesús y los cristianos en pasajes poco anteriores (VI 72-75.87), son cosas de tan poco tomo, que aun los que introducen otro Dios—y al hacerlo cometen una impiedad—

[1] πρὸς ὃ ὡς M: πρὸς ὃ οὐχ ὡς We.
[2] πάντες M: παντός K. tr.

pueden refutar con la mayor facilidad sus dichos. Y si no fuera inconveniente dar ocasión a los débiles de admitir dogmas falsos, nosotros mismos lo hiciéramos, con lo que demostraríamos la mentira de que quienes admiten un Dios distinto no tienen qué responder a las aserciones de Celso. Pero no; nosotros, aparte lo anteriormente dicho (I 35-37.48; II 28-29.37; III 2-4; VI 19-21), vamos ahora a emprender la defensa de los profetas.

3. Los oráculos antiguos.—La Pitia

Dice, pues: "Los oráculos dados por la sacerdotisa de Apolo Pítico, o las sacerdotisas de Dodona, o de Claros, o en los Branquidas, o en el templo de Ammón o por otros infinitos adivinos, por los que fue poblada casi toda la tierra, no los reputan en nada; mas lo que se dijo—o no se dijo—en Judea al estilo de aquellas gentes, y como aún hoy día lo acostumbran los que habitan en derredor de Palestina y Fenecia, eso sí lo tienen por cosa de maravilla e inmutable". Digamos, pues, acerca de los oráculos enumerados que pudiéramos recoger de Aristóteles y de los peripatéticos una serie no pequeña de textos para refutar lo que se dice sobre la Pitia y demás oráculos; y pudiéramos igualmente aducir lo que dice Epicuro y los que siguen su doctrina sobre los dichos oráculos, y demostrar así que, aun entre los griegos, hay quienes rechazan las supuestas profecias, admiradas en toda la Hélade (cf. PSEUDO-ARIST., *De mundo* 4; H. USENER, *Epicurea* fragm.395).

Pero demos de barato no ser invenciones ni pretensiones de gentes que pretenden estar inspirados de Dios los oráculos de la Pitia y demás; pues veamos si, aun concedido eso, nos pueden demostrar quienes con amor a la verdad examinan las cosas que, aun quien acepte la realidad de esos oráculos, no tiene por qué aceptar que hay en ellos dioses de ninguna especie; sí, por lo contrario, ciertos démones malos y espíritus hostiles al género humano que impiden la ascensión del alma y su progreso en la virtud y el establecimiento de la verdadera piedad para con Dios. Se cuenta, pues, de la Pitia —oráculo que parece ser el más famoso de todos—que, sentada la profetisa de Apolo junto a la boca de la caverna Castolia, recibe espíritu a través de los senos femeninos; llena de ese espíritu, pronuncia esos que se tienen por oráculos sagrados y divinos. Por donde es de ver si no se muestra impuro y profano ese espíritu al no entrar en el alma de la profetisa por poros abiertos e invisibles, mucho más puros

que los senos femeniles, sino por partes que no es lícito mirar a un hombre honesto, no digamos tocarlas[3]. Y esto no lo hace una o dos veces, cosa que fuera acaso tolerable, sino cuantas se cree que profetiza por inspiración de Apolo. Además, sacar fuera de sí a la que se supone profetiza y llevarla a un estado de frenesí, de modo que no esté absolutamente en sus cabales, no es obra del espíritu divino. Y es así que quien está poseso del espíritu divino debiera sacar más provecho, en orden a lo conveniente o útil, que cualquiera de los que buscan instruirse por los oráculos acerca de lo que puede ayudarles a llevar una vida moderada y conforme a naturaleza, y mostrarse más lúcido justamente en el momento en que lo divino se une con él.

4. Contraste con los verdaderos profetas

Por eso, nosotros demostraremos por las Sagradas Escrituras que los profetas de los judíos, iluminados por el Espíritu Santo en la medida que les era provechoso a los mismos que profetizaban, eran los primeros en gozar de la venida a sus almas de un ser superior; y por el contacto, digámoslo así, con su alma del que se llama Espíritu Santo, se hacían más lúcidos de inteligencia y más brillantes de alma. Es más, el cuerpo mismo no era ya obstáculo para la vida de virtud, como muerto que estaba a la que nosotros llamamos *prudencia de la carne* (Rom 8,6ss). Porque estamos persuadidos que las *obras del cuerpo* (Rom 8,13) y las enemistades contra Dios que surgen de la prudencia de la carne son mortificadas por obra de un espíritu divino. Ahora bien, si, cuando profetiza, sale la Pitia de sí y no está en sus cabales, ¿qué linaje de espíritu hay que pensar sea ese que derrama tinieblas en la inteligencia y razonamientos? Sin duda del linaje de los démones, que no pocos cristianos arrojan de quienes los padecen, y ello sin medio curioso alguno, sin fórmulas mágicas ni hechizos, sino con sola la oración y conjuros sencillos, cuales pudiera pronunciar el hombre más simple. Efectivamente, por lo general son hombres simples los que hacen eso, demostrándonos así la gracia que hay en la palabra de Cristo, la vileza y debilidad de los démones, pues no es menester para vencerlos y obligarles a que salgan, obedientes, del cuerpo y alma de los hombres, de sabio alguno, experto en demostrar la fe por argumentos lógicos.

[3] οὔπω λέγεσθαι M: οὔπω λέγω ὅτι καὶ ἅπτεσθαι Wifstrand.

5. Demonología origeniana

Además, si no sólo entre cristianos y judíos, sino también entre muchos de los griegos y bárbaros se cree que el alma humana vive y persiste después de separarse del cuerpo; si la razón demuestra que el alma pura y no agravada con el plomo de la maldad se levanta sobre los aires camino de los lugares de los cuerpos puros y etéreos, dejando los gruesos cuerpos de acá abajo y las impurezas de que están llenos (cf. VI 73), y la mala, arrastrada por sus pecados hacia la tierra y sin poder ni respirar, anda por aquí errante y rodando, ora por los sepulcros, donde han sido vistas apariciones de almas umbrátiles, ora simplemente por parajes de la tierra (PLAT., *Phaidon* 81c,d; cf. *supra* II 60), ¿qué linaje de espíritus hay que pensar sean esos que, siglos enteros, por decirlo así, permanecen ligados a ciertas moradas y lugares, ora se deba a encantos mágicos, ora a su propia maldad? La razón, efectivamente, nos convence que deben tenerse por malos, espíritus que se valen de su poder adivinatorio, de suyo indiferente, para engañar a los hombres y apartarlos de Dios y de la pura piedad para con El. Y que sean tales demuéstralo también el hecho de que sus cuerpos, alimentados por los perfumes de los sacrificios y por las porciones de sangre y holocaustos, como quienes hallan ahí sus delicias, se quedan en esos lugares por amor, como quien dice, a la vida; a la manera de esos hombres malvados que no quieren saber nada de la vida pura fuera de los cuerpos, sino que, llevados de su amor a los placeres corporales, no aspiran a más vida que la que se lleva en el cuerpo terreno.

Por lo demás, si el Apolo de Delfos era dios, como se imaginan los griegos, ¿a quién mejor pudiera escoger por profeta sino a un sabio, o, dado caso que no lo hallara, a quien hiciera progresos en la sabiduría? ¿Y por qué no prefirió que profetizara un hombre, y no una mujer? Y ya que quiso fuera una mujer, por no poder disponer de un hombre o porque no hallara gusto más que en los senos femeniles, ¿no hubiera estado mejor escogerse una virgen, y no una mujer casada, que anunciara su voluntad?

6. Recuerdo socrático.—Homero

Pero lo cierto es que el dios pítico, tan admirado por los griegos, no tuvo por digno de la posesión divina, como suponen los griegos, ni a un sabio, ni siquiera a un varón; y, dentro del sexo femenino, no se escogió a una virgen, ni

sabia y formada en la filosofía, sino a una mujer vulgar. Acaso los hombres superiores eran demasiado buenos para que en ellos obrara la posesión divina. Por otra parte, si era dios, debiera haberse valido de su presciencia como de cebo, por decirlo así, para atraer a los hombres a la conversión, al cuidado de sí mismos y a la mejora moral. Pero lo cierto es que nada nos ha transmitido la historia sobre eso. Cierto que declaró a Sócrates por el más sabio de todos los hombres (PLAT., *Apol.* 21A); pero oscureció su elogio con lo que añadió acerca de Eurípides y Sófocles:

"Sabio Sófocles, más sabio Eurípides" [4].

Así, pues, si es cierto que Sócrates es tenido por superior a los poetas trágicos que el oráculo llamó sabios—poetas que luchan en la escena o sobre la *orquesta* [5] por razón de cualquier premio, y unas veces infunden pena y compasión a los espectadores, otras les arrancan risas irreverentes (pues ése es el objeto de los dramas satíricos)—, no se lo declara venerable en absoluto por su filosofía y amor a la verdad ni se lo alaba por ser venerable. Lo probable es que no tanto lo llamó Apolo el más sabio de los hombres por razón de su filosofía cuanto por la grasa de los sacrificios que le ofrecía a él y a los otros démones (XEN., *Memor.* I 1,2; cf. VI 4).

Y parece que los démones hacen lo que se les pide antes bien por razón de los sacrificios que se les ofrecen que no por razón de las obras de la virtud. Así se explica que Homero, el mejor de los poetas, al contar lo sucedido y queriendo instruirnos sobre lo que mueve señaladamente a los démones a hacer lo que piden quienes les ofrecen sacrificios, introdujo a Crises, que, por unas pocas coronas y unos cuantos muslos de toros y cabras, alcanzó cuanto pidió contra los griegos por causa de su propia hija, es decir, que apremiados por la peste, le devolvieran a Criseida (HOM., *Ilíada* 1,34-53). Recuerdo haber leído en un filósofo pitagórico que escribió sobre lo que el poeta dice ocultamente que la oración de Crises a Apolo y la peste que éste manda a los griegos son prueba de que sabía Homero haber ciertos démones que se complacen en las grasas de los sacrificios y

[4] El oráculo dijo sobre Sócrates, según Suidas, s.v.:
"Sabio Sófocles, más sabio Eurípides;
pero de entre todos los hombres, el más sabio Sócrates".

Bien sabido es, por la *Apología* platónica, el nuevo rumbo que, por razón del oráculo, tomó la vida de Sócrates y lo caro que le costó dedicarse a la inútil tarea de examinar a los hombres. ¡No hay quien aguante a un tábano sobre su piel! Y de tábano se calificó a sí mismo Sócrates sobre la piel de Atenas, caballo noble y perezoso.

[5] La *orquesta* era el lugar del teatro en que danzaba el coro.

conceden a quienes sacrifican, si se la piden, la destrucción de los otros. Y el que en Dodona, la de duros inviernos, sólo impera donde están sus intérpretes, que andan los pies descalzos y duermen sobre el suelo (HOM., *Illiada* 16,23s), desechó al sexo masculino para la profecía y se vale de las sacerdotisas de Dodona, como lo expuso el mismo Celso. Mas, aunque demos que haya otro oráculo semejante en Claros, otro en los Branquidas y otro en el templo de Ammón, o en cualquier otro paraje de la tierra en que se adivina, ¿cómo se demostrará que hay allí dioses y no ciertos espíritus demónicos?

7. Contraste con los grandes profetas de Israel

Los profetas, empero, de los judíos unos fueron sabios antes de recibir el carisma profético y la inspiración divina; otros se hicieron tales al ser iluminada su inteligencia por la profecía misma, escogidos que fueron por la divina providencia para serles confiado el Espíritu divino y las palabras que de El vendrían, por razón de lo inimitable de su vida, por su temple firme y libre y por su intrepidez absoluta ante la muerte y el peligro. Y, a la verdad, tales demuestra la razón misma que deben ser los profetas de Dios, ante los cuales parecen juegos de niños la firmeza de un Antístenes, de un Crates y de un Diógenes (cf. II 41). Ellos, por su amor a la verdad y por su libertad en reprender a los que pecaban, fueron apedreados, aserrados, tentados, pasados a filo de espada. Anduvieron errantes, vestidos de pieles de ovejas y de cabras, privados de todo, maltratados, perdidos por los desiertos y montes, y por las cuevas y aberturas de la tierra; de los que no era digno todo el ornato de la tierra (Hebr 11,37-38); ellos, que miraban siempre a Dios y a las cosas invisibles de Dios, que no se ven por los sentidos y por eso son eternas (2 Cor 4,18).

Escrita está la vida de cada uno de los profetas; mas, de momento, basta aludir a la de Moisés, pues también de él se aducen profecías consignadas en la ley; a la de Jeremías, que consta en la profecía que lleva su nombre; y a la de Isaías, que superó toda ascesis al andar por tres años desnudo y descalzo (Is 20,2-3). Miremos también la dura vida de unos niños, de Daniel y sus compañeros, leyendo cómo bebían agua, se alimentaban de legumbres y se abstenían de carnes (Dan 1,11-16). Y el que sea capaz, vea lo que aconteció anteriormente, cómo profetizó Noé, cómo pro-

féticamente Isaac bendijo a su hijo y cómo Jacob fue diciendo a cada uno de los doce: *Venid, que voy a anunciaros lo que sucederá al fin de los días* (Gen 9,25-27; 27,27-29; 49,1). Todos estos y otros infinitos, que fueron profetas de Dios, predijeron también lo atañente a Jesucristo. Por eso, ningún caso hacemos de las predicciones de la Pitia, ni de las sacerdotisas de Dodona, ni de las de Claros, de los Branquidas o del templo de Ammón ni de otros innumerables que se dicen adivinos. Admiramos, empero, a los profetas de Judea, pues vemos que su vida fuerte, firme y santa era digna de un Espíritu divino, que profetizó de manera nueva, que nada tenía que ver con las adivinaciones de los démones.

8. Contra la ligereza de Celso

No sé por qué razón, después de decir Celso: "Lo dicho por los de Judea a la manera de aquellas gentes", añadió: "o lo no dicho". Con ello afirma, como un incrédulo, ser posible que no se dijeran aquellas cosas y se escribieran sin haberse dicho. Es que no advierte a los tiempos y que mucho antes dijeron los profetas infinitas cosas, incluso sobre el advenimiento de Cristo. Además, con intención de desacreditar a los antiguos profetas dice que "profetizaron a la manera que aún hoy día acostumbran hacer los que viven en los contornos de Palestina y Fenicia". Pero no se ve claro si habla de hombres ajenos a la doctrina de judíos y cristianos, o de quienes profeticen a estilo de los profetas judíos. Mas como quiera que se tome lo que dice, se demuestra ser falso. Porque ni los que son ajenos a la fe han hecho jamás nada semejante a los profetas, ni se cuenta que, después de la venida de Jesús, haya habido nuevos profetas entre los judíos. Y es así que, por confesión universal, el Espíritu Santo los ha abandonado, por haber cometido una impiedad contra Dios y contra el que fue profetizado por sus profetas. Signos, empero, del Espíritu Santo se dieron muchos al comenzar Jesús su enseñanza, muchos más después de su ascensión, menos más adelante. Sin embargo, aún ahora quedan algunos rastros de El en unos pocos, cuyas almas están purificadas por el Logos y por una vida conforme al mismo (I 2; II 8.33). *Porque un espíritu santo de disciplina huirá del embuste y se apartará de pensamientos insensatos* (Sap 1,5).

9. Un «profeta» en acción

Mas ya que Celso promete explicar cómo se profetiza en Fenicia o Palestina, como cosa que él ha oído y puntualmente observado, consideremos también este punto. Empieza diciendo que "hay diversas clases de profecías", pero no las explica. Tampoco hubiera podido, pues se trata de una baladronada mentirosa. Veamos, pues, la que dice ser más cabal entre los hombres de aquella tierra. "Muchos son —dice—esos profetas, gentes sin nombre, que con la mayor facilidad y por cualquier pretexto echan sus peroratas dentro o fuera de los templos. De ellos hay que andan mendigando (cf. I 9; II 55 *sub finem)* y recorren las ciudades y se meten por los campamentos, movidos, dicen, a dar un oráculo. Cualquiera de ellos tiene a mano su acostumbrado discurso: "Yo soy Dios (o Hijo de Dios o Espíritu divino). Heme aquí que he venido, pues el mundo está ya pereciendo y vosotros, ¡oh hombres!, perecéis por vuestras iniquidades. Yo os quiero salvar, y me veréis que otra vez retorno con poder celeste. Bienaventurado el que ahora me dé culto; mas, sobre todos los otros, ciudades y lugares, arrojaré fuego eterno. Y los hombres que no saben sus propias penas, se arrepentirán y gemirán en vano; mas a los que me creyeren, los guardaré eternos". Seguidamente dice: "Después de estas baladronadas, añaden una tiramira de palabras desconocidas, desatinadas y totalmente oscuras, cuyo sentido ningún hombre inteligente pudiera hallar, pues realmente nada significan; pero a cualquier insensato o charlatán le da la mejor ocasión de entenderlas como se le antoja".

10. La variedad de estilo de los profetas

Ahora bien, si Celso hubiera sido sincero en su acusación, debiera haber citado literalmente las profecías, ora aquellas en que se presentaba hablando al Dios omnipotente, ora aquellas en que se creía hablaba el Hijo de Dios o el Espíritu Santo. Así se viera su empeño en refutar los dichos proféticos y mostrar que no eran divinamente inspirados aquellos discursos que contienen una conversión de los pecados o una reprensión de los hombres del tiempo o una predicción sobre lo por venir. Tal es la razón por que los contemporáneos de los profetas pusieron por escrito y conservaron sus profecías, a fin de que también los posteriores,

al leerlas, las admiraran como palabras de Dios, se aprovecharan no sólo de las que reprenden y exhortan a la conversión, sino también de las que predicen, convenciéndose, por su cumplimiento, haber sido un espíritu divino el que las predijo, y así perseveraran en la práctica de la religión conforme al Logos, creyendo a la ley y a los profetas. Ahora bien, todo aquello que los oyentes era bien entendieran inmediatamente, pues era parte para la corrección de sus costumbres, lo dijeron, conforme a la voluntad de Dios, sin velo de ninguna clase; lo misterioso, empero, lo que es objeto de contemplación y teoría, que va más allá de lo que puede oír el vulgo, lo expresaron por medio de enigmas y alegorías, los que se llaman discursos oscuros, parábolas y proverbios (cf. Num 12,8; 1 Cor 13,12; Prov 1,6; *supra* III 45). De este modo, los que no rehúyen el esfuerzo, sino que soportan todo esfuerzo por amor de la virtud y la verdad, lo examinan y hallan su sentido, y, habiéndolo hallado, lo aplican según pide la razón. Pero este magnífico Celso, como despechado de no entender esos discursos de los profetas, se desata en insultos contra ellos, diciendo: "Después de esas baladronadas, añaden una tiramira de palabras desconocidas, desatinadas y totalmente oscuras, cuyo sentido no podría averiguar ningún hombre inteligente, pues realmente no lo tienen, pero dan buena ocasión a cualquier botarate o charlatán para aplicárselas como se le antoja". A mi parecer, aquí habla Celso maliciosamente, con intento de impedir, en cuanto de él dependa, que quienes lean las profecías traten de inquirir y examinar su sentido, y le pasa como a los que dijeron de cierto profeta que entró a cierto personaje y le anunció lo por venir: *¿A qué ha entrado a ti ese loco?* (Reg 9,11).

11. Orígenes da ejemplo

Indudablemente, hay razonamientos más sabios que los que nosotros alcanzamos con que se puede demostrar que Celso miente en esto que dice, y que las profecías están divinamente inspiradas; sin embargo, según nuestras fuerzas, también nosotros lo hemos hecho, comentando verso por verso las que Celso llama palabras desatinadas y de todo punto oscuras, en nuestros estudios sobre Isaías, Ezequiel y algunos de los doce profetas menores[6] . Y si Dios nos diere algún progreso en la inteligencia de su palabra, en los tiempos que El quisiere, añadiremos a lo ya comentado lo que falta

[6] Estos comentarios fueron escritos durante la estancia de Orígenes en Cesarea (EUS., *HE* VI 32) hacia los años 238-244, pero no se conservan.

o lo que llegáremos a entender con claridad. Y otros también, dotados de inteligencia, que quieran estudiar la Escritura, podrán hallar su sentido, pues si es cierto que en muchos puntos es verdaderamente oscura, no lo es que, como afirma Celso, no tenga ningún sentido. Tampoco puede cualquier insensato o charlatán alisarlo todo y aplicar lo que se dice como se le antojare; no, sólo el que de verdad sea sabio en Cristo—y todo el que lo sea—puede presentar todo el contexto de lo que veladamente se dice en las profecías; hay que *comparar lo espiritual con lo espiritual* (1 Cor 2,13) y demostrar cada uno de los hallazgos por el uso ordinario de las Escrituras.

Tampoco es de creer Celso cuando dice haber oído con sus propios oídos a parejos hombres, pues en sus tiempos no hubo profetas parecidos a los antiguos. En tal caso, a la manera como se escribieron las profecías antiguas, se hubieran también consignado las posteriores por obra de quienes las recibieron y admiraron. A mi ver, es de todo punto patente la mentira de Celso cuando dice que "los supuestos profetas, argüidos por él, le confesaron tratarse de un fraude y que se inventaban los desatinos que pronunciaban". Su deber fuera haber citado los nombres de quienes dice haber oído con sus propios oídos, y así, por los nombres, si es que los podía alegar, apareciera claro a quienes pueden juzgar si decía la verdad o mentía.

12. Nada hay malo ni torpe en las Escrituras

Opina además Celso que quienes defienden la causa de Cristo por los profetas nada tienen que responder desde el momento en que aparece algo malo, torpe, impuro o abominable que se dice acerca de Dios. De ahí es que, como si no hubiera defensa alguna, se saca Celso infinitas conclusiones acerca de cosas que no se le han concedido. Pero es de saber que quienes quieren ordenar su vida conforme a las divinas Escrituras, y saben que *la ciencia del insensato son discursos ininteligibles* (Eccli 21,21); los que además han leído: *Prontos siempre a responder a todo el que os pida razón de vuestra esperanza* (1 Petr 3,15), no se refugian solamente en que todo esto fue predicho (VII 2), sino que tratan de resolver las aparentes contradicciones y demostrar que nada hay en las Escrituras malo ni torpe, impuro ni abominable; a lo más, tal aparece a los

que no saben cómo haya de entenderse la Escritura divina [7]. En cuanto a Celso, debiera haber alegado lo que en los profetas le pareció malo, lo que le dio impresión de torpeza, lo que tuvo por impuro o supuso ser abominable, dado caso que viera haber dicho los profetas cosas semejantes; así su razonamiento hubiera resultado más impresionante y más apto para lograr su intento. Pero la verdad es que nada alega, sino que se contenta con bravuconear que tales cosas aparecen en las Escrituras, levantándoles falso testimonio. Ahora bien, no hay razón que nos persuada a responder a ruidos hueros y demostrar que en los discursos de los profetas no hay nada malo ni torpe, impuro ni abominable.

13. Dios, como tal, no come

Pero tampoco es cierto que "Dios haga o padezca cosas torpísimas", ni que "esté al servicio del mal", como piensa Celso; pues nada de eso fue predicho. Y si él afirma "haber sido predicho que Dios estaría al servicio del mal o que haría o padecería cosas torpísimas", debiera haber aducido los textos de los profetas que lo demuestren y no querer manchar sin razón a quienes le escuchan. Los profetas predijeron, desde luego, lo que padecería Cristo, y hasta dijeron la causa por que padecería; y también Dios sabía lo que padecería su ungido; pero ¿de dónde sacar que esos sufrimientos eran "lo más abominable e impuro que cabe imaginar", como afirma Celso? Pero acaso nos enseñe cómo efectivamente fueron cosas abominables e impurísimas las que sufrió Dios cuando dice que Dios "comiera carnes de oveja y bebiera hiel y vinagre, ¿qué otra cosa era sino comer porquerías?" Pero, según nosotros, Dios no comía carnes de oveja; pues, si es cierto que Jesús parecía comer, comía en cuanto llevaba un cuerpo. Respecto de la hiel y vinagre, que fueron profetizados en el salmo:

Y mezcláronme hiel en la comida
y en mi sed me abrevaron con vinagre (Ps 68,22),

ya hablamos de ello anteriormente (II 37), y Celso nos fuerza a repetirnos. Y es así que todos los que acechan contra la palabra de la verdad ofrecen a Cristo, Hijo de Dios, la hiel de su maldad y el vinagre de su propia propensión a lo peor; pero El, una vez probado, no lo quiere beber (Mt 27,34).

[7] La versión se funda en la corrección de Wifstrand: τοιοῦτον φαίνεσθαι τοῖς ὡς χρὴ ἐκδέχεσθαι μὴ συνιεῖσι...

14. Supuesto gratuito

Seguidamente, con intento de derrocar la fe de quienes aceptan la historia de Jesús por el hecho de haber sido profetizada, dice: "Ea, pues, ¿es que porque predijeran los profetas que el gran Dios—para no decir nada más grueso—había de ser esclavo o sufrir una enfermedad o morir, tenía Dios que morirse buenamente, ser esclavo o estar enfermo, sólo porque así fue predicho, para que, una vez muerto, se creyera que era Dios? Pero los profetas no pueden predecir nada de eso, pues es malo e impío. Luego no hay que mirar si predijeron o no predijeron, sino si la obra es digna de Dios y buena; porque a lo feo y malo, aunque en un arrebato de locura pareciera que lo profetizaban todos los hombres, no se le debe dar fe. ¿Cómo, pues, tener por santas las cosas hechas con éste, como si fuera Dios?" Por aquí se ve haber supuesto Celso que este capítulo de las profecías sobre Jesús tenía alguna fuerza para persuadir a los oyentes, y así trata de invalidar el razonamiento con otro argumento probable, y así dice: "Luego no hay que mirar si predijeron o no predijeron". Cuando, si quería impugnar nuestra tesis con demostraciones y no con sofismas, debiera haber dicho: Luego hay que "demostrar que no predijeron, o, si predijeron, que no se cumplió en Jesús lo que se dijo acerca del Mesías". Y luego aducir lo que él tuviera por demostración. Así se hubiera visto qué cosas dicen los profetas, referidas por nosotros a Jesús, y cómo Celso demuestra la falsedad de nuestra interpretación. Y se vería también si refuta noblemente los pasajes de los profetas que nosotros aplicamos a la historia de Jesús, o se le convence de querer violentar descaradamente la evidencia de la verdad, como si no fuera verdad.

15. Refútase el falso supuesto

Celso supone cosas imposibles e inconvenientes a Dios y dice: "Si eso se profetizara acerca del Dios supremo, ¿acaso, por el mero hecho de predecirse, habría que creer tales cosas acerca de Dios?" Y se imagina poder concluir de ahí que, aun cuando realmente los profetas hubieran predicho tales cosas acerca del Hijo de Dios, sería imposible creer lo que se predijo tenía que padecer o hacer. A esto hay que decir que la hipótesis de Celso es absurda, pues une entre sí cosas que terminan en contradicción. Lo cual se demuestra así: Si realmente los profetas del Dios supremo dicen que Dios será un

esclavo y enfermará y hasta morirá [8], todo eso le acaecerá a Dios, pues es forzoso que los profetas del Dios sumo digan la verdad. Pero también es cierto que, si los verdaderos profetas del Dios sumo dicen esas cosas, puesto que lo imposible por naturaleza no es verdad, no puede acaecerle a Dios lo que verdaderamente dicen los profetas. Ahora bien, cuando dos premisas hipotéticas terminan en conclusiones contradictorias en el silogismo llamado de dos proposiciones, se destruye el antecedente de las dos premisas, que, en el caso presente, es que los profetas predijeran que el gran Dios sería esclavo, enfermaría o moriría. Conclúyese, pues, que los profetas no predijeran que el gran Dios sería esclavo, enfermaría o moriría. Y el razonamiento se formula así: Si es A, también B; si es A, no es B; luego tampoco A.

Los estoicos aducen sobre esta materia el siguiente argumento: Si sabes que estás muerto, estás muerto; si sabes que estás muerto, no estás muerto; síguese que no sabes que estás muerto. Y demuestran las premisas del modo siguiente: Si sabes que estás muerto, lo que sabes es verdad; luego es verdad que estás muerto. Pero, a la vez, si sabes que estás muerto, y es verdad que lo sabes [9], no estás muerto. Mas como el muerto no sabe nada, es evidente que, si sabes que estás muerto, no estás muerto. Síguese, como dije, de ambas premisas: Luego no sabes que estás muerto. Algo semejante sucede con la hipótesis de Celso al sentar la proposición que citamos.

16. Ningún cristiano dice que Dios muere

Mas ni siquiera lo que hemos tomado como hipótesis tiene nada que ver con las profecías acerca de Jesús, pues las profecías no predijeron que Dios sería crucificado; ni siquiera las que hablan del que aceptó la muerte: *Y lo vimos y no tenía forma ni hermosura; su forma era sin honor y muy inferior a la de los hijos de los hombres: hombre que está en azote y trabajo y que sabe soportar enfermedad* (Is 53,2-3). Donde es de ver cómo llaman hombre al que sufrió cosas humanas. Y el mismo Jesús, que sabía puntualmente que lo que muere es hombre, dijo a los que acechaban a su vida: *Y ahora buscáis matarme, a mí, hombre que os he dicho la verdad que oí de Dios* (Io 8,40). Y si algo de divino había

[8] ἀεὶ ἢ M: ἢ καὶ Chadwick.
[9] K. tr. corrige: εἰ ἐπίστασαι ὅτι τέθνηκας, καὶ ἔστιν τὸ ἐπίστασαι ὅτι τέθνηκας.

en el hombre que se suponía en él, y esto divino era el Unigénito del Padre (Io 1,14) y el Primogénito de toda la creación (Col 1,15), el que dice: *Yo soy la verdad y yo soy la vida* (Io 14,6), y: *Yo soy la puerta* (10,9), y: *Yo soy el camino* (14,6), y: *Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo* (6,50), de otro modo se habla de ello y de su naturaleza que del hombre que se entendía haber en Jesús. Por eso ni los cristianos más simples y que no se han criado entre razonamientos sutiles dirían jamás que haya muerto la verdad, o la vida, o el camino, o el pan vivo bajado del cielo, o la resurrección. Efectivamente, el que enseñaba en el hombre que aparecía en Jesús dice ser la resurrección: *Yo soy la resurrección* (11,25). Tampoco hay nadie tan estúpido entre nosotros que diga: Ha muerto la vida, o ha muerto la resurrección. La hipótesis de Celso tendría lugar si afirmáramos haber predicho los profetas que moriría el Dios Verbo, o la verdad, o la vida, o la resurrección, o cualquiera otra de las cosas que dice ser el Hijo de Dios.

17. Jesús, hombre y Dios

Así, sólo en un punto dice Celso verdad en este pasaje, a saber, que "los profetas no pueden predecir estas cosas, pues son malas e impías". ¿Y qué cosas son éstas sino que Dios sería esclavo y moriría? Es, empero, digno de Dios lo que fue profetizado por los profetas, a saber, que cierto resplandor e imagen de la naturaleza divina (Sap 7,26; Hebr 1,3) aparecería en la vida juntamente con el alma sagrada, encarnada, de Jesús, a fin de sembrar una doctrina que reconciliara con el Dios del universo a quienquiera la recibiera y la cultivara en su alma; doctrina que conducirá hasta el fin a todo el que tenga en sí la virtud del Dios Logos que habitaría en cuerpo y alma humanos. Y ello será de modo que los resplandores de El no se encierren en aquél sólo, ni se piense [10] que la luz que producen estos rayos, siendo como es el Dios Logos, esté en otra parte alguna.

Así, pues, por lo que a Jesús atañe, las cosas hechas a la divinidad que hay en El son cosas santas y no pugnan con la noción corriente de Dios; y en cuanto era hombre, adornado que estaba más que otro cualquier hombre de la participación suma del Logos en sí y de la sabiduría en sí, sufrió como sabio y perfecto cuanto era menester sufriera el que todo lo hizo en favor de todo el género humano y aun de los otros

[10] μηδ' ὀνομάζεσθαι M: μηδέ νομίζεσθαι Hoeschel. K. tr.

seres racionales. Y nada de absurdo hay en que muriera el hombre, y que su muerte no sólo se pusiera por ejemplo de cómo haya que morir por la religión, sino que operara también un comienzo y progreso de la destrucción del diablo maligno, que se había apoderado de toda la tierra (cf. Hebr 2,14-15; 1 Io 5,19; Apoc 12,9). Y signos de que el diablo ha sido derrocado son los que, por el advenimiento de Jesús, han huido por doquiera de los démones que los dominaban, y, una vez liberados de su servidumbre, se han consagrado a Dios y a una piedad para con El, que, en cuanto cabe, se hace más pura cada día.

18. Contrastes, según Celso, entre Moisés y Jesús

Seguidamente dice Celso cosas como éstas: "¿No considerarán a su vez este punto? Si los profetas del Dios de los judíos predijeron que éste (Jesús) había de ser hijo de Dios, ¿cómo es que Dios, por medio de Moisés, da por ley que se busque la riqueza y el poder, que se llene la tierra, que se pase a cuchillo a los enemigos de toda edad y de todo sexo, cosa que hace El mismo, según Moisés, ante los ojos de los judíos, y les amenaza por añadidura que, si en esto no le obedecen, los tratará a ellos como a enemigos? Su hijo, en cambio, aquel hombre de Nazaret, legisla, por lo visto, lo contrario: que el rico, el ambicioso, el que pretende sabiduría y gloria no tiene siquiera acceso al Padre; que no hay que preocuparse de la comida y la despensa más de lo que se preocupan los grajos, y del vestido menos que los lirios; y al que nos ha dado un bofetón, hay que dejarle que nos dé otro. ¿Quién miente: Moisés o Jesús? ¿O es que el Padre, al enviar a éste, se había olvidado de lo que ordenara a Moisés? ¿O, condenando sus propias leyes, se arrepintió y manda a su mensajero para estatuir las contrarias?"

Realmente, aquí le pasa a Celso, que alardea de saberlo todo (I 12), la cosa más vulgar, al pensar respecto a la inteligencia de las Escrituras que no hay en la ley y en los profetas sentido alguno más profundo que lo que suena según la letra. Así no vio que la palabra divina no podía prometer de manera tan poco creíble la riqueza a quienes viven rectamente cuando puede verse que los más justos han vivido en suma pobreza. Ahí están los profetas, que, habiendo recibido el Espíritu divino por la pureza de su vida, *anduvieron errantes, vestidos de pieles de ovejas y de cabras, faltos de todo, atribulados, maltratados, perdidos por desiertos, por montes,*

por cuevas y hendiduras de la tierra (Hebr 11,37-38). Y es así que, según el salmista, *muchas son las tribulaciones de los justos* (Ps 33,20).

Si Celso hubiera leído la ley de Moisés, es probable que, al dar con este texto: *Prestarás a muchas naciones, pero tú no pedirás prestado* (Deut 15,6; 28,12), que se dice al que guarda la ley, lo hubiera entendido en el sentido de que se le promete al justo acumular tanto de riqueza ciega (PLAT., *Leges* 631c; cf. *supra* I 24), que, por la abundancia de su dinero, el justo no sólo prestará a los judíos, ni sólo a una nación extraña, ni a dos ni a tres, sino a muchas. ¿Qué de dinero no habrá adquirido el justo, como premio de su justicia, según la ley, para poder prestar a muchas naciones? Y, de acuerdo con esta interpretación, hay que suponer que el justo no tomará jamás prestado, pues está escrito: *Tú, empero, no tomarás prestado.* Ahora bien, ¿hubiera perseverado la nación fiel a la religión enseñada por Moisés de haber visto por vista de ojos que, de seguir a Celso, le mentía su legislador? No se cuenta, en efecto, de nadie que se hiciera tan rico que prestara a muchas naciones. Pero no es probable que, de habérseles enseñado a entender la ley como Celso se imaginaba y viendo al ojo la falsedad de las promesas de la ley, les quedaran ganas de luchar por ella. Mas si alguno alegare los pecados que se escriben de este pueblo como prueba de que despreciaron la ley, acaso porque la condenaron por embustera, le responderemos que deben leerse también los tiempos en que este pueblo, después de hacer lo malo en la presencia del Señor, se escribe haberse corregido y convertídose a la religión según la ley.

19. Promesas mal entendidas

Además, si la ley les prometió que serían poderosos, diciendo: *Tú dominarás a muchas naciones, pero sobre ti no dominarán* (Deut 15,6), es evidente que ése hubiera sido un motivo más para que el pueblo condenara las promesas de la ley. Celso parafrasea también algunas expresiones según las cuales la tierra entera se llenaría de la casta hebrea; mas esto, según testimonio de la historia, aconteció más bien después del advenimiento de Jesús, por estar Dios irritado, digámoslo así, no porque les cumpliera sus bendiciones. Respecto de que se prometa a los judíos que matarían a sus enemigos, hay que decir que, si se leen y estudian atentamente las expresiones, se ve ser imposible la interpretación literal. Basta de mo-

mento citar el pasaje de los salmos en que se introduce al justo diciendo entre otras cosas:

Quiero acabar diariamente
con todos los malvados de la tierra,
y así serán de la ciudad de Dios exterminados
todos los malhechores (Ps 100,8).

Atendamos al texto y a la intención del que habla a ver si quien había antes contado hazañas que puede leer quien quisiere, puede ahora añadir que, no en otro tiempo del día, para atenernos a la letra, sino por la mañana, mataba a todos los pecadores de la tierra sin dejar uno vivo. ¿Era posible exterminar de Jerusalén a todos los que obraban la iniquidad? Y así es fácil hallar en la ley frases por el estilo, como ésta: *No dejamos a nadie con vida* (Deut 2,34; Num 21,35).

20. La letra y el espíritu

Alega también Celso haberse predicho a los judíos que, si no obedecían a la ley, sufrirían lo que ellos hacían a sus enemigos. Pero antes de que Celso añada nada a esto y eche mano de los que él se imagina contrastes entre la ley y la enseñanza de Cristo, digamos algo sobre lo antes dicho. Afirmamos, pues, que la ley es doble, una que se toma a la letra, otra entendida en su espíritu como ya antes que nosotros han enseñado algunos [11]. Ahora bien, no tanto nosotros cuanto Dios mismo que habla en uno de los profetas llama a la ley tomada a la letra *juicios no buenos y ordenaciones no buenas* (Ez 20, 25); la entendida, empero, en su espíritu es dicha según el mismo profeta, en persona de Dios, *juicios buenos y ordenaciones buenas* (ibid., 21). Pues no va a decir el profeta en el mismo pasaje cosas contrarias. Y en consonancia con él dijo también Pablo que *la letra mata*, que equivale a decir la ley tomada a la letra, y el *espíritu vivifica* (2 Cor 3,6), que vale tanto como la ley entendida en su espíritu. Efectivamente, como una vez dice Ezequiel: *Les di juicios no buenos y ordenaciones no buenas, en que no podrán vivir*, y otra vez: *Les di juicios buenos y ordenaciones buenas en que no podrán vivir* (Ez 20,25.21), así también Pablo, cuando quiere desacreditar lo que la ley tiene de letra, escribe: *Ahora bien, si el ministerio de muerte, que fue escrito con letras en piedras, se hizo con gloria, hasta el punto de que los hijos de Israel no podían mirar fijamente al rostro de Moisés, por razón de*

[11] Por ej., FILÓN., *De spec. leg.* I 287 *et passim*.

la gloria de su rostro—de una gloria perecedera—, ¿cuánto más glorioso no será el ministerio del espíritu? (2 Cor 7-8). Mas, cuando admira y ensalza la ley, la llama espiritual, diciendo: *Sabemos que la ley es espiritual* (Rom 7,14), y la exalta así: *De suerte que la ley es santa, y el mandamiento santo, y justo y bueno* (ibid., 12).

21. La riqueza y poder espiritual

Así, pues, si el texto de la ley promete riqueza a los justos, piense Celso que se trata, según la letra que mata, en la promesa de la riqueza ciega (PLAT., *Leges* 631c); nosotros lo entenderemos de la vista aguda, según la cual es uno rico *en toda palabra y en toda ciencia* (1 Cor 1,5) y, según la cual, *mandamos a los ricos en el tiempo presente, que no se ensoberbezcan, ni pongan su confianza en lo incierto de la riqueza, sino en el Dios vivo, que provee a todos largamento para el goce; que obren bien, sean ricos en buenas obras y se muestren prontos en dar y comunicar de lo suyo* (1 Tim 6,17-18). Y es así que la riqueza de bienes verdaderos es redención del alma del varón, como dice Salomón; la pobreza, empero, contraria a ella, es funesta, y por ella no soporta el pobre la amenaza (Prov 13,8).

Por modo semejante a lo dicho sobre la riqueza, hay que decir también acerca del poder, según el cual se dice que un justo *perseguirá a mil enemigos y dos ahuyentarán a diez mil* (Deut 32,30). Ahora bien, si así se entiende lo de la riqueza, veamos si no se sigue de la promesa de Dios que quien es rico en toda palabra, y en toda sabiduría, y en toda ciencia, y en toda obra buena, preste a muchas naciones de su riqueza en palabra, sabiduría y ciencia, como prestó Pablo, al llenar de la predicación del Evangelio de Cristo desde los contornos de Jerusalén hasta el Ilírico (Rom 15,19), a todas las naciones que recorrió. Y puesto que le fueron manifestados por revelación los misterios divinos, iluminada que fue su alma por la divinidad del Logos, él no tomó prestado ni tuvo necesidad de quien le suministrara la palabra divina. Y estando también escrito: *Tú mandarás sobre muchas naciones, pero sobre ti no mandarán* (Deut 15,16), al someter, por el poder que le venía del Logos, a la enseñanza de Cristo a las naciones, Pablo mandó sobre ellas, sin ceder un momento[12] a los hombres (Gal 2,5), como superior que era a ellos, y así también llenó la tierra.

[12] οὐδέποτε ἐν χώρᾳ M: οὐδὲ πρὸς ὥραν Bo. (cf. Gal 2,5).

22. Bajo el signo de la alegoría

Ahora, pues, si hay que interpretar lo del matar a la manera del poder que tiene el justo, diremos que cuando dice: *Por la mañana mataba a todos los pecadores de la tierra, para exterminar de la ciudad del Señor a todos los que obran la iniquidad* (Ps 100,8), por *tierra* entendía figuradamente la carne, cuyo sentir es enemistad para con Dios (Rom 8,7), y por *ciudad de Dios* su propia alma, en que había un templo de Dios, como quiera que tenía recta idea y concepción del mismo Dios; alma que admiraban cuantos la miraban. Así, pues, apenas los rayos del sol de justicia (Mal 4,2) brillaron sobre ella, fortalecido y rubustecido, por decirlo así, por ellos, el justo mató todo sentir de la carne, que son *los pecadores de la tierra, y exterminó de la ciudad del Señor*, que es su propia alma, todos los pensamientos que obran la iniquidad y todas las imaginaciones enemigas de la verdad.

En este sentido matan también los justos lo que se coge vivo de los enemigos y que procede de la maldad, de forma que no queda vivo ni un mal que pudiéramos llamar niño y recién nacido de la maldad. Así entendemos también el texto del salmo 136, que dice:

¡Oh hija de Babel, devastadora,
dichoso el que la paga te pagare
de cuantos males nos has hecho!
¡Dichoso el que agarrare a tus pequeños,
y los estrelle en una peña! (Ps 136,8-9).

Porque los pequeños de Babilonia, que se interpreta confusión, son los confusos pensamientos que acaban de nacer y brotar en el alma, hijos que son de la maldad; el que los agarra y les rompe las cabezas sobre la solidez y firmeza de la razón, ése estrella contra una peña a los niños de Babilonia, y por ello es bienaventurado. Mande, pues, Dios enhorabuena matar sin distinción de edad ni de sexo todo lo que nace de la maldad, pues nada manda en ello contra lo que enseñó Jesús; y ante los ojos de quienes son judíos *en lo secreto* (Rom 2,29) haga Dios matanza de todo lo que es enemigo y procede de la maldad. Y lo mismo podemos suponer significa que quienes no obedecen a la ley y palabra de Dios, equiparados a los enemigos y calificados por su maldad, hayan de sufrir lo que merecen sufrir los que se apartan de las palabras de Dios.

23. La doctrina de Jesús se armoniza con la del A. T.

Por aquí se ve también claro que Jesús, "el hombre de Nazaret", no legisla en contra de lo que hemos dicho sobre la riqueza y los que la pierden cuando dice ser difícil que un rico entre en el reino de Dios (Mt 19,23), ora entendamos por rico simplemente al que está distraído por la riqueza e impedido por ella, como por espinas, para dar los frutos de la palabra (Mt 13,22), ora al que es rico en falsas doctrinas, de quien se escribe en los Proverbios: *Más vale un pobre justo que un rico embustero* (28,6).

De los textos evangélicos: *El que de entre vosotros quiera ser el primero, sea siervo de todos*, y: *Los gobernantes de las naciones, dominan sobre ellas, y los que entre ellos tienen autoridad se llaman bienhechores* (Mt 20,25-27; Lc 22,25), es probable sacara Celso que Jesús prohíbe la ambición de mando; pero no hay que pensar que ello se oponga al otro texto: *Tú mandarás sobre muchas naciones, pero sobre ti no mandarán* (Deut 15,6), sobre todo por la explicación que hemos dado del mismo.

Seguidamente hace Celso una objeción acerca de la sabiduría, imaginando que Jesús enseña no tener el sabio acceso al Padre (cf. *supra* VII 18). Preguntémosle: ¿De qué sabio se trata? Si del que se configura según la sabiduría de este mundo, que es necedad delante de Dios (1 Cor 3,19), también nosotros afirmaremos que ese sabio no tiene acceso al Padre. Mas si, por sabiduría, se entiende a Cristo, puesto que Cristo es *poder y sabiduría de Dios* (1 Cor 1,24), para ese sabio no sólo decimos que hay acceso al Padre; el que estuviere adornado del carisma que se llama *palabra de sabiduría*, que es dado por el Espíritu (1 Cor 12,8), se distinguirá en gran manera de quienes carezcan de ese adorno.

24. Vanagloria y vanos cuidados

En cuanto al andar tras la gloria entre los hombres, decimos que está prohibido no sólo por la doctrina de Jesús, sino también por la antigua Escritura. Por lo menos, cuando uno de los profetas se impreca a sí mismo si es reo de pecado, dice que el peor de los males que le pudiera suceder sería la gloria terrena. He aquí sus palabras:

Señor mío y Dios mío, si tal hice,
si iniquidad mis manos manchan,
si fui causa de mal contra mi amigo,
yo que he salvado a quienes
contra derecho y ley me combatían,
que mi alma persiga mi enemigo y le dé alcance,
mi vida pisotee sobre el suelo
y entre el polvo mi gloria envuelta quede (Ps 7,4-6).

Mas tampoco los textos evangélicos: No os preocupéis sobre qué comeréis o beberéis; considerad las aves del cielo, o considerad los cuervos (Lc 12,24), que no siembran ni recogen y, sin embargo, vuestro Padre celestial los alimenta. ¿Cuánto más no valéis vosotros que los pájaros? ¿Y a qué andar solícitos por el vestido? Considerad los lirios del campo, y lo que sigue (Mt 6,25-28); estos textos, decimos, no contradicen a las condiciones de la ley, según las cuales el justo comerá hasta hartarse (cf. Lev 26,5), ni a lo que dice Salomón en este pasaje: *El justo, al comer, harta su alma; mas las almas de los impíos sufren indigencia* (Prov 13,25). Porque es menester atender a que, en la bendición de la ley, se da a entender la comida del alma, de que no se nutre el compuesto humano, sino sólo el alma. En cuanto a los textos del Evangelio, acaso puedan tomarse en sentido más profundo o en sentido sencillo, a saber, que no hay que angustiar al alma con preocupaciones por la comida y vestidos; el que practique la sobriedad debe antes bien estar persuadido que Dios le proveerá, con tal de que sólo se preocupe de lo necesario.

25. Presentar la otra mejilla

Celso cita estas palabras: "Al que te diere un bofetón, preséntale la mejilla para que te dé otro", pero no contrapone texto alguno de la ley que parezca contradecir a la doctrina del Evangelio; nosotros, empero, diremos que sabemos haberse dicho a los antiguos: *Ojo por ojo y diente por diente*, y también hemos leído: *Pero yo os digo: Al que te diere un bofetón en una mejilla, preséntale la otra* (Mt 5,38-39). Sin embargo, como me figuro que Celso ha oído rumores sobre quienes distinguen al Dios del Evangelio del de la ley y ello le inspira lo que afirma, digamos contra su tesis que también las letras antiguas conocen el precepto de presentar [13] la otra mejilla al que nos pegue en una. Por lo menos en

[13] πάρεχε M: παρέχειν A, K. tr.

las *Lamentaciones* de Jeremías está escrito: *Bueno es para el hombre llevar el yugo desde su adolescencia. Siéntese solitario y calle cuando le fuere impuesto... Dé su mejilla al que le hiera, sáciese de oprobios* (Lam 3,27-30). No se opone, pues [14] el Evangelio al Dios de la ley, ni aun en ese precepto de presentar la otra mejilla; ni cabe preguntar si miente Moisés o Jesús; ni el Padre, al enviar a Jesús, se había olvidado de lo que ordenara a Moisés ni, condenando sus propias leyes, se arrepintió y mandó a su mensajero a establecerlas contrarias.

26. Separación entre cristianos y judíos

Ahora, si hay que decir siquiera unas palabras acerca de la antigua constitución política que antaño observaron los judíos de acuerdo con la ley de Moisés y la que ahora quieren corregir los cristianos conforme a la enseñanza de Jesús, diremos que ni la constitución política según la ley de Moisés, entendida a la letra, se ajustaba a la vocación de los gentiles, súbditos que eran de los romanos, ni a los antiguos judíos les era posible mantener sin modificación su sistema de constitución si, por hipótesis, obedecían a la constitución conforme al Evangelio. Efectivamente, no era posible que los cristianos aplicaran la ley de Moisés en lo que atañe a matar a los enemigos o a quienes infringen la ley y se los juzga dignos de ser quemados o apedreados, pues ni los mismos judíos, que lo quieren, pueden ejecutar contra ellos [15] tales penas, como lo prescribe la ley. Mas, por otra parte, si a los judíos de antaño, que poseían su propio sistema de constitución y territorio, se les quita el poder de atacar a sus enemigos y luchar por sus tradiciones patrias y de matar o castigar como fuere a los adúlteros y asesinos o de otro modo infractores de la ley, ya no queda sino que perecieran todos sin remedio, pues los enemigos atacarían a una nación enervada por su propia ley, que le prohibiría defenderse contra los atacantes. Ahora bien, la providencia que dio antaño la ley y ha dado ahora el Evangelio, al no querer que siguiera dominando el judaísmo, destruyó su ciudad y templo, y acabó con el culto que, por medio de sacrificios y ritos prescritos, se tributaba a Dios en el templo. Mas a par que destruyó todo aquello, porque no quería se continuara practicando, hizo que día a

[14] θεοῦ M: οὖν K. tr.
[15] κατ' ἐκεῖνον M: κατ' ἐκείνων Bo., K. tr.

día prosperara el cristianismo, y aún ahora ha acrecentado la libertad para predicarlo, a despecho y pesar de todos los obstáculos que se han opuesto para que la doctrina de Jesús no se difundiera por la tierra entera. Mas como era Dios quien quería que también los gentiles se aprovecharan de la enseñanza de Jesucristo, quedó desbaratado todo humano designio contra los cristianos; y así, cuanto más los humillaban por dondequiera los emperadores, los gobernantes y los pueblos gentiles, tanto más crecían en número y se hacían más y más fuertes (Ex 1,7).

27. «Dios es espíritu»

Seguidamente pone Celso, por todo lo largo, como dichas por nosotros, cosas que nosotros no decimos acerca de Dios, al que, según él, "tendríamos por de naturaleza corpórea y de cuerpo humano" (cf. VI 62-64), y trata de refutar tesis que nosotros no sentamos. Todo lo cual es superfluo citar y refutarlo también por nuestra parte. Si realmente dijéramos lo que él afirma que decimos acerca de Dios, y lo atacara, nos sería forzoso citar sus palabras, demostrar nuestra doctrina y deshacer la suya. Pero no; él se compone lo que no oyó de nadie, o, dado que lo oyera de alguien, sería de algún simple e inculto, de los que no entienden el sentido de la palabra divina. Por lo cual no hay por qué perder tiempo en cosas superfluas. Las letras divinas afirman claramente ser Dios incorpóreo, por lo que *a Dios no lo vio nadie jamás* (Io 1,18), y el primogénito de toda la creación se dice ser *imagen del Dios invisible* (Col 1,15), que es como si dijera del Dios incorpóreo. Anteriormente (VI 70) hemos dicho algo acerca de Dios al examinar en qué sentido entendemos el texto evangélico: *Espíritu es Dios, y los que lo adoran, en espíritu y en verdad lo deben adorar* (Io 4,24).

28. La tierra bienaventurada

Después de lo que dice acerca de Dios, en que nos calumnia, nos pregunta Celso "adónde iremos y qué esperanza tenemos". Y como si ya le hubiéramos respondido, consigna nuestras palabras que serían: "A otra tierra mejor que ésta". Y ahora comenta: "Hombres divinos antiguos quieren saber de una vida bienhadada para almas bienhadadas. Unos la llamaron islas de los bienaventurados (HESIOD., *Erga* 171), otros Campos Elíseos, por acabarse allí los males presentes. Así Homero:

"Mas a ti, / a los Campos Elíseos y a los lindes de la tierra
te enviarán los inmortales,
donde es el rubio Radamante
y la vida más fácil llevan los humanos".

(*Odyssea* 4,563ss.)

Y Platón, que tiene al alma por inmortal, llama derechamente tierra el lugar o región a donde es enviada. Dice así: "Inmenso es el espacio, y nosotros, desde el Fasis a las columnas de Hércules, sólo ocupamos una mínima parte, como unas hormigas o ranas en derredor de una laguna, habitando en torno del mar; pero otros muchos habitan en muchos otros lugares semejantes. Hay, en efecto, en torno a la tierra muchas cavidades, de las más varias formas y tamaños, a las que confluyen el agua, la niebla y el aire. Mas la tierra misma es pura y está situada en el cielo puro" (PLAT., *Phaid.* 109ab).

Así, pues, Celso supone que hemos tomado la idea de una tierra mejor y muy diferente que la presente de ciertos hombres antiguos que él tiene por divinamente inspirados, señaladamente de Platón, que, en el *Fedón*, filosofa acerca de la tierra pura, sita en el cielo puro. Pero no ve que Moisés, que es más antiguo que el alfabeto griego (cf. IV 21; VI 7), presenta a Dios que promete a quienes vivieren conforme a su ley la tierra santa, buena y espaciosa que mana leche y miel (Ex 3,8). Y esta tierra buena no es, como algunos se imaginan, la Judea de aquí abajo, que está también situada en la tierra maldecida desde el principio en las obras de la transgresión de Adán. Efectivamente, la maldición: *Maldita la tierra en las obras de tus manos, con dolores comerás de ella todos los días de tu vida* (Gen 3,17), sobre toda la tierra fue pronunciada. Con dolores, es decir, con trabajos come de la tierra todo hombre muerto en Adán (1 Cor 15,22), y come todos los días de su vida. Y, como maldecida, toda la tierra produce cardos y espinas toda la vida del hombre, que en Adán fue arrojado del paraíso; y todo hombre come su pan con el sudor de su frente, hasta que vuelve a la tierra de que fue tomado (Gen 3,19). Realmente, mucho habría que decir para explicar con entera claridad este pasaje; de momento, sin embargo, nos hemos contentado con estas breves observaciones, pues sólo queríamos disipar el error que supone haberse dicho de la Judea lo de la tierra buena, que Dios promete a los justos.

29. Cuál es la tierra buena...

Ahora bien, si toda la tierra misma está maldecida en las obras de Adán y de los que murieron en él, es claro que todas sus partes entran en la maldición, y, por ende, también la tierra de Judea, de suerte que no le cuadra lo de *tierra buena y espaciosa, tierra que mana leche y miel* (Ex 3,8), siquiera, simbólicamente, se demuestre ser la Judea y Jerusalén una sombra de la tierra pura, sita en cielo puro, de la tierra buena y espaciosa en que está la Jerusalén celeste. Disertando sobre ésta el Apóstol, como quien, resucitado con Cristo, buscaba las cosas de arriba (Col 1,3), y hallando un sentido ajeno a toda mitología judaica (cf. Tit 1,14), dice: *Sino que os habéis acercado al monte Sión y a la ciudad del Dios vivo, a la Jerusalén celeste, a la congregación de ángeles innumerables* (Hebr 12,22).

Mas para que cualquiera se persuada que no hablamos contra la mente del Espíritu divino acerca de la tierra buena y espaciosa de Moisés, estudie a todos los profetas que enseñan cómo todos los que se fueron errantes y se desterraron de Jerusalén han de volver a ella, y se asentarán sin falta en el que llama lugar y ciudad de Dios el que dice: *En paz santa su lugar* (Ps 75,3); y el que dice también: *Grande es el Señor, y digno sobre todo de alabanza, en la ciudad de nuestro Dios, en su monte santo, buena raíz de regocijo para toda la tierra* (Ps 47,2-3). Baste de momento citar del salmo 36 lo que se refiere a la tierra de los justos: *Los que esperan en el Señor heredarán la tierra;* y poco después: *Pero los mansos poseerán la tierra y se deleitarán en paz copiosa.* Y algo más abajo: *Los que lo bendijeren heredarán la tierra;* y otra vez: *Los justos heredarán la tierra y habitarán en ella para siempre* (Ps 36,9.11.22.29). Y es de ver si lo que se dice en el mismo salmo no indica claramente, para quienes sean capaces de entenderlo, la tierra pura situada en cielo puro: *Espera en el Señor y guarda su camino, y El te exaltará para que poseas la tierra* (ibid., 34).

30. Platón e Isaías

A mi parecer, lo que Platón dice acerca de las piedras que aquí se tienen por preciosas y se dice ser emanación de piedras de una tierra mejor, hubo de tomarlo de lo que se escribe en Isaías sobre la ciudad de Dios y es como sigue: *Haré de jaspe tus baluartes y de cristal tus piedras* (¿o puertas?),

y tu muralla de piedras preciosas. Y otra vez: *Haré tus cimientos de zafiro* (Is 54,12.11). Los que toman en sentido más elevado las palabras del filósofo, interpretan alegóricamente el mito de las piedras en Platón; aquellos, empero, que hayan vivido de modo semejante a los profetas y bajo la inspiración divina y que consagraron todo su tiempo a la investigación de las sagradas letras, expondrán las profecías, de las que conjeturamos haber tomado Platón, a los que son aptos para entenderlas por razón de la pureza de su vida y del deseo de conocer los misterios divinos.

Nuestro objeto era solamente hacer ver que nosotros no tomamos de los griegos, ni de Platón especialmente, lo que decimos acerca de la tierra santa; ellos más bien, que fueron más recientes, no sólo que Moisés, que es antiquísimo, sino que la mayoría de los profetas, malentendieron algunas cosas dichas enigmáticamente acerca de esos puntos, o, leyendo las Sagradas Escrituras, las tergiversaron y dijeron lo que dijeron sobre una tierra mejor. Y es así que Ageo distingue claramente entre lo árido y la tierra, y llama árido el elemento sobre que habitamos. Dice así: *Porque una vez más sacudiré el cielo y la tierra, y lo árido y el mar* (Ag 2,6 [7]).

31. Irrealidad de lo sensible

Celso remite para mejor momento la explicación del mito platónico del *Fedón,* diciendo: "No es fácil entienda cualquiera lo que Platón da a entender por estas palabras, a no ser quien sea capaz de comprender lo que significa eso de que por flaqueza y lentitud no podemos pasar hasta el último extremo del aire; y si la naturaleza fuera apta para resistir la contemplación, conocería ser aquél el verdadero cielo y la verdadera luz" (PLAT., *Phaid.* 109d,2). Imitándolo nosotros, por considerar que no dice con el tema de la presente obra, aplazaremos para los comentarios sobre los profetas explicar lo atañente a la tierra buena y a la ciudad de Dios que hay en ella. Sobre la ciudad de Dios hablamos ya según nuestras fuerzas en los comentarios a los salmos 45 y 47 [16].

Por lo demás, la doctrina antiquísima de Moisés y de los profetas sabe que las cosas verdaderas llevan el mismo nombre que las terrenas, a las que de modo más general se dan esos nombres. Así hay una *luz verdadera* (1 Io 2,8), y otro cielo distinto del firmamento (Gen 1,6-8; cf. *supra* VI

[16] Los fragmentos que quedan de estos comentarios no tratan de la ciudad de Dios (XII 329ss, Lommatzsch).

49), y un sol de justicia diferente del sensible (Mal 4,2). Y, en general, para distinguirlas de lo sensible, que no tiene verdad alguna, dice la Escritura: *Dios, verdaderas son tus obras* (Dan 4,37); clasificando entre las verdaderas [17] las obras de Dios, y entre las inferiores las que se llaman *obras de sus manos* (Ps 101,26). Por lo menos, al reprender a algunos por boca de Isaías dice: *No miran a las obras del Señor, ni consideran las obras de sus manos* (Is 5,12). Y con esto baste sobre este punto.

32. El dogma de la resurrección

El tema de la resurrección es largo y difícil de explicar (cf. Hebr 5,11), y pide, como ningún otro de los dogmas, un hombre sabio y hasta muy adelantado en sabiduría, para demostrar cuán digno de Dios y cuán magnífico es un dogma según el cual tiene alguna razón de germen el que las Escrituras llaman tabernáculo o tienda del alma, en que están los justos gimiendo, agravados, porque no quieren despojarse de él, sino sobrevestirse (2 Cor 5,1). Nada de eso entendió Celso por haberlo oído de gentes ignorantes, incapaces de demostrar nada por razonamiento, y por eso hace chacota de nuestra doctrina. Será, pues, provechoso añadir a lo que anteriormente hemos dicho (II 55-67; V 18-20.57-58) siquiera una observación de pasada sobre este punto, y es que nosotros no hablamos de la resurrección por haber malentendido, como cree Celso, las teorías sobre la emigración de las almas. No, nosotros sabemos que el alma, incorpórea e invisible por su naturaleza, en cualquier lugar corporal que se hallare necesita de un cuerpo acomodado a la naturaleza de aquel lugar. Ese cuerpo lo lleva a veces después de despojarse del anterior, necesario antes, pero superfluo ahora en un estado posterior; otras, sobrevistiéndose sobre el que antes tenía, pues necesita de más excelente vestidura para lugares más puros, etéreos y celestes. Así, al venir a nacer en esta tierra, se despojó de la envoltura que le fue útil para la plasmación en el seno de la mujer embarazada [18], mientras estuvo en él; pero se revistió luego de la envoltura que era necesaria para quien iba a vivir en este mundo.

Además, dado que hay cierto tabernáculo y casa terrena (2 Cor 5,1ss), necesaria en cierto modo al tabernáculo, dicen

[17] ἐπ' ἄλλων M: ἐπ' ἀληθινῶν K. tr.

[18] κυούσης M: tr. διάπλασιν K. Sobre la idea he aquí las referencias de Chadwick: STRABO. I 59 (p.713); SENEC., *Epist.* CII 23; M. AUREL., IX 3,4; PORPHYR., *Ad Marcellam* 32; EUS., *Theophaneia* I 72.

las letras sagradas que la casa terrena del tabernáculo se desmorona; el tabernáculo, empero, se sobreviste de una casa no hecha a mano, eterna en los cielos. Y añaden los hombres de Dios que lo corruptible se reviste de incorruptibilidad, que difiere de lo incorruptible; y lo mortal se reviste de inmortalidad, que no es lo mismo que lo inmortal. La relación que hay entre la sabiduría y lo que es sabio, y entre la justicia y lo justo, la paz y lo pacífico, esa misma se da entre la incorruptibilidad y lo incorruptible, la inmortalidad y lo inmortal. He ahí, pues, a lo que nos incita la palabra divina al decir que nos revestimos de incorruptibilidad e inmortalidad, las cuales, como un vestido al que lo viste y lo lleva, no permiten se corrompa o muera quien de ellas se reviste. Y perdónesenos la audacia de haber dicho todo esto, por causa de Celso, que no entendió qué es lo que llamamos resurrección, y por ello hace nuestra doctrina objeto de risa y mofa.

33. La visión de Dios

Celso se imagina además que predicamos el dogma de la resurrección por conocer y ver a Dios, y así se inventa lo que le da la gana y dice cosas como éstas: "Cuando se ven completamente acorralados y rebatidos, como si nada hubieran oído, retornan de nuevo a su pregunta: ¿Cómo, pues, podemos conocer y ver a Dios? ¿Y cómo iremos a El?" Sepa, pues, el que guste de saberlo que, si es cierto que necesitamos de un cuerpo, entre otras cosas para estar en un lugar material, y de cuerpo que corresponda a la naturaleza del lugar; si, por necesitar de un cuerpo, sobrevestimos nuestro tabernáculo de lo antedicho, para el conocimiento de Dios no necesitamos en absoluto de cuerpo. Porque lo que conoce a Dios no es el ojo del cuerpo, sino la mente que ve lo que es imagen de Dios y que ha recibido de la providencia de Dios la facultad de conocer al mismo Dios. Y a Dios conoce también el corazón limpio, del que ya no salen malos pensamientos, ni homicidios, ni adulterios, ni fornicaciones, ni robos, ni falsos testimonios, ni blasfemias, ni ojo malo, ni cosa alguna torpe: *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios* (Mt 5,8). Sin embargo, puesto que no basta nuestro propósito para mantener enteramente puro el corazón, sino que necesitamos que Dios nos lo cree tal, de ahí es que los que saben orar digan: *Crea en mí, ¡oh Dios!, un corazón limpio* (Ps 50,12).

34. Dios es incorpóreo

Tampoco nos imaginamos que Dios esté en algún lugar para ir a preguntarle a nadie: "¿Cómo iremos a El?", pues Dios es superior a todo lugar, lo contiene todo y nada contiene a Dios. Así, pues, no se nos ordena que vayamos corporalmente a Dios cuando se nos dice: *Tras el Señor, tu Dios, caminarás* (Deut 13,4), ni porque estuviera corporalmente pegado con Dios dijo el profeta en su oración: *Mi alma a ti se adhiere* (Ps 62,9). Nos calumnia, pues, Celso cuando dice que nosotros "esperamos ver a Dios con los ojos del cuerpo, oír su voz con los oídos y tocarlo con nuestras manos sensibles". Sabemos, en cambio, que las letras divinas hablan de ojos que llevan el mismo nombre que los del cuerpo, y lo mismo de oídos y manos y, lo que es más extraño, de una sensación más divina y distinta de la que así se llama corrientemente por el vulgo. Y es así que, cuando dice el profeta: *Abre mis ojos, por que pueda de tu ley contemplar las maravillas* (Ps 118, 18), o: *Todo precepto del Señor es limpio e ilumina los ojos* (Ps 18,9), o: *Ilumina mis ojos, no consientas me duerma yo en la muerte* (Ps 12,4), no hay nadie tan estúpido que piense se contemplan con los ojos del cuerpo las maravillas de la ley divina, o que el precepto del Señor ilumine los ojos del cuerpo, o que se dé en éstos un sueño que acarrea la muerte. Por el mismo caso, cuando nuestro Salvador dice: *El que tenga oídos para oír, que oiga* (Mt 11,15; 13,9, etc.), a cualquiera se le alcanza que habla de oídos divinos. Y cuando se dice que la palabra del Señor fue en mano de Jeremías (Ier 1,4.9) o de otro profeta, o la ley en mano de Moisés (Num 16,40) o: *Busqué al Señor con mis manos, y no quedé engañado* (Ps 76,3), no hay nadie tan insensato que no comprenda tratarse de manos trópicamente dichas, de las que dice también Juan: *Nuestras manos palparon al Verbo de la vida* (1 Io 1,1). Y si quieres saber de la sensación superior, y no de la corporal de las Sagradas Escrituras, oye a Salomón, que te dice en los Proverbios: *Encontrarás sensación divina* (Prov 2,5).

35. Dioses muy tratables

No tenemos, pues, necesidad, como si así buscáramos a Dios, de marchar a donde nos manda Celso, a los oráculos de Trofonio, de Anfiarao y Mopso, donde dice que se ven dioses en forma humana, y, como dice Celso, "no falaces, sino

manifiestos" (III 34.24; VIII 45). Porque nosotros sabemos que ésos son démones que se alimentan de las grasas y sangre y de los perfumes de los sacrificios (III 38), y así están retenidos en las cárceles fabricadas por su propio deseo. Esas cárceles tuvieron los griegos por templos de dioses; pero nosotros sabemos que se trata de moradas de démones embusteros.

Luego, con maligna intención, dice Celso acerca de esos que él tiene por dioses en forma humana, que "los verá quien quiera, no pasando una sola vez de largo, como el personaje que engañó a éstos, sino conversando siempre con quienes quieran". Por estas palabras parece haber tenido a Jesús por un fantasma, que, después de su resurrección, se apareció a sus discípulos, que lo habrían visto pasar como de largo. Mas los que él llamó dioses en forma humana, ésos opina que conversan siempre con quienes quieren. Pero ¿cómo puede un fantasma—usando sus palabras—pasar de largo para engañar a los que lo contemplen y después de aquella visión operar cosas tan grandes y convertir las almas de tantos [19] y persuadirles a hacerlo todo para agradar a Dios, como quienes han de ser juzgados por El? ¿Y cómo ese que se llama fantasma expulsa demonios y lleva a cabo otras operaciones nada despreciables, sin limitarse, como a una herencia, a un solo lugar, a la manera de esos dioses en forma humana de Celso? Ese "fantasma" llegó a la tierra entera, congregando y atrayendo a su divinidad a quienesquiera encontrara inclinados a vivir vida santa.

36. Récipe estilístico a Celso

Después de esto, que hemos refutado según nuestras fuerzas, prosigue diciendo Celso: "Pero ellos me preguntarán de nuevo: ¿Cómo conoceremos a Dios si no lo aprehendemos por la sensación? ¿Cómo es posible conocer nada sin la sensación?" (cf. VI 66; VII 33). Luego, respondiendo a esto, dice: "No de hombre, no de alma, sino de carne es esta voz. Sin embargo, escuchen como quiera, si es que son capaces de entender algo, como casta que son amilanada y pegada al cuerpo. Si, cerrando los ojos a los sentidos, los abrís a la inteligencia y, apartándoos de la carne, despertáis los ojos del alma, sólo de ese modo veréis a Dios. Y si buscáis un guía para este camino, tenéis que huir de embaucadores y charlatanes que hacen la corte a fantasmas, para no caer en la extrema ridiculez de maldecir como fantasmas (ídolos) a los

[19] τοιούτων M: τοσούτων K. tr.

otros dioses que se muestran claramente, y dar culto al que es más miserable que los de verdad fantasmas; es más, al que no es ya ni fantasma, sino puro muerto, al que le buscáis un padre semejante".

Lo primero que hay que decir de su prosopopeya, al atribuirnos palabras como dichas por nosotros en defensa de la resurrección de la carne, es ser virtud de quien introduce una persona mantener la intención y el carácter de la persona introducida; es vicio, empero, atribuir a la persona que habla palabras que no le convienen. Reprensibles son los que, en la prosopopeya, atribuyen una filosofía que ellos sin duda aprendieron, pero no es probable aprendiera su personaje, a gentes bárbaras e incultas o a esclavos o a quienes jamás oyeron palabra de filosofía ni les pasó a ellos por la cabeza; pero no menos reprensibles son los que atribuyen a quienes se supone sabios y conocedores de las cosas divinas, dichos de hombres incultos inspirados por vulgares pasiones y lanzados por pura ignorancia. Tal es la razón por que muchos admiran a Homero (cf. WALZ, *Rhet. graeci* I 148-149), que sabe mantener las personas de sus héroes tal como las introduce desde el comienzo; a Néstor, por ejemplo, a Ulises, a Diomedes, Agamemnón, Telémaco, Penélope o cualquier otro. Aristófanes, en cambio, se burla de Eurípides, como hombre que habla fuera de propósito (ARISTOPH., *Acharn.* 393ss), pues pone a menudo en boca de mujeres bárbaras o de esclavos doctrinas que él había oído de Anaxágoras o de otro sabio (cf. *supra* IV 77).

37. Las incongruencias de Celso

Ahora bien, si ésa es la virtud y ése el vicio al introducir una persona ficticia, ¿cómo no reírse, con razón, de Celso, que atribuye a los cristianos cosas que no dicen los cristianos? Porque, si fingió discursos de gentes ignorantes, ¿de dónde les viene a tales gentes que puedan discernir entre sensación e inteligencia, entre lo sensible e inteligible, y sienten tesis semejantes a las de los estoicos, que niegan las substancias (o esencias) inteligibles? Según ellos, por la sensación se percibe todo lo que se percibe, y toda percepción depende de las sensaciones (cf. *Stoic. Vet. frag.* II 105-21). Y si se inventó discursos de los que cultivan la filosofía y examinan cuidadosamente y según el alcance de sus fuerzas la doctrina de Cristo, tampoco a éstos atribuye lo que les conviene. Nadie, en efecto, que sabe ser Dios invisible y haber obras invisibles, es decir, inteligibles, puede decir como si quisiera defender la doctrina de la resurrección: "¿Cómo, no percibiéndolo por la sensa-

ción, conocerán a Dios?" O: "¿Qué puede conocerse sin la sensación?" Y en libros no recónditos o sólo leídos por unos pocos, ávidos de saber, sino en los más populares, está escrito: *Lo invisible de Dios, desde la creación del mundo, es visto con claridad por medio de las criaturas* (Rom 1,20). Por ahí cabe entender que, si bien los hombres en esta vida deben comenzar por las sensaciones y lo sensible para remontarse a la naturaleza de lo inteligible, no deben, sin embargo, pararse en lo sensible; ni tampoco dirán que, fuera de la sensación, no es posible conocer lo inteligible; y aunque preguntaran: "¿Quién puede conocer sin sensación?", demostrarán que no tiene razón Celso para añadir; "No de hombre, no de alma, sino de carne es esta voz".

38. Nuestro conocimiento de Dios

Ahora, pues, los que decimos que el Dios del universo es inteligencia, y aun que transciende la inteligencia y la substancia (PLAT., *Pol.* 509b; cf. *supra* VI 64), invisible e incorpóreo, es lógico digamos que no será comprendido por nada, sino por lo que fue hecho a imagen de aquella inteligencia; ahora, para valernos de la palabra de Pablo, *por espejo y enigma*; más tarde, *cara a cara* (1 Cor 13,12). Y al hablar de "cara", nadie impugna falsamente, por razón de la expresión, lo que con ella se significa. Por este otro texto: *Contemplando como en espejo a cara descubierta la gloria del Señor y transformado en la misma imagen de gloria en gloria* (2 Cor 3,18), debe comprender cualquiera que no se trata ahí de cara sensible, sino que debe entenderse tropológicamente, como cuando se habla de ojos y oídos y otras cosas antes citadas (VI 61-62; VII 34) que llevan el mismo nombre que los miembros del cuerpo.

Ahora bien, un hombre, es decir, un alma que usa de un cuerpo, que se llama *hombre interior* (Rom 7,22; 2 Cor 4,16; Eph 3,16) y también alma, no responde lo que Celso escribió, sino lo que enseña el mismo hombre de Dios; y de la voz de la carne no puede usar un cristiano, que ha aprendido a mortificar por el espíritu las acciones de la carne (Rom 8,13) y a llevar siempre en su cuerpo la mortificación de Jesús (2 Cor 4,10) y a mortificar los miembros que están sobre la tierra (Col 3,5), y sabe también qué significan estas palabras: *No permanecerá mi espíritu en estos hombres para siempre, pues son carne* (Gen 6,3), no menos que estotras: *Los que están en la carne no pueden agradar a Dios* (Rom 8,8).

39. Arrogante llamamiento de Celso

Pues veamos a qué nos llama para oír de él la manera como conoceremos a Dios. Y empieza por pensar que ningún cristiano entenderá lo que él dice. Dice, en efecto: "Sin embargo, escuchen como quiera, si son capaces de entender algo". Consideremos, pues, lo que ese filósofo quiere que oigamos de su boca; un filósofo, por cierto, que, debiéndonos enseñar, nos cubre de improperios; y que, debiendo mostrar su benevolencia con sus oyentes en el exordio de su discurso, nos regala el calificativo de "raza amilanada", a los que resisten hasta la muerte antes que renegar ni de palabra al cristianismo y están por esa causa dispuestos a arrostrar cualquier tormento y género de muerte. Afirma también que somos "casta pegada al cuerpo", nosotros, justamente, que decimos: *Y si alguna vez hemos conocido a Cristo según la carne, ahora, empero, ya no lo conocemos* (2 Cor 5,10); nosotros, decimos, que nos desprendemos con más facilidad de nuestro cuerpo por la religión que lo que le costaría a un filósofo quitarse el manto. Nos dice, pues, lo siguiente: "Si, cerrando los ojos a las sensaciones y apartándoos de la carne, despertáis el ojo del alma, sólo así veréis a Dios". Y, sin duda, se imagina que todo eso, quiero decir, la teoría de los dobles ojos, que él toma de los griegos (cf. PLAT., *Symp.* 219a; *Soph.* 254a; *Pol.* 519b.533d; *Phaidon* 99e), no ha sido antes objeto de especulación entre nosotros. Digamos, pues, que Moisés, describiendo la creación del mundo, introduce al hombre antes de la transgresión a veces como que ve, a veces como que no ve. Como que ve, cuando dice de la mujer que *miró la mujer y vio que el árbol era bueno para comer y agradable para mirarlo con los ojos y hermoso para contemplarlo* (Gen 3,6); y como que no ve, no sólo cuando la serpiente dice a la mujer como sobre ojos ciegos: *¡No! Dios sabía que el día que comierais del árbol, se os abrirán los ojos,* y en lo otro: *Comieron y se les abrieron a los dos los ojos* (Gen 3,6-7). Ahora bien, se les abrieron los ojos de la sensación, que en buena hora tenían cerrados, para no distraerse e impedir así la contemplación con el ojo del alma. Por el pecado, en cambio, se les cerraron, según mi opinión, los ojos del alma con que veían y se complacían en Dios y su paraíso. De ahí es que también nuestro Salvador, conociendo esta doble especie de ojos en nosotros, dice aquello: *Yo he venido a este mundo para juicio, para que los que no ven vean, y los que ven se queden ciegos* (Io 9,39). Por los que no ven da a entender los ojos del

alma, que la palabra divina hace perspicaces; y por los que ven, los ojos de las sensaciones, que ha cegado la palabra, a fin de que, sin distracción, mire el alma lo que debe. Así, pues, todo verdadero cristiano tiene despierto el ojo del alma, y cerrado el de la sensación; y en la proporción en que está despierto el ojo superior y cerrada la vista de las sensaciones, contempla cada uno al Dios supremo, y a su Hijo, que es Verbo y sabiduría, etc.

40. Confusiones de Celso

Después de lo que acabamos de examinar, Celso se imagina dirigir a todos los cristianos un razonamiento que, de decirse en absoluto, cuadraría a los que confiesan ser de todo punto ajenos a la doctrina de Jesús. Los ofitas, en efecto, como dijimos arriba (VI 28), que niegan totalmente a Jesús, y otros que sienten como ellos, son "los que cortejan a los fantasmas, impostores y hechiceros"; y ellos son "los que se aprenden míseramente de memoria los nombres de los porteros". En balde, pues, les dice a los cristianos: "Y si buscáis un guía para este camino, debéis huir de los embaucadores y magos, que hacen la corte a los fantasmas". Y por no saber siquiera Celso que esos tales están como magos a su lado y no maldicen menos que él a Jesús y la religión de Jesús, dice confundiéndonos con ellos en su discurso: "De este modo nos os haréis de todo punto ridículos, blasfemando como fantasmas de los otros dioses que claramente se manifiestan, y dándole culto a él, más miserable que los de verdad fantasmas, y hasta ni siquiera ya fantasmas, sino realmente muerto, y buscándole un padre semejante".

La prueba de que Celso no sabe lo que dicen los cristianos y quiénes se inventan tales cuentos, sino que, imaginando darse en nosotros las culpas que a ellos achaca, dice contra nosotros cosas con las que nada tenemos que ver, nos la ofrece este texto: "Por este enorme engaño, y por aquellos maravillosos consejeros, y por las palabras demónicas, las que se dicen al león, y al de doble faz, y al asniforme y a los otros, y a los divinos porteros, cuyos nombres aprendéis míseramente de memoria, os volvéis locos los infortunados [39], sois llevados a los tribunales y se os clava en un palo". No sabe Celso que ninguno de los que piensan que el leontiforme y el asniforme y el de doble faz son porteros de la senda

[39] La versión sigue la conjetura de K., que supone aquí una laguna y propone δαιμονᾶτε, ⟨ἀπάγεσθε⟩ καὶ ἀνασκολοπίζεσθε. Cf. VIII 39. Según Chadwick, la laguna sería aún mayor.

hacia arriba, resiste hasta la muerte por la que a él la parece la verdad. Lo que nosotros hacemos con exceso, si aquí puede hablarse de exceso, entregándonos a todo linaje de muerte y a ser clavados en un palo, se lo atribuye Celso a los que nada de esto sufren; a nosotros, empero, que somos empalados por causa de la religión, nos echa en cara la mitología de ellos sobre el arconte cara de león, el de doble cara y todo lo demás. Así, pues, no huimos de las fábulas sobre el cara de león y demás por lo que diga Celso, pues jamás hemos aceptado en absoluto nada semejante; no, nosotros seguimos la doctrina de Jesús y decimos lo contrario que aquellos herejes, y no creemos que ni Micael ni ninguno de los enumerados sea tal de cara.

41. Sólo Jesús es guía seguro de los hombres

Consideremos ahora a quiénes quiere Celso que sigamos, a fin de no vernos privados de los antiguos guías y varones sagrados. Celso nos remite "a los poetas", como él dice, "divinamente inspirados, a los sabios y filósofos", cuyos nombres no cita. El hombre que nos promete señalarnos guías, apunta, de forma indefinida, a los inspirados poetas, sabios y filósofos. De haber puesto los nombres de cada uno de ellos, nos hubiera parecido razonable demostrar que nos daba guías ciegos respecto de la verdad para que también nosotros erremos; y, si no del todo ciegos, sí a quienes en muchos puntos erraron acerca de las verdaderas doctrinas. Así, pues, ora se empeñe Celso en que sea poeta divinamente inspirado Orfeo, o Parménides o Empédocles, o el mismo Homero y Hesíodo, demuéstrenos el que quiera que quienes siguen a estos guías van por mejor camino y se aprovechan más en su vida que los que, dejando, por la enseñanza de Jesucristo, todos los ídolos y estatuas y hasta toda la superstición judaica, sólo miran, por el Logos de Dios, al Padre, Dios del Logos.

¿Y cuáles son los sabios y filósofos de los que quiere Celso oigamos tantas cosas divinas? Para ello tendríamos que abandonar al siervo de Dios Moisés y a los profetas del Dios del universo, que a la verdad dijeron infinitas cosas divinamente inspirados; y dejarlo a El mismo, que brilló para todo el género humano, anunció el camino de la religión y, en cuanto de él dependió, a nadie dejó sin gustar de sus misterios; antes bien, por el exceso de su amor a los hombres, a los más inteligentes les ofrece una teología o conocimiento de Dios, capaz de levantar al alma de las cosas de la tierra; no

por ello deja de condescender con las capacidades inferiores de los hombres vulgares, de las mujeres simples y de los esclavos y, en general, de quienes sólo de Jesús pueden recibir ayuda para vivir, en cuanto cabe, vida mejor, con doctrinas sobre Dios que están a su alcance.

42. Orígenes admira a Platón

Seguidamente nos remite a Platón, como a más eficaz maestro de teología, y cita el texto del *Timeo* que dice así: "Ahora bien, al hacedor y padre de todo este mundo, obra es de trabajo encontrarlo e imposible que, quien lo encontrare, lo manifieste a todos" (PLAT., *Tim.* 28c). Y luego prosigue Celso: "Ya veis cómo buscan videntes y filósofos [21] el camino de la verdad y cómo sabía Platón que no todos pueden andar por él. Mas, como quiera, que los sabios la han hallado, para que alcancemos alguna noción de lo que no puede nombrarse (VI 65) y es la realidad primera, noción que nos lo manifieste o por comparación con las demás cosas o por separación de ellas o por analogía, quiero [22] explicar lo, por otra parte, inefable; aunque mucho me maravillaría de que vosotros me podáis seguir, atados como estáis completamente a la carne y que nada miráis limpiamente" (cf. VII 36).

Magnífico y no despreciable es el texto citado de Platón; pero de ver es si no se muestra más amante de los hombres la palabra divina al introducir al Logos, que estaba al principio en Dios, Dios Logos hecho carne, a fin de que pudiera llegar a todos ese mismo Logos que Platón dice ser imposible que quien lo encontrare lo manifieste a todos. Ahora bien, diga Platón enhorabuena ser cosa de trabajo encontrar al hacedor y padre de todo este universo, a par que da a entender no ser imposible [23] a la naturaleza humana hallar a Dios dignamente; y, si no dignamente, más por lo menos de lo que alcanza el vulgo. Si eso fuera verdad, si Dios hubiera sido en verdad hallado por Platón o alguno de los griegos, no hubieran dado culto, ni hubieran llamado Dios ni adorado a otro que a El, ora abandonándolo, ora asociando con El cosas que no pueden asociarse con tan gran Dios. Nosotros, empero, afirmamos que la naturaleza humana no es en manera alguna suficiente para buscar a Dios y hallarlo en su puro ser, de no ser ayudada por el mismo que es objeto de la búsqueda.

[21] θεοτρόποις M: θεοπρόποις καὶ φιλοσόφοις K. tr.

[22] θέλων M: θέλω μὲν K. tr. "Ego pro θέλων lego θέλω et nihil aliud mut (Del.).

[23] ἀδύνατον M: ὀυκ ἀδύνατον K. tr. "Sensus postulare videtur ut οὐκ praefigatur" (Del.).

Es, empero, hallado por lo que después de hacer cuanto está en su mano,[24] confiesan que necesitan de su ayuda; y se manifiesta a los que cree razonable manifestarse, en la medida que un hombre puede naturalmente conocer a Dios y alcanzarlo un alma humana que mora aún en el cuerpo.

43. Dios es inefable e invisible

Además, al decir Platón que quien hallare al hacedor y padre del universo, es imposible que lo manifieste a todos, no afirma que sea inefable e innominable, sino que, aun siendo decible, sólo puede hablarse de El a pocos. Luego, como si se hubiera olvidado de las palabras que cita de Platón, dice Celso ser Dios innominable: "Mas, como quiera que fue hallado por los hombres sabios el camino de la verdad, para que alcancemos alguna moción del que no puede nombrarse y es la realidad primera"... Mas nosotros no sólo afirmamos ser Dios inefable, sino también otras cosas que están por bajo de El; cosas que, forzado a explicar, dijo Pablo: *Oí palabras inefables, que no es lícito al hombre pronunciar* (2 Cor 12,4). Paso en que "oí" se emplea en el sentido de "entendí", a la manera del texto evangélico: *El que tenga oídos para oír, que oiga* (Mt 11,15).

Realmente, también nosotros decimos ser difícil ver al hacedor y padre del universo; sin embargo, es visto, no sólo según el dicho: *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios* (Mt 5,8), sino según lo que dice el *que es imagen del Dios invisible* (Col 1,15): *El que me ve a mí ve al Padre que me ha enviado* (Io 14,9). Nadie que tenga inteligencia dirá que, al decir Jesús: *El que me ve a mí, ve al Padre que me ha enviado,* se refiere a su cuerpo sensible, que veían los hombres. En tal caso, habrían visto al Padre los que gritaron: *Crucifícalo, crucifícalo* (Lc 23,21; Io 19, 60), y Pilato, que tenía autoridad sobre lo que en Jesús había de humano (Io 19,10), lo cual es absurdo. No, las palabras: *El que me ve a mí, ve también al Padre que me ha enviado,* no deben tomarse en interpretación ordinaria, y así se ve por el hecho de haberse dicho a Felipe: *¿Tanto tiempo como estoy con vosotros, y no me conoces, Felipe?* (Io 14,9). Que fue lo que Jesús le respondió cuando Felipe le rogó diciendo: *Muéstranos al Padre, y basta* (ibid., 8). En conclusión, el que entiende cómo debe pensar acerca del Dios

[24] La versión sigue la corrección de Wendland: μετὰ τὸ ⟨πάντα⟩ παρ' αὑτοὺς ποιεῖν.

unigénito, Hijo de Dios, primogénito de toda la creación (Col 1, 15) y cómo el Logos se hizo carne, verá cómo, contemplando la imagen del Dios invisible, conocerá al padre y hacedor del universo.

44. El mundo entero, templo de Dios

Ahora bien, Celso opina que se conoce a Dios o por composición con otras cosas, a la manera de la que entre los geómetras se llama síntesis (= composición), o por separación de las otras cosas (= análisis), o por analogía, a la manera de la que entre los mismos geómetras se llama así, y que por lo menos puede uno llegar de este modo "a los umbrales de los buenos" (PLAT., *Phileb.* 64c). Sin embargo, cuando el Logos de Dios dice: *Nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo revelare* (Mt 11,27), afirma que Dios es conocido por cierta gracia divina, que no se engendra en el alma sin intervención divina, sino por una especie de inspiración. Y, a la verdad, lo probable es que el conocimiento de Dios esté por encima de la naturaleza humana, lo que explicaría haya tantos errores entre los hombres acerca de Dios; y sólo por la bondad y amor de Dios a los hombres y por gracia maravillosa y divina llega ese conocimiento a quienes previó la presciencia divina que vivirían de manera digna del Dios que han conocido. Son los que por nada violan la piedad para con El (cf. V 52), así sean conducidos a la muerte por quienes ignoran lo que es la piedad y se imaginan ser cualquier cosa menos lo que ella es; así se los tenga igualmente por el colmo de la ridiculez (cf. VII 36).

Yo creo que Dios, al ver la arrogancia y el desprecio de los demás en quienes alardean de haber conocido a Dios y aprendido de la filosofía los misterios divinos, y, sin embargo, no de otro modo que los más incultos, se van tras los ídolos y sus templos y sus famosos misterios, escogió lo necio del mundo, a los más simples de estre los cristianos, pero que viven con más moderación y pureza que los filósofos, a fin de confundir a los sabios (1 Cor 1,27), que no se ruborizan de conversar con cosas inanimadas, como si fueran dioses o imágenes de los dioses. Porque ¿qué hombre con algún entendimiento no se reirá del que, después de tales y tantos discursos de la filosofía acerca de Dios, está contemplando las estatuas y dirige a ellas su oración o, por la vista de ellas, al que se imagina debe subir su oración desde lo visible y mero símbolo, cuando él la ofrece al que espiritualmente se entiende? Un cristiano, empero, por ignorante que sea, está

persuadido de que todo lugar es parte del universo, y todo el mundo templo de Dios [25]. Y, orando en todo lugar, cerrados los ojos de la sensación y despiertos los del alma, transciende el mundo todo. Y no se para ni ante la bóveda del cielo, sino que llega con su pensamiento hasta el lugar supraceleste (PLAT., *Phaidr.* 247ac) guiado por el espíritu de Dios; y, como si se hallara fuera del mundo, dirige su oración a Dios, no sobre cosas cualesquiera, pues ha aprendido de Jesús a no buscar nada pequeño, es decir, nada sensible, sino sólo lo grande y de verdad divino, aquellos dones de Dios que nos ayudan a caminar hacia la bienaventuranza que hay en el mismo, por medio de su Hijo, el Logos Dios.

45. Rociada de insultos a vueltas de filosofía

Pues veamos lo que dice nos quiere enseñar, caso de que podamos seguir sus enseñanzas, ya que dice estamos completamente atados a la carne—nosotros que, si vivimos rectamente y conforme a la doctrina de Jesús, oímos que se nos dice: *Vosotros no estáis en la carne, sino en el espíritu, si es que el espíritu de Dios mora en vosotros* (Rom 8,9)—. Afirma además que nada vemos limpiamente nosotros que tratamos de no mancillarnos ni aun de pensamiento por los deseos del mal, y que decimos en nuestra oración: *Crea en mi ¡oh Dios!, un corazón limpio, y un espíritu recto renueva en mis entrañas* (Ps 50,12), a fin de contemplar a Dios con un corazón limpio, único que lo puede naturalmente ver (Mt 5,8). He aquí, pues, lo que dice: "Distinguimos la esencia y la generación (lo que es y lo que nace), lo inteligible y lo visible. A la esencia va ligada la verdad, a la generación el error. Ahora bien, sobre la verdad versa la ciencia, sobre lo otro, la opinión. La inteligencia tiene por objeto lo inteligible, la visión, lo visible (PLAT., *Pol.* 534a; *Tim.* 29c), pues la mente conoce lo inteligible, el ojo lo visible. Ahora bien, lo que en las cosas visibles es el sol, que, sin ser ojo ni visión, es causa de que el ojo vea y la visión se dé por su medio, y de que lo visible

[25] La idea de que el mundo es templo de Dios hubo de nacer en el cristiano primitivo, que no conocía imágenes ni templos de Dios. Ellos hubieron de hacer realidad la palabra de Jesús a la samaritana: "Llega la hora, y es ésta, en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; Dios es espíritu, y los que lo adoran, en espíritu y en verdad deben adorarlo (Io 4,23-24). Palabras que inician una nueva era religiosa. Por lo demás, que la oración se había de hacer en todo lugar (*en panti topo:* 1 Tim 2,8) era lugar común; cf. ORIG., *De oratione* XXX[illegible],4; CLEM. ALEX., *Strom.* VII 43,1; LUCIAN., *Demonax* 27; ALEX. APHROD., *De fato* 1. Que también hubiera de hacerse en todo tiempo es doctrina de San Pablo: *sine intermissione orate* (1 Thess 5,17). Con el mismo espíritu, la liturgia quiere que *semper in gratiarum actione maneamus.*

sea visto y todo lo sensible se produzca y hasta él mismo sea también contemplado; tal en las cosas inteligibles es Aquel que no es ni mente, ni inteligencia ni ciencia, sino causa de que la mente piense, y la inteligencia por él entienda, y la ciencia por él conozca, y los inteligibles todos y la misma verdad y la misma ciencia sea, siendo él más allá de todo, sólo por una inefable potencia, inteligible (PLAT., *Pol.* 508b). Esto se dice, naturalmente, para hombres que tengan inteligencia, y si también vosotros entendéis algo de ello, enhorabuena. Y si pensáis que un espíritu baja de parte de Dios para anunciar lo divino, sería este espíritu que tales cosas predica del que, ciertamente llenos, los hombres antiguos tantas y tan buenas cosas anunciaron. Que si no las podéis comprender, callaos por lo menos y ocultad vuestra propia ignorancia y no digáis que están ciegos los que ven y cojos lo que corren, cuando sois vosotros los que estáis totalmente cojos o estropeados de alma, viviendo para el cuerpo, es decir, para un cadáver.

46. Se rechazan los insultos y se afirma filosofía más alta que la platónica

Respondamos a esta tirada de Celso. Nosotros procuramos no irritarnos por las cosas bien dichas así quienes las dicen sean ajenos a nuestra fe, ni las discutimos, ni tenemos interés en rebatir ninguna sana doctrina. Advertimos, empero, a quienes insultan a los que, según sus fuerzas, quieren practicar la religión del Dios del universo, de un Dios que lo mismo acepta la fe en El de gentes ignorantes que la piedad razonada de los más inteligentes, que con acción de gracias dirigen preces al hacedor del todo, y se las dirigen como por mediación del sumo sacerdote que enseño a los hombres la piedad pura para con Dios; a quienes a éstos llaman cojos y mutilados de alma y afirman que viven para un cadáver los que se esfuerzan en decir sinceramente: *Porque, aun viviendo en la carne, no militamos según la carne, pues las armas de nuestra milicia no son carnales, sino que tienen su fuerza de Dios* (2 Cor 10,3-4); les advertimos, repito, miren no hagan coja su propia alma y mutilen su propio hombre interior por el hecho mismo de difamar a hombres que piden a Dios ser de Dios. Al calumniar así a otros que están decididos a vivir bien, se cortarían a sí mismos la equidad y serenidad que fueron naturalmente sembradas por el Creador en la naturaleza racional.

Aquellos, empero, que, entre otras cosas, han aprendido de la palabra divina (y lo cumplen) *a bendecir maldecidos, a perseverar perseguidos y a consolar difamados* (1 Cor 4,12-13), son los que pueden enderezar bien los pasos de su alma, y purificarla y adornarla de todo punto. Ellos son los que no distinguen solamente de palabra lo que es de lo que se hace (la esencia, de la generación), y lo inteligible de lo visible, y ligan la verdad con la esencia y huyen a todo trance del error que se liga a la generación, sino que miran, como aprendiendo, no lo que nace y es visible y, por ende, pasajero, sino las cosas superiores, ora se las quiera llamar esencia; ora, por ser inteligibles, invisibles; ora, por estar naturalmente fuera del ámbito de la sensación, cosas que no se ven (cf. 2 Cor 4,18).

De este modo miran los discípulos de Jesús a lo que procede de la generación, de lo que se valen como de escalera para subir a la consideración de la naturaleza de lo inteligible. Y es así que lo invisible de Dios, es decir, lo inteligible, desde la creación del mundo, entendido por medio de las criaturas, se ve claramente por un proceso de intelección (cf. Rom 1,20). Sin embargo, subiendo por las criaturas del mundo a lo invisible de Dios, no se paran ahí; no, ya que se han ejercitado suficientemente en ello y lo han comprendido, se remontan hasta el eterno poder de Dios y, de modo absoluto, a su divinidad (ibid., 19.18). Y es que saben muy bien que Dios, por su amor a los hombres, manifestó su verdad y lo que de El puede conocerse no sólo a quienes a El se consagran, sino también a algunos que están fuera de la pura religión y piedad para con El. Algunos, empero, de los que, por providencia de Dios, se levantaron al conocimiento de tan grandes verdades, son impíos y no obran de manera digna de su ciencia, y oprimen en la iniquidad la verdad de Dios (ibid., 1,18). Así, dado ese conocimiento, no les queda ya lugar de defensa delante de Dios (ibid., 1,20).

47. El pecado de los filósofos

Por lo menos la palabra divina atestigua que quienes comprendieron lo que Celso expone y profesaban vivir filosóficamente según esta doctrina, a pesar de que conocieron a Dios, no lo glorificaron ni dieron gracias como a Dios, sino que se desvanecieron en sus razonamientos (Rom 1,21), y, después de tanta luz del conocimiento de las cosas que Dios les manifestó, se entenebreció su precipitado e insensato corazón. Y es de ver, en efecto, cómo los que dicen ser sa-

bios dan muestras de gran necedad cuando después de tan altos discursos en las escuelas de filosofía acerca de Dios y de lo inteligible, cambiaron la gloria del Dios incorruptible por la semejanza de una imagen de hombre corruptible, y hasta de volátiles, cuadrúpedos y reptiles. Por lo cual, abandonados ellos mismos por la providencia en castigo de no vivir de forma digna de las manifestaciones que Dios les hiciera, se revuelcan en las concupiscencias de sus corazones, para impureza, y deshonran sus propios cuerpos en indecencias e intemperancias, por haber cambiado la verdad de Dios por la mentira, y adorado y servido a la criatura en lugar del Creador (Rom 1,22-25).

48. La pureza y virginidad cristiana

Aquellos, empero, que por su ignorancia son despreciados por los filósofos y se dice que son locos y esclavos, aunque sólo se consagran de modo general a Dios, apenas reciben la doctrina de Jesús, tan lejos están de toda disolución e impureza y de toda deshonestidad en tratos sexuales, que, a la manera de sacerdotes perfectos, muchos de ellos se abstienen de todo comercio sexual (cf. I 26) y se mantienen completamente puros, y no sólo respecto de la carne. Entre los atenienses hay, creo, un solo hierofanta, y no teniendo seguridad de que dominará sus instintos masculinos en el grado que quiera, se unta las partes viriles con cicuta [26] y así se lo tiene por puro para los ritos acostumbrados entre los atenienses. Entre los cristianos, empero, son de ver hombres que no necesitan de la cicuta para dar con pureza culto a la divinidad; les basta el Logos por cicuta para arrojar de su pensamiento toda concupiscencia y rendir a la divinidad el culto de sus oraciones. Entre los otros supuestos dioses, un número muy reducido de vírgenes (estén o no bajo la guardia de hombres; este punto no es ahora objeto de nuestra averiguación) se mantienen, al parecer, en la pureza por el honor debido a la divinidad; mas entre los cristianos se practica la perfecta virginidad no por los honores humanos, ni por paga y dinero, ni por alcanzar reputación; no, como ellos tuvieron por bien mantener el conocimiento de Dios, son por

[26] San Jerónimo alude a este uso en la *Epist.* 123,7 *ad Geruchiam: De Monogamia:* "La misma gentilidad observa eso para condenación nuestra, si la verdad no ofrece a Cristo lo que la mentira da al diablo, que ha inventado también una castidad de perdición. El hierofanta entre los atenienses renuncia al matrimonio y, con perpetua mutilación, se hace casto" (ed. de la BAC, p.561). En *Adv. Iovin.* 1,49 habla de la cicuta: "Hierophantas quoque Atheniensium usque hodie cicutae sorbitione castrari, et post quam in pontificatum fuerint allecti viros esse desinere". Orígenes ve muy bien la diferencia de la castidad cristiana, cuya fuente es el Logos.

Dios conservados en mente aprobada y en la práctica de lo decente, llenos de toda justicia y bondad (Rom 1,28s).

49. Los más sencillos cristianos, superiores moralmente a los filósofos

Ahora bien, todo esto lo he dicho no porque intente discutir lo que pensaron bien los griegos ni impugnar sus sanas doctrinas; no; mi intención es demostrar que eso mismo y hasta cosas más altas y divinas fueron dichas por los hombres divinamente inspirados (cf. VII 28.58), que fueron los profetas de Dios y los apóstoles de Jesús. Y esas cosas son averiguadas por los que quieren practicar un cristianismo más perfecto y saben que

de la boca del justo el saber fluye
y su lengua pronuncia cosa recta,
lleva en su corazón la ley divina
(y no vacilan, no, sus pasos) (Ps 36,30s).

Mas aun entre aquellos que, por su ignorancia mucha o por su sencillez o porque les ha faltado quien los exhortara a una religión racional, no penetran a fondo estas doctrinas, sino que creen en el Dios del universo y en su Hijo unigénito, que es Verbo y Dios, es fácil hallar algo [21] de gravedad y pureza y nobleza de carácter y una simplicidad muchas veces excelente; cosas no alcanzadas por los que afirman ser sabios, a par que se revuelcan con muchachos en lo que no es lícito, practicando varones con varones la indecencia (Rom 1,27).

50. Pesimismo cristiano

Ahora bien, Celso no explicó cómo con el nacer o *fieri* de las cosas va ligado el error, ni expuso tampoco su propio pensamiento, para considerarlo a fondo comparándolo con nuestras doctrinas; los profetas, empero, dando a entender algo misterioso acerca de lo que depende del nacimiento, dicen que debe ofrecerse un sacrificio por el pecado hasta por los recién nacidos, por no tenérselos por limpios de pecado. Dicen, en efecto: *En iniquidades fui concebido y en pecados me gestó mi madre* (Ps 50,7). Y hasta afirman que los pecadores se enajenaron desde el seno materno (Ps 57,4) y dicen

[21] εὑρεθείη ἄν M: εὑρεθείη ἄν τι K. tr.

extrañamente: *Erraron desde el vientre, hablaron mentiras* (ibid.). De esta manera, maestros sabios desacreditan toda la naturaleza de lo sensible, de modo que una vez dicen que los cuerpos son vanidad, como en este texto: *y es así que a la vanidad fue sometida la creación, no de su grado, sino por razón del que la sometió en esperanza* (Rom 8,20); y otra vez, vanidad de vanidades, como dijo el Eclesiastés: *Vanidad de vanidades y todo vanidad* (Eccle 1,2). ¿Y quién rebajó tanto la vida terrena del hombre como el que dijo: *A la verdad, todo es vanidad, todo hombre que vive?* (Ps 38,6). Porque no dudó de la diferencia de vivir el alma en la tierra y fuera de la tierra, ni dijo:

"¿Quién sabe si el vivir es pura muerte
y en el morir está la vida?"
(EURÍP., fragm.638, Nauck.)

Pero tiene valor para decir la verdad en este texto: *Nuestra alma está en el polvo derrocada* (Ps 43,26), y en estotro: *Y al polvo me has traído de la muerte* (Ps 21,16). Y como se dice: *¿Quién me librará del cuerpo de esta muerte?* (Rom 7,24), dícese también: *El que transformará el cuerpo de nuestra bajeza* (Phil 3,21). Un profeta es también el que dijo: *Humillástenos en el lugar de aflicción* (Ps 43,20), donde llama lugar de aflicción al lugar terreno, al que fue arrojado Adán, es decir, el hombre, cuando fue echado, por su maldad, del paraíso, y el que dijo: *Vemos ahora por espejo y en enigma, pero un día veremos cara a cara* (1 Cor 13,12); y estotro: *Mientras estamos en el cuerpo andamos lejos del Señor; por eso preferimos salir del cuerpo y llegar hasta el Señor* (2 Cor 5,6-8), ¡qué profundas ideas tenía sobre el diverso vivir de las almas!

51. La obra del Espíritu Santo

Y ¿qué necesidad hay de oponer nada más a los dichos de Celso en el sentido de que mucho antes fue dicho todo eso entre nosotros, cuando de lo ya discutido aparece claro nuestro sentir? Aquí, sin embargo, sienta como una especie de tesis: "Y si pensáis que un espíritu baja de Dios para anunciar los misterios divinos, éste sería el espíritu que pregona todo esto, el espíritu que llenó a los hombres antiguos para que anunciaran muchos bienes". Pero ignora la diferencia entre todo eso y lo que nosotros tenemos puntualmente averiguado. Nosotros decimos: *Tu espíritu incorruptible está*

en todas las cosas; por lo cual, Dios castiga poco a poco a los que se desvían (Sap 12,2). Y afirmamos también, entre otras cosas, que las palabras: *Recibid el Espíritu Santo* (Io 22,20) dan a entender una cuantía de don diferente de la que se ve por estotras: *Seréis bañados en Espíritu Santo después de no muchos días* (Act 1,5).

Ahora bien, lo difícil es considerar cuidadosamente estas cosas y ver la diferencia que va entre quienes a largos intervalos han recibido la comprensión de la verdad y un breve entendimiento de Dios, y los que por mucho tiempo están inspirados por Dios, están siempre en la presencia de Dios y son continuamente guiados por el espíritu divino (Rom 8,14; Gal 5,18). Si Celso hubiera examinado y comprendido todo esto, no nos hubiera tachado de ignorancia, ni nos hubiera ordenado no llamar ciegos a los que piensan que la religión se muestra en las artes materiales de los hombres, en la estatuaria, por ejemplo. Nadie, en efecto, que vea con los ojos del alma da culto a Dios de otro modo que el que enseña a mirar siempre al Creador del universo y a dirigirle a El toda oración y hacerlo todo como ante los ojos de Dios, ante un espectador que ve hasta nuestros pensamientos. De ahí que nosotros pidamos ver, para ser luego guías de ciegos, hasta que, acercándose ellos al Verbo de Dios, recobren los ojos del alma, entenebrecidos por la ignorancia. Y si hacemos cosas dignas del que dijo a sus discípulos: *Vosotros sois la luz del mundo* (Mt 5,14), y del Logos, que enseñó: *La luz brilla en las tinieblas* (Io 1,5), seremos también luz de los que están en las tinieblas e instruiremos a los insensatos y enseñaremos a los niños.

52. Se rechazan los insultos

Y no se irrite Celso de que llamemos cojos y mutilados de los pies del alma a los que corren a los lugares sagrados, como si de verdad fueran sagrados, por no ver que nada sagrado puede salir de manos de artesanos (I 5). Corren, a la verdad, los que practican la religión según la doctrina de Jesús, hasta que, llegados al término de la carrera, puedan decir con firme y verdadero espíritu: *He combatido el buen combate, he consumado mi carrera, he guardado la fe; ahora me está reservada la corona de la justicia* (2 Tim 4,7). Y cada uno de nosotros corre, pero no como al azar, y lucha contra la maldad no como quien da golpes al aire (2 Cor 9,26). No; nosotros combatimos *a los que están bajo el príncipe*

que tiene el imperio del aire, del espiritu que obra ahora sobre los hijos de la desconfianza (Eph 2,2).

Diga, por lo demás, Celso que vivimos para un cadáver, nosotros que oímos: *Si viviereis conforme a la carne, moriréis; mas si, por el espíritu, mortificareis las obras de la carne, viviréis* (Rom 8,13); nosotros, que hemos, además, aprendido: *Si por el espíritu vivimos, andemos también en espíritu* (Gal 5,25). Y por vía de obras pudiéramos demostrar que miente el que dice que vivimos para el cuerpo, cosa muerta.

53. Otra gran tirada de Celso: ¡Cualquiera mejor que Jesús!

Después de todo eso, que hemos rebatido según nuestras fuerzas, dice contra nosotros: "¡Cuánto mejor os hubiera estado, ya que tantas ganas teníais de innovaciones, haber acudido a otro cualquiera de los que noblemente murieron y pudieran ser sujeto de un mito divino! Si no os gustaba Heracles y Asclepio y los que de antiguo están ya glorificados (III 22.42), ahí tenéis a Orfeo, hombre que, por confesión de todos, poseyó espíritu divino y que también murió violentamente. Pero quizá se adelantaron otros. Por lo menos os queda Anaxarco, que, echado en un mortero y majado allí despiadadamente, se burlaba, con la mayor serenidad, del tormento, diciendo: "Machaca, machaca el saco de Anaxarco, porque a Anaxarco no lo machacas". ¡Esa sí que es palabra de espíritu verdaderamente divino! Mas también a éste se adelantaron en seguida algunos físicos. ¿No querréis, pues, a Epicteto? El cual, como su amo se entretuviera en atormentarle la pierna, sonriendo y sin conmoverse, le decía: "Que me la vas a romper". Y rota, en efecto: "¿No decía yo—le dijo—que me la romperías?" ¿Qué dijo semejante vuestro Dios al ser atormentado? La Sibila misma, de la que algunos de vosotros se valen, os hubiera venido mejor para declararla hija de dios. Pero la verdad es que os habéis contentado con interpolar en los oráculos de aquélla todo género de blasfemias y, en cambio, hacéis dios a un hombre de la vida más execrable y de la muerte más ignominiosa. ¡Cuánto más apto para el caso os hubiera sido un Jonás junto a la calabaza (Ion 4,6), un Daniel que salió vivo de entre los leones (Dan 6,16-23) u otros aún más prodigiosos!"

54. Entre mitología e historia

Ahora, pues, ya que nos remite Celso a Heracles, aléguenos algún escrito en que consten sus palabras y defienda su vergonzosa servidumbre con Onfale [28]; y demuéstrenos que era digno de honores divinos el que, violentamente y como un bandido, le quitó el buey al labrador y se lo comió, complacido de las maldiciones que le echaba el labrador mientras se lo comía. Lo que explica que hasta ahora, según se cuenta, el demon de Heracles recibe el sacrificio con ciertas maldiciones. Nos invita también Celso a que volvamos a hablar de Asclepio, siendo así que anteriormente (III 22-25) hemos hablado ya de él, y con lo allí dicho nos contentamos. ¿Y qué admiró en Orfeo para decir que, por confesión de todos, poseyó un espíritu religioso y vivió hermosamente? Mucho me admiraría no mueva ahora a Celso a ensalzar a Orfeo su gana de discutir con nosotros y rebajar a Jesús; si leyera, empero, los impíos mitos que atribuye a los dioses, Celso mismo no dejaría de rechazar sus poemas como más dignos de ser arrojados de toda buena república que los de Homero (IV 36; sobre los mitos de Orfeo: I 16). Y es así que Orfeo dijo sobre los supuestos dioses cosas mucho peores que Homero.

Heroico fue, desde luego, Anaxarco al decir al tirano de Chipre Aristocreonte (o Nicocreonte): "Tunde, tunde la bolsa de Anaxarco"; pero esto es lo único maravilloso que los griegos saben de Anaxarco; y si, como Celso pretende [29], está bien que ciertas gentes reverencien a un hombre por su virtud, de ahí no se sigue deba proclamarse dios a Anaxarco [30]. También nos manda a Epicteto [31], admirando su noble dicho; pero no es tan alto lo que Epicteto dijo al romperle el otro la pierna, que pueda compararse con las maravillosas obras y palabras de Jesús, a las que Celso no presta fe. Sin em-

[28] Entre las incontables andanzas de Heracles se cuenta haber estado tres años al servicio de Onfale, reina de Lidia, hija de Járdano y viuda de Tmolos, a sueldo de tres talentos, y pagar así una deuda a Eurito. Heracles se degradó a faenas femeninas, se vistió de blandas ropas, hilaba la lana y la reina tomo la piel de león y la clava.

[29] Wendland y K. tr. corrigen: εἰ καί, ὡς κέλσος ἀξιοῖ, ἐχρῆν.

[30] El caso hubo de ser célebre en la antigüedad, a juzgar por la enorme lista de referencias que da Chadwick: CIC., *Tusc.* II 52; *De nat. deor.* III 33,82; VALER. MAX., III 3 ext.4; PLUTARCH., *Mor.* 449E; DIOG. LAERT., IX 59; PHILO, *Quod omnis probus* 109; *De prov.* II 11; PLIN., *Nat. Hist.* VII 87; DIO. CHRYSOST., XXVII 45; CLEM. ALEX., *Strom.* IV 54,4; TERTULL., *Apol.* L 6; EUS., *Theophaneia* I 64; NEMES., *De nat. hom.* 30 (PG 40,721A); GREGOR. NAZ., *Epist.* 32; *Carm.* I 9; 688,91; *Epigr.* 4 (PG 37,72A.730A; 38,84A).

[31] Epicteto mismo alude a su cojera; pero Suidas dice que se debió a un "flujo", y Schenkl, editor de Epicteto, cree que se acerca más a la verdad que Celso, cuya historia parece tener colorido de apotegma".

bargo, fueron pronunciadas por virtud divina y hasta ahora convierten [32] no sólo a unos cuantos simples, sino a muchos inteligentes.

55. El silencio de Jesús

Después de ese catálogo de hombres ilustres, dice: "¿Qué dijo vuestro dios, al ser castigado, comparable con estos dichos?" A esto le podemos responder que el silencio de Jesús en sus azotes y demás tormentos puso de manifiesto más fortaleza y paciencia que lo dicho por cualquier griego puesto en trance difícil; eso si Celso quiere creer a lo que honradamente fue consignado por escrito por hombres amadores de la verdad; los que sinceramente narraron sus milagros, con éstos enumeraron también su silencio en los azotes. Y lo mismo al ser objeto de burlas, al vestírsele la clámide de púrpura, coronarlo de espinas y ponerle en la mano una caña por cetro (Mt 27,14.28-29.39), dio pruebas de suma mansedumbre, sin pronunciar palabra baja ni de irritación contra los que tamaños desafueros cometían con El [33].

Ahora bien, el que por fortaleza de ánimo calló en los azotes, y por mansedumbre sufrió todo lo que quisieron hacerle sus burladores, no iba a decir, por cobardía, como piensan algunos, lo que dijo en su oración: *Padre, si es posible, pase de mí este cáliz; sin embargo, no como yo quiero, sino como tú* (Mt 26,39). Ahora bien, esto, que, al parecer, es rechazar lo que se llama el cáliz, tiene una razón que en otra parte hemos estudiado y expuesto. Sin embargo, aun tomando estas palabras en sentido obvio, veamos si esa oración no está dicha con la piedad debida a Dios. Y es así que todo el mundo piensa que la tribulación no debe ser preferida, sino que, cuando las circunstancias lo piden, se soporta lo que sucede contra nuestras preferencias. Y aun así, las palabras de Jesús: *Mas no se haga lo que yo quiero, sino lo que tú,* no delatan un ánimo que se abate, sino que acepta de buen grado lo que acaece y prefiere las tribulaciones ordenadas por la providencia.

[32] ἐπιστρέφοντας M: ἐπιστρέφουσι K. tr.

[33] Realmente, el silencio de Jesús vale por todos los dichos (reales o fingidos) de los antiguos héroes de la virtud, en que hay siempre algo de fanfarronada. Orígenes aludió ya a este silencio en la introducción de los libros contra Celso. San Ignacio Mártir dice un poco misteriosamente: "El que de verdad posee la palabra de Jesús puede también escuchar su silencio, a fin de ser perfecto; de esta manera, según lo que habla obra, y por lo que calla es conocido" *(Ad Eph.* XV 2; cf. mis *Padres apostólicos:* BAC [1950] p.456; reimpr. 1965).

56. Blasfemar por blasfemar

Luego, no sé yo por qué razón, quería Celso que proclamáramos a la Sibila hija de Dios mejor que a Jesús, y afirma que hemos interpolado en los poemas de aquélla muchas cosas blasfemas; pero no demuestra parejas interpolaciones. Y lo hubiera demostrado presentando los ejemplares antiguos puros, sin las interpolaciones que él se imagina. Y tampoco demuestra que sean blasfemas. Lo que hace es decir una vez más, no dos ni tres, sino muchas veces, que la vida de Jesús fue lo más infame que cabe imaginar (cf. I 62; III 50). Pero no se para en cada una de las acciones de Jesús que juzga por colmo de infancia; de haberlo hecho, no daría la impresión no sólo de que afirma sin demostrar, sino también de que insulta al que no conoce. Por otra parte, de haber expuesto los casos particulares de la vida infamísima, que en las acciones le parecieron tales, nosotros hubiéramos refutado punto por punto lo que a él se le antojara colmo de infamia.

En cuanto al cargo de que "Jesús murió de la muerte más miserable", lo mismo pudiera decirse de Sócrates y de Anaxarco, de quien poco antes ha hecho mérito, y de infinitos otros. ¿O es que la muerte de Jesús fue miserable y la de éstos no? ¿O la de aquéllos no fue miserable, y sí la de Jesús? Por aquí se ve también que el fin que Celso se propuso fue lanzar sus injurias contra Jesús, movido, a lo que creo, por algún espíritu maligno, al que Jesús habrá destruido y derrocado, para que no guste ya de grasas y sangre (III 28), de las que, alimentado, engañaba a los que buscan a Dios sobre la tierra en las imágenes o ídolos, en vez de levantar los ojos al verdadero Dios del universo.

57. Jonás y Daniel

Luego, como si su fin fuera llenar de borra su libro, quería Celso que tuviéramos por Dios a Jonás con preferencia a Jesús. Es decir, que a Jonás, que predicó penitencia a la sola ciudad de Nínive (Ion 3,4), lo prefiere Celso a Jesús, que la predicó a todo el mundo y con más éxito que Jonás. Al que extraña y milagrosamente pasó tres días y tres noches en el vientre de la ballena quiere Celso que lo proclamemos dios; al que aceptó, empero, morir por los hombres y atestigua Dios por medio de los profetas, a ése no lo tiene Celso por digno del segundo honor después del Dios del universo,

honor merecido por las hazañas que llevó a cabo en el cielo y sobre la tierra. Y es de notar aún que Jonás fue tragado por el monstruo marino por huir para no predicar lo que Dios le había ordenado; Jesús, empero, aceptó la muerte por los hombres después que enseñó lo que Dios quería.

Luego dice que hubiéramos hecho mejor en adorar a Daniel, que salió ileso de entre los leones (Dan 6,23), que no a Jesús; siendo así que éste pisoteó la fiereza de todo poder adverso y nos dio potestad para caminar por encima de serpientes y escorpiones y sobre todo poder del enemigo (Lc 10,19). Luego, cuando no tiene otros que alegar, dice: "O los que son más monstruosos que éstos", palabras con que insulta a la vez a Jonás y Daniel, pues el espíritu que moraba en Celso no sabía hablar bien de los justos.

58. Platón, frente al Evangelio

Pues consideremos ahora el texto que sigue de Celso, que dice así: "Tienen también un precepto de no vengarse de quien los agravia. Si te pegan, dice, en una mandíbula, tú presenta también la otra (Lc 6,29; Mt 5,39). Cosa ésta también muy antigua y que fue antes muy bien dicha. Sólo lo rústico de la forma les pertenece. Platón, en efecto, introduce a Sócrates, que tiene con Critón la conversación que sigue:

—¿Luego por ningún caso se debe cometer injusticia?

—¡Por ningún caso!

—¿Luego tampoco el que la sufre puede devolver injusticia por injusticia, como piensan los muchos, dado caso que por ningún caso se debe cometer injusticia?

—No, evidentemente.

—Veamos otro punto: ¿Es lícito hacer mal, ¡oh Critón!, o no es lícito?

—No es lícito, ciertamente, ¡oh Sócrates!

—Y volver mal por mal aquel a quien se ha hecho mal, como afirman los muchos, ¿es justo o no es justo?

—¡De ninguna manera! Pues hacer mal a quien sea no se diferencia para nada del cometer injusticia.

—Dices bien; luego tampoco es lícito devolver injusticia por injusticia, ni hacer mal a nadie, sea lo que fuere lo que uno padezca de parte de otro (PLAT., *Criton* 49bc). Esto dice Platón, y poco después lo que sigue:

"Considera, pues, también tú muy despacio si estás de acuerdo y piensas como yo, y vamos a partir en nuestra deliberación de este principio: Nunca es lícito cometer injusticia ni devolver injusticia por injusticia, ni al que sufre un

mal vengarse devolviendo mal por mal. ¿O es que te retiras y no estás de acuerdo con este principio? Porque a mí, de tiempo atrás, me parece así, y aún me lo sigue pareciendo" (ibid., 49de).

Tal fue el sentir de Platón, pero fue también ya de antes doctrina de hombres divinos. Pero baste lo dicho acerca de este punto y de otros muchos que han corrompido (VI 15). El que tenga ganas de buscar más sobre el particular, lo encontrará (cf. IV 61).

59. El estilo, mero condimento

Respondamos ahora a este punto y a todos los otros que Celso identificó por no poder contradecir su verdad, diciendo que fueron también dichos por los griegos. Si la doctrina es provechosa y la intención que se dice sana, lo mismo da que la diga Platón entre los griegos o algún otro de sus sabios, o los judíos por Moisés o algún profeta, o los cristianos en los discursos de Jesús que constan por escrito o en los que pronunciara alguno de sus apóstoles; no hay motivo de censurar lo dicho por judíos o cristianos por el hecho de que lo mismo se dijera entre los griegos, más que más si se demuestra que los libros de los judíos son más antiguos que los de los griegos [34]. Por el mismo caso, tampoco debe pensarse que lo dicho con la belleza del estilo helénico haya de ser en absoluto mejor que lo anunciado más llanamente y con frases más sencillas entre judíos o cristianos, si bien la dicción primera de los judíos en que los profetas nos dejaron sus libros está en lengua hebrea y en sabia composición de la misma.

Pero hay que demostrar, por muy paradójica que parezca la tesis, que los mismos dogmas están mejor dichos en los profetas de los judíos y en los discursos de los cristianos; y lo demostraremos por una comparación tomada de los alimentos y la manera de prepararlos. Supongamos un alimento sano, que vigoriza a los que lo toman, y supongamos que se lo prepara y condimenta de forma que no lo tomen los rústicos, que, por haberse criado entre tugurios, no saben cómo se come eso, ni tampoco los pobres, sino sólo los ricos y gentes de delicado paladar; y otro alimento, no preparado al gusto de los que son tenidos por más delicados, sino como

[34] Fue precisamente un poeta judío español, el rabbi Dom Sem Tob (s.XV), quien escribió estos versos memorables:
"Por nascer en espino—la rosa, yo no siento—que pierde, ni el buen vino—por salir del sarmiento.—Nin vale el azor menos—porque en vil nido siga *(sea, esté)*,—nin los enxemplos buenos—porque judío los diga..." (cf. *Modelos de lit. castellana...*, por el P. VICENTE AGUSTÍ, S. I. [Barcelona 1912] p.530).

saben comer los pobres y los rústicos y la mayoría de las gentes; de éste comen miles y miles. Ahora bien, si del comer el primer manjar, preparado según el gusto de la gente delicada, sólo éstos gozaran de salud, y ninguno de los otros tiene afición a tales manjares; pero de comer el otro, pasan la vida sanos muchedumbres de hombres, ¿a qué cocineros alabaríamos más, desde el punto de vista del bien común, en razón de preparar alimentos sanos: a los que los preparan para provecho de los doctos o a los que lo hacen para la muchedumbre? Hemos de suponer que la salud y bienestar es el mismo, así se preparen los alimentos de una manera u otra; pero, evidentemente, el amor a los hombres y el sentido de lo social nos sugiere que contribuye más al bien común el médico que provee a la sanidad de muchos que no el que sólo mira a unos pocos.

60. Se aplica la comparación

Si la comparación está bien pensada, vamos a trasladarla a la calidad del alimento espiritual propio de animales racionales. Pues veamos si Platón y los sabios entre los griegos no se asemejan, en lo que dicen rectamente, a los médicos que sólo proveen a los que pasan por más delicados y desdeñan a la muchedumbre de las gentes; los profetas, empero, de los judíos y los discípulos de Jesús, que echan muy lejos a paseo las elegancias del estilo y la que llama la Escritura sabiduría de los hombres y sabiduría de la carne (1 Cor 2,5; 1,26; 2 Cor 1,12), que figuradamente quiere decir la lengua, pueden comparase a los que se determinan a preparar y condimentar la misma comida sanísima con un estilo que llega a las muchedumbres de los hombres y no es ajeno a su habla corriente; así, por la extrañeza, no los aparte de oír, como si se tratara de explicaciones insólitas. Y, efectivamente, si el objeto de la comida espiritual—llamémosla así—es hacer paciente y manso al que la come, ¿cómo no decir que está mejor aderezado el discurso que hace muchedumbres de pacientes y mansos, o por lo menos de los que adelantan en tales virtudes, que no el que sólo hace algunos, muy contables, y eso dando de barato que los haga en absoluto? (cf. VI 2).

Si Platón se hubiera propuesto aprovechar con sanas doctrinas a quienes hablan egipcio o siríaco, habría pensado primero en aprender las lenguas de sus futuros oyentes, y hubiera preferido barbarizar, como lo llaman los griegos, que no, permaneciendo griego, ser incapaz de decir nada útil para egipcios y sirios. Así, la naturaleza divina, que tiene providen-

cia no sólo de los griegos que se creen instruidos, sino también de los otros, condescendió con la ignorancia de los oyentes; y, valiéndose de dicciones que le son familiares, invitó a oír la palabra divina a la turbamulta de los ignorantes. Estos, después de su primera iniciación en el cristianismo, pueden fácilmente hacer punto de honor comprender también los sentidos más profundos ocultos en las Escrituras. Y es así que, para quienquiera las conozca, es evidente que muchos pasajes de ellas pueden tener un sentido más profundo que el que aparece a simple vista, sentido que se manifiesta a los que se consagran al estudio de la palabra divina a proporción del tiempo que le dedican y el empeño en ponerla por obra.

61. Otra vez Platón y el Evangelio

Queda, pues, demostrado que, al decir Jesús, con harta rusticidad en sentir de Celso: *Al que te hiriere en una mejilla, preséntale la otra, y a quien quisiere contender contigo en juicio y quitarte la túnica, dale también el manto* (Lc 6,29; Mt 5,40), expresó e ilustró su doctrina, hablando así, de forma más provechosa a los hombres que no Platón en el *Critón*. A Platón no pueden ni aun entenderlo la gente vulgar; y con trabajo lo logran los que han pasado por los estudios generales antes de entrar en la profunda filosofía de los griegos.

De considerar es también que el sentido de la paciencia no se corrompe por la sencillez del estilo; por lo que se ve que también en esto calumnia Celso nuestra doctrina, cuando dice: "Pero baste lo dicho acerca de estas y otras cosas que corrompen; el que tenga ganas de buscar más, lo encontrará" [35].

62. Contra el culto de los ídolos

Pues veamos ahora lo que sigue, que es de este tenor: "Pasemos ahora a otros temas. Los cristianos no soportan la vista de templos ni de estatuas, en lo que coinciden con los escitas, con los nómadas de la Libia y con los seres, gentes

[35] Orígenes sólo ha refutado el punto de la mayor elegancia que Celso atribuye a la doctrina platónica; pero no ha entrado en el fondo de la cuestión. Según Celso, sobraría el Evangelio, porque lo mismo que dice Jesús, lo dijo—y más bellamente—Platón. Y ataca una de las doctrinas más característicamente cristianas: la ausencia de toda venganza, el no volver mal por mal, el presentar la mejilla izquierda al que nos hiera la derecha. Todo el pensar y sentir antiguo contradice este sentir cristiano. Lo primero que pide Solón en su gran elegía a las musas es que le otorguen dicha por parte de los dioses bienhadados y buena fama ante todos los hombres, "y ser así dulce para sus amigos y amargo para sus enemigos; ser de vista respetable para unos y espantosa para otros". La antítesis no desaparecerá ya de la literatura griega. Jenofonte atribuye a Ciro este rasgo: "Era cosa manifiesta que se esforzaba por vencer a quienquiera le hiciera algún bien o algún mal. Y de él corrían algunos haber hecho a los dioses oración de que le dieran vivir

sin Dios, y con otras naciones ajenas a toda religión y a toda ley. Así piensan también los persas, según cuenta Heródoto por estas palabras: "Los persas sé que tienen las siguientes costumbres: no levantan estatuas, ni altares, ni templos, y tienen por necios a quienes tal hacen. La causa, a mi parecer, es que no piensan, como los griegos, que los dioses sean de forma humana" (HEROD., I 131). Heráclito igualmente se expresa así: "Y oran a estas estatuas como si uno se pusiera a hablar con las paredes de su casa, no sabiendo quiénes son los dioses y héroes" (DIELS-KRANZ, *Die Fragm.* I 151 fragm.5). ¿Qué nos enseñan los cristianos que no nos lo diga aquí mejor Heráclito? Bien secretamente da a entender ser bobo orar a las estatuas si uno no conoce "quiénes son los dioses y héroes". Tal es la doctrina de Heráclito; pero ellos deshonran sin distinción toda imagen. Si la razón que dan es que la piedra, o la madera, o el bronce, o el oro que fulano o zutano han trabajado, no es dios, valiente sabiduría. Porque ¿quién sino un tonto de remate puede creer que eso sea Dios y no ofrendas e imágenes de los dioses? Si es porque no es posible concebir imágenes divinas, por ser otra la forma de Dios, según opinan también los persas, no caen en la cuenta que se contradicen a sí mismos cuando dicen que Dios hizo al hombre su propia imagen y la cara semejante a sí mismo (VI 63). Pero concederán que estas imágenes se destinan al honor de alguien semejante o diferente en la forma, si bien explican no ser dioses, sino démones a los que tales imágenes se dedican, y, en fin, que quien adora a Dios no tiene que dar culto a los démones".

63. Un mismo hecho puede proceder de causas varias

A esto hay que responder así: Si es cierto que los escitas, y los nómadas de la Libia, y los seres, a los que cuelga Celso que son ateos, y otras naciones sin religión y sin ley, y hasta

tanto tiempo que pudiera vencer a los que le hubieran hecho bien o mal" (XEN., *Anabasis* I, IX 11). "¿Hay que dar a los enemigos lo que se les deba?", pregunta Sócrates en la *República*. "En absoluto", contestó Polemarco; "ahora bien, en mi entender, al enemigo, por parte del enemigo, se le debe lo que le conviene, hacerle mal" (*Pol.* 332b). Y ahora (es decir, mucho antes que la *República* se compusiera) deduce lógicamente Platón que no se debe hacer mal a nadie, ni volver mal por mal ni injusticia por injusticia. Pero él mismo se da cuenta de que se trata de una deducción puramente lógica y hasta paradójica. "Los muchos" no piensan así, ni menos obran así. Para pensar y obrar así se necesitaba algo más que lógica; se necesitaba de la fuerza y gracia del Logos vivo, que dijo: "Yo, empero, os digo..." Ahí está lo esencial: *Yo os lo digo*. Platón, lógica y paradójicamente, pudo ver la verdad; lo que no pudo ni puede hacer es vencer a la naturaleza, representada por los muchos y eternamente pronta a la venganza. Para la cual tampoco les falta lógica. En resolución, el cristianismo es vida—y no filosofía—, y la vida viene del Logos, en quien estaba—y está—la vida.

los mismos persas no soportan mirar templos, altares ni imágenes, con ello no se dice que sea la misma la razón por que no lo soportan ellos y por que no lo soportamos nosotros. Es menester examinar la doctrina por que no soportan templos e imágenes los que no los soportan, a fin de alabar al que no los soporta partiendo de sanas doctrinas y reprender al que lo hace partiendo de doctrinas falsas. Y es así que un mismo hecho puede provenir de doctrinas diferentes. Así, por ejemplo, el adulterio lo evitan los secuaces de la filosofía de Zenón de Citio, y también los epicúreos y hasta algunos de entre la gente completamente inculta. ¡Pero hay que ver la diferencia de razones por que éstos evitan el adulterio! Los primeros, por razón del bien común y por ser contra la naturaleza [36] del animal racional corromper la mujer que ha sido antes destinada a otro por las leyes y destruir la casa de otro hombre; pero los epicúreos, cuando se abstienen del adulterio, no lo hacen por esta razón, sino porque piensan que el fin de la vida es el placer, y muchos son los impedimentos del placer para quien ha cedido al placer único del adulterio. Así, a veces, cárceles, destierros y hasta la muerte; y frecuentemente, peligros al estar al acecho de que salgan de casa el marido y los que cuidan de sus intereses. Porque, si suponemos que el adúltero puede ocultarse al marido de la mujer y a todos sus domésticos y aquellos ante los que el adulterio pudiera acarrearle deshonor, el epicúreo, llevado del placer, lo cometería. En cuanto al hombre vulgar que, teniendo ocasión de cometer un adulterio, no lo comete, es fácil hallar que se abstiene por el temor a la ley y sus castigos, y no hay que pensar deje de hacerlo con miras a obtener por la continencia mayores placeres. Se ve, pues, que una misma obra, el abstenerse de cometer un adulterio, deja de ser la misma y se hace diferente por razón de los diferentes propósitos de los que se abstienen. Puede, en efecto, proceder de principios sanos, o de malos e impiísimos, como los del epicúreo y los de ese palurdo de nuestro ejemplo.

64. El cristiano está pronto a morir antes que adorar a los ídolos

Ahora bien, a la manera como una misma acción, esta de abstenerse de cometer un adulterio, siendo aparentemente una, se la ve diferenciarse por las varias doctrinas y propósitos

[36] παράφυσιν M: τὸ παρὰ φύσιν K. tr.; H. VON ARNIM (*Stoic. vet. fragm.* 729) propone διὰ τὸ ⟨μὴ⟩ κοινωνικὸν καὶ παρὰ φύσιν εἶναι; según esta corrección, acaso mejor que la de K., sería: "por no ser conforme al bien común e ir contra la naturaleza".

por que se hace; así los que no toleran se dé culto a la divinidad en altares, templos y estatuas: los escitas, los nómadas de la Libia, los seres, gentes sin Dios, y los persas, hacen eso movidos por principios diferentes que los que guían a judíos y cristianos para no tolerar ese supuesto culto tributado a la divinidad. Y es así que ninguno de esos pueblos repudia altares e imágenes porque piense que así se rebaja y degrada el culto a la divinidad a la materia configurada de una u otra forma, ni porque tengan idea de que ciertos démones moran de asiento en tales figuras o lugares, ora hayan sido invocados[37] con ciertas fórmulas mágicas, ora de otro modo hayan podido apoderarse de lugares, en que golosamente participan de las ofrendas de los sacrificios y van a la caza de placer ilícito y de hombres inicuos (cf. *supra* III 38). Los cristianos y judíos, empero, tienen preceptos como éstos: *Al Señor Dios tuyo temerás y a El solo servirás* (Deut 6,13); y estotro: *No tendrás dioses extraños fuera de mí;* y: *No te fabricarás ídolo, ni semejanza alguna de cuanto hay en el cielo arriba, ni en la tierra abajo, ni en el mar debajo de la tierra, y no lo adorarás ni servirás* (Ex 20,3-4); y estotro: *Al Señor Dios tuyo adorarás y a El solo servirás* (Mt 4,10; Deut 6,13). Por estos mandamientos y otros semejantes, no sólo se apartan los cristianos de templos, altares y estatuas, sino que, cuando es menester, marchan serenamente a la muerte a trueque de no manchar su idea del Dios del universo con pareja iniquidad.

65. Sobre los persas y Heráclito

Respecto de los persas, ya dijimos anteriormente (V 41,44; VI 22) que no levantan ciertamente templos, pero dan culto al sol y demás criaturas de Dios; cosa que a nosotros nos está vedada, pues se nos ha enseñado a no servir a la criatura en lugar del Creador (Rom 1,25). Nosotros sabemos además que la creación será liberada de la servidumbre de la corrupción para pasar a la libertad de la gloria de los hijos de Dios; y: *La expectación de la creación está aguardando la revelación de los hijos de Dios;* y: *La creación ha sido sometida a servidumbre, no de su grado, sino por razón de Aquel que la sometió en esperanza* (Rom 8,19-21). No hay, pues, por qué honrar en lugar de Dios, que de nada necesita (VI 52; VIII 21; cf. Act 17,25), y de su Hijo, primogénito de toda la creación (Col 1,15), a cosas sujetas a la servidumbre de la corrupción y a la vanidad, y que sufren este estado por una esperanza

[37] καταкλιθέντες M: κατακληθέντες W. (cf. V 38).

mejor. Baste, pues, esto, sobre lo antes dicho, acerca de la nación de los persas, que no toleran altares ni estatuas, pero sirven a la criatura en lugar del Creador.

Nos alega además Celso el dicho de Heráclito que él interpreta en el sentido de que es necio hacer oración a las imágenes o estatuas si no se sabe cuáles son dioses o héroes. A esto hay que responder ser posible conocer a Dios y a su Unigénito y a los que Dios ha honrado con el título de dioses y participan de la divinidad (= los ángeles; cf. *supra* III 37), y son distintos de todos los dioses de las naciones, que son demonios (Ps 95,5); pero no es posible conocer a Dios y orar a las estatuas.

66. No es lícito siquiera el culto ficticio de los ídolos

Pero no sólo es necio orar a las imágenes, sino también, siguiendo el hilo de la gente, fingir que se ora a ellas, como hacen las filósofos peripatéticos y los que siguen la doctrina de Epicuro o Demócrito. Y es así que nada ficticio debe morar en el alma del hombre verdaderamente piadoso para con Dios. Nosotros, empero, una razón más que tenemos para no venerar las imágenes es la de no caer, en cuanto de nosotros dependa, en la idea de que tales estatuas son otros dioses. Por eso le reprochamos a Celso y a todos los que confiesan que tales estatuas no son dioses, que esos que aparentan ser sabios tributen un aparente culto a las estatuas. Y el vulgo los sigue y yerra pensando que no sólo las adoran por acomodación, y así da una caída del alma hasta imaginar que todo esto son dioses y no aguantan ni oír que no sean dioses lo que ellos adoran.

Ahora bien, Celso dice que no tiene a las estatuas por dioses, sino por ofrendas de los dioses; pero no pone en claro si se trata de ofrendas de los hombres o, como él las llama, de los dioses mismos. Pero es claro que se trata de ofrendas de hombres que erraron acerca de lo divino. Es más, ni siquiera pensamos que las estatuas representen una imagen divina, como quiera que no cabe describir la forma del Dios invisible e incorpóreo. Celso, por lo demás, se imagina que caemos en contradicción con nosotros mismos al afirmar, de un lado, que lo divino no tiene forma humana y creer, de otro, que Dios hizo al hombre su propia imagen, y a imagen de Dios lo hizo (Gen 1,26-27). A esto hay que decir lo ya anteriormente dicho (VI 63): la imagen de Dios se conserva,

afirmamos nosotros, en el alma racional, que es apta para la virtud. Por cierto que, al no ver aquí Celso la diferencia entre imagen de Dios y a imagen de Dios, dice que decimos "haber hecho Dios al hombre imagen suya y en la faz semejante a El". Pero también sobre esto dijimos más arriba (VI 63).

67. La doctrina sobre los démones

Luego dice sobre los cristianos: "Sin duda concederán que estas imágenes se destinan al honor de alguien, semejante o diferente en su forma; pero añadirán que ni son dioses aquellos a quienes se dedican, ni quien adora a Dios debe dar culto a démones". Si Celso hubiera conocido la doctrina sobre los démones y lo que obra cada uno de ellos, ora invocado por los que son diestros en este arte, ora porque ellos voluntariamente se entregan a la operación que quieren y pueden; si hubiera penetrado, decimos, en la doctrina de los démones, que es amplia y difícil de captar a la naturaleza humana, no nos hubiera reprochado que digamos no debe dar culto a démones quienquiera adore al Dios de todas las cosas. Por nuestra parte, estamos tan lejos de dar culto a démones, que antes bien los arrojamos con oraciones y con otros medios que nos enseñan las Escrituras, de las almas humanas y de los lugares donde se han asentado, y a veces hasta de los animales. Y es así que, a menudo, los démones obran algunas cosas para dañar a los mismos animales.

68. Los problemas del mal y la Providencia

Como quiera que anteriormente (I 69-70; II 63-66; III 41,43; VI 75-77; VII 16-17; 35-36.40; 45-46.52) hemos hablado largamente sobre Jesús, no hay por qué repetirnos ahora para responder a este texto: "Ahora bien, por sí mismos quedan convictos de que no dan culto a un dios, ni siquiera a un demon, sino a un muerto". Dando, pues, sin más de mano a esto, veamos lo que sigue: "Pero yo les preguntaré primeramente por qué no haya de darse culto a los démones. ¿No se administra por cierto todo según la mente de Dios? ¿Y no viene de El toda providencia? ¿O es que cuanto en el universo acontece, sea obra de un dios o de ángeles, o de otros démones o héroes, no recibe todo su ley del Dios supremo? ¿Y no se ha ordenado al frente de cada cosa el ser que ha sido tenido por digno de recibir poder? Ahora bien,

el que adora a Dios, ¿no dará con toda razón culto al que de Dios ha recibido sus poderes? Pero no es posible [38], dice la Escritura, que uno mismo sirva a muchos señores" (cf. Mt 6,24).

También aquí es de ver cómo Celso arrambla con cosas que necesitan una investigación no despreciable, y de una ciencia de misterios muy profundos acerca de la administración del universo. Y es así que debe examinarse bien en qué sentido se dice que todo se administra según la mente de Dios. ¿Llega o no llega esa administración a los pecados que se cometen? Porque, si esa administración llega también a los pecados cometidos no sólo entre los hombres, sino también entre los démones y otros seres incorpóreos que por naturaleza pueden pecar, vea el que sienta la tesis de que todo se administra según la mente de Dios el absurdo que de ahí se sigue. Síguese, en efecto, de esa tesis que los pecados y cuanto de la maldad se deriva se administran según la mente de Dios. Lo cual no es lo mismo que decir que suceden [39] sin que Dios lo impida. Pero si se entiende propiamente lo de "administrar", se dirá que también se administra lo que procede de la maldad—evidentemente, todo se administra según la mente de Dios—, y nadie que peque contraviene a la administración de Dios.

Por modo semejante hay que distinguir acerca de la providencia y decir que la tesis de que "toda providencia viene de Dios", contiene, desde luego, algo de verdad cuando la providencia se refiere a algo bueno; mas si decimos de manera general que todo lo que acontece es conforme a la providencia, aunque acontezca algo malo, será falso que "toda providencia venga de El"; a no ser que se diga que cuanto sucede por concomitancia de lo que es providencial, procede también de la providencia de Dios (VI 53).

Afirma también Celso que cuanto hay en el universo, ora sea obra de un dios, ora de ángeles y otros démones, todo recibe ley del Dios supremo; pero no afirma "discurso verdadero". Y es así que los seres transgresores de la ley no la transgreden porque sigan la ley del Dios supremo. Ahora bien, la palabra divina nos demuestra que son transgresores de la ley no sólo los hombres malos, sino también los démones y ángeles malos.

[38] οὔτε M: οὔτοι K. tr., Bader.
[39] γίνεται M: γίνεσθαι K. tr.

69. El cristiano abomina el culto de los démones

Ahora bien, de démones malos no sólo hablamos nosotros, sino casi todos los que sientan haber démones. Luego no todos los seres reciben o guardan una ley del Dios supremo. Y es así que cuantos por su inadvertencia, por iniquidad y maldad o por ignorancia de lo bueno se han apartado de la ley divina, no reciben la ley de Dios, sino (para usar una palabra nueva que viene de la Escritura) *la ley del pecado* (Rom 8,2). Ahora bien, según la mayor parte de los que sientan haber démones, los démones malos no guardan la ley de Dios, sino que la transgreden; pero, según nosotros, son trangresores todos los démones, pues, no siendo antes démones, se apartaron del camino del bien. Por eso, nadie que adore a Dios debe dar culto a los démones.

La naturaleza de los démones se ve también clara por los que los conjuran por los llamados hechizos de amor u odio, para impedir ciertas acciones o para otros innumerables intentos, como lo hacen los que, por encantamientos o fórmulas mágicas, saben invocar y conjurar a los démones para lo que quieren. Por eso, todo el culto de los démones es extraño a quienes adoramos al Dios de todas las cosas; y el culto de los démones es culto de los falsos dioses, porque *todos los dioses de las naciones son démones* (Ps 95,5). Lo mismo aparece también claro por el hecho de que se hicieron curiosos conjuros [40] sobre los supuestos templos que parecen más eficaces al tiempo que se levantaron tales templos con sus correspondientes estatuas; conjuros que hacen los que, por fórmulas mágicas, consagran su tiempo al culto de los démones. De ahí nuestra resolución de huir, como de peste, del culto de los démones; y culto de los démones afirmamos ser todo lo que los griegos tienen por religión con sus altares, estatuas y templos de dioses.

70. Incertidumbres sobre los démones

Dijo también Celso que al frente de cada cosa está ordenado uno que ha recibido poder del Dios sumo y se ha tenido por digno de llevar a cabo alguna obra; pero es menester ciencia muy profunda y capaz de demostrar si, a la manera de los verdugos en las ciudades y de los oficiales de las repúbli-

[40] κατακλίσεις M: κατακλήσεις K. tr.

cas que entienden en cosas tristes, pero forzosas, así los démones malos han sido destinados para determinadas funciones por el Logos que todo lo gobierna; como los bandidos de los desiertos que se nombran un capitán que los mande, así los démones, formando como escuadrones por los varios lugares de la tierra, se han nombrado también un príncipe que los guía en las acciones que emprenden, para robar y asaltar las almas de los hombres.

Ahora bien, el que quiera hablar bien sobre este punto para defender a los cristianos que se abstienen de dar culto a nadie que no sea el Dios supremo y al que es primogénito de toda la creación, el Verbo de Dios (Col 1,15; Io 1,1), tiene que explicar textos como éste: *Todos cuantos vinieron antes de mí son ladrones y salteadores, y las ovejas no los escucharon;* y estotro: *El ladrón no viene sino a robar y matar y destruir* (Io 10,8.10), y cualquier otro dicho semejante de las sagradas letras. Por ejemplo, éste: *Mirad que os he dado potestad de pisar serpientes y escorpiones, y sobre todo el poder del enemigo, y nada os dañará* (Lc 10,19), y estotro:

Andarás sobre el áspid y la víbora
y al león pisarás y al dragón fiero (Ps 90,13).

Pero nada de esto sabía Celso, pues, de haberlo sabido, no hubiera dicho: "Y cuanto hay en el universo, ora sea obra de un dios, de ángeles, de démones o héroes, todo recibe su ley del Dios máximo, y al frente de cada cosa se pone aquel que ha sido juzgado digno de alcanzar poder. Ahora bien, al que ha alcanzado poder de Dios, ¿no será justo le dé culto todo el que adora a Dios?" A lo que añade: "No es posible que uno mismo adore a muchos señores".

Pero esto lo discutiremos en el libro siguiente, pues este séptimo que hemos escrito contra la obra de Celso ha adquirido ya suficiente volumen.

LIBRO OCTAVO

1. El apologista, embajador de Cristo

Ya he llegado a terminar siete libros y ahora quiero empezar el octavo. Asístanos Dios y su Verbo unigénito a fin de refutar noblemente las mentiras de Celso, que en balde se titulan *Discurso de la verdad,* y, en lo posible y por lo que atañe a su defensa, se demuestre la razón del cristianismo. Rogamos también a Dios poder decir con el espíritu de Pablo: *Somos embajadores de Cristo, como si Dios exhortara por nosotros* (2 Cor 5,20), y ser efectivamente embajadores ante los hombres de cómo el Verbo de Dios los exhorta a que tengan amistad con El mismo. Este Verbo quiere ganar para la justicia, la verdad y las demás virtudes a los que, antes de recibir las enseñanzas de Jesucristo, pasaban su vida en tinieblas respecto de Dios y en ignorancia del Creador. Y, una vez más, diré que Dios nos dé la generosa y verdadera Palabra, el Señor fuerte y poderoso en la guerra (Ps 23,8) contra la maldad. Y ya es hora de que pasemos al texto siguiente de Celso y a su refutación.

2. Se puede, según Celso, servir a muchos amos

Anteriormente nos preguntó Celso "por qué no damos culto a los démones", y a lo que dijo sobre los démones le replicamos (VII 68-70) lo que nos pareció conforme al sentir de la palabra divina. Seguidamente nos presenta respondiendo a su pregunta de hombre que quiere demos culto a los démones: "No es posible que uno mismo sirva a muchos amos". "Esta", opina él, "es voz de rebelión (cf. III 5; VIII 49); voz de quienes", según sus palabras, "se amurallan a sí mismos y se separan del resto de los hombres". Por su parte cree que "quienes así hablan, en cuanto de ellos depende, trasladan a Dios sus propios sentimientos". Por eso piensa que, "entre los hombres, pueda tener lugar que quien sirve a uno no pueda razonablemente servir a otro, por el daño que se supone le viene a éste del distinto servicio; ni que quien antes se ha comprometido con uno no se comprometa con otro. Así es razonable no servir a la vez a diferentes héroes o

démones si de ahí resulta daño" Pero, tratándose de Dios, al que no llega daño ni pena, tiene Celso por irracional "guardarse de dar culto a muchos dioses, de modo semejante que si se tratara de hombres, héroes y démones por el estilo". Dice además que "quien da culto a muchos dioses, por el hecho de honrar algo que pertenece al Dios grande, hace en ello cosa grata a éste". Y añade: "A nadie le es posible ser honrado si no le fuere dado por El; de donde se sigue", dice, "que quien honra y adora a todos los que son de El, no ofende al Dios a quien todos pertenecen".

3. La Escritura habla de «dioses»

Antes de pasar adelante, veamos si no entendemos razonablemente el texto: *Nadie puede servir a dos señores;* a lo que sigue: *Porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o se adherirá al uno y despreciará al otro.* Y luego: *No podéis servir a Dios y a mammón* (Mt 6,24; Lc 16,13). La defensa nos lleva a un profundo y misterioso razonamiento acerca de dioses y señores. Y es así que la divina Escritura sabe que el Señor es grande por encima de todos los dioses (Ps 96,9); palabras en que no entendemos por dioses los que son adorados entre los gentiles, pues sabemos que *todos los dioses de las naciones son demonios* (Ps 95,5). Se trata más bien de dioses, cuya junta conoce la palabra profética, como conoce al Dios sumo que los juzga y ordena a cada uno su propia obra. Y es así que *Dios estuvo en la junta de los dioses, y en medio juzga a los dioses* (Ps 81,1). Dios es, además, el Señor de los dioses, que, por medio de su Hijo, llamó a la tierra desde el nacimiento del sol hasta su puesta (Ps 49,1). Mándasenos igualmente dar gracias al Dios de los dioses (Ps 135,2) y sabemos que *Dios no es Dios de muertos, sino de vivos* (Mt 22,32). Todo lo cual se dice no sólo en estos textos, sino en otros sin número.

4. Y también de «señores»

Cosas semejantes nos enseñan las sagradas letras a examinar y sentir acerca del Señor de los señores cuando nos dicen, por ejemplo: *Dad gracias al Dios de los dioses, porque es eterna su misericordia; dad gracias al Señor de los señores, porque es eterna su misericordia* (135,2-3); y en otro lugar, que Dios es *Rey de reyes y Señor de señores* (1 Tim 6,15). Pero la palabra divina conoce dioses, que así se llaman, y otros que lo son, se llamen o no se llamen; y enseñando lo

mismo acerca de señores que lo son y otros que no, dice Pablo: *Porque si bien hay llamados dioses, en el cielo o en la tierra, como hay muchos dioses y muchos señores* (1 Cor 8,5). Luego, como quiera que el Dios de los dioses llama a los que quiere a su porción (Deut 32,9), por medio de Jesucristo, de oriente y occidente (Ps 49,1); y puesto que el Cristo de Dios es Señor y, al invadir los dominios de todos y llamar así de todos los dominios súbditos suyos, demuestra que es superior a todos los que dominan, de ahí es que Pablo, que lo sabía muy bien, añada después del texto citado: *Mas para nosotros sólo hay un Dios, el Padre de quien todo procede, y un solo Señor, Jesucristo, por quien es todo, y nosotros por El* (1 Cor 8,6). Y percatándose Pablo de que había en sus palabras algo de maravilloso y recóndito, añade: *Pero no en todos hay ciencia* (ibid., 7). Ahora bien, cuando Pablo dice: *Para nosotros, empero, sólo hay un Dios, el Padre, de quien todo procede; y un solo Señor, Jesucristo, por quien es todo,* ese "nosotros" lo dice de sí mismo y de cuantos se han remontado al sumo Dios de dioses y al sumo Señor de señores. Y al Dios sumo se remonta el que, sin escisión, división ni parcialidad, lo adora por medio de su Hijo, el Dios Verbo y sabiduría que fue contemplado en Jesús, el único que conduce a El a los que se esfuerzan, por todos los modos, en pertenecer al Dios artífice del universo por medio de palabras, obras y pensamientos excelentes. Por esta y otras cosas semejantes opino que el príncipe de este mundo, que se transfigura en ángel de luz (2 Cor 11,14), hizo que se dijera: "A éste sigue un ejército de dioses y démones, ordenados en doce partes". Y de sí mismo y de los que se dan a la filosofía añade: "Nosotros con Zeus, y otros con otros démones" (PLAT., *Phaidr.* 246,2-247a.250b).

5. Quiénes se levantan por encima de todos los «dioses» y «señores»

Como haya, pues, muchos que se dicen dioses o que lo son realmente, y lo mismo señores, nosotros lo hacemos todo con el fin de remontarnos por encima, no sólo de las cosas que son adoradas como dioses por las naciones de la tierra, sino también de los mismos que las Escrituras llaman dioses; cosa de que nada saben los que son extraños a las alianzas (Eph 2,12), hechas con Dios por medio de Moisés y de nuestro Salvador Jesús, y no entran a la parte de las promesas que por ellos se nos han dado a conocer. Ahora bien, por encima de toda servidumbre de démones se remonta el que no hace obra

alguna grata a los démones; y de la parte de los que Pablo llama dioses se sale el que mira, ora como aquéllos, ora de otro modo cualquiera, no lo que se ve, sino lo que no se ve (2 Cor 4,18); y el que considera de qué modo *la expectación de la creación está aguardando la revelación de los hijos de Dios, pues la creación está sometida a la vanidad, no de su grado, sino por causa de quien la sometió en esperanza* (Rom 8, 19-21), si es cierto que alaba la creación y ve cómo se liberará de la servidumbre de la corrupción y llegará a la libertad de la gloria de los hijos de Dios, no se distrae a servir a Dios y a otro juntamente con El ni a sujetarse a dos amos.

No hay, pues, voz de sedición en quienes esto entienden y no quieren servir a muchos señores. Por eso se contentan con el Señor Jesucristo, que instruye a los que están a su servicio, a fin de entregarlos, una vez instruidos y hechos reino digno de Dios (Apoc 1,6; 5,10), al mismo Dios Padre. Sí es cierto, en cambio, que se apartan y separan de los que son forasteros en la ciudad de Dios y extraños a sus alianzas, a fin de tener su ciudadanía en los cielos (Phil 3,20) y acercarse *al Dios vivo y a la ciudad de Dios, la Jerusalén celeste, y a la compañía innumerable de ángeles y a la iglesia de los primogénitos, que están inscritos en los cielos* (Hebr 8,19-21).

6. El cristiano, embajador de Cristo

Pero tampoco nos apartamos de servir a otro fuera de Dios por medio de su Verbo y su verdad porque nos imaginemos que recibe Dios un daño, como parece recibirlo un hombre, de parte de quien sirve a otro además de él; no, lo que queremos es no dañarnos a nosotros mismos, separándonos de la porción del Dios sumo, como quiera que vivimos emparentados con su bienaventuranza por excelente espíritu de adopción. Este espíritu mora en los hijos del Padre del cielo, que no echan palabrillas, sino hechos cuando, con levantada voz, dicen en el secreto: *Abba!, Padre* (Rom 8,15).

Como es sabido, los embajadores lacedemonios no quisieron adorar al rey de los persas, por más que los forzaran los guardias, por temor al que ellos tenían por su solo señor, que era la ley de Licurgo (HEROD., VII 136); aquellos, empero, que desempeñan una embajada por Cristo, mucho más grande y divina (2 Cor 5,20), no pueden adorar ni al príncipe de los persas, ni al de los griegos, ni al de los egipcios, ni al de otra nación alguna, por más que la guardia de tales gobernantes, que son los démones y ángeles del diablo, los quieran forzar a hacerlo e intenten persuadirlos a que abandonen al que es

superior a toda ley sobre la tierra. Y es así que Cristo es señor de los que son sus embajadores y lo representan, El, Verbo que era en el principio y estaba en Dios y era Dios (Io 1,1).

7. Vaguedades de Celso sobre démones y héroes

Celso se imaginó sin duda que, entre las cosas que él tenía por patentes, iba a exponer una doctrina de especial profundidad acerca de héroes y algunos démones. Así, después de explicar lo que atañe al servicio entre los hombres, es decir, que recibe uno daño si el que antes le servía quiere también servir a otro, dice que "lo mismo habría de decirse [1] sobre héroes y démones por el estilo". A esto le preguntaremos, pues, qué entiende por héroes y de dónde proceden esos démones, de suerte que quien sirve a este héroe no pueda servir al otro, y quien sirve a tal demon no pueda ya servir a otro, pues el primer demon saldría dañado, a la manera como son dañados los hombres si el siervo primero se pasa a segundo amo. Demuéstrenos Celso qué daño piensa él que se da en los héroes o démones por el estilo. La verdad es que se verá forzado a caer en un mar de tonterías, repetir su discurso y retractar lo dicho; o, si no quiere decir tonterías, tendrá que confesar que no sabe una palabra sobre lo que sean héroes y démones. Y respecto a lo que dice sobre los hombres, que reciben daño los primeros si un esclavo quiere servir también a segundos amos, habría que decirle: ¿Qué daño cree Celso que recibe el primer amo si su esclavo quiere servir también a un segundo?

8. El solo verdadero daño

Ahora bien, si entiende, como un hombre vulgar y ajeno a la filosofía [2], por daño el que se dice de cosas que están fuera de nosotros, demostraría que no ha saludado siquiera lo que hermosamente dice Sócrates: "Realmente, Anito y Meleto me pueden quitar la vida, pero no dañarme, pues no es de ley divina que lo superior reciba daño de lo inferior" (PLAT., *Apol.* 30cd) [3]. Mas, si por daño entendiera un movi-

[1] εἴη M: λεχθείη We.

[2] ἀφιλόσοφος Bo., We., K. tr.

[3] Hay que detenerse un momento ante esta gran palabra socrática y recordar que, según San Justino, "Sócrates fue cristiano" (I *Apol.* 46,3), un cristiano antes de Cristo, para baldón de quienes no lo son después de Cristo. Ni Anito ni Meleto, aunque nos puedan quitar la vida—¡en nombre de la ley, eso sí!, pues son personas muy decentes—o el pan con que sustentar la vida, lo que

miento o hábito malo[4], como parejo daño no puede darse en los sabios, síguese que puede uno servir a dos sabios que estén en distintos lugares. Mas si tampoco es razonable, en balde tomó Celso como ejemplo que censurar el texto: *Nadie puede servir a dos señores* (Mt 6,24); y tanto mayor fuerza tendrá esa palabra que se refiere al servicio único de Dios del universo por medio de su Hijo, que lleva a los hombres a El.

Por lo demás, no daremos culto a Dios como si El lo necesitara o hubiera de tener pena de no tributárselo. Nosotros, antes bien, sacamos provecho del culto de Dios; nosotros nos hacemos insensibles al dolor y a la pasión por servir al Dios sumo por medio de su unigénito Verbo y sabiduría.

9. El culto de Jesús, solo que viene de Dios

De ver es también cuán a la ligera dice: "Porque, aun dado caso que dieras culto a otra cosa de las que hay en el universo...", pues así se afirma que, sin daño alguno de nuestra parte, podemos trasladar el culto debido a Dios a cualquiera de las cosas simplemente que son de Dios. Pero, como si él mismo se hubiera percatado de no haber hablado sanamente al decir: "Porque, aun dado caso que dieras culto a otra cosa de las que hay en el universo...", vuelve sobre sus pasos y corrige lo dicho con estotro: "No es posible tributar honor a nadie a quien no se le haya concedido por El". Pues preguntemos a Celso acerca de los que son honrados como dioses, démones o héroes: ¿Por dónde, amigo, puedes demostrar habérseles concedido de parte de Dios a éstos el ser honrados, y que no les viene el honor de la ignorancia y necedad de hombres que han errado y se han apartado de Aquel que propiamente merece ser honrado? En todo caso, honor se tributa al querido de Adriano, como tú mismo, Celso, has dicho poco antes (III 36; V 63); y seguramente no querrás afirmar que el Dios del universo le ha concedido a Antínoo derecho a recibir honores divinos. Lo mismo diremos acerca de los otros, requiriendo pruebas de que el Dios supremo les ha concedido derecho de ser honrados.

Ahora bien, si algo semejante se nos replicara respecto de Jesús, nosotros demostraríamos habérsele dado de Dios el ser

no pueden es inferirnos daño alguno verdadero, que sería tener parte en su maldad. Dentro de esta gran tradición socrático-cristiana, decía San Juan Crisóstomo que nadie nos puede dañar si no nos dañamos a nosotros mismos. Un perro nos puede ladrar y hasta morder; lo que no puede es hacer que seamos perro como él, un gozquejo como los que hemos oído aullar por estas tierras.

[4] κατὰ κακίαν M: τὴν κατὰ κακίαν K. tr.; se trata de una definición estoica (*Stoic. vet. frag.* III, 78).

honrado, *para que todos honren al Hijo como honran al Padre* (Io 5,23). Y es así que las profecías hechas antes de que naciera eran recomendaciones del honor que se le debía. Y los milagros que hizo, no por magia, como se imagina Celso (III 36; V 63), sino por virtud divina predicha por los profetas, eran una testificación de Dios, una garantía de que quien honre al Hijo, que es el Logos o Razón, no hace caso sin razón, sino que sacará provecho del honor que le tribute. Y el que honra al que es la verdad, se hace mejor por honrar la verdad; y, por el mismo caso, el que honra la sabiduría y la justicia y todo lo demás que las divinas letras dicen ser el Hijo de Dios.

10. Quién honra de verdad a Dios

Ahora bien, que el honor tributado al Hijo de Dios consista en una vida recta, lo mismo que el honor que se rinde a Dios Padre, veamos si no nos lo enseña este texto: *Tú que te ufanas de la ley, por la transgresión de la ley deshonras a Dios* (Rom 2,23); y estotro: *¿Pues cuánto mayor castigo pensáis merecerá quien ha pisoteado al Hijo de Dios, y profanó la sangre de la alianza en que fue santificado, e insultó al espíritu de gracia?* (Hebr 10,29). Porque, si por la transgresión de la ley deshonra a Dios el transgresor de la ley, y pisotea al Hijo de Dios el que no recibe la palabra divina, es evidente que honra a Dios el que guarda la ley, y le da culto el que está adornado de la palabra de Dios y de las obras que ella pide. Y si Celso hubiera sabido quiénes son de Dios y que ellos son los solos sabios, y quiénes son ajenos a Dios, y que son malos todos los que no sienten inclinación a abrazar la virtud, hubiera entendido en qué sentido se dice: "Si uno honra y adora a todos los que son de El, ¿en qué ofende al Dios a quien todos pertenecen?"

11. No hay división en el reino de Dios

Seguidamente dice Celso: "Además, el que dice que sólo uno fue llamado señor, si habla de Dios, comete una impiedad, pues divide el reino de Dios e intenta una sedición, como si hubiera allí un partido y algún otro rival de Dios". Esto tendría realmente lugar si Celso pudiera demostrar con pruebas lógicas que son dioses esos que los gentiles adoran como dioses, y que los que se cree andan en torno a las estatuas, templos y altares no son démones malignos. Respecto del

reino de Dios de que hablamos y escribimos continuamente (cf. I 39; III 59; VI 17), nosotros pedimos en nuestra oración entenderlo, y ser tales que sólo tengamos a Dios por rey, y que su reino se haga también nuestro; Celso, empero, que nos enseña a dar culto a muchos dioses, debiera hablar, de querer ser consecuente, de un reino de dioses, no de un reino de Dios.

Así, ni hay en Dios bandos o partidos, ni dios alguno que se levante como su rival. Sí hay, empero, algunos que, a modo de gigantes o titanes (cf. IV 32; VI 42), quieren, por su propia maldad, hacer la guerra a Dios uniéndose con Celso y quienes se la han declarado al que de mil formas demostró la verdad sobre Jesús, y a Jesús mismo, que, por la salvación de nuestro linaje, se mostró a todo el mundo en general como el Logos, según cada uno podía comprender.

12. «Yo y el Padre somos una sola cosa»

Acaso pudiera pensarse que, en lo que sigue, hay algo probable contra nosotros: "A la verdad, si éstos no dieran culto a nadie más que a un solo Dios, su razonamiento contra los demás tendría acaso alguna fuerza; pero el caso es que dan un culto excesivo a ese que apareció recientemente (I 26) y, sin embargo, en nada creen pecar contra Dios, a pesar de que se da culto a un servidor suyo". Pero a esto hay que decir que Celso no entendió lo que quiere decir: *Yo y el Padre somos una sola cosa* (Io 10,30), ni lo que dijo el Hijo de Dios en su oración: *Como tú y yo somos una sola cosa* (17,22). De haberlo entendido, no hubiera imaginado que nosotros damos culto a nadie fuera del Dios supremo. *Porque el Padre,* dice, *está en mí y yo en el Padre* (14,10-11). Mas si alguno teme por estos textos que nos pasemos como tránsfugas a los que niegan que el Padre y el Hijo sean dos hipóstasis, considere estotro texto: *Todos los creyentes tenían un solo corazón y una sola alma* (Act 4,32), y así vea lo de *Yo y el Padre somos una sola cosa.*

Así, pues, como hemos explicado, damos culto a un solo Dios, al Padre y al Hijo, y sigue válido nuestro razonamiento contra los otros. Y no es cierto tampoco que demos culto excesivo al que apareció poco ha, como si antes no hubiera existido, pues le creemos cuando dice: *Antes de que Abrahán naciera, yo soy* (Io 8,58), y cuando dice: *Yo soy la verdad* (14,6). Y no hay entre nosotros nadie tan estúpido que piense no haber existido la esencia de la verdad antes de la

fecha en que apareció Cristo. Damos, pues, culto al Padre de la verdad y al Hijo, que es la verdad, los cuales son dos cosas por su hipóstasis, pero una sola por su concordia, por la armonía e identidad de su voluntad; de suerte que quien ha visto al Hijo, resplandor que es y marca de la substancia de Dios (Hebr 1,3), en El, que es imagen de Dios (Col 1,15), ha visto a Dios (Io 14,9).

13. La mediación del Verbo, sumo sacerdote

Luego opina Celso que, del hecho de que demos culto a Dios juntamente con su Hijo, lógicamente se sigue que, según nosotros, no sólo hay que dar culto a Dios, sino también a sus servidores. Ahora bien, si Celso se hubiera referido a los servidores de Dios que vienen después del Unigénito, a Gabriel y Miguel y demás ángeles y arcángeles y hubiera afirmado que también a éstos se debe dar culto, tal vez habríamos comenzado por apurar bien la significación de las palabras "dar culto" y de las acciones de los que lo dan, y hubiéramos luego dicho lo que sobre el tema alcanzáramos, bien persuadidos de discutir sobre cosas de monta. Pero lo cierto es que Celso tiene por servidores de Dios a los démones adorados por los gentiles y, por lo tanto, no nos persuade por lógica consecuencia a que demos culto a quienes la palabra divina nos presenta como ministros del maligno, príncipe que es de este mundo (1 Cor 2,6.8; Io 12,31 *et passim)*, que aparta de Dios a cuantos puede. Así, pues, por no tenerlos por servidores de Dios, nos negamos a adorar y dar culto a todos esos que adoran los otros hombres; pues si se nos hubiera enseñado que son servidores del Dios sumo, no diríamos que son demonios. Por eso damos culto al Dios uno y a su solo Hijo, que es su Verbo e imagen, con las mejores súplicas y peticiones que podemos, ofreciendo nuestras oraciones al Dios del universo por medio de su Unigénito. A éste, digo, se las ofrecemos primeramente, rogándole que, pues es propiciación por nuestros pecados (1 Io 2,2), presente, como sumo sacerdote (Hebr 4,14), nuestras oraciones, sacrificios y súplicas al Dios supremo.

Así, pues, nuestra fe en Dios nos viene por su Hijo, que la confirma en nosotros, y Celso no será capaz de demostrar que hay en nosotros sedición alguna respecto del Hijo de Dios. Y es así que adoramos al Padre, a par que admiramos a su Hijo, que es Verbo, sabiduría, verdad y justicia (1 Cor 1,24.30) y todo lo demás que sabemos ser el Hijo de Dios,

como quien fue engendrado de tal Padre. Y baste con esto sobre esto.

14. Himno al Hijo de Dios

Dice también Celso: "Si alguien trata de enseñarles que Jesús no es Hijo de Dios, sino que Dios es padre de todos, y a este solo hay que adorar verdaderamente, no aceptarán tal enseñanza si no adoran también a este que tienen por cabeza de su sedición. Y si a éste le han dado nombre de hijo de Dios, no es porque quieran honrar particularmente a Dios, sino porque quieren exaltar a éste sobre todo". Pero nosotros hemos aprendido quién es el Hijo de Dios: resplandor de su gloria y marca de su substancia (Hebr 1,3), y vapor del poder de Dios, y emanación pura de la gloria del Omnipotente, y fulgor de la luz eterna, y espejo sin mancha de la acción de Dios e imagen de su bondad (Sap 7,25-26); y sabemos que Jesús es hijo de Dios, y Dios, padre de Jesús. Y nada inconveniente ni impropio de Dios hay en esta doctrina que admite tal Hijo, y nadie será capaz de persuadirnos [5] que Jesús no es Hijo del Dios y Padre ingénito.

Mas si Celso entendió mal a algunos que no confiesan que el Hijo de Dios lo sea del que creó este universo (cf. V 54; VI 53), allá se las haya él y allá se las hayan los que pareja doctrina aceptan. No es, pues, Jesús cabeza de sedición alguna, sino de toda paz, como quien dijo a sus discípulos: *La paz os dejo, mi paz os doy.* Y, como sabía que los hombres que son del mundo y no de Dios nos habían de hacer la guerra, añadió a esas palabras estotras: *No como el mundo da paz, así os doy yo mi paz* (Io 14,27). Y aunque nos veamos atribulados en este mundo, tenemos confianza por Aquel que dijo: *En el mundo tendréis tribulación; pero tened buen ánimo, porque yo he vencido al mundo* (16,33). Y éste afirmamos ser Hijo de Dios, del Dios a quien, si hay que usar las palabras de Celso, nosotros adoramos particularmente; y sabemos también que el Hijo ha sido particularmente exaltado por el Padre.

Acaso haya quienes, por ser de la muchedumbre de los creyentes, profesen también la creencia divergente de suponer, por su temeridad, que el Salvador es el Dios máximo, que está sobre todas las cosas; pero nada semejante profesamos nosotros que creemos al que dice: *El Padre que me ha enviado es mayor que yo* (Io 14,28). Por eso no podemos subordinar al Hijo de Dios el que ahora llamamos Padre.

[5] μεταπείσηται M: μεταπείσειε K. tr.

15. Fantasías de oscura secta gnóstica

Después de esto dice Celso: "Y como prueba que no opino en esto fuera de camino, me voy a valer de sus mismas palabras. En cierto *Diálogo celeste,* se dice en efecto textualmente: —Si más fuerte que Dios es el hijo, y señor de El es el hijo del hombre—¿y quién otro pudiera señorear sobre el Dios poderoso?—, ¿cómo es que muchos están en torno al pozo y nadie baja al pozo? ¿Por qué, haciendo tan largo camino, eres tímido? —¡Te equipocas, pues yo poseo audacia y espada!—. Así, su objeto no es adorar al Dios supraceleste (cf. VI 19), sino a otro que suponen padre de Jesús, en torno al cual se han reunido, y, so capa del gran dios, adorar únicamente a éste, a quien han puesto a su frente, a ese hijo del hombre que afirman ser más fuerte que el Dios poderoso y señor suyo. De ahí les ha venido su consigna de no servir a dos señores, a fin de mantener la sedición en torno a este solo".

Una vez más se ve aquí cómo toma Celso fantasías de no sé qué oscurísima secta y se las endosa a todos los cristianos. Y digo secta "oscurísima", porque ni nosotros mismos, que muchas veces nos hemos debatido con gentes sectarias, podemos dar con la doctrina de que tomara eso Celso. Eso, si lo tomó de alguna parte y no se lo inventó él o lo añadió como secuela. Porque nosotros, que afirmamos pertenecer al Creador de todas las cosas aun el mundo sensible, claramente decimos que el Hijo no es más fuerte que el Padre, sino inferior a El. Y lo decimos porque creemos al Hijo mismo que dijo: *El Padre que me ha enviado es mayor que yo* (Io 14,28). Y no hay nadie entre nosotros tan estúpido que diga que el Hijo del hombre es señor de Dios. Decimos que el Salvador domina sobre todos los que le están sometidos, señaladamente cuando pensamos en El como Dios Verbo, sabiduría, justicia y verdad, en cuanto es estas cosas; pero no que domine a Dios Padre, que lo domina a El. Además, como el Logos no domina a los que no se le someten voluntariamente, y hay aún algunos malos no sólo entre los hombres, sino también entre los ángeles (y aquí entran todos los demones), sobre éstos decimos que, hasta cierto modo, no domina, puesto que no le obedecen voluntariamente; aunque, en otro sentido de "dominar", también sobre ellos domina, como decimos que domina el hombre a los animales irracionales, por más que no los sujete a su albedrío, como domina algunos leones domesticándolos y a ciertas bestias por la doma. Sin

embargo, El no deja piedra por mover a fin de persuadir a los que ahora no le obedecen a que se sometan a su imperio. En conclusión, en nuestra opinión miente Celso cuando dice que nosotros decimos: "¿Quién otro dominará al Dios poderoso?"

16. La Iglesia, que lleva el nombre de Cristo solo

Luego, a mi parecer, confunde de nuevo las cosas, alegando de otra secta: "¿Cómo es que muchos están en torno al pozo y nadie entra en el pozo?" Y estotro: "¿Por qué, al acabar tan largo camino, eres tímido? —¡Te equipovas!"; y luego: "Porque yo poseo audacia y espada". Los que pertenecemos a la Iglesia, que lleva el nombre de Cristo solo, afirmamos que nada de eso es verdad. Y es lo bueno que, dicho eso, se imagina que saca puras consecuencias en cosas que para nada nos atañen. Y es así que nosotros no nos proponemos adorar a un Dios hipotético, sino al Creador de este universo y de cualquier otro no sensible ni patente a los ojos. Allá se lo verán los que echan por "otro camino y otras sendas" (HOMER., *Odyssea* 9,261), esos que niegan a este Dios y se han entregado a un fantasma de nueva hechura, que sólo tiene nombre de Dios, imaginando que es más grande que el Creador; y allá se lo haya cualquier otro si por lo visto hay quien dice que el Hijo es más fuerte y señor del Dios poderoso.

Respecto del mandato de *no servir a dos señores* (Mt 6, 24), ya dimos la explicación que mejor nos pareció cuando expusimos no poderse probar sedición alguna en el honor tributado a Jesús como Señor, en aquellos que confiesan haberse levantado por encima de todo señor y servir al solo Señor, que es el Hijo y Logos de Dios.

17. Defensa del aniconismo cristiano

Luego dice Celso que "huimos de levantar estatuas y templos" (VII 62), porque esto se imagina él ser para nosotros "la segura contraseña de una asociación oculta y misteriosa". Y no ve que, para nosotros, son altares la mente de cada justo, y de ellos suben, real y espiritualmente, olorosos inciensos, que son las oraciones que brotan de conciencia limpia. De ahí que se diga en el Apocalipsis de Juan (5,8): *Los perfumes son las oraciones de los santos.* En el salmista: *Sea mi oración como incienso en tu acatamiento* (Ps 140,2).

Las imágenes, empero, y las ofrendas que convienen a Dios, no son las fabricadas por artesanos vulgares, sino las que labra y modela en nosotros el Logos de Dios, las virtudes que imitan al *Primogénito de toda la creación* (Col 1,15), donde están los ejemplares de la justicia, prudencia, fortaleza, sabiduría y demás virtudes. Así, pues, en todos aquellos que, de acuerdo con el Logos divino, se han fabricado para sí la templanza, justicia, fortaleza, sabiduría y piedad y demás imágenes de virtudes, en ésos, decimos, se levantan las estatuas, con las que estamos convencidos se honra debidamente al que es prototipo de todas las imágenes, imagen del Dios *invisible* (Col 1,15) y *Dios unigénito* (Io 1,18). Todos aquellos, además, que, desnudándose del hombre viejo con sus obras y revistiéndose del nuevo, que se renueva para conocer según la imagen del que lo creó (Col 3,9-10), al restablecer en sí mismo la imagen del Creador, erigen en sí mismos estatuas tales como las quiere el Dios supremo.

Sin embargo, como entre escultores y pintores los hay que realizan maravillosamente su obra, por ejemplo[6], Fidias y Policleto entre los escultores, y Zeuxis y Apeles entre los pintores; otros fabrican imágenes con arte inferior al de éstos; otros, con menos arte aún que los segundos y, de modo general, hay mucha diferencia en la fabricación de estatuas e imágenes; por el mismo estilo hay quienes fabrican estatuas del Dios supremo con más arte y ciencia acabada, de forma que no cabe comparación alguna entre el Zeus Olímpico labrado por Fidias y el hombre que se configura según la imagen del Dios creador. Eso sí, la imagen mejor y que aventaja con mucho toda otra de la creación entera es la que se levanta en nuestro Salvador mismo, que dijo: *El Padre está en mí* (Io 14,10).

18. Dios hace su morada en el alma

Además, en cada uno de los que, según sus fuerzas, lo imitan también en esto, se levanta una estatua según la imagen del Creador (Col 3,10), estatua que ellos fabrican mirando a Dios con corazón puro, *hechos imitadores de Dios* (Eph 5,1). Y, de modo general, todos los cristianos se esfuerzan en levantar altares tales como hemos dicho y estatuas tales como las que hemos explicado, no inanimadas e insensibles, ni propias para dar acogida a démones golosos que se asientan en lo inanimado, sino del espíritu de Dios, que mora como en casa

[6] ὥσπερ εἰπεῖν M: ὧς φέρ' εἰπεῖν K. tr., We.

propia en las estatuas que hemos dicho y en el que se configura según la imagen del Creador. Y, por el mismo caso, el espíritu de Cristo se asienta (Act 2,3) sobre quienes se configuran, por decirlo así, con El. Y como la Escritura nos quería poner esto delante, nos describió a Dios, que dice a los justos en son de promesa: *Habitaré entre ellos y con ellos me pasearé, y seré Dios suyo, y ellos serán pueblo mío* (2 Cor 6,16). Y al Salvador: *Si alguno oyere mis palabras y las pusiere por obra, yo y mi Padre vendremos a El y haremos nuestra morada en él* (Io 14,23).

Compare, pues, quien quisiere los altares que hemos explicado con los que dice Celso, y las estatuas que se levantan en el alma de los piadosos para con Dios, con las de Fidias y Policleto y artistas semejantes, y claramente verá que éstas son inanimadas y sujetas a la corrupción del tiempo; aquéllas, empero, permanecen en el alma inmortal todo el tiempo que el alma racional quiere que permanezcan en ella.

19. El cuerpo de Jesús, templo sacratísimo

Ahora bien, si hay que comparar templos con templos para demostrar a los que aceptan las ideas de Celso que nosotros no rehuimos levantar templos que convengan a las estatuas y a los altares antedichos, sino que nos negamos a construir templos inanimados y muertos al autor de toda vida, oiga el que gustare de ello cómo se nos enseña que nuestros cuerpos son templos de Dios (1 Cor 3,16-17; 6,19); y si alguno, por su incontinencia o su pecado, corrompe o destruye el templo de Dios, ese tal, como verdadero impío contra el verdadero templo, será por Dios destruido. De entre todos los templos, empero, que así se llaman, el mejor y más excelente fue el cuerpo sagrado y puro de nuestro Salvador, Jesucristo; el cual, sabiendo que los impíos podían atentar contra el templo de Dios que había en El, pero no de forma que sus intentos prevalecieran sobre la divinidad que edificaba aquel templo, les dijo: *Destruid este templo, y yo lo reedificaré en tres días... El, empero, lo decía del templo de su cuerpo* (Io 2,19.21).

Y en algún otro lugar, enseñando misteriosamente la doctrina de la resurrección a quienes son capaces de escuchar las palabras de Dios con oído divino, las sagradas letras dicen que serán edificados con piedras vivas y preciosas. Con lo que ocultamente da a entender que cada uno de los que conspiran por la palabra de Dios a la piedad para con El,

es una piedra preciosa de todo el templo de Dios. Así, Pedro dice: *Mas vosotros sois edificados como piedras vivas casa espiritual, para formar un templo santo y ofrecer sacrificios espirituales, aceptos a Dios, por medio de Jesucristo* (1 Petr 2, 5). Y Pablo: *Edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, teniendo por piedra angular al mismo Jesucristo nuestro Señor* (Eph 2,20). El mismo sentido místico tiene también el pasaje de Isaías, dirigido a Jerusalén, que dice así: *Mira, pondré tus piedras sobre carbunclos y tus fundamentos sobre zafiros. Y haré de jaspe tus baluartes, y tus puertas de piedras de cristal, y de piedras preciosas todo tu cerco; todos tus hijos serán adoctrinados de Dios y gozarán de mucha paz; y tú serás edificada sobre justicia* (Is 54,11-14).

20. Variaciones sobre el mismo tema

Así, pues, algunos justos son carbunclo, otros zafiro, otros jaspe y otros cristal; y así, por el estilo, son los justos todo linaje de piedras escogidas y preciosas. No es éste momento de explicar la significación espiritual de las piedras y la razón de su naturaleza, ni a qué clase de alma se puede aplicar el nombre de cada piedra preciosa; sólo era del caso recordar brevemente qué significan entre nosotros los templos, y señaladamente el templo único de Dios hecho de piedras preciosas. Si, respecto de esos que se tienen por templos, los habitantes de una ciudad se ufanaran de ellos ante otros, los orgullosos de sus templos más preciosos enumerarían sus excelencias para demostrar la inferioridad de los otros; así nosotros, contra los que nos recriminan porque no creemos debe adorarse a Dios en templos insensibles, parangonamos los templos que se dan entre nosotros y demostramos a los que no son insensibles y semejantes a sus dioses, que tampoco sienten, que no cabe comparación alguna entre nuestras estatuas y las de los gentiles, ni entre nuestros altares y—llámemoslos así—nuestros perfumes y los altares de ellos, sus grasas y sangre. Y lo mismo digamos de los templos por nosotros explicados y los de cosas insensibles, admirados por hombres también insensibles, que no tienen ni imaginación de aquella divina sensación por la que se siente a Dios, y sus estatuas, templos y altares tales como convienen a Dios.

Así, pues, no rehuimos levantar altares, estatuas y templos porque ello sea para nosotros una contraseña segura de una sociedad oscura y misteriosa, sino porque, por medio de Jesús, hemos encontrado la manera de dar culto a Dios. De ahí que huyamos de lo que, con apariencia de piedad, hace impíos

a los que se han apartado de la piedad que nos enseñara Jesucristo, que es el solo camino de la piedad, como quien dijo con verdad: *Yo soy el camino, la verdad y la vida* (Io 14,6).

21. Cómo se celebra de verdad una fiesta

Pues veamos lo que seguidamente dice Celso acerca de Dios y cómo nos incita a que comamos lo que realmente se sacrifica a los ídolos o, por mejor decir, a los démones; Celso lo llamaría "ofrendas sacras", como quien ignora qué es lo de verdad sagrado y cuáles son los verdaderos sacrificios. Como quiera, he aquí sus palabras: "Dios, a la verdad, es común a todos, bueno, y sin necesidad y ajeno a toda envidia (cf. VI 52; VII 65; PLAT., *Phaidr.* 247a; *Tim.* 29e; ARIST., *Metaph.* 1,2 (983a,2). ¿Qué inconveniente hay por ende en que quienes le están más particularmente consagrados tomen también parte en las públicas festividades?" No sé qué se imaginó Celso para pensar que de ser Dios bueno, sin necesidades y ajeno a la envidia lógicamente se siga deban participar en las públicas fiestas los que a El están consagrados. Por mi parte digo que, de ser Dios bueno, sin necesidad de nada y ajeno a toda envidia, se seguiría deber participar en las públicas fiestas quienes le están consagrados si se demostrara que las tales fiestas no tienen nada de erróneo y fueron instituidas partiendo de un claro conocimiento de Dios, como conformes con el culto y piedad que se le debe.

Pero lo cierto es que las públicas fiestas sólo de nombre son fiestas y no tienen razón alguna que demuestre se ajustan al culto debido a la divinidad; cabe, en cambio, probar que son invenciones de quienes las instituyeron al azar por razón de ciertas historias humanas, o que contienen teorías físicas acerca del agua, de la tierra o de los frutos que en ésta se producen. De donde se sigue patentemente que quienes quieren dar culto a Dios sabiendo lo que hacen, obran razonablemente no tomando parte en las públicas fiestas. Y es así que una fiesta, como dice—y dice bien—incluso un sabio griego, "no es otra cosa que hacer uno lo que debe" (THUCID., 1, 70 v. *finem).* Y, a decir verdad, una fiesta celebra el que hace lo que debe, y ora siempre, y en todo momento ofrece en sus oraciones a la divinidad incruentos sacrificios. Por eso magníficamente me parece hablar Pablo cuando dice: *Observáis días y meses y tiempos y años; mucho me temo no haya trabajado en balde entre vosotros* (Gal 4,10-11).

22. Las fiestas cristianas

Mas acaso alguien objete a esto lo que nosotros hacemos los días del Señor, de preparación, pascua o pentecostés. A ello hay que responder que el perfecto, por el hecho de permanecer siempre en las palabras, en las obras y en los pensamientos del Dios Verbo, que es por naturaleza señor, siempre está en los días de El y siempre celebra días del Señor. Y, por el mismo caso, el que constantemente se prepara para la vida verdadera y se aparta de los placeres de la vida que seducen a los muchos; el que no fomenta el sentir de la carne (Rom 6,8), sino que abofetea su cuerpo y lo reduce a servidumbre (1 Cor 9,27), ése celebra constantemente las preparaciones (o parasceve). Además, el que comprende que Cristo, nuestra Pascua, fue inmolado y que debemos celebrar fiesta comiendo de la carne del Logos (1 Cor 5,7; cf. Io 6,52ss), ése no hay momento en que no esté celebrando la pascua, que se interpreta "sacrificio para el tránsito" (cf. PHILO., *Vita Mos.* II 224), pues constantemente está pasando de las cosas de la vida a Dios y acelerando el paso a la ciudad de Dios. Finalmente, el que puede decir con verdad: *Hemos resucitado juntamente con Cristo* (Col 3,1); y: *Nos levantó y sentó en los cielos juntamente con Cristo* (Eph 2,6), se halla siempre en los días de Pentecostés; y, señaladamente, cuando, como los discípulos de Jesús, sube al piso superior y vaca a la oración y súplicas, a fin de hacerse digno del viento impetuoso que viene del cielo (cf. Act 1,13-14; 2.2-3), el viento que fuerza a desaparecer de los hombres la maldad y cuanto de ella procede, digno también de recibir alguna parte de la lengua de fuego venida de Dios.

23. No hay en esta vida fiesta total

La muchedumbre, empero, de los que parecen creer y no han llegado a esa dignidad, al no querer o no poder celebrar así todos los días, necesita, a modo de recuerdo, de ejemplos sensibles si no se quiere que de todo punto se diluya. Algo así creo yo que pensó Pablo cuando llama *parte de fiesta* (Col 2,16) la que se celebra en días separados de los demás, y que con esta expresión da a entender que la vida conforme al Verbo divino no consiste en fiesta parcial, sino entera y no interrumpida. Pero es también de ver, por lo dicho acerca de nuestras fiestas, si, comparadas con las públicas fiestas de Celso y los gentiles, no son aquéllas mucho más sagradas que

las públicas fiestas en que el sentir de la carne (Rom 8,6-7), al celebrarlas, se desenfrena y se propasa a embriagueces y disoluciones.

Mucho habría ahora que decir por qué las fiestas que prescribe la ley de Dios enseñan a comer pan de aflicción (Deut 16,3) o ázimos con hierbas amargas (Ex 12,8), y por qué dicen: *Humillad vuestras almas* (Lev 16,29.31) o cosas por el estilo. Y es que no resulta siquiera posible que el hombre, ser compuesto, celebre enteramente una fiesta en tanto la *carne codicie contra el espíritu y el espíritu contra la carne* (Gal 5,17). Porque, al celebrarla con el espíritu, hay que mortificar el cuerpo, que, por naturaleza, dado el sentir de la carne, no sabe celebrarla con el espíritu; o, celebrándola según la carne, no se goza la fiesta según el espíritu. Pero baste de momento con esto sobre el tema de las fiestas.

24. «El ídolo no es nada»

Pues veamos ahora con qué argumentos nos incita Celso a comer de lo sacrificado a los ídolos y a tomar parte en los públicos sacrificios de las fiestas públicas. He aquí sus palabras: "Porque, si estos ídolos no son nada, ¿qué inconveniente hay en tomar parte en el general banquete? Y, si son algún linaje de démones, es evidente que también ellos pertenecen a Dios, y hay que creer en ellos y ofrecerles sacrificios según las leyes y rogarles que nos sean propicios". Para responder a esto fuera bueno tomar en la mano y comentar todo el razonamiento que hace Pablo en la primera carta a los corintios. Allí, respondiendo también a eso de que un ídolo no es nada en el mundo (1 Cor 8,4), demostró el daño que se sigue de comer de lo sacrificado a los ídolos. A los que son capaces de entender lo que allí dice les hace ver que quien participa de lo sacrificado a los ídolos comete acción absolutamente peor que la de un asesino, pues mata a sus hermanos por los que murió Cristo (8,11). Y luego, sentado que lo sacrificado se sacrifica a los demonios, Pablo demuestra que se hacen partícipes de los demonios quienes toman parte en la mesa de los demonios; y demuestra también ser imposible que el mismo hombre tome parte en la mesa del Señor y en la de los demonios (1 Cor 10,20-21).

Sin embargo, como el comentario de la carta a los corintios, en este punto, requiriría un tratado completo que lo explicara ampliamente, nos contentaremos con lo brevemente respondido; quienquiera lo examine verá claro que, aunque nada sean los ídolos, no por eso deja de ser cosa terrible tomar

parte en el banquete de los ídolos. Y con moderada extensión hemos dicho también que, aun cuando sean cierto linaje de démones a quienes se ofrecen los sacrificios, nosotros no debemos tomar parte alguna en ellos cuando sabemos la diferencia que va de la mesa del Señor a la mesa de los démones. Y porque lo sabemos, lo hacemos todo con miras a participar de la mesa del Señor, y por todos los modos nos guardamos de tomar jamás parte en la de los demonios.

25. ¿Son también de Dios los démones?

En el texto citado dice Celso que "también los démones son de Dios y, por eso, hay que creer en ellos y ofrecerles sacrificios según las leyes y rogarles nos sean propicios". Ello es razón para que instruyamos a quienes tuvieren interés en pareja instrucción que la palabra de Dios no gusta de proclamar posesión de Dios nada malo, pues lo juzga por indigno de tan gran Señor. De ahí que no todos los hombres reciben título de hombres de Dios, sino solamente los que son dignos de Dios, como lo fue Moisés (Deut 33,1) y Elías (2 Reg 1, 10), o algún otro que fue llamado hombre de Dios o fue semejante a los que así fueron llamados. Por el mismo caso, tampoco todos los ángeles se dicen ser ángeles de Dios (Lc 12, 8; Mt 22,30), sino sólo los bienaventurados; aquellos, empero, que se extraviaron hacia la maldad se llaman ángeles del diablo (Mt 25,41); como los hombres malos son dichos hombres del pecado, o hijos de perdición, o hijos de iniquidad (1 Reg 2,12; 10,27; 25,17; Ez 18,10; 2 Reg 3,34; 7,10). Como quiera, pues, que hay hombres buenos y hombres malos, unos se dicen ser de Dios y otros del diablo; y lo mismo los ángeles, unos se llaman de Dios y otros del maligno. En cuanto a los démones, ya no se reparten en dos clases, pues se demuestra que son todos malos. Por eso diremos ser falsa la afirmación de Celso cuando dice: "Y si son cierto linaje de démones, es evidente que también ellos son de Dios". Si no, pruebe el que quisiere no ser exacta [7] la distinción entre hombres y ángeles, o que es razonable hacer la misma distinción también entre démones.

[7] λόγον M: del. Wifstrand; en la línea inmediata: λόγον ἔχουσαν.

26. Antes morir que obedecer a los démones

Mas si pareja prueba es imposible, es evidente que ni los démones son de Dios, pues no es Dios su príncipe, sino, como dicen las sagradas letras, Belzebú (Mt 12,24); ni hay que creer en los démones por más que Celso nos exhorte a ello; no, antes morir que obedecer a los démones; todo, en cambio, ha de estar pronto a sufrir el que obedece a Dios. Por el mismo caso, tampoco hay que ofrecer sacrificios a los démones, pues es imposible sacrificar a seres malos y perniciosos para los hombres. Y ¿según qué leyes quiere Celso que sacrifiquemos a los démones? Porque, si es conforme a las que vigen en las ciudades, tendrá que demostrar que se conciertan con las leyes divinas. Y si no puede demostrarlo (pues ni aun entre sí se conciertan las leyes de muchas ciudades), es evidente que no deben llamarse siquiera verdaderas leyes [8], o son leyes de hombres malos, a las que no se debe obedecer, pues *antes hay que obedecer a Dios que a los hombres* (Act 5,29).

Lejos, pues, de nosotros el consejo de Celso, que nos dice debemos orar a los démones. A consejo semejante no debe prestársele el menor oído, pues sólo hay que orar al Dios sumo. Orar debemos también al Logos de Dios, unigénito, y primogénito de toda la creación (Col 1,15) y, como a sumo sacerdote, hemos de pedirle que, una vez que llegue a El nuestra oración, la presente a su Dios, que es nuestro Dios, y a su Padre, que es padre de los que viven conforme a la palabra de Dios (cf. Io 20,17). Ahora bien, como no querríamos tener benévolos a hombres que sólo quisieran ser benévolos con quienes vivan según su maldad, y no lo fueran con quienes se deciden a lo contrario de lo que ellos hacen, pues la benevolencia de éstos nos haría enemigos de Dios, que tal vez no es benévolo con quienes quieren tener a los tales benévolos; por modo semejante, los que han comprendido la naturaleza de los démones, sus propósitos y maldad, no es posible que deseen jamás tener benévolos a los démones.

27. Nos basta la benevolencia de Dios

Y es así que, aun cuando no les sean benévolos los démones, no por eso van a sufrir nada de su parte, custodiados que están por el Dios sumo, que les es benévolo por su piedad

[8] La versión sigue la corrección de Wif.: οὐδε κυρìως νόμους ⟨λεκτέον αὐτοὺς⟩ ἠ φαύλων.

y que pone a sus ángeles divinos junto a los que merecen ser custodiados, para que nada sufran de parte de los démones. Ahora bien, el que tiene propicio al Dios supremo por su piedad para con El y haber recibido al ángel de Dios del gran consejo (Is 9,6), que es el Señor Jesús, contento puede estar con la benevolencia de Dios por medio de Jesucristo y decir confiadamente, en la seguridad de que nada ha de sufrir por parte de todo el ejército de los démones:

El Señor es luz mía y salud mía,
¿a quién puedo temer?
El Señor es baluarte de mi vida,
¿de quién puedo temblar? (Ps 26,1).

Si contra mí un ejército acampare,
no temerá mi corazón... (ibid., 3).

Y baste con esto sobre lo dicho por Celso: "Y si son algún linaje de démones, es evidente que también ellos son de Dios, y hay que creer en ellos y ofrecerles sacrificios según las leyes y rogarles nos sean propicios".

28. ¡Démones por doquier!

Citemos ahora lo que sigue y, una vez más, lo examinaremos según nuestras fuerzas: "Si se abstienen de comer de víctimas tales por una tradición de sus mayores, habían de abstenerse en absoluto de toda carne de animales, opinión que fue de Pitágoras, por honor de la vida y de sus órganos (VII 41). Pero si es, como afirman, por no sentarse a la mesa con los démones, yo les felicito por su sapiencia, pues poco a poco van entendiendo que son siempre comensales de los démones; y es lo bueno que sólo se guardan de ellos cuando ven una víctima sacrificada. Ahora bien, cuando se comen un bocado de pan o beben vino o gustan de unas frutas, y hasta cuando toman unos sorbos de agua o respiran el aire, ¿no reciben cada una de esas cosas de ciertos démones, a quienes, según sus partes, está encomendado el cuidado de cada una?" Yo no sé cómo pudo ver Celso consecuencia lógica en que hayan de abstenerse de toda carne de animales los que él dijo que, por cierta costumbre tradicional, se apartan de determinados sacrificios. Y no decimos esto como si la palabra divina, por razón de una vida más segura y limpia, no nos sugiriera algo semejante cuando nos dice: *Bueno es no comer carne ni beber vino, ni hacer cosa en que tu hermano se escandaliza* (Rom 14, 21). Y de nuevo: *No lleves a la perdición con tu comida a*

aquel por quien murió Cristo (ibid., 15). Y en otro lugar: *Si el comer escandaliza a mi hermano, yo no probaré jamás la carne para no escandalizar a mi hermano* (1 Cor 8,13).

29. Los alimentos, cosa diferente

Es de saber, sin embargo, que los judíos que se imaginan entender la ley de Moisés, guardan respecto de los alimentos la norma de comer de los que la ley define como puros y abstenerse de los impuros; es más, ni siquiera comen de la sangre de un animal, ni de los que destroza una fiera ni de otros; sobre todo lo cual habría mucho que decir y, por lo tanto, no es propio de este momento discutirlo. La doctrina, empero, de Jesús, que quería llamar a todos los hombres a la religión pura, quería, por el mismo caso, evitar que muchos que por el cristianismo podían mejorar en sus costumbres, se retrajeran de abrazarlo por razón de la legislación, demasiado molesta, acerca de la comida. De ahí que Jesús afirmara: *No mancha al hombre lo que entra en la boca del hombre, sino lo que sale de ella; pues lo que entra en la boca,* dice, *va a parar al vientre, y se echa luego en el retrete. Mas lo que sale de la boca son pensamientos malos que se hablan, homicidios, adulterios, fornicaciones, robos, falsos testimonios y blasfemias* (Mt 15,11.17.19). Y Pablo dice también: *La comida no nos recomendará a Dios; pues ni por comer tendremos ventaja, ni por no comer sufriremos mengua* (1 Cor 8,8). Todo esto tiene alguna oscuridad si no se explica[9], de ahí que les pareciera bien a los apóstoles de Jesús y a los ancianos reunidos en Antioquía *(erravit Origenes)* y, como ellos mismos dijeron, *al Espíritu Santo* (Act 15,28), escribir una carta a los creyentes de la gentilidad con la prohibición respecto de comidas, como ellos dijeron, de lo estrictamente necesario; y esto se redujo a lo sacrificado a los ídolos, lo sofocado y la sangre.

30. ¡Démones de nuevo!

Porque lo sacrificado a los ídolos se sacrifica a los demonios, y no es bien que un hombre de Dios se haga comensal de una mesa de demonios. En cuanto a lo sofocado, como no se ha separado la sangre, que dicen ser el alimento de los démones, que se nutren de los vapores que de ella emanan, nos lo prohibe la Escritura, para que no nos alimentemos de comida de demonios. Si comiéramos de lo sofocado, tal vez algunos de tales espíritus se alimentarían con nosotros (cf.

[9] τύχη M: τύχοι We., K. tr.; seguidamente: μόνα M: μόνα τά ὡς... Wif.

supra II 28). De lo dicho acerca de lo sofocado puede verse claro lo referente a la abstención de sangre. Y venido a este punto, no me parece fuera de lugar citar una sentencia muy bien dicha que también muchos cristianos leen, escrita que está en las *Sentencias* de Sexto, y dice así: "Comer de seres animados es cosa indiferente, pero abstenerse es más razonable" (SEXTI PYTHAG., *Sent.*, ed. A. Elter, n.109; cf. ORIG., *In Matth.* XV 3). No nos abstenemos, pues, simplemente por una costumbre tradicional de los supuestos sacrificios ofrecidos a los llamados dioses, héroes o démones, sino por muchas más razones, algunas de las cuales he expuesto aquí. Además, tampoco tenemos obligación de abstenernos de comer en absoluto de todos los animales, como debemos apartarnos de toda maldad y de cuanto viene de la maldad. Y no sólo de la carne de animales, sino de cualquier otro alimento hay que abstenerse si al tomarlo nos dejáramos llevar de la maldad o de sus efectos. Así hay que evitar comer por glotonería, o dejándose llevar [10] del placer, sin miramiento a la salud y cuidado del cuerpo.

Sin embargo, no decimos en absoluto que se dé la transmigración del alma ni que ésta caiga en animales irracionales; y es evidente que, si nos abstenemos alguna vez de animales, no dejamos de comer sus carnes por las mismas razones que Pitágoras. Y es así que nosotros sólo sabemos honrar el alma racional, mas los órganos de ella los llevamos con honor, según los usos y costumbres, al sepulcro. Cosa digna es, en efecto, no arrojar deshonrosamente y al azar, como si se tratara de bestias, lo que fue morada del alma racional (cf. IV 59; V 24; VIII 50). Tal es señaladamente el caso de quienes creen que el honor tributado al cuerpo en que moró un alma racional recae en el que recibió esa misma alma, la cual, por ese órgano, luchó valerosamente. En cuanto a la cuestión: *¿Cómo resucitarán los muertos y con qué cuerpo vendrán* (1 Cor 15, 35), ya antes (V 18 *v. fin.*) respondimos brevemente, como lo pide la índole de este escrito.

31. Démones y ángeles

Después de esto pone Celso lo que, como es notorio, alegan cristianos y judíos cuando justifican su abstención de los sacrificado a los ídolos y dicen que quienes se han consagrado al Dios supremo no deben tomar parte en banquetes de démones. En réplica a ello dijo el texto que hemos citado.

[10] καθὸ ἄγεσθαι M: κατὰ τὸ ἄγεσθαι We.

Ahora bien, nosotros no conocemos más modos de tener parte con los démones en materia de comidas y bebidas si no es comiendo lo que el vulgo llama sacrificios de los ídolos (cf. VIII 21) o bebiendo el vino de la libaciones hechas a los demonios; Celso, empero, opina que banquetea con los démones el que toma un pedazo de pan, o se bebe unos sorbos de vino o gusta de unas frutas; aun el que sólo beba agua, dice él que banquetea en ello con los démones. Y aún añade que quien respira este aire, común a todos, lo recibe también de ciertos démones. Démones que están al frente del aire hacen merced de él a los animales que lo respiran.

Así, pues, siga quien quiera la sentencia de Celso; pero demuestre que no son ángeles divinos de Dios, sino démones, cuya raza entera es mala, los que tienen orden de administrar todo lo antedicho. Porque también nosotros afirmamos que, sin estos labradores invisibles, digámoslo así, y sin otros mayordomos, no sólo de los frutos de la tierra, sino de toda agua manantial y del aire, la tierra no produce lo que se dice es administrado por la naturaleza, ni el agua mana y corre en las fuentes y en los ríos que de ellas nacen, ni el aire se conserva incorrupto, ni se torna vivificante para los que lo respiran. No decimos, ciertamente, que tales mayordomos invisibles sean los démones; antes bien, si hubiéramos de atrevernos a decir qué obras, ya que no éstas, proceden de los démones, diremos que son las pestes, la esterilidad de las viñas y árboles frutales, las sequías y hasta la corrupción del aire, que daña a los frutos y es a veces causa de la muerte de los animales y de peste entre los hombres. Todo esto lo producen por sí mismos los démones, como una especie de verdugos [11], que, por oculto juicio de Dios, reciben potestad de hacerlo en determinados tiempos, ora con el fin de convertir a los hombres que se precipitan en el torrente de la maldad, ora para prueba del linaje de los seres racionales. Así, los que entre tales calamidades se mantienen piadosos y no se tornan en absoluto peores, ponen de manifiesto su carácter a los espectadores, visibles e invisibles, que hasta entonces no los habían mirado; los de disposiciones contrarias, por otra parte, pero que saben ocultar su maldad, al quedar convictos por los acontecimientos de lo que son, ellos mismos tengan conciencia de sí mismos y se manifiesten, digamoslo así, a sus espectadores.

[11] δήμιοι M: ὡς δήμιοι K. tr.

32. Toda criatura es buena

El salmista mismo testifica que las calamidades, por juicio divino, son directamente producidas por obra de ciertos ángeles malos cuando dice:

> *Enviósles al fuego de su ira,*
> *indignación, furor y duro estrago,*
> *tropel de mensajeros de desgracias* (Ps 77,49).

Ahora, si a los démones se les permite a veces algo más que esto—ellos que siempre lo quisieran hacer, pero no siempre pueden por impedírselo alguien—es cuestión que ha de examinar el que sea capaz de ello, considerando, en cuanto le es posible a la naturaleza humana, la súbita separación del cuerpo por parte de muchas almas que van por caminos que llevan a la muerte, cosa esta indiferente. Y es así que grandes son los juicios de Dios y por su grandeza incomprensibles para una inteligencia que está aún ligada al cuerpo mortal. De ahí que sean también difíciles de explicar y, para almas incultas, de todo punto incontemplables (Sap 17,1). Esta es también la razón por que hombres temerarios, por su ignorancia sobre estas cosas y por su arrogancia contra Dios, hija de su temeridad, hacen prosperar las impías doctrinas contra la providencia.

Así, pues, no recibimos de los démones las cosas necesarias para la vida, aquellos señaladamente que hemos aprendido a usar de ellas debidamente; ni los que toman un bocado de pan, o un trago de vino, o gustan de frutas, o beben agua o respiran el aire se sientan a la mesa con démones, sino más bien con ángeles divinos, que están puestos al frente de esas cosas, como convidados a la mesa del hombre piadoso, que ha entendido la enseñanza de la palabra divina: *Ora comáis, ora bebáis, ora hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para gloria de Dios* (1 Cor 10,31). Y en el mismo sentido se dice en otro lugar: *Hacedlo todo en nombre de Dios* (Col 3,17). Ahora bien, si comemos y bebemos y respiramos para gloria de Dios, y todo lo hacemos conforme a la palabra divina, síguese que no somos comensales de los démones, sino de los ángeles de Dios. Y es así que toda criatura de Dios es buena, y nada debe reprobarse con tal de que se tome con hacimiento de gracias, pues se santifica por la palabra de Dios y la oración (1 Tim 4,4-5). Pero no sería buena ni capaz de santificación si, como se imagina Celso, esas cosas estuvieran encomendadas a los démones.

33. Contra un dilema de Celso

Por aquí se ve claro quedar ya respondido lo que seguidamente dice Celso y es de este tenor: "Luego, o hay que renunciar en absoluto a la vida y no venir siquiera a este mundo, o quien en estas condiciones viene tiene que dar gracias a los dioses a quienes ha cabido la administración de las cosas de la tierra, pagarles primicias y votos mientras vivamos, a fin de tenerlos benévolos". Naturalmente que debemos vivir, y debemos vivir conforme a la palabra de Dios en cuanto nos es posible y nos es dado vivir conforme a ella; y una de las formas en que se nos da es que, ora comamos, ora bebamos, todo lo hacemos para gloria de Dios (1 Cor 10,31). Y no hay tampoco por qué abstenerse, con hacimiento de gracias al Creador, de las cosas por El creadas para nuestro uso. Y en estas condiciones, más bien que las que supone Celso, fuimos traídos por Dios al mundo, y no estamos sujetos a los démones, sino al Dios sumo por medio de Jesucristo, que nos ha llevado a El.

Por lo demás, según leyes de Dios, a ningún demon le ha cabido en suerte la administración de las cosas de la tierra; si bien es probable que, por su propia iniquidad, se hayan distribuido entre sí aquellas regiones en que no se da conocimiento de Dios ni vida conforme a su voluntad, o donde hay muchos ajenos a Dios. Posible es también que, como señores dignos de los malvados y verdugos de ellos, el Logos, que todo lo rige y gobierna, los haya puesto al frente de quienes se han sometido a la maldad y no a Dios. Por semejantes razones, allá Celso, que desconoce a Dios, pague sus acciones de gracias a los démones; nosotros, empero, sólo damos gracias al Hacedor del universo, y comemos los panes ofrecidos con hacimiento de gracias y oración sobre los dones, panes que, en virtud de la oración, se convierten en cierto cuerpo santo que santifica también a los que lo toman con pura intención [12].

34. Primicias, sólo al Creador

Quiere además Celso que se ofrezcan primicias a los démones; nosotros, empero, al que dijo: *Brote la tierra hierba verde que lleve semilla según su especie y semejanza, y árbol frutal que produzca fruto, cuya semilla esté en él según su*

[12] Preciosa alusión eucarística de Orígenes, que lo es tanto más cuanto es más casual. Sobre la doctrina eucarística de Orígenes, remitimos, con Chadwick, a H. DE LUBAC, *Histoire et Esprit* (París 1950) p.355ss.

especie sobre la tierra (Gen 11). Y al mismo a quien pagamos las primicias, elevamos también nuestras oraciones, pues tenemos un sumo sacerdote, que penetró los cielos, a Jesucristo, Hijo de Dios (Hebr 4,14); y esta confesión mantenemos mientras vivimos, pues sentimos benévolo a Dios y a su Unigénito, que se nos muestra en Jesús.

Y si deseamos una muchedumbre de seres que nos sean benévolos, sabemos que *millares de millares le asistían y decenas de decenas de millar le servían* (Dan 7,10). Todos éstos miran como parientes y amigos a los que imitan su piedad para con Dios, y cooperan a la salvación de los que invocan a Dios y oran sinceramente. Ellos se les aparecen y tienen por un deber escuchar y acudir, como por un convenio, en auxilio y salvación de los que oran al mismo Dios al que oran ellos. Todos son, en efecto, *espíritus administrativos, enviados para servir a los que han de alcanzar la salud* (Hebr 1,14). Digan, pues, enhorabuena los sabios griegos que al alma humana se le asigna desde que nace un demon; mas Jesús nos enseñó que no despreciemos ni aun a los más pequeños de la Iglesia, porque—nos dice—*los ángeles de ellos están mirando en todo momento la faz de mi Padre del cielo* (Mt 18,10). Y el profeta dice también:

> *El ángel del Señor su campo pone*
> *en derredor de aquellos que lo temen, y los salva* (Ps 33,8).

En resolución, tampoco nosotros negamos que haya muchos démones en el mundo; afirmamos más bien que los hay y que tienen poder sobre los malos a causa precisamente de la maldad de éstos; pero nada pueden contra los que se han vestido de la panoplia (o armadura completa) de Dios y han recibido fuerza para resistir a las asechanzas del diablo y se ejercitan continuamente en la lucha contra él, pues saben que *nuestra lucha no es contra carne y sangre, sino contra potestades y principados, contra los que mandan sobre las tinieblas de este siglo, contra los espíritus de la maldad en los espacios celestes* (Eph 6,10-12).

35. Ni el sabio ni el cristiano hacen daño a nadie

Consideremos ahora otro texto de Celso que dice así: "Un sátrapa, un gobernador, un general o un procurador del rey de los persas o del emperador romano, y hasta los que desempeñan magistraturas, cargos o servicios inferiores a ésos,

pueden hacer gran daño si no se les tributan los debidos obsequios; ¿y los sátrapas y ministros del aire y de la tierra sólo podrán hacérnoslo ligero si se los ultraja?" Es de ver cómo introduce Celso, a la manera humana, sátrapas del Dios supremo, gobernadores, generales y procuradores y hasta los que desempeñan magistraturas, cargos y servicios inferiores, todos con ánimo de infligir graves daños a quienes los agravien; y no se percata que ni un hombre sabio quisiera dañar a nadie, sino que a los mismos que lo insultan trata, en lo posible, de convertirlos y mejorarlos. A no ser que, por lo visto, los sátrapas y gobernadores y generales que Celso atribuye a Dios estén moralmente por bajo de Licurgo, legislador de los lacedemonios, y de Zenón de Citio. Y es así que Licurgo, teniendo en su poder al hombre que le había arrancado un ojo, no sólo no tomó venganza de él, sino que no dejó de encantarlo hasta persuadirle que se diera a la filosofía (PLUTARCH., *Lycurg.* 11). Y a Zenón le dijo uno: "¡Así me muera si no me vengo de ti!"; y él le respondió: "¡Y yo, si no te hago amigo mío!" (ID., *De cohibenda ira* 14)[13].

Y no hablo ahora de los que se han configurado según la enseñanza de Jesús y entienden su palabra: *Amad a vuestros enemigos y orad por los que os maltratan, para ser así hijos de vuestro Padre del cielo, que hace salir su sol sobre malos y buenos y llueve sobre justos e injustos* (Mt 5,44-45). Y en los discursos proféticos dice así el justo:

¡Oh Señor y Dios mío!, si tal hice,
si iniquidad mis manos mancha,
si fui causa de mal contra mi amigo...
que a mi alma persiga el enemigo y le dé alcance,
mi vida pisotee sobre el suelo
y mi honor lleve al polvo (Ps 7,4-6).

[13] Pudieran añadirse los ejemplos que trae San Basilio en su famosa homilía 22 o: "A los jóvenes, sobre la manera de sacar provecho de las letras griegas". Tomándolo también de PLUTARCO (*Pericles* 5), San Basilio cuenta de Pericles que, después de recibir el día entero rociada de insultos de un pelanas, lo hizo acompañar por la noche, cuando a duras penas se decidió a callar y retirarse, con antorchas, "por que no se le perdiera aquel ejercitatorio de filosofía" (ed. F. BOULENGER, col. Budé, París 1952, p.50). Por cierto que no me parece bien traducido el pasaje: "pour ne pas perdre l'occasion de s'exercer à la philosophie". Y menos la traducción del P. A. Cayuela: "para no perder la costumbre de ejercitarse en la filosofía". Creo que el τὸ γυμνάσιον designa, en neutro muy expresivo, al pelanas mismo que ejercitó a Pericles. San Basilio se edifica con este y otros más ejemplos de heroica virtud de los antiguos, pero no parece sospechar el grave problema que plantean. Celso tampoco atacó por aquí al cristianismo, y no tenemos, por ende, la respuesta, que no hubiera faltado, de Orígenes.

36. Nada puede sufrir el verdadero cristiano por parte de los démones

Pero los ángeles, que son los verdaderos sátrapas, gobernadores, generales y procuradores de Dios, no dañan, como se imagina Celso, a los que los ofenden; y si dañan ciertos démones, de que el mismo Celso tuvo alguna idea, dañan como malos, y no porque se les haya encomendado satrapía alguna, ni generalato ni procuraduría de Dios, y dañan sólo a quienes les obedecen y se les han sometido como a amos. Es posible que también por esta causa reciban daño quienes, en cada lugar, infringen la ley que prohibe comer ciertos alimentos, caso que los infractores sean de los que están bajo el señorío de los démones; mas si hay quienes no están bajo tal señorío ni se han sometido al demonio del lugar, como quienes han mandado a paseo a tales demonios, se ven libres de padecer de parte de ellos; aunque pueden ser dañados por ellos si, por ignorancia de los unos, se someten a los otros. El cristiano, empero, el verdadero cristiano, digo, que se ha sometido a sí mismo a Dios y a su Logos, no puede sufrir daño alguno de parte de los demonios, puesto que es más fuerte que los demonios. Y no puede sufrirlo, porque

el ángel del Señor su campo pone
en derredor de aquellos que lo temen,
y El los salva (Ps 33,8);

y su ángel está en todo momento contemplando la faz del Padre del cielo (Mt 18,10), y en todo momento, por mediación del único sumo sacerdote (Hebr 2,17), presenta sus oraciones al Dios del universo, y hasta ora El mismo junto con el que tiene encomendado.

No nos venga, pues, Celso con ese coco, amenazándonos con el daño que nos inflijan los démones si les negamos nuestros obsequios. Nada, en efecto, nos pueden hacer los démones por más que los despreciemos, a quienes nos hemos consagrado al que puede ayudar a todos los que lo merecen y pone además a sus propios ángeles para custodia de los piadosos para con El, a fin de que ni los ángeles contrarios, ni el príncipe de ellos, que es llamado *príncipe de este mundo* (Io 14,30), puedan hacer nada contra los que se han consagrado a Dios.

37. Dios entiende toda lengua

Luego se olvida Celso de que está hablando con cristianos, que oran al Dios único por medio de Jesucristo, y revuelve cosas de otros, se las pega sin razón alguna a los cristianos y dice: "Si se los nombra con nombres bárbaros, tienen algún poder; pero, si se les habla en griego o latín, ninguno" (cf. I 6.25; V 45; VI 40). Muestre, en efecto, a quién nombramos nosotros con nombre bárbaro para invocarlo en nuestra ayuda. Que Celso dijo eso a humo de pajas contra nosotros puede persuadirse quien advierta que la mayoría de los cristianos no emplean siquiera en sus oraciones los nombres que constan en las Escrituras divinas y designan propiamente a Dios; los griegos oran a Dios en griego, y los romanos en latín, y así, por el estilo, cada uno en su propia lengua ora y alaba a Dios lo mejor que puede. Y el que es Señor de toda lengua oye a los que le ruegan en toda lengua, como si fuera, por decirlo así, una voz sola, que es lo que cada lengua significa y se expresa por los varios modos de hablar. Porque no es el Dios supremo de los que han recibido en suerte un habla particular, griega o bárbara, y ya no entienden las otras o no se preocupan de los que hablan lengua distinta.

38. El daño más grande

Luego apunta algo que, o no oyó a ningún cristiano, o sólo a alguno sin ley ni formación, y afirma que dicen los cristianos: "Pues yo me acerco a la estatua de Zeus, de Apolo o de cualquier otro dios, blasfemo de ellos y les doy puñetazos, y no se vengan en absoluto" (cf. VII 36.62; VIII 4). Celso no advierte que, en la ley divina, hay entre otros este precepto: *No blasfemarás de los dioses* (Ex 22,28), a fin de que nuestra boca no se acostumbre a maldecir, pues oímos que se nos manda: *Bendecid y no maldigáis* (Rom 12,14), y se nos enseña que los *maldicientes no poseerán el reino de Dios* (1 Cor 6,10). Por lo demás, ¿quién hay tan necio entre nosotros que diga parejas palabras y no vea que tal procedimiento no contribuye para nada a destruir la idea que se tiene de los supuestos dioses? Y es así que vemos cómo gentes de todo punto ateas, que niegan la providencia y han engendrado una cáfila de supuestos filósofos con doctrinas perversas e impías, nada sufren de los que el vulgo tiene por males, ni ellos ni los que abrazan sus doctrinas, sino que se enriquecen y gozan de perfecta salud. Ahora que, si se mira el daño que hay en ellos, se verá que lo sufren en su inteli-

gencia. Porque ¿qué daño mayor que no comprender por el orden del mundo a su Hacedor? ¿Y qué peor desgracia que ser ciego de inteligencia y no ver al padre y artífice del universo?

39. Orden de destierro contra Cristo y los cristianos

Ya que nos ha atribuido parejos razonamientos y calumniado a los cristianos, que nada de eso dicen, se imagina construirse una apología, que es más bien una broma que una apología, diciendo, como si hablara con nosotros: "¿Con que no ves, querido, que hay quien se pone también delante de tu demon, y no sólo blasfema de él, sino que, por público bando, se lo expulsa de toda tierra y mar, y a ti, que eres como estatua consagrada a él, se te conduce, maniatado, a clavarte en un palo? Y tu demon o, como tú dices, el Hijo de Dios, no te venga para nada" (cf. V 41; VIII 41.54.69). Esta defensa tendría razón de ser si nosotros habláramos como él escribe que hablamos; o, por mejor decir, ni aun así diría Celso la verdad al llamar demon al Hijo de Dios. En nuestro sentir, pues decimos que todos los démones son malos, no puede llamarse así al que a tantos hombres ha convertido a Dios, sino Dios Logos e Hijo de Dios; mas en cuanto a Celso, que nada ha dicho de los démones malos, no sé como se olvida de sí mismo y llama demon a Jesús.

Por lo demás, los castigos anunciados contra los impíos llegarán más tarde, después de los remedios, a que no atendieron, sobre los que fueren sorprendidos, como si dijéramos, en maldad incurable.

40. Los molinos de Dios...

Nosotros, sea lo que fuere lo que decimos sobre castigos, lo cierto es que, por esa doctrina, apartamos a muchos de sus pecados; consideremos, en cambio, lo que responde el sacerdote de Apolo o de Zeus que cita Celso: "Los molinos, dice, de los dioses muelen despacio" (SEXTUS EMPIR., *Adv. math.* 1,287; PLUTARCH., *Mor.* 549d), y (su acción llega)

"hasta los hijos de los hijos
que luego nacerán en larga serie"
(*Ilíada*, XX 308).

Pero es de ver cuánto mejor es estotro: *No morirán los padres por los hijos, ni los hijos morirán por los padres; cada uno morirá por su propio pecado* (Deut 24,16); y esto: *El que comiere la uva agraz, ése sufrirá la dentera* (Ier 31,30); y estotro: *No pagará el hijo la iniquidad de su padre, ni pagará el padre la maldad del hijo; la justicia del justo le será reconocida, y la iniquidad del inicuo sobre él recaerá* (Ex 18,20).

Mas si alguno dijere que al dicho "Hasta los hijos de los hijos que luego nacerán en larga serie" se asemeja el de la Escritura: ... *que castigo la maldad de los padres en los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen* (Ex 20,5), sepa que en Ezequiel se dice ser eso una parábola, cuando recrimina a los que dicen: *Los padres se comieron el agraz, y los hijos sufren la dentera* (Ez 18,2). A lo que añade: *Vivo yo, dice el Señor, que no será así, sino que cada uno morirá por su propio pecado* (3-4). Ahora, qué quiera decir esa parábola de que los pecados se pagan hasta la tercera y cuarta generación, no es éste momento de explicarlo.

41. Un alma serena jamás maldice

Luego, imitando a vejezuelas, entre un chaparrón de injurias, dice así: "Tú, insultando las estatuas de los dioses, te ríes; quizá no te fueras tan alegre de haber insultado a Dioniso o a Heracles en persona. En cambio, los que en persona tendieron en la cruz a tu Dios y lo atormentaron, ni ellos, autores del atropello, sufrieron nada, ni después de tan largo espacio ha pasado tampoco nada. ¿Qué novedad ha ocurrido desde entonces por la que pudiéramos creer [14] que no fue aquél un hechicero, sino el Hijo de Dios? Y, por lo visto, el que mandó a su hijo con no sabemos qué recados, consintió que fuera tan cruelmente maltratado hasta perderse juntamente [15] con sus recados, y, no obstante tanto tiempo pasado, no ha caído en la cuenta. ¿Qué padre tan desalmado es ése? Mas acaso digas que aquél lo quiso así, y por ello se dejó maltratar. Pues también yo pudiera contestarte que éstos también, a quienes tú blasfemas, lo quieren así, y por eso aguantan que tú blasfemes. Porque no hay como comparar igual con igual. Pero es que éstos saben muy bien vengarse de quien los blasfema, ora que por ello huya y se esconda, ora se le coja y perezca".

[14] γέγονεν ᾧ πιστεύσαντι ἄν M: γ. ὧ πιστεῦσαι ἄν τις We., K. tr.
[15] συνδιαφθεῖραι M: συνδιαφθείρεσθαι K. tr.

También a esto puedo decir que nosotros no insultamos o maldecimos a nadie, pues estamos persuadidos de que *los maldicientes no heredarán el reino de Dios* (1 Cor 6,10), y leemos el precepto evangélico: *Bendecid a los que os maldicen* (Mt 5,44), y: *Bendecid y no maldigáis* (Rom 12,14) y, en fin: *Cuando se nos insulta, bendecimos* (1 Cor 4,12). Y aunque el maldecir tiene cierta razón de venganza en el hombre que parece haber recibido un agravio, ni siquiera esa razón nos permite a nosotros la palabra de Dios; ¡con cuánto menor razón habrá que maldecir cuando ello pone de manifiesto una enorme necedad! Y necio es igualmente maldecir a una piedra, al oro o a la plata, que son configurados en supuesta forma de dioses para los que están muy lejos de la divinidad. Por el mismo caso, tampoco nos burlamos de las estatuas inanimadas, sino, a lo sumo, de los que las adoran. Y aun supuesto que algunos démones se asienten en ciertas estatuas y se crea ser uno Dioniso, otro Heracles, ni aun a éstos maldecimos. Pareja maldición es, en efecto, cosa vana, que en modo alguno dice con quien tiene un alma mansa, pacífica y serena y que sabe no debe maldecirse a nadie ni por razón de su maldad, trátese de un hombre o de un demon.

42. La ruina de Jerusalén, castigo de la muerte de Jesús

Pero no sé cómo, bien contra su voluntad, Celso, que poco antes ha exaltado a démones o dioses, ahora nos los presente como seres malísimos de hecho, pues castigan a quien los insulta más con ánimo de venganza que de corrección. Dice, en efecto, que "quizá no te fueras tan alegre de haber insultado a Dioniso o Heracles en persona". Explique quien quiera cómo oiga el dios sin estar presente y por qué unas veces lo está y otras se ausenta; ¿qué ocupación apremia a los démones para trasladarse de lugar a lugar?

Luego, seguramente porque se imagina que nosotros decimos ser Dios el cuerpo de Jesús tendido y atormentado en la cruz y no la divinidad que hay en él, y que precisamente fuera tenido por Dios cuando se lo crucificaba y atormentaba, añade Celso: "En cambio, los que a tu Dios en persona tendieron y atormentaron sobre la cruz, nada sufrieron por parejo atropello". Mas, como ya anteriormente (III 25; VII 16-17) hemos hablado largamente sobre los sufrimientos humanos de Jesús, damos ahora de mano adrede a ese tema, para no dar la impresión de que nos repetimos.

Otra cosa es lo que dice Celso sobre que "nada les pasó, en tan largo tiempo, a los [16] que ejecutaron a Jesús". A él y a quienes quisieren saberlo les haremos ver que la ciudad en que el pueblo judío pidió que Jesús fuera crucificado, gritando: *Crucifícalo, crucifícalo* (Lc 23,21) (porque prefirieron que se soltara a un bandido, echado a la cárcel por sedición y homicidio, y fuera, en cambio, crucificado Jesús, que fue entregado por envidia), esa ciudad, decimos, fue poco después combatida, y se le puso por mucho tiempo tan terrible cerco, que fue destruida desde sus cimientos y quedó despoblada, pues Dios juzgó a los habitantes de aquel lugar por indignos de gozar de la vida humana. Y, si cabe decir una paradoja, todavía los trató con miramiento al entregarlos a sus enemigos, pues los veía incurables en orden a su conversión y que cada día iba en aumento el torrente de su maldad. Y ello sucedió por haberse derramado, por insidias de ellos, la sangre de Jesús en aquella tierra, que ya no pudo contener a los que tan grande crimen cometieran contra El.

43. Algo nuevo ha pasado en el mundo después de la muerte de Jesús

He ahí, pues, algo nuevo que pasó después que Jesús sufrió; me refiero a los acontecimientos de la ciudad y pueblo judío, y al nacimiento súbito del pueblo cristiano, que nació como de golpe. Y novedad fue también que los que eran ajenos a los testamentos de Dios y extraños a las promesas, los que estaban lejos de la verdad (Eph 2,12), la han aceptado por cierta virtud divina. Esto no fue obra de un hechicero, sino de Dios, que, por razón de sus mensajes, envió en Jesús a su Logos; cierto que fue torturado, de forma que se acusa de crueldad a los que injustamente lo torturaron, pero El lo sufrió todo con el mayor valor y con entera mansedumbre. En cuanto a la tortura misma, no destruyó los mensajes de Dios, sino que, si cabe decirlo así, los dio más bien a conocer, como lo enseñó Jesús mismo diciendo: *Si el grano de trigo no cae a tierra y muere, se queda él solo; pero si muere, da mucho fruto* (Io 12,24). Jesús, pues, que era el grano de trigo, después de morir, dio mucho fruto, y su Padre mira siempre con su providencia los frutos que han nacido del grano de trigo, los que aún están naciendo y los que nacerán en lo por venir. Santo es, por ende, el Padre de Jesús, ese Padre que *no perdonó a su propio Hijo, sino que*

[6] τούται M: τοὺς We.

lo entregó por todos nosotros (Rom 8,32), cordero suyo que era, a fin de que, como cordero de Dios que moría por todos, quitara el pecado del mundo (Io 1,29).

Seguidamente repite Celso su dicho contra los que insultan las estatuas, y dice: "Mas también pudiera contestarte que estos a quienes tú blasfemas, lo quieren así, y por eso aguantan que se los blasfeme; pues no hay como comparar igual con igual. Sin embargo, éstos saben muy bien vengarse de quien los insulta, ora que por ello huya y se esconda, ora se lo atrape y perezca". Así, pues, los démones no acostumbran vengarse de los cristianos porque blasfemen de ellos, sino porque los expulsan de sus estatuas y de los cuerpos y almas de los hombres. Sin saber lo que hacía, Celso dijo alguna verdad en este pasaje. Pues verdad es que están llenas de démones las almas de los que condenan a los cristianos, de quienes los traicionan y de quienes aplauden que se les haga la guerra.

44. La persecución de los cristianos, obra de los démones

Mas, como quiera que las almas de los que mueren por causa del cristianismo y salen gloriosamente del cuerpo por amor de la religión destruían el poder de los démones y debilitaban su conjura contra los hombres, por eso creo yo que, amaestrados por la experiencia de que son derrotados y dominados por los testigos de la verdad, tuvieron miedo de vengarse otra vez de ellos. De este modo, mientras se olviden de los golpes que han sufrido, es probable que haya paz entre el mundo y los cristianos; sin embargo, cuando junten su ejército y, cegados por su maldad, quieran de nuevo perseguir a los cristianos, otra vez serán por ellos destruidos; y entonces, una vez más, las almas de los hombres religiosos que, por amor de la religión, se desnudan de sus cuerpos, derrotarán el ejército del maligno.

En mi opinión, como los démones se han dado cuenta de que los vencedores, al morir por la religión, destruyen su poderío, y los vencidos por los tormentos que reniegan de la religión se someten bajo su poder, tienen por punto de honor derrotar a los cristianos llevados ante los tribunales, pues se sienten atormentados por los que confiesan su fe y recreados por los que la niegan. Y rastro de ello cabe ver en los mismos jueces, atormentados por los que aguantan las torturas y suplicios, y jubilosos cuando un cristiano es derrotado.

Y es así que no obran así por esa que pudiera parecerles humanidad, pues ven por vista de ojos que, en los derrotados por los tormentos, "la lengua juró, pero la mente no tuvo parte en el juramento" (EURIPID., *Hipp.* 612)[17].

Tal es nuestra respuesta a las palabras de Celso: "Mas éstos saben muy bien vengarse de quien de ellos blasfema, ora que por ello huya y se esconda, ora se lo atrape y perezca". Ahora bien, si algún cristiano huye, no huye por cobardía, sino para guardar el precepto de su Maestro (Mt 10,23)[18]. Así se guarda puro para los que pueden aprovecharse de su vida[19].

45. Gran parrafada de Celso en pro de los oráculos

Veamos ahora lo que sigue, que es de este tenor: "¿Qué necesidad hay de enumerar cuántas cosas han dicho con voz divina desde los templos de oráculos, ora profetas y profetisas, ora otros, hombres y mujeres, divinamente inspirados? ¡Qué de maravillas no se han oído de los más recónditos sagrarios! ¡Cuántas cosas no han sido manifestadas, por medio de las víctimas y sacrificios, a quienes han hecho uso de ellos, y cuántas más por otros signos prodigiosos! No faltan quienes han tenido patentes apariciones (VII 35). Llena está la vida entera de cosas semejantes. ¡Cuántas ciudades se han levantado por los oráculos y se libraron de enfermedades y desastres; cuántas, por haberlos descuidado u olvidado, perecieron míseramente! ¡Cuántas fundaron sus colonias y debieron su prosperidad a haber guardado fielmente lo que se les ordenara! (VII 2). ¡Cuántos poderosos, cuántos vulgares corrieron próspera o adversa furtuna según su actitud en este punto! ¡Cuántos, afligidos por no tener hijos, al obtener lo que pidieron, escaparon a la cólera de los démones! ¿Cuántos no se curaron de enfermedades corporales? ¿Cuántos, por lo contrario, por haber insultado los templos, fueron castigados en el acto, unos atacados allí mismo de locura, otros que confesaron lo que

[17] Esta cita de Eurípides era trillada; cf. PLAT., *Theait.* 154d; *Symp.* 199a; CIC., *De off.* III 29,108; IUSTIN., I *Apol.* 39,4; MAX. TYR., XL 6s. Orígenes supone que había cristianos que eludían la muerte por ese subterfugio de que la lengua juró, pero no la mente; San Justino, empero, afirma que "por no mentir ni engañar a nuestros jueces al ser interrogados, morimos gustosos por confesar a Cristo" (cf. *Apologistas griegos del siglo II* p.224).

[18] Así resuelve, serenamente, Orígenes el caso de conciencia que fue real en epocas de persecución. Tertuliano le dedicó un patético tratado *De fuga in persecutione*, en que da solución extrema; San Cipriano hubo de defenderse de haberse escondido en la persecución de Decio (*Epist.* 20). Orígenes pudiera aludir al caso de su maestro o antecesor Clemente Alejandrino. San Atanasio, eterno fugitivo, escribió un tratado *De fuga.*

[19] ἑτέρων M: ὑπὲρ ἑτέρων Del., K. tr.

hicieran, otros suicidándose, otros víctimas de enfermedades incurables? Casos ha habido en que una voz profunda salida de los mismos sagrarios mató instantáneamente a los profanadores".

No se me alcanza por qué Celso presenta también todo eso como cosas patentes, y tiene, en cambio, por cuentos los prodigios que están consignados entre nosotros, ora los de los judíos, ora los de Jesús y sus discípulos. Porque ¿qué razón hay para que los nuestros no sean verdaderos, y los que dice Celso fantasías míticas? El hecho es que ni siquiera algunas escuelas filosóficas de los griegos han creído en ellos, como la de Demócrito, Epicuro y Aristóteles (I 43; VII 3.56). En los nuestros, en cambio, tal vez hubieran creído, por su misma claridad, si hubieran tropezado con Moisés o alguno de los profetas que obraron prodigios, o con el mismo Jesús.

46. Réplica punto por punto

De la Pitia se cuenta haber dado oráculos por soborno (cf. HEROD., VI 66); nuestros profetas, empero, no sólo fueron admirados entre sus contemporáneos por la claridad de sus palabras, sino también por la posteridad. Y es así que por los oráculos de los profetas se levantaron ciudades, sanaron hombres y cesaron pestes. Es más, siguiendo los oráculos, todo el pueblo judío salió de Egipto para fundar, evidentemente, una colonia en Palestina, y, mientras fielmente observó lo que Dios le ordenara, vivió prósperamente; cuando lo incumplió, hubo de arrepentirse. ¿Y qué necesidad hay de contar cuántos hombres poderosos o gentes del común, según los relatos de la Escritura, pasaron próspera o adversa furtuna según atendieron o desatendieron a las profecías? Y si hay que mentar la esterilidad que afligió a algunos, los cuales, después de dirigir sus preces al Hacedor del universo, vinieron a ser padres y madres, lea la historia de Abrahán y de Sara (Gen 17,16-21), de los que, viejos ya, nació Isaac, padre de todo el pueblo judío, y de otros además del judío; lea igualmente lo que se cuenta de Ezequías, que no sólo se vio libre de su enfermedad según las profecías de Isaías, sino que dijo atrevidamente: *En adelante haré hijos que anunciarán tu justicia* (Is 38,5.19). Y en el libro cuarto de los Reyes (4 Reg 4,8-17), la mujer que hospedó a Eliseo, que por gracia de Dios profetizó acerca del nacimiento de un hijo, fue madre por las oraciones del profeta. Además, por obra de Jesús fueron curadas enfermedades sin número; y otros que en el templo

de Jerusalén se atrevieron a insultar la religión de los judíos, hubieron de sufrir lo que se escribe en los libros de los Macabeos (cf. 1 Mac 2,23-25; 7,47; 9,54-56; 2 Mac 3,24-30; 4,7-17; 9,5-12).

47. Sin milagros no se explica el cristianismo

Pero los griegos dirán que todo esto son cuentos, a pesar de que está atestiguado como verdad por dos pueblos enteros. Pero ¿por qué no ha de ser más bien cuento lo que dicen los griegos? Mas acaso alguno, atacando de frente la cuestión, para no dar la impresión de aceptar a ciegas lo propio y negar fe a lo ajeno, diga que lo que cuentan los griegos fue obra de ciertos démones; lo que los judíos, obra de Dios por medio de los profetas, o de los ángeles, o de Dios por medio de los ángeles; y lo de los cristianos, obra de Jesús o de la virtud de Jesús de que gozaban los apóstoles. Pues comparémoslo todo, una cosa con otra, y veamos el fin a que miraban los que obraban los milagros, y el provecho o daño, o ninguna de ambas cosas, de los que recibían los supuestos beneficios; así se verá que, antes de ofender a la divinidad y ser abandonado por su maldad, el antiguo pueblo judío era un pueblo filósofo; y que los cristianos, en sus comienzos, se juntaron maravillosamente en un cuerpo social más por obra de milagros que por discursos de exhortación que los moviera a dejar sus tradiciones patrias y aceptar lo que difería tanto de ellas. Efectivamente, si hay que dar una explicación verosímil de cómo al principio formaron los cristianos una sociedad, diremos que no es probable que los apóstoles de Jesús, hombres sin letras y vulgares (cf. Act 4,13; *supra* I 62; III 39), se animaran a predicar el cristianismo a los hombres por otro motivo que por la virtud que les había sido dada, y la gracia que había en su palabra para poner las cosas de manifiesto. Ni es tampoco probable que sus oyentes abandonaran sus usos y costumbres tradicionales, de tanto tiempo arraigados, de no haber habido una fuerza considerable y hechos milagrosos que los movieran a pasar a doctrinas tan extrañas y ajenas a las en que se habían criado.

48. ¿De parte de quién está la verdad?

Seguidamente, no sé por qué razón, expone Celso el ánimo y decisión de los que luchan hasta la muerte a trueque de no renegar del cristianismo; luego, empero, como para equi-

parar lo nuestro con lo que dicen iniciadores y mistagogos, añade: "Y a la postre, amigo, como tú crees en castigos eternos, así también los exégetas, iniciadores y mistagogos de aquellos cuentos; y los que tú amenazas a los otros, ellos te los amenazan a ti. Quién de los dos con más verdad y firmeza, es lo que hay que examinar; porque, si a palabras va, unos y otros afirman lo suyo con pareja vehemencia. Pero, si se trata de pruebas, aquéllos las presentan copiosas y claras, alegando obras de ciertas potencias demónicas y oráculos, y de templos de adivinación de toda especie".

Por estas palabras quiere decir Celso que nosotros y los iniciadores de misterios hablamos por igual de castigos eternos (cf. III 16; IV 10), y que se examine quién se acerca más a la verdad. Ahora bien, yo diría estar en la verdad aquellos que son capaces de mover a sus oyentes a vivir como si lo que se les dice fuera la misma verdad. Y ésta es la disposición de espíritu acerca del que ellos llaman el siglo por venir, y de los premios que allí esperan a los justos y castigos de los pecadores. Que Celso, pues, o quien de ello guste demuestre quiénes han sido así impresionados acerca de los castigos eternos por los iniciadores de misterios y mistagogos. Porque lo verosímil es que la intención del autor de los castigos de que se habla no fue sólo estatuir un rito y hablar por hablar de castigos, sino mover a los oyentes a evitar, según sus fuerzas, toda acción que pueda acarrear aquellos castigos. Y las mismas profecías, si no se lee distraídamente el conocimiento de lo futuro que en ellas hay, son bastantes para persuadir al lector inteligente y discreto que aquellos hombres estaban llenos del espíritu de Dios. Ninguna obra demónica de las que se nos muestran, ningún milagro que proceda de oráculos, ni templo alguno de adivinación puede, ni remotamente, compararse con ellos.

49. Estima y desestima cristiana del cuerpo

Pues veamos lo que seguidamente dice Celso contra nosotros: "Pero además, ¿no es también absurdo lo que se da entre vosotros, que por una parte deseéis un cuerpo y esperéis que ese mismo cuerpo ha de resucitar, como si fuera lo mejor y más precioso que tenemos, y, por otra parte, lo arrojáis a los tormentos como cosa sin valor? Pero no vale la pena dialogar sobre ello con gentes que así piensan y están como fundidos con su cuerpo. Se trata, en efecto, de gentes que tam-

bién en otras materias son rústicos e impuros y, ajenas a toda razón, sufren la enfermedad de la sedición (cf. III 5; VIII 2). Con aquellos, en cambio, que esperan han de poseer eternamente con Dios el alma o principio intelectivo (llámese elemento espiritual o espíritu inteligente, santo y bienaventurado, o alma viviente, o retoño supraceleste o incorruptible de la divina e incorpórea naturaleza, o denle, en fin, el nombre que quieran), con los que tienen, digo, esa esperanza me parece bien conversar. Aquí por lo menos opinan rectamente que los que hubieren bien vivido serán bienhadados; mas los inicuos serán entregados absolutamente a males eternos. He aquí un dogma de que no han de apartarse ni éstos ni hombre alguno jamás" (cf. III 16).

Realmente, Celso no se cansa de echarnos en cara la resurrección; sin embargo, como por nuestra parte ya expusimos, en lo posible, lo que nos pareció razonable, no vamos a responder muchas veces a una objeción muchas veces repetida. Por lo demás, nos calumnia Celso al suponer que nosotros no tenemos nada por mejor y más precioso en nuestro compuesto que el cuerpo, siendo así que afirmamos ser el alma, y señaladamente el alma racional, cosa más preciosa que cualquier cuerpo. Lo que es según la imagen del Creador (Col 3,10) lo contiene el alma, y no, en modo alguno, el cuerpo. Y es así que, según nosotros, Dios no es cuerpo; no vayamos a dar en los absurdos de los secuaces de la filosofía de Zenón y Crisipo (cf. I 21; III 75; IV 14).

50. No es deshonor sufrir por la religión

Celso nos reprocha también que deseamos el cuerpo; pues sepa que si el desear es cosa mala, nada deseamos; mas si es indiferente, deseamos todo lo que Dios promete a los justos. Y así deseamos, lógicamente, y esperamos la resurrección de los justos. Pero Celso se imagina que nos contradecimos a nosotros mismos, pues por un lado esperamos la resurrección del cuerpo, al que tenemos por digno de este honor de parte de Dios; y, por otro, lo arrojamos a los tormentos, como si no mereciera honor alguno. Ahora bien, lo que padece por razón de la piedad, lo que por amor de la virtud abraza las tribulaciones, no puede dejar de merecer honor; deshonroso es, en cambio, lo que, con maldad, se consume en los placeres (cf. *supra* VIII 30). Por lo menos, la palabra divina dice: *¿Cuál es la semilla honrosa? La semilla del hombre. ¿Cuál es la semilla sin honor? La semilla del hombre* (Eccli 10,23).

Luego opina Celso que no se debe conversar con los que tienen esperanzas sobre su cuerpo, como gentes fundidas, sin razón, con una cosa incapaz de alcanzar lo que ellos esperan; y los llama rústicos e impuros, que, ajenos a toda razón, se entregan a la sedición. Mas si Celso fuera humano, su deber fuera ayudar también a los rústicos, pues no se excluye de la sociedad a los rústicos de la misma manera que a los brutos animales; no, el que a todos nos hizo por igual nos hizo sociables con todos los hombres. Vale, pues, la pena conversar con los rústicos y llevarlos, en lo posible, a vida más urbana; y con los impuros, y hacerlos, en cuanto quepa, limpios; y con los que piensan lo que sea sin razón, y con los enfermos de alma, a fin de que no hagan nada sin razón y se libren de la enfermedad en su alma.

51. Grave incongruencia de Celso

Luego alaba a los que esperan han de poseer eternamente el alma o la inteligencia, a lo que entre ellos se llama elemento pneumático, o espíritu racional, intelectivo, santo y bienaventurado, o el alma viviente, que estará con Dios; y acepta también, como idea recta, la doctrina sobre la felicidad de los que hubieren vivido bien, y de los castigos que, absolutamente, tendrán que sufrir los inicuos. Pero lo que sobre todo admiro en Celso es lo que añade a lo antedicho con estas palabras: "Y de esta doctrina no deben apartarse ni éstos ni hombre alguno jamás". Puesto que escribe contra los cristianos, que tienen por objeto total de su fe a Dios y sus promesas por medio de Jesucristo en favor de los justos, y las enseñanzas sobre los castigos de los impíos, Celso tenía que haber visto que el cristiano convencido por sus argumentos contra los cristianos, lo verosímil es que, al rechazar la doctrina cristiana, rechace también ese dogma, del que dice no deben apartarse ni los cristianos ni hombre alguno jamás.

Más humanitariamente que Celso obra, a mi parecer, Crisipo, en su obra *Sobre la cura de las pasiones* (cf. *supra* I 64). Queriendo, en efecto, curar las pasiones que aquejan y molestan al alma humana, lo hace, desde luego, principalmente con las doctrinas que a él le parecen sanas; pero echa también mano, en segundo y tercer lugar, de las que él no acepta. "Aun supuesto, dice, que sean tres los géneros de bienes (cf. DIOG. LAERT., V 30), aun así hay que curar las pasiones, y el que está molestado por la pasión no debe preocuparse, en el momento del ardor de las pasiones, de la doctrina que antes lo ocupara; pues se corre el peligro de que con la inoportuna preocupa-

ción de refutar las doctrinas que antes ocuparan al alma, se malogre la cura que se le ofrece". Y dice también: "Aun cuando el placer sea el bien sumo, y así lo piensa el que está dominado por la pasión, no por eso hay que dejar de socorrerle y demostrarle que aun los que ponen el placer por sumo bien y fin último desaprueban toda pasión".

Según eso, también Celso, una vez que aceptó la doctrina de que los que vivan bien serán bienhadados y que los inicuos sufrirán, absolutamente, males eternos, tenía que haber obrado en consecuencia consigo mismo, y, de ser posible, aducir el argumento principal y añadir otros más para demostrar que, en efecto, los inicuos sufrirán, absolutamente, males eternos y los que bien vivieren serán bienhadados.

52. Prevenciones anticristianas

Por nuestra parte, dados los incontables motivos que nos llevaron a ordenar nuestra vida según el cristianismo, nuestro empeño principal es familiarizar, en lo posible, a todos los hombres con la totalidad de las doctrinas cristianas; mas cuando damos con gentes prevenidas por las calumnias contra los cristianos, hasta el punto de imaginar que no son éstos ni religiosos siquiera, por lo que no prestan siquiera oído a quienes intentan enseñar la palabra divina; en ese caso, según lo pide el amor a los hombres y en la medida de nuestras fuerzas, insistimos en demostrar lo referente al castigo eterno de los impíos y tratamos de que acepten esa doctrina aun los que se niegan a profesar el cristianismo. Y queremos, por el mismo caso, persuadir sobre la felicidad de los que bien vivieren [20] desde el momento que vemos cómo muchas cosas atañederas al bien vivir las dicen de modo semejante a nosotros aun los extraños a nuestra fe. Y es así que difícilmente se hallará quienes de todo en todo hayan perdido las nociones comunes sobre lo bueno y lo justo, o sobre lo malo e injusto (cf. I 4).

Así, pues, todos los hombres, que contemplan el mundo y el ordenado movimiento que se da en él del cielo y las estrellas en la esfera fija, así como el de los llamados planetas, que siguen dirección opuesta al movimiento del cielo; que contemplan también la templanza de los aires, provechosa para los animales y especialmente para los hombres, y la abundancia de cosas creadas por razón de los hombres (cf. CIC., *De nat. deor.* II 19,49ss; III 7,16), deben vigilar para no hacer nada

[20] πεῖσμα M: ὡς εὐδαιμονησόν των πεῖσμα K. tr.

que desagrade al Creador del universo, de sus propias almas y de la inteligencia que hay en ellas; y estén todos igualmente convencidos de que serán castigados por sus pecados, y el que trata a cada uno según sus méritos los recompensará a proporción de las obras buenas o convenientemente cumplidas. Todos los hombres, en fin, han de persuadirse de que los buenos saldrán bien librados, y que los malos, malamente, serán entregados a penas y tormentos por sus iniquidades, disoluciones e intemperancias, por su afeminamiento y cobardía y por toda su insensatez.

53. Dudar por lo menos

Ya que largamente hemos hablado sobre este punto, veamos otro texto de Celso, que dice así: "Puesto que los hombres nacen encadenados a un cuerpo, sea porque así lo pida la administración del universo, sea porque paguen las penas de algún pecado, o porque el alma esté agravada por ciertas pasiones, hasta que se purifique en los períodos ordenados, pues, según Empédocles, debe

"edades treinta mil andar errante
lejos de los vivientes bienhadados, y entre tanto,
tomar las formas mil de los mortales" (fragm.115 Diels);

síguese que debemos creer son entregados a ciertos guardianes de esta prisión" (cf. PLAT., *Phaid.* 114bc; *Pol.* 517b).

Aquí cabe también ver cómo duda, a lo humano, acerca de puntos tan graves, y, al exponer el sentir de muchos acerca de la causa de nuestro nacimiento, da muestras de cierta cautela, y no se abalanza a afirmar que algo de eso sea falso. ¿No hubiera sido lógico que quien juzga no deberse aceptar a la buena de Dios ni tampoco rechazar temerariamente las opiniones de los antiguos, ya que no quisiera creer, dudara por lo menos acerca de la doctrina de los judíos, expuesta por sus profetas, lo mismo que acerca de Jesús? Debiera haber considerado no ser cosa verosímil estén abandonados de Dios los que dan culto al Dios supremo y que por el honor que a El se le debe, no menos que a las leyes que se cree han sido dadas por El, han aceptado pasar por peligros y géneros de muerte sin cuento. Lo verosímil es que también se concediera alguna manifestación divina a quienes, por una parte, desprecian el arte humano de fabricar estatuas y, por otra, tratan de levantarse por la razón hasta el mismo Dios supremo. Debiera haber considerado que el común Padre y Hacedor de todas

las cosas, "el que todo lo mira y oye todo" (HOM., *Ilíada* 3,277) y juzga según se merece el propósito de quien lo busca y quiere darle culto, también a éstos da algún fruto de su gobierno, para que acrecienten más y más la noción que de El un día recibieran. Si esto hubieran considerado Celso y cuantos aborrecen a Moisés y a los profetas judíos, y a Jesús y a sus auténticos discípulos, que trabajan por su doctrina, no hubieran insultado como lo hacen a Moisés y a los profetas, y a Jesús y sus apóstoles. Tampoco hubieran desaprobado entre todos los pueblos de la tierra a solos los judíos, poniéndolos por bajo de los mismos egipcios (cf. IV 31; V 41; VI 80), que, en cuanto de ellos depende, rebajan el honor debido a la divinidad hasta los brutos animales, ora obren así por superstición, ora por otra cualquier causa o error.

Ahora bien, todo esto lo decimos no porque pretendamos incitar a nadie a que dude de la doctrina del cristianismo, sino para recomendar que quienes de todo en todo insultan la doctrina de los cristianos, fuera mejor que por lo menos dudaran acerca de ellos, y no se abalanzaran tan temerariamente a decir lo que no saben sobre Jesús y sus discípulos. Son gentes que afirman sin lo que llaman los estoicos "aprehensión directa", y sin ningún otro criterio, por el que cada escuela filosófica ha demostrado, a su parecer, la realidad de un fenómeno.

54. Los guardianes de la cárcel

Luego dice Celso: "Hay, pues, que creer que son entregados a ciertos guardines de esta cárcel". A lo cual hay que responder que un alma virtuosa puede librarse de las cadenas de la maldad en la vida misma de los que Jeremías llamó los cautivos de la tierra (Lam 3,34), por obra de Jesús, que dijo lo que antes fuera predicho por el profeta Isaías: que salieran los que estaban cautivos y vieran la luz los que moraban en las sombras (Is 49,9). Y este Jesús, como el mismo Isaías predijo de El, se levantó como una luz *para los que estaban sentados en la región y sombras de la muerte* (Is 9,2); de suerte que podemos decir:

Rompamos sus cadenas,
sus lazos arrojemos de nosotros (Ps 2,3).

Si Celso, y los que son tan hostiles como Celso contra nosotros, fueran capaces de penetrar la profundidad de los evangelios, no nos aconsejaran obedecer a los que él llama

guardianes de la cárcel. Se escribe, en efecto, en el evangelio (Lc 13,11ss) que había una mujer encorvada, imposibilitada de mirar en absoluto hacia arriba. Como Jesús la vio y comprendió la causa por que estaba encorvada y no podía en absoluto mirar hacia arriba, dijo: *Y esta hija de Abrahán, a la que satanás ató hace ya dieciocho años, ¿no había que soltarla de esta atadura en día de sábado?* ¡Y cuántos aún ahora, atados por satanás, están encorvados y no pueden por obra de él mirar en absoluto hacia arriba, pues él quiere que miremos hacia abajo! Y nadie puede enderezarlos sino el Logos, que vino al mundo en Jesús y ya antes inspirara a los hombres. Y Jesús mismo vino para liberar a todos los oprimidos por el diablo (Act 10,38), y sobre éste dijo con profundidad muy propia suya: *Ahora el príncipe de este mundo es juzgado* (Io 16,11).

No maldecimos, pues, a los démones que hay en el mundo, sino que argüimos sus operaciones enderezadas a la perdición de los hombres; pues, so pretexto de oráculos y curaciones y cosas por el estilo, pretenden separar de Dios al alma que ha caído en este cuerpo de humillación (Phil 3,21). Los que comprenden esa humillación, gritan con Pablo: *¡Infortunado de mí!, ¿quién me librará de este cuerpo mortal?* (Rom 7,24). Y tampoco es cierto que, sin razón, entreguemos nuestro cuerpo para ser torturado y crucificado. Porque el que es perseguido por los démones y sus adoradores tiene razón de entregar a todo eso su cuerpo antes que proclamar dioses a los démones terrenos. Nosotros tenemos por agradable a Dios ser crucificados por motivo de la virtud, y atormentados por amor de la religión; y morir por la santidad lo juzgamos por razonable, porque *preciosa es ante el Señor la muerte de sus santos* (Ps 115,5); y afirmamos ser bueno no tener amor a la vida. Celso, empero, al asimilarnos a los malhechores, que con razón sufren las penas merecidas por su bandidaje, y al no tener vergüenza de afirmar que nuestros propósitos se parezcan a pareja disposición de espíritu, se pone entre los que pusieron a Jesús entre los transgresores, cumpliendo la Escritura que dice: *Con los transgresores fue contado* (Is 53,12).

55. Un dilema de Celso y otro de Orígenes

Seguidamente dice Celso: "La razón plantea ese dilema: Si se niegan a dar el culto debido a los que presiden las siguientes actividades[21], no lleguen tampoco a la edad viril,

[21] τούτων δὲ M: τοὺς τῶνδε Wifstrand.

ni tomen mujer, ni procreen hijos, ni hagan otra cosa alguna en la vida. Márchense más bien de aquí en masa, sin dejar semilla, a fin de que la tierra quede totalmente limpia de semejante casta. Mas si toman mujeres, y procrean hijos, y gozan de los frutos de la tierra, y tienen su parte en los bienes de la vida y soportan también los males que les están ordenados —pues es ley de naturaleza que todos los hombres prueben algún mal, es forzoso que haya males que no tienen otro lugar que la tierra—, en ese caso tienen que rendir los debidos honores a los que tienen todo eso encomendado y prestar a la vida los servicios convenientes, hasta que sean desatados de las cadenas del cuerpo, y no parecer que son ingratos para con aquéllos. Género es, en efecto, de injusticia participar de los bienes que éstos poseen y no rendirles tributo alguno".

A esto respondemos que, para nosotros, sólo hay una salida razonable de la vida, y es perderla por amor de la religión y la virtud, cuando los que se creen ser jueces o parecen tener potestad sobre nuestro vivir nos ponen en la alternativa: O vivir infringiendo lo que Jesús nos mandara, o morir fieles a sus palabras. Además, Dios nos ha permitido tomar mujer, pues no todos comprenden lo más excelente, que es la entera pureza; mas ya que nos hayamos casado, es deber absoluto criar los hijos que nacen y no matar a los que son don de la providencia. Y esto no pugna en modo alguno con nuestra repulsa a obedecer a los demonios que administran la tierra; pues armados con la panoplia de Dios (Eph 6,11.13), resistimos, como atletas de la piedad, contra la casta de los démones que nos acecha.

56. Sólo a Dios servimos

Aunque Celso, con sus palabras, nos quiera echar de la vida, para que no quede, como él piensa, rastro alguno de esta casta de hombres sobre la tierra, nosotros viviremos donde nuestro Creador nos ha puesto, conforme a las leyes de Dios, pues no tenemos el menor deseo de servir a las leyes del pecado; tomaremos mujeres si nos pluguiere y recibiremos de buen grado los hijos que nos fueren dados en el matrimonio. Si fuere menester, tomaremos parte en los bienes de la vida y soportaremos los males que nos estuvieren ordenados, como pruebas del alma; así, en efecto, acostumbran llamar las divinas letras los azares de los hombres (Lc 22,28; Act 20,19; Iac 1,2; 1 Petr 1,6). En ellas se prueba el alma del hombre como oro en el fuego (Mal 3,3), y recibe reprensión o aparece

digna de admiración [22]. Y estamos por nuestra parte tan dispuestos para los que Celso llama males, que decimos:

Escrútame, Señor, y ponme a prueba,
mi corazón explora y mis riñones (Ps 25,2).

Y es así que nadie es coronado si no lucha según ley, aun aquí en la tierra, con el cuerpo de su humillación (2 Tim 2,5; Phil 3,21).

Además, tampoco rendimos los honores que se supone convenir a los que Celso dice estar confiadas las cosas de la tierra. Nosotros adoramos al Señor Dios nuestro y a El solo servimos, pues hacemos votos por ser imitadores de Cristo. Y es así que Cristo, cuando el diablo le dijo: *Todo esto te daré si, postrado en tierra, me adorares,* le respondió: *Al Señor, Dios tuyo, adorarás, y a El solo servirás* (Mt 4,9-10).

Por eso no rendimos los honores que se supone deberse a los que Celso dice estar confiadas las cosas de la tierra, pues nadie puede servir a dos señores. No podemos servir a la vez a Dios y a Mammón (Mt 6,24; cf. *supra* VIII 2), ora por esta palabra se signifique una cosa o muchas. Por otra parte, si por la transgresión de la ley se deshonra al legislador (Rom 2,23), es para nosotros patente que, ante dos leyes que entrañan contrariedad una con otra, es preferible para nosotros deshonrar a Mammón por la transgresión de la ley de Mammón. Así, por la guarda de la ley de Dios, honramos a Dios, y por ningún caso queremos deshonrar a Dios por la transgresión de la ley de Dios y honrar a Mammón por la guarda de la ley de Mammón.

57. La eucaristía, símbolo del cristiano

Ahora bien, Celso piensa que se rinden a la vida los servicios (o actos de culto) que conviene cuando, siguiendo las creencias del vulgo, se ofrecen los sacrificios a cada uno de los que en cada ciudad son tenidos por dioses. Pero es que no comprende qué se entiende por verdaderamente conveniente en una piedad rigurosa. Nosotros, empero, decimos que rinde a la vida los servicios convenientes el que recuerda quién lo ha creado y qué es lo que le agrada, y todo lo hace para agradar a Dios. Quiere también Celso que seamos agradecidos a los démones de la tierra, y piensa que les debemos sacrificios de acción de gracias. Nosotros, empero, que penetramos más a fondo lo que significa acción de gracias, afirmamos no pecar

[22] θαυμαστή M: δοκιμαστή Wif. (en la versión seguimos M).

de ingratitud contra quienes ningún beneficio nos hacen, sino que nos son contrarios, por el hecho de no sacrificarles ni darles culto alguno. Evitamos, en cambio, ser ingratos para con Dios, de cuyos beneficios estamos colmados, pues somos criaturas suyas, objeto de su providencia, sea cual fuere su juicio sobre nuestra condición, y, después de nuestra vida, esperamos lo que El nos ha prometido. Y tenemos además como símbolo de nuestra gratitud para con Dios el pan que se llama *eucaristía* (acción de gracias) [23] .

Por lo demás, tampoco es cierto, como anteriormente hemos dicho (VIII 33-35), que sean démones los que tengan la administración de las cosas creadas para nuestro uso; nada malo hacemos, por ende, cuando participamos de las criaturas y no sacrificamos a los que nada tienen que ver con ellas. Y si vemos no ser démones, sino ángeles, los encargados de los frutos de la tierra y del nacimiento de los animales, los bendecimos, desde luego, y proclamamos bienaventurados, por haber puesto Dios en sus manos las cosas útiles al género humano; pero no les tributamos ciertamente el honor debido a Dios. Eso no lo quiere Dios ni los mismos a quienes las cosas están encomendadas. Y más nos aprueban que nos guardemos de sacrificarles que si les sacrificáramos, pues no necesitan esos seres de las exhalaciones que suben de la tierra.

58. Démones del cuerpo humano

Después de esto dice Celso lo que sigue: "Que en todas estas cosas, aun las mínimas, hay un demon a quien se le ha dado poder sobre ellas, se puede ver por lo que dicen los egipcios. Según éstos, el cuerpo humano está repartido entre treinta y seis démones o ciertos dioses etéreos y, dividido en otras tantas partes (y aún hay quienes admiten más), cada uno se encarga de la suya. Y hasta saben los nombres de los démones en lengua local, por ejemplo, Cnumén, y Cnacumén, y Cnat y Sicat, Biú, Erú, Erebiú, Ramanor y Reianoor, y cuantos otros pronuncian ellos en su propia lengua. Y el hecho es que, invocando a estos démones, curan las enfermedades de cada miembro. ¿Qué empece, pues, que quien estos y otros démones acepta, si a ellos acude, goce más bien de salud que de enfermedad, de fortuna y no de infortunio y, en cuanto cabe, se vea libre de penas y torturas?"

También con esto intenta Celso rebajar nuestra alma a los démones, como si éstos tuvieran repartidos nuestros cuerpos,

[23] Cf. IUSTIN., I *Apol.* 66,1.

afirmando que cada uno se encarga de una parte. Y quiere que creamos y demos culto a los demonios que él nombra, a fin de gozar así más bien de salud que de enfermedad, de próspera fortuna más bien que de infortunio, y vernos libres, en cuanto cabe, de penas y torturas. Hasta punto tal, por lo que se ve, condena el honor único e indiviso que se debe al Dios del universo, que cree [24] no baste Dios, adorado solo y magníficamente honrado, para dar al que lo honra y por el hecho mismo de darle culto, poder que contrarreste toda insidia de los démones contra el hombre piadoso. Y es que no vio nunca cómo la fórmula "En nombre de Jesús", pronunciada por auténticos creyentes, ha curado a no pocos de enfermedades, posesiones y otras calamidades.

59. «En el nombre de Jesús...»

Es probable que cualquier partidario de Celso se nos ría al oírnos decir que *al nombre de Jesús se doblará toda rodilla de los moradores del cielo, de la tierra y de bajo la tierra, y toda lengua tiene que confesar que Jesucristo es señor para gloria de Dios Padre* (Phil 2,10-11). Sin embargo, por más que se ría, recibirá pruebas más evidentes de ser ello así, que no lo que cuenta Celso de esos nombres: Cnumén y Cnacumén, Cnat y Sicat y demás de la lista egipcia, que, invocados, curarían las enfermedades corporales. Y es de ver el ardid con que pretende apartarnos de la fe en el Dios del universo por medio de Jesucristo y, por razón de la curación de nuestro cuerpo, nos invita a creer en treinta y seis démones bárbaros, a los que sólo invocan los hechiceros egipcios prometiéndonos, no sé cómo, cosas de maravilla. De seguir a Celso, hora fuera ya de consagrarnos a la magia y hechicería en lugar de profesar el cristianismo; mejor fuera creer en una caterva innumerable de démones que en el Dios sumo que se nos manifiesta por sí mismo, vivo y claro, por obra de Aquel que, con gran poder, sembró por toda la tierra habitada de los hombres la pura doctrina de la religión; y no erraré añadiendo que la sembró también doquiera hay seres racionales que necesitan de corrección y cura y cambio de maldad al bien.

60. Cautelas del mismo Celso

En todo caso, Celso mismo sospecha la proclividad hacia la magia de quienes han aprendido tales cosas y, percatándose del daño que pudiera seguirse a sus oyentes, dice: "Téngase,

[24] πιστεύων M: πιστπεύειν Bo., K. tr.

sin embargo, la precaución, en el trato y comercio con estos seres, de no dejarse absorber por el culto que requieren, y hecho uno así amador de su cuerpo y apartado de intereses superiores, quede de todo eso cautivo por el olvido. Y es así que tal vez no haya que negar fe a hombres sabios, que dicen, en efecto, cómo la mayor parte de estos démones terrenos están pegados a la generación y clavados a la sangre y grasa y melodías, y ligados a cosas semejantes; todo su poder se reduciría a curar el cuerpo, y a predecir a un hombre o a una ciudad su suerte futura, y a cuanto saben y pueden sobre esto respecto de acciones terrenas".

Ahora bien, tratándose de terreno tan resbaladizo, como lo atestigua el enemigo mismo de la verdad de Dios, ¡cuánto mejor será estar lejos de toda sospecha de adherirnos a semejantes démones, de amar al cuerpo y apartarnos de los intereses superiores y quedar cautivos por el olvido de ellos, y entregarse, en cambio, a sí mismo al Dios sumo por medio de Jesucristo, que nos aconsejó pareja doctrina! A El hay que pedir toda ayuda y protección de los ángeles santos y justos, que nos libren de los démones terrenos, de esos que están pegados a la generación y clavados a la sangre y exhalación de grasa, se evocan con extrañas melodías o encantamientos y están ligados a cosas por el estilo; de esos, en fin, que, por confesión del mismo Celso, no tienen más poder que curar el cuerpo. Yo, empero, diría no ser cosa clara que estos démones, déseles el culto que se quiera, tengan poder para curar los cuerpos. La curación del cuerpo, el que quiera vivir esta vida corriente y común, debe procurársela acudiendo al médico; el que quiera vivir vida superior a la del vulgo, por la piedad para con el Dios supremo y oraciones al mismo.

61. Prosigue el tema demónico: Los démones no guardan su palabra

Cualquiera puede considerar consigo mismo qué conducta será más agradable al Dios sumo, que puede cuanto ningún otro en todo y, por ende, en beneficiar al hombre en su cuerpo, en su alma y en los bienes de fuera. ¿No le será más acepto el que en todo le está consagrado, que no quien anda curiosamente indagando nombres de démones, las virtudes, acciones, encantamientos y hierbas propias de ellos, las piedras y los emblemas que en éstas se esculpen, conforme a las figuras tradicionales de los démones, ora simbólicamente o de cualquier otra forma? Es evidente para quien tenga una mínima capacidad

de juzgar que un carácter sencillo y sin afectación, que por ello justamente se consagra al Dios supremo, le es acepto a Dios y a todos los familiarizados con El; aquel, empero, que por razón de la salud del cuerpo y apego al mismo y por buscar la felicidad en las cosas indiferentes, se entrega a la vana indagación de nombres de démones y va a la búsqueda de maneras de encantarlos por ciertos encantamientos, a ése lo abandonará Dios, por malvado e impío, por demónico más bien que humano, y lo entregará a los démones que escogió el que tales fórmulas pronuncia para ser atormentado por sugestiones u otros males. Porque es probable que, malignos como son y, como confiesa el mismo Celso, clavados a la sangre, a la grasa, a los encantamientos y cosas por el estilo, ni siquiera a quienes les han dado esos gustos guarden la palabra y, como si dijéramos, el apretón de manos (como signo de alianza). Y es así que si otros los invocan contra quienes antes les dieran culto y compran su servidumbre a precio de más sangre y grasa y cuidado de que necesitan, pueden poner sus asechanzas al que ayer les dio culto y los admitió a la parte en el banquete que les es tan grato.

62. Celso, vencido por el espíritu de la verdad

Muchas cosas dijo anteriormente Celso sobre los oráculos y a los templos en que se emiten nos remitió, como si fueran de dioses (VIII 45.48); pero ahora se corrige él mismo la plana confesando que los que entienden en actividades mortales son démones terrenos, "pegados a la generación, clavados a la sangre, grasa y encantamientos y ligados a cosas por el estilo, sin más poder que ése". Cuando nos opusimos a la teología de Celso acerca de los oráculos y el culto a los supuestos dioses, es probable que se nos tuviera por impíos, al afirmar que todo eso eran obras de démones, que arrastran las almas de los hombres a las cosas de la generación (o pasajeras). Ahora, en cambio, quien eso pensara de nosotros, convénzase de la verdad de lo que predican [25] los cristianos, viendo cómo el mismo que escribe contra ellos, como vencido por el espíritu de la verdad, vino a consignar eso al fin de su obra.

Ahora bien, aun cuando Celso diga que "conviene cumplir con ellos nuestros deberes sagrados en cuanto conviene, pues la razón nos convence que haya de hacerse a todo evento",

[25] καλῶς M: ὡς καλῶς Bo., K. tr.

no hay deber sagrado alguno con demonios que se pegan a grasas y sangre; ni fuera bien mancillar, en cuanto de nosotros depende, lo divino, rebajándolo hasta démones malignos. Si Celso hubiera comprendido exactamente la noción de "conveniente" y hubiera visto que lo conveniente es la virtud y el obrar conforme a virtud, no hubiera juntado ese inciso: "en cuanto conviene", a tales seres y, por confesión suya, démones. Nosotros, pues, si la salud o la dicha en la vida ha de venirnos por el culto de tales démones, preferimos estar enfermos y ser desgraciados en la vida con la conciencia limpiamente piadosa para con el Dios del universo, que no, separados de Dios y lejos de su gracia y sufriendo en el alma la más grave enfermedad y extrema desgracia, gozar de salud corporal y de felicidad en la vida. Y más vale acercarse a Aquel que de nada necesita fuera de la salvación del hombre y de todo ser racional, que no a quienes necesitan de grasa y sangre.

63. Contradicciones de Celso

Ahora bien, después de hablar Celso largo y tendido sobre la necesidad que los démones tienen de grasa y sangre, viene como a cantar una mala [26] palinodia diciendo: "Más bien hay que pensar que los démones no desean nada ni necesitan de nada, sino que se complacen de que se practique la piedad para con ellos". Pero si pensaba ser esto verdad, o no tenía que haber afirmado aquello o tenía que borrar esto. Pero la verdad es que la naturaleza humana no es enteramente abandonada por Dios ni por la Verdad unigénita de Dios. Así se explica que el mismo Celso diga la verdad al hablar de la grasa y sangre que apetecen los démones; pero luego, llevado de su propia maldad, resbaló hacia la mentira, comparando a los démones con hombres que con estricta justicia hacen lo justo, aunque nadie se lo agradezca; pero hacen beneficios a quienes se los agradecen.

Paréceme que en este punto cae Celso en confusión y que unas veces su mente es perturbada por los démones, y otras, volviendo en sí de la irracionalidad que aquéllos le producen, columbra algún rayo de verdad. Y es así que ahora añade: "De Dios no hay que apartarse por ningún caso ni en modo alguno, de día ni de noche, ni en público ni en privado, y en toda palabra y obra hay que tenerlo continuamente presente. Con démones o sin démones, el alma tiene que estar siempre

[26] μοχθηρίας M: μοχθηρὰν K. tr.

tensa hacia Dios". Mas yo entiendo por "con éstos" lo común o público, toda obra y toda palabra.

Luego, como si se debatiera con su razón contra las enajenaciones que le producen los démones, y en que por lo general es vencido, añade y dice: "Siendo esto así, ¿qué mal hay en hacernos propicios a los que mandan en la tierra, a los démones y a los que son entre los hombres poderosos y emperadores, como quiera que tampoco a éstos se les han concedido, sin fuerza demónica, las cosas de la tierra? Por cierto que, en párrafos anteriores (VIII 2.11.24.28.33.35.53.55.58), ha tratado Celso, en cuanto ha podido, de rebajar nuestra alma hasta los démones; ahora quiere que nos hagamos también propicios a los dinastas y emperadores entre los hombres, de los que están llenas la vida y las historias, por lo que estimamos huelga traer ejemplos.

64. Frente a demonología, angelología

Así, pues, al Dios supremo debemos hacernos propicio, y su propiciación hemos de pedir en nuestra oración; al Dios, digo, que se nos hace propicio por la piedad y por todo linaje de virtud. Mas si Celso quiere que, además del Dios supremo, nos hagamos también propicios algunos otros, considere que, a la manera como al moverse el cuerpo le sigue necesariamente su sombra, así a la propiciación del Dios supremo se sigue tener propicios a todos sus santos ángeles, que El ama, las almas y los espíritus. Y es así que ellos se dan cuenta de quiénes son dignos de la propiciación de Dios, y no sólo ellos se muestran propicios con los dignos, sino que ayudan a los que quieren dar culto al Dios supremo, y se lo aplacan y oran e interceden con ellos. Yo me atrevería a decir que cuando vacan a la oración hombres que con toda determinación se han propuesto las metas más altas, con ellos oran, aun sin ser llamadas, innúmeras potencias sagradas. Estas se ofrecen a sí mismas [27] a nuestra raza mortal, y, por decirlo así, bajan a la palestra con nosotros, pues ven cómo los démones acampan contra nosotros y luchan contra la salvación de aquellos señaladamente que se han consagrado a Dios y nada se les da de la enemiga de los démones. Con nosotros luchan, repito, aquellas sagradas potencias, cuando los démones se exasperan contra el hombre que se niega a darles culto por medio de grasa y sangre, y se esfuerza por todos los modos, de palabra y obra, por familiarizarse con el Dios sumo y ha-

[27] συμπαρέχουσαι M: σ. ἑαυτάς K. tr.; cf. ORIG., *De orat.* XI, 5.

cerse una cosa con El por medio de Jesús, que, en su paso por la tierra, curando y convirtiendo a los oprimidos del diablo (Act 10,38), destruyó a démones innumerables.

65. La fortaleza, virtud máxima

A la verdad, hay que despreciar el favor de los hombres —así sean emperadores—no sólo si ha de comprarse a precio de asesinatos, actos de intemperancia y acciones de crueldad suma, sino también por medio de la impiedad para con el Dios del universo, o por palabra de servilismo y bajeza, que no dice con hombres valerosos y magnánimos, y que quieren contar entre las demás virtudes, la fortaleza como la mayor de todas. Cuando, empero, nada tenemos que hacer contrario a la ley y a la palabra de Dios, no somos tan mentecatos que azucemos contra nosotros la ira del emperador o de un poderoso, que nos puede llevar a los tormentos, al suplicio y a la muerte. Y es así que hemos leído: *Toda alma esté sumisa a las autoridades superiores, pues no hay autoridad si no viene de Dios; y las que hay, por Dios están ordenadas, de modo que quienes resisten a la autoridad, a la ordenación de Dios resisten* (Rom 13,1-2). En nuestro comentario a la carta a los Romanos explicamos también ampliamente este texto según nuestro saber y entender, y pusimos interpretaciones varias (cf. *Com. in Rom,* IX 26ss); pero ahora lo tomamos, dado el presente tema, de manera más sencilla y según la más común interpretación, ya que Celso dice que "no sin cierta fuerza demónica se les han confiado las cosas de la tierra".

Mucho habría que decir acerca de la institución de emperadores y dinastas, y mucho habría que inquirir sobre ese punto, dado que unos han gobernado cruel y tiránicamente, y otros del mando han venido a parar a la molicie y glotonería; por eso omitimos de momento examinar ese problema. Como quiera que sea, no juramos por la fortuna o genio de un emperador, como tampoco por ningún otro supuesto dios. Porque si, como han dicho algunos, "fortuna" es una mera expresión, lo mismo que "opinión" o "disensión", no vamos a jurar por lo que no es nada, como si fuera dios; y si es algo subsistente y capaz de hacer algo, no queremos aplicar a lo que no conviene la fuerza de un juramento. Y si, como opinan algunos, según los cuales los que juran por el genio del emperador romano juran por su demon, la que se llama fortuna o genio es un demon, antes habríamos en ese caso de morir que jurar por un demon malvado y pérfido, que mu-

chas veces peca con el hombre que le ha cabido en suerte o peca más que él mismo [28].

66. Celso, oscilante entre verdad y fábula

Seguidamente, a la manera de los que vuelven en sí de una posesión demónica y luego recaen en ella, dice Celso, como hombre en sus cabales, cosas como éstas: "A la verdad, si, siendo uno acaso adorador de Dios, se le mandara cometer una impiedad o proferir algo vergonzoso, en manera alguna debería obedecerse, sino que habría que soportar todos los tormentos y sufrir todo género de muerte, no digo antes que decir, mas ni que pensar nada impío contra Dios". Pero, a renglón seguido, por ignorancia de nuestra doctrina y porque, además, lo arrebuja todo, dice lo que sigue: "Mas si se nos manda bendecir al sol o a Atena, entonando con el mayor fervor un hermoso himno, tanto más parecerá, sin duda, que honras al gran Dios cuanto más cantes a éstos. Porque la piedad, al repartirse por todo, resulta más perfecta".

Decimos, pues, que no esperamos para bendecir al sol *(helios)* a que nadie nos lo mande, pues hemos aprendido a bendecir no sólo a los que se someten a la ordenación de Dios, sino a nuestros mismos enemigos (Mt 5,44). Alabamos, pues, al sol como bella criatura de Dios, que guarda sus leyes y oye lo que se le dice: *Alabad al Señor, ¡oh sol y luna!* (Ps 148,3), y, según sus fuerzas, canta un himno al padre y artífice del universo. Atena, empero, que Celso junta con el sol, fue ficción de las tradiciones de los griegos, según las cuales ora se entienda con sentido oculto, ora sin él, nació, armada con todas sus armas, de la cabeza de Zeus. Perseguida luego por Hefesto, que quería corromper su virginidad, esca-

[28] La historia de los mártires presenta un caso notable de esta negativa a jurar por el genio o fortuna del emperador: "Respondiendo el mártir afirmativamente (ser él Policarpo), trataba el procónsul de persuadirle a renegar de la fe diciendo: "Ten consideración a tu avanzada edad", y otras cosas por el estilo, según es costumbre suya decir, como: "Jura por el genio del César. Muda de modo de pensar; grita: ¡Mueran los ateos!" A estas palabras, Policarpo, mirando con grave rostro a toda la chusma de paganos sin ley que llenaban el estadio, tendiendo hacia ellos la mano, dando un suspiro y alzando sus ojos al cielo, dijo:

—Sí, ¡mueran los ateos!

—Jura y te pongo en libertad. Maldice de Cristo.

Entonces Policarpo dijo:

—Ochenta y seis años hace que le sirvo y ningún daño he recibido de El: ¿cómo puedo maldecir a mi Rey, que me ha salvado?" *(Padres Apostólicos,* ed. BAC [1950] p.678s).

Otras referencias dadas por Chadwick: EPICT., *Diss.* I 14,4; IV 1,14 (juramento como signo de lealtad al emperador); *Passio ss. Scillitanorum;* TERTULL., *Apol.* XXXII; XXXV 10; MIN. FELIX, *Octavius* 29.

pó, desde luego, de él; pero amó la semilla que cayó a la tierra del deseo del dios, y la crió, dándole nombre de Erictonio

"a quien ahora Atena (dicen)
la propia hija de Zeus criado había,
y el terruño feraz había parido"
(*Ilíada* 2,547s).

Por donde vemos que quien se trague eso de Atena, hija de Zeus, tendrá por el mismo caso que aceptar muchos mitos y fantasías, que realmente no podrá tragar el que huye de mitos y busca la verdad.

67. Totalitarismo imperial de Celso

Mas si Atena se entiende alegóricamente y se dice ser la inteligencia (cf. PLAT., *Cratyl.* 407b), habrá que demostrar su subsistencia y naturaleza como base para semejante alegoría. Mas si Atena es mujer antigua a la que se honra por obra de quienes dieron a sus súbditos los misterios e iniciaciones y querían que su nombre se cantara, como de una diosa, entre los hombres, razón de más sería ésa para no cantar himnos ni glorificar a Atena como a diosa, cuando al sol mismo, con toda su grandeza, no nos es lícito adorarlo, aunque lo bendecimos. Celso, es cierto, dice que tanto más parecerá que damos culto al Dios grande cuanto más cantemos himnos al sol y a Atena. Pero nosotros sabemos lo contrario, pues himnos sólo los entonamos al Dios supremo y a su unigénito Verbo-Dios; y cantamos himnos a Dios y a su Unigénito, como se los cantan el sol, la luna, las estrellas y todo el ejército celeste (Ps 148,3). Y es así que todos éstos, formando un coro divino, cantan himnos, juntamente con los hombres justos, al Dios de todas las cosas y a su Unigénito.

Por lo demás, antes hemos ya dicho (VIII 65) no deberse jurar por quien sea emperador entre los hombres o por la que se llama fortuna o genio suyo. De ahí que no creamos necesario responder a estotro que dice Celso: "Si se nos manda jurar por el que sea emperador entre los hombres, tampoco esto tiene nada de malo, pues a él se le ha dado lo que hay sobre la tierra, y cuanto en vida se recibe, de él se recibe". Nosotros, empero, afirmamos que no se ha dado al emperador, de modo absoluto, todo lo que hay sobre la tierra, ni todo lo que recibimos en la vida lo recibamos de él.

Lo que justa y buenamente recibimos, lo recibimos de Dios y de su providencia, como los frutos maduros y el pan,

que el corazón del hombre fortalece;
la amable viña con su vino,
que el corazón del hombre regocija (Ps 103,15).

Y por el mismo caso, de la providencia de Dios tenemos los frutos del olivo, por que

la cara con el óleo resplandezca (ibid.).

68. Monarquía por derecho divino

Seguidamente dice Celso que no "debe negarse fe al antiguo varón que dijo:

"Un solo rey, aquel a quien lo diera
de Crono el hijo, de torcida mente"
(*Iliada* 2,205).

Y añade: "Si destruyes esta doctrina, con razón te castigará el emperador; pues si todos obraran como tú, nada impediría que aquél se encontrara solo y abandonado, y el gobierno de la tierra caería en manos de los bárbaros más sin ley y salvajes, y entonces ni de tu religión ni de la verdadera sabiduría quedaría noticia entre los hombres".

Ahora bien, uno solo

"el soberano sea y el rey uno",

pero no aquel a quien lo dé

"de Crono el hijo, de torcida mente",

sino a quien lo dé Aquel que instituye a los reyes y los destituye (Dan 2,21), y el que a su tiempo suscita al buen gobernante sobre la tierra (Eccli [Sir] 10,4). No; el que instituye los reyes no es el hijo de Crono, que, como dicen los mitos de los griegos, arrojó a su padre del mando y lo precipitó en el tártaro, aun cuando este mito se interpretara alegóricamente, sino Dios, que gobierna todas las cosas y sabe muy bien lo que hace en la instauración de los reyes. Destruimos, pues, esa doctrina que expresa el verso:

"A quien lo diera
de Crono el hijo, de torcida mente",

pues estamos persuadidos que ni Dios ni un hijo de Dios puede querer nada torcido ni astuto. No destruimos, empero, la doctrina de la providencia, ni de lo que por ella se dispone, ora principalmente, ora por ciertas concomitancias (cf. *supra* VI 53).

Tampoco es probable que un emperador nos castigue por decir que no le dio el poder de reinar el hijo de Crono, de torcida mente, sino Aquel que instituye y destituye a los reyes. ¡Y ojalá hicieran todos lo mismo que yo, negando la doctrina homérica, pero guardando lo divino sobre el imperio y observando el precepto de honrar al emperador! (1 Petr 2,17). A la verdad, en tal supuesto, ni el emperador se quedaría solo y abandonado, ni el gobierno de la tierra caería en manos de los bárbaros más sin ley y salvajes. Y es así que si, como dice Celso, todos sin excepción hicieran lo mismo que yo, todos los bárbaros, evidentemente, al aceptar la palabra de Dios, serían los hombres de más ley y más mansos, desaparecería toda falsa religión y sólo imperaría la cristiana, cosa que acontecerá un día, puesto que el Logos gana para sí más y más almas.

69. Hipótesis de un imperio cristiano

Luego, no percatándose que dice cosas contrarias a su otro dicho: "Porque si todos hicieran lo mismo que tú", prosigue así Celso: "Porque no nos querrás decir que si los romanos, creyéndote a ti y abandonando sus usos tradicionales con dioses y hombres, dieran culto a ese tu Altísimo, o como lo quieran llamar, iba El a bajar a la tierra y combatir por ellos, de modo que no fuera menester de otra ayuda. Porque ese mismo Dios prometió antes a los que lo adoraban esas y otras muchas cosas mayores que ésas, como vosotros mismos decís, y ya veis de qué les aprovechó a ellos y a vosotros (cf. *supra* VII 18). Y es así que a los judíos, en vez de hacerlos señores de toda la tierra, no les ha dejado ni un terrón ni un hogar en ella; y en cuanto a vosotros, si es que aún queda alguno que ande por ahí errante, se lo busca para darle muerte" (cf. *supra* VIII 39).

Celso sienta la hipótesis de que los romanos aceptaran la doctrina de los cristianos y, abandonando sus leyes pasadas respecto de los supuestos dioses y aun de los hombres, adoraran al Altísimo, y pregunta qué sucedería en tal caso. Pues oiga lo que sobre esto nos parece. Decimos, en efecto, que *si dos de entre vosotros se conciertan sobre una cosa en la*

tierra, se os dará por el Padre celeste de los justos (Mt 18,19) —pues se complace Dios en la armonía de los seres racionales y le repele la desarmonía—, ¿qué habría que pensar si ya no fueran, como ahora, unos pocos los que se conciertan, sino todo el imperio romano? Rogarían, en efecto, al Logos, que antes dijo a los hebreos, perseguidos por los egipcios: *El Señor combatirá por vosotros, y vosotros estaréis quedos* (Ex 14,14). Y orando con perfecto concierto podrán destruir en la persecución más enemigos que los que destruyera la oración de Moisés, que clamaba a Dios con los que estaban con él. Y si no se ha cumplido lo que Dios prometió, ello no se debe a que Dios mienta, sino a que las promesas se hicieron a condición de guardar la ley y vivir conforme a ella. Y si a los judíos que recibieron condicionalmente las promesas no les ha quedado un terruño ni un hogar, la culpa la tiene su iniquidad en general y, señaladamente, la que cometieron con Jesús.

70. Paz aun en medio de la persecución

Mas si todos los romanos, en la hipótesis de Celso, abrazaran el cristianismo, por la oración vencerían a sus enemigos, o no tendrían siquiera que pelear en absoluto, pues estarían guardados por aquel poder divino que, por razón de cincuenta justos, prometió conservar cinco ciudades enteras (Gen 18,26). Y es así que los hombres de Dios (cf. *supra* VIII 25) son la sal que mantiene unida la consistencia del mundo, y las cosas de la tierra mantienen su consistencia en tanto la sal no se torna insípida. Porque si la sal se torna insípida, ya no vale ni para la tierra ni para el estiércol, sino que se arroja afuera para ser pisada por la gente (Lc 14,34-35). Y el que tenga oídos, oiga en qué sentido se dice esto.

Respecto de nosotros, cuando Dios permite al tentador que nos persiga dándole poder para ello, somos perseguidos; mas cuando Dios no quiere que suframos persecución, gozamos maravillosamente de paz aun en medio de un mundo que nos aborrece, y tenemos buen ánimo confiados en Aquel que dijo: *Tened buen ánimo; yo he vencido al mundo* (Io 16,33). Y realmente El venció al mundo y, por ello, el mundo sólo tiene fuerza en la medida que quiere su vencedor, que recibió del Padre la victoria sobre el mundo, y por esa victoria tenemos nosotros buen ánimo.

Mas si Dios quiere que de nuevo luchemos y combatamos por nuestra religión, acérquense los contrarios, a los que di-

remos: *Todo lo puedo en Aquel que me conforta, Cristo Jesús, Señor nuestro* (Phil 4,13). Y es así que, vendiéndose dos pajarillos, según palabras de la Escritura, por un as, uno de ellos no cae en el cepo sin permisión del Padre del cielo (Mt 10,29s). Y hasta punto tal abarca la divina providencia todas las cosas, que ni los cabellos de nuestra cabeza escapan a ser contados por El.

71. Hipótesis de delirio

Seguidamente, confundiéndolo todo, como tiene de costumbre, dice Celso cosas que nadie de nosotros ha puesto por escrito, y son de este tenor: "Tampoco es tolerable digas que, si los que ahora mandan sobre nosotros, después de dejarse persuadir de ti, son hechos prisioneros, persuadirás a los que imperen después; y si otros son hechos prisioneros, también a ésos, y a otros después de éstos, hasta que sean hechos prisioneros todos los por ti persuadidos; si es que juntamente no surge un gobernante con inteligencia que prevea lo que va a suceder y, antes de perecer él, os destruya a todos en masa".

No hay por qué responder a estas palabras, pues no hay entre nosotros quien diga sobre los que ahora imperan que, si después de creernos son hechos prisioneros, persuadiremos a los que les sucedan, y, si también éstos caen prisioneros, a sus sucesores. Mas ¿por dónde se le pudo ocurrir que, creyendo y hechos sucesivamente prisioneros los emperadores, por no haberse podido vengar de sus enemigos, surgiría un gobernante con inteligencia que, previendo lo que va a suceder, nos destruya a todos en masa? No parece sino que está aquí Celso ensartando tonterías y que todo eso se lo ha sacado de su mollera.

72. Sublime visión del porvenir cristiano

Seguidamente hace Celso una especie de voto, diciendo: "¡Ojalá fuera posible convinieran en una ley única los que habitan el Asia, Europa y la Libia, griegos a par de bárbaros, hasta los últimos confines de la tierra!" Pero, teniéndolo por imposible, añade: "El que eso piensa, nada sabe". Si también hay que hablar sobre este punto, que necesitaría de larga inquisición y demostración, digamos siquiera unas palabras para hacer patente que no sólo es posible, sino verdadera también la tesis de que todo lo racional ha de convenir en

una sola ley. Ahora bien, los estoicos afirman que, al predominar el más fuerte, según ellos, de los elementos, se dará la conflagración universal (V 15) y todo se transformará en fuego. Nosotros, empero, afirmamos que el Logos dominará un día sobre toda la naturaleza racional y transformará a toda alma en su propia perfección; cuando cada uno, haciendo simplemente uso de su potestad, escoja lo que quiera y permanezca en lo que escogiere. Decimos además que, si en las enfermedades y heridas corporales las hay más fuertes que toda arte médica, no es verosímil que en las almas haya maldad alguna que no pueda ser curada por el Logos-Dios, que todo lo domina. Porque, como el Logos sea más poderoso que todos los males que aquejan al alma, y más poderosa también la virtud curativa que hay en El, aplícala a cada uno según la voluntad de Dios; y así el término y fin de todas las cosas es la destrucción de la maldad. Ahora, si esa destrucción será de forma que no pueda por ningún caso volver a aparecer, o todavía pueda, no toca esclarecerlo en el presente discurso.

Ahora bien, muchas cosas dicen misteriosamente las profecías acerca de la destrucción del mal y de la corrección de toda alma; pero, de momento, baste citar el texto de Sofonías, que dice así: *Está preparado, vigila de mañana, porque se han perdido todos sus racimos. Por eso, espérame, dice el Señor, el día que me levante para testimonio; porque mi voluntad es congregar las naciones y recibir a los reyes, a fin de derramar sobre ellos toda la indignación de mi furor. El fuego de mi celo devorará toda la tierra, porque entonces purificaré los labios de los pueblos, a fin de que todos invoquen el nombre del Señor y le sirvan bajo un solo yugo. Desde los confines de los ríos de Etiopía me ofrecerán sacrificios. En aquel día, no tendrás que avergonzarte por todas las obras con que prevaricaste contra mí, porque entonces te quitaré las abominaciones de tu insolencia y ya no te gloriarás más de mi monte santo. Y dejaré en ti un pueblo manso y humilde, y los que quedaren de Israel venerarán el nombre del Señor, no cometerán iniquidad, ni hablarán vanidades, ni se hallará en su boca lengua embustera; porque tendrán pastos, y se acostarán y no habrá quien los espante* (Soph 3,7-13).

El que sea capaz de penetrar el sentido de la Escritura, después de considerar a fondo todo esto, preséntenos la explicación clara de la profecía y examine qué quiere decir eso de que, consumida toda la tierra, *se cambiará la lengua de los pueblos para su generación (iuxta Septuaginta),* a la manera de antes de la confusión (cf. Gen 11); considere muy a

fondo qué sea eso de que todos invocarán el nombre del Señor, le servirán bajo un solo yugo, de forma que desaparezcan las abominaciones de la insolencia, y no haya más iniquidad, ni palabras vanas, ni lengua falaz.

Me ha parecido alegar este texto, en su tenor corriente y sin una interpretación a fondo, movido por el dicho de Celso sobre la imposibilidad de que convengan en un sentir único los griegos y bárbaros que habitan el Asia, Europa y la Libia. Y tal vez ello sea imposible a los que están aún en sus cuerpos, pero no a los que estén ya desprendidos de ellos.

73. El servicio de las armas

Luego nos exhorta Celso "a prestar ayuda al emperador con todas las fuerzas, a colaborar con él en lo que sea justo, a combatir por él, a tomar parte en sus campañas, si llega el caso, y hasta en el mando de las tropas". A esto hay que decir que nosotros prestamos oportunamente a los emperadores una ayuda, por decirlo así, divina, al tomar la armadura completa de Dios (Eph 6,11). Y así lo hacemos por obediencia al precepto apostólico que dice: *Os exhorto, pues, primeramente a que hagáis peticiones, súplicas, intercesiones y acciones de gracias por todos los hombres, señaladamente por los emperadores y cuantos están constituidos en autoridad* (1 Tim 2,1-2). Y cuanto es uno más piadoso, tanto más eficaz es su ayuda a los que imperan, más que la de los mismos soldados que salen a campaña y matan a cuantos enemigos pueden.

Además, a los que son ajenos a nuestra fe y piden que hagamos la guerra y matar hombres por el interés común, les podemos decir también lo siguiente: También los que, según vosotros, son sacerdotes de ciertos ídolos o guardianes de los que tenéis por dioses, conservan sin mancha su diestra por razón de los sacrificios, a fin de ofrecer esos supuestos sacrificios a esos que decís ser dioses. Y, realmente, cuando estalla una guerra, no hacéis de los sacerdotes soldados. Ahora bien, si eso se hace razonablemente, con cuánta más razón, cuando otros salen a campaña, luchan también los cristianos como sacerdotes y servidores de Dios, manteniendo puras sus diestras, luchando con sus oraciones a Dios en favor de los que hacen guerra justa y en favor del emperador que impera con justicia, a fin de que sea destruido todo lo que es contrario y adverso a los que obran con justicia. Por otra parte, nosotros que con nuestras oraciones destruimos a todos los démones, que son los que suscitan las guerras y violan los tratados y

perturban la paz, ayudamos al emperador más que quienes aparentemente hacen la guerra.

Cooperamos también en las cosas comunes nosotros que, a nuestras oraciones, hechas con justicia, añadimos ejercicios y meditaciones que nos enseñan a despreciar los placeres y no dejarnos arrastrar por ellos. Y hasta puede decirse que nosotros combatimos más que nadie por el emperador; porque, si no salimos con él a campaña, aun cuando se nos urja a ello, luchamos en favor suyo juntando nuestro propio ejército por medio de nuestras súplicas a Dios.

74. Los cristianos, máximos bienhechores de su patria

Y si quiere Celso que mandemos un ejército por la patria, sepa que también esto hacemos, y no para ser vistos de los hombres y por la vanagloria que de ahí nos viniera. No, nuestras oraciones se hacen en lo más oculto que tenemos, en nuestra misma mente, y se elevan, como de sacerdotes, por los intereses de nuestra patria. Los cristianos, por otra parte, hacen a su patria mayores beneficios que el resto de los hombres, pues educan a los ciudadanos y les enseñan a ser piadosos para con el Dios del universo, y levantan a cierta ciudad divina y celeste a quienes hubieren vivido bien en las más pequeñas ciudades. A ellos pudiera muy bien decirse: *Puesto que has sido fiel en la ciudad mínima, ven también a la grande* (Lc 16,10; 19,17); allí donde Dios se puso en la junta de los dioses y en medio de ella juzga a los dioses. Y con los dioses te contará a ti, si ya no mueres como un hombre ni caes como uno de los príncipes (Ps 81,1.7).

75. Por qué se abstiene el cristiano de cargos públicos

Exhórtanos también Celso "a desempeñar los cargos de la propia patria cuando sea menester hacer también eso para salvar las leyes y la religión". Nosotros, empero, sabemos que en cada ciudad hay otro sistema de patria, fundado por el Logos de Dios, y exhortamos a gobernar las iglesias a los poderosos por su palabra y vida sana. No aceptamos a los ambiciosos, y forzamos, en cambio, a los que por exceso de modestia no quieren cargar con la general solicitud de la Iglesia de Dios. Y los que bien gobiernan entre nosotros

son los forzados[29], pues los obligó el gran rey, que nosotros creemos ser Hijo de Dios y Verbo-Dios. Y si gobiernan bien los que en la Iglesia gobiernan la ciudad de Dios (digo, la Iglesia misma), escogidos para presidirla, o si mandan de acuerdo con las ordenaciones de Dios, en eso no violan para nada las leyes establecidas.

Por lo demás, si los cristianos rehúsan los cargos públicos, no es porque traten de eludir los servicios generales que pide la vida, sino porque quieren guardarse a sí mismos, por la salud eterna de los hombres, para el servicio más divino y necesario de la Iglesia de Dios. Así piensan necesaria y justamente, y así se preocupan por todos: por los de dentro, para que cada día vivan más santamente; por los aparentemente de fuera, para que lleguen a las sagradas palabras y obras de nuestra religión. Así también dan verdadero culto a Dios y, educando a los más que pueden, se unen al Verbo de Dios y a la ley divina; así, en fin, se hacen una sola cosa con el Dios supremo, por su Hijo, Verbo-Dios, que es sabiduría, verdad y justicia y une con Dios a todo el que se determina a vivir en todo según Dios.

76. Sereno epílogo a Ambrosio

Y aquí tienes, santo Ambrosio, cumplido, según la fuerza que poseemos y nos ha sido dada, lo que por ti nos fue mandado. En ocho libros hemos comprendido todo lo que nos ha parecido conveniente responder al que Celso tituló *Discurso de la verdad*. Al lector de su escrito y de nuestra réplica toca ahora juzgar cuál de los dos respira más del verdadero Dios, de la manera como haya de dársele culto, y de la verdad que llega a los hombres de aquellas sanas doctrinas que lo inducen al mejor género de vida.

Sábete, sin embargo, que Celso promete[30] componer después de éste otro escrito, en que anuncia enseñar cómo hayan de vivir los que quieran y puedan creerle. Ahora bien, si, no obstante su promesa, no ha escrito ese segundo discurso, será

[29] Había, pues, que forzar a los mejores a que aceptaran cargos de gobierno en la Iglesia, con lo que venía a cumplirse una imaginación platónica (imaginación, porque la realidad es muy otra): "Si se diera una ciudad (o estado) de hombres buenos, se combatiría por no mandar, como ahora por mandar, y entonces se haría patente que el verdadero gobernante no mira, por naturaleza, su propio interés, sino el de su súbdito; así todo hombre inteligente preferiría recibir beneficios de otro que no romperse la cabeza por hacerlos él" (*Pol.* 347d). Pura doctrina evangélica, tan sabida como incumplida.

[30] No hay rastro de que Celso cumpliera su promesa.

bien contentarnos con los ocho libros en réplica al primero; pero si comenzó y dio también cabo al segundo, busca y mándame también ese escrito, para responder contra él lo que nos inspirare el Padre de la verdad y refutar las falsas opiniones que contuviere; y si hay en él acaso algo de verdad, de ello daremos testimonio, sin espíritu de pendencia, como de cosa bien dicha.

A P E N D I C E S

I

Discurso de acción de gracias de San Gregorio Taumaturgo dirigido a Orígenes, después de asistir a sus lecciones durante muchos años, pronunciado en Cesarea de Palestina cuando iba a marchar para su patria

1. Mejor fuera callar que no hablar después de ocho años de desuso de la elocuencia

Cosa buena es el silencio, para muchos, desde luego, en muchas ocasiones, y para mí señaladamente ahora que, quiera o no quiera, tengo que cerrar mi boca y me veo forzado a callar. Y es así que me hallo sin ejercicio ni experiencia de aquellos discursos bellos y elegantes, que se pronuncian o componen con nombres y verbos escogidos y probados, según una flúida ilación de ideas. Acaso realmente mi talento natural no alcance a elaborar esta obra graciosa y verdaderamente helénica. Pero es que, además, con éste hace ocho años que ni yo mismo he pronunciado ni escrito en absoluto discurso alguno, chico ni grande, ni he oído a otro que privadamente lo escribiera o pronunciara, o que públicamente declamara discursos panegíricos o judiciales, a excepción de estos admirables varones que han abrazado la bella filosofía. Pero éstos son hombres a quienes se les da poco del bien decir y de la elegancia de las palabras, y, teniendo por cosa secundaria las dicciones, ponen su empeño en indagar a fondo la realidad misma, tal como es, y en expresarla con la mayor exactitud. Y no es, en mi sentir, que no quieran. Quieren ciertamente—y mucho—expresar en bello y elegante discurso sus bellos y exactos pensamientos; pero acaso no puedan, así de pronto, abarcar la fuerza sagrada y divina de los pensamientos y el elegante discurso de las dicciones, talentos de dos personas distintas, muy contrarios en cierto modo entre sí, que habría que abarcar con una sola y misma alma, y ésta, pequeña y humana. Porque si es cierto que el silencio es hasta cierto punto amigo y colaborador de la intelección e invención, lo elegante y sonoro del discurso no en otra parte lo hallará quien lo buscare sino en la dicción y en el continuo ejercicio de la misma.

Pero hay además otro estudio que ocupa terriblemente mi espíritu, y se me traba la lengua en la boca si quiero decir en griego algo, por insignificante que sea: nuestras leyes admirables, por las que ahora se rigen y dirigen los asuntos de cuantos están bajo el imperio romano. Estas leyes no se componen ni se aprenden sin trabajo. Leyes realmente sabias y exactas, varias y admirables, y, para decirlo con una palabra, de todo en todo helénicas; pero dictadas y enseñadas en lengua latina, expresiva y magnífica y en armonía cabal con el poder imperial, pero que a mí se me hace pesada. Yo no pudiera ni quisiera decir otra cosa. Ahora bien, como quiera que nuestras palabras no otra cosa son sino imágenes de lo que acaece a nuestra alma, hay que confesar que quienes están sin obstáculo alguno, como pintores excelentes, dueños, además, de la técnica más acabada y ricos de variedad de colores, pueden pintar cuadros no sólo semejantes, sino también varios y muy bellos por la múltiple mezcla de las flores.

II. ORÍGENES, HOMBRE CASI DIVINO, AL QUE LLEGÓ A CONOCER CONTRA TODA ESPERANZA HUMANA

Pero nosotros somos unos pobres que andamos escasos de estos varios ingredientes, ora que nunca los hayamos siquiera poseído, ora que, acaso, los hayamos perdido. Así, como quien pinta con carbón y tejas, que son las palabras corrientes y molientes, hemos de contentarnos con imitar, según nuestras fuerzas, los ejemplares primeros de los accidentes de nuestra alma, pintándolos con las palabras que tenemos a mano, y tratamos de reproducir las imágenes de las impresiones del alma, si no claras y exornadas, por lo menos en cuanto cabe en la pintura del carbón; y si, dondequiera, se nos ofrece algo elegante y sonoro, lo recibiremos de mil amores, pues también eso hemos mirado antes.

Pero un tercer motivo me impide y retrae, y más que los otros me disuade y literalmente me ordena que guarde silencio; el tema mismo por el que me moví, desde luego, a hablar y ahora vacilo y me retraigo. Me propongo, en efecto, hablar de un hombre que parece y aparece realmente como un hombre; mas para quienes son capaces de contemplar la grandeza de su espíritu, hombre dotado ya de dotes superiores que lo acercan a la divinidad. Porque no vengo a hacer el panegírico de su linaje ni de las cualidades de su cuerpo, y así vacilo y me retraigo por una superflua precaución; tampoco quiero loar su fuerza o hermosura. Todo eso son realmente encomios de muchachos, en que poco importa se hable

o no conforme a los merecimientos. Jamás me propondría yo hacer un discurso cuyo tema fueran cosas no permanentes ni estables, sino que de mil modos y a toda prisa se corrompen, dándole aquella solemnidad y dignidad que dice bien con las vacilaciones por que no resulte algo frío y desplazado; jamás, digo, me propondría yo ese tema de cosas inútiles y vanas y de las que nunca hablaría por mi propio gusto; pero, caso que me lo propusiera, mi discurso no tendría la más leve precaución ni preocupación de que, al hablar, se viera me quedaba yo por bajo de la dignidad del tema.

Mas ahora tengo que recordar lo que hay de más divino en este hombre, lo que en él hay de emparentado con Dios, encerrado, desde luego, en la apariencia mortal, pero que tiende con la mayor violencia a asemejarse a Dios; ahora tengo que tocar de un modo u otro cosas superiores, y dar por ello gracias a la divinidad de que me hiciera merced de encontrarme con hombre tal, contra toda esperanza de hombres, de los otros y de mí mismo, que jamás me propuse ni soñé cosa semejante; ahora, digo, que voy a tocar todos esos puntos, yo, hombre minúsculo y desprovisto de toda inteligencia, ¿no tengo razón de retraerme, vacilar y guardar de buena gana silencio?

Y, a la verdad, guardar silencio se me presenta como lo más seguro; pues, so pretexto de acción de gracias, pero realmente impulsado de temeridad, corro riesgo de decir sobre cosas venerables y sagradas palabras no sagradas, despreciables y trilladas. Con ello no sólo no daría en el blanco de la verdad, sino que, en cuanto de mí depende, detraería algo de ella en quienes pensaran que así es, al presentarles un discurso flaco, que ofende más bien a la realidad, que no la iguala con su fuerza.

A la verdad, tus cosas, ¡oh cara cabeza!, no pueden sufrir detracción ni ofensa, y mucho menos las cosas divinas, que permanecen en sí mismas, tal como son, sin conmoverse, y no sufren daño alguno por nuestros mínimos e indignos discursos. Mas nosotros no sé de qué modo escaparemos a la nota de temeridad al abalanzarnos por ignorancia, con escasa inteligencia y escasa preparación, a cosas grandes que están acaso por encima de nuestros alcances. Y si en otra cualquier parte y ante otros oyentes nos hubiéramos decidido a hacer estos alardes juveniles, aun así hubiéramos pasado por audaces y temerarios; sin embargo, al no cometer nuestro atrevimiento ante tus ojos, nuestra temeridad no pudiera atribuirse a impudencia. Mas ahora vamos a colmar la medida entera de la insensatez, si no la hemos colmado ya, al atre-

vernos a entrar con pies sin lavar, como dice el proverbio, en unos oídos, en que viene a caminar, clara y patente, la palabra misma divina, no con pies recubiertos, como en la generalidad de los hombres, de una especie de gruesas pieles, que son las dicciones enigmáticas y oscuras, sino con pies, como si dijéramos, desnudos. Mas nosotros, con nuestros discursos humanos, nos hemos atrevido a meter una especie de suciedad o barro en oídos hechos a escuchar voces divinas y puras. ¿No era, pues, bastante haber pecado hasta aquí, no es menester empezar por lo menos ahora a pensar discretamente, no proseguir nuestro discurso y ponerle aquí punto final? Así lo quisiera yo ciertamente; sin embargo, ya que cometo la audacia, séame lícito decir primero la causa que me movió a entrar en esta liza, por si de algún modo alcanzo perdón de mi temeridad.

III. La gratitud lo incita a hablar; pero no quiere dar propiamente gracias a Dios, a pesar de que todo bien procede de su bondad

Terrible cosa me parece la ingratitud; terrible, digo, y de todo en todo terrible. Y es así que haber recibido un beneficio y no esforzarse en corresponder a él, si no es posible de otro modo, por lo menos con palabras de agradecimiento, cosa es de un insensato de remate y que no se da cuenta de los beneficios que recibe, o de un desmemoriado. Mas el que se da cuenta y conoce los beneficios que recibió primero, si no guarda memoria de ellos en lo por venir, si no trata de corresponder de algún modo al que comenzó haciéndole bien, ése es un hombre inerte e ingrato e impío, reo de pecados que no son perdonables ni en el grande ni en el pequeño. Si es grande y de superior inteligencia, por no llevar en la boca, con grande agradecimiento y honor, los grandes beneficios recibidos; si es pequeño y despreciable, por no exaltar con himnos y alabanzas, con todas sus fuerzas, al que es bienhechor no sólo de grandes, sino también de pequeños. Ahora bien, los mayores y más avanzados en dotes de alma, como quienes disponen de mayor abundancia y de gran riqueza, menester es tributen a sus bienhechores, según sus fuerzas, alabanzas mayores y más ambiciosas; mas tampoco los pequeños y reducidos a estrechez es bien se descuiden, se desalienten ni decaigan de ánimo, pensando que nada digno ni perfecto pueden aportar. Como pobres, desde luego, pero agradecidos, midiendo no el poder de quien intentan honrar, sino el suyo propio, tribútenle sus honores de acuerdo con la capacidad

presente, y acaso le sean gratos y lleguen al alma del honrado, y, si se los ofrecen con mayor voluntad y ánimo entero, acaso no los estime menos que los grandes y copiosos. Así se cuenta en las sagradas letras (Lc 21,1-4) de una mujer realmente humilde y pobre, que, entre gentes ricas y poderosas que de acuerdo con su riqueza hacían ofrendas grandes y costosas, fue la única en hacerlas pequeñas y aun mínimas, pero que eran todo lo que tenía; así recibió del Señor el testimonio de haber dado más que nadie. Y es así que, a lo que yo pienso, la palabra divina no pesó la ambición y magnificencia de las ofrendas por la cantidad de materia, cosa al cabo exterior, sino por la intención y voluntad de los oferentes.

Así, pues, tampoco nosotros es bien nos desalentemos de todo punto por temor de que la acción de gracias no correrá parejas con los beneficios; más bien hemos de atrevernos a todo y probarlo todo, a fin de rendir, en correspondencia, si no honores iguales, por lo menos los que podamos. Si nuestro discurso no acertare a rendirlos perfectos, los rendirá por lo menos parciales, y escaparemos a la nota de total ingratitud. Cosa mala es verdaderamente el silencio absoluto, so pretexto, aparentemente plausible, de no poderse decir cosa digna; agradecido, empero, es el intento de corresponder siempre a los beneficios, por muy inferior que sea en mérito la facultad del que da gracias. No porque sea yo incapaz de hablar según el mérito de mi bienhechor me voy a callar; antes bien, cuando hubiere cumplido todo lo que está en mi mano, me sentiré orgulloso.

Sea, pues, de acción de gracias este discurso mío, que no quisiera dirigir al Dios del universo, a pesar de que El es principio de todos los bienes, y por El tienen que empezar todas nuestras acciones de gracias, himnos y alabanzas. Pero, aunque yo me entregara todo entero, no cual ahora soy, profano e impuro, mezclado y revuelto con mal execrable e impuro, sino desnudo, dotado de la mayor pureza, brillantez y sinceridad y sin mezcla de mal alguno; aunque me entregara, digo, desnudo como un recién nacido, ni aun así pudiera, de mi cosecha, presentar ofrenda digna para honrar y corresponder al que es señor y autor de todas las cosas, al que no podrían alabar jamás dignamente ni cada hombre en particular, ni todos juntos a una, como si todo lo puro se convirtiera en una sola cosa, se saliera de sí y se volviera a El, unido en un solo aliento y movido de un solo impulso acorde. Y es así que cuanto de sus criaturas pudiera entenderse de modo óptimo y entero, pudiera también decirse, de ser posible, acerca

de El mismo; mas por razón de la potencia misma que al hombre se le ha concedido y que ha recibido, no de otro, sino de El mismo, no es posible alcance de parte alguna riqueza mayor que pueda ofrendarle en acción de gracias.

IV. Sólo el Hijo puede alabar dignamente al Padre. También a su Ángel custodio da gracias Gregorio por haberlo llevado a Orígenes

Las alabanzas e himnos al rey y proveedor de todas las cosas, fuente perenne de todos los bienes, se las encomendaremos al que también en esto cura nuestra flaqueza, al solo que puede suplir nuestra deficiencia, al príncipe y salvador de nuestras almas, a su Verbo primogénito, al artífice y gobernador del universo. Sólo El puede elevar al Padre, por sí mismo y por todos, por cada uno en particular y por todos juntos, continuas e incesantes acciones de gracias. Siendo El la verdad y la sabiduría y poder del Padre mismo del universo, y estando además en El y hecho realmente una cosa con El, no cabe que, como si fuera extraño a El, deje de alcanzar por poder la alabanza del Padre, por causa de olvido, ignorancia o debilidad, o, caso que la alcance, deje voluntariamente (cosa que no es lícito decir) de alabar al Padre. Sólo El puede llenar, de la manera más perfecta, todo el cúmulo de alabanzas que convienen al Padre. A El lo hizo el Padre mismo del universo una sola cosa consigo, por El se rodea, como si dijéramos, a sí mismo, a fin de honrar y ser honrado con poder de todo en todo igual al suyo: privilegio que, de entre todos los seres, el primero y solo en tenerlo, fue su unigénito, el Verbo Dios que está en El. Todos los demás sólo podemos ser agradecidos y piadosos si a El solo referimos el poder de la digna acción de gracias por todos los bienes recibidos del Padre, y confesamos que el solo camino de piedad que existe es recordar constantemente, por El, al que es autor de todas las cosas. Por eso, a la verdad, confesemos que El merece ser discurso constante de hacimiento de gracias y alabanzas de aquella constante providencia que, en lo máximo y en lo mínimo, se cuida de nosotros y hasta esa dignación llega, porque El es perfectísimo y viviente y palabra animada de la misma Inteligencia primera.

Mas este discurso nuestro será de acción de gracias, de entre todos los hombres, señaladamente al sagrado varón aquí presente. Mas si quisiera entonar un himno más alto a seres que no se ven, más divinos y que se cuidan de los hombres, lo dedicaría a este que, desde mi niñez, por alto juicio, le cupo

gobernarme, alimentarme y protegerme, al ángel santo de Dios, *que me alimenta desde mi juventud* (Gen 48,15), como dice aquel varón amigo de Dios, aludiendo evidentemente a su propio ángel. Mas él, como grande, aludía consecuentemente a algún ángel máximo, fuera otro cualquiera, fuera acaso el *ángel mismo del gran consejo* (Is 9,6), el común salvador de todos, que, por su perfección, le habría cabido ya como custodio único; es cosa que no sé claramente. Lo cierto es que él conocía y alababa a un ángel suyo grande, quienquiera que fuere; nosotros, empero, además del común gobernador de todos los hombres, alabamos también a éste, quienquiera que fuere en particular, como ayo de quienes somos niños pequeñuelos. El ha sido siempre en todo y por todo buen ayo y protector mío (es evidente que ni a mí ni a ninguno de los allegados que me aman ha de atribuirse el beneficio, pues nosotros somos ciegos y no vemos nada de lo que tenemos delante, de forma que podamos juzgar cosa que convenga, sino a él mismo, que prevé todo lo que ha de redundar en provecho de nuestras almas), y él de antiguo, y aun ahora, me alimenta, me educa y lleva de la mano, y, como remate de todos los otros beneficios, él dispuso, y éste es beneficio capital entre todos, juntarnos también con este hombre, con quien, en el orden humano, nada tenía yo que ver por el linaje ni la sangre. Ninguna otra relación me ligaba a él, no era yo su vecino, ni compatriota en absoluto, cosas que, notoriamente, son entre la generalidad de los hombres ocasión de amistad y conocimiento. Para decirlo en pocas palabras, desconocidos, ajenos y extraños, separados uno de otro por enormes distancias, por pueblos intermedios, montañas y ríos que nos dividen, el ángel, juntándonos en uno por providencia verdaderamente divina y sabia, me procuró este encuentro saludable, que, a lo que pienso, me tenía previsto desde mi primer nacimiento y crianza. Explicar ahora cómo, sería cosa larga, no sólo si quisiera hacerlo puntualmente y sin omitir pormenor, sino aun en el caso de pasar muchas cosas por alto y recordar sólo en conjunto lo más principal

V. Gregorio narra los comienzos de su vida. Pierde a los catorce años a su padre. Estudia latín y leyes. Viene providencialmente a conocer a Orígenes

Mi primera crianza, desde mi nacimiento, se hizo bajo la autoridad de mis padres, y las costumbres de mi patria eran las del error. Que un día hubiera de librarme de ellas, ni lo esperaba nadie, a lo que pienso, ni yo mismo tenía de ello

barrunto, niño que era sin razón y bajo un padre supersticioso. Luego vino la pérdida de mi padre y la orfandad que acaso fue para mí comienzo del conocimiento de la verdad. Y es así que entonces, por vez primera, me encaminé a la verdadera y saludable razón, no sé cómo, forzado antes bien que de buen grado. Porque ¿qué juicio podía yo tener a mis catorce años? El caso es que, como quiera, desde aquel momento comenzó inmediatamente a venir a mí esta sagrada razón, como si hubiera ya llegado a sazón la común razón de todos los hombres; el hecho es que entonces vino a mí por vez primera. Al meditar sobre este hecho, si no antes, por lo menos ahora, tengo por signo no pequeño de la sagrada y maravillosa providencia que me ha regido, esta coincidencia así calculada de los años. De este modo, todo lo que precedió a esta edad, como obras que eran de error, podía atribuirse a niñez y falta de razón, y, por otra parte, no se daba la razón sagrada a un alma que no había aún llegado a la razón; una vez, empero, hecha racional, no era bien estuviera privada, si no de la razón divina y pura, tampoco por lo menos del temor a esa misma razón, sino que comenzaran en mí, a par, la razón humana y la divina; una, ayudando con virtud, para mí inexplicable, suya propia; la otra, ayudada. La consideración del hecho me llena, a par, de alegría y de temor; me siento engrandecido por el adelantamiento; pero temo que, después de recibir tales mercedes, no alcance, sin embargo, la meta.

Pero no sé cómo ha acaecido que mi discurso se haya entretenido en este punto cuando intentaba narrar por sus pasos contados la maravillosa dispensación por la que vine a conocer a este hombre; pero antes corría rápido y conciso a lo que sigue, no porque pensara pagar al que así lo dispuso la debida alabanza o la acción de gracias y piedad (no quisiéramos dar la impresión de arrogantes al hablar así y luego no decir nada que valga la pena), sino con intento de hacer una narración o confesión o algo que se designe con nombres más modestos que aquéllos.

Mi madre, sola que quedara de mi padre para cuidar de mí, fue de parecer que, bien instruido en las disciplinas en que se forman los hijos de noble nacimiento y crianza, frecuentara también la escuela del profesor de oratoria, con intento de salir también yo orador. Y, en efecto, la frecuenté, y los que entonces juzgaban así auguraban que no tardaría yo en salir orador hecho y derecho. Pero yo ni sé ni quisiera decir eso. La verdad es que no había razón alguna para ello, ni se

había puesto aún fundamento alguno de las causas que a parejo resultado nos podían llevar. Mas aquel ayo divino y verdadero protector, que no sabe de sueño, cuando ni mis familiares pensaban en ello ni yo tampoco me lo proponía, se lo inspiró a uno de mis maestros, que tenía por otra parte encargo de enseñarme la lengua latina (no porque yo quisiera dominarla con perfección, sino por tener también alguna práctica de esta lengua, y dio la casualidad que el tal maestro no era imperito en leyes). Con este pensamiento, me animó a aprender con él las leyes romanas. El hombre me insistía en ello, y yo realmente le obedecí más por complacerle que por amor a su profesión. Me tomó, pues, por alumno y me empezó a enseñar con empeño; y aun me dijo algo que me ha salido, como nada, verdaderísimo: que el estudio de las leyes sería para mí el mejor viático (ésta fue su palabra), ora quisiera ser un orador de los que luchan en los tribunales, ora de cualquier otra clase. Así me dijo, tirando él a lo humano; a mí, empero, me parece realmente haber profetizado con inspiración más divina que él mismo pensara.

Y fue así que, una vez aprendidas a fondo, de bueno o mal grado, las negras leyes, se me echaron encima una especie de cadenas, y la ciudad de Berito fue causa y ocasión de mi viaje a estas regiones. Y es que Berito, que no dista mucho de aquí, es ciudad en cierto modo más romana y se la considera como escuela de estas leyes. Y de otra parte, otros asuntos trajeron y trasladaron a este hombre sagrado, de Egipto, concretamente, de la ciudad de Alejandría a este lugar, como si quisiera salirnos al encuentro. La causa de aquellos asuntos la ignoro, y de buena gana la paso por alto. Sin embargo, tampoco el estudio de las leyes era tan necesario como para venir yo aquí y encontrarme con este hombre, pues tenía también la posibilidad de marchar a Roma. ¿Cómo, pues, vino a disponerse también esto? El que entonces era gobernador de Palestina tomó súbitamente a un pariente mío, marido de mi hermana, solo y contra su voluntad, pues hubo de separase de su mujer, y se lo trajo aquí para que le ayudara y tomara parte en los trabajos del gobierno de la provincia; era, en efecto, jurisconsulto y acaso lo sigue siendo. Vino, pues, mi cuñado junto con el gobernador, pero no había de tardar mucho en llamar y recobrar a su esposa, dado que se había separado de ella de mala gana y a la fuerza, y con ella nos arrastraría a nosotros. El caso fue que, a deshora, cuando, no sé cómo, estábamos también nosotros echando planes de viajes, pero con rumbo distinto de Palestina, se nos

presentó un soldado con orden de traer a buen recaudo a mi hermana, para unirse con su marido, y llevarme a mí de compañero de viaje. Con ello complacería a mi cuñado, pero sobre todo a mi hermana, que no tendría motivo de inconveniencia ni temor para emprender aquel viaje. Los mismos familiares y parientes lo estimaban así y me sugerían no haber de ser menguado provecho si fuera yo a Berito y terminara allí el estudio de las leyes. Todo, pues, me movía: la buena razón de acompañar a mi hermana, mi propio estudio, y hasta el soldado (también a éste hay que mentarlo), pues traía más vehículos públicos que los que eran menester, y más "símbolos" (o dinero) que el que se necesitaba para sola mi hermana. Más bien se había pensado en mí. Era lo que saltaba a los ojos; lo que no se veía, pero era más verdadero, era la comunicación con este hombre, las enseñanzas del Logos que por su medio me vendrían, el provecho en orden a la salvación de mi alma: todo eso me trajo aquí; a ciegas sin duda y sin saber nada por mi parte, pero ordenado todo a mi salvación. No fue, pues, el soldado, sino un divino compañero de viaje, una escolta y guardia buena, que nos salva, como en larga peregrinación, durante toda nuestra vida, el que cambió, entre otros, el plan de Berito, por el que principalmente pensamos ponernos en camino, y aquí nos trajo y estableció, sin dejar piedra por mover hasta que, por todos los modos, me juntó con este que había de ser para mí autor de muchos bienes. Y el ángel divino que viniera para la dispensación de tamaños bienes, una vez que me entregó a éste, aquí descansó tal vez, no porque sintiera cansancio ni fatiga alguna (la raza de los ministros divinos es incansable), sino porque me había puesto en manos de un hombre que tendría de mí toda la providencia y cuidado imaginable.

VI. Cómo Orígenes retiene consigo a Gregorio y a su hermano Atenodoro. Amor que éstos le cobran. La filosofía, fundamento de la religión. Por su estudio lo deja todo Gregorio. Libertad del alma. La parte mejor no desea unirse con la peor, sino ésta con aquélla

Una vez que él nos acogiera desde el primer día, el que fue verdaderamente para mí primer día, el más glorioso, si hay que decirlo así, de todos los días, en que por vez primera comenzó a brillar para mí el sol verdadero; primeramente, como a fieras salvajes, peces o pájaros caídos en el cepo o en las redes de pescar, que pugnan por salir y escaparse de ellas, cuando nosotros queríamos retirarnos de su lado hacia Berito

o tomar la vuelta a nuestra patria, puso en juego todos los medios para retenernos consigo. No hubo discurso que no nos echara, ni piedra (como dice el refrán) que no moviera, ni traza suya a que no echara mano. Nos alababa de un lado la filosofía y a los amadores de ella con largos y repetidos discursos, muy acertados por cierto, y decíanos que, vivir, sólo viven realmente los que se deciden a vivir la vida que dice con seres racionales, los que viven rectamente; los que, en primer lugar, saben quiénes son ellos mismos; luego, cuáles son los verdaderos bienes que debe el hombre perseguir, y cuáles los verdaderos males de que debe huir. Y vituperaba, por otro lado, la ignorancia y a todos los ignorantes, que decía él ser muchos: todos los que, a manera de bestias, ciegos de inteligencia, no se conocen siquiera a sí mismos y andan errantes como irracionales. Sin saber ellos por sí ni querer aprender de otros qué sea en absoluto el bien y el mal, se abalanzan, como sobre un bien, y se encandilan por el dinero, las honras y dignidades vulgares y la salud corporal, y esas cosas tienen en mucho, y aun en todo; y, por el mismo caso, las artes que pueden procurarlas y los géneros de vida que las aseguran: la milicia, la abogacía y el derecho—con lo que tocaba puntos que pudieran afectarnos a nosotros singularmente, y los tocaba con arte consumada—y descuidan lo principal que hay en nosotros, que es la razón. No puedo yo referir ahora las palabras como éstas que prodigaba incitándonos a abrazar la filosofía, no sólo un día, sino muchos, todos los primeros que acudimos a él, y acudimos heridos como por un dardo, que era su palabra, desde el primer día (y era así que estaba condimentada con suave gracia, persuasión y fuerza), pero revolviéndonos aún en cierto modo y pensándonos el asunto. Todavía no estábamos enteramente decididos a profesar de por vida la filosofía; pero tampoco podíamos, no sé por qué artilugio, apartarnos de nuevo de su lado, arrastrados que nos sentíamos hacia él por fuerzas mayores, que eran sus discursos. Ni la religión misma para con el Señor del universo (prerrogativa y gracia que es del hombre solo entre todos los animales de la tierra; por lo que con razón la abrazan todos, sabios e ignorantes, a no ser quien, por ataque de demencia, haya perdido todo rastro de inteligencia), ni la religión misma puede en absoluto practicarla, decía, y decía bien, el que no haya cultivado la filosofía. Finalmente, con razones como éstas, que se sucedían unas a otras, como mágicamente hechizados, nos inmovilizó literalmente con sus artes y, por cierta virtud divina, no sé cómo aquí nos fijó con sus palabras.

Porque también nos hincó el aguijón de la amistad, y no un aguijón fácil de arrancar, sino agudo y eficacísimo, el de su propia destreza y buena voluntad, que nos parecía patente en sus propias palabras cuando hablaba y conversaba con nosotros. Y es así que no trataba de envolvernos vanamente con sus discursos, sino de salvarnos con hábil, humana y bondadosísima intención, y de hacernos partícipes de los bienes de la filosofía, y señaladamente de aquellos otros de que a él solo, con ventaja sobre muchos y tal vez sobre todos los hombres que hoy viven, le hizo merced la divinidad: el maestro de la piedad, la palabra saludable, que a muchos llega y subyuga a todos los que llega, pues no hay nada que resista a la que es y será reina de todas las cosas, pero escondida y no conocida ni fácil ni dificilmente por los muchos, de forma que, preguntados, puedan decir cosa clara sobre ella. Así, pues, como una centella, caída en medio de nuestra alma, se encendió a inflamó el amor al Logos mismo sagrado y amabilísimo, que, por su inefable hermosura, lo atrae todo, y el amor a este hombre amigo e intérprete suyo.

Herido yo principalmente de este amor, me decidí a renunciar a todo lo que parecía atañerme, cosas y estudios, entre ellos los de mis hermosas leyes, así como a mi patria y parientes, a los que aquí estaban y a los que dejé en mi viaje. Sólo una cosa me era ya cara y amada, la filosofía, y este hombre divino, maestro de ella. *Y se pegó el alma de Jonatás a David* (1 Reg 18,1). Esto leí yo más tarde en las divinas letras, pero antes pasó por ello con no menor claridad que fue dicho, y eso que está divinamente dicho con la mayor claridad. Porque no se pegó simplemente Jonatás a David, sino lo principal que hay en nosotros, el alma; aquello que, aun separándose lo aparente y visible al hombre, no hay medio que lo obligue a separarse; a la fuerza, de ninguna manera. Porque el alma es libre y no puede encerrarse de ningún modo, ni aunque, metida en una cárcel, se la custodie. Porque, por primera razón, el alma naturalmente está donde está la inteligencia; pero si también te parece estar en una cárcel, te imaginas que allí está según una segunda razón; pero en manera alguna se le impide por eso estar donde ella quiera; o, por mejor decir, de manera absoluta y por todos los modos, el alma sólo puede estar y se cree razonablemente estar allí donde se dan sus obras propias, exclusivamente suyas. ¿No expresó la Escritura con la mayor claridad y brevísimas palabras lo que a mí me acaeciera, diciendo que el alma de Jonatás se pegó al alma de David? Aquello que, como dije,

de mal grado, no se moverá por nada a la separación; y de buen grado, no lo querrá fácilmente. Porque, en mi sentir, no está en el inferior, vario que es de carácter y proclive a cambiar de consejo, la potestad de desatar estos sagrados lazos de amistad, pues tampoco dependió al principio de él solo el atarlos. La iniciativa está en el superior, que es constante e inconmovible, a quien correspondió también más fabricar estos lazos y vínculos sagrados. Por lo menos, según la palabra divina, no se pegó el alma de David a Jonatás; sino, a la inversa, el alma del inferior, por serlo, se dice haberse pegado al alma de David. Y es así que lo superior, que se basta a sí mismo, no puede desear unirse lo inferior a sí mismo; lo inferior, empero, que necesita auxilio del que es mejor, pegado a lo superior, tenía que depender de ello. De este modo, lo que permanece en sí mismo no tendría que sufrir daño alguno de la comunicación con lo inferior, y lo de suyo desordenado, pegado y concertado con la superior, sin dañarle nada por la necesidad de los vínculos, se moviera hacia lo superior. Por eso, el fabricar los vínculos le correspondería al superior, no al inferior; mas atarse con ellos, al inferior, de suerte que no tuviera ni poder para desatarse de ellos. Con tan fuertes ataduras nos apretó desde entonces este David, y apretados nos tiene ahora, de suerte que, aunque queramos, no podemos desatarnos. Así, pues, ni aunque nos marcháramos, soltaría nuestras almas, que así tiene atadas según la letra divina.

VII. Arte maravilloso con que Orígenes prepara a Gregorio y Atenodoro para la filosofía. Inícialos en la lógica, dando de mano a la retórica

Como quiera que sea, tomándonos desde el principio y circunvalándonos por todos los modos, ya que hubo logrado lo principal y decidimos quedarnos, comenzó seguidamente a trabajar, como un buen labrador trabaja una tierra, baldía y en modo alguno feraz, sino salobre y quemada, un tanto pedregosa y arenosa; o bien no del todo infértil y estéril, pero en barbecho y descuidada, a la que espinas y malezas silvestres han hecho áspera y difícil de trabajar; o como un jardinero cultiva un árbol realmente agreste y que no da frutos dulces, pero no del todo malo, con tal que se le injertara, por arte de jardinería, un tallo noble, abriéndolo por medio e insertándolo y atándolo luego, hasta que, juntando su savia, ambos se alimenten como uno solo (así, en efecto, es de ver un injerto, espurio, desde luego, pero hecho de infructuoso fructuo-

so, que, de raíces silvestres, produce hermosas olivas); o un árbol salvaje, pero no malo para un jardinero experto en su arte, o noble, pero no fructuoso, ora por falta de arte esté sin ramas, sin regar y seco, ahogado por los muchos retoños superfluos que brotan al azar y unos a otros se impiden germinar acabadamente y dar fruto. Así nos tomó él y así nos rodeó de toda su arte de agricultor y jardinero. Por su parte, no consideraba sólo lo que salta a los ojos de todos y se ve por simple aparición, sino que ahondaba y trataba de llegar hasta lo más íntimo, preguntando y proponiendo y escuchando las respuestas. Y cuando en nosotros descubría algo no malo, pero inútil y no acabado, cavaba él, removía la tierra, regaba y no dejaba piedra por mover, nos aplicaba toda su arte y diligencia, y así nos cultivaba; en cuanto a los *cardos y espinas* (Gen 3,18), y todo género de hierbas y plantas silvestres que producía exuberante nuestra alma agitada, como desordenada y temeraria que era, todo trataba él de cortarlo y arrancarlo con sus argumentos y prohibiciones. A estilo muy socrático nos impresionaba a veces, y otras nos derribaba al suelo con su discurso, si alguna vez nos veía de todo punto desenfrenados, como caballos salvajes que saltábamos fuera del camino y corríamos desbocados de acá para allá, hasta que, con persuasión y fuerza, como por un freno, que es la palabra de nuestra boca, con él nos sujetaba y apaciguaba. La cosa no fue fácil ni sin dolor al principio, pues dirigía sus discursos a quienes no estaban aún acostumbrados ni ejercitados en seguir la razón; pero, a la postre, nos purificaba.

Mas ya que nos hizo aptos y nos preparó bien para la recepción de las palabras de la verdad, entonces, sí, como en tierra bien labrada y blanda y dispuesta para hacer brotar las semillas que se le arrojen, él las echaba a manos llenas, buscando el momento oportuno para echarlas, como lo buscaba para todo su trabajo, haciendo cada cosa en su propio punto y con sus propias palabras. Cuanto de obtuso y espurio pudiera haber en el alma, ora por ser de tal naturaleza, ora porque se engordara por superfluos alimentos corporales, trataba él de cercenarlo y enflaquecerlo por sutiles razones y modos de los accidentes lógicos, los cuales, desenvolviéndose unos de otros desde los primeros principios sencillísimos y enhebrados de forma varia, avanzan hasta un tejido (o contexto) inmenso y difícil de desenhebrar. Ellos nos despiertan como de un sueño y nos enseñan a asirnos siempre de los objetos y no dejar se nos escurran ni por su longitud ni por su sutileza. Cuanto, empero, tuviéramos de indiscreto y temerario, por asentir a lo

primero que venga, sea lo que fuere, así sea mentira, y contradecir muchas veces, aunque lo que se dice sea verdad, procuraba corregirlo con los razonamientos antedichos y otros varios; pues multiforme es este campo de la filosofía, cuyo objeto es acostumbrarnos a no lanzar nuestro asentimiento al azar y venga lo que viniere, y luego retraerlo. El nos enseñaba, por lo contrario, a examinar puntualmente no sólo lo patente (pues se da el caso de que muchas cosas a primera vista gloriosas y venerables que, envueltas en palabras hermosas, penetraron en nuestros oídos como verdaderas, a pesar de ser fingidas y falsas, ya que nos arrebataron y se nos llevaron el voto de la verdad, poco después se descubrió estar podridas y no merecer crédito alguno y que en balde fingían la verdad; en cambio nos pusieron fácilmente en ridículo por habernos dejado engañar y dado nuestro asentimiento a lo que menos se debía; hay a la inversa otras cosas venerables, pero que se presentan sin alarde alguno, y por no expresarse en palabras dignas de crédito, parecen extrañas y de todo punto increíbles, se las rechaza de pronto como falsas y se las denuesta indignamente; luego, los que las indagan y consideran puntualmente ven que lo antes rechazado y tenido por reprobable es lo más verdadero del mundo y que realmente no admite discusión); no sólo, pues, nos enseñaba a examinar lo patente y que se nos viene a la cara, que a veces es engañoso y sofístico, sino a indagar bien lo de dentro y a dar con los nudillos en torno a cada cosa, a ver si suena a podrido (o hueco) y, bien asegurados primero nosotros mismos, asentir luego y afirmar lo de fuera. De este modo educaba racionalmente aquella parte de nuestra alma, a la que atañe juzgar sobre dicciones y razones; no según los juicios de los buenos retóricos u oradores, sobre si la dicción es helénica o bárbara; ésa es enseñanza mínima e innecesaria. La otra, empero, es necesaria de todo punto a griegos y bárbaros, a sabios e ignorantes y, en una palabra (para no alargarme enumerando cada una de las artes y profesiones), a todos los hombres, sea cual fuere su género de vida, dado caso que a todos importa y todos tienen empeño no se los engañe en cualquier asunto que entre sí trataren.

VIII. Seguidamente les enseña física, geometría y astronomía

Mas no sólo esta parte, cuya corrección incumbe a la dialéctica; también trataba él de despertar y corregir aquella parte humilde de nuestra alma, por la que nos asombramos de

la magnificencia, maravillosa estructura y fabricación varia y sapientísima del mundo, y nos maravillamos, por cierto, y quedamos irracionalmente sobrecogidos de espanto, y no sabemos ni qué pensar, a manera de animales irracionales. Esta parte, digo, despertaba y corregía él con otras enseñanzas, las de la física, poniendo de manifiesto la naturaleza de cada uno de los entes, resolviéndolos, muy sabiamente por cierto, en sus primerísimos elementos, y explicando luego por razón la constitución del universo en general y la de cada parte señaladamente. Así, por obra de su clara enseñanza y de las razones—de éstas, aprendidas unas, halladas otras por sí mismo—acerca de la sagrada economía o dispensión del universo y de la naturaleza intachable, imprimía en nuestras almas una admiración racional que desterraba la irracional. Esta enseñanza, sublime y divina, es el objeto de la ciencia de la naturaleza, para todos amabilísima. ¿A qué hablar de las otras sagradas disciplinas: la geometría, de todos querida e indiscutible, y de la astronomía que camina por el cielo? Cada una de ellas procuraba él imprimirlas en nuestras almas enseñando y repasando, o no sé cómo haya de decirse; la geometría, por ser inconmovible, poníala como base y fundamento seguro de todo lo demás; por la astronomía nos levantaba a lo más alto y, por una como escalera que alcanzaba al firmamento, nos hacía, por una y otra disciplina, accesible el cielo.

IX. La enseñanza principal de Orígenes era la ética, que inculcaba no sólo con sus discusiones, sino también con su ejemplo

Pero nos inculcaba sobre todo lo que es culminación de todas las cosas, lo que constituye el blanco a que apunta todo el trabajo de la casta de los filósofos, que, como de plantación varia, que son las otras disciplinas todas y el largo estudio de la filosofía, recoge los buenos frutos de la divinas virtudes morales, de las que nace la disposición tranquila y constante de las mociones del alma. Así se esforzaba por hacernos insensibles al dolor e indiferentes a los males todos, disciplinados y constantes y semejantes a Dios y realmente bienaventurados. Y esto trataba él de lograrlo con discursos propios, calmantes y sabios, y no menos necesarios, acerca de nuestras costumbres y maneras de ser; y no sólo con discursos; también con obras ya llevaba en cierto modo el timón de nuestras mociones por el estudio y consideración misma de esas mociones y pasiones del alma, por cuyo conocimiento

señaladamente suele ella corregirse de su desconcierto y convertirse de la disipación al juicio y disciplina. Así, mirándose a sí misma, como en espejo, ve los principios y raíces mismas de los males, todo lo que hay en ella de irracional, de que surgen nuestras torpes pasiones; y ve también lo que hay de mejor en ella, la parte racional, por cuyo dominio permanece en sí misma sin daño ni pasión. Luego, ya que puntualmente ha considerado todo eso en sí misma, puede rechazar y echar de sí todo lo que brota de la parte inferior, propio para derramarnos por la intemperancia o para encogernos y ahogarnos por su bajeza: tal los placeres y concupiscencias, dolores y temores y todo el enjambre de males que acompañan a estos géneros de pasiones; y las rechaza, digo, y echa de sí resistiéndoles apenas comienzan y nacen, sin dejarles crecer lo más mínimo, sino destruyéndolas y extirpándolas. Aquello, empero, que brota de nuestra parte superior, como bienes que son, puede el alma alimentarlo y mantenerlo, darle leche como nodriza a sus comienzos y guardarlo hasta que llegue a perfección. Así es, en efecto, posible que un día nazcan en el alma las divinas virtudes: la prudencia, que es justamente la que puede en primer lugar juzgar estos mismos movimientos del alma, por sí mismos y por la ciencia de los males o bienes, si es que existen, exteriores a nosotros; la templanza, que es la facultad de elegir rectamente eso mismo desde los principios; la justicia, que da a cada uno lo que merece, y la fortaleza, que todo eso conserva.

Así, pues, no nos acostumbraba a palabras que nos enunciaran ser la prudencia conocimiento de lo bueno y de lo malo, de lo que se debe o no se debe hacer; conocimiento, por cierto, vano y sin provecho si a las palabras no acompañan las obras; y lo mismo la prudencia que no hace lo que debe hacerse ni se aparta de lo que no se debe, y sólo procura el conocimiento en los que la tienen, como lo vemos en muchos. Dígase lo mismo de la templanza, que sería el conocimiento de lo que se debe o no se debe elegir, pero que no la enseñan en absoluto los otros filósofos, y menos que nadie los modernos, gentes muy enérgicas y fuertes en sus discursos (yo mismo los he admirado muchas veces cuando intentan demostrar ser la misma la virtud de Dios y de los hombres y que el sabio es sobre la tierra igual al Dios primero), pero impotentes para transmitir la prudencia de modo que haga uno lo que pide la prudencia, ni la templanza de modo que escoja uno lo mismo que ha aprendido.

Y así, por el estilo, de la justicia y de la fortaleza. No así

éste, que no se contentaba con explicarnos con sus palabras la teoría de las virtudes, sino que nos exhortaba también a su práctica, y nos exhortaba más con su ejemplo que con sus palabras.

X. Se reprende a los logósofos, que dicen y no hacen

Ruego a los filósofos actuales, que yo mismo he conocido y de quienes he oído hablar a otros, y aun a todos los hombres, no tomen a mal lo que ahora quiero decir. Y nadie piense que voy a hablar por amistad para con este hombre y por enemistad para con los otros filósofos (de los que yo mismo quiero, como nadie, ser amigo por razón de sus discursos, y deseo personalmente alabarlos y oír las maravillas que de ellos dicen otros; pero son tales las cosas que se dicen que casi todos ellos deshonran hasta el extremo el nombre mismo de la filosofía, y yo mismo por poco escogiera ser de todo punto un ignorante antes que aprender nada de lo que éstos profesan, hombres que, por lo demás de su vida, me parecían no merecer me acercara siquiera a ellos; en lo que acaso me equivocaba); como quiera, nadie piense, digo, que digo esto por deseo de alabar a este hombre y por deseo contrario respecto de los filósofos de fuera. Créase antes bien que, para no dar impresión de adulación, digo cosas muy por bajo de sus obras, y no busco exorno de palabras ni ocasiones de artísticos encomios, yo que, cuando era un muchacho y aprendía la vulgar elocuencia en la clase del rétor, jamás soporté de buen grado alabar ni hacer el panegírico de nadie si no iba muy fundado en la verdad. Tampoco, pues, ahora que me propongo alabar, pienso ser menester exaltar simplemente a uno a costa de los vituperios de los otros; menguado elogio haría de mi héroe si, para tener que decir algo superior de él, hubiera de comparar su vida bienaventurada con los vicios de los otros. No llega a tanto mi insensatez. No; yo voy a confesar lo que me pasó, sin comparación alguna y sin astucia de palabras.

XI. Orígenes fue el primero y solo que exhortó a Gregorio a la filosofía. De las virtudes cardinales. "Nosce te ipsum"

Este fue el primero y el solo que me exhortó a abrazar la filosofía de los griegos, persuadiéndome con sus propios ejemplos y también por su palabra que yo oía y seguía, a mí que (de nuevo lo confieso) no me hubiera persuadido

por obra de todos los otros filósofos, no rectamente, desde luego, sino poco menos que por mi desgracia. La verdad es que, al principio, no di con muchos que profesaran enseñar la filosofía; fueron más bien unos pocos, pero todos cifraban el filosofar en meras palabras. Este, empero, fue el primero que me exhortó con sus palabras, pero a la exhortación de palabra había precedido la de los hechos. No profesaba el mero ejercicio de las palabras ni creía siquiera valiera la pena hablar, de no hacerlo con espíritu sincero, que lucha por practicar lo que se dice, o trata de mostrarse a sí mismo tal como explica en sus discursos debe ser el que rectamente vive. Yo quería decir que de sí mismo sacaba un ejemplar del sabio; pero nuestro discurso prometió desde el comienzo decir verdad, y no pompa o afectación; por eso no hablo aún de ejemplar de sabio, por más que lo quisiera decir y es verdad. Pero dejo por ahora este punto. No se trata, pues, de un ejemplar absoluto, que él quisiera igualar hasta el último pormenor, forzándose con todo empeño y determinación y, si hay que decirlo, por encima también de las fuerzas humanas. Sin embargo, tales se esforzaba por hacernos a nosotros, no dueños y conocedores de la doctrina acerca de las mociones del ánimo, sino de las mociones mismas. A las obras encaminaba también los discursos, y no pequeña parte de la virtud y hasta, si lo comprendimos bien, tal vez la virtud entera poníala en la teoría o contemplación misma; pero también forzaba, si cabe decirlo así, a obrar rectamente, a obrar justamente por la acción propia del alma que nos persuadió a seguir. Para ello nos procuraba apartar del tráfago de la vida y de las molestias de la pública plaza, y levantarnos a la contemplación de nosotros mismos y hacer lo verdaderamente nuestro. Que esto sea el obrar justamente y ésta la verdadera justicia dijéronlo algunos de los antiguos filósofos, aludiendo, a mi parecer, a la acción propia y a lo que más contribuye a la felicidad nuestra y de quienes nos rodean. Y es así que a esta virtud atañe dar a cada uno lo que merece y es suyo. ¿Y qué más propio del alma, qué merece ella tanto como cuidar de sí misma, no mirar fuera de sí ni hacer lo que no le atañe, ni, en una palabra, ser injusta consigo misma con la peor injusticia, sino, recogida dentro de sí misma, darse ella a sí misma y practicar así la justicia? Así nos educaba, forzándonos, si cabe así decirlo, a practicar la justicia. Y no menos a ser también prudentes, por la concentración del alma en sí misma y por la voluntad y empeño de conocernos a nosotros mismos; obra ésta óp-

tima de la filosofía, que se atribuye, como imperativo sapientísimo, al más adivino de los démones: *Conócete a ti mismo.* Y que esto sea realmente la obra de la prudencia y ésta sea la prudencia divina, bellamente lo dicen los antiguos; la misma dicen ser la virtud de Dios y del hombre, dado caso que el alma se ejercite en mirarse a sí misma como en un espejo y reflejar la mente divina en sí misma, si se ha hecho digna de esta comunión y sigue el rastro de cierto camino, misterioso para ella, de esta divinización. Lo mismo nos enseñaba, consecuentemente, sobre el vivir templadamente y con fortaleza: templadamente, conservando esta prudencia del alma que se conoce a sí misma, dado caso que tal conocimiento haya alcanzado; pues eso es, a su vez, la templanza: una prudencia sana y salva; y con fortaleza, manteniéndose firme en todas las prácticas antedichas, sin decaer de ellas voluntariamente ni por violencia alguna y conservándose dueños de lo que hemos dicho; y esto decía ser esta virtud: una salvadora y guardiana de nuestras determinaciones.

XII. Gregorio niega que haya alcanzado las virtudes. La piedad, madre de todas y, por tanto, su principio y fin

A la verdad, por más que en ello puso todo su empeño, todavía no ha logrado hacernos justos, prudentes, templados ni fuertes, por haberlo impedido nuestra desidia y tardanza. Así, mucho nos falta para tener virtud alguna, humana ni divina, ni habernos siquiera aproximado a ella. Son, en efecto, virtudes éstas máximas y elevadas, de que nadie puede apoderarse, ni puede nadie alcanzarlas si Dios no le inspira la fuerza. Por nuestra parte confesamos que ni nacimos con esas dotes ni somos aún dignos de alcanzarlas, pues por pereza y debilidad no hemos practicado todo lo que es menester practiquen los que aspiran a lo mejor y pretenden lo perfecto. Así, pues, aún estamos por ser justos o temperantes o por tener cualquiera de las otras virtudes; sin embargo, amantes que aman con ardentísimo amor, lo único que acaso estaba en su mano, eso sí nos hizo de antiguo este hombre admirable, amador y abogado de las virtudes. El, por el ejemplo de su virtud, nos infundió amor a la hermosura de la justicia, cuya faz, realmente de oro, nos mostrara; y a la prudencia, para todos codiciable; y a la verdadera sabiduría, amabilísima; y a la templanza deiforme, que es firmeza del alma y paz para todos los que la poseen; y a la fortaleza admirabilísima, a nuestra paciencia y, sobre todo, a la piedad, que dicen—y dicen bien—ser madre de las virtudes. Esta es, en

efecto, principio y fin de todas ellas, y, partiendo de ésta, con la mayor facilidad adquiriríamos todas las otras. Si deseamos y tenemos empeño en poseer para nosotros mismos lo mismo que todo hombre que no sea un ateo y voluptuoso debe ser: amigo y abogado de Dios, trabajemos por adquirir las otras virtudes. No nos hagamos indignos e impuros; acerquémosnos más bien a Dios adornados de toda virtud y sabiduría, acompañados como de un guía bueno y de un sacerdote sapientísimo. Y es así que el fin de todas las cosas no pienso yo sea otro que, hechos semejantes a Dios con espíritu puro, acercarnos a El y permanecer en El.

XIII. Método de Orígenes en la enseñanza de la teología y metafísica. Permitía leer todos los autores, excepto los ateos. Maravillosa fuerza persuasiva de su palabra Fácil asentimiento de la mente

Aparte toda esa diligencia y empeño, ¿cómo explicar con palabras su enseñanza y reverencia de la teología? Menester fuera penetrar en el espíritu mismo de este hombre para saber con qué intención y preparación quería que aprendiéramos cabalmente todas las razones referentes a la divinidad, guardándonos de correr peligro acerca de lo más necesario de todas las cosas, el conocimiento del autor de todas ellas. Tenía él por bien que filosofáramos recogiendo con todo empeño cuantos escritos quedan de los antiguos filósofos y poetas, sin rechazar ni reprobar nada (pues tampoco teníamos aún juicio para ello); exceptuaba, sin embargo, las obras de los ateos, que, saliéndose a la vez de los pensamientos humanos, dicen no haber Dios o providencia (estas obras decía él no merecer siquiera ser leídas, para evitar que ni en lo mínimo se manchara nuestra alma, que debe ser piadosa y no oír palabras contrarias al culto de Dios). Y es así que quienes entran en los templos de la que ellos tienen por piedad, no tocan nada profano. Así, pues, los libros de estos hombres no merecen ni contarse en absoluto entre los que han de manejar quienes han abrazado la piedad. Todos los demás, en cambio, nos los permitía leer y estudiar, sin dar preferencia, pero sin condenar tampoco ningún género ni razón de filosofía, helénica o bárbara, sino escucharlas todas. Método éste sabio y hábil, pues así se evitaba el peligro de que una doctrina, sola y por sí, de estos o los otros filósofos, exclusivamente escuchada y estimada, aunque resulte no ser verdadera, se infiltre en el alma y nos engañe, y según ella nos configure y nos haga suyos, sin que nos sea ya posible

desprendernos de ella, ni lavarnos de su tinte, como lanas que han tomado una tintura particular. Cosa, en efecto, terrible y voluble es el discurso humano, vario en sofismas, y agudo, penetrando en los oídos para imprimirse en la mente y dominarla; una vez que ha persuadido a quienes ha arrebatado a que lo amen como verdadero, allí dentro permanece, por más falso y engañoso que sea, imperando como un prestidigitador, que tiene por aliado al mismo que ha embaucado. Cosa, por otra parte, fácil de engañar y pronta para dar su asentimiento es el alma del hombre; antes de discernir y examinar las cosas por todos sus cabos, pues su propia torpeza y debilidad o la sutileza de la razón la hace desfallecer en la puntualidad del examen, el alma está muchas veces dispuesta a entregarse, indolentemente, a razones y sentencias engañosas, erradas ellas y que conducen al error a quienes las admiten. Y no es esto solo: si otra razón trata luego de corregir la primera, el alma no la recibe ni cambia de parecer, sino que sigue abrazada con la que tiene, dominada que está por ella como por un tirano despiadado.

XIV. De qué procedan las discusiones entre filósofos. Contra los que juzgan de todo lo que se les pone delante. Orígenes leía con cautela a sus discípulos los libros de los gentiles

A la verdad, ¿no fue esto lo que introdujo las opiniones que pugnan y se contradicen entre sí, y los bandos de los filósofos, que combaten unos los dogmas de los otros, unos mantienen unas ideas y otros se adhieren a otras? Todos quieren, desde luego, filosofar y eso profesan, desde que por vez primera abrazaron la filosofía, y dicen no quererlo menos ahora que están metidos en sus discursos que cuando comenzaron; y aún afirman tener ahora mayor amor a la filosofía, pues les ha sido dado gustar de ella (como diría alguno) y gastar su tiempo en los razonamientos, que cuando, sin experiencia alguna de ella, se abalanzaron, por no saben qué impulso, a filosofar; todo eso dicen, ciertamente, pero ya no prestan oídos a razón alguna de los que piensan de otro modo. Así, ninguno de los antiguos ha exhortado a ningún moderno propia filosofía; ni a la inversa, ni en absoluto, nadie a nadie. Porque nadie cambiaría fácilmente de opinión, dejaría sus ideas y se adheriría a las ajenas, aunque se tratara acaso de ideas que, de haberlas admitido antes de darse a filosofar, ahora amaría; como no prevenida aún su alma, hubiera aceptado

y amado razones o doctrinas, por más que se opusiera con ellas a las que ahora profesa.

Tal linaje de filosofía nos han presentado los bellos, doctos y sutilísimos griegos, a la que cada uno se adhiere desde el principio, arrebatado por no se sabe qué impulso, y ésa sola dice ser verdadera; todo lo demás de los otros filósofos, engaño y delirio puro. Pero la verdad es que ese tal no confirma por razón sus ideas mejor que defiende el otro las suyas, para no tener que mudar de parecer o consejo por necesidad ni por persuasión. Y no otra persuasión tiene (si va a decirse la verdad) que el ímpetu sin razón con que, antes de filosofar, se lanzó a parejas doctrinas; ni otro juicio de lo que tiene por verdad (¡no parezca paradoja!) que la fortuna sin juicio. Y es así que cada uno ama aquello en que casualmente dio primero, y ello lo traba, por decirlo así, para que no pueda ya atender a otros. Eso, caso que tuviera que decir algo para demostrar la verdad de todo lo suyo, y la falsedad de lo que piensan sus contrarios, con lo que se ayudaría también con la razón, ya que él, sin ayuda alguna, se entregó de gracia y a la ventura, como algo que se encuentra uno, a discursos o razones que le previnieron; razones que en muchos puntos han extraviado a quienes las aceptan, pero señaladamente en lo más grande y necesario de todo, que es el conocimiento y piedad para con la divinidad.

Y, sin embargo, en esos errores permanecen atados en cierto modo, y ya nadie pudiera fácilmente arrancarlos de ellos, como de una laguna en llanura dilatadísima, difícil de vadear, que no deja salvación a los que una vez caen en ella, ni volviéndose atrás ni siguiendo adelante, sino que en ella los retiene hasta la muerte; o como de una selva profunda, espesa y alta, en la que se internó un viandante, con la idea, claro está, de salir de algún modo y volver otra vez a campo raso, pero ya no lo logra dada la largura y espesor de la selva; da mil vueltas por ella, camina en direcciones varias por caminos continuos que halla dentro, con intento de hallar salida por alguno de ellos; pero sólo le llevan hacia el interior y no a salida alguna, pues son caminos de la selva misma; finalmente, el viandante, cansado y desfallecido, pensando que todo es selva y que no hay ya habitación sobre la tierra, se determina a quedarse allí, allí se construye un hogar y en la selva se procura como puede ancho campo. O como de un laberinto, a cuya puerta aparece una sola entrada; sin sospechar por lo exterior nada complicado, entra uno por la sola puerta que aparece y luego, avanzando hacia lo más íntimo,

contempla un espectáculo vario y un artificio ingeniosísimo y con mil direcciones, en que engañan las continuas entradas y salidas; pero cuando quiere de verdad salir, ya no lo logra, pues queda prisionero dentro por lo que que le pareciera tan ingenioso artificio. Ahora bien, no hay laberinto tan inextricable y vario, ni selva tan densa y complicada, ni llanura o laguna tan difícil de vadear por los que caen en ella, como una palabra, que fuera contra ellos, de algunos de estos filósofos.

Ahora bien, a fin de que no nos acaeciera a nosotros lo mismo que al vulgo, no nos conducía a una sola doctrina filosófica, ni tenía tampoco por bueno atacarla; a todas nos llevaba y no quería dejáramos de probar ningún dogma helénico. Y él mismo nos acompañaba e iba delante y nos daba la mano, como en un viaje, cuandoquiera nos salía al paso algo torcido, simulado o sofismático; era todo un artífice, al que, por vieja familiaridad con las doctrinas, nada le cogía de sorpresa y sin experiencia, se mantenía él en lo alto sobre seguro y tendía la mano para salvar a los otros, como quien tira de una cuerda a los que se ahogan. Todo lo que de provechoso y verdadero hallaba en cada filósofo, lo recogía y nos lo exponía; pero sabía deslindar todo lo falso; sobre todo lo que atañía a la piedad de los hombres.

XV. En las cosas divinas, sólo hay que oír a Dios y a sus profetas. El mismo Espíritu inspira a los profetas y a sus oyentes. Excelencia de Orígenes en la interpretación de las Escrituras

Sobre esto nos aconsejaba no prestar atención a nadie, por más que fuera por todos los hombres celebrado como sapientísimo, sino a solo Dios y a sus profetas. El mismo nos interpretaba y esclarecía cuanto de oscuro y enigmático se nos ofrecía, como se da frecuentemente en las sagradas letras. (¿Es porque gusta Dios de conversar así con los hombres, para que la palabra divina no penetre desnuda y descubierta en un alma indigna, cuales son las del vulgo, o es que por naturaleza todo oráculo divino es la claridad y sencillez misma, y sólo nos parece oscuro y tenebroso a nosotros, por habernos apartado de Dios y no saber ya, por el tiempo y antigüedad, oír a Dios mismo? Es cosa que yo no puedo decir.) Como quiera que sea, si se trataba de enigmas, él los aclaraba y sacaba a la luz, por ser oyente fuerte e inteligentísimo de Dios; si de cosas que nada tenían por naturaleza de torcido ni difícil

para él, es que él era el solo entre los hombres de hoy que yo he conocido o de que haya oído hablar a otros ejercitado en recibir en su propia alma lo puro y luminoso de los oráculos y en enseñárselo a los otros. Y es así que el autor de todas las cosas, el mismo que habla a los profetas amigos de Dios y les inspira toda profecía y discurso místico y divino, honrándolo a él por modo igual, lo constituyó intérprete de aquellos oráculos; de lo que por medio de otros sólo insinuó enigmáticamente, por él lo enseñó con claridad; de lo que, dignísimo de crédito, regiamente mandó o afirmó, a él hizo merced de indagar y encontrar las razones. De este modo, si hay alguno duro de alma e incrédulo, pero amigo de saber, si de éste aprende, se verá forzado en cierto modo a ser su discípulo y creer y seguir a Dios.

Y todo esto lo dice no de otro modo, según yo pienso, sino por la comunicación del Espíritu divino, pues la misma facultad han menester los que profetizan y los que oyen a los profetas; y nadie puede oír a un profeta si el mismo Espíritu que profetizó no le hace merced de sus propias palabras. Una sentencia divina a este tenor se halla también en las sagradas letras, según la cual sólo él cierra y abre, y nadie más (Is 22,22; Apoc 3,7), y la palabra divina abre aclarando los enigmas cerrados. Don máximo ha recibido éste de Dios y porción bellísima del cielo: ser intérprete de las palabras de Dios a los hombres, entender las cosas de Dios como si Dios hablara, y explicárselas a los hombres como si los hombres escucharan. De ahí que nada hubiera para nosotros misterioso, pues nada estaba escondido, nada nos era inaccesible. Lícito nos era aprender toda doctrina, bárbara o helénica, mística o política, divina o humana; con toda libertad lo recorríamos todo, todo lo inquiríamos, de todo nos llenábamos y de todos los bienes del alma gozábamos. Tratárase de una enseñanza antigua de la verdad o llamárase como se llamara, en él teníamos preparado y a nuestra disposición el maravilloso y pleno espectáculo de las cosas más bellas. Y, para decirlo en pocas palabras, él era realmente para nosotros un paraíso, imitación del gran paraíso de Dios, en que no teníamos que cultivar esta tierra de abajo ni alimentar nuestros cuerpos para engordar, sino sólo acrecentar, con alegría y placer, las excelencias de nuestra alma, plantándonos nosotros mismos como árboles hermosos o plantados para nosotros por el que es autor de todas las cosas.

XVI. Gregorio deplora su marcha con triple comparación: Adán expulsado del paraíso, el hijo pródigo que deja la casa paterna, los judíos transportados a Babilonia

Este es el verdadero paraíso de delicias, ésta es la verdadera alegría y placer, de que yo he gozado todo este tiempo pasado, no poco por cierto, pero ya de todo punto poco si aquí ha de parar, dado que yo me voy y me retiro ya de aquí. Yo no sé qué me ha pasado o qué nuevo pecado he cometido para salir y ser de aquí expulsado. Mas ¿a qué decir que no lo sé, cuando yo soy el otro Adán echado del paraíso, que me he puesto a hablar? ¡Qué hermosamente vivía oyendo, en silencio, la palabra de mi maestro! Así debiera haber aprendido a callar también ahora, y no dar el extraño espectáculo de convertir en oyente a mi maestro. Porque ¿qué necesidad tenía yo de estos discursos? ¿A qué declamar todo esto. cuando debiera perseverar y no irme? Pero éstos parecen ser pecados del antiguo engaño, y aún me esperan los castigos de antaño; o paréceme de nuevo desobedecer, atreviéndome a transgredir los mandamientos de Dios, cuando mi deber era permanecer en ellos y más que en ellos. Al marcharme, empero, voy yo huyendo de esta vida bienaventurada, no menos que de la faz de Dios iba huyendo aquel hombre antiguo (Gen 3,19), y me vuelvo a la tierra de que fui tomado. Tierra, pues, comeré todos los días de mi vida allí, y cultivaré una tierra que me dará espinas y abrojos (cf. Gen 3,17.14.18), mis propias penas y reprobables solicitudes, por haber abandonado las solicitudes hermosas y buenas. Otra vez retorno a lo que dejara, a la tierra de donde salí y a mi parentela de abajo y a la casa de mi padre; y abandono la tierra buena, en que ignoré de antiguo estar mi patria buena, y los parientes, que más tarde comencé a conocer eran los propios parientes de mi alma, y la casa de nuestro padre verdadero, en que permanece el padre y es religiosamente honrado y venerado por los verdaderos hijos que quieren permanecer en ella; mas yo, irreverente e indigno, me salgo de entre éstos y me vuelvo y echo a correr hacia atrás.

Se dice de cierto hijo (Lc 15,11ss) que, recibiendo la herencia que le tocaba junto con otro hermano suyo, se marchó lejos de su padre a una región remota. Viviendo rotamente, vino a dilapidar y consumir todo el caudal paterno. Finalmente, forzado por su penuria, se asentó a guardar cerdos, y, apretado por el hambre, deseaba tomar parte en la comida de los cerdos, y ni eso se le concedía. Así pagó la pena de su vida

rota, trocando la mesa paterna, que era regia, por alimentos de cerdos y de criado, que él no previera. Tal me parece tendré que sufrir yo al marcharme, sin llevarme, por cierto, toda la herencia que me toca. No me marcho, en efecto, con lo que debiera, sino que lo bueno y querido lo dejo contigo y a tu lado y lo trueco por lo peor. Y es así que nos saldrá a recibir todo linaje de tristezas, ruido y tumulto en vez de paz; vida turbada en vez de tranquilidad y orden; dura servidumbres en vez de la presente libertad; plazas, y juicios, y muchedumbres, y soberbia. Ya no tendremos vagar alguno para los cosas superiores, ni hablaremos de los oráculos de Dios, sino de las obras de los hombres (Ps 16,4), cosa, por cierto, que el profeta tiene por simple maldición; pero nosotros, aun de los hombres malos. Realmente, la noche va a suceder para mí al día, las tinieblas a la luz espléndida, el luto a la fiesta; y a la patria, una tierra enemiga, en que no me es lícito entonar un cántico sagrado (Ps 136,4). ¿Cómo cantar, en efecto, en tierra extraña para mi alma, que no puede llegar a Dios mientras en ella permanezca? Sólo me quedará el llorar y gemir al acordarme de lo que aquí dejo, si es que eso siquiera se me concede.

Dícese que, invadiendo antaño gentes enemigas a la ciudad grande y sagrada en que se daba culto a la divinidad, se llevaron cautivos a su tierra, que era Babilonia, a los habitantes, a los cantores y a los teólogos; mas allí transportados, ni aun rogados por sus dominadores quisieron cantar a Dios, ni entonar himnos en tierra profana; colgaron más bien sus instrumentos músicos sobre los sauces y ellos se dieron a llorar junto a los ríos de Babilonia (cf. Ps 136,1-3). Uno de aquellos cautivos me parece ser yo, arrojado de esta ciudad sagrada y patria mía, en que día y noche se anuncian las leyes sagradas, himnos y cánticos y discursos místicos, y una luz como del sol y continua; en que durante el día tratábamos los misterios divinos y durante la noche reteníamos en la fantasía lo que de día viera e hiciera el alma; y en que, para decirlo en suma, era absolutamente constante el entusiasmo divino. De esta ciudad, digo, soy arrojado, y solo llevado cautivo a tierra extraña, donde no me será posible tocar siquiera la flauta, colgado, como aquéllos hicieran, el instrumento de los sauces, sino que estaré entre los ríos, trabajaré el barro y, aun dado caso que lo recuerde, no tendré ganas de entonar cánticos; y tal vez, abatido por el duro trabajo, me olvidaré de cantar privado de memoria. Mas como quiera que, al marcharme, no me voy forzado, como un prisionero, sino voluntariamente, no

combatido por otro que por mí mismo, tal vez al salir de aquí no caminaré con seguridad, como quien sale de una ciudad segura y pacífica; verosímil es, por lo contrario, que, caminando, venga a dar con salteadores y sea por ellos prendido, me desnuden, me hieran con heridas varias y quede por ahí tendido en el suelo medio muerto.

XVII. Gregorio se consuela

Mas ¿a qué me lamento de este modo? Está el salvador de todos, que recoge también y cura a los que están medio muertos y a todos los que han caído en manos de bandoleros, el Verbo, custodio vigilante de todos los hombres. Tenemos también las semillas, tanto las que tú nos hiciste ver que ya teníamos como las que de ti recibimos, que son los hermosos consejos, con que nos marchamos, llorando, desde luego, como quienes parten de viaje, pero llevando con nosotros esas semillas (cf. Ps 125,6). Acaso, pues, nos guarde el custodio que nos vigila; acaso volvamos de nuevo a ti con los frutos y gavillas de las semillas, no perfectas (¡de qué modo!), sino cuales nos sea posible sacar de acciones de la vida civil, corrompidas por cierta potencia infértil o de mal fruto, pero, si Dios nos es propicio, sin añadir corrupción por nuestra parte

XVIII. Peroración y excusa del discurso

Acabe, pues, aquí mi discurso, que ha sido harto audaz ante quien menos debiera serlo, pero que reconocidamente ha dado gracias, a lo que pienso, según mis fuerzas, y si nada he dicho que valga la pena, tampoco me he callado completamente. También he llorado, como suelen los que se separan de sus amigos, cosa pueril; no sé si no habrá en él algo adulatorio, ni algo trasnochado o superfluo; lo que sé claramente es que nada tiene de fingido, sino todo y por todo verdadero, dicho con intención sana y con propósito sincero e íntegro.

XIX. Apóstrofe a Orígenes. Despedida y petición de oraciones

Mas tú, cara cabeza, levántate y, después de orar, despídenos ya, y, pues me has salvado, presente, con tus sagradas enseñanzas, sálvame también, partido, con tus oraciones. Y entréganos y encomiéndanos; pero más bien entréganos al Dios que nos trajo a tu lado; dale gracias por nosotros por sus

beneficios pasados y ruégale, para lo por venir, que nos asista en todo momento, inspire a nuestra mente sus mandamientos y nos infunda su divino temor, que será nuestro mejor pedagogo, pues no le obedeceremos, salidos de aquí, con la misma libertad que a tu lado. Ruégale nos conceda algún consuelo por esta separación tuya, y nos mande un compañero bueno, el ángel caminante. Pídele que nos haga volver y nos conduzca de nuevo a tu lado, y éste será nuestro mayor consuelo.

II

Carta de Orígenes a San Gregorio Taumaturgo

TÍTULO: *Cuándo y para quiénes son provechosas las enseñanzas de la filosofía para la interpretación de las Sagradas Escrituras con testimonio de la Escritura.*

1. Salud en Dios, señor mío gravísimo e hijo respetadísimo, Gregorio. De Orígenes.

El natural talento, como sabes, de la inteligencia, si se le añade el ejercicio, puede producir aquella obra que conduzca al término que cabe, digámoslo así, de aquello que uno quiere ejercitar.

Ahora bien, tu talento natural puede hacer de ti un cabal jurisconsulto romano o un filósofo griego de cualquiera de las famosas escuelas. Mas yo quisiera que, como fin, emplearas toda la fuerza de tu talento natural en la inteligencia del cristianismo; como medio, empero, para ese fin haría votos por que tomaras de la filosofía griega las materias que pudieran ser como iniciaciones o propedeútica para el cristianismo; y de la geometría y astronomía, lo que fuere de provecho para la interpretación de las Escrituras Sagradas. De este modo, lo que dicen los que profesan la filosofía, que tienen la geometría y la música, la gramática y la retórica y hasta la astronomía por auxiliares de la filosofía, lo podremos decir nosotros de la filosofía misma respecto del cristianismo.

2. Y eso da tal vez misteriosamente a entender lo que se escribe en el Exodo (11,2; 12,35s), en nombre de Dios, que se dijera a los hijos de Israel pidieran a sus vecinos y contubernales: vasos de plata y oro y vestidos. Así, despojando a los egipcios, tendrían materia de que fabricar lo necesario para el culto de Dios. Y es así que de los despojos de los egipcios fabricaron los hijos de Israel lo que había en el *sancta sanctorum:* el arca con su cubierta, los querubines, el propiciatorio y la urna de oro, en que fue depositado el maná, pan de los ángeles. Ahora bien, es verosímil que todo esto se fabricara del mejor oro de los egipcios; de algún otro de segunda clase, el candelabro, sólido, de oro todo, cerca del velo interior, y los candelabros sobre él; la mesa de oro, sobre la que estaban los panes de la proposición, y, entre ambos, el incensario de oro. Y si había un tercero y cuarto oro, de él se fabricarían los vasos sagrados. Y, por el mismo caso, de la plata de los egipcios se fabricarían otros. Porque, morando

los hijos de Israel en Egipto, de su estancia allí sacaron la ganancia de tener abundancia de materia preciosa para lo necesario al culto de Dios. Y es verosímil que de los vestidos de los egipcios se hiciera todo lo que, en expresión de la Escritura, necesita de la labor de los sastres, que cosen con sabiduría de Dios vestiduras tales para usos tales, a fin de hacer velos y cortinas para el atrio por fuera y por dentro.

3. Mas ¿qué necesidad tengo de esta inoportuna digresión para demostrar la utilidad de las cosas que los israelitas tomaron de Egipto, cosas de que los egipcios no usaban debidamente, y los hebreos, inspirados por la sabiduría de Dios, dedicaron a la religión de Dios? Sin embargo, la divina Escritura sabe que para algunos fue un mal haber bajado de la tierra de los hijos de Israel a Egipto; con ello da misteriosamente a entender ser para algunos un mal habitar entre los egipcios, es decir, entre las enseñanzas de este mundo, después que se criaron en la ley de Dios y en el culto que le tributa Israel. Ahí está, por ejemplo, Ader (Adad), idumeo, que, mientras estuvo en tierra de Israel y no gustó de los panes de egipcios, no fabricó ídolos. Mas cuando, huyendo del sabio Salomón, bajó a Egipto, como quien huyera de la sabiduría de Dios, se emparentó con el faraón, casándose con la hermana de la mujer de éste, de la que tuvo un hijo, que se crió entre los familiares del faraón (cf. 3 Reg 11,14ss). Por eso, si es cierto que volvió a la tierra de Israel, para escindir al pueblo de Dios volvió, para hacerle decir ante la novilla de oro: *Estos son tus dioses, ¡oh Israel!, que te sacaron de la tierra de Egipto* (3 Reg 12,28; Ex 32,4.8). Y yo, que lo sé por experiencia, puedo decir ser raro el que, tomando lo útil de Egipto y saliéndose de aquí, fabrique con ello lo que atañe al culto de Dios. Muchos, en cambio, son los hermanos del idumeo Ader. Y éstos son los que, por cierta erudición helénica, engendran ideas heréticas y construyen, como si dijéramos, novillas de oro en Bethel, que se interpreta casa de Dios. Paréceme a mí que con esto nos da misteriosamente a entender la palabra divina que erigieron estatuas de sus propias fantasías en las Escrituras, en que mora la palabra de Dios, llamadas figuradamente casa de Dios. La otra estatua dice la palabra divina haberse erigido en Dan. Ahora bien, los confines de Dan son ya fronterizos y lindan con los límites gentiles, como se ve por lo que se escribe en el libro de Josué (19,40ss). Cerca, pues, de los lindes gentiles están algunas de las fantasías que se inventaron, como hemos señalado, los hermanos de Ader.

4. Tú, pues, señor e hijo mío, atiende principalmente a la lección de las Escrituras divinas (1 Tim 4,13); pero atiende. Pues de mucha atención tenemos necesidad quienes leemos lo divino, a fin de no decir ni pensar nada temerariamente acerca de ello. Y a par que atiendes a la lección de las cosas divinas con intención fiel y agradable a Dios, llama y golpea a lo escondido de ellas, y te abrirá aquel portero de quien dijo Jesús: *A éste le abre el portero* (Io 10,3). Y a par que atiendes a la lección divina, busca con fe inconmovible en Dios el sentido de las letras divinas, escondido a muchos. Pero no te contentes con golpear y buscar, pues necesaria es de todo punto la oración pidiendo la inteligencia de lo divino. Exhortándonos a ella el Salvador, no sólo dijo: *Llamad y se os abrirá, buscad y encontraréis,* sino también: *Pedid y se os dará* (Mt 7,7; Lc 11,9).

Todo esto me he atrevido a decirte por el paterno amor que te profeso. Si he hecho bien en atreverme o no, Dios lo sabe y su Cristo, y el que participe del espíritu de Dios y de su Cristo. ¡Ojalá tú también participes y pidas participar, a fin de que digas no sólo: *Nos hemos hecho partícipes de Cristo* (Hebr 3,14), sino también: *Nos hemos hecho partícipes de Dios.*

INDICE DE MATERIAS

ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTE VOLUMEN DE «ORÍGENES. CONTRA CELSO», DE LA BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS, EL DÍA 28 DE OCTUBRE DE 1967, VÍSPERA DE LA FESTIVIDAD DE CRISTO REY, EN LOS TALLERES DE LA EDITORIAL CATÓLICA, S. A., MATEO INURRIA, 15, MADRID

LAUS DEO VIRGINIQUE MATRI

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

VOLUMENES PUBLICADOS

1 SAGRADA BIBLIA, de Nácar-Colunga (23.ª ed.), con 24 láms. en color.—160 tela, 180 plástico.
1 bis SAGRADA BIBLIA, de Nácar-Colunga, tamaño 16 × 25 cm., con lugares paralelos y 50 láminas en color.—320 tela cortes blancos, 400 tela cortes oro, 500 fibra piel, 1.000 piel turco.
1 ter SAGRADA BIBLIA, de Nácar-Colunga, edición de bolsillo (2.ª ed.).—Plástico cortes blanco, 160. Plástico cortes oro, 185. Piel fibra cortes oro, 205. Chagrín cortes oro, 270.
2 SUMA POETICA, por Pemán y Herrero García (2.ª ed.). (Agotada.)
3a OBRAS COMPLETAS CASTELLANAS DE FRAY LUIS DE LEON (4.ª ed.). T. i.—135 tela, 155 plástico.
3b OBRAS COMPLETAS CASTELLANAS DE FRAY LUIS DE LEON (4.ª ed.). T. ii.—140 tela, 160 plástico.
4 SAN FRANCISCO DE ASIS. *Escritos completos, Biografías y Florecillas* (4.ª ed.).—115 tela, 135 plástico.
5 HISTORIAS DE LA CONTRARREFORMA, por Ribadeneyra. (Agotada.)
6 OBRAS DE SAN BUENAVENTURA (6 v.). T. i: *Introducción. Breviloquio. Itinerario de la mente a Dios. Reducción de las ciencias a la Teología. Cristo, maestro único de todos. Excelencia del magisterio de Cristo* (2.ª ed.).—80 tela, 125 piel.
9 OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. T. ii: *Jesucristo* (3.ª ed.). (En prensa.)
19 OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. T. iii: *Camino de la sabiduría* (2.ª ed.).—85 tela, 130 piel.
28 OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. T. iv: *Teología mística* (2.ª ed.).—110 tela.
36 OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. T. v: *Santísima Trinidad. Dones y preceptos* (2.ª ed.).—120 tela.
49 OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. T. vi y último: *De la perfección evangélica. Apología de los pobres.*—50 tela, 95 piel.
7 CODIGO DE DERECHO CANONICO Y LEGISLACION COMPLEMENTARIA (7.ª ed.).—135 tela, 155 plástico.
7 bis DERECHO CANONICO POSCONCILIAR.—*Suplemento al Código de Derecho canónico bilingüe de la Biblioteca de Autores Cristianos*, por L. Miguélez, S. Alonso, O.P., y M. Cabreros, C.M.F.—105 tela, 125 plástico.
8 TRATADO DE LA VIRGEN SANTISIMA, de Alastruey (4.ª ed.).—80 tela.
10 OBRAS DE SAN AGUSTIN. Ed. bilingüe dirigida por el P. Félix García, O.S.A. T. i: *Vida de San Agustín*, por Posidio. *Primeros escritos. Introducción general a San Agustín*, por V. Capánaga, O.R.S.A. (3.ª ed.).—85 tela, 140 piel.
11 OBRAS DE SAN AGUSTIN. T. ii: *Confesiones* (4.ª ed.).—100 tela, 155 piel.
21 OBRAS DE SAN AGUSTIN. T. iii: *Obras filosóficas* (3.ª ed.).—105 tela, 160 piel.
30 OBRAS DE SAN AGUSTIN. T. iv: *Obras apologéticas.*—70 tela, 125 piel.
39 OBRAS DE SAN AGUSTIN. T. v: *Tratado de la Santísima Trinidad* (2.ª ed.).—80 tela, 135 piel.
50 OBRAS DE SAN AGUSTIN. T. vi: *Tratados sobre la gracia* (2.ª ed.).—80 tela, 135 piel.
53 OBRAS DE SAN AGUSTIN. T. vii: *Sermones* (3.ª ed.).—125 tela, 180 piel.
69 OBRAS DE SAN AGUSTIN. T. viii: *Cartas.* (En prensa la 2.ª ed.)
79 OBRAS DE SAN AGUSTIN. T. ix: *Tratados sobre la gracia* (2.º) (2.ª ed.).—125 tela, 180 piel.
95 OBRAS DE SAN AGUSTIN. T. x: *Homilías* (2.ª ed.).—125 tela, 180 piel.
99 OBRAS DE SAN AGUSTIN. T. xi: *Cartas* (2.º).—70 tela, 125 piel.
121 OBRAS DE SAN AGUSTIN. T. xii: *Tratados morales.*—75 tela, 130 piel.
139 OBRAS DE SAN AGUSTIN. T. xiii: *Tratados sobre el Evangelio de San Juan* (1-35). 75 tela, 130 piel.
165 OBRAS DE SAN AGUSTIN. T. xiv: *Sobre el Evangelio de San Juan* (36-124).—110 tela, 165 piel.
168 OBRAS DE SAN AGUSTIN. T. xv: *Tratados escriturarios.*—115 tela, 170 piel.
171 OBRAS DE SAN AGUSTIN. T. xvi: *La ciudad de Dios* (1.º) (2.ª ed.).—125 tela, 180 piel.
172 OBRAS DE SAN AGUSTIN. T. xvii: *La ciudad de Dios* (2.º) (2.ª ed.).—125 tela, 180 piel.
187 OBRAS DE SAN AGUSTIN. T. xviii: *Exposición de las Epístolas a los Romanos y a los Gálatas. Indice general de conceptos de los 18 primeros volúmenes.*—80 tela, 135 piel.
235 OBRAS DE SAN AGUSTIN. T. xix: *Enarraciones sobre los Salmos* (1.º).—125 tela, 145 plástico.
246 OBRAS DE SAN AGUSTIN. T. xx: *Enarraciones sobre los Salmos* (2.º).—130 tela, 150 plástico.

255 OBRAS DE SAN AGUSTIN. T. XXI: *Enarraciones sobre los Salmos* (3.°).—135 tela, 155 plástico.
264 OBRAS DE SAN AGUSTIN. T. XXII: *Enarraciones sobre los Salmos* (4.° y último).—150 tela, 170 plástico.
12-13 OBRAS COMPLETAS DE DONOSO CORTES. (Agotada.)
14 BIBLIA VULGATA LATINA (4.ª ed.).—140 tela, 160 plástico.
15 VIDA Y OBRAS COMPLETAS DE SAN JUAN DE LA CRUZ (5.ª ed.).—130 teal, 150 plástico.
16 TEOLOGIA DE SAN PABLO, por J. M. BOVER (4.ª ed.).—135 tela.
17-18 TEATRO TEOLOGICO ESPAÑOL. T. I: *Autos sacramentales.* (Agotada.) T. II: *Comedias teológicas, bíblicas y de vidas de santos* (2.ª ed.).—60 tela.
20 OBRA SELECTA DE FRAY LUIS DE GRANADA. (Agotada.)
22 SANTO DOMINGO DE GUZMAN. *Su vida. Su orden. Sus escritos* (2.ª ed.).—130 tela, 150 plástico.
23 OBRAS DE SAN BERNARDO. (Agotada.)—Véase 110.
24 OBRAS DE SAN IGNACIO DE LOYOLA. T. I: *Autobiografía y Diario espiritual,* por V. LARRAÑAGA, S.I. (Agotada.)
25-26 SAGRADA BIBLIA, de BOVER-CANTERA (6.ª ed.).—120 tela.
27 LA ASUNCION DE MARIA, por J. M. BOVER, S.I. (2.ª ed.).—40 tela, 85 piel.
29 SUMA TEOLOGICA, de SANTO TOMÁS DE AQUINO. Ed. bilingüe (16 v.). T. I: *Introducción general,* por S. RAMÍREZ, O.P., y *Tratado de Dios Uno* (3.ª ed.).—135 tela, 190 piel.
41 y 56 SUMA TEOLOGICA. T. II-III: *De la Ss. Trinidad. De la creación en general. De los ángeles. De la creación corpórea* (3.ª ed.).—110 tela, 165 piel.
177 SUMA TEOLOGICA. T. III (2.°): *Tratado del hombre. Del gobierno del mundo.*—115 tela, 170 piel.
126 SUMA TEOLOGICA. T. IV: *De la bienaventuranza y los actos humanos. De las pasiones.*—80 tela, 135 piel.
122 SUMA TEOLOGICA. T. V: *De los hábitos y virtudes en general. De los vicios y pecados.* 75 tela, 130 piel.
149 SUMA TEOLOGICA. T. VI: *De la ley en general. De la ley antigua. De la gracia.*—75 tela, 130 piel.
180 SUMA TEOLOGICA. T. VII: *Tratados sobre la fe, esperanza y caridad.*—115 tela, 170 piel.
152 SUMA TEOLOGICA. T. VIII: *La prudencia. La justicia.*—75 tela, 130 piel.
142 SUMA TEOLOGICA. T. IX: *De la religión, de las virtudes sociales y de la fortaleza.*—80 tela, 135 piel.
134 SUMA TEOLOGICA. T. X: *De la templanza. De la profecía. De los distintos géneros de vida y estados de perfección.*—75 tela, 130 piel.
191 SUMA TEOLOGICA. T. XI: *Tratado del Verbo encarnado.*—115 tela, 170 piel.
131 SUMA TEOLOGICA. T. XII: *Tratado de la vida de Cristo.*—70 tela, 125 piel.
164 SUMA TEOLOGICA. T. XIII: *De los sacramentos en general. Del bautismo y confirmación. De la Eucaristía.*—90 tela, 145 piel.
163 SUMA TEOLOGICA. T. XIV: *Penitencia. Extremaunción.*—80 tela, 135 piel.
145 SUMA TEOLOGICA. T. XV: *Del orden. Del matrimonio.*—70 tela, 125 piel.
197 SUMA TEOLOGICA. T. XVI y ÚLTIMO: *Tratado de los novísimos. Indice de conceptos de los 16 vols.*—125 tela, 180 piel.
31 OBRAS LITERARIAS DE RAMON LLULL. (Agotada.)
32 VIDA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, por A. FERNÁNDEZ, S.I. (Agotada.)
33 OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES (8 v.). T. I: *Biografía y Epistolario.*—50 tela, 95 piel.
37 OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. T. II: *Filosofía fundamental* (2.ª ed.).—100 tela.
42 OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. T. III: *Filosofía elemental* y *El criterio* (2.ª ed.).—100 tela, 150 piel.
48 OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. T. IV: *El protestantismo comparado con el catolicismo* (2.ª ed.).—145 tela, 165 plástico.
51 OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. T. V: *Estudios apologéticos. Cartas a un escéptico. Estudios sociales. Del clero católico. De Cataluña.*—50 tela, 95 piel.
52 OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. T. VI: *Escritos políticos.*—50 tela, 95 piel.
57 OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. T. VII: *Escritos políticos* (2.°).—50 tela, 95 piel.
66 OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. T. VIII y ÚLTIMO: *Biografías. Misceláneas. Primeros escritos. Poesías. Indices.*—50 tela, 95 piel.
34 LOS GRANDES TEMAS DEL ARTE CRISTIANO EN ESPAÑA. T. I: *Nacimiento e infancia de Cristo,* por F. J. SÁNCHEZ CANTÓN, 304 láminas.—Agotada en tela, 115 piel.
64 LOS GRANDES TEMAS DEL ARTE CRISTIANO EN ESPAÑA. T. II: *Cristo en el Evangelio,* por F. J. SÁNCHEZ CANTÓN.—60 tela.
47 LOS GRANDES TEMAS DEL ARTE CRISTIANO EN ESPAÑA. T. III: *La pasión de Cristo,* por J. CAMÓN AZNAR, 303 láminas.—Agotada en tela, 105 piel.
35 MISTERIOS DE LA VIDA DE CRISTO, por FRANCISCO SUÁREZ, S.I. (2 v.). T. I.—45 tela, 90 piel.
55 MISTERIOS DE LA VIDA DE CRISTO, por F. SUÁREZ, S.I. T II y ÚLTIMO. (Agotada.)
38 MISTICOS FRANCISCANOS ESPAÑOLES (3 v.). T. I: ALONSO DE MADRID: *Arte para servir a Dios* y *Espejo de ilustres personas.* FRANCISCO DE OSUNA: *Ley de amor santo.*—Agotada en tela, 90 piel.

44 MISTICOS FRANCISCANOS ESPAÑOLES. T. II: BERNARDINO DE LAREDO: *Subida del monte Sión.* ANTONIO DE GUEVARA: *Oratorio de religiosos y ejercicio de virtuosos.* MIGUEL DE MEDINA: *Infancia espiritual.* BEATO NICOLÁS FACTOR: *Doctrina de las tres vías.*—50 tela, 95 piel.
46 MISTICOS FRANCISCANOS ESPAÑOLES. T. III y ÚLTIMO: DIEGO DE ESTELLA: *Meditaciones del amor de Dios.* JUAN DE PINEDA: *Declaraciones del «Pater noster».* JUAN DE LOS ANGELES: *Manual de la vida perfecta* y *Esclavitud mariana.* MELCHOR DE CETINA: *Exhortación a la verdadera devoción de la Virgen.* JUAN BAUTISTA DE MADRIGAL: *Homiliario evangélico.*—50 tela, 95 piel.
40 NUEVO TESTAMENTO, de NÁCAR-COLUNGA, con 20 láminas en color.—85 tela; en tela especial labrada, estampaciones doradas, 110.
43 NUEVO TESTAMENTO, por J. M. BOVER, S.I. (Agotada.)
45 LAS VIRGENES CRISTIANAS DE LA IGLESIA PRIMITIVA, por F. DE B. VIZMANOS, S.I. (Agotada.)
54 HISTORIA DE LA IGLESIA CATOLICA (4 v.). T. I: *Edad Antigua*, por B. LLORCA, S.I. (4.ª ed.).—145 tela, 165 plástico.
104 HISTORIA DE LA IGLESIA CATOLICA. T. II: *Edad Media*, por R. GARCÍA VILLOSLADA, S.I. (3.ª ed.).—135 tela, 155 plástico.
199 HISTORIA DE LA IGLESIA CATOLICA. T. III: *Edad Nueva*, por R. GARCÍA VILLOSLADA y BERNARDINO LLORCA, S.I. (2.ª ed.).—175 tela, 195 plástico.
76 HISTORIA DE LA IGLESIA CATOLICA. T. IV y ÚLTIMO: *Edad Moderna*, por F. J. MONTALBÁN, S.I. (3.ª ed.).—135 tela, 155 plástico.
58 OBRAS COMPLETAS DE AURELIO PRUDENCIO, en latín y castellano.—Agotada en tela, 95 piel.
59 COMENTARIOS A LOS CUATRO EVANGELIOS, por MALDONADO, S.I. (3 v.). T. I: *San Mateo.* (Agotada.)
72 COMENTARIOS A LOS CUATRO EVANGELIOS, por MALDONADO, S.I. T. II: *San Marcos y San Lucas.* (Agotada.)
112 COMENTARIOS A LOS CUATRO EVANGELIOS, por MALDONADO, S.I. T. III y ÚLTIMO: *San Juan.* (Agotada.)
60 CURSUS PHILOSOPHICUS. T. V: *Theologia naturalis*, por J. HELLÍN, S.I. (Agotada.)
61 SACRAE THEOLOGIAE SUMMA (4 v.). T. I: *Introductio. De revelatione. De Ecclesia. De Scriptura*, por M. NICOLÁU y J. SALAVERRI (5.ª ed.).—140 tela.
90 SACRAE THEOLOGIAE SUMMA. T. II: *De Deo uno et trino. De Deo creante et elevante. De peccatis*, por J. M. DALMÁU y J. F. SAGÜÉS, S.I. (4.ª ed.).—145 tela.
62 SACRAE THEOLOGIAE SUMMA. T. III: *De Verbo incarnato. Mariologia. De gratia. De virtutibus*, por J. SOLANO, J. A. DE ALDAMA y S. GONZÁLEZ, S.I. (4.ª ed.).—115 tela.
73 SACRAE THEOLOGIAE SUMMA. T. IV y ÚLTIMO: *De sacramentis. De novissimis*, por J. A. DE ALDAMA, F. DE P. SOLÁ, S. GONZÁLEZ y J. F. SAGÜÉS, S.I. (4.ª ed.).—135 tela.
63 SAN VICENTE DE PAUL: BIOGRAFIA Y ESCRITOS (2.ª ed.).—85 tela.
65 PADRES APOSTOLICOS, por D. RUIZ BUENO (reimp.).—150 tela, 170 plástico.
67 ETIMOLOGIAS, de SAN ISIDORO DE SEVILLA. (Agotada.)
68 EL SACRIFICIO DE LA MISA, por JUNGMANN, S.I. (4.ª ed.).—135 tela, 155 plástico.
70 COMENTARIOS AL SERMON DE LA CENA, por J. M. BOVER, S.I. (2.ª ed.).—60 tela.
71 TRATADO DE LA SMA. EUCARISTIA, por ALASTRUEY (2.ª ed.).—Agotada en tela, 90 piel.
74 OBRAS COMPLETAS DE SANTA TERESA DE JESUS (3 v.). T. I: *Bibliografía. Biografía. Libro de la Vida*, escrito por la SANTA. Edición por EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS y OTILIO DEL NIÑO JESÚS, O.C.D. (Agotada.)
120 OBRAS COMPLETAS DE SANTA TERESA DE JESUS. T. II: *Camino de perfección. Moradas del castillo interior. Cuentas de conciencia. Apuntaciones. Meditaciones sobre los Cantares. Exclamaciones. Libro de las Fundaciones. Constituciones. Visita de Descalzas. Avisos. Desafío espiritual. Vejamen. Poesías. Ordenanzas de una cofradía*, por EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS, O.C.D. (Agotada.)
189 OBRAS COMPLETAS DE SANTA TERESA DE JESUS. T. III y ÚLTIMO: *Introducción general*, por EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS y OTGER STEGGINK. *Epistolario. Memoriales. Letras recibidas. Dichos.*—125 tela.
75 ACTAS DE LOS MARTIRES, por D. RUIZ BUENO (reimp.).—125 tela.
77 SUMMA THEOLOGICA S. THOMAE AQUINATIS, cura fratrum eiusdem Ordinis, in quinque volumina divisa. Vol. I: *Prima pars* (3.ª ed.).—105 tela.
80 SUMMA THEOLOGICA S. THOMAE AQUINATIS. Vol II: *Prima secundae* (3.ª ed.).—110 tela.
81 SUMMA THEOLOGICA S. THOMAE AQUINATIS. Vol. III: *Secunda secundae* (3.ª ed.). 140 tela.
83 SUMMA THEOLOGICA S. THOMAE AQUINATIS. Vol. IV: *Tertia pars* (3.ª ed.).—120 tela.
87 SUMMA THEOLOGICA S. THOMAE AQUINATIS. Vol. V y ÚLTIMO: *Supplementum. Indices* (3.ª ed.).—135 tela.
78 OBRAS ASCETICAS DE SAN ALFONSO MARIA DE LIGORIO (2. v.). T. I: *Obras dedicadas al pueblo en general.*—70 tela, 115 piel.
113 OBRAS ASCETICAS DE SAN ALFONSO MARIA DE LIGORIO. T. II y ÚLTIMO: *Obras dedicadas al clero en particular.*—75 tela, 120 piel.
82 OBRAS COMPLETAS DE SAN ANSELMO (2 v.). Ed. bilingüe. T. I.—70 tela, 115 piel.
100 OBRAS COMPLETAS DE SAN ANSELMO. T. II y ÚLTIMO.—70 tela, 115 piel.

84 LA EVOLUCION HOMOGENEA DEL DOGMA CATOLICO, por F. MARÍN SOLA, O.P. (2.ª ed.).—125 tela.
85 EL CUERPO MISTICO DE CRISTO, por E. SAURAS, O.P. (2.ª ed.). (Agotada.)
86 OBRAS COMPLETAS DE SAN IGNACIO DE LOYOLA. Ed. crítica de C. DE DALMASES e I. IPARRAGUIRRE. S.I. (2.ª ed.).—130 tela, 150 plástico.
88 TEXTOS EUCARISTICOS PRIMITIVOS (2 v.). Ed. bilingüe, por J. SOLANO, S.I. T. I.—75 tela, 120 piel.
118 TEXTOS EUCARISTICOS PRIMITIVOS. Ed. bilingüe, por J. SOLANO, S.I. T. II y ÚLTIMO.—85 tela, 130 piel.
89 OBRAS COMPLETAS DEL BEATO JUAN DE AVILA (3 v.). Ed. crítica. T. I: *Epistolario. Escritos menores*, por L. SALA BALUST.—75 tela.
103 OBRAS COMPLETAS DEL BEATO JUAN DE AVILA. T. II: *Sermones. Pláticas espirituales*, por L. SALA BALUST.—85 tela.
91 LA EVOLUCION MISTICA, por J. G. ARINTERO, O.P. (3.ª ed.). (En prensa.)
98 PHILOSOPHIAE SCHOLASTICAE SUMMA (3 v.). T. I: *Introductio, Logica, Critica, Metaphysica*, por L. SALCEDO y C. FERNÁNDEZ, S.I. (3.ª ed.).—135 tela.
137 PHILOSOPHIAE SCHOLASTICAE SUMMA. T. II: *Cosmologia, Psychologia*, por J. HELLÍN y F. M. PALMÉS, S.I. (2.ª ed.).—105 tela, 150 piel.
92 PHILOSOPHIAE SCHOLASTICAE SUMMA. T. III y ÚLTIMO: *Theodicea, Ethica*, por J. HELLÍN e I. GONZÁLEZ, S.I. (2.ª ed.). (Agotada.)
93 THEOLOGIAE MORALIS SUMMA, por M. ZALBA, S.I. (3 v.). T. I: *Theologia moralis fundamentalis. De virtutibus. De virtute religionis* (2.ª ed.). (Agotada.)
136 THEOLOGIAE MORALIS SUMMA, por M. ZALBA, S.I. T. II: *Theologia moralis specialis. De mandatis Dei et Ecclesiae. De statibus particularibus* (2.ª ed.). (Agotada.)
117 THEOLOGIAE MORALIS SUMMA, por M. ZALBA, S.I. T. III y ÚLTIMO: *Theologia moralis specialis. De sacramentis. De delictis et poenis* (2.ª ed.). (Agotada.)
94 SUMA CONTRA LOS GENTILES, de SANTO TOMÁS DE AQUINO (2 v.). Edición bilingüe. T. I: *Libros I y II* (2.ª ed.).—180 tela, 200 plástico.
102 SUMA CONTRA LOS GENTILES, de SANTO TOMÁS DE AQUINO. T. II y ÚLTIMO: *Libros III y IV*. (2.ª ed. en prensa.)
96 OBRAS DE SANTO TOMAS DE VILLANUEVA. *Sermones de la Virgen María* (primera versión al castellano) y *Obras castellanas*.—65 tela, 110 piel.
97 LA PALABRA DE CRISTO (10 v.). Repertorio orgánico de textos para el estudio de las homilías dominicales y festivas, por el cardenal ANGEL HERRERA ORIA. T. I: *Adviento y Navidad* (3.ª ed.).—115 tela, 135 plástico.
119 LA PALABRA DE CRISTO. T. II: *Epifanía a Cuaresma* (2.ª ed.).—100 tela.
123 LA PALABRA DE CRISTO. T. III: *Cuaresma y tiempo de Pasión* (2.ª ed.).—100 tela.
129 LA PALABRA DE CRISTO. T. IV: *Ciclo pascual* (2.ª ed.).—100 tela.
133 LA PALABRA DE CRISTO. T. V: *Pentecostés* (1.º) (2.ª ed.).—100 tela.
138 LA PALABRA DE CRISTO. T. VI: *Pentecostés* (2.º) (2.ª ed.). (Agotada.)
140 LA PALABRA DE CRISTO. T. VII: *Pentecostés* (3.º) (2.ª ed.). (Agotada.)
107 LA PALABRA DE CRISTO. T. VIII: *Pentecostés* (4.º) (Agotada.)
167 LA PALABRA DE CRISTO. T. IX: *Fiestas* (1.º).—100 tela.
183 LA PALABRA DE CRISTO. T. X y ÚLTIMO: *Fiestas* (2.º). *Indices generales*.—115 tela.
101 CARTAS Y ESCRITOS DE SAN FRANCISCO JAVIER.—60 tela.
105 CIENCIA MODERNA Y FILOSOFIA, por J. M.ª RIAZA, S.I. (2.ª ed.).—Agotada en tela, 145 plástico.
108 TEOLOGIA DE SAN JOSE, por B. LLAMERA, O.P.—65 tela, 110 piel.
109 OBRAS SELECTAS DE SAN FRANCISCO DE SALES (2 v.). T. I: *Introducción a la vida devota. Sermones escogidos. Conversaciones espirituales. Alocución al Cabildo catedral de Ginebra*.—65 tela.
127 OBRAS SELECTAS DE SAN FRANCISCO DE SALES. T. II y ÚLTIMO: *Tratado del amor de Dios. Constituciones y Directorio espiritual. Fragmentos del epistolario. Ramillete de cartas enteras*.—75 tela.
110 OBRAS COMPLETAS DE SAN BERNARDO (2 v.). T. I.—70 tela.
130 OBRAS COMPLETAS DE SAN BERNARDO. T. II y ÚLTIMO.—85 tela.
111 OBRAS DE SAN LUIS MARIA GRIGNION DE MONFORT.—70 tela.
114 TEOLOGIA DE LA PERFECCION CRISTIANA, por ROYO MARÍN, O.P. (4.ª ed.). 115 tela, 135 plástico.
115 SAN BENITO. *Su vida y su Regla*. (Agotada.)
116 PADRES APOLOGISTAS GRIEGOS (s.II). Ed. bilingüe, por D. RUIZ BUENO.—80 tela, 125 piel.
124 SINOPSIS CONCORDADA DE LOS CUATRO EVANGELIOS, por J. LEAL, S.I. (2.ª ed.).—85 tela, 105 plástico.
125 LA TUMBA DE SAN PEDRO Y LAS CATACUMBAS ROMANAS, por KIRSCHBAUM, JUNYENT y VIVES.—90 tela.
136 DOCTRINA PONTIFICIA (5 v.). T. I: *Documentos bíblicos*.—75 tela, 120 piel.
174 DOCTRINA PONTIFICIA. T. II: *Documentos políticos*.—125 tela.
178 DOCTRINA PONTIFICIA. T. III: *Documentos sociales* (2.ª ed.).—140 tela.
128 DOCTRINA PONTIFICIA. T. IV: *Documentos marianos*.—80 tela, 125 piel.
194 DOCTRINA PONTIFICIA. T. V y ÚLTIMO: *Documentos jurídicos*. (Agotada.)
132 HISTORIA DE LA LITURGIA, por M. RIGHETTI (2 v.). T. I: *Introducción general. El año litúrgico. El breviario*. (Agotada.)
144 HISTORIA DE LA LITURGIA, por M. RIGHETTI. T. II y ÚLTIMO: *La Eucaristía. Los sacramentos. Los sacramentales*. (En prensa la 2.ª ed.)
135 BIOGRAFIA Y ESCRITOS DE SAN JUAN BOSCO. (En prensa la 2.ª ed.)

141 OBRAS DE SAN JUAN CRISOSTOMO (2 v.). T. I: *Homilías sobre San Mateo* (1-45). 80 tela, 125 piel.
146 OBRAS DE SAN JUAN CRISOSTOMO. T. II y ÚLTIMO: *Homilías sobre San Mateo* (46-90).—75 tela, 120 piel.
169 OBRAS DE SAN JUAN CRISOSTOMO. *Tratados ascéticos*. Ed. bilingüe, por D. RUIZ BUENO.—100 tela, 145 piel.
143 OBRAS DE SANTA CATALINA DE SIENA. *El diálogo*, por A. MORTA.—70 tela, 115 piel.
147 TEOLOGIA DE LA SALVACION, por ROYO MARÍN, O.P. (3.ª ed.).—120 tela, 140 plástico.
148 LOS EVANGELIOS APOCRIFOS, por A. SANTOS OTERO (2.ª ed.).—125 tela, 145 plástico.
150 HISTORIA DE LOS HETERODOXOS ESPAÑOLES, de MENÉNDEZ PELAYO (2 v.). T. I (2.ª ed.).—130 tela.
151 HISTORIA DE LOS HETERODOXOS. T. II y ÚLTIMO.—(2.ª ed.).—155 tela.
153 BIOGRAFIA Y ESCRITOS DE SAN VICENTE FERRER.—75 tela, 120 piel.
154 CUESTIONES MISTICAS, por ARINTERO, O.P.—75 tela, 120 piel.
155 ANTOLOGIA GENERAL DE MENENDEZ PELAYO (2 v.). T. I: *Biografía. Juicios doctrinales. Juicios de Historia de la Filosofía. Historia general y cultural de España. Historia religiosa de España.*—90 tela.
156 ANTOLOGIA GENERAL DE MENENDEZ PELAYO. T. II y ÚLTIMO: *Historia de las ideas estéticas. Historia de la Literatura española. Notas de Historia de la Literatura universal. Selección de poesías. Indices.*—90 tela.
157 OBRAS COMPLETAS DE DANTE. Ed. bilingüe de la «Divina comedia». Versión de N. GONZÁLEZ RUIZ y J. L. GUTIÉRREZ GARCÍA (2.ª ed.).—125 tela, 145 plástico.
158 CATECISMO ROMANO, de SAN PÍO V. Texto bilingüe y comentario.—85 tela, 130 piel.
159 SAN JOSE DE CALASANZ. *Estudio. Escritos.*—85 tela.
160 HISTORIA DE LA FILOSOFIA. T. I: *Grecia y Roma*, por G. FRAILE, O.P. (2.ª ed.). 140 tela, 160 plástico.
190 HISTORIA DE LA FILOSOFIA. T. II: *El judaísmo, el cristianismo, el Islam y la filosofía*, por G. FRAILE, O.P. (2.ª ed.).—160 tela, 180 plástico.
259 HISTORIA DE LA FILOSOFIA. T. III: *Del Humanismo a la Ilustración*, por G. FRAILE, O.P.—175 tela, 195 plástico.
161 SEÑORA NUESTRA, por J. M.ª CABODEVILLA (3.ª ed.).—80 tela, 100 plástico.
162 JESUCRISTO SALVADOR, por TOMÁS CASTRILLO.—75 tela, 120 piel.
166 TEOLOGIA MORAL PARA SEGLARES, por ROYO MARÍN, O.P. (2 v.). T. I: *Moral fundamental y especial* (3.ª ed.).—120 tela, 140 plástico.
173 TEOLOGIA MORAL PARA SEGLARES, por ROYO MARÍN, O.P. T. II y ÚLTIMO: *Los sacramentos* (3.ª ed.).—120 tela, 140 plástico.
170 OBRAS DE SAN GREGORIO MAGNO. *Regla pastoral. Homilías sobre Ezequiel. Cuarenta homilías sobre los Evangelios.*—105 tela.
175 THEOLOGIAE MORALIS COMPENDIUM, por M. ZALBA, S.I. (2 v.). T. I: *Theologia moralis fundamentalis. De virtutibus moralibus.*—125 tela, 170 piel.
176 THEOLOGIAE MORALIS COMPENDIUM, por M. ZALBA, S.I. T. II y ÚLTIMO: *De virtutibus theologicis. De statibus. De sacramentis. De delictis et poenis.*—115 tela, 160 piel.
179 EL COMIENZO DEL MUNDO, por J. M.ª RIAZA (2.ª ed.).—120 tela, 140 plástico.
181 EL SENTIDO TEOLOGICO DE LA LITURGIA, por C. VAGAGGINI, O.S.B. (2.ª ed.).—135 tela, 155 plástico.
182 AÑO CRISTIANO (4 v.), por un copioso número de colaboradores, bajo la dirección de L. DE ECHEVARRÍA, B. LLORCA, S.I.; L. SALA BALUST y C. SÁNCHEZ ALISEDA. T. I: *Enero-marzo* (2.ª ed.).—135 tela, 155 plástico.
184 AÑO CRISTIANO. T. II: *Abril-junio* (2.ª ed.).—135 tela, 155 plástico.
185 AÑO CRISTIANO. T. III: *Julio-septiembre* (2.ª ed.).—135 tela, 155 plástico.
186 AÑO CRISTIANO. T. IV y ÚLTIMO: *Octubre-diciembre* (2.ª ed.).—135 tela, 155 plástico,
188 SAN ANTONIO MARIA CLARET. *Escritos autobiográficos y espirituales.*—105 tela, 150 piel.
192 TEOLOGIA DE LA CARIDAD, por ROYO MARÍN, O.P. (2.ª ed.).—115 tela, 135 plástico.
193 OBRAS DEL DOCTOR SUTIL JUAN DUNS ESCOTO. *Dios uno y trino*. Ed. bilingüe.—105 tela, 150 piel.
195 HOMBRE Y MUJER. *Estudio sobre el matrimonio y el amor humano*, por JOSÉ MARÍA CABODEVILLA (3.ª ed.).—100 tela, 120 plástico.
196 BIBLIA COMENTADA, por una comisión de profesores de la Universidad Pontificia de Salamanca (7 v.). T. I: *Pentateuco*, por A. COLUNGA y M. GARCÍA CORDERO, O.P. (3.ª ed.).—175 tela, 195 plástico.
201 BIBLIA COMENTADA. T. II: *Libros históricos del A. T.*, por L. ARNALDICH, O.F.M. (2.ª ed.).—130 tela, 150 plástico.
209 BIBLIA COMENTADA. T. III: *Libros proféticos*, por M. GARCÍA CORDERO, O.P. (2.ª ed.).—180 tela, 200 plástico.
218 BIBLIA COMENTADA. T. IV: *Libros sapienciales*, por M. GARCÍA CORDERO, O.P., y G. PÉREZ RODRÍGUEZ.—(1.ª ed.).—180 tela, 200 plástico.
239 BIBLIA COMENTADA. T. V: *Evangelios*, por M. DE TUYA, O.P.—150 tela, 170 plástico, 200 piel.

243 BIBLIA COMENTADA. T. VI: *Hechos de los Apóstoles* y *Epístolas paulinas*, por L. TURRADO.—125 tela, 145 plástico, 175 piel.
249 BIBLIA COMENTADA. T. VII y ÚLTIMO: *Epístolas católicas. Apocalipsis*, por JOSÉ SALGUERO, O.P. *Indice de los siete volúmenes*, por M. GARCÍA CORDERO, O.P.—120 tela, 140 plástico, 170 piel.
198 OBRAS DE FRANCISCO DE VITORIA. *Relecciones teológicas*. Ed. bilingüe preparada por T. URDÁNOZ, O.P. (1404 págs.).—140 tela, 185 piel.
200 CRISTO Y LAS RELIGIONES DE LA TIERRA, por el DR. FRANZ KÖNIG, cardenal arzobispo de Viena (3 v.). T. I: *El mundo prehistórico y protohistórico*.—110 tela.
203 CRISTO Y LAS RELIGIONES DE LA TIERRA, por el DR. FRANZ KÖNIG, cardenal arzobispo de Viena. T. II: *Religiones de los pueblos y de las culturas de la antigüedad*.—120 tela.
208 CRISTO Y LAS RELIGIONES DE LA TIERRA, por el DR. FRANZ KÖNIG, cardenal arzobispo de Viena. T. III y ÚLTIMO: *Las grandes religiones no cristianas hoy existentes. El cristianismo*.—130 tela.
202 CURSO DE LITURGIA ROMANA, por M. GARRIDO y A. PASCUAL, O.S.B.—100 tela, 120 plástico.
204 HISTORIA DE LA PERSECUCION RELIGIOSA EN ESPAÑA, 1936-1939, por A. MONTERO MORENO. (Agotada.)
205 ENCHIRIDION THEOLOGICUM S. AUGUSTINI, por FRANCISCO MORIONES, O.R.S.A. (Agotada.)
206 PATROLOGIA, por J. QUASTEN. T. I: *Hasta el concilio de Nicea*.—(2.ª ed.) (En prensa.)
217 PATROLOGIA, por J. QUASTEN. T. II: *La edad de oro de la literatura patrística griega*.—125 tela, 145 plástico.
267 LA SAGADA ESCRITURA. *Antiguo Testamento*. T. I: *Pentateuco*, por profesores de la Compañía de Jesús.—180 tela, 200 plástico.
207 LA SAGRADA ESCRITURA. Texto y comentario. *Nuevo Testamento* (3 v.). T. I: *Evangelios*, por J. LEAL, S. DEL PÁRAMO y J. ALONSO, S.I. (2.ª ed.).—135 tela, 155 plástico.
211 LA SAGRADA ESCRITURA. *Nuevo Testamento*. T. II: *Hechos de los Apóstoles y Cartas de San Pablo*, por J. LEAL, J. I. VICENTINI, P. GUTIÉRREZ, A. SEGOVIA, J. COLLANTES y S. BARTINA, S.I. (2.ª ed.).—135 tela, 155 plástico.
214 LA SAGRADA ESCRITURA. *Nuevo Testamento*. T. III y ÚLTIMO: *Carta a los Hebreos. Epístolas católicas. Apocalipsis. Indices*, por MIGUEL NICOLÁU, J. ALONSO, R. FRANCO, F. RODRÍGUEZ-MOLERO y S. BARTINA, S.I.—120 tela, 140 plástico.
210 JESUCRISTO Y LA VIDA CRISTIANA, por A. ROYO MARÍN, O.P.—100 tela, 120 plástico.
212 OBRAS COMPLETAS DE SANTA TERESA (en un solo vol.). Edición preparada por EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS, O.C.D., y OTGER STEGGINK, O.Carm. (2.ª ed.) (En prensa.)
213 COMENTARIOS A LA «MATER ET MAGISTRA». Ed. preparada por el INSTITUTO SOCIAL LEÓN XIII (2.ª ed.).—130 tela, 150 plástico.
215 TRATADO DE MORAL PROFESIONAL, por A. PEINADOR, C.M.F.—115 tela, 135 plástico.
216 EJERCITACIONES POR UN MUNDO MEJOR, por el P. LOMBARDI (3.ª ed.).—130 tela, 150 plástico.
219 CARTAS DE SAN JERONIMO (2 v.). Edición bilingüe preparada por D. RUIZ BUENO. T. I: *Cartas 1-83*.—125 tela, 145 plástico.
220 CARTAS DE SAN JERONIMO. T. II y ÚLTIMO: *Cartas 84-154*.—125 tela, 145 plástico.
221 TRATADOS ESPIRITUALES. MELCHOR CANO: *La victoria de sí mismo*. DOMINGO DE SOTO: *Tratado del amor de Dios*. JUAN DE LA CRUZ: *Diálogo sobre la necesidad de la oración vocal*. Edición preparada por V. BELTRÁN DE HEREDIA, O.P.—105 tela, 125 plástico.
222 DIOS Y SU OBRA, por A. ROYO MARÍN, O.P.—110 tela, 130 plástico.
223 COMENTARIOS AL CODIGO DE DERECHO CANONICO (4 v.). T. I: *Cánones 1-681*, por M. CABREROS DE ANTA, C.M.F.; A. ALONSO LOBO y S. ALONSO MORÁN, O.P.—140 tela, 160 plástico.
225 COMENTARIOS AL CODIGO DE DERECHO CANONICO. T. II: *Cánones 682-1321*, por A. ALONSO LOBO, O.P.; L. MIGUÉLEZ y S. ALONSO MORÁN, O.P.—140 tela, 160 plástico.
234 COMENTARIOS AL CODIGO DE DERECHO CANONICO. T. III: *Cánones 1322-1998*, por S. ALONSO MORÁN, O.P., y M. CABREROS DE ANTA, C.M.F.—130 tela, 150 plástico.
240 COMENTARIOS AL CODIGO DE DERECHO CANONICO. T. IV y ÚLTIMO: *Cánones 1999-2414*, por T. GARCÍA BARBERENA. *Apéndices. Repertorio alfabético de materias de los cuatro tomos*.—140 tela, 160 plástico.
224 TEOLOGIA DE LA MISTICA, por B. JIMÉNEZ DUQUE.—100 tela, 120 plástico.
226 LA IGLESIA. *Misterio y misión*, por A. ALCALÁ GALVE.—100 tela.
227 HISTORIA DE LA ESTETICA, por EDGAR DE BRUYNE (2 v.). T. I: *La antigüedad griega y romana*.—110 tela.
228 HISTORIA DE LA ESTETICA, por EDGAR DE BRUYNE. T. II y ÚLTIMO: *La antigüedad cristiana. La Edad Media. Indices*.—135 tela.
229 TEOLOGIA FUNDAMENTAL PARA SEGLARES, por F. DE B. VIZMANOS e I. RUIDOR, S.I.—125 tela, 145 plástico.

230 COMENTARIOS A LA «PACEM IN TERRIS». Ed. preparada por el INSTITUTO SOCIAL LEÓN XIII.—115 tela, 135 plástico.
231 ORIGEN DE LA VIDA Y DEL HOMBRE, por A. HAAS, S.I. (Agotada.)
232 CRISTO VIVO. *Vida de Cristo y vida cristiana*, por J. M.ª CABODEVILLA (2.ª ed.).—125 tela, 145 plástico.
233 OBRAS SELECTAS DE MONS. ANGEL HERRERA. Edición preparada por J. M. SÁNCHEZ DE MUNIÁIN y J. L. GUTIÉRREZ.—125 tela, 145 plástico.
236 AZAR, LEY, MILAGRO. *Introducción científica al estudio del milagro*, por J. M. RIAZA MORALES, S.I.—95 tela, 115 plástico.
237 ISABEL LA CATOLICA. *Estudio crítico de su vida y su reinado*, por T. DE AZCONA, O.F.M.Cap.—130 tela, 150 plástico.
238 CONCILIO VATICANO II. Ed. dirigida por S. E. Rvma. D. CASIMIRO MORCILLO, arzobispo de Madrid-Alcalá. T. 1: *Comentarios a la constitución sobre sagrada liturgia* (2.ª ed.).—125 tela, 145 plástico.
241 OBRAS DE SAN CIPRIANO. *Tratados y Cartas*. Edición bilingüe preparada por J. CAMPOS, Sch.P.—125 tela, 145 plástico.
242 MARIOLOGIA, por J. B. CAROL. O.F.M.—140 tela, 160 plástico.
244 VIDA RELIGIOSA, por A. ROYO MARÍN, O.P.—115 tela, 135 plástico.
245 EJERCICIOS ESPIRITUALES. *Comentario pastoral*, por L. GONZÁLEZ e I. IPARRAGUIRRE, S.I.—145 tela, 165 plástico.
247 EL AÑO LITURGICO, por J. PASCHER.—140 tela, 160 plástico.
248 HISTORIA DE LA IGLESIA EN LA AMERICA ESPAÑOLA. *México. América central. Antillas*, por L. LOPETEGUI y F. ZUBILLAGA, S.I.—165 tela, 185 plástico.
250 EL ARTE SACRO ACTUAL. *Estudio. Panorama. Documentos*, por J. PLAZAOLA, S.I. Con 48 láminas en negro y 16 en color.—150 tela, 170 plástico.
251 EL DIALOGO SEGUN LA MENTE DE PABLO VI. *Comentarios a la «Ecclesiam suam»*. Ed. preparada por el INSTITUTO SOCIAL LEÓN XIII.—125 tela, 145 plástico.
252 CONCILIO VATICANO II. *Constituciones. Decretos. Declaraciones. Legislación posconciliar* (5.ª ed., con el texto latino oficial, por concesión de la Secretaría de Estado de Su Santidad).
253 COMENTARIOS A LA CONSTITUCION SOBRE LA IGLESIA.—140 tela, 160 plástico.
254 CARTA DE LA CARIDAD. *Fechada en Roma, Vaticano II*, por J. M. CABODEVILLA (2.ª ed.).—110 tela, 130 plástico.
256 HISTORIA DE LA IGLESIA EN LA AMERICA ESPAÑOLA. *Hemisferio Sur*, por A. EGAÑA, S.I.—175 tela, 195 plástico.
257 OBRAS DE SAN AMBROSIO. T. 1: *Tratado sobre el Evangelio de San Lucas*. Ed. bilingüe preparada por M. GARRIDO, O.S.B.—130 tela, 150 plástico.
258 LA EVOLUCION, por M. CRUSAFONT, B. MELÉNDEZ y E. AGUIRRE.—165 tela, 185 plástico.
260 LA NUEVA CRISTIANDAD. *Apuntes para una teología de nuestro tiempo*, por J. MULLOR GARCÍA.—105 tela, 125 plástico.
261 OBRAS DEL P. LUIS DE LA PALMA. *Historia de la Pasión. Camino espiritual. Práctica y breve declaración del Camino espiritual*. Ed. preparada por F. X. RODRÍGUEZ MOLERO, S.I.—150 tela, 170 plástico.
262 INTRODUCCION A LA BIBLIA. T. 1: *Inspiración bíblica. Canon. Texto. Versiones*, por M. DE TUYA, O.P., y J. SALGUERO, O.P.—140 tela, 160 plástico.
268 INTRODUCCION A LA BIBLIA. T. II (último): *Hermenéutica bíblica. Historia de la interpretación de la Biblia. Instituciones israelitas. Geografía de Palestina*, por M. DE TUYA, O.P., y J. SALGUERO, O.P.—140 tela, 160 plástico.
263 LA IMPACIENCIA DE JOB. *Estudio sobre el sufrimiento humano*, por J. M. CABODEVILLA.—120 tela, 140 plástico.
265 CONCILI VATICA II. *Constitucions. Decrets. Declaracions. Legislació postconciliar*. Amb el nou text llatí oficial per concessió de la Santa Seu.—160 tela.
266 EL CONCILIO DE JUAN Y PABLO. *Documentos pontificios sobre la preparación, desarrollo e interpretación del Vaticano II*. Ed. preparada por J. L. MARTÍN DESCALZO. 160 tela, 180 plástico.
269 CURSO DE DOCTRINA SOCIAL CATOLICA, por profesores del INSTITUTO SOCIAL LEÓN XIII.—175 tela, 195 plástico.
270 SOCIOLOGIA Y TEOLOGIA DE LA TECNICA, por M. BRUGAROLA, S.I.—140 tela, 160 plástico.
271 ORIGENES. *Contra Celso*. Versión, introducción y notas de D. RUIZ BUENO.—140 tela, 160 plástico.

DE PROXIMA APARICION

LA PLEGARIA EUCARISTICA. *Estudio de teología bíblica y litúrgica sobre la misa*, por L. MALDONADO.
ESPIRITUALIDAD DE LOS SEGLARES, por A. ROYO MARÍN, O.P.
PENSADORES CRISTIANOS CONTEMPORANEOS, por A. LÓPEZ QUINTÁS, O. de M.
BIOGRAFIA DE SANTA TERESA, por EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS, O.C.D., y OTGER STEGGINK, O.Carm.

EN PREPARACION

COMENTARIOS A LA CONSTITUCION «GAUDIUM ET SPES» SOBRE LA IGLESIA EN EL MUNDO ACTUAL. Ed. dirigida por el CARD. ANGEL HERRERA ORIA.
LA SAGRADA ESCRITURA. *Antiguo Testamento*. T. II: *Libros históricos*, por profesores de la Compañía de Jesús.
EUSEBIO DE CESAREA. *Historia eclesiástica*. Ed. preparada por A. VELASCO, O.P.
COMENTARIOS A LA CONSTITUCION «DEI VERBUM» SOBRE LA DIVINA REVELACION. Ed. dirigida por L. ALONSO SCHÖKEL, S.I.

EDICIONES DE BOLSILLO

DOCUMENTOS DEL VATICANO II. *Constituciones. Decretos. Declaraciones.*—95 tela.

EDICIONES EN TAMAÑO MANUAL

NOVUM TESTAMENTUM. Edición en latín preparada por JUAN LEAL, S.I.—35 tela, 65 piel.
NUEVO TESTAMENTO, de NÁCAR-COLUNGA, 12.ª ed. (801 págs. en tipo mayor).—25 tela.
NUEVO TESTAMENTO, por J. M. BOVER, S.I. (Agotada.)
LOS CUATRO EVANGELIOS, por J. M. BOVER, S.I. (Agotada.)
LIBRO DE LOS SALMOS. Edición bilingüe, con el texto castellano de la Nácar-Colunga. Exposición exegético-doctrinal por M. GARCÍA CORDERO, O.P.—En tela, 50 pesetas.

Este catálogo comprende la relación de obras publicadas hasta el mes de octubre de 1967.

Al formular su pedido haga siempre referencia al número que la obra solicitada tiene, según este catálogo, en la serie de la BAC.

LA EDITORIAL CATOLICA, S. A.—Mateo Inurria, 15. Madrid-16